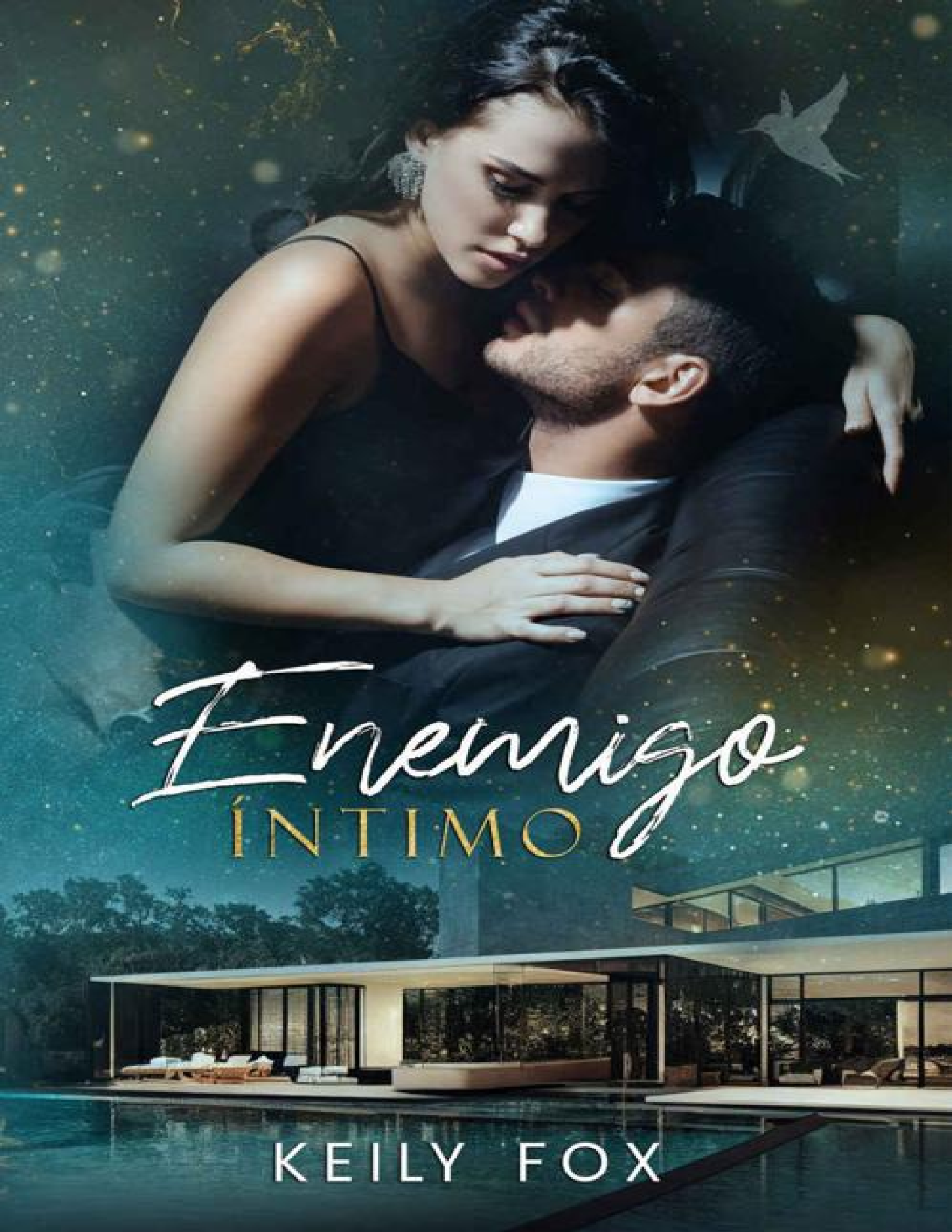

Enemigo
ÍNTIMO
KEILY FOX

Enemigo Íntimo

Un secreto, un amor, un destino

Keily Fox



Derechos de autor © 2024 Keily Fox

Título: Enemigo Íntimo
© Keily Fox, 2024

Edición, maquetación y corrección: 2024 Marian Manzano
Diseño de la cubierta: 2024 Cálice Servicios Editoriales
Primera edición: Enero, 2024

Web Autora: www.keilyfox.com
Instagram y Facebook: @keilyfoxescritora

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Agradecimientos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo
Libros de este autor
Acerca del autor

Agradecimientos

Esta ocasión, quiero comenzar dándole un agradecimiento muy especial a **Luce Monzant G.**, la mejor diseñadora del planeta, por esta maravilla de portada que me hace suspirar cada vez que la miro. No hay forma de que pudiera ser más bonita, elegante y perfecta para la historia. Haces verdadera magia, ¡mil gracias!

Javi, Luna y Sergio sé que sabéis que nada tendría sentido sin todos vosotros, pero me gusta recordároslo en cada oportunidad. ¡Gracias por ser y estar!

Y vamos con mis increíbles y fabulosas **lectoras cero**, a las que adoro, y que son tan indispensables para mantener mi paz mental… Las mencionaré por el mismo orden en que acabaron la lectura.

Paola Gómez Piñeiro, (@loslibrosdemama), ha sido increíble poder *destripar* todos los entresijos de la novela contigo. Adoro tu forma de vivir las historias y esa sensibilidad que te hace tan especial. Y ¿qué sería de mí sin nuestras charlas de audio que a veces duran días enteros? Gracias por tu inestimable ayuda y por estar siempre a un solo clic de distancia.

Mi querida **Jelly Reynoso,** (@lovekiss_mx), ¿dónde consigo una bola mágica como la tuya? Siempre es un placer y un honor poner a *mis chicos* en tus manos, porque sé que estarán felices y a buen recaudo. Mil gracias por estar siempre al pie del cañón, con esa sonrisa tan ¡tú!, la frase que necesito escuchar y el *sticker* perfecto.

Beatriz Moreno… ¡Ains! Espero que no te moleste que alardee del gran honor que supone para mí que hayas escogido entre las páginas de una de mis novelas el nombre para tu primera hija. Kanae tiene mucha suerte por la mamá que le tocó en el reparto. ¿Me dejarás contarle la historia de su nombre algún día? Gracias por estar siempre dispuesta a colaborar conmigo, incluso a puntito de caramelo…

Gracias**, Chus Martín,** por hacerme siempre un hueco en tu vida. No hay conversación contigo que no me aporte ese chute de energía y buena vibra que hace de nuestros debates algo genial. Espero que podamos seguir compartiendo mil y una aventuras más.

María (@lecturasdemaggie), eres esa persona que me arranca una carcajada que no me esperaba, en el momento menos pensado, algo que valoro como un gran tesoro. Me he divertido una barbaridad compartiendo contigo esta lectura, cada palabra y cada audio (alguno que otro no se me olvidará jamás). ¡Mil gracias por tu entusiasmo y tu buen rollo!

Además, hay personas muy especiales sin las que transitar este camino no sería lo mismo…
Loli Pérez S. (@aqui.leemos.romantica), gracias por estar siempre ahí para mí, por tu cariño, implicación y amor por las letras; **Ceci Blackstone** (@coffee2019books), nada sería ya lo mismo sin *estrenar novela* en una de tus lecturas conjuntas, siempre es un honor bautizarlas contigo; **Caro Vega**, gracias por ser esa persona que siempre está presente y consigue que me sienta

arropada, la que siempre tiene tiempo para regalarme un *me gusta o un precioso comentario*; **Yohana Téllez**, es un placer compartir contigo a mis chicos, disfruto mucho de nuestras charlas; **Teresa Sarralde**, gracias por cada pequeño detalle, de corazón; **Enri Verdú**, es un lujo disfrutar de tu entusiasmo por la lectura, gracias por todo el cariño con el que acoges siempre a mis chicos; a **Teresa Gámez** por tu buen rollo, eskerrik asko; y gracias infinitas a mis chicas del **Universo Keily** y de mi grupo de **Telegram** por tan buenos ratos, tantas risas y tanta.. alegría para la vista, **Aimee, Ana, Helena, Andrea, Faby, Jasminia, Marisol, Lolitha, Fati**… y un largo etcétera

Tere Lahoz, mil gracias por ser como eres y por querer a mis chicos de la forma tan bonita en que lo haces. Sinceramente, a veces creo que te gustan mis novelas más que a mí. ¿Ya patentaste el emoticono de suspiro?

Isaura Tapias, gracias por tu desinteresada ayuda, tan necesaria en el último momento. Eres ese diccionario que quisiera tener viviendo en mi casa.

Hay tantas personas que me ayudan a lo largo del trayecto que siempre me entristece no poder mencionarlas a todas.

Gracias por cada reseña, cada comentario que me mandáis por redes, cada palabra de aliento, no sabéis cuánto me cargan las pilas y me ayudan a continuar creando historias con ilusión.

Un millón de gracias a cada una de las personas que leéis mis historias y me ayudáis a mantener vivo este maravilloso sueño.

¡Sois la leche!

Para mi adorada mamá, pilar fundamental en mi vida,
que me enseñó a amar de forma incondicional

Prólogo

En la penumbra de la noche, la tenue luz de la luna se filtraba a través de la ventana, pintando de un suave plateado los rincones de la habitación.

Como casi cada madrugada, Maddie ser revolvía inquieta en su cama mientras dormía. Su expresión serena contrastaba con la agitación que dominaba sus sueños. En ellos, la voz de un hombre desconocido le susurraba dulces palabras al oído que la envolvían en una profunda sensación de bienestar, pero que al mismo tiempo enarbolaban todos y cada uno de sus sentidos, haciéndola estremecer.

«Un corazón, un amor, una llave», susurraba él, como si se tratara de un mantra que quisiera grabarle a fuego en el alma.

Aquellas palabras la envolvían en un halo de felicidad absoluta. La sensación de plenitud que experimentaba era tan abrumadora como adictiva, pero algo en su subconsciente la alertaba de que no duraría.

Como cada noche, la sensación de dicha se fue disipando y las palabras del hombre comenzaron a perturbar su paz mientras una creciente desconfianza anidaba en su pecho y tornaba su sueño en pesadilla. Una parte de ella luchaba con desesperación por permanecer entre la bruma, disfrutando de la suave caricia que aquella voz parecía ejercer sobre cada uno de sus sentidos, como si la envolviera en un abrazo embriagador y sensual del que no quería escapar, pero la angustia terminaba eclipsando por completo cada palabra, cada cautivadora sensación, para acabar infligiéndole una herida que dolía como lo haría un hierro candente que estuviera marcándola a fuego sobre la piel.

Sus ojos, aún cerrados, derramaban lágrimas que eran muestra de un dolor que comenzaba a traspasar las fronteras del mundo onírico, anunciando un despertar inevitable.

Con el corazón acelerado y una intensa sensación de falta de aire, abrió los ojos y se incorporó en la cama. Odiaba aquella vulnerabilidad y el dolor que la embargaba durante unos eternos minutos al despertar. Debería estar acostumbrada, tras tener aquel sueño recurrente casi a diario durante demasiados meses como para ser saludable, pero todo resultaba muy intenso. Y no era la sensación de angustia la que más le preocupaba, sino la de pérdida, como si anhelara con cada fibra de su ser a quien susurraba aquellas palabras, aunque no fuera capaz de recordar nada más acerca del hombre que las pronunciaba.

—Un corazón, un amor, una llave —susurró con las lágrimas aún rodando por sus mejillas.

Atrapada en un torbellino de emociones contradictorias, deseaba con auténtica desesperación entender el significado oculto detrás de esos susurros recurrentes, era una de las cosas que más anhelaba en su vida, lo que resultaba paradójico, teniendo en cuenta que aquello no era lo único que no podía recordar. Desde hacía dos años y cinco largos meses, Maddie sufría una amnesia absoluta y completa, tras tener un aparatoso accidente de escalada. No era capaz de recordar un solo hecho de su pasado, y, aun así, el hombre que susurraba en sus sueños eclipsaba todo lo demás.

«Un corazón, un amor, una llave».

Algo le decía que aquellas palabras eran su salvación y su condena. Una parte de ella temía

descubrir qué secretos yacían ocultos en lo más profundo de su alma, mientras que otra ansiaba liberarse de aquel suplicio para encontrar la verdad, sin importar cuán desgarradora pudiera ser. De momento, para su subconsciente pesaba más el miedo y parecía resistirse con uñas y dientes a cualquier terapia que pudiera traer de vuelta sus recuerdos.

Consciente de que ya no podría volver a conciliar el sueño, se levantó y caminó hasta la habitación de su pequeño lucero.

Ver dormir a su hijo la llenaba de paz. Se sentó en la cama y lo arropó hasta la barbilla sin apartar sus ojos de su dulce rostro. Aquel niño era lo único reconocible en su vida, puesto que había nacido tras su accidente, contra todo pronóstico médico, demostrando una fortaleza para vencer las adversidades de la que Maddie había decidido aprender e imitar. Gracias al milagro que tenía ante sí, ella luchaba cada día por llevar una vida normal, por aportarle a su hijo toda la felicidad que se merecía sin dejarse vencer por sus propios demonios, a los que solo permitía anidar en su mente en las noches, mientras dormía.

Con una sonrisa radiante, que desde el mismo momento en el que nació su hijo se había propuesto lucir en el rostro cada día, se tumbó en la cama junto al pequeño. Echó a un lado todo aquello que pudiera robarle la alegría y se dejó mecer por un sueño intermitente, hasta que los primeros rayos de sol anunciaron el nuevo día.

Capítulo 1

A las nueve y cuarto de la mañana, Maddie Miller salió del portal de su casa tirando de la manita del pequeño Leo, aunque no tuvo que ir muy lejos. Solo una puerta más allá, en el mismo edificio, estaba el local donde trabajaba junto a su padre.

Juntos, dirigían una agencia de detectives situada en *el Loop*, en pleno centro de Chicago. Maddie lo ayudaba con todo el proceso de investigación vía informática, además de con cualquier cosa que no conllevara el estar frente a lo que su padre llamaba, de forma un tanto exagerada a criterio de Maddie, *el fuego cruzado*. La chica colaboraba de manera activa en cada uno de los casos y tenía un sexto sentido casi comparable al de su padre, podría decirse que lo llevaba en la sangre.

Cuando entró en la agencia, Karen, la eficiente secretaria, tal y como se describía a sí misma en un alarde de irónico optimismo, les sonrió tapando el auricular del teléfono que tenía en la mano.

—¿Dónde está el niño más bonito del mundo? —exclamó la mujer.

—¡*Quí*! —gritó Leo, con su lengua de trapo, echando ya a correr hacia ella mientras Maddie observaba la escena enternecida.

A sus cuarenta y nueve años, Karen era algo estrambótica, con su pelo de color rosa a juego con unas enormes gafas, pero tanto su hijo como ella misma la adoraban. Incluso su padre, con el que no paraba de discutir a todas horas y que amenazaba con despedirla dos veces por semana, estaba segura de que la tenía en gran estima. La mujer había comenzado a trabajar con ellos dos años atrás, cuando se trasladaron desde su Seattle natal a Chicago, buscando comenzar una nueva vida en la que Maddie pudiera crear recuerdos desde cero.

Tras unos largos segundos, la mujer pareció recordar que estaba hablando por teléfono y se centró en el auricular.

—Pues ha colgado —carraspeó.

—¿Quién era?

—Tu padre —confesó con un gesto preocupado—. De esta sí me despide.

Maddie soltó una carcajada.

—Él tiene claro que no iba a encontrar a nadie mejor para el puesto.

—Ya lo sé —repuso con un gesto irónico—. ¿Quién sería tan eficiente como secretaria y niñera?

—Nadie. —Rio frente a la expresión de fingido desasosiego y horror de Karen—. Y no podrá contratar a otra mientras esté en la clínica.

Karen pareció meditarlo.

—Eso no debería ser un consuelo, pero me vale.

Ambas sonrieron, aunque no tardaron en ponerse serias de nuevo.

—Parece que lo lleva mejor —opinó Maddie, que acababa de hablar con su padre desde su apartamento.

El hombre había sufrido un accidente de moto un mes y medio atrás y se había fracturado la cadera y el fémur. Habían tenido que operarlo de urgencia, y la terapia que debía hacer antes de

poder siquiera pensar en regresar a casa era larga si quería recuperar la movilidad completa. A sus cincuenta y dos años y con una profesión de riesgo como la suya, no podía permitirse arrastrar demasiadas secuelas; así que, a regañadientes, había accedido a trasladarse a una clínica de reposo a unas sesenta millas de casa. Allí le darían todos los cuidados necesarios, junto con una intensa rehabilitación, pero para alguien tan enérgico, al que le gustaba controlar todo lo que sucedía en su negocio, no resultaba nada fácil delegar. Las freía a llamadas durante todo el día.

—Sí, lo lleva genial, ya no nos llama cada diez minutos —declaró Karen—, ahora lo espacia a quince

El teléfono volvió a sonar y Maddie comprobó que la llamada entrante era del móvil de su padre de nuevo. Miró a Karen con cierta resignación y decidió ser ella quien contestara.

—Caramba, papá, estamos a punto de solicitar que te suban la dosis de mórficos —bromeó Maddie.

—Muy graciosa —protestó—, pero esto sí es urgente.

—¿Eso quiere decir que las otras cien veces no lo era?

El hombre solía tener bastante sentido del humor frente a aquellas críticas, consciente de lo pesado que podía llegar a ponerse, pero en esa ocasión no entró al trapo con la broma, lo cual consiguió que Maddie frunciera el ceño.

—Hemos hablado hace media hora, papá, ¿qué puede haber surgido tan grave en ese tiempo?

—Svenson ha vendido el edificio —informó muy serio.

—¡No fastidies! —exclamó Maddie con los ojos como platos, demasiado consciente del alcance de aquella información.

—Acaba de llamarme —resopló.

—Pero ¿cómo ha podido hacerlo sin decírnoslo? —se quejó.

—Supongo que para evitar que tanto tú como Karen montéis otro numerito parecido al de hace unos meses.

—¡Qué rastrero! —le salió del alma—. ¿Quién lo ha comprado?

—¿Crees que me lo diría? —se lamentó.

Maddie apretó los dientes, muy consciente del motivo. Meses atrás, Svenson había hecho un primer intento de vender el edificio y tanto ella como Karen se las habían ingeniado para abortar la operación. Habían inventado desde una plaga de ratas hasta una infestación de termitas, aburriendo tanto al comprador que este salió corriendo con tal de no tener que lidiar con lo que calificó como *dos chaladas en potencia*.

—Tenemos que hacer algo.

El hombre suspiró.

—Sí, resignarnos.

—¡Ni hablar!

—Maddie, en realidad no podemos culpar a Svenson por la venta —admitió—. Ese edificio necesita una remodelación que no puede permitirse con los alquileres que está obligado a cobrarnos por contrato.

Hacía dos años, un amigo de su padre había intervenido para cobrarse un favor de Svenson que les permitía pagar un alquiler mínimo por el apartamento en que vivían y el local donde tenían la agencia, en una de las mejores zonas de Chicago. Ambos eran demasiado conscientes de que no podrían hacerle frente al alquiler real que cualquier otro casero impondría. La agencia apenas daba para tener un sueldo modesto que les permitía ir tirando, jamás subsistirían en aquella zona pudiente más allá de un par de meses. Aquella venta los condenaba a abandonar su casa, su barrio, y empezar de cero en otra parte.

—Volveré a casa en unos días, Maddie —informó el hombre con pesar.

—Ni hablar, papá, tienes que recuperarte.

—Tenemos que empezar a pensar en qué vamos a hacer —insistió—. No podemos dormirnos. Hay que valorar las opciones y…

—Valóralas mientras te recuperas, usa el portátil que te llevé —rogó—. Aquí no podrás hacer mucho más sin poder caminar.

En aquello tenía razón y ambos lo sabían. Todo parecía haberse confabulado en su contra con su accidente y aquel desenlace de acontecimientos.

—Encontraré al comprador, papá —aseguró—, e intentaré que nos respete el contrato hasta al menos fin de año. Eso te dará unos meses, tiempo más que suficiente para recuperarte y poder tomar decisiones.

Aquello pareció calmar al hombre.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—¿Lo dices en serio? —bromeó risueña—. ¡Trabajo en una agencia de detectives!

—Ay, Dios —lo escuchó susurrar con resignación.

—Oye, algo habré aprendido del mejor. —Se fingió ofendida—. Y Karen me ayudará.

—Iré buscando otro local —murmuró entre dientes.

—¡Hombre de poca fe! —Rio—. ¡Hallaremos una solución!

—Me conformo con que no os metáis en líos

—Te lo prometo. —Sonrió.

—Menos mal que tengo los brazos sanos para persignarme a diario.

La chica soltó una carcajada. Aquel sí era su padre en estado puro, con su ágil y ácido sentido del humor, que sin duda su hija había heredado.

Cuando colgó el teléfono, Maddie miró a la secretaria con el ceño fruncido y un gesto serio.

—Parece que tenemos una misión —bromeó Karen intentando insuflarle ánimos.

Maddie se dejó caer en una silla frente a ella. Su acostumbrado optimismo se esfumaba a pasos agigantados.

—¿Qué narices vamos a hacer? —preguntó casi para sí.

—Inventarnos otra plaga de ratas, nena, como en el *Hamelín* ese.

—No va a poder ser…

—¿Cucarachas esta vez?

La chica negó de nuevo con la cabeza y no pudo disimular su inquietud.

—La venta está hecha —explicó—. No hay forma de evitarla.

—¡Oh, vaya!

—Voy a llamar a Svenson, a ver si puedo sacarle el nombre del comprador.

—Pues buena suerte. Ni prometiéndole sexo del duro te daría ese dato.

Maddie frunció el gesto frente al comentario. Svenson siempre la había mirado sin disimular su interés, pero no era algo recíproco, aunque sí bastante habitual en cualquier hombre que pusiera sus ojos sobre ella, cuya belleza resultaba incluso abrumadora para algunos. Su cabello negro y lacio casi le caía hasta la cintura y enmarcaba un hermoso rostro de ojos tan azules como un cielo despejado. Su cuerpo atlético y bien proporcionado destacaba por su gracia y elegancia en cada movimiento. Lo más asombroso de todo era que ella jamás le prestaba atención a su aspecto. No le importaba lo más mínimo el interés que suscitaba en cada hombre con el que se cruzaba, todos ellos estaban de más, excepto el pequeño de casi dos años que reclamaba sus mimos en aquel instante.

—Ay, Leo —lo izó en brazos—, se nos acaba de complicar la vida de nuevo —musitó—.

¿Por qué siempre nos toca a nosotros?

—Porque te tiene reservado algo grande y hay que ganárselo —le dijo Karen con una sonrisa tan sincera que emocionó un poco a Maddie.

—Pues espero que no tarde demasiado —suspiró.

—La suerte pronto llamará a tu puerta.

—Ya lo hizo el día que me salvó de una muerte anunciada —sonrió—, claro que primero me despeñó por un barranco, así que no sé si cuenta.

Poder bromear sobre su accidente era una virtud que muy poca gente tendría. Solo Maddie era capaz de ver el lado bueno de aquello cuando ni siquiera podía recordar lo ocurrido, aquel recuerdo estaba perdido dentro de su memoria junto con todos los demás. Claro que una cosa era lo que ella intentara repetirse hasta creerlo y otra muy distinta lo que sentía cuando dejaba que sus emociones volaran libres.

—Claro que cuenta —opinó Karen.

—Entonces espero que la próxima vez la suerte sea más específica —siguió bromeando—, así podré decidir si abrirle o no cuando vuelva a llamar.

El teléfono sonó en aquel instante y ambas dieron un respingo. Karen soltó una carcajada divertida.

—Chica, qué rápido —bromeó la secretaria.

—Sí, qué risa, seguro que es para cobrar una factura.

Karen contestó al teléfono y escuchó con atención mientras Maddie aguardaba noticias. Por lo que podía entrever de la conversación, se trataba de un cliente nuevo. Cuando escuchó a la mujer decir que no sabía si iban a poder atender el encargo, Maddie le hizo aspavientos con las manos para que le pasara la llamada.

—No podemos renunciar a nuestra principal fuente de ingresos en este momento —anunció Maddie en cuanto vio que Karen silenciaba la llamada.

—Tu padre tiene al menos un mes por delante y…

—Nosotras lo haremos —interrumpió—, ¡yo lo haré!

—¿Harás qué?

—Pues… no sé, ¿resolver el caso? —carraspeó.

A Karen se le escapó una carcajada divertida, pero solo sonrió hasta que vio la seriedad que Maddie lucía en su rostro.

—¡Lo dices en serio! —fue como una acusación.

—Totalmente.

—Maddie…

—Nosotras ya hacemos gran parte de la labor, Karen.

—Pero no el trabajo de campo.

—Alguna vez tiene que ser la primera.

La mujer soltó un suspiro de resignación.

—Tu padre va a matarme.

—No si no se entera. —Sonrió, a sabiendas de que acababa de dar su brazo a torcer—. ¿Sobre qué es el caso? ¿Te ha dicho algo?

—Una infidelidad —confesó.

—¡Mi especialidad! —vitoreó—. Solo habrá que sacar unas fotos para demostrarlo y listo. He visto a mi padre hacerlo montones de veces.

—Solo unas fotos —repitió.

—Exacto, ¿qué puede salir mal?

Apenas unas horas más tarde, tendría que darle a aquella pregunta una respuesta con la que no contaba.

Capítulo 2

¿Qué puede salir mal? ¡Todo! Aquella era la respuesta a la pregunta que le vino a la cabeza mientras corría como una loca para huir del hombre que la perseguía, tras descubrirla encaramada a un contenedor desde el que le hacía fotos mucho más que subidas de tono.

—Por Dios, ¡¿cómo se puede correr tanto mientras te subes los pantalones?! —exclamó, jadeante, agazapándose tras un enorme buzón para respirar un poco.

Con sumo cuidado, se asomó para comprobar si seguía allí, justo para verlo pegar un tropezón que a punto estuvo de mandarlo a rodar calle abajo, pero aguantó en pie lo justo para descubrir su escondite.

—¡Tú, hija de…!

No se quedó a escuchar el insulto completo. Echó a correr de nuevo, buscando sorprenderlo lo suficiente en algún movimiento como para despistarlo.

Giró en la siguiente esquina y divisó la terraza de un bar restaurante. No podía entrar como una exhalación en el local y pretender que nadie dijera una palabra.

Pasó frente a las mesas al aire libre y miró hacia atrás. Nada, de momento *flash* no había alcanzado la esquina, pero lo haría en breve, y ella debería seguir corriendo calle abajo. Aquello no habría sido problema si no comenzara a dolerle ya demasiado la rodilla de la que siempre se resentía tras su accidente. Por el contrario, el tipo parecía estar en forma, y llegar hasta las fotos que ella tenía en su poder era un claro aliciente para no dejar de perseguirla.

Se detuvo en seco y valoró sus opciones. No había demasiadas mesas ocupadas en la terraza. Si se sentaba a solas en una de ellas sería presa fácil, pero quizá si se acoplaba con alguien…

Comprobó cada una de las mesas con un movimiento nervioso. Debía escoger entre una abuela jugando a las cartas con su nieto mientras parecía obligarlo a terminarse un sándwich, una pareja dándole las sobras de su merienda a un dóberman al que veía relamerse desde lejos, un tipo trajeado leyendo el periódico a solas con un solo café frente a él y un matrimonio de mediana edad devorando un plato de patatas fritas como si no hubiera un mañana

—¡Joder! —casi gritó, muy nerviosa. Si quería que funcionara el despiste, no le quedaba mucho tiempo para decidir. Sin pararse a pensarlo, su mente tomó la única opción que veía factible sin llamar demasiado la atención.

Corrió hacia la terraza… y se dejó caer en el regazo del desconocido, casi cargándose el periódico en el proceso.

—Pero ¡qué coño…! —se quejó el tipo.

—Por favor, no te muevas —rogó Maddie casi en su oído, asomándose con cuidado por encima de uno de los hombros masculinos para divisar la esquina por donde debía aparecer el hombre bala.

—¿O qué? —interrogó él con acritud.

—O me meteré en un lío —concedió justo en el momento en el que divisó a su perseguidor —, oh, mierda.

Maddie intentó protegerse de su mirada en el pecho del desconocido.

«Un pecho muy… ancho y duro», se fijó en ese instante, pero apartó el pensamiento a un

lado.

—¿No estarás huyendo de la policía? —insistió el hombre.

—Te prometo que no.

—¿Entonces…?

—Dame solo unos segundos y te lo explico todo.

—Dame un anticipo.

—Soy detective privado.

—Ya —sonó incrédulo.

—Es en serio —susurró—, y esto tendría que haber sido más fácil, pero…

Flash avanzaba en dirección a la terraza.

—…se ha complicado.

Estaba casi frente a ellos.

Maddie tiró de su coletero con cuidado y se deshizo la coleta para intentar despistarlo. Su larga y sedosa melena enmarcó su rostro.

—Se ha complicado mucho, al parecer —apostilló el desconocido.

La chica no le quitaba ojo al hombre bala.

—Se está acercando —murmuró, desesperada, viendo cómo se metía en la terraza para buscar entre la gente.

—Quizá sea mejor dar la cara y…

—Sí, claro, para que me la partan.

—No dejaré que te ponga un dedo encima, pero…

—Siento no confiar en tu brillante armadura —interrumpió—, pero si llama a la policía, perderé mi caso.

—No te entiendo.

—Ni falta que te hace.

—Tienes muy poco tacto para necesitar mi ayuda —opinó con irritación.

Maddie apenas si escuchaba sus palabras. Su perseguidor estaba ya a tan solo un par de metros, no tardaría en reconocerla por mucho que su largo pelo cayera ahora por su rostro. Y solo se le ocurrió una cosa para obligarlo a pasar de largo, si es que podía confiar en que míster infiel tuviera algo de decoro.

Sin pedir permiso ni pararse a pensarlo demasiado, besó al desconocido con apremio, al que cogió tan desprevenido que no movió un solo músculo.

«Uy, qué bien sabe…», se hizo eco un pensamiento dentro de su cabeza, pero el miedo a ser descubierta no la dejó seguir profundizando.

Abrió un ojo y giró un poco la cara para mirar por el rabillo a su alrededor. Descubrió al tipo parado justo a su lado, paseando la mirada por toda la terraza, con un gesto de cabreo que la obligó a volver a cerrar los ojos y concentrarse en lograr que el desconocido al que besaba siguiera colaborando tan solo unos segundos más. Si la descubría en aquel momento, tendría problemas.

Sintió aquellos labios batirse en retirada y ella no lo forzó, pero sí se abrazó a él con fuerza, escondiendo su rostro, y le rogó al oído:

—Por favor.

El hombre se quedó muy quieto, aunque la tensión de su cuerpo era más que evidente.

«Joder, qué bien huele», se deleitó la chica, llenando sus sentidos con el intenso aroma de su loción de afeitar. Su cuerpo respondió al estímulo de un modo que la desconcertó y comenzó a preocuparla. Inquieta, se concentró en respirar solo por la boca.

No habría podido precisar el tiempo que pasó en aquella postura hasta que lo escuchó decir con frialdad.

—Ya se ha ido.

La chica soltó un suspiro de visible alivio y poco a poco fue relajándose, abandonando el cuello del desconocido, aunque ahora un tanto preocupada por cómo iba a enfrentarse a él. El miedo le había impedido plantearse nada más allá de librarse del hombre bala, pero ahora empezaba a ser consciente de lo que acababa de hacer para lograrlo. La vergüenza que la invadía le impedía mirarlo.

—Si tienes algo de decencia, *Sherlock* —escuchó decir al hombre—, en este momento debes de estar muriéndote de la vergüenza.

Maddie carraspeo. Aquella voz profunda y varonil casi en su oído le erizó la piel. Su cuerpo volvió a sentir aquel extraño cosquilleó al que no estaba acostumbrada.

—Vale, siento mucho… —al fin se distanció para mirarlo— haberte…

Se le atragantaron las palabras en la garganta mientras lo observaba con asombro.

—¿Haberme besado? —completó por ella con impaciencia.

No, precisamente aquello no lo sentía ni un poquito, no haber disfrutado de ello era lo que más lamentaba. Pero ¡por Dios!, ¿de qué puñetero anuncio se había escapado aquel tipo? Porque jamás se había topado con alguien así fuera de la tele y las revistas, al menos que ella recordara, lo que tampoco era el colmo de la fiabilidad.

Recorrió su rostro con la mirada con verdadera admiración, conteniendo las ganas de volver a comprobar si su pecho era tan duro como le había parecido y si aquellos maravillosos y carnosos labios sabían igual de bien que hacía un instante, hasta que… cometió el error de mirarlo a los ojos y aquello fue su perdición. Unos ojos grises impresionantes la observaban con cierta irritación. Eran de una rara fusión entre el plateado más puro y un gris tormentoso en una noche estrellada, aunque aquello último se debía al punto de enfado que iba en aumento. Incluso así, seguía observándola con intensidad.

Maddie era incapaz de reaccionar. Se sentía atrapada en una especie de trance, sin poder apartar los ojos de él, como si su mirada tuviera el poder de hipnotizarla y llevarla a un estado de ensoñación. Todo en él desprendía un magnetismo que la tenía subyugada. Su corazón palpitaba como un loco dentro de su pecho e incluso comenzaba a faltarle el aire.

—Cuando me tengas bien visto, sería genial que salieras de mi silla —ironizó.

—¿Y… si regresa? —titubeó, aún ausente.

—No dejaré que vuelvas a besarme.

Aquello la ofendió un poco, hasta el punto de sacarla del todo del trance. Carraspeó mientras fruncía el entrecejo.

—¡Como si yo hubiera disfrutado lo más mínimo de tus labios! —se encontró diciendo.

«Oh, narices, Maddie, discúlpate y lárgate ya», se amonestó a sí misma.

—¿No? Pues pareces estar cómoda en mi regazo —declaró cada vez más enfadado—, desde el que estoy a punto de lanzarte al suelo si no te levantas pronto.

Maddie alzó el mentón con un gesto desafiante, aunque en el fondo seguía demasiado aturdida, tanto por él como por su propia osadía.

Se revolvió entre sus brazos y tragó saliva. Se había dejado caer con abandono desde un lateral de la silla, así que sus piernas colgaban por encima del reposabrazos como las de una muñeca de trapo, y, teniendo en cuenta que él estaba sentado a la mesa, no había demasiado margen para maniobras, de modo que no tenía forma de levantarse sola y conservar la más mínima dignidad. Le pesaba el culo solo de pensarlo.

—Si me ayudas un poco… —pidió, intentando incorporarse.

Él sonrió con cinismo, como si supiera exactamente lo que pasaba por su cabeza y quisiera ridiculizarla a conciencia.

—No me has necesitado para sentarte.

—Sí, la gravedad me ha ayudado.

—Dichosa ley de la gravedad —se burló.

—Más bien me refería a la gravedad del asunto —expuso—. Ha sido puro instinto de supervivencia.

Por un instante, Maddie creyó ver una mueca divertida en su rostro, pero no llegó a esbozar la sonrisa. Una pena, porque debería ser toda una visión verlo sonreír.

«Era lo que te faltaba», le gritó su conciencia con grosería.

—Hablando de instinto de supervivencia… —carraspeó, incómoda frente a la absurda necesidad de verlo sonreír.

—¿Qué?

—¿Lo he dicho en alto?

Él se limitó a fruncir el ceño.

—¿Eso también? —Maddie comenzaba a parlotear y era muy consciente.

Se mordió el labio inferior con cierto nerviosismo.

«Dios, ¿cómo narices me levanto de aquí sin hacer el ridículo?», se lamentó, sintiendo la imperiosa necesidad de alejarse cuanto antes.

Él la contemplaba ahora con tal intensidad que volvió a quedarse sin palabras. Sin ser consciente de lo que hacía, le miró los labios al tiempo que se mojaba los suyos con la lengua, y por un instante tuvo la sensación de que él se perdía también en sus ojos… Unos segundos después, volaba por el aire por encima del reposabrazos de la silla, lanzando un grito de sorpresa. Él la había izado de la cintura haciendo gala de sus fuertes brazos y casi había ido a parar al suelo, aunque pudo posar los pies a tiempo.

—¡Eres un bruto! —gritó, irritada, girándose a mirarlo.

—Hace rato que te he avisado.

—Al menos podrías haber contado hasta tres para estar preparada.

—Jamás he contado hasta tres para hacer nada —aseguró.

—Sí, tienes pinta de ser de esos. —Lo observó desde arriba entrecerrando los ojos.

—¿De ser de cuáles?

—De los que hacen las cosas sin avisar —sonó a crítica.

Él posó una mirada de burla sobre ella.

—Te refieres a cosas como echarme encima de alguien…

Maddie se sonrojó.

—…sin previo aviso…

Ahora lo mató con la mirada.

—…besarlo porque sí…

—¡Nada de porque sí! —interrumpió Maddie de inmediato—. ¡Jamás habría hecho algo así sin un motivo!

—Ya —sonó incrédulo.

—No me gusta ese tonito —se quejó, poniendo los brazos en jarras—. Además, no sé qué demonios hago aún aquí hablando contigo.

—Creo que buscas el momento para pedirme disculpas.

—¡Ja! —exclamó irónica—. ¡Si me has salido chistoso!

Él posó una mirada irritada en sus ojos y se puso también en pie, para disgusto de Maddie, que perdió toda su ventaja y valentía al instante, junto con su sentido común, que le gritaba que debía dejar de admirar su perfecto metro ochenta y muchos de estatura o el modo en el que aquella camisa se le ajustaba al torso… y… ¡joder!

—Tengo que irme ya —casi gritó, y se giró dispuesta a hacer el mutis perfecto, pero una mano de hierro la sorprendió al tomarla de la muñeca.

—¿Quién era el tipo del que te escondías?

—Nadie importante.

—¿Te dará problemas?

Aquello la asombró. Parecía preocupado y todo.

—No, solo es trabajo.

—Ah, es cierto, *Sherlock*. —La miró con un gesto de censura—. ¿Sueles montar a menudo estos numeritos?

Maddie entornó los ojos y lo observó con irritación.

—Todos los jueves. —Sonrió irónica—. Mañana viernes me toca lanzamiento de objetos, así que deberías sentirte afortunado, te ha tocado la parte más dulce.

—¿Por qué crees que no prefiero que me arrojes cosas?

—Tengo puntería.

—Y yo reflejos.

Estuvo a punto de intentar darle un bofetón para ver si era cierto. Empezaba a sentirse insultada. Acababa de decirle que prefería una agresión a besarla. ¡Pues sería porque no le había besado a conciencia! Tuvo que controlarse para no gritarle justo aquello. Solo el hecho de imaginar que lo besaba de nuevo…

—Pero ¡¿por qué sigo aquí!? —se amonestó en alto.

—No dejo de preguntarme lo mismo.

Maddie soltó aire con deliberada lentitud, tomó el servilletero que había sobre la mesa y lo hizo botar en la palma de su mano un par de veces.

—Porque es jueves, que si no…

Sin añadir una palabra más, soltó el servilletero, se dio media vuelta y se alejó de allí a paso rápido. Esperaba no volver a toparse con aquel tipo en toda su vida. Ojalá pudiera sepultarlo en su memoria como el resto de sus recuerdos, porque mucho se temía que no iba a ser nada fácil borrarlo de su pensamiento.

Capítulo 3

Cuando Maddie entró en la agencia de nuevo, Karen jugaba con Leo en uno de los despachos. El negocio ya estaba cerrado al público, de modo que la mujer se había sentado en el suelo junto al niño y ambos estaban concentrados en levantar una torre con bloques de construcción que superara la estatura del pequeño.

Maddie entró por la puerta justo para ver cómo ambos se distanciaban de los bloques, que se quedaron en pie por sí solos, y aplaudían con verdadero deleite.

—Hala, ¡qué buen trabajo! —los alabó Maddie, sonriendo al ver a su hijo saltar feliz alrededor de la torre.

—¡*Qué atto*! —gritó Leo mirando los cubos que sobresalían por encima de su cabeza—. ¡*Lo cho yo con Kaen*!

La media lengua del pequeño, junto con su entusiasmo, le arrancaron una carcajada. No pudo contenerse y lo levantó en brazos para achucharlo con fuerza.

—¡Me encanta! —afirmó la chica—. Y llego a tiempo para el mejor momento.

El niño soltó un grito de felicidad y la instó a bajarlo de sus brazos. Después, caminó hasta la torre, miró con una sonrisa pícara a ambas mujeres y estiró su manita…

—¿A la *e tes*? —interrogó con impaciencia.

—¡Por supuesto! —Sonrió Maddie—. Nosotros somos muy de contar hasta tres —frunció el ceño—, no como otros.

—¿Como quiénes? —La miró Karen con curiosidad.

—¿Eh? —carraspeó.

—Has dicho…

Maddie la ignoró. Estaba segura de que terminaría contándoselo todo, así que ya habría tiempo.

—Uno —exclamó—, dos… y…

Antes de que llegara el tres, Leo empujó la torre y la construcción cayó al suelo con estrépito, desmontándose entera, que era el objetivo inicial. Los tres aplaudieron con entusiasmo.

Después, el niño volvió a sentarse y comenzó a jugar con los cubos de nuevo.

Karen se levantó del suelo y caminó hasta la mesa del despacho para tomar un sobre, mientras que Maddie cogía asiento en el sofá.

—Te mereces mi enhorabuena —afirmó la mujer—, has hecho unas fotos inmejorables.

—¿Ya las has imprimido? —se asombró la chica, cogiendo el sobre.

—Para eso me las has mandado, ¿no? —Se dejó caer en el sofá a su lado.

Maddie suspiró. En realidad, lo había hecho casi mientras corría, por miedo a que aquel tipo terminara alcanzándola y se viera obligada a entregarle la cámara. Sin fotos que demostraran la infidelidad no verían un centavo, y se habría jugado el tipo para nada.

Se pensó durante unos largos segundos si sacar aquellas fotos del sobre. Una mezcla de rabia contra el tipo y compasión por la mujer a la que tendría que mostrárselas anidaban dentro de su pecho. Estaba cansada de toparse con el mismo cuento una y otra vez. Pocas habían sido las veces en las que la agencia hubiera sido contratada para buscar pruebas de una infidelidad en las

que su padre no hubiera podido demostrarlo. Resultaba desquiciante para Maddie.

Tuvo que contener una arcada. Necesitaba ver la calidad de aquellas fotos antes de enseñárselas a su clienta. Desde el contenedor en el que se había subido, se veía muy claro lo que ocurría en el interior del baño público donde míster *flash* y cierta señorita de compañía, que podría ser su hija, daban rienda suelta a… un festín que preferiría borrar de su memoria.

—Dios, ¡qué cabronazo! —exclamó Maddie, frunciendo el ceño, cuando llegó a la primera foto en la que la mujer se había arrodillado frente a él… Lanzó el sobre a la mesa intentando olvidar aquel instante.

—Al menos podría haberla llevado a un motel —opinó Karen—, aunque a ti te ha hecho un favor. En cualquier otro sitio habría sido mucho más difícil obtener las pruebas.

—Fácil, lo que viene siendo fácil, no ha sido —confesó—, pero al menos no le he dejado disfrutar de su… —carraspeó.

—¿Delicioso?

La cara de asco que la chica puso frente al comentario le arrancó una carcajada a Karen.

—Me sorprende que le encontrara la minga sin lupa ni nada —insistió la secretaria.

—¡Karen!

—Nena, hay que tener muy buena vista, porque no recuerdo nada tan pequeño desde un novio que tuve en el instituto. —Maddie no pudo evitar reír.

—Al menos no ha podido terminar con su… —Hizo una pausa buscando cómo acabar la frase.

—¿Aperitivo?

Maddie soltó una carcajada, y Karen insistió:

—Es que llamarlo comida me resulta excesivo.

—¡Karen!

—Tiene pinta de ir a quedarse con hambre.

Entre risas, Maddie le arrojó un cojín a la cabeza para que dejara de decir tonterías.

—De verdad, en este momento preferiría poder borrar mis recuerdos a voluntad —admitió—. Me he sentido como un *voyeur*.

—¿Crees tener olvidados muchos recuerdos de este estilo?

—Dios, espero que no —se encogió de hombros—, o quizá ese es el motivo por el que mi mente se niega a recordar —bromeó ahora—. Un hombre bala con los pantalones por las rodillas es mi tope para… ¡siempre!

—Ahora ya sabes por qué tu padre te quiere fuera del *trabajo de campo* —bromeó Karen—. ¿Y por qué lo llamas hombre bala?

—¡Por cómo corre!

Karen frunció el ceño.

—¿Correr en sentido figurado?

—No, en sentido literal, me temo —aclaró—. Te he empezado diciendo que no ha sido tan fácil.

La mujer ya no sonrió con tanta alegría.

—¿Qué demonios ha pasado, Maddie?

Con un gesto de resignación, tuvo que contarle a Karen cómo aquel tipo había levantado la mirada en el momento justo en el que ella acababa de decidir que tenía suficiente material como para que su mujer pudiera pedir un divorcio nada amistoso. Iba a saltar del contenedor cuando lo había escuchado gritar e insultarla a través de la ventana, y había tenido el tiempo justo para bajarse y comenzar a correr para ganarle cierta ventaja.

—¡Por Dios, Maddie, ni una santa palabra de todo eso a tu padre o nos despelleja vivas! —se horrorizó.

—¡Qué exagerada! —sonrió y carraspeó—, aunque es de sabios saber callar.

Karen suspiró con fuerza.

—¿Y cómo has conseguido darle esquinazo? —se interesó.

—He corrido más que él.

Fruncía tanto el ceño, casi sin ser consciente de ello, que Karen no se tragó una palabra.

—Sabes que eres como un libro abierto, ¿no?

—Bueno, a ver…, quizá me ha dolido un poco la dichosa rodilla.

—¿Y?

—Y a lo mejor he tenido que buscar una forma un tanto… atrevida para salir del atolladero. —Sentía la cara arder. Ahora que tenía que contarlo era realmente consciente de la magnitud de su osadía.

—Desembucha.

Y no tuvo más remedio. Sabía que Karen pasaría las horas que fueran necesarias haciendo preguntas hasta recabar toda la información. Era como un perro de presa cuando olía la mentira, así que intentó ser fiel al relato mientras la mujer interrumpía de forma constante para hacer comentarios que a Maddie le arrancaron alguna que otra carcajada. Aunque se abstuvo de hablarle de cierto beso, ¿qué necesidad había?

—Dios, ¡me encanta! —suspiró Karen—. Parece una de mis novelas románticas.

—Te aseguro que no ha sido nada encantador.

—¿Ni un poco? ¿Es que el tipo no era nada agraciado?

Maddie tragó saliva.

—Bueno…

—¡Es que nunca te gusta nadie! —la cortó para quejarse.

—No es verdad.

—¿Desde cuándo no tienes una cita?

—¿Que yo recuerde, dices? —Sonrió.

—Ah, no, esas bromas no van a funcionar esta vez —insistió—. Empieza a preocuparme mucho tu aislamiento emocional.

Maddie puso los ojos en blanco, pero guardó silencio. Aquella conversación podía derivar en algo de lo que no le apetecía nada hablar.

—Tienes veintinueve años, Maddie —insistió—, deberías encontrar un hombre que…

—¡Ponga un infiel en su vida! —interrumpió como lo haría una vendedora ambulante, y murmuró después—: En eso estaba yo pensando.

—No todos son así.

—Discrepo.

—Sí, ya lo sé —se quejó—, y esto es como predicar en el desierto. Cuando miras a un hombre, ni siquiera te permites verlo realmente.

—No es cierto —declaró—. De hecho, a este lo he mirado muy de cerca mientras estaba sentada en sus rodillas —reconoció—, y te aseguro que lo he visto de lujo.

—Sí, ya.

—Te lo digo en serio. —Se sintió algo incómoda—. ¿Has oído hablar del síndrome de Stendhal?

Karen la miró ahora con curiosidad.

—¿Ese que te deja medio tonto cuando ves algo muy hermoso?

Maddie soltó una carcajada.

—Bueno, es una forma de decirlo —admitió—. Provoca aturdimiento, palpitaciones, falta de aire y… —carraspeó frente al gesto de la mujer—. Vale, te deja medio tonto, sí.

Karen la miró ahora con una sonrisita maliciosa.

—¿No irás a decirme que ese… Stendhal era tan increíble?

—No sé si nos estamos entendiendo.

—Claro que sí. —La apuntó con el dedo—. ¡Ese tipo te ha dejado medio tonta!

—¡Yo no he dicho eso!

—Te has sentado sobre el único hombre capaz de provocarte palpitaciones —gritó emocionada—, ¡qué bonito! Ya solo faltaría que fuera un apuesto vikingo o uno de esos guerreros escoceses. —Soltó aire con sonoridad.

—No sé ni para qué te cuento nada —susurró la chica, resignada, casi para sí—. Es como si estuvieras abducida por Corín Tellado.

Karen ignoró por completo el comentario.

—¿Y en qué habéis quedado?

—En que si me lo cruzo un viernes, le lanzo algo a la cabeza.

—No te entiendo.

—Es que no hay nada que entender —aseguró—. Por fortuna, no tengo que volver a verlo, no sé si podría más la vergüenza o las ganas de abofetearlo. Ha sido muy grosero —carraspeó incómoda—, a pesar de que tuviera un poco de razón.

Miró a Karen, aunque realmente estaba hablando más para sí.

—Algo que negaré haber reconocido si en algún momento vuelven a cruzarse nuestros caminos —notó cierto acaloramiento y se sintió obligada a añadir—: que espero que no, claro, era lo que me hacía falta para terminar de volverme loca. —La sonrisa en el rostro de Karen la descolocó—. ¿Qué?

—Estás parloteando.

Muy consciente de ello, Maddie suspiró. Era la segunda vez aquel día que lo hacía. La primera aún estaba sentada sobre su regazo.

—¡Yo no parloteo! —se forzó a decir—. Y espero no volver a verlo jamás.

La decepción en el rostro de la secretaria era más que evidente.

—¿Entonces ya está?

—¿Qué más quieres?

—Que comáis perdices —opinó—, al menos una o dos.

—No me sientan bien las perdices —ironizó—, se me suelen indigestar.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó—. ¿Eso sí lo recuerdas?

Maddie frunció el ceño y la miró con un divertido gesto de crítica.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Pero me está permitido si es para hacerte entrar en razón.

—Es que a mi razón no le pasa nada. —Se puso en pie, un tanto inquieta ahora—. Estoy en mi derecho a no querer involucrarme con nadie.

—Tienes que darte una oportunidad.

—¿Quién lo dice?

—¡El sentido común!

—¿El de quién?

Karen soltó un sonoro suspiro.

—Me desesperas, Maddie.

—Pues dejemos el tema.

—Pero…

—Sin peros.

—¡Maddie!

—¡Jamás volveré a confiar en un hombre! —proclamó de repente, ya cansada de la conversación.

Aquella frase las sorprendió a ambas por la elección de palabras, tanto que se miraron un poco perplejas. Maddie tragó saliva sin disimular su desconcierto.

—Ha sonado muy… revelador —susurró Karen tras unos segundos.

—Ya.

—Implica que alguna vez…

—Lo sé.

—¿Has recordado algo?

Maddie negó con un gesto.

—Ha sido solo una sensación, como si por un instante hubiera sentido la traición en carne propia —admitió desconcertada—, la frase me ha salido sola.

Y aquello era la primera vez que le sucedía. Algo dentro del pecho la incomodaba en aquel instante, como una especie de sensación de desasosiego muy parecida a la que sentía cuando despertaba en mitad de la madrugada.

Paseó por la habitación con un claro gesto de angustia. Reconoció al instante los síntomas de una de sus crisis de ansiedad. Odiaba aquella sensación de abatimiento. El nudo que sentía en la garganta y que descendía hasta su pecho impidiéndole respirar con normalidad la ahogaba.

«Un corazón, un amor, una llave», acudió a su memoria. Aquellas palabras siempre la ayudaban a relajarse. Eran el único recuerdo que conservaba de su pasado, y en sus sueños la llenaban de amor y felicidad, solo tenía que recitarlas para ganar algo de paz.

—Odio sentirme así —declaró, incómoda.

—Tienes que relajarte —opinó Karen, poniéndose en pie también y caminando hasta ella.

—Lo haré, dame unos minutos y…

—No, Maddie —interrumpió la mujer, tomándole ahora las manos y obligándola a mirarla a los ojos—, tienes que relajarte frente a las sensaciones incómodas, no las eches a un lado, siéntelas, déjalas fluir, permítete ahondar en cómo te sientes cuando no estás bien. No puedes ni debes seguir ignorando y desechando cada sentimiento negativo.

La chica suspiró. Sí, aquello era lo mismo que su psicólogo le decía dos veces al mes, pero para ella era mucho más fácil sepultar aquel sentimiento y sonreír. Si se dejaba invadir por todo lo que no estaba bien dentro de su cabeza, temía enloquecer. Vivir sin un pasado era algo demasiado perturbador y duro de asimilar.

Miró a su hijo, que jugaba feliz a sus pies, y las lágrimas acudieron sin remedio a sus ojos. Había necesitado mucha fuerza de voluntad y horas de duro trabajo para encajar que ni siquiera sabía cómo era el padre de su hijo, pero la aversión que sentía por tener la más mínima relación parecía indicar que no había terminado bien. Eso por no hablar de las pesadillas que amargaban su existencia, como si sus recuerdos solo encontraran aquella vía para manifestarse, y cada vez lo hicieran de forma más intensa e insistente.

—Admiro tu optimismo, Maddie —insistió Karen—, pero me preocupa que te escudes demasiado en él.

—¿Ahora es malo intentar estar feliz?

—Solo si lo usas para no ahondar en tus traumas.

La chica soltó una fuerte exhalación y sonrió con amplitud.

—¿No nos estamos poniendo muy intensas?

—Maddie…

—¿Ya te he contado que le he arreado a Stendhal un besazo en los morros?

Dada la vena romántica y soñadora de Karen, aquello sí consiguió su cometido. A la mujer se le descolgó la mandíbula al tiempo que gritaba de entusiasmo.

—¡No lo dices en serio!

—¡Claro que sí!

—Ay, por Dios, ¿y cómo ha sido?

—Más que un síndrome de Stendhal ha sido un síndrome de ¡guau! —bromeó.

—¿Sí? ¿De verdad lo has disfrutado?

—Ni un poquito.

—¡Qué bien, es…! —calló confusa—, ¿perdona?

—Siento si no es la respuesta que esperabas. —Rio.

Karen la mató con un divertido gesto, que solo consiguió arrancarle otra carcajada.

—Lo siento, pero no soy la protagonista de una de tus novelas. —Se encogió de hombros.

El ceño fruncido que recibió como respuesta le arrancó una carcajada.

—Maddie, creo que en este momento te odio un poco.

—Puedo vivir con ello —bromeó.

El teléfono fijo de la oficina interrumpió la conversación.

Maddie consultó su reloj y frunció el ceño. Eran cerca de las siete de la tarde y se suponía que la oficina había cerrado a las cinco.

—Tu jornada ha acabado hace mucho, yo lo cojo —repuso Maddie, pero Karen ya se le había adelantado y había levantado el teléfono del despacho para reclamar la llamada que sonaba en recepción.

Con cierta curiosidad, Maddie observó el gesto de asombro con el que Karen la miraba ahora.

—¿Qué pasa? —susurró ya junto a ella.

La mujer le pidió silencio un segundo para decir al teléfono.

—Lo lamento, señor Madock, pero el señor Miller está hospitalizado, así que le resultará imposible verlo en una temporada.

Maddie le hizo aspavientos con las manos.

—Deme un segundo, tengo otra llamada entrante. —Puso al tipo en espera y casi gritó—. ¡Es el comprador del edificio y quiere hablar con tu padre!

—¡No fastidies! ¿Tan pronto? —se alarmó—. Eso no es buena señal.

—¿Quieres hablar con él?

Maddie la miró un tanto confusa.

—¿Y no será mejor darle largas? —Se le ocurrió—. Cuanto más tarde en poder notificarnos la subida de alquiler, mejor para nosotros, ¿no?

—Supongo.

—Dile que mi padre no estará hasta al menos dentro de un mes, a ver por dónde sale…

…y no salió por donde esperaban, puesto que el tal Madock no dio muchas opciones. Cuando Karen colgó unos segundos más tarde, miró a Maddie con un gesto de abatimiento.

—¿Qué ha dicho?

—Que mañana a primera hora vendrá en persona —explicó— y espera poder hablar con algún responsable.

Maddie se dejó caer en la silla junto al escritorio con un gesto de resignación.

—Supongo que esa soy yo.

—Lo siento, pero no me ha dado mucha opción —contó—, parece autoritario.

—¡*Yuju*! —ironizó—. Esto se pone cada vez mejor. ¿Cómo dices que se llama?

—Mark Madock.

Maddie sonrió a medias para decir:

—Qué raro, no me suena de nada.

Karen no pudo evitar reír.

—Sí, afina tu sentido del humor, nena, porque me temo que te va a hacer falta —repuso mientras abría el portátil que había encima de la mesa—. De momento voy a buscar toda la información que pueda sobre él —explicó—. Al menos para saber con quién estamos tratando, espero que no sea un pez demasiado gordo.

Algo desganada, Maddie se dejó caer en el suelo junto a su hijo, que demandaba ya su atención para seguir levantando la torre.

—Mark Madock… —canturreó Karen en alto al tiempo que lo tecleaba en el buscador, y soltó un bufido un minuto después.

Maddie la miró con un evidente gesto de angustia.

—¿Cómo de gordo es el pez?

—Un tiburón —admitió en un claro tono de disgusto—. Según dice aquí, el tipo es el CEO y principal accionista de ZenithCorp Solutions.

—¿Es una empresa de bienes raíces?

—No parece —dijo mientras leía—. Por lo visto se dedican a la reestructuración corporativa.

Maddie la miró muy seria y terminó preguntando.

—¿Y eso qué carajos es?

—Ni idea, déjame preguntarle al sabio —anunció Karen, que solía llamarle así al buscador de *Google*—. Al parecer, las compañías de reestructuración corporativa se dedican a comprar empresas más pequeñas, casi al borde de la quiebra, y rescatarlas hasta hacerlas solventes.

—Así que es verdad que es un tiburón —susurró pensativa—. ¿Y para qué querrá un edificio de apartamentos?

—Vete a saber, igual tiene intención de convertirlo en oficinas.

—¡No va a convertir mi casa en una oficina! —se indignó en demasía, teniendo en cuenta que solo era una suposición—. ¡Maldito tiburón carente de corazón!

—Uy, uy, deja el drama, que aún no tenemos ni idea de qué intenciones reales tiene.

—Ninguna buena —opinó—. Seguro que es el típico millonario pretencioso y altanero al que el ciudadano de a pie le importa un pito.

—Aún no podemos saberlo, pero me temo, nena, que vamos a necesitar algo más que un escote pronunciado para convencerlo de algo —bromeó, intentando levantarle un poco el ánimo —. Mierda, debí aprovechar y ponerme tetas antes de romper con aquel cirujano plástico.

Maddie no pudo evitar reír y comentó:

—Sí, eso habría sido un acierto. Lo que vendría siendo una buena reestructuración… *cuerporativa*, así estaríamos empatados.

Ambas soltaron una carcajada por lo absurdo del comentario.

—Pero hay que tener cuidado con los escotes, Karen —insistió Maddie entre risas—. Imagina que el tal Madock es un ancianito con problemas cardiacos y te lo cargas nada más guiñarle un ojo.

—Aquí dice que tiene treinta y cuatro años —informó—. No creo yo que a mi edad pueda

hacerme reestructuración suficiente como para encandilarlo, a mí *solvente* ya no me hace nada, nena

La carcajada de Maddie resonó en toda la oficina.

—Ya quisieran muchas tener tu cuerpo serrano.

—Bueno, serranito ya, nada más —suspiró con teatralidad—. Voy a ver qué tipo de reestructuración necesita el tal Madock, déjame buscar una foto.

Maddie sonrió a medias mientras la miraba con cariño. Le debía tanto a aquella mujer que jamás terminaría de pagarle. Siempre sabía qué decir para que cada batalla que libraba fuera lo menos intimidante posible. Poder reírse de todo aquello era un lujo, porque ambas sabían que las cosas podían ponerse muy feas tras la conversación con el tal Madock.

—Uf, ¡qué *pestucia*! —bromeó Maddie besando a su hijo cuando se lanzó sobre ella—. Alguien por aquí necesita que le cambien el pañal.

—¡*Cho caca*! —Anunció el pequeño con cierto orgullo.

—¿En serio? —interrogó su madre tapándose la nariz y afinando la voz—. Casi no se nota.

El niño rio de lo lindo mientras ahora era él quien intentaba taparle la nariz para que siguiera hablando igual de raro.

—Anda, vámonos a casa ya, que vas directo a la bañera.

Maddie se puso en pie con rapidez.

—¿Subes un rato? —le sugirió a Karen.

—Hoy no. Me voy a casa en cuanto logre encontrar una foto de nuestro nuevo casero, ¿no quieres verla? —Sonrió con picardía—. Al menos para poder decidir el tamaño del escote que lucirás por la mañana.

—Creo que prefiero sorprenderme.

—De igual forma vas a mirarlo sin verlo —susurró Karen.

—Eh, ¡te he oído! —Le apuntó con un dedo.

Recibió una mueca burlona como respuesta y caminó hasta la puerta, aunque antes de salir aún pudo escuchar a voz en grito:

—¡La leche, nena, deberías ver esto! ¡No hay síndrome que describa a este tipo!

Maddie sonrió y cerró la puerta tras de sí. Quién iba a decirle… que quizá debería haber empleado un último segundo para mirar aquella foto, al menos así habría estado un poco preparada para lo que se le venía encima.

Capítulo 4

Cuando a la mañana siguiente Maddie regresaba de dejar a Leo en la guardería y entró en la cafetería cercana a la agencia, exhaló con fuerza al comprobar la larga cola que casi llegaba hasta la puerta. Normalmente se habría ido y regresado más tarde, pero necesitaba el café en vena en aquel momento, junto con algo de azúcar en forma de un donut enorme que endulzara un poco su mañana.

La noche había sido un tanto complicada. Le había costado mucho trabajo dormirse. La amenaza que aquel tal Mark Madock suponía solo era eclipsada por el recuerdo de cierto encontronazo en una terraza, y Maddie no tenía claro cuál de los dos pensamientos era el que más le molestaba.

Apenas había dormido cuatro horas cuando se despertó como cada madrugada, pero en aquella ocasión ya le fue imposible volver a dormirse, ni siquiera abrazarse con fuerza a su pequeño consiguió calmarla lo más mínimo. Eran apenas las cinco de la mañana cuando optó por levantarse, incapaz de permanecer tranquila. Desde entonces, había practicado mil y una maneras de enfrentarse al tal Madock. Le había expuesto su problema de todas las formas posibles, sin encontrar la adecuada, porque en realidad ni siquiera estaba segura de poder conseguir que el tipo escuchara una sola palabra aunque lograra encontrar la manera perfecta de exponerlo.

Consultó su reloj con nerviosismo. Al menos el tipo podía haberse preocupado de indicarles la hora exacta en la que haría su aparición. En cambio, a su ya de por sí pronunciada impaciencia, tenía que sumarle el hecho de no saber cuándo le caería encima el chaparrón.

«Pues me tendrá que esperar, si no que hubiera formalizado una hora concreta», pensó, consultando su reloj de nuevo mientras miraba con desesperación a la persona que pedía en el mostrador y que ya había dudado entre tres tipos de bollos distintos.

Sacó el teléfono móvil y solo entonces fue consciente de que tenía una llamada perdida de Karen que no había escuchado, lo cual no era muy raro, teniendo en cuenta el poco caso que solía hacerle a su teléfono de forma habitual. Devolvió la llamada al instante.

—Lo siento, definitivamente tengo que colgarme el teléfono modo cascabel —se disculpó Maddie—. No me digas que ya ha llegado el megalodón.

—Eso me temo —anunció la mujer.

—¿Qué? —se alarmó—. ¿Está esperando ahí?

—No, ha ido a tomar café —explicó—, y no parecía muy contento con que no estuvieras aquí.

—¡Que hubiera puesto una hora más concreta para la cita! ¿Cómo podemos saber qué significa primera hora de la mañana para este tipo? ¡Igual es de los que se levanta a las once! —se ofuscó—. Me debo a Leo más que a un desconocido, y esta mañana al pobre le ha costado quedarse solo y dejar que me marchara —suspiró—. Aunque entiendo que alguien como el tal Madock se considere el centro del universo, pero ya nos encargaremos nosotras de recordarle que no es Dios.

—En eso tienes razón, Dios no es —declaró Karen—, es más como un demonio sexi y arrebatador, enviado para incitarnos al pecado.

—Y le va al pelo, porque está claro que ha venido para dejarnos en pelotas —se lamentó.

Karen soltó ahora un bufido de resignación y sonó más seria.

—¿Ya sabes cómo vas a enfocarlo?

—Ni idea —admitió con pesar, y quiso bromear—: y si dices que es tan impresionante, tendrá a todas las mujeres a sus pies, no conseguiría nada ni esperándolo en pelota picada.

Un tipo de mediana edad, con una pequeña barba de chivo, que estaba delante de ella en la fila, se giró a mirarla con interés.

—Oiga, mire hacia adelante y avance —le indicó Maddie con un gesto—, que se nos escapa el autobús.

—¿Dónde estás? —Rio Karen.

—En busca de nuestra preciada dosis de azúcar y cafeína.

—Pues te dejo antes de que tenga que ir a rescatarte con un bate.

Con cierta diversión, Maddie colgó el teléfono. Nerviosa, miró hacia el principio de la cola y se desesperó. No parecía haber avanzado ni un paso.

Para colmo, un mozo cargado con un montón de cajas apiladas sobre un carrito de dos ruedas pidió acceso para llegar al almacén, y todos los que estaban en la cola tuvieron que desplazarse hacia la zona de mesas, donde en un momento se formó un barullo por el que todo el mundo protestó. El tipo de delante se volvió de improvisto hacia ella, que reculó al sentir invadido su espacio; al hacerlo pisó al anciano que había detrás y cuando se giró a disculparse en el poco hueco que tenía, perdió el equilibrio y cayó hacia un lado, sobre una silla donde alguien sentado a una mesa se tomaba un café mientras consultaba su teléfono móvil.

Por suerte, el desconocido la acogió entre sus brazos antes de que cayera al suelo, pero en el proceso el teléfono que el tipo sujetaba voló por el aire y cayó unos metros más allá.

—Dios, lo siento, yo… —Cuando lo miró a los ojos, la frase murió en su garganta.

—Eso sí es nuevo —lo escuchó ironizar mientras agradecía con un gesto al tipo de la mesa contigua que le devolviera su teléfono—. Jamás pensé que escucharía un lo siento de tus labios, *Sherlock*.

«¡Mierda, joder!», se lamentó Maddie. Habría preferido caer en los brazos de Jack, el Destripador. Sería menos peligroso que mirarse de nuevo en aquellos ojos grises.

Carraspeó con cierto azoramiento y le costó recuperarse de la impresión. Había rememorado su primer encuentro durante demasiado tiempo aquella noche.

—Pensé que los viernes no tocaban este tipo de numeritos.

—Es más que obvio que no ha sido mi intención caer en tus brazos. —Lo miró con cierta irritación—. Habría preferido el suelo, en realidad.

—Todavía puedo arreglarlo —hizo ademán de empujarla—, ¿quieres que te tire?

—Dios, es muy temprano para esto —murmuró casi para sí, y lo miró con el entrecejo fruncido—. ¿No me estarás siguiendo?

Él sonrió con cinismo.

—¿Por qué? ¿Realmente me habrías recibido en pelota picada o qué?

Maddie estaba tan nerviosa que no interiorizó del todo aquella frase. Tuvo que obligarse a sonreír, pero le costó un triunfo. Por alguna extraña razón, le importaba un pimiento lo que el resto de la cafetería hubiera escuchado, pero no le pasaba lo mismo con él.

«¿Cuánto habrá oído? Ya no sé ni qué barbaridades he dicho», pensó mientras rogaba para que él no se diera cuenta de su azoramiento.

—¡Qué comentario tan poco caballeroso! —declaró para ocultar su acaloramiento.

Su Pepito Grillo, que iba por libre, no dejaba de gritarle:

«¡Lo esperarías en pelotas hasta dentro de un camión frigorífico, Maddie, reconócelo!».

—¡Eso es absurdo! —se dijo en alto.

—¿Que sigas sentada en mis rodillas, dices?

Aquello la consternó. Aquel tipo la alteraba tanto que no controlaba ni sus actos ni sus pensamientos. Y había vuelto a hacerlo. Allí seguía, disfrutando de la comodidad de su regazo, como si fuera una vedette de cabaret en pleno espectáculo.

En aquella ocasión le importó muy poco hacer el ridículo. Se impulsó como lo haría una cucaracha panza arriba hasta que consiguió salir de sus piernas y se puso en pie.

—Si tienes pensado seguir cayendo en mi regazo, me compro una armadura.

—Ja, ja, se me olvidaba lo graciosísimo que eres —repuso mordaz.

—¿Estas cosas sueles contárselas a tu Leo? —interrogó con un gesto airado—. ¿O acaso a él no le importa tu tendencia a irte sentando en el regazo de los desconocidos?

Maddie se quedó perpleja. Al parecer, no solo había escuchado la conversación al completo, sino que también había malinterpretado algunas partes.

—Vaya, ya veo que no te has perdido ni una coma —ironizó, sin molestarse en sacarlo de su error—. ¿Sueles estar tan atento a todas las conversaciones a tu alrededor?

—Solo a las que se habla de mí.

—¿Qué?

Maddie lo miró confusa, y él arqueó las cejas mientras la dejaba atar cabos.

«¡Mierda, joder!», gritaron de nuevo cada una de sus neuronas tras unos pocos segundos, esta vez ensordeciéndola por completo. ¡Aquel tipo era el jodido Mark Madock! Se quedó tan perpleja que fue incapaz de hablar. El destino podía ser muy puñetero a veces, y el suyo estaba claro que la quería fuera de su apartamento y empezando de cero en otra parte.

—Solo por puntualizarlo —insistió el tipo—, te aseguro que tengo claro que no soy el centro del universo —sonrió con cinismo—, y tampoco tengo ningún complejo de Dios. Primera hora de la mañana, para mí, es ese momento en el que sé que la persona con la que estoy cerrando una cita arranca su jornada laboral. Las nueve en el caso de tu agencia, según tengo entendido.

Maddie entrecerró los ojos y lo miró con cierta irritación. Mucho se temía que aquello no había quien lo arreglara. Tuvo claro que, sin saberlo, el día anterior había firmado la rescisión del contrato de arrendamiento, justo en el momento en el que había tenido la descabellada idea de coger asiento en su regazo. Ya no tenía mucho que perder.

—Lo de cerrando una cita es coña, ¿no? —se encontró diciendo casi sin pretenderlo.

Él arqueó las cejas con curiosidad y esperó a que ella siguiera hablando.

—Tal y como yo lo veo, *imponiendo* una cita sería algo mucho más exacto.

—Soy muy consciente del motivo por el que pretendía darme largas, señorita Miller, pero no podía permitirlo.

Maddie apretó los dientes con fuerza. Incluso estando sentado resultaba intimidante.

—Creo que los formalismos ya no son necesarios —suspiró la chica aparentando una tranquilidad que estaba a años luz de sentir—. Pretender que nuestros dos encuentros no han sucedido es del todo absurdo, así que no pienso llamarte de usted.

—Bien, pues entonces dejemos lo de megalodón para las grandes ocasiones —ironizó—. Si no es molestia, prefiero que me llames Mark.

La chica se abanicó con la mano como acto reflejo, desde luego la cagada había sido épica.

—¿Y si mejor no te llamo? —ofreció—. ¿Te olvidarías de que existo y me dejarías en paz?

—No cuela, lo siento.

Maddie soltó un suspiro de resignación.

—Eso me temía —susurró—. En ese caso… —le tendió una mano con firmeza—, soy Madison, Maddie para los amigos.

Él la observó con una expresión imperturbable.

—Muy bien… —estrechó su mano—, Madison.

«No había colado lo de amigos», se lamentó la chica. «Mierda, iban a perder la agencia y el apartamento incluso antes de lo que pensaba».

—Vale, pues una vez hechas las presentaciones formales… —tragó saliva e intentó sonar normal—, ¿qué tienes pensado hacer con el edificio que has comprado?

—¿Quieres que hablemos de eso aquí? —La miró con sorna.

—A mí me parece un lugar estupendo.

—Señorita, ¡que es para hoy! —le gritó de repente un tipo con cara de pocos amigos que estaba más atrás en la fila—. ¡Va a terminar echando raíces ahí plantada!

Maddie miró al gritón con el ceño fruncido y después hacia delante en la cola, que se le había escapado un par de metros.

—¡Aún tengo cinco personas delante! —replicó molesta—. La paciencia es una virtud, caballero.

—¡Y esto no es un bar de copas, aquí no se viene a ligar!

Maddie deseó que se la tragara la tierra, pero no se amilanó.

—Tampoco es una verdulería, así que bájeme el tono —le dijo, irritada.

Después miró al tal Madock, que había devuelto la vista a su móvil como si nada de aquello fuera con él.

—Avanza —exigió sin mirarla—. A ver si en algún momento puedo terminar de tomarme un café tranquilo en esta maldita ciudad.

La chica habría querido darle un manotazo y mandar de nuevo el móvil a freír espárragos, pero se limitó a alejarse sin decir una palabra y recortó la distancia hasta el tipo de la barba de chivo, aguardando su turno. ¡Ahora iba a esperarla hasta que a ella le diera la gana!

A pesar de que le habría encantado poder pasarse una hora más en la cola solo para fastidiarlo, la cosa comenzó a fluir y en cinco minutos le llegó su turno.

—¿Qué estáis regalando hoy, Frank? —bromeó Maddie con el dependiente mientras preparaba su pedido.

—Eso quisiera saber yo. Hay mañanas que es mejor no levantarse de la cama.

Maddie miró de reojo hacia la mesa donde Mark Madock bebía ahora un sorbo de su café sin apartar la vista de su móvil.

—¡No sabes cómo te entiendo!

—Pero puedes alegrarme la mañana —repuso el dependiente—. ¿Qué hay de ese café que tenemos pendiente?

—No recuerdo ese café. —Sonrió Maddie con diplomacia, y por una vez su intención no era bromear con su memoria, sino una forma de eludir el tema. Al menos una vez por semana, Frank intentaba sacarle una cita, pero nunca colaba.

—Tienes mala memoria.

—No sabes hasta qué punto —suspiró, consciente de que aquel tipo no tenía ni idea acerca de su amnesia, no era algo que fuera pregonando por ahí.

Con cautela, se giró de nuevo para mirar hacia las mesas, y, para su sorpresa, ya no había ni rastro del tal Madock.

—¿Dónde carajo se habrá metido? —murmuró, descolocada.

—Vigila siempre tu retaguardia, detective —dijo una voz justo desde el lado contrario al que

miraba.

Maddie lo miró de soslayo y soltó un suspiro teatral de resignación, como si necesitara ocultar los latidos que su corazón no podía disimular. Había olvidado lo alto e imponente que era. Ella apenas le llegaba a los hombros.

«Pues la altura ideal para… ¡para nada, narices!, ¡puñetero Pepito Grillo!», lo miró ofuscada.

—Puedes esperarme en la oficina, iré en un momentito —declaró un tanto irritada por su propia respuesta a él—. Aunque tendré que tomarme una buena dosis de café antes de la conversación que tenemos pendiente, supongo que no va a ser fácil.

Mark posó una mirada acerada sobre ella y anunció:

—Supones bien.

Sin más, se alejó de ella con paso firme, y, para su desesperación, observó que todas y cada una de las miradas femeninas del local, y varias no tan femeninas, se lo comían con los ojos hasta que salió por la puerta.

—¿Él es el motivo de que no salgas conmigo? —interrogó Frank con un gesto de curiosidad.

«¡Qué más quisiera!», escuchó dentro de su cabeza.

—¡Yo no quisiera nada! —murmuró, apretando los dientes.

—¿Perdona? —Frank la miraba un tanto confuso.

«Dios, de repente es como si estuviera poseída por el espíritu de Benny Hill», se lamentó.

—Frank, ese café que sea triple, por favor.

Capítulo 5

Maddie le escribió un mensaje rápido a Karen para que estuviera preparada, pero ella misma necesitó armarse de valor durante al menos diez minutos más para enfrentarse de nuevo a él. Cuando consideró que la dosis de cafeína que necesitaba para hacerlo había surtido efecto, salió con lo que pretendía ser un paso firme de la cafetería y caminó los diez metros que la separaban de la agencia.

Le había costado mucho esfuerzo y dinero en terapia aprender a enfrentarse sola a todo tipo de situaciones, pero podría decirse que lo había logrado con un notable alto, aunque, por alguna extraña razón, Mark Madock la desestabilizaba en todos los sentidos, y algunos de ellos le resultaban muy incómodos. Nunca hasta ahora había tenido aquella sensación de abatimiento mezclada con un claro deseo contenido, que se creía incapaz de sentir, o, mejor dicho, que no podía recordar haber sentido, porque su hijo era la prueba viviente de que no era lo que viene siento una virgencita, aunque hubiera vivido como tal desde su accidente.

Respiró hondo tras la puerta de entrada a la agencia, cogió fuerza y al fin entró sin un ligero titubeo. Para su sorpresa, Karen seguía sola tras el mostrador de recepción.

Frunció el ceño y paseó la mirada a su alrededor mientras avanzaba hacia ella.

—¿No está aquí? —susurró al tiempo que soltaba la caja de donuts y le tendía un café a la mujer.

—En tu despacho, necesitaba usar el teléfono —informó.

—¿Nuestro teléfono? ¿Ya se pasea por aquí como si esto fuera suyo? —izó la voz.

Karen resopló en alto.

—Chica, yo no he sabido negarme —admitió—. No sé si podría negarle nada aunque quisiera. Y no es solo su aspecto, tiene una especie de magnetismo que…

—Terminas acostumbrándote —interrumpió Maddie intentando convencerse—. Ayer me causó más impresión.

Se arrepintió al instante del comentario.

—¿Ayer? ¿Cuándo?

Maddie la miró con cierto azoramiento, el justo para hacerla entender.

—¡No! ¡Me caigo muerta, nena! —gritó la mujer un segundo después—. ¡¿Mark Madock es Stendhal?!

—¡*Shhh*! ¡Por Dios, Karen! —se quejó, amonestándola para que bajara la voz.

—Perdona, pero es que es muy fuerte —intentó susurrar, aunque sin conseguirlo del todo—. Y ya sabes que yo no creo en las casualidades —arqueó las cejas con un divertido movimiento —, todo ocurre por una razón.

—Sí, la de arruinarnos la vida, porque tenemos los días contados en el edificio.

—¿Ya te lo ha dicho? —interrogó desconcertada.

—No hace falta, basta con ver cómo me mira.

—¿Cómo?

—¡Como si le debiera dinero, Karen, y en sentido literal!

Aquello no era ninguna broma. Aquel tipo aún no le había dirigido una sola mirada amable,

debía reconocer que más bien parecía no soportar su simple presencia. Aunque cabía la posibilidad de que fuera igual de ácido con todo el mundo. Se sentiría mucho mejor sabiendo que era un gilipollas integral de manual, la verdad, en lugar de algo personal en su contra.

Miró hacia la puerta entornada del despacho y le pudieron los nervios.

—Creo que me vuelvo a mi apartamento.

—¿A cambiarte esos pantalones por una falda bien corta?

Maddie suspiró.

—A meterme debajo de la cama.

—Si yo estuviera en tu lugar, entraría en ese despacho gritando a pleno pulmón: ¡reestructúrame a fondo, Stendhal, aumenta mi solvencia!

Apenas si acababa de decir aquella frase cuando la puerta se abrió del todo y Mark Madock las observó a ambas con un gesto de incredulidad.

—Ay, Dios —murmuró Maddie casi para sí, pero apechugó con su habitual soltura y añadió con lo que parecía una sinceridad absoluta—: Disculpa a Karen, es que se le ha pasado tomarse su medicación hoy.

La mujer rio y correspondió al comentario guiñando un ojo de manera exagerada mientras sacudía la cabeza como si le dieran espasmos nerviosos.

—Vaya tela —murmuró Mark al tiempo que regresaba al interior del despacho—, sois tal para cual.

Maddie prefirió ignorar el comentario, aunque no pudo evitar sonreír mientras avanzaba tras él.

—El donut de chocolate es para Leo —le dijo a Karen—, guárdaselo, por fa.

Tras esto, cerró la puerta del despacho y miró a Mark Madock intentando no verlo, como hacía con todos.

—¿Puedo fingir estar lo suficiente loca como para que te replantees la idea de comprar el edificio? —empezó preguntando.

—Al parecer a Svenson se le pasó hablarme de vosotras cuando le pedí referencias —afirmó muy serio—, así que el daño está hecho, junto con el pago.

Maddie soltó una exagerada exhalación.

—Entonces tendré que comportarme —ironizó.

—¿Sabes hacer eso?

—Me cuesta un poco a veces —declaró igual de seria que él—, pero lo intentaré. A partir de este momento solo hablarás con una aburrida y amargada arrendataria. ¿Prefieres eso?

—Por supuesto, pero tú no podrías ser aburrida ni proponiéndotelo.

Maddie lo miró con cierta curiosidad mientras le indicaba con un gesto que cogiera asiento en una de las sillas frente al escritorio.

—¿Acabas de hacerme un cumplido?

—No, la verdad es que prefiero tratar con gente aburrida pero cabal.

—No te preocupes, puedo ser muy cabal —aseguró, y rodeó la mesa para coger asiento al otro lado—. Espero que tu conferencia telefónica no haya sido de larga distancia, porque al parecer estamos a punto de irnos a la quiebra.

Él la miró con el ceño fruncido y un gesto impasible.

—Cierto indeseado accidente en una cafetería me ha dejado incomunicado —explicó, sacando el móvil de la chaqueta de su traje para ponerlo sobre la mesa.

Maddie observó la raja que cruzaba la pantalla y se sintió fatal, aunque ocultó su malestar.

—De verdad lo siento —admitió—. Te compraría otro, pero no creo que pueda permitirme

hacer muchos extras a partir de ahora.

—Estás tirando la toalla antes de negociar —observó Mark con cierto enojo.

—¿Piensas mantenernos el precio del alquiler?

—No.

—Entonces está todo dicho.

—El alquiler que pagáis es irrisorio y lo sabes.

—Puede, pero es el que podemos permitirnos —afirmó sin tapujos—. Entiendo que para alguien como usted eso de cubrir gastos por los pelos ocurra solo en las películas, pero para nosotros es muy real.

—Me estás hablando de usted —señaló.

—¿No quería a la aburrida y cabal? —sonrió con apatía—, pues aquí la tiene.

—Y te está costando la misma vida, ¿no?

—No se crea, hablar sobre el pan de mi familia suele tener este efecto en mí —declaró—, me mina un poco la moral y las ganas de bromear, ¿se lo puede creer? —ironizó.

Mark se recostó sobre la silla y la observó con una expresión pensativa, Maddie aguantó con estoicismo su escrutinio sin mover una sola ceja.

—¿Dónde está tu padre ahora? —interrogó al fin—. Quiero proponerle algo.

Maddie ocultó su ansiedad como pudo.

—Me temo que no podrá ser, lo de que está hospitalizado no era una táctica disuasoria.

—Vaya, lo siento, ¿es grave?

—Se está recuperando de un accidente de moto —informó—. Estará fuera al menos un mes más, pero aquí somos perfectamente capaces de guardar el fuerte.

Mark arqueó las cejas y la miró con cierta incredulidad.

—Le aseguro que somos muy profesionales —carraspeó—, en contra de la primera impresión que se haya llevado.

Para Maddie empezaba a ser insoportable permanecer impasible, seria y casi apática frente a sus ojos. No le extrañaba que la mirada acerada y exenta de cualquier tipo de sentimiento con la que él la escrutaba ahora cerrara tratos de negocios millonarios. Ella misma le habría vendido su alma en aquel instante con tal de que dejara de mirarla así, pero fue capaz de soportar con entereza hasta que él habló.

—Quiero contratar tus servicios.

Maddie lo miró como si se hubiera vuelto loco. En aquel instante estaba tan alucinada y perdida que no tenía claro si se refería a los de la agencia… o es que la estaba tratando como a una prostituta.

Tardó en aventurarse a preguntar

—¿A qué servicios se refiere?

—A los de la agencia, ¿de qué otra cosa podría hablar?

Ella no pudo ocultar su azoramiento

—Por un instante creí que intentaba insultarme.

La carcajada exenta de humor del hombre la consternó, y el comentario que siguió fue peor aún.

—No te ofendas, *Sherlock*, pero no eres mi tipo.

—Y no sabe el alivio que me supone. —Intentó sonreír.

La mirada de él fue tan irónica que por un instante Maddie temió que pudiera leer en su interior, pero guardó silencio y no dejó de mirarlo mientras esperaba a que continuara hablando, lo que no tardó en hacer.

—Bien, pues una vez aclarado este punto —comenzó—, vamos a lo que nos interesa.

La escrutó de nuevo con la mirada hasta incomodarla aún más.

—No sé si se está haciendo el interesante, señor Madock, pero…

—Hace dos años me robaron veinte millones de dólares —interrumpió, dejándola perpleja.

Alucinada por el giro de acontecimientos, Maddie no pronunció palabra. Mark siguió hablando:

—Te lo contaré todo despacio si decides aceptar el caso, pero para resumir… —Hizo una pausa como si estuviera buscando las palabras—. Alguien de mi entera confianza me traicionó y desvió ese dinero desde una de las cuentas de mi empresa. Esa persona falleció tres días después intentando huir del país, pero el dinero jamás apareció.

Un tanto asombrada, Maddie observaba su rostro ahora con interés. Su expresión hermética y exenta de emociones la desconcertaba. Le estaba contando que le habían robado veinte millones de dólares y no mostraba ni siquiera un atisbo de furia, dolor o desconcierto, ni una sola mueca delataba que aquel hecho le provocara la más mínima emoción. Curioso.

—Y quiere que yo encuentre el dinero —adivinó, intentando sonar profesional en lugar de lo confundida que se sentía.

—Correcto, sí —aceptó—. Madeline no pudo hacerlo sola, tuvo que tener al menos un cómplice dentro de la empresa, alguien que le facilitó las cosas.

—¿Madeline?

—Madeline Middelton —contó—. Trabajaba para ZenithCorp como contable, hasta que decidió que quería mucho más que un sueldo.

—¿Cómo murió?

—En un accidente de avioneta en la isla de Maui.

—Así que huyó a Hawái —murmuró.

—La avioneta que la trasladaba se estrelló en plena selva, antes de llegar a su destino.

Maddie lo miró muy pensativa. Le encantaba aquella parte del trabajo, cuando un caso nuevo entraba en la agencia y se sentaba junto a su padre a escuchar la historia a desentrañar.

—¿Por qué cree que no actuó sola? —interrogó.

—Alguien tuvo que guiarla desde dentro —opinó—, porque apenas llevaba cinco meses en la empresa cuando sucedió todo.

Maddie frunció el ceño.

—Pero antes ha dicho que ella era de su entera confianza.

Sin mover una sola ceja, Mark asintió.

—Sí, ya sé lo que he dicho —aseguró—, pero también he dicho que solo te contaría lo justo hasta que decidieras si aceptar o no el caso.

La chica lo observó con cierta reticencia.

—¿Cuántos detectives ha contratado hasta el momento, señor Madock?

—Ninguno —confesó—. Hasta ahora lo había dejado todo en manos de la policía, pero o bien no avanzan en la investigación o no me cuentan sus progresos.

—Entiendo. —Lo miró con curiosidad y no se contuvo en preguntar—. ¿Y por qué yo, si es obvio que no le agrado ni un poco?

—Era a tu padre a quien quería contratar —le recordó.

—Pero ya le he dicho que no es posible y, aun así, insiste.

Mark le devolvió una de sus miradas inescrutables y pareció meditar muy bien su respuesta.

—Es que… puede que tú me vengas mejor.

—¿Por qué?

—Bueno, eres muy molesta, sí —admitió sin dudarlo—, pero también eres la antítesis de todo lo que se espera de un investigador.

—No sé si le entiendo.

—No tendrás problema para infiltrarte en la empresa —opinó—, porque nadie en su sano juicio creería que eres detective.

Maddie lo miró con el entrecejo fruncido.

—Ah, qué bien, qué bonito —carraspeó confundida—. Creo que tiene que trabajar en sus halagos, señor Madock, no termina de cogerles el tranquillo.

—No pretendía ofenderte, pareces resolutiva y locuaz, no te ofrecería el trabajo si no pensara que puedes encargarte —la miró con cierta reticencia—, porque… puedes, ¿verdad? Igual me estoy precipitando y…

—¡Por supuesto que puedo! —repuso con ardor—, pero ¿por qué querría yo trabajar para un tipo como usted?

—Eso ha sonado a insulto —observó—. ¿Qué quieres decir con alguien como yo? En realidad no me conoces.

—Cierto, como usted a mí, y eso no le ha impedido insultarme de forma velada desde la primera vez que me vio.

Mark sonrió con cinismo y posó sobre ella una evidente mirada acusatoria, tan clara que Maddie terminó saltando:

—¡¿Qué?!

—Te sentaste en mi regazo como si fueras una cabaretera —le recordó—, no es la carta de presentación ideal.

—Tampoco fue para tanto —carraspeó incómoda.

—¿Y si hubiera sido al revés? —interrogó de repente—. Piénsalo. ¿Qué habría pasado si soy yo quien te atraigo a mi regazo y te beso sin pedir permiso?

Aquello la descolocó de veras. Dicho así… no sonaba muy bien, pero darle la razón era algo que no estaba dispuesta a hacer de momento.

—Bueno…, así es el mundo —terminó diciendo apartando la mirada.

—¿De injusto, dices?

—¿Injusto para un hombre? —Sonrió Maddie con cinismo—. Lo que me faltaba por oír. —Soltó un suspiro teatral—. De verdad, señor Madock, no quiere meterse en ese tipo de conversación conmigo.

—En eso tienes razón, prefiero no conversar contigo más de lo necesario —aclaró—. Así que dime, ¿aceptas o no el caso?

Maddie guardó silencio y lo valoró con sinceridad.

—Aún no me ha dicho qué gano yo.

Él lo sopesó con calma.

—Estoy dispuesto a congelar tu alquiler por la oficina y el apartamento durante los próximos dos años —declaró con aplomo.

Aquello la dejó perpleja. Era una oferta muy tentadora, que acabaría con sus preocupaciones durante dos largos años.

—¿Defina congelar?

—No tendrás que pagarme ni un centavo.

Maddie abrió los ojos como platos, pero intentó mantener sus emociones bajo control y se aventuró a decir:

—No es mucho por encontrar veinte millones de dólares.

—Cierto, eso solo serían tus honorarios por el trabajo. —La miró a los ojos y agregó—. Encuentra mi dinero y pongo ambos inmuebles a tu nombre.

—¡No me jodas! —se le escapó sin remedio.

—Jamás tendrías que volver a preocuparte por el alquiler —insistió—. Tanto la oficina como el apartamento serán tuyos.

Con un gesto de asombro que apenas podía esconder, se forzó a decir:

—Tengo que valorarlo con calma y hablarlo con mi padre.

—Perfecto —admitió—. Tienes hasta mañana por la mañana para contestarme.

—¿Solo un día? —Frunció el entrecejo—. Qué espléndido.

—Pasado mañana regreso a Boston —explicó—. Por eso no puedo darte más tiempo. Si aceptas, tendrás que viajar conmigo.

—¿Boston? —casi gritó con asombro—. ¿El trabajo es en Boston?

—Allí es donde vivo, pensé que lo sabías.

—¿Y cómo iba a saberlo? —se enojó ahora, viendo que todas sus esperanzas se iban por el retrete—. ¡No puedo irme a Boston!

Él la observó con una expresión neutra, que una vez más no daba muestras de si le importaba o no un pimiento su negativa al trabajo.

—Si lo tienes tan claro, no hay mucho más que hablar —indicó.

Sacó una tarjeta del bolsillo interior de su traje de Armani, junto con un bolígrafo que tenía pinta de costar lo mismo que un par de meses de renta, y escribió algo tras ella.

—Ese será el importe del nuevo alquiler —indicó, tendiéndole la tarjeta a la chica.

A Maddie se le salieron los ojos de las órbitas y se puso en pie con cierta irritación.

—¡¿Se ha vuelto loco?! —gritó furiosa—. ¡Esto es un abuso!

—Es lo que pagan el resto de inquilinos del edificio.

Sí, Maddie tenía claro que no mentía. Todos eran gente pudiente, que se podían permitir vivir en aquella zona de la ciudad. Su padre y ella jamás habrían podido instalarse allí sin apoyarse en el favor personal que Svenson le debía a aquel amigo de su padre.

—¿Disfruta usted avasallando a la gente, señor Madock? —Lo enfrentó ahora, iracunda—. ¿O esto es una especie de venganza personal en mi contra?

Él la miró con frialdad.

—Creo que te sobrevaloras, Madison —declaró. La chica sintió un escalofrío al escuchar su nombre de sus labios—. Nada de esto es personal, son negocios. Y te estoy dando una salida mucho más que generosa.

—¡En Boston!

—Sí, en Boston, pero solo tendrás que estar allí durante la investigación —le recordó—. Date prisa en resolverlo y podrás regresar rápido.

Maddie tragó saliva. ¿Cuánto tiempo podría ser aquello? ¿Un mes? ¿Dos?

—¿Podría venir a Chicago de vez en cuando?

Mark se encogió de hombros.

—Tú sabrás lo que haces con tu tiempo libre —admitió—. Estás apenas a un par de horas de avión de distancia.

Para la chica, poder regresar a ver a su hijo al menos los fines de semana era algo necesario, solo así se plantearía aceptar una locura semejante, pero no podría costearse tantos viajes.

—Incluya en el acuerdo un billete de ida y vuelta semanal y me lo pienso.

Él sonrió con acidez.

—¿Quieres que yo pague las visitas a tu Leo? —sonó irónico—. ¿A cuánto va a salirme cada

escarceo?

Maddie estuvo a punto de lanzarle un pisapapeles a la cabeza. ¿Podría colar que era viernes? Molesta, se negó a darle explicaciones sobre su vida privada, así que se abstuvo de aclararle nada sobre el niño, aunque decidió apostar fuerte.

—Tendría que cerrar la agencia mientras estuviera en Boston —le recordó, intentando sonar al menos la mitad de fría que él—, lo que dejaría mis ingresos en cero durante el tiempo que trabajara para usted. El hecho de que no tenga que pagarle un alquiler mientras dure el acuerdo no significa que no tenga que comer, pagar facturas y demás.

—Así que quieres un sueldo —entendió.

—Me parece lo justo, sí.

«Y podré usar mi dinero para venir a ver a *mi Leo* si me da la gana», se leyó entre líneas con total claridad.

Él pareció valorarlo con calma.

—De acuerdo —acabó diciendo. Le quitó de las manos la tarjeta que aún sujetaba y sacó el boli de nuevo—. Esa es mi única oferta. —Se la tendió de vuelta—. No intentes negociar al alza, porque no voy a agregar un solo dólar.

Pero Maddie no pensaba apostillar ni una coma, bastante tenía con controlarse para no dar palmas con las orejas.

—Lo dicho —se esforzó por hablar—. Déjeme valorarlo y mañana tendrá mi respuesta.

Aunque habría podido gritársela a los cuatro vientos en aquel instante al tiempo que bailaba el hula hula, ¡porque ni loca podría permitirse rechazar una oferta así!

Ambos salieron del despacho en silencio y caminaron hasta la recepción, donde Karen se puso en pie para despedirlo.

—Un placer conocerlo, señor Madock —repuso de forma educada—. Espero que se haya llevado una impresión inmejorable de la agencia.

Maddie habría podido reír por el gesto incrédulo con el que el tipo miró a la secretaria.

—¿Un donut? —le ofreció Karen a continuación con una exagerada sonrisa de oreja a oreja, izando la caja.

Mark miró a la mujer y después a Maddie, que intentaba esconder una sonrisa divertida a su lado.

—No se corte, endúlcese la vida, señor Madock, que es corta —lo animó la chica—. El de avellanas y el glaseado están de vicio.

—Yo prefiero el chocolate. —Miró a Maddie con evidente ironía—. ¿Comerme ese… es una opción?

A la chica le costó sonreír. Estaba segura de que antes le había escuchado pedirle a Karen que le guardara a Leo justo aquel donut. La mirada intensa que posó sobre ella la estremeció, y por un segundo su cuerpo respondió como si le estuviera pidiendo mucho más que aquel bollo.

«Deja de hacerte líos, ¡solo es un puñetero donut!».

—Por supuesto, adelante —lo instó.

Él terminó sonriendo con evidente sarcasmo.

—Mejor no, yo soy más de… *croissant* francés.

¿Acababa de insultarla? Porque Maddie no podía evitar sentir que así era. ¿Tenía sentido?

—Yo prefiero el producto nacional —aclaró Maddie con una sonrisa que esperaba que no pareciera forzada—. Creo que los *croissants* engañan con su forma exterior tan llamativa, pero por dentro son bollos insípidos y sin gracia alguna.

«Y me encantan, los comería a diario», agregó Pepito por ella.

—Mañana por la mañana tendrá mi respuesta —repuso para interrumpir lo que estaba segura de que sería una réplica ácida.

Él se limitó a sonreír con cierta prepotencia y a despedirse de ellas con un solo gesto de cabeza.

En cuanto salió por la puerta, Maddie soltó con fuerza todo el aire que había estado conteniendo.

—¡Por Dios, qué estrés, nena! —se quejó Karen cogiendo asiento tras su escritorio.

—¿Me lo dices a mí? —Se desplomó en una silla frente a ella.

—Habéis tardado, he estado a punto de entrar por si había sucedido una tragedia —suspiró —. ¿Has conseguido algo?

—Dos años. —Se esforzó por sonreír.

Karen la miró un tanto perpleja.

—¿Perdona? ¿Me estás vacilando?

—Bueno, a ver… —se mordió el labio inferior, nerviosa—, dos años con letra pequeña.

—Ay, Dios, ¿por qué presiento que ahí viene *un pero* de los gordos?

—En realidad no es para tanto, verás…

Pasó a relatarle cada una de las palabras que se habían dicho en aquel despacho, sin guardarse nada. Necesitaría la ayuda de Karen para cuidar de Leo, no podría aceptar el acuerdo si ella se negaba, aunque esperaba que no lo hiciera, a pesar de la reacción inicial.

—¡¿Es que te has vuelto loca?! —le gritó con un gesto de horror—. ¡No puedo creer que te lo estés planteando en serio!

—Karen…

—No, Karen nada.

—Lo perderemos todo si no acepto —le recordó.

—Empezaremos de cero en otra parte.

—¿Y crees que eso es fácil? —preguntó—. ¿Quieres irte a montar una agencia como esta a los suburbios, que es lo que nos podremos permitir? ¿Crees que subsistiremos mucho tiempo rodeados de adictos, traficantes y gentuza de todo tipo? —La miró con pesar—. No quiero que mi hijo se crie en un barrio así.

—Te entiendo, Maddie, pero irte a Boston es peligroso —insistió.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —interrogó con confianza.

—¿Que termines dentro de una zanja y no te encontremos nunca?

—¡No exageres!

—No creo que a la persona responsable de ese desfalco le haga mucha ilusión que metas las narices donde no debes —opinó con un gesto preocupado—, y alguien capaz de robar esa millonada no tiene pinta de ser lo que se dice buena persona.

Maddie carraspeó, dicho así…, pero no se amilanó.

—Vale, ¿qué es lo segundo peor que puede pasar? —Sonrió de forma exagerada.

—Ay, Dios, estás decidida —adivinó con una expresión de horror.

—Puede ser la solución a todos nuestros problemas y para siempre —le recordó—, si hay suerte.

—Si sucede un milagro querrás decir —puso sobre ella una mirada severa—, porque siento tener que recordarte algo tan obvio, pero ¡no eres detective, Maddie!

La chica tragó saliva.

—Eso es un detallito que…

—¡No me jodas!

—He trabajado muy de cerca con mi padre en estos dos últimos años —defendió con ardor —. La mitad de los casos de la agencia se han resuelto gracias a mí y lo sabes, estoy perfectamente capacitada para ejercer.

—¿Sin licencia?

—Firmaré el contrato a nombre de la agencia. —Se le ocurrió.

Karen se desesperó.

—Tu padre nunca te permitió hacer trabajo de campo, Maddie —le recordó—. Jamás dará su visto bueno para esto.

—Por eso no vamos a contárselo.

—¡¿Cómo?! —gritó ahora—. ¿Quieres que permita que te metas en la boca del lobo sin decírselo? ¡Ni lo sueñes, Maddie, no puedes pedirme algo así! No tienes forma de convencerme.

Soltando un suspiro de desesperación, Maddie guardó un silencio atronador. Se dejó caer hacia atrás en la silla, vencida. Estaba demasiado cansada de sonreír y luchar contra sus propios fantasmas a cada paso del camino. Se tomó su tiempo para volver a hablar.

—Necesito hacerlo, Karen —susurró al fin, despojada de su habitual sonrisa—. Mi padre ya ha perdido y renunciado a demasiado por mi culpa.

—Maddie…

—No estaríamos en esta situación si él no hubiera tenido que invertir todo lo que tenía para salvarme la vida. —No pudo contener las lágrimas—. Mis gastos médicos se llevaron todos sus ahorros, cada dólar que había conseguido reunir en treinta años de trabajo duro, Karen —suspiró —. Sabes que hemos tenido que pedir un crédito para que él mismo pueda hacer su rehabilitación. Si le contamos todo esto, lo dejará todo, lo sabes igual que yo, se olvidará de recuperarse y querrá ir a Boston en persona. No puedo permitirlo.

La mujer no pudo negar que estaba en lo cierto.

—Solo quiero devolverle un poco de todo lo que ha hecho por mí —continuó diciendo—. Y si tengo que arriesgarme para conseguirlo —declaró—, estoy dispuesta, pero tienes que ayudarme. Necesito que cuides de mi hijo en mi ausencia, porque no puedo llevarlo conmigo. Espero que sea el menor tiempo posible, y vendré cada fin de semana. Te prometo no arriesgarme mucho. Si puedo resolver el caso, habremos solucionado parte de nuestras vidas, si no al menos habré ganado dos años de respiro. Tengo que intentarlo, Karen, se lo debo a mi padre, a mi hijo y a mí misma, porque no te haces idea de lo duro que es sentirte una carga tan pesada que ni siquiera eres capaz de recordar cuando no lo eras. Necesito avanzar, y creo que este trabajo puede ayudarme.

Karen estaba muda. Ambas sabían que no tenía forma de rebatir ninguna de aquellas palabras y que la decisión estaba tomada, aunque aún se tomó unos largos segundos para decir:

—Me llamarás dos veces al día. —Le apuntó con un dedo.

—Por supuesto —soltó un suspiro de alivio.

—Me contarás cada uno de los pasos que avances en la investigación —insistió.

—Hecho.

—Y si ves que las cosas se ponen feas, mandarás todo a Mordor y regresarás a casa.

—¡Al primer revés!

Karen torció el gesto, ambas sabían que Maddie diría que sí a cualquier cosa en aquel momento.

—Ay, Dios, soy demasiado blanda —se quejó la mujer.

—No tienes de qué preocuparte —aseguró la chica ahora con una sonrisa—. Tendré mucho cuidado, palabra de *girl scout.*

—No tienes pinta de haber sido *girl scout* —se lamentó.

—Pues ni idea —sonrió—, pero podría ser.

Karen fue incapaz de imitar su sonrisa, estaba demasiado preocupada.

—Cuéntamelo todo despacio —exigió.

—No sé mucho más. —Se encogió de hombros—. No hasta que acepte el caso de forma oficial.

La expresión cautelosa de Karen era evidente.

—¿Te fías de ese tipo, Maddie?

—¿De Madock? —La mujer asintió—. Es una pregunta difícil.

—A ver si lo que quiere es… solvencia, ya me entiendes —repuso, por una vez sin ninguna intención de bromear.

—¿Te parece un tipo que necesita montar estos numeritos para ligar? —interrogó la chica.

—¿Cómo voy a saberlo? —opinó—. Solo lo conozco de cinco minutos.

Maddie sonrió y estuvo a punto de bromear, hasta que fue consciente de que a Karen realmente le preocupaba mucho aquel aspecto. Decidió ser sincera aunque le molestara un poco admitir aquello.

—No soy su tipo —contó con total convencimiento.

—¡Oh, venga ya! —declaró—. ¡Eres el tipo de todos!

—No en su mundo —suspiró, intentando no sonar algo triste—. Él estará acostumbrado a la seda, a mujeres que jamás llevan un pelo fuera de su sitio, de modales impecables y que saben poner morritos. Él es más de… croissant francés, Karen, y yo soy un donut. Para un hombre así, soy invisible.

—Sí, ¡hasta que te desnudes!

—Cosa que no haré. —Sonrió, aunque sintió un calor sofocante solo con pensarlo.

—¿Y si terminas deseando hacerlo? —casi susurró.

—¿Qué?

—Es de veras un tipo muy atractivo —repuso con cuidado y sin intención de bromear—, es fácil que puedas confundirte.

—¡No! —Entendió al fin—. Ya sabes que no soy lo que se dice… receptiva para esas cosas.

—O eso crees hasta…

—Karen —caminó hasta ella para tomarla de las manos y la miró a los ojos—, todos mis instintos están dormidos junto a mi memoria —afirmó con un convencimiento absoluto—. Lo sabes, me has regañado montones de veces por ese motivo.

—Sí, y por una vez no voy a insistir en que debes salir del cascarón.

—Tampoco lo conseguirías, así que… —Se encogió de hombros y sonrió—. Creo que tendrás que soportarme célibe una buena temporada más. No ha nacido varón que logre hacerme desear… —carraspeó.

—¿Solvencia?

La carcajada de Maddie fue contagiosa.

—¡Nada de solvencia!

Ni aunque el… *flujo de efectivo* tuviera aquel envoltorio de infarto y oliera tan bien… que…

«Mierda, Maddie, este no es momento para despertar».

Capítulo 6

Mark Madock paseaba nervioso por el destartalado hangar, frente al avión que debía despegar en los próximos diez minutos, estuvieran allí o no todos los pasajeros.

Consultó de nuevo su reloj de pulsera y soltó un improperio, maldiciendo una vez más el momento en el que había decidido volar a Chicago. De no haberlo hecho, no estaría de los nervios esperando a que aquella maldita mujer decidiera si hacía o no acto de presencia. ¿En qué coño había estado pensando para hacerle un ofrecimiento tan absurdo y descabellado? Apenas si podía mirarla sin sentir deseos de estrangularla, cada palabra que salía de sus labios lo enervaba. En aquel momento no estaba seguro de poder lidiar con su lengua afilada y con… aquellos enormes ojos azules sin enloquecer del todo.

Su teléfono móvil lo sacó del trance y lo extrajo del bolsillo interior de la americana para consultarlo. Apretó los dientes al toparse con la enorme raja que partía la pantalla en dos. Le había costado dios y ayuda conseguir que encendiera.

«Voy a descontárselo del primer sueldo», se dijo con irritación. «Si es que se digna a aparecer, claro».

Contestó la llamada de su hermana para aprovechar la espera.

—¿Sigues en Chicago? —interrogó Lindsay Madock con su voz cantarina.

—Sí, estoy a punto de subirme al avión —confirmó—, pero voy directo a Cambridge.

—¡No! —se quejó su hermana—. Me juraste que vendrías a Osterville esta semana.

—Sí, lo sé, y te pido disculpas, pero me ha surgido algo importante.

—¿Más importante que respetar una promesa?

Mark guardó silencio. Su hermana sabía por dónde atacarlo mejor que nadie.

—Siempre dices que se deben respetar las promesas —insistió la chica—. Y tengo cosas que contarte.

—Adelante —propuso—, aún dispongo de un rato antes de despegar.

Un silencio al otro lado le indicó que Lindsay estaba valorando qué le convenía más.

—Tengo algunas ideas sobre lo que quiero hacer en mi veintitrés cumpleaños.

—¿Una fiesta? —probó suerte.

—Eso también, pero ya sabes que me refiero a qué hacer en familia.

—Sí, eso me temía. Que sea algo fácil esta vez, por favor —rogó con una sonrisa—. Y que a ser posible no implique movilizar a toda la familia al quinto infierno. El año pasado, mamá ya anunció su intención de desheredarte si la obligas a participar en otra de tus locuras cumpleañeras.

—Define locuras. —Rio.

—Cualquier cosa que implique saltar desde nada más alto que el bordillo de una acera, por ejemplo.

—Prometo olvidarme de las alturas esta vez —anunció.

—Eres consciente de que pones a toda la familia en jaque cuando se acerca la fecha, ¿no? —bromeó.

La carcajada divertida de su hermana le hizo sonreír a su vez. Cuando su padre había

fallecido una década atrás, Lindsay estaba a punto de cumplir los trece años. Encajó tan mal la ausencia del cabeza de familia que Mark la instó a pedir por su cumpleaños cualquier cosa que le apeteciera y que pudieran hacer en familia. A partir de aquel momento, aquello se había instaurado como una tradición, y su madre, su tío y él mismo se abandonaban ese día a cualquier cosa que Lindsay quisiera hacer.

—Prometo que será legal y que no tendremos que salir del continente —indicó—. Y no te digo más para que no te dé por buscarte alguna excusa, que no hay quien te saque de casa para nada que no sea trabajar.

—Tengo responsabilidades, Linny.

—Sí, y una vida —le recordó—. Y voy a usar mi cumpleaños para recordártelo.

—Mejor céntrate en ti.

—¿Mientras tú sigues sin recordar ni cómo se sonríe?

Aquello lo incomodó.

—Creo que has heredado la vena dramática de mamá —protestó, y no la dejó añadir una palabra más—. Me está llamando el piloto, Linny, tengo que dejarte.

—Vaya, qué conveniente, pero no me has dicho cuándo vienes.

—Es que no lo sé, tengo algo pendiente de hacer que no sé si finalmente se dará o no.

Aquel fue el momento en el que un taxi entró en el hangar, se detuvo a escasos cinco metros de distancia y alguien bajó de él con premura.

—¡Lo siento! —gritó Maddie como saludo inicial, corriendo hasta el maletero del coche para sacar su equipaje.

—¿Quién es? —escuchó a su hermana interrogar con interés.

—Nadie —aseguró.

Pero para no ser nadie…, le aceleraba el corazón como si lo fuera todo y eso lo enfureció. Aquello era, sin duda, de las cosas que jamás estaría dispuesto a permitirse.

∞∞∞

Maddie corrió a la parte trasera del taxi consciente de que llegaba muy tarde. Abrió el portón y sacó su maleta antes de que al taxista le diera tiempo ni a acercarse.

—Espera, te ayudo —se ofreció el hombre.

—No es necesario, jamás haría una maleta que no pudiera levantar por mí misma. —Sonrió y recibió idéntica mueca en respuesta.

Se centró en extraer el asa de la maleta y cuando izó la vista de nuevo se topó frente a frente con los ojos grises de Mark, que había llegado hasta el coche y la observaba con atención. Su corazón se aceleró y tuvo que disimular un estremecimiento.

«Mal empezamos», suspiró para sí.

—Siento el retraso —insistió para romper el silencio incómodo.

—Eso díselo al piloto, que está al borde del infarto.

La chica lo miró con pesar y se mordió los labios con cierto nerviosismo. Le había costado mucho trabajo alejarse de Leo, había regresado hasta tres veces desde el ascensor para darle otro achuchón. Jamás se había separado de su hijo más de lo que daba de sí una mañana de guardería. Su pequeño mundo giraba en torno a él, ni siquiera sabía si sería capaz de dormir más de tres horas sin acurrucarse junto a él. Pero a Mark Madock todo aquello se la traía al pairo. Respiró hondo y lo miró con una sonrisa.

—Me disculparé con el piloto —aseguró, y miró al taxista—. Gracias, Rudy, ha sido un viaje

muy ameno. Espero que Rose te dé un sí enorme, y si no lo hace, me avisas, estoy dispuesta a acompañarte con la trompeta. Le sacaré un sí aunque sea a cambio de que me calle y la deje dormir.

El hombre soltó una carcajada que resonó en todo el hangar, y Maddie le devolvió una sonrisa radiante.

Mark la observó con atención cuando ella al fin lo miró, maleta en mano, dispuesta a emprender el viaje.

—Tienes un don para meterte a la gente en el bolsillo, de eso no hay duda —repuso Mark en cuanto el taxista hubo entrado de nuevo en el coche.

—Ya te alegras de haberme contratado, ¡eh!

—Aún no lo tengo claro —la miró muy serio—, conmigo no funciona tu don, me temo.

—¿Y eso debería importarme? —interrogó como si hablara del tiempo.

—Teniendo en cuenta que soy el que paga tus honorarios…

—Por eso mismo, durante un tiempo vas a ser mi jefe —sonrió—, y, como tal, tengo todo el derecho a que no me agrades ni un poquito.

Mark le devolvió una mirada imperturbable.

—Al menos me estás tuteando, eso ya es un avance.

—Sí, debo reconocer que hoy me caes un poco mejor —proclamó con una expresión divertida—, pero no te emociones —él la mató con la mirada—, si es que eres capaz de emocionarte con algo —agregó, soltando un exagerado suspiro teatral—. Pero me siento dadivosa, incluso puedes llamarme Maddie, si quieres.

—No quiero.

La chica se sintió un tanto turbada.

—Todo el mundo me llama así, no te considero especial —declaró en un tono indiferente—. Es un diminutivo de mi nombre.

—No soy yo hombre de diminutivos.

—Entiendo —repuso burlona—. ¿Eso significa que no puedo llamarte *Marki*?

—No si quieres que te conteste.

—Eso pensaba. —Soltó un suspiro melodramático—. En fin, ¿nos vamos? No quiero subirme al avión tarde por tu culpa.

Mark la miró con un gesto irritado.

—Esto no va a salir bien —lo escuchó murmurar mientras avanzaba hacia el avión.

Maddie sonrió a medias y lo siguió, un tanto asombrada ahora por la inmensidad del pájaro de acero que tenía frente a sí. Estaba expectante por verlo por dentro. Y entonces se fijó en el lateral del avión y se quedó perpleja. En letras grandes se leía ZenithCorp.

Estuvo a punto de soltar una exclamación de asombro.

«¡No me fastidies! ¿Este avión no solo es privado, sino que es suyo?». Debía reconocer que aquello la impresionaba un poco. «¿Cuánto dinero hay que tener para poder permitirte un avión?», se preguntó muy en serio. Al parecer todo aquello de comprar empresas para convertirlas en solventes resultaba muy lucrativo. Por desgracia, fue pensar en la *solvencia* y le entraron sudores. Maldijo a Karen por hacer de aquella palabra un disparador de su libido.

—Estás muy seria —repuso Mark cuando entraron en el avión—. ¿No te gusta volar?

Maddie no podía decirle lo que realmente pasaba por su cabeza, así que optó por algo que también era cierto.

—No demasiado, me tensa un poco —confesó—. Aunque al parecer tú vas en avión hasta a por el pan.

Él la observó sin entender.

—Tendrás que amortizar este pajarraco —repuso—. He visto que lleva tu logo.

—El logo de mi compañía —puntualizó.

—¿No es lo mismo?

—No, porque ZenithCorp no es solo mía —explicó, instándola a caminar hacia el interior del avión—. Te daré toda la información durante el par de horas que dura el vuelo.

Maddie asintió y se limitó a maravillarse con el interior del avión que iba descubriendo. Era exacto a los que se veían en las películas, con sus amplios butacones de cuero, sus mesas de despacho y todo ese espacio central en el que se podría bailar un tango sin miedo a tropezarte con nada. Aquello le hacía pedorretas a la primera clase de cualquier avión convencional, o eso suponía, porque estaba segura de que, aunque no pudiera recordarlo, esa tampoco la había pisado ni de lejos.

Miró a su alrededor antes de sentarse donde Mark le había indicado. La realidad era que se había quedado corta con aquello de estar solo un poco tensa por el vuelo. La ansiedad crecía por momentos frente al inminente despegue. Uno de los lastres que acarreaba su falta de memoria era no tener ningún tipo de experiencia sobre nada. Desde su accidente no había viajado en avión, no tenía ni idea de cómo iba a sentirse al respecto, y aquello añadía más angustia a la experiencia. El viaje desde Seattle, lugar donde residía cuando tuvo el accidente, a Chicago tuvo que hacerlo por tierra, por recomendación médica, debido a que uno de los coágulos que aún tenía en el cerebro no se había disuelto del todo.

Estaba a punto de sentarse para atarse el cinturón en el último agujero, si es que aquello era posible, cuando escuchó a su espalda una voz chillona que llamó su atención.

—¡No me lo puedo creer! ¿Maddie? —Una de las asistentes de vuelo avanzó hacia ella con una sonrisa de felicidad—. ¡Maddie! ¡Esto sí es una coincidencia maravillosa! ¡Mira dónde nos venimos a encontrar! Solo le estoy haciendo una suplencia a una amiga, pero ¡cómo es la vida!

Con el corazón acelerado, Maddie se dejó abrazar e intentó sonreír.

—¿Cómo estás? —continuó la azafata, feliz—. No te veía desde hace mínimo diez años. ¡Madre mía, Maddie, con la de cosas que vivimos juntas! No debimos perder el contacto de esta manera, no sabes la de veces que me he acordado de ti.

Maddie no podía pronunciar una sola sílaba. Una terrible desazón se apoderaba más y más de ella a cada palabra que escuchaba.

—Chica, te has quedado muda de la impresión. —Rio la mujer—. Pero cuéntame, ¿qué es de tu vida? Yo es obvio qué hice con la mía, ya sabes que mi sueño siempre fue recorrer el mundo.

Pues no, no lo sabía. A Maddie le sudaban las manos. No dudaba de que aquella información estuviera en algún rincón remoto de su memoria, pero… en aquel momento no tenía ni la más mínima idea de quién era aquella mujer, y mucho menos de cuándo ni dónde se habían conocido. Para ella era una total desconocida.

—Discúlpame, pero tengo que ir al baño —declaró Maddie, casi en susurros. Necesitaba huir de aquella sensación de impotencia y desazón que inundaba su pecho. En momentos así, el horror de lo que ocurría dentro de su cabeza le ganaba la partida.

Incapaz de mentirle y fingir que recordaba algo del todo imposible, ni de confesar su amnesia como quien hablaba del tiempo en una conversación de ascensor, se escabulló dentro del baño para conseguir calmarse.

Se miró en el espejo con angustia. Cuando había despertado en aquel hospital ni siquiera podía recordar sus propios rasgos, le había costado muchos días poder mirar su reflejo con algo de normalidad. En aquel instante se sentía como si estuviera reviviendo el infierno de los

primeros días, cuando su padre intentaba devolverle algún recuerdo que pudiera arrastrar como por arte de magia de todos los demás. La aversión que sentía al toparse con gente de su pasado a la que no pudiera reconocer aún seguía demasiado latente en su interior. De hecho, aquello había sido uno de los motivos por los que no había protestado cuando su padre había sugerido trasladarse desde Seattle a Chicago para que todos pudieran partir de cero.

Cerró los ojos, sintiendo que hiperventilaba, y recurrió a lo único que la conectaba con su pasado, esperando que la ayudara a calmarse.

—Un corazón…, un amor…, una llave —murmuró aquel mantra intentando respirar con algo de normalidad—. Un corazón, un amor, una llave…

Los golpes a la puerta la sobresaltaron cuando al fin había logrado serenarse un poco. Respiró hondo, se tomó unos segundos para parecer tranquila y abrió la puerta.

Se asombró de que fuera Mark quien llamaba.

—¿Te encuentras bien?

Maddie asintió y se sorprendió por las intensas ganas que sentía de perderse en sus brazos. Habría dado cualquier cosa porque la abrazara en aquel instante y aquello la desconcertó demasiado.

Caminó hasta su asiento y se sorprendió de que él se sentara frente a ella, cuando había otros tres sillones más alejados.

—¿Qué ha sido lo que te ha pasado? —insistió Mark cuando estuvieron uno frente al otro.

La observaba con una extraña expresión, mezcla cautela y preocupación, y Maddie se encontró pensando en que aquella era la primera vez que podía leer algo más que frialdad o disgusto en aquel rostro que la mayoría de las veces parecía imperturbable.

—Puede que haya subestimado mi miedo a volar —se le ocurrió mientras se aseguraba el cinturón de a bordo. Y, para su desgracia, fue consciente de que estaba en lo cierto.

—Solo serán un par de horas —le recordó Mark.

—Que se me van a hacer eternas.

—¿Todo bien, Maddie? —interrogó alguien a su espalda, sobresaltándola.

Allí estaba de nuevo aquella desconocida. Se obligó a actuar con cierta normalidad, aun sin tener claro si lo conseguiría del todo. Ojalá al menos supiera su nombre para no parecer tan tonta como se sentía.

—Sí, gracias, solo me indispuse un poco. —Se obligó a sonreír.

—A la señorita no le gusta volar —explicó Mark por ella—. Puede que necesite una bebida fuerte para sobrellevarlo.

—Ah, ahora entiendo —repuso la azafata con su voz cantarina, y la miró risueña—. No te preocupes, Maddie, aquí está tu antigua compañera de aventuras para ayudarte. Estaré al pendiente.

Oh, por Dios, ¿eso quería decir que la tendría encima todo el vuelo? Estuvo a punto de soltar una exclamación de horror y se sintió fatal por corresponder así a su amabilidad.

El piloto anunció por megafonía que iban a izar el vuelo, y la azafata le dio un pequeño golpecito a Maddie en el hombro.

—No te preocupes —intentó animarla—, cuando nacemos ya traemos sellado nuestro destino, no vamos a morir hoy.

Se alejó hacia la cabina para tomar asiento.

—Ay, Dios, si eso debía ayudarme… —Se agarró con fuerza a los reposabrazos del sillón

—Ha sido una extraña manera de dar ánimos —admitió Mark—. ¿Tú crees en ello?

—¿En qué?

—En que cada uno tenemos escrito nuestro día.

—No.

—Suenas segura.

—Es que si me permito pensarlo, pasaré el resto del vuelo rogando para que no sea el día del piloto.

La sonrisa abierta que recibió como respuesta apaciguó su ansiedad. La dejó tan atontada durante unos segundos que solo podía pensar en que debería estar prohibido tener una sonrisa como aquella. Quizá debería dejar de bromear, no soportaría esa mueca que le iluminaba el rostro demasiado seguido.

—Seguro que tu amiga tiene un comentario que rebata eso —opinó Mark ahora—. ¿De qué la conoces?

Aquello devolvió los pies de Maddie a la tierra.

—Yo… —tragó saliva y bajó la voz para confesarle— no tengo ni idea.

Mark la miró con un gesto extraño.

—Pero ha dicho que erais compañeras de aventuras.

—Sí, ya —carraspeó—, pero creo que me está confundiendo con otra.

—Te ha llamado por tu nombre.

—Oye, ¿aquí quién es el detective? —protestó al sentirse acorralada—. No es mi vida privada la que hay que investigar.

Mark regresó a su habitual expresión de frialdad.

—Y la mía tampoco.

—Bueno, un poco sí —le recordó—, por veinte millones de razones. Aún no podemos saber cuánto de personal hay en ese robo.

El avión se puso en movimiento y Maddie ya no pudo seguir hablando. Cerró los ojos y se concentró en calmar sus nervios de nuevo. Apenas acababa de salir de su zona de confort y ya estaba perdida por completo. Primero la azafata y ahora un miedo que parecía estar muy arraigado en lo más profundo de su alma, que solo sería superado por el pánico ilógico que le provocaba cualquier tipo de insecto, por pequeño que fuera. Tuvo que agarrarse al sillón para no correr como una loca hacia la puerta y aporrearla hasta que la dejaran bajar.

En aquel momento le importaba un carajo el hombre que tenía frente a sí, observándola con mirada crítica, solo podía pensar en que quizá jamás podría volver a ver la carita preciosa de su hijo.

—Ya estamos estabilizados, Madison, abre los ojos.

—No.

—Siente el espacio a tu alrededor —insistió Mark—. Nada se mueve, todo está en calma.

Maddie abrió primero un ojo… y después el otro. Él estaba en lo cierto, y la serenidad a su alrededor la sorprendió. Solo sentía un ligero taponamiento en los oídos. Incómoda ahora por su falta de control, se revolvió inquieta en su asiento.

Un minuto después la azafata volvía a la carga.

—¿Te traigo esa bebida? —interrogó en un tono de voz algo menos histriónico, supuso que por estar frente a Mark.

—No, yo no estoy habituada a beber.

—¿Prefieres un ansiolítico?

Maddie negó con la cabeza. Solo recurriría a aquello en un caso extremo. Su relación con los ansiolíticos había sido demasiado estrecha durante los primeros meses tras su accidente. Decirles adiós le había costado un duro esfuerzo.

—No, gracias, estoy bien.

Mark miró a la auxiliar con una sonrisa educada.

—Te avisaré si te necesito —repuso—. No me has dicho tu nombre.

—Samantha.

«Así que Samantha… Pues guarda la baba dentro de la boca, Samantha», pensó Maddie, observando la cara de adoración con la que miraba a Mark. Aunque no podía culparla. Si estaba haciendo una suplencia y era la primera vez que lo veía, la cara de tonta estaba justificada.

—Bonito nombre, Samantha. —Sonrió Mark—. Lo dicho, te avisaré si necesitamos algo.

¿Era necesario que él le sonriera así?, se irritó Maddie conteniendo un improperio. Y Madison también era un nombre precioso.

De repente se sintió aturdida. Ay, por Dios, ¿de dónde había salido ese pensamiento? La altura le estaba nublando el juicio, sí, eso era, los aviones no le sentaban bien.

Se sintió tan extraña que se excusó para ir de nuevo al baño.

Se encerró a cal y canto, bajó la tapa de la taza y se sentó. Le desconcertaba demasiado su respuesta a Mark Madock, y empezaba a arrepentirse de haber aceptado aquel trabajo. Quizá debió pedirle un par de meses de plazo hasta que su padre se recuperara. ¿Por qué esa solución ni se le había pasado por la cabeza?

«Dios, qué obtusa, Maddie, y qué mal momento para despertar», se regañó.

Necesitó unos largos minutos para volver a su asiento. Sería mejor que se centrasen en los detalles del caso. Con esa idea clara, regresó junto a Mark y miró a su alrededor antes de sentarse en busca de su equipaje de mano, donde llevaba una libreta en la que podría hacer anotaciones.

Cuando pasó ante Mark, una fuerte turbulencia la tambaleó, tropezó con la mochila que buscaba y perdió el equilibrio, yendo a parar por tercera vez… al último lugar que debía.

—¡Ay, Dios! —se lamentó en un susurro, revolviéndose entre sus brazos.

—Lo tuyo ya es puro vicio —protestó Mark en un tono helado.

—¡No ha sido aposta! —se quejó, pero no se movió—. ¿Qué ha sido eso?

—Una simple turbulencia.

Aquella frase vino acompañada de una nueva sacudida que Maddie recibió con un grito de terror. Su cuerpo se agarrotó y fue incapaz de moverse.

«Un corazón, un amor, una llave…».

—Es normal, no te preocupes —aseguró Mark—. Debemos estar atravesando alguna racha de aire.

Todo vibró de nuevo.

—Cederán en breve.

Maddie era ya incapaz de interiorizar las palabras. El pánico total y absoluto que agarrotaba su cuerpo comenzaba a cortarle la respiración. Su corazón latía desbocado mientras su realidad se desmoronaba a su alrededor en medio de la ansiedad y el desespero. Un zumbido ensordecedor saturaba sus oídos al tiempo que su visión parecía difuminarse. Por más que buscaba algo de serenidad, no lo lograba, el miedo se intensificaba cada vez más.

—Todo está bien, Madison. —Le llegó desde muy lejos.

«Un corazón, un amor, una… una…».

—Tómate esto, abre la boca —escuchó pedir a Mark, y, por alguna extraña razón, no se negó.

—Un corazón…, un… una… —intentó decir en alto, pero ni siquiera era capaz ya de recordar las palabras.

—*Shhh*, vale, cálmate, el ansiolítico te hará efecto en breve.

—No lo recuerdo —sollozó, encogiéndose entre sus brazos hasta hacerse casi un ovillo—. Un corazón, un… corazón…

—Madison, por favor, respira hondo.

—¡No puedo acordarme! —se lamentó, acusando la falta de aire, desquiciada por recuperar el único recuerdo de su pasado al que podía aferrarse—. Un corazón…

—Tranquila, dulzura —susurraba Mark mientras la abrazaba con fuerza—. Todo está bien.

Y aquella voz, tan suave como una caricia, la ayudó a traer de vuelta el recuerdo que necesitaba.

«Un corazón, un amor, una llave».

Aquello le devolvió cierta calma y su respiración comenzó al fin a relajarse, aunque no se movió. Se sentía un poco atontada, como si los párpados le pesaran, y se abandonó a aquella sensación de laxitud.

Permaneció acurrucada entre sus brazos durante mucho rato, sin ser del todo consciente de dónde estaba. Lo único que sabía era que jamás se había sentido tan a salvo como en aquel instante, al menos… no despierta. Durante unos eternos segundos esperó a que la sensación de malestar inundara su cuerpo, como ocurría siempre en sus sueños, pero no sucedió. Contra todo pronóstico, se fue relajando aún más, hasta que cayó en un sueño profundo y reparador.

Al despertar le costó ubicarse. Cuando izó la cabeza, lejos de encontrarse, se perdió del todo en los ojos grises que la taladraban con la mirada.

—Stendhal —suspiró con los ojos aún cargados de ensoñación.

Mark la observó con un gesto serio.

—Creo que estás un poco confundida.

—Puede ser…, tú me confundes —admitió, algo que jamás habría hecho de estar en su sano juicio.

—¿Sí? ¿Por qué? —susurró sin dejar de mirarla.

—No lo sé —volvió a admitir, y entonces fue realmente consciente de que aún estaba entre sus brazos, del calor de su cuerpo, y su corazón se aceleró sin remedio, pero aquellos ojos la tenían prisionera y fue incapaz de moverse. Estaba tan cerca…, sus labios parecían llamarla a gritos, jamás había sentido algo así.

Cuando la mano de Mark ascendió hasta su rostro y le acarició la mejilla con la yema de los dedos, estuvo a punto de soltar un suspiro. Los ojos de él se desviaron a sus labios y cuando regresaron a su rostro, Maddie leyó el anhelo en ellos con total claridad. Iba a besarla, y ella se moría porque lo hiciera. Contuvo la respiración y aguardó, pero aquel beso jamás llegó. Maddie sintió el momento exacto en el que Mark se tensó por completo, sus ojos se tornaron fríos y apretó la mandíbula con fuerza.

Casi sin previo aviso, él se incorporó en el asiento y la instó a levantarse. Maddie estuvo a punto de caer hacia adelante al ponerse en pie, pero Mark la sujetó de la cintura para evitarlo. Ambos volvieron a mirarse a los ojos en mitad del avión.

—¿Ya te sostienes? —preguntó con lo que parecía irritación, de pie ante ella, aún sin soltarla.

Desconcertada, Maddie se obligó a alejarse.

—Sí, siento el inconveniente —carraspeó, sin poder evitar avergonzarse.

¿Qué demonios le pasaba a aquel tipo? Parecía el doctor Jekyll en versión ejecutiva. Y podía haber malinterpretado su mirada hacía unos segundos, pero ¿acaso había imaginado las dulces palabras de consuelo que él había susurrado mientras la acunaba entre sus brazos?

—Deberías haberme advertido de tu aversión a volar —la observó sin una pizca de simpatía —, y podríamos habernos ahorrado el numerito.

Maddie cogió asiento, asombrada y dolida. Al parecer, la medicación que le había dado para la ansiedad era más fuerte de lo que pensaba, porque, definitivamente, le había hecho imaginar cosas.

—Lo siento —dijo en un susurro sin saber muy bien cómo excusarse—, no tenía ni idea de que iba a reaccionar así.

—¿Que no tenías ni idea? —inquirió molesto—. ¿No irás a decirme que nunca has viajado en avión?

—Sí, pero… —se le atragantaron las palabras en la garganta. *No lo recuerdo* no era una respuesta válida, aunque fuera la verdad. Y de repente fue consciente de algo que la trastocó. Si su reacción al avión era esa, ¿cómo podría volver a casa para ver a su pequeño cada fin de semana?

«Oh, por Dios, estoy atrapada en Boston», pensó, horrorizándose frente a la idea de que quizá no podría ver a Leo en mucho tiempo. Sus ojos se humedecieron con el simple pensamiento.

—Oye —escuchó decir a Mark, incómodo—, vamos a olvidarnos del asunto.

Maddie lo miró sin esconder su angustia. Aún se sentía mareada y sus pesares multiplicaban la sensación.

—¿Qué me has dado? —interrogó, sintiendo que la lengua aún se le trababa un poco.

—Clonazepam.

—He pasado la mitad de la vida que recuerdo medicándome para la ansiedad —confesó sin ser consciente— y jamás me he sentido tan aturdida.

—Es por la altura —explicó Mark—. Eso y que necesitarías dormir algunas horas más.

—Entiendo.

Él la observaba ahora con el entrecejo fruncido y una mirada crítica. Para Maddie resultaba imposible ignorarlo.

—¡¿Qué?! —terminó estallando—. ¡Ya te he dicho que lo siento!

—No es eso —admitió sin dejar de observarla—, es que tengo curiosidad.

—Y yo sueño —suspiró, fingiendo acomodarse en el asiento y cerrando los ojos. Estaba segura de que nada de lo que pudiera preguntarle le haría sentirse cómoda—. ¿Cuánto queda para aterrizar?

—Cinco minutos.

Maddie se incorporó en el asiento, perpleja.

—¿En serio? —Lo miró desconcertada—. No sabía que había dormido tanto.

—Hora y media.

—Ya. —Carraspeó incómoda y evitó mirarlo.

«¿Me has acunado hora y media?», habría querido preguntarle, pero no se atrevió. Por fortuna seguía bajo los efectos del clonazepam o habría hiperventilado solo de pensarlo. No le extrañaba que estuviera cabreado. ¡Había películas más cortas que su siesta! ¿Por qué demonios no la había despertado?

—Esto es de locos —murmuró por lo bajo.

—¿Qué?

—¿Eh?

—¿Qué decías?

—¿Yo? —carraspeó.

—Dios, ¡eres muy desesperante!

—Eso es porque me has drogado.

—No, ya venías así de casa —declaró malhumorado—. ¡Y yo no te he drogado!

—Un poco sí. —Sonrió. Vencer su timidez y desconcierto propios sacándolo de quicio funcionaba, sin duda, ya empezaba a sentirse mejor.

—¿Ya toca bromear? —repuso irritado—. Eres un poco voluble, ¿no?

—¡Ja! Mira quién habla —se indignó—. Ahora pareces perdonarme la vida, pero hace un momento… —Se frenó en seco.

«¡¿Dónde vas loca?!», le gritó Pepito, por fortuna antes de que acabara la frase.

—¿Hace un momento qué? —La miró muy serio y con un gesto interrogante.

A Maddie le costó contestar, al parecer su mente había conjeturado más de la cuenta.

—Nada —terminó diciendo mientras se apretaba el cinturón con fuerza—. Deja que me prepare tranquila para el aterrizaje, estoy un poco mareada.

—Te vas a cortar la respiración —observó él con sarcasmo.

—Así no saldré despedida si algo sale mal —murmuró irritada.

—Tienes razón. En caso de accidente, será mucho más fácil reunir todos tus pedazos si parte de ellos están bien atados al asiento.

Maddie lo observó con el horror más absoluto escrito en sus ojos, justo en el mismo instante en el que el piloto anunció el inminente descenso. Incluso a pesar del ansiolítico, comenzó a hiperventilar de nuevo.

—Joder, lo siento, eso no va a pasar, no me hagas caso. —La miró Mark con una expresión culpable, y ella solo acertó a pensar en que en aquel momento parecía casi humano. Pero no podía hablar, se limitaba a agarrarse a los reposabrazos del sillón con fuerza mientras luchaba por respirar. El descenso era demasiado pronunciado, y la sensación de estar cayendo resultaba insoportable para sus sentidos.

—Madison, mírame.

Ella era incapaz de abrir los ojos.

—Madison…

—Un corazón, un amor, una llave —susurró, sin mirarlo.

—¿Qué?

—Un corazón, un amor, una llave…

Recitó aquel mantra una y otra vez, hasta que comprendió que el avión no solo había aterrizado, sino que incluso se había detenido ya.

Abrió los ojos y miró a Mark, que tampoco se había movido de su asiento y la observaba muy serio con una de sus expresiones inescrutables, que por alguna extraña razón a ella le resultó demasiado inquietante.

—¿Estamos vivos? —interrogó Maddie con cierto alivio.

A Mark le costó unos segundos contestar.

—Solo a medias —declaró en un extraño tono de voz antes de soltar su cinturón, ponerse en pie y salir del avión sin esperarla.

Aquello la dejó perpleja.

«Ay, míster Hyde, pero ¿qué pasa contigo?».

Capítulo 7

El viaje en coche hasta Cambridge transcurrió en silencio, lo cual Maddie agradeció para poder recuperarse de todo malestar. En las últimas horas había sufrido un vaivén de emociones que apenas podía gestionar del todo aún. Todavía estaba un poco aturdida por los efectos del clonazepam, pero al menos aquello la mantenía tranquila.

En un principio, se suponía que Mark había reservado para ella una habitación en un hotel que estaba en pleno distrito financiero de Boston, muy cerca del edificio de ZenithCorp, pero el estado de aturdimiento que Maddie presentaba cuando bajó del avión cambió los planes. Mark, irritado, había decidido que no estaba bien para quedarse sola en ninguna parte y había insistido en que pasara esa tarde-noche en su casa. Resultaba obvio que aquello le apetecía lo mismo que hacerse una endodoncia, pero, tal y como se había encargado de recalcarle, no quería presiones extra sobre su conciencia.

Maddie aún no se sentía con fuerzas para protestar. Además, debía reconocer que encontrarse completamente sola por primera vez en una ciudad desconocida, tan lejos de su casa, le asustaba un poco. Y, por alguna absurda e ilógica razón, se sentía segura cerca de Mark, lo cual no hablaba muy bien de su salud mental, pero ya se preocuparía por eso al día siguiente.

Cuando traspasaron la cancela de entrada a la finca y se bajó del coche que los había trasladado desde el hangar, miró la imponente mansión con la boca abierta.

«Guau, ¡es maravillosa!», gritaron cada uno de sus sentidos al mismo tiempo.

La casa se alzaba con majestuosidad, arropada por un cuidado jardín, que estaba segura de que rodearía toda la residencia. Su fachada de piedra resultaba elegante y acogedora al mismo tiempo, ayudada en gran parte por los inmensos ventanales donde los rayos del sol parecían penetrar, creando un juego de luces y sombras que bailaba sobre las paredes exteriores.

«Debe de ser el efecto del clonazepam, nada puede ser tan maravilloso», pero se moría por entrar, dispuesta a explorar los secretos que la aguardaban tras sus puertas.

Mark arrastró su maleta hasta ella y se detuvo a su lado.

—¿Qué miras con tanta atención? —se interesó.

—¿Vives con el equipo de remo de la facultad de Harvard? —interrogó con una sonrisa. Mark la miró con cierto hastío—. En serio, podríais vivir todos aquí bien holgados.

—¿Tienes que sacarle punta a todo? —inquirió Mark, molesto.

Ella lo ignoró e insistió:

—Esto sí cuesta lo que quieres cobrarme de alquiler.

—Mira qué suerte, hoy vas a alojarte gratis. —Echó a andar hacia la puerta.

Soltando un suspiro de resignación, Maddie lo siguió mientras murmuraba.

—Nada en esta vida es gratis.

Cuando cruzó la puerta, sonrió con sinceridad. Aquello era todo lo que había esperado y mucho más. Cada detalle interior parecía pensado a conciencia.

El amplio hall desembocaba en un acogedor salón con chimenea, que Maddie no tenía ningún problema en imaginar encendida, calentando la estancia. Los techos ascendían a una altura impresionante, puesto que una escalera de madera subía al piso superior desde un extremo

del salón, hasta desembocar en unos amplios pasillos que se podían divisar desde abajo. Paradójicamente, a Maddie le fascinaba aquel estilo de vivienda. Se moría de ganas de subir para ver la estancia desde el otro punto de vista.

—Deberías descansar un poco antes de comer —sugirió Mark—, aún tienes mala cara.

—Me encuentro mejor —aseguró—, solo un poco aturdida.

—Todavía te da tiempo a relajarte.

—Pero no hemos podido hablar del caso —se lamentó, algo cohibida.

—Después.

—De verdad que puedo trabajar. —Se giró demasiado rápido y un ligero mareo la tambaleó un instante.

Mark la miró con irritación.

—Si casi no te tienes en pie —le recriminó—, y, sinceramente, si caes en mi regazo una vez más, te despido.

La chica lo observó con el ceño fruncido.

—¿Siempre eres tan desagradable o solo cuando abres la boca? —interrogó, molesta.

Mark no pudo contestar. Una mujer de unos sesenta años entró al salón a través de una de las puertas laterales. Traía puesto un delantal, así que Maddie supuso que procedía de la cocina.

—Bienvenido a casa —comenzó diciendo con mucho brío, pero fue solo hasta que vio a Maddie—. No me dijiste que tendríamos visita.

La chica frunció el ceño. ¿Aquella mujer la miraba con antipatía o era solo una sensación suya? ¿Sería la madre de Mark? Porque Maddie podría jurar que era la mismísima señora Danvers, el ama de llaves de la película Rebecca. En aquel momento se arrepentía de haber insistido en ver aquella película de Hitchcock unos meses atrás.

—Lo siento, surgió a última hora —explicó Mark, y miró a la chica—. La señora Danvers se encarga de la casa —contó.

«¡¿No me jodas que también se apellida así?!». Maddie estuvo a punto de soltar una exclamación, tuvo que esforzarse mucho para no hacer un solo comentario al respecto.

—Encantada —se limitó a decir.

La mujer la miró como si le debiera dinero.

«Perfecto, igual me asesina mientras duermo».

—Cualquier cosa que necesites deberás pedírsela a ella —explicó Mark.

«¿A aquella mujer? ¡Por Dios, esperaba no necesitar nada!», pensó, pero se limitó a asentir.

—Madison solo estará aquí una noche, que se quede en mi antigua habitación —propuso Mark—, esa la tienes preparada, ¿no?

—Claro.

—Pues todo listo —sentenció el chico, y miró a Maddie—. La señora Danvers te acompañará a tu cuarto, yo tengo que hacer unas llamadas.

Maddie se limitó a asentir, cuando en realidad quería gritar ¡*no me dejes sola con ella*!

Lo vio alejarse hasta perderse tras la puerta por la cual la señora Danvers había aparecido unos minutos atrás. En silencio, asió el asa de su maleta y miró a la mujer.

—La sigo.

—Yo llevaré su equipaje —repuso el ama de llaves, tendiendo una mano hacia la maleta.

—No es necesario.

—Por supuesto que sí —insistió.

—No mientras yo tenga dos brazos fuertes —sonrió, pero solo recibió una mirada fría—, que no digo que los suyos no lo sean.

—Pero son más viejos, ¿eso quiere decir?

Maddie frunció el ceño y la miró con cautela. No había forma de salir victoriosa de aquella conversación.

—Déjeme encontrar una respuesta que me haga quedar bien mientras subimos, ¿le parece? —interrogó en un tono jovial.

La mujer arqueó una ceja y la miró con frialdad.

—No pretenda caerme bien, no lo conseguirá.

Maddie suspiró.

—Menuda declaración de intenciones —repuso con resignación—. Yo voy a esperar un poco para emitir un juicio de valor sobre usted, si no le importa.

Con un gesto de asentimiento, la mujer comenzó a caminar hacia las escaleras.

«¡Eh, ¿qué pasa con mi maleta?», se le pasó a Maddie por la cabeza gritarle solo para ver qué cara pondría, y no pudo evitar sonreír al imaginarlo.

Ambas subieron a la planta superior y caminaron hasta la alcoba en silencio. El pasillo era amplio y Maddie contó nueve puertas más que se divisaban desde allí, rodeando la escalera. No pudo evitar preguntarse cuál sería la habitación de Mark, y se sintió un tanto idiota cuando su corazón se aceleró solo con imaginarlo tras alguna de aquellas puertas.

Cuando entraron en la alcoba que le correspondía, se quedó maravillada, y aún más cuando la señora Danvers descorrió las cortinas y la luz inundó la estancia convirtiéndola en un sueño. Giró sobre sí misma para no perderse un detalle.

«¡La leche! Su apartamento no era mucho más grande que aquella habitación».

—Esa es la puerta del baño —indicó la mujer— y aquello es el vestidor.

La chica se limitó a asentir, porque dudaba de que pudiera salir de su boca mucho más que un ligero balbuceo.

«¿Había dicho vestidor? ¿Existía aquello fuera de las películas?».

Permaneció en mitad de la habitación, asintiendo a todo lo que la mujer decía, como si no se muriera de ganas de correr por la alcoba como una cría pequeña para investigar hasta el último rincón.

—Muchas gracias, señora Danvers —se obligó a decir con un gesto educado.

—Entonces ¿solo se quedará una noche?

—Sí, correcto.

—Perfecto.

—Eso suponía. —Sonó divertida.

«¿Tendrá que esforzarse mucho para resultar tan grosera o le saldrá solo?», se encontró pensando, sin poder evitar sonreír. No perdería ni un segundo de su propia energía en sulfurarse por culpa de alguien que era probable que jamás volviera a ver. Le había costado su peso en oro conseguir las herramientas para lograr aquel estado zen, pero comprobaba los resultados cada día de su vida. Lo que le recordó que debía llamar a la consulta de su psicólogo para anular la cita que tenía la semana próxima, ¡a saber cuándo podría verlo de nuevo! Aquello sí hizo mella en su estado de ánimo.

—Si necesita algo más… —habló la mujer.

—Gracias, está todo genial.

El ama de llaves la observó muy seria, hasta terminar incomodándola.

—¿Ocurre algo? —acabó preguntando Maddie.

—No voy a permitir que lo lastimen de nuevo —declaró la mujer, dejando a la chica estupefacta. Aquello era, sin duda, lo último que esperaba escuchar.

La miró sin disimular su asombro.

—Entiendo que habla de Mark.

—Entiende bien.

—Pues debo decirle que se está confundiendo con respecto a la relación que me une a él.

—¿Seguro? Ha estado nervioso en el último mes.

—Muy interesante, pero le aseguro que no tiene nada que ver conmigo.

—Eso espero.

«¿Eso espero o qué? ¿Me arrojará desde una ventana? Aquello era surrealista. Maddie miró a su alrededor buscando la cámara oculta.

Por fortuna, la mujer consideró que ya había plantado su advertencia y salió de la alcoba sin agregar nada más, pero lo cierto era que había dicho suficiente como para que Maddie se preguntara de qué demonios iba todo aquello.

«No voy a permitir que lo lastimen de nuevo». Curiosa elección de palabras. Así que alguien había hecho mella en el aparentemente inalcanzable Stendhal. Interesante.

Se dijo que era solo la detective la que sentía curiosidad por cualquier cosa acerca de él, pero se sintió tan incómoda que decidió centrarse en saciar su parte infantil. Corrió al vestidor, en sentido literal, y lanzó una exclamación ahogada. ¡Aquello era del tamaño de la habitación de Leo! Observó cada estantería, cada cajón, cada balda, y sonrió al pensar que con toda la ropa que tenía en su armario, más toda la de Leo, apenas si llenarían un diez por ciento.

Después caminó hasta el baño y este le arrancó otra exclamación de asombro. Aquello debía ser lo que llamaban *baño de diseño*. Decir que era una absoluta pasada era quedarse corta, aunque le chocara un poco que hubiera una enorme bañera y una ducha independiente dentro del mismo baño. En su mundo tenías que escoger entre una u otra.

«Tiene que darme tiempo a probar ambas», se dijo, con una enorme sonrisa, aunque comenzaba a sentirse demasiado agotada como para que fuera en aquel momento. El subidón inicial de la llegada a la casa comenzaba a decaer.

Salió del baño y sintió que la cama la llamaba a gritos, aunque aún se permitió caminar hasta la ventana para mirar al exterior, desde donde, para su asombro, divisó los jardines más increíbles que había visto jamás. Un poco más allá, en un lateral del cuarto, localizó una puerta acristalada que daba a una extensa terraza, por la que salió al exterior para disfrutar mejor de las vistas.

—¡La leche, Stendhal, todo lo tuyo me corta la respiración!

Carraspeó incómoda frente a aquella elección de palabras y prefirió centrarse en las vistas.

Cada rincón de aquel precioso jardín era digno de ver. Incluso desde allí lo sentía como un remanso de paz y tranquilidad, en el que Maddie se habría perdido en aquel instante sin pensarlo.

Una preciosa piscina, como joya central, parecía relucir y fundirse con el cielo, rodeada por un tapiz esmeralda de césped recién cortado, cuyo aroma se mezclaba con el de las flores de diferentes tonalidades que enmarcaban la piscina. Los reflejos del sol en el agua creaban destellos centelleantes que danzaban sobre las hojas y pétalos, como pequeños fuegos artificiales naturales. Además, podía escuchar el sonido del agua incluso desde donde estaba. La piscina estaba adornada con fuentes que lanzaban delicadas gotas al aire antes de caer con un susurro reconfortante. A un lado de la piscina, muy cerca del agua, había varias tumbonas bajo una enorme sombrilla, que Maddie miró con cierto anhelo. Cada rincón de aquel lugar era como un oasis perfecto, en el que los colores, los sonidos y las sensaciones se entrelazaban en un cuadro cautivador que la invitaba a sumergirse en aquel mundo de maravilla, donde sentía que podía escapar de la realidad el tiempo suficiente como para dejar que su mente reconectara con su yo

interior, donde quizá la aguardaban sus recuerdos listos para regresar a casa. Aquel pensamiento le provocó un estremecimiento. La posibilidad de recuperar su pasado siempre le suscitaba emociones contradictorias, pero en aquella ocasión no se dejó invadir por el miedo.

Salió de la habitación y bajó las escaleras para regresar al salón, donde encontró la puerta que daba directa a la piscina sin problema. Maravillada, caminó por las baldosas de piedra incrustadas en el césped hasta la zona bajo la sombrilla. Con curiosidad, contempló el balancín que había en un extremo y estuvo tentada a sentarse, pero aún se sentía demasiado inestable y mareada, el vaivén del columpio no le sentaría bien. Caminó hasta una de las tumbonas más cercanas al agua y cogió asiento en la mullida colchoneta.

Miró a su alrededor con una amplia sonrisa, aspiró el aroma de las flores y soltó un suspiro de satisfacción.

«Podría pasarme la vida tumbada aquí mismo», pensó para sí, disfrutando de la calma del lugar.

Consultó la hora en su reloj y vio que apenas era la una. Contando con que había una hora de diferencia con Chicago, aún faltaba mucho rato para que Karen recogiera a Leo de la guardería, no podía llamarlos todavía, aunque se muriera de ganas de ver a su hijo incluso a través de la pantalla del móvil.

Se recostó un poco más en la hamaca y decidió cerrar los ojos para intentar relajarse, aún estaba demasiado espesa por el efecto sedante del ansiolítico. Un minuto después se quedó dormida.

«Un corazón, un amor, una llave».

Las palabras inundaron su subconsciente nada más abandonarse al sueño, arrancándole un suspiro. La voz aterciopelada del hombre al que su alma parecía anhelar la mecía en una suave nube tan placentera que la hacía estremecer.

Tras unos largos minutos comenzó a inquietarse. De alguna forma sabía que la tormenta no tardaría en llegar, pero un intenso y maravilloso aroma a flores y hierba recién cortada acalló la angustia, al tiempo que el sonido del agua la invitaba a relajarse.

Perdida en una confusa neblina, Maddie sonrió frente al precioso colgante que se materializó como de la nada ante sus ojos, un maravilloso corazón de oro incrustado en una llave.

—¿Te gusta? Tú te quedarás el corazón y yo la llave —sugirió la voz del hombre mientras sus masculinas manos separaban ahora el collar en dos partes—. Juntas simbolizan un amor para toda la vida. —Sintió un dulce beso en los labios—. Jamás volveré a darle mi corazón a ninguna otra, Maddie.

—Y solo tú tendrás la llave que abre el mío —se escuchó susurrar a sí misma.

Acarició el corazón con la yema de los dedos y unos segundos después lo sentía pendiendo de su cuello, acompañado de pequeños besos que le arrancaban sendos suspiros.

—Un corazón, un amor, una llave…

Dentro de su ensoñación, de alguna forma supo que esa había sido la primera vez que él había pronunciado aquellas palabras.

Capítulo 8

¡Está aquí, parece dormida! —escuchó una voz de mujer colarse en su cabeza, desconcertándola por completo—. Despierte, señorita, llevamos una hora buscándola.

Maddie se revolvió en su silla, la mujer parecía molesta.

—¿Qué pasa?

—Madison, despierta. —La frialdad de la voz masculina consiguió su cometido.

—¿Stendhal? —musitó mientras se esforzaba por abrir los ojos.

—¿Quién es Stendhal? —interrogó la señora Danvers.

—Vete a saber, alguno de sus amiguitos, supongo —declaró Mark con lo que parecía irritación—. Madison —volvió a insistir, esta vez zarandeándola con fuerza—, sigue soñando con el dichoso Stendhal más tarde.

La chica se incorporó ahora en la hamaca como si tuviera un resorte, con los ojos como platos, pero no porque Mark lo exigiera de aquella forma tan abrupta, sino al recordar con asombro retazos del sueño que aún perduraban en su memoria. Con una inquietante sensación, se llevó la mano al cuello y lo palpó con angustia. En aquel instante casi podía sentir aquel corazón pendiendo de él, y la sensación de pérdida y vacío que experimentó fue demasiado intensa. Sus ojos se llenaron de lágrimas frente al recuerdo, el primero y único desde su accidente.

Se preguntó con angustia dónde estaba aquel corazón, que ahora tenía la certeza de haber llevado al cuello por mucho tiempo. Jamás lo había visto entre sus cosas. Pero aún había un interrogante más preocupante, responsable del nudo que le agarrotaba la garganta… ¿Quién demonios era el portador de la llave? Lo único que tenía claro era que, fuera quien fuese, había terminado abandonándola, incluso se atrevía a pensar que lo hizo antes de su accidente, de ahí la angustia que solía helarle los huesos cada madrugada.

Sentía los ojos arder por las lágrimas contenidas, pero pronto fue demasiado consciente de dónde estaba.

Miró a Mark, que la observaba con intensidad, y sintió un claro estremecimiento de pánico. Algo en su interior le gritó alto y claro que aquellos ojos grises también podrían lastimarla con facilidad si no tenía cuidado. No debía permitirse una sola emoción fuera de lugar.

—Lo siento —susurró, cohibida—. Vi la piscina desde la ventana y…

—Y no se te ocurrió avisar a nadie de que ibas a echarte aquí una siestecita —declaró Mark, molesto—, porque eres la mujer menos considerada que he conocido en toda mi vida.

Maddie lo miró un poco confusa.

—¿Es que he dormido tanto? —Consultó su reloj y abrió los ojos con asombro—. ¡Las cuatro y media! Lo lamento, no tenía intención de dormirme, pero está visto que el clonazepam no me sienta bien. —De verdad estaba muy avergonzada. No dejaba de darle problemas desde que había entrado en su vida.

Mark la mató con la mirada, y Maddie no protestó, se merecía un poco la reprimenda.

—¿Te encuentras mejor ya? —la sorprendió preguntando.

Maddie valoró la respuesta antes de contestar. Parecía que el mareo había cedido al fin, y, salvo cierto desconcierto por culpa de aquel recuerdo, todo parecía estar bien.

—Sí, el par de horas de descanso me han ayudado.

—Perfecto, pues ahora solo necesitas comer algo para recuperarte del todo —insistió Mark, y miró al ama de llaves—. Y yo también me muero de hambre, la verdad.

Maddie se sintió muy mal por él, pero decidió que ya había pedido suficientes disculpas aquel día. Se limitó a seguirlo hasta la mesa que había un par de metros más allá, bajo una especie de carpa anexa a la sombrilla, y ambos cogieron asiento.

—Espero que te resulte cómoda tu alcoba —repuso él en un tono cortés.

—No sé, se me hace pequeña, pero me apañaré. —Sonrió.

—Qué considerada.

—Ya, así soy —bromeó, y lo miró con una evidente expresión de intriga—. No puedo contenerme, ¿por qué decidiste cambiar de habitación?

Mark se encogió de hombros sin decir una palabra.

—En serio, si me dices que tienes un cuarto mejor que ese, te voy a exigir que me lo muestres.

La mirada intensa que él clavó ahora sobre ella le aceleró el corazón, tanto que ni siquiera esperó respuesta a su pregunta.

—Pero tenemos una larga conversación pendiente —le recordó intentando sonar profesional —. Y me gustaría poder empezar a trabajar cuanto antes —carraspeó para ocultar su azoramiento —. ¿Hasta cuándo estimas que estará vigente nuestro contrato?

—¿Acabas de llegar y ya te quieres ir?

Maddie suspiró y decidió ser sincera.

—Solo necesito saberlo para hacerme una idea —admitió—, porque es evidente que no voy a poder viajar a Chicago tanto como esperaba, no contaba con mi aversión a volar.

—Entiendo. Te preocupa no ver a tu Leo tan a menudo como deberías, ¿o quizá será al tal Stendhal a quien más eches de menos?

Maddie estuvo a punto de soltar una carcajada, pero puesto que no tenía ninguna intención de explicarle quién era Stendhal y por qué lo llamaba así…

—¿Entonces nuestro contrato…?

—Finalizará cuando te estanques y agotes toda vía de investigación posible, si es que no consigues resolverlo.

Maddie asintió.

—¿De veras no tenías ni idea de tu aversión a los aviones? —interrogó Mark de improvisto con lo que parecía genuina curiosidad.

La chica negó con un gesto de pesar.

—Me resulta increíble que nunca hayas viajado en avión —declaró—, ¿cuántos años tienes?

«A ese efecto…, dos y medio», pensó, pero no podía decirle aquello. Sería mejor cortar la conversación por lo sano. No le gustaba hablar de sus problemas con nadie, porque era demasiado consciente de la lástima que parecía suscitar en la gente cuando conocían su historia, y, debía ser sincera, aquello era lo último que quería ver en sus ojos.

—No creo que ni mi edad ni mi fobia a volar sean relevantes —carraspeó—. ¿Podemos centrarnos ya en el motivo por el que estoy aquí?

Él la miró con irritación.

—Qué prisas de repente.

La señora Danvers llegó hasta ellos ahora junto con otra mujer, algo más joven, que arrastraba un carrito con todo lo necesario para servir la mesa.

—Ella es Joana —indicó Mark, señalando a la desconocida—, la cocinera y la persona que

ayuda a la señora Danvers a tener la casa organizada.

—Encantada, Joana —dijo Maddie con una sonrisa que recibió de vuelta.

«Por fin alguien agradable en esta casa», pensó complacida, pero solo duró hasta que miró al ama de llaves, a la que parecía seguir ofendiendo con su sola presencia.

Entre las dos pusieron la mesa y sirvieron la comida, que era una especie de guiso de pescado que olía a gloria.

Cuando se alejaron, Maddie no pudo contenerse.

—¿Podrías aclararle a la señora Danvers para qué estoy aquí? —pidió—. Porque creo que se está confundiendo con nosotros y me violenta bastante.

Mark la miró con una expresión burlona.

—¿Le tienes miedo?

—¿Miedo? —Sonrió—. ¡Pánico!

—Impone un poco al principio, pero…

—¿Un poco? Creo que te quedas corto —interrumpió con un gesto de horror—. Cuéntale la verdad, Mark, y consigue que deje de mirarme como la malvada madrastra a Blancanieves. No voy a poder pegar ojo por si me manda al cazador para que me invite a dar un último paseo por el bosque.

Contra todo pronóstico, Mark soltó una carcajada divertida que provocó una hecatombe en el cuerpo de Maddie, que tuvo que apartar su mirada de él, consciente de que corría el riesgo de perderse demasiado en sus ojos.

«Mierda, este síndrome de Stendhal comienza a ser muy molesto».

Tuvo que concentrarse en su plato para poder respirar con normalidad.

—Hablaré con ella más tarde —concedió al fin—, pero no te prometo nada, no suele caerle bien mucha gente y tiende a ser demasiado sobreprotectora conmigo.

—¿Por qué?

—Porque me quiere mucho.

—¿Y eso?

—¿Es que te sorprende que alguien pueda quererme?

Maddie lo miró un tanto exasperada.

—No pongas palabras en mi boca —repuso—. Era una forma de preguntarte qué relación te une a ella.

—Fue mi *nanny* hasta los diez años —contó—. Mi madre trabajaba muchas horas y alguien tenía que cuidar de mí.

—¡¿Te criaste con esa mujer?! —inquirió horrorizada—. ¡Ahora lo entiendo todo!

Aquello no pareció hacerle gracia.

—Si era un insulto velado…

—Solo era una broma —interrumpió la chica—, pero ya veo que nuestro sentido del humor es del todo opuesto.

—Siento si mi filosofía de vida no es hacer un chiste de todo, eso te lo dejo a ti.

—No me conoces en absoluto, Mark Madock —sonó indignada—. Cada uno se enfrenta a la vida como puede o le da la real gana.

—Hablas como si la tuya fuera complicada.

—Quizá un poco más que la tuya —afirmó irritada—, pero no estoy aquí para hablar de mí. —Lo miró con frialdad—. ¿Quieres seriedad? Bien, no tengo inconveniente en hacer tu vida un poco más aburrida.

—Oye, te ofendes rápido —acusó, un tanto asombrado.

—Solo contigo.

—¿Por qué?

—Porque tienes una capacidad innata para sacar lo peor de mí —admitió—. Vamos a centrarnos en el trabajo.

—Preferiría comer antes —opinó, tomando los cubiertos.

—¿Por si acaso se te quitan las ganas cuando empieces a hablar?

Él se limitó a guardar silencio.

—¿Y no será peor que se te indigeste la comida? —insistió Maddie.

Mark soltó el tenedor en el plato y la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Acaba de hablar la chistosa o la seria?

—La coherente.

—Oh, vaya, esa me gusta más, es el rasgo que más admiro en un detective —repuso con resignación—. Está bien, Sherlock, pongámonos a ello.

Empujó su plato hacia el centro de la mesa, y Maddie lo miró con asombro.

—Podemos esperar un poco si…

—Se me ha quitado el hambre —afirmó—, pero tú puedes comer mientras escuchas.

Maddie asintió, sacó su móvil del bolsillo y conectó la grabadora.

—Después pasaré lo más importante a papel —informó—. Cuando quieras.

A Mark le costó trabajo comenzar a hablar. Durante largo rato pareció estar ordenando sus ideas, como si no tuviera muy claro por dónde empezar o cómo.

—¿Prefieres que pregunte yo? —terminó Maddie impacientándose.

—No.

—Ok —carraspeó, y siguió disfrutando del delicioso pescado.

Él al fin se aventuró…

—Hace poco más de un par de años, la compañía decidió destinar parte del dinero de sus beneficios para diferentes causas humanitarias —comenzó diciendo.

—¿En serio? —Sonó asombrada.

—¿Vas a interrumpirme todo el tiempo? —protestó, parecía nervioso—. ¿Por qué iba a decir algo que no fuera cierto? De verdad, Madison, mantén a la coherente en la conversación.

Maddie carraspeó. Estaba claro que aquel tema lo tensaba demasiado, sería conveniente ir con pies de plomo.

—Disculpa, sigue.

Él suspiró y siguió hablando.

—Madeline Middelton fue la persona encargada de representar y dirigir el proyecto —explicó, ahora con frialdad, como si pronunciar aquel nombre le helara la sangre—. Aunque no tenía mucha experiencia, parecía suplirla con ganas, ilusión y creatividad, o eso pensábamos. Había tenido que dejar el tenis profesional por culpa de una lesión y parecía emocionada por poder hacer algo importante con su vida de nuevo —contó—. En un principio se asignaron al proyecto veinte millones y…

—Espera.

—Dios, ¡qué plomizo eres!

—Es que esto es relevante —opinó—. ¿Por qué pusisteis a una novata a dirigir un proyecto millonario?

—¿Porque se la contrató para eso?

—¿Quién la contrató? ¿Fuiste tú?

—No, de hecho, no la conocí hasta que llevaba trabajando en la empresa casi un mes entero.

—Pero te sentiste traicionado por ella —le recordó—. Tú mismo me lo dijiste.

Él parecía inquieto.

—Cierto —aceptó—. Congeniamos bien desde el primer momento en que nos vimos.

—¿Como de bien? —Arqueó las cejas.

Mark la miró con cierta irritación.

—¿Eso importa?

—Es muy posible, sí —asintió.

—No creo que…

—Sabes de sobra lo que quiero saber, Mark —insistió—. Así que dilo claro, ¿te acostabas con ella?

Él apretó los dientes, se dejó caer hacia atrás en su silla y admitió.

—Sí.

Aquello a Maddie le escoció un poco.

—¿Y era algo serio?

—Al parecer, para ella no.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Pues es la única respuesta que voy a darte a ese respecto.

Maddie soltó un suspiro de hastío.

—Entiendo que te sientas herido, pero…

—Es solo mi orgullo quien se siente herido.

—Entiendo.

—Cuánto me alegro.

Para Maddie aquella estaba siendo una conversación de lo más reveladora, pese a la poca información real que él le estaba dando. Como estaba comprobando, el motivo para querer ahondar en todo aquello y desentrañar el misterio respondía a algo personal. Incluso dos años después y con la mujer que lo traicionó fuera del juego, él necesitaba llegar al fondo de todo. Estaba convencida de que aquello no era una cuestión solo de dinero.

—¿Cómo te enteraste de que ella era la responsable del desfalco?

—Desapareció del mapa al mismo tiempo que el dinero —contó sin poder ocultar cuánto le estaba costando controlar la ira—. A la policía le tomó solo unas pocas horas encontrar el hilo del que tirar.

—Vaya, imagino cómo debiste sentirte cuando te lo confirmaron —concedió con cierta compasión, que no fue muy bien recibida.

—Como si acabara de pagar la puta más cara de la historia —inquirió con los ojos inyectados en cólera.

Tanta rabia contenida la impresionó. Era evidente el odio que aquella mujer aún era capaz de suscitar en él incluso muerta.

—¿Así que la policía encontró pruebas irrefutables?

—Sí. Era preciosa —apretó los dientes—, pero al parecer no demasiado lista.

—Pero el dinero nunca apareció —le recordó—. Igual no era tan tonta.

—Dinero del que jamás podrá disfrutar —declaró entre dientes—, porque el destino se encargó de poner las cosas en su sitio.

Maddie observó su expresión iracunda, aunque lo prefería así antes que controlado e inexpresivo.

—¿Te alegras de lo que le pasó?

A él le costó trabajo contestar.

—Mark…

—No.

Maddie estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio. Por alguna extraña razón, necesitaba humanizarlo.

—No le desearía la muerte ni a mi peor enemigo —agregó—, pero que muriera no la convierte en inocente.

—Lo sé —admitió—. Me dijiste que falleció en Maui.

—Sí, desde aquí hizo varias escalas para llegar hasta allí, con el objetivo de despistar a la policía, pero no lo consiguió.

—Viajaba con un pasaporte falso, imagino.

Él la miró confuso.

—Ni idea, ¿eso es importante?

—Lo es, claro.

—Pues desconozco ese dato.

Maddie tomó nota mental para comprobar aquello en cuanto pudiera y lo instó a seguir.

—En Honolulu contrató una avioneta para que la llevara hasta una pequeña villa que al parecer había alquilado en Maui, pero nunca llegó —contó, ahora con la mirada perdida en el agua de la piscina—. Se estrelló en el Bosque Nacional de Haleakalá, en plena selva, antes de alcanzar su ansiado paraíso.

—¿La repatriaron hasta aquí?

Mark apretó los dientes antes de contestar.

—Sí, su familia la trajo de regreso a Boston, está enterrada en el Granary.

—¿Y jamás has tenido una sola pista de adónde pudo ir a parar el dinero?

—La policía perdió el rastro en un banco de las Bahamas.

—¿Y cuál es su teoría?

—La misma que la nuestra —afirmó—, que Madeline no actuó sola. Alguien más está metido en todo esto, esa persona debe de tener el dinero, y tiene pinta de ser alguien de dentro.

Maddie lo miró pensativa.

—Crees que tienes al enemigo en casa.

—Sí —aseguró con total certeza—. Y espero que puedas encontrarlo.

—Yo también lo espero, sí —carraspeó.

«Y si me sobra algo de tiempo acabaré con las guerras e instauraré la paz mundial», ironizó para sí. ¿Cómo demonios se había metido en aquello? ¡Resultaba del todo surrealista siquiera el pensar en solucionarlo! Pero lo intentaría, claro, hasta sus últimas consecuencias, porque pensaba ganarse cada centavo de lo que Mark le pagaba.

—Durante nuestra primera entrevista hablaste de la posibilidad de infiltrarme en la empresa —le recordó.

—Creo que sería lo más efectivo.

—¿En calidad de qué?

—¿De contable? —Se le ocurrió—. Así podrás trabajar codo con codo con toda la gente que estaba en contacto con ella y seguir el rastro de todos sus chanchullos.

Maddie suspiró.

—Eso suena más fácil de lo que es.

—¿No forma parte de tu trabajo?

—Investigar sí. Seguir chanchullos, como dices, es mi especialidad —y era cierto—, pero no tengo ni puñetera idea de contabilidad.

—¿Nada de nada?

—Ni papa.

—Eso sí es un problema. —La miró pensativo y terminó diciendo—. ¿Qué sabes hacer?

—Podría dar el pego como secretaria, Karen me ayudará desde Chicago.

Mark asintió y valoró la situación.

—Abriré un puesto administrativo para ti en el departamento de contabilidad, pero la tapadera no te durará demasiado —explicó—. Tendrás que trabajar rápido.

Maddie asintió.

—Hablaré con Barrett —repuso Mark.

—¿Quién es?

—El jefe del departamento de contabilidad, Harry Barrett.

—¿Y cuánto vas a contarle?

—Nada, nadie salvo nosotros dos y Chris Allen sabremos la verdad sobre ti.

Maddie asintió un poco cabizbaja. Por alguna extraña razón, no se había parado a pensar en que pudiera existir *una Chris* en su vida, y ahora le resultaba absurdo haberse siquiera planteado que un tipo así pudiera estar soltero. Por supuesto, él no querría que hubiera malentendidos y la tal Chris debía estar al día.

—A Barrett le diré que eres hija de una buena amiga de mi madre —siguió diciendo—, así justificaré la necesidad de inventarme un puesto para ti.

—Soy una enchufada, vamos. —Frunció el ceño.

—Eso hará más creíble que seas un poco…

—¿Inepta?

Mark la miró con cierta mofa.

—No te agrada nada la idea —adivinó.

—No me agrada que pienses que no seré capaz de representar bien mi papel como para dar el pego.

De repente tenía un inexplicable y del todo absurdo cabreo.

«Un *Chrisbreo*», le gritó Pepito.

—¿Acaso eres actriz y no me lo dijiste? —insistió Mark.

—Bueno, no…

—Pues eso —interrumpió—. No espero que además de hacer tu trabajo seas capaz de ejercer cualquier profesión del mundo que escojas como tapadera.

Maddie guardó silencio y trabajó en su mal humor hasta conseguir disiparlo.

—Háblame de la empresa —cambió de tema—, me dijiste que no es tuya al completo.

—Correcto —asintió—. Somos tres socios.

—Pero la diriges tú solo.

—Sí, porque tanto Harold como Violet son solo socios capitalistas. No trabajan en ZenithCorp, solo pertenecen a la junta de accionistas, en la que también están mi hermana y mi madre, con las que comparto mi paquete de acciones.

Maddie asintió, ya estaba deseando pasar aquella transcripción a papel, demasiados datos, pero al menos necesitaba que estuvieran completos.

—Háblame de tus socios.

—Harold Turner es mi padrino, era el mejor amigo de mi padre y casi como de la familia, y Violet Collins es la viuda del tercer socio de la empresa, que falleció hace un par de años.

—Perfecto, después lo pasaré a las notas —asintió—, ¿Y cómo encajaron ambos este tema del desfalco?

—No tuvieron mucho que decir —aclaró—, yo asumí el importe robado como propio.

Aquello la dejó perpleja.

—¿Asumiste la pérdida a nivel personal? —Él asintió—. ¡¿Por qué hiciste algo tan absurdo?!

—Eso no importa.

—Oh, a mí sí, créeme.

Él parecía incómodo.

—Asumí que había sido mi error el no darme cuenta de lo que estaba pasando ante mis narices.

—¡Venga ya! —casi gritó, molesta de nuevo—. Entiendo que te sintieras culpable por haberte dejado manipular por una cara bonita, pero…

—No vayas por ahí. —Ahora sonaba enfadado.

—Y tus socios tan contentos, ¿no?

—Eso no es asunto tuyo —le recordó, elevando el tono de voz—. Tu trabajo es encontrar ese dinero, sin importar a quién pertenezca.

—Esto es muy fuerte —siguió en sus trece—. ¿Ninguno puso un solo impedimento?

—Madison, ¿qué más da? —declaró, ya acalorado.

—¡Es que me indigna la gente con tanta cara!

—No te lo tomes como algo personal. —La miró irritado—. No es muy profesional por tu parte.

Ella lo observó confusa. ¿Se preocupaba por él y encima la atacaba?

—Oh, vaya, disculpa si soy humana y me molestan las injusticias —expuso.

—No finjas que te importo mucho más allá de tu preciado alquiler —exigió, ahora con una furia en la voz que la desconcertó.

Maddie le devolvió una mirada crítica.

—Yo no sé fingir ese tipo de cosas, Mark —aseguró—, y no tengo ningún interés en aprender. Suelo ser sincera y llamar a las cosas por su nombre, siento si eso no te gusta —apretó los dientes—, y desde ya te digo que no voy a callarme mis opiniones ni voy a medir cada palabra que diga para no herir sensibilidades. He venido a trabajar, no a hacer amigos.

—Pues dedícate a eso, a hacer tu trabajo.

—Descuida, en cuanto tenga todos los datos.

—Adelante entonces, acabemos cuanto antes, ¿qué más quieres saber?

Maddie entornó los ojos y lo observó con atención. Era más que evidente que estaba enfadado, sería mucho mejor dejar los flecos sueltos para otro momento. Tenía suficiente información en aquel audio como para *echar un rato entretenido*, como solía decir su padre.

—De momento nada más.

—¡No, venga, dispara! —exigió, acalorado—. Pregunta a bocajarro y sin ningún tipo de tacto todo lo que quieras. ¿Quieres saber cuán culpable me siento por haberme dejado engatusar por unas piernas largas y un cuerpo de infarto?

—Mark…

—¿Te preguntas a cuánto me salió cada polvo? —La miró con intensidad—. Caro, ¡jodidamente caro! ¿Quieres saber si valió la pena?

—Vamos a dejar la conversación aquí.

—¿Por qué? ¿No te vanagloriabas hace un momento de llamar a las cosas por su nombre? Entonces dime, ¿cuánto vale para ti un polvo, Madison? —Le brillaban los ojos con intensidad —. Venga, atrévete a ponerle un precio.

Maddie tragó saliva, y Mark insistió.

—¿Qué pasa? ¿Te queda grande la conversación de repente?

Con cierto bochorno, Maddie se puso en pie. Sí, le quedaba grande la conversación y… todas las emociones que estaban a punto de estallar dentro de ella solo por ver el ardor que había en sus ojos, que de repente parecían haberse convertido en un gris tormentoso mucho más profundo y oscuro. Aquello la aterró, porque en aquel instante era demasiado consciente de que él estaba más jodido de lo que había supuesto, y ella se moría por abrazarlo para darle consuelo.

—Será mejor que hagamos un descanso.

Él se puso en pie tras ella y la retuvo de una muñeca.

—No parecías de las que huyen de las conversaciones.

De un enérgico movimiento, Maddie se deshizo de su mano, pero no se movió. Por el contrario, lo miró a los ojos intentando disimular sus emociones y sonar fría.

—Lo que calificas como *un polvo* no tiene demasiado valor para mí, Mark —aseguró en un tono que esperaba sonara apático—. Si lo que pretendes es que entienda por qué te cegaste por alguien hasta el punto de perder la perspectiva, no te molestes, te juro que jamás lograré empatizar contigo, pero no necesitas justificarte conmigo, no estoy aquí para juzgarte.

—¡No seas tan jodidamente condescendiente! —exigió—. Y deja de comportarte como si fueras moralmente superior a toda la humanidad.

—Yo no hago eso —replicó indignada

—¡Claro que sí!

—Solo porque no pueda entender que alguien… —carraspeó sin saber cómo continuar.

—¿Qué alguien se deje llevar por sus instintos más primitivos? —Sonrió con cinismo—. Pues lo siento por ti, Sherlock, porque eso significa que hace demasiado tiempo que nadie… —la miró de arriba abajo— te roba el juicio por completo.

—Eso no es asunto tuyo. —Le devolvió un gesto irritado mientras luchaba contra el intenso calor que la asediaba

Mark posó sobre ella una mirada que la estremeció, mezcla de furia y… algo más que conseguía que sus ojos refulgieran con intensidad. Maddie se sentía prisionera por aquella luz cegadora; por eso no pudo moverse cuando él recortó la distancia hasta quedar a escasos centímetros de su rostro.

—Quizá deberías cambiar a todo tu séquito de amantes por uno solo, Madison —declaró, y susurró casi sobre sus labios—, pero que supiera hacer las cosas bien.

«Oh, por Dios, ¿eran sus bragas las que acababan de caérsele a los tobillos?». Se obligó a hablar, como un puro mecanismo de defensa, para protegerse de sí misma y la estupidez que todo su cuerpo le exigía hacer.

—Hay quien, simplemente, prefiere tener el juicio en su sitio, Mark —opinó, intentando sonar fría—. Es una opción personal.

—Ojalá lo fuera —suspiró con lo que pareció pesar, y la taladró con la mirada—, pero, cuando tienes frente a ti a la persona que pone todo tu mundo patas arriba, poco puedes hacer para mantenerte cuerdo, excepto…

Guardó silencio y le miró los labios con lo que parecía un hambre voraz, Maddie apenas podía razonar ya.

—Excepto… —lo instó a continuar, embelesada.

Soltando un suspiro de resignación, Mark terminó diciendo:

—Aprender de los errores —se echó a un lado al fin con un gesto de abatimiento—, y asegurarte de que jamás vuelves a cometer uno tan estúpido.

Maddie se limitó a mirar hacia otro lado, temerosa de que él pudiera leer la decepción en sus

ojos.

—Discúlpame, pero tengo que llamar a Chris para concretar algunas cosas —se disculpó el chico, y se alejó de allí sin aguardar su respuesta.

Con el corazón en un puño, Maddie lo observó desde la distancia y sintió una punzada de preocupación. Lo suyo era mucho peor. Ella debía asegurarse de no cometer errores… que ni siquiera podía recordar.

Capítulo 9

Maddie subió a su habitación a por la libreta y el ordenador portátil, y bajó de nuevo para poder trabajar en la zona de la piscina. Aquel lugar la llenaba de paz y estaba dispuesta a aprovecharla.

Cogió asiento a la mesa donde habían comido y se centró en escuchar la grabación de su charla con Mark. Fue pasándolo todo a papel, haciendo diversas anotaciones que iban surgiendo sobre la marcha. Marcó con interrogaciones los puntos donde tenía dudas y apuntó todos los pasos que debía investigar sobre algunas cuestiones importantes.

Cuando lo tuvo todo bien anotado, encendió su ordenador y compartió los datos de su teléfono móvil para no tener que ir en busca de Mark para solicitarle la clave del wifi.

Madeline Middelton fue el primer nombre que escribió en el buscador. El apellido no era demasiado común, así que apenas salieron un par de páginas de Instagram y Facebook, que no le costó mucho descartar. Siguió buscando y probando diferentes combinaciones de búsqueda, pero o había perdido de pronto su habilidad para recopilar información en la nube, que era de las cosas que mejor se le daban, o la tal Madeline Middelton era un fantasma virtual. ¿No había dicho Mark que había sido tenista profesional? ¿Cómo era posible que no hubiera una sola mención?

Durante al menos una hora, siguió intentando localizar algún tipo de información, pero ni siquiera encontró un mísero artículo de prensa en la sección de sucesos de cualquier página, por pequeña que fuera. Supuso que los Madock se habían encargado de que los medios no se hicieran eco de la noticia del robo.

Cansada, consultó su reloj y le hizo una videollamada a Karen, que debería estar ya en casa y tranquila como para poder hablar.

A Maddie se le llenaron los ojos de lágrimas cuando su pequeño la saludó con su preciosa sonrisa desde el otro lado. Habría dado cualquier cosa por poder abrazarlo en aquel momento, y eso que solo era el primer día de ausencia, no sabía cómo podría soportar el resto.

Cuando minutos más tarde se centró en Karen, la mujer le leyó el pensamiento.

—No es momento para venirse abajo —le dijo de inmediato—. Leo va a estar muy bien conmigo.

La chica asintió e intentó alejar las lágrimas y reponerse.

—Además, ¿dónde demonios estás, nena, de vacaciones en el paraíso?

Maddie asintió y le mostró el entorno completo.

—Guau, Stendhal sabe lo que se hace, menudo pedazo de hotel te ha buscado.

—No es un hotel —se mordió el labio un tanto nerviosa—, estoy en su casa.

—¿Qué?

—Pero será solo hoy —se adelantó—. Es que he tenido un pequeño percance en el avión. —Se puso seria—. Al parecer, tengo una fobia importante a volar, Karen.

—Y no lo recordabas —entendió.

—No, pero mi subconsciente sí —confesó.

—Caramba, Maddie…

—He tenido que medicarme —siguió diciendo—, así que Mark ha considerado que era mejor

que hiciera noche aquí hasta que me recuperara, pero no te preocupes, ya estoy mejor.

Karen suspiró.

—No, si lo que me preocupa es que ya lo llames Mark.

Maddie esbozó una sonrisa y se abstuvo de contarle que había pasado medio vuelo acurrucada en su regazo.

—Ay, nena, dime que no te gusta ese hombretón ni un poquito —rogó la mujer con pesar—, que, si fuera el último hombre sobre la tierra, estaría de más para ti.

—Pero bueno, ¿quién eres tú y qué has hecho con *la Tellado*?

—No bromees, que es tu honra por la que me estoy preocupando.

—¿Mi honra? —Rio—. Esa está sentada a tu lado jugando a las construcciones, aunque no recuerde cómo sucedió.

—Espero que al menos lo disfrutaras.

Maddie sonrió a medias. Sí, ella también lo esperaba, aunque no perdiera el norte tal y como Mark había insinuado.

—Mientras lo recuerdo, Karen, me temo que tenemos mucho trabajo —decidió concentrarse en lo más seguro—. Como supondrás, no voy a poder ir a casa todo lo que había pensado, así que tienes que ayudarme para acabar con el trabajo cuanto antes.

—Solo dime qué hago.

Maddie la puso al día sobre todo lo relacionado con el caso usando todas las notas que tenía ya en su libreta. Sabía que Karen estaría tomando apuntes también.

—¿Infiltrarte en la empresa no será peligroso? —interrogó preocupada—. Si de verdad el cómplice de la tal Madeline está ahí…

—Tendré cuidado, pero es la vía más rápida, aunque me ata un poco las manos.

—¿Por qué?

—Porque no podré hacer preguntas de forma abierta.

—A veces dar un rodeo es más práctico para conseguir que la gente hable.

—Estamos a punto de comprobarlo. —Miró a Karen pensativa—. Intenta encontrar algo de información sobre Madeline Middelton, yo no he conseguido nada.

—Pues si tú no has podido, que eres la experta…

—Puede que se me haya pasado —afirmó—. Por lo que a mí respecta, esa mujer era un fantasma, al menos virtualmente hablando, no existe en ninguna parte.

—Eso es muy raro, ¿no dijiste que era tenista profesional?

—Sí, por eso no es lógico que no haya un solo hilo del que tirar.

—¿Y por qué crees que es?

—Porque alguien se ha encargado de borrar muy bien su rastro.

—Quizá fue ella misma antes de desaparecer —sugirió Karen—. Desde luego, tenía veinte millones de razones para querer hacerlo.

—Es una opción —asintió—, pero no la única. ¿Crees que podemos intentar hacernos con el expediente policial?

—Solo tu padre podría pedir un favor semejante.

—Entonces me conformaría con el informe forense, de momento.

—Y yo me conformaría con uno más feíllo que George Clooney, nena, pero la vida es injusta.

Maddie rio. Nunca terminaba de acostumbrarse a las salidas de tono de Karen.

—¿Lo del informe forense no debería ser más fácil? —insistió con una sonrisa, aunque sin bromear—. Quizá si llamas a tu amigo Roger…

—Mi amigo Roger también es el inspector Atkins —le recordó Karen—, y no podemos estar seguras de que no le vaya con el cuento a tu padre. Si crees que es necesario…

—No —interrumpió de inmediato—, vamos a intentar avanzar un poco antes de arriesgarnos, quizá Mark tenga alguna forma de hacerse con ese informe, aunque es bastante reticente en todo lo que concierne a esa mujer.

—Y con razón —opinó—. ¿Y crees que solo es un macho alfa herido en su orgullo o hay algo más?

A Maddie aquello mismo le quitaba el sueño.

—No tengo ni idea —tuvo que admitir—, pero eso es lo de menos en este momento. Ella ya no está, y nuestro trabajo es encontrar el dinero.

«Y será mejor que te lo grabes a fuego», le recalcó su conciencia. «Los sentimientos de Mark Madock no son problema tuyo».

—Intenta encontrar algo sobre la tal Madeline —rogó de nuevo Maddie—, lo que sea.

—Me pondré con ello en cuanto bañe y acueste a Leo —declaró—. Pero te preocupa algo más, ¿qué es?

Maddie asintió y soltó un suspiro.

—Te lo diré en cuanto lo sepa.

—¿Cómo?

—Hay algo que no encaja. —Frunció el ceño.

—¿Y qué es?

—Aún no lo sé —admitió—, pero tengo una sensación extraña en la boca del estómago. —En la que prefería no profundizar hasta tener más datos—. Te dejo ya, Karen, quiero trabajar un rato más. —Cambió la voz por otra más dulce para despedirse de su pequeño—. Mamá te quiere mucho mucho.

—¿*De quí a nuna*? —interrogó el niño.

—¡Mucho más allá de la luna, mi amor! —suspiró.

—¡*Ooohhh*! —Sonó muy asombrado.

Maddie se lo comería a besos en aquel momento. Tuvo que despedirse antes de ponerse a llorar de nuevo.

Cuando colgó el teléfono, se centró en sus notas. Uno de los puntos subrayados un par de veces le llamó la atención. Aunque no tenía muchas esperanzas de encontrar nada, visto el resultado anterior, se puso manos a la obra.

Durante la siguiente hora tuvo que usar todas las artimañas que conocía, algunas de ellas un tanto cuestionables, para localizar la información que necesitaba. Estaba acostumbrada a echar mano de cierta picaresca para avanzar en su trabajo. Incluso usando el nombre de su padre o de la agencia, una licencia de detective no te abría las mismas puertas que una placa de policía, así que en aquellos dos últimos años había aprendido algunos trucos y hecho muy buenos amigos, y los que no eran tan buenos trabajaban por un módico precio.

Cuando se echó al fin atrás en su silla, observó muy pensativa toda la información que tenía frente a sí.

Madeline Middelton había hecho un total de tres escalas para llegar hasta Honolulu, lugar en el que había contratado la avioneta que sellaría su destino en pleno Bosque Nacional de Haleakalá, en una zona selvática de difícil acceso por tierra. Allí tenía todos los datos frente a sus ojos… y no tenían sentido alguno.

Estaba tan metida en aquella incongruencia que se sobresaltó cuando Mark llegó hasta ella. Llevaba una jarra de limonada y dos vasos, y parecía estar mucho más relajado.

—Te has buscado un despacho curioso —le dijo, sentándose también a la mesa.

—Se está bien aquí —admitió Maddie, y sonrió—. Y esa limonada es lo único que podía mejorarlo.

—La limonada, claro —murmuró, y sirvió dos vasos—. Tú sí que sabes subirle la moral a un hombre.

Maddie fingió no haber escuchado nada y siguió consultando los papeles.

—¿Qué has estado haciendo? —se interesó Mark, que al parecer no llevaba muy bien el ser ignorado.

—Comprobando algunos datos. —Él arqueó las cejas aguardando más información—. No suelo hablar de los casos a tiempo real —apostilló Maddie.

—Haz una excepción conmigo —pidió.

—No tengo nada —aseguró—, solo pequeñas cosas que por sí solas no sirven para mucho hasta avanzar un poco. No suelo compartir mis conjeturas con nadie.

—¿Por qué?

—Precisamente por ser conjeturas o simples suposiciones, que pueden estar acertadas o no.

Mark guardó silencio y puso sus ojos sobre los papeles que tenía frente a ella.

—Quisiera seguir de cerca el caso, con sus aciertos y errores.

—Mark…

—Por favor.

Maddie soltó aire con fuerza. Si él quería participar de sus divagaciones, ¿por qué negarse?

—No creo que disfrutes mucho del proceso, pero… —Se encogió de hombros.

—Lo asumo.

—He seguido el rastro de Madeline desde que salió de Boston.

Lo vio ponerse tenso con total claridad, pero no se detuvo.

—Hizo escala aérea en Chicago, Denver y San Diego para llegar hasta Honolulu.

—Sí, para jugar al despiste todo lo posible, supongo.

—Eso es mucho suponer.

—¿Qué?

—A mí me parece un camino muy bien diseñado —opinó—. Uno que hasta un poli novato podría seguir.

—¿Ya sabes si usó su propio pasaporte? —interrogó Mark ahora con cierta sorpresa.

—En cada aeropuerto —aseguró—, y a su llegada a Honolulu usó nada menos que su tarjeta de crédito personal para contratar la avioneta que la llevaría a Maui. —Él entrecerró los ojos, pero guardó silencio, parecía pensativo—. Con sinceridad, Mark, todo esto tendría algún sentido si jamás la hubieran encontrado. Eso es jugar al despiste. Que sigan tu rastro y te encuentren es del género idiota, y no puedo subestimar tanto a alguien que fue capaz de robar veinte millones de dólares.

A Mark le costó preguntar.

—¿Y cuál es tu teoría?

Maddie decidió ser prudente.

—Aún no tengo ninguna.

—¿Pero? —intuyó.

Soltando aire con fuerza, valoró si debía hacerle la pregunta que tenía en mente, pero no había más remedio.

—Mark, ¿estás absolutamente seguro de que Madeline se fue por voluntad propia?

Él la miró con un claro gesto de desconcierto.

—Es que solo se me ocurre una teoría para todo este despropósito —insistió Maddie—, y es que… alguien diseñara ese camino para ella, lo que me lleva a preguntarme con qué objetivo.

—No vayas por ahí —replicó Mark, con un gesto irritado—. Entiendo que quieras verla como una víctima, pero…

—Me limito a analizar la información —suspiró—, ya te dije que solo tengo conjeturas.

—Pues están erradas —aseguró.

—Vale.

—¡No me des la razón como a los locos! —exigió molesto—. Te aseguro que Madeline Middelton era culpable.

—Pero…

—Me dejó una nota —interrumpió, apretando los dientes con fuerza.

—¿Perdona?

—Me llegó el mismo día que se marchó.

Maddie soltó un improperio.

—Ah, ¡qué bien! —repuso irritada—. ¿Y se te ha pasado decírmelo?

Solo recibió un gesto serio, ni siquiera había arrepentimiento en él.

—¿Para qué coño me has contratado, Mark? —inquirió—. Si solo vas a poner trabas…

—No era mi intención —declaró—. Te daré esa carta, hice una copia antes de dársela a la policía.

—Ah, qué dadivoso de repente.

—Intentaré colaborar más a partir de ahora. —Sonaba sincero.

—Empieza consiguiéndome una copia del informe forense. —Se le ocurrió.

Mark negó con la cabeza.

—No me darán esa información —aseguró—. Solo su familia podría conseguirte ese documento.

—Iré a hablar con ellos entonces.

Él no agregó nada más. Se limitó a encogerse de hombros

—¿Tienes la dirección?

—Claro, la acercaba en coche casi cada día.

—Ah, bien. —Se sintió un tanto descolocada. Así que aquello había sido una relación después de todo, no un simple aquí te pillo aquí te mato ocasional.

Tuvieron que posponer la conversación. Un hombre joven, de la edad aproximada de Mark, avanzaba hacia ellos por el camino de baldosas.

—Llevo toda la tarde intentando localizarte —se quejó el recién llegado mirando a Mark.

—Lo siento, me he retirado un rato a descansar después de comer —explicó.

—¿Te encuentras bien? —Sonrió con un gesto burlón.

Mark asintió, parecía algo cohibido. Maddie estaba un tanto perpleja, ¿había estado aislado mientras ella lo hacía hablando y tonteando con la tal Chris?

—Deja que te presente —comenzó diciendo Mark, y la chica se puso en pie para saludar—. Madison Miller, él es Christopher Allen, Chris para los amigos.

A Maddie le costó contener el asombro, pero no hizo lo mismo con el comentario.

—Encantada, Chris, aunque debo reconocer que te hacía un *ella* —bromeó, de repente feliz de la vida.

—Suele pasar —declaró el chico, estrechando su mano—. Así que Madison. —La miró con atención.

—Es la detective de la que te he hablado —indicó Mark.

—Sí, ya, eso supuse —asintió Chris.

Maddie miraba de uno al otro en silencio. Aquel tipo debía ser muy amigo de Mark, puesto que era el único en saber la verdad sobre ella.

—Chris es mi mejor amigo y el director de marketing de ZenithCorp.

Aquel dato le resultó de utilidad y aprovechó la coyuntura.

—Ah, ¿controlas todas las redes sociales, publicidad y demás?

—En realidad, cuento con un montón de gente más lista que yo que se encarga de todo eso.

—Bajo tu mando, supongo —se interesó Maddie

El chico asintió.

—Me encantaría hacerte un par de preguntas, si me lo permites.

—¿Sobre qué?

—Madeline Middelton.

El tipo intercambió una mirada algo inquieta con Mark, que se limitó a hacerle un gesto de asentimiento. Después miró a Maddie y sonrió.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te encargaste tú de ocultarle a la prensa todo lo relacionado con el desfalco?

El chico parecía incómodo.

—Sí, no había necesidad de que fuera de dominio público.

—Normal, claro —asintió—, pero nadie en tu equipo tocó sus redes, ¿no?

—No entiendo.

—No hay nada en absoluto acerca de Madeline en Internet —explicó—, y me preguntaba el motivo, no es fácil borrar todo rastro.

—Yo diría que es imposible —aseguró Chris, algo sorprendido con el dato.

Maddie golpeó el bolígrafo contra la libreta con un gesto distraído.

—Salvo para un hacker experimentado —opinó la chica.

—Uno muy bueno y muy caro.

—No parece que el dinero fuera un problema para Madeline —repuso, y murmuró para sí—, tenía de sobra para eso y para pagar por un pasaporte falso…

—¿Perdona? —interrogó Chris, parecía despistado.

—No me hagas caso —rogó Maddie—, solo hablaba en alto.

Su teléfono móvil interrumpió la conversación y la chica consultó el visor con apremio. Era su padre, por tercera vez aquel día, y no podía seguir dándole largas si no quería que el S.W.A.T. saliera en su búsqueda dentro de nada.

—Lo siento, debo contestar. —Se puso en pie y se alejó de los dos hombres en busca de un lugar tranquilo.

Tanto Chris como Mark observaron cómo se alejaba de ellos. Aún no había llegado a la puerta de acceso a la casa cuando Mark murmuró:

—Ahórrate los comentarios, por favor.

Chris le devolvió un gesto crítico.

—Es que no sé ni qué decirte.

—La he contratado para que encuentre mi dinero.

Recibió una sonrisa irónica como respuesta.

—Te has vuelto loco del todo.

—Sí, ya conozco tu opinión —repuso Mark, irritado—. Me lo has dicho veinte veces en dos días, creo que me queda clara tu postura.

—Pues voy a seguir insistiendo.

—No va a servirte de mucho —aclaró, y apretó los dientes—. Cuento con que no va a ser fácil, pero…

—Creo que con eso te quedas corto, amigo —interrumpió, y lo miró ahora con un gesto de evidente preocupación—. Deja a Madeline donde está, Mark, muerta y enterrada, o, por el contrario, permite que la policía se encargue.

—Qué fácil —ironizó.

—Vas a meterte de lleno en el infierno —suspiró—. Sigues dejando que el pasado controle por completo tu vida, déjalo estar, por favor, y continúa adelante.

—Sabes que eso no es posible.

—Mark…

—Ya vale.

—Es que…

—¡Qué no puedo, hostias! —Golpeó la mesa con furia y se tapó la cara con las manos para disimular su enojo—. Deja de pedirme un imposible.

—¿Y cuánto Jack Daniels vas a necesitar esta vez para poder soportarlo?

—Eso se acabó —afirmó entre dientes—. Lo único que quiero ya es encontrar mi dinero, y me da igual lo que tenga que hacer para conseguirlo.

—Estás loco.

—Veintiuna.

—Joder, Mark…

—Madison se infiltrará en la empresa mañana mismo —contó—. Ella está de acuerdo.

Chris se limitó a soltar aire con evidente resignación.

—Que lo haga en mi departamento —ofreció.

—Tiene que ser en contabilidad.

—Bien, pues que trabaje en mis números —concedió—. Al menos así podré protegerla un poco si surge algo raro.

Mark soltó un improperio.

—Te aseguro que se protege muy bien solita —declaró.

—¿Eso significa que no quieres que intervenga si ocurre algo?

—Tiene las garras largas…

—¿La dejo a la deriva entonces?

—…y la lengua afilada.

—¿La protejo o no?

Chris guardó silencio aguardando una respuesta que no llegó como esperaba.

—En este momento te odio un poco —repuso Mark, matándolo con la mirada.

—Quiero oírtelo decir.

—Eres un cabronazo.

—Supongo que eso es un sí —suspiró—. Y yo también te quiero.

∞∞∞∞

Maddie temblaba un poco mientras hablaba con su padre. Había terminado encerrándose en su habitación para estar tranquila, sabía que debía ir con pies de plomo. La capacidad del hombre para detectar cuando algo no cuadraba resultaba abrumadora a veces, por eso era tan bueno en su trabajo. Por fortuna, en la clínica donde estaba recluido no había buena señal para hacer videollamada, lo cual le daba una oportunidad de salir victoriosa de la conversación sin que se

oliera nada raro.

Aguantó con estoicismo el regaño por estar ilocalizable todo el día, y después charlaron largo rato sobre sus avances con la fisioterapia. Al parecer, evolucionaba a tan buen ritmo que los médicos creían que podría salir de la clínica antes de lo que esperaban. Aquello era una gran noticia, aunque inquietó a Maddie un poco. Era consciente de que tarde o temprano el hombre tendría que enterarse de todo, pero no sabía ni cómo iba a encajarlo. Solo esperaba poder guardar el secreto hasta que estuviera recuperado, o estaba segura de que lo dejaría todo y tomaría un avión a Boston diez minutos después de enterarse.

—Y ahora vamos a ponernos serios, señorita —le dijo de improvisto, y soltó a bocajarro—: ¿Cómo es eso de que has aceptado un caso sin decirme nada?

A Maddie aquella pregunta la cogió desprevenida, tanto que guardó un silencio atronador, buscando qué decir.

—Creo que tu silencio habla alto y claro —suspiró—. Hija, ¿en qué estabas pensando?

—En salvaguardar el fuerte hasta que regreses, papá —declaró.

—No tienes que hacerlo, podemos subsistir un par de meses sin problema —aseguró—, pero no te quiero en la línea de fuego, Maddie, ya lo sabes.

—Puedo hacerlo, papá —garantizó—. Ya hago la mitad del trabajo a diario.

—Sí, lo sé, incluso más de la mitad —aceptó—, pero sin exponerte.

Maddie se alarmó. ¿Venía ahora cuando le exigía que regresara a casa? Porque no estaba dispuesta a ceder, pero tampoco le apetecía una larga y acalorada discusión.

—Sé que en esta ocasión todo ha salido bien —siguió diciendo el hombre—, pero podrías haberte metido en problemas.

Aquello la desconcertó un poco.

—Bueno… —carraspeó, y probó—: tuve cuidado.

—Pero nunca se sabe lo que alguien a quien pillas infraganti en un baño público puede hacer, Maddie —insistió—. Esa gente ve peligrar toda su vida frente a tus fotos, son imprevisibles.

«¡Anda, la leche!», al fin lo vio todo claro. ¡Hablaba de *flash*!

—¿Cómo te has enterado?

—He visto el ingreso de efectivo —contó—, así que acabo de someter a Karen a un tercer grado.

Y Maddie no lo dudaba ni un poquito. Cuando su padre se ponía en *modo detective*, resultaba muy intimidante.

—Eran unas simples fotos, no podíamos dejar pasar la oportunidad, papá —opinó Maddie—, y solo tuve que subirme a un contenedor.

—¿Subirte? ¡No sabrás lo que es acción de la buena hasta que tengas que esconderte dentro de ese contenedor! —bromeó.

—Creo que lo que vi en ese baño podría considerarse una incursión en la basura, papá.

El hombre rio, pero terminó soltando un suspiro de resignación.

—Escucha, Maddie…

La chica supo que venía un sermón y se adelantó.

—No puedo seguir escondiéndome del mundo, papá —expuso.

—No sé si estás preparada, amor —dijo con pesar.

—Si tengo que vivir toda mi vida sin memoria, tendré que acostumbrarme —suspiró—. No soy una niña.

—Lo sé, además eres una madre estupenda, pero el mundo a veces es un lugar cruel, Maddie, y tu amnesia te impide ver hasta qué punto.

—Tendré que reaprenderlo sobre la marcha.

—Y yo intentaré apoyarte, pero debes hacerlo poco a poco —repuso—, y a mi lado al principio. No puedes lanzarte al ruedo a lo loco —insistió—. Así que nada de contenedores hasta que regrese, por favor, quiero que me lo prometas.

—No volveré a subirme a un contenedor —afirmó, intentando convencerse de que con aquellas precisas palabras no estaba faltando a la verdad, aunque se sintió fatal. No recordaba haberle mentido jamás a su padre con tanto descaro, pero a aquellas alturas no podía hacer otra cosa. Lo más preocupante de todo era que quizá el hombre tuviera razón. Se había lanzado a la piscina a ciegas, sin medir el nivel del agua, pero no había otro modo de mantener el negocio a flote. Recordó los dos años que podrían vivir con tranquilidad mientras buscaban opciones, y eso en el peor de los casos, si se daba bien, acabarían con todos sus problemas para siempre. ¿Acaso no merecía la pena el riesgo?

—Cambiando de tema, ¿sabes algo del comprador del edificio? —interrogó el hombre.

—Eh…, no, nos está costando dar con él.

Si su padre decidía llamar a Mark para hablar de las condiciones, todo se descubriría en unos pocos segundos.

Maddie suspiró y se resignó a que todo aquello le explotara en la cara en el momento menos pensado, pero decidió que ya apechugaría con ello cuando sucediera.

—Tengo que dejarte, papá, Leo se ha despertado.

—Bien, te dejo, y recuérdale a Karen de mi parte que soy yo quien pago su sueldo —expuso —. Por si acaso se le ocurre secundar de nuevo otra de tus locuras.

—Karen lo tiene claro, papá, venera el suelo por donde pisas y…

—No te pases, Maddie, que hasta las mentiras tienen un límite.

La chica rio divertida.

—Somos afortunados por tenerla en nuestras vidas, lo sabes.

—Sí, eso es verdad —aceptó, pero agregó de inmediato—: ¡aunque negaré haberlo dicho!

Ambos rieron de nuevo.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi vida —declaró ahora muy serio—. Cuídate, por favor.

Maddie se dejó caer en la cama cuando colgó el teléfono. Su padre era demasiado protector con ella, pero tenía cierto derecho. La vida de Maddie había pendido de un hilo durante demasiados días tras el accidente. Que estuviera viva era todo un milagro, aunque a veces no pudiera evitar pensar… en que solo lo estaba a medias.

Suspiró, tomó su teléfono móvil y marcó el número de Karen de nuevo:

—Acabo de hablar con mi padre —contó—. Menudo susto.

—Si fuera un hombre, tendría los huevos de corbata, nena —recibió como respuesta.

—Qué exagerada —dijo divertida.

—Porque ha sido por teléfono, si me mira a los ojos, canto como los ruiseñores, así que date prisa en acabar ahí.

Por desgracia, aquello no era como echar un par de fotos.

Capítulo 10

Mark, enclaustrado en su habitación, de la que no había salido ni para bajar a cenar, intentó concentrarse en el informe que estaba revisando. Había leído el mismo párrafo al menos diez veces sin enterarse de una sola palabra, así que terminó tirando los papeles a un lado de la cama, resoplando con fuerza.

—Dios, estoy espeso —se regañó, e intentó engañarse para no reconocer el motivo, hasta que la parte de su cerebro que no se regía por imposiciones habló por sí sola.

«¿Qué demonios estará haciendo?», le gritó alto y claro. «¿Habrá cenado?». Le había mandado un mensaje con la señora Danvers para que no lo esperara, pero el ama de llaves no le había traído ninguno de vuelta.

Se había prometido a sí mismo que reduciría los encuentros al mínimo mientras ella estuviera en su casa. Las ganas que tenía de salir a buscarla eran suficiente motivo para no hacerlo, bastante tenía con lidiar con ella de día.

Caminó hasta la terraza y salió al amparo de la oscuridad, donde el aire puro llenó sus sentidos con la mezcla de aromas procedentes del jardín; un jardín que no visitaba de noche desde hacía más de dos años atrás, pero que en aquel instante lo llamaba con demasiada intensidad. La suave luz de la luna se reflejaba en el agua cristalina de la piscina e impregnaba el ambiente de una magia especial.

Los recuerdos cayeron sobre él como una losa y esta vez supo que le sería imposible acallarlos. ¡La había amado tantas veces bajo la luz de la luna! Dudaba de que hubiera un solo rincón allá abajo en el que no le hubiera hecho el amor hasta caer exhaustos. Incluso mirar aquel jardín desde allí arriba le dolía como si una fina daga le sesgara la piel.

Suspiró con fuerza para alejar unos recuerdos que no se podía permitir. Chris tenía razón, empezaba a recoger los frutos de sus últimas decisiones, pero era incapaz de detener toda aquella locura, y no tenía demasiado claro si iba a poder soportarlo sin perder los papeles por completo.

Iba a regresar a la seguridad emocional de su alcoba cuando algo llamó su atención. Maddie acababa de salir de la casa y paseaba muy despacio por el sendero que la llevaría hasta la piscina. Tenía puesto un vestido corto y una chaqueta sin abrochar encima. Se había quitado el pasador que durante todo el día había recogido parte de su cabello y ahora lo llevaba suelto, dejando que la brisa lo meciera con suavidad.

Mark habría querido apartar sus ojos de aquella imagen casi etérea, pero no pudo hacerlo hasta que ella desapareció bajo la carpa.

Consultó su reloj para comprobar que eran casi las once de la noche y blasfemó con cierta irritación. ¿Por qué demonios no podía ella quedarse en su alcoba? Se alojaba en la mejor habitación de la casa, ¿qué necesidad tenía de estar pululando por ahí con… lo que parecía un camisón? Joder, ¡qué desesperante era! Debería decirle un par de cosas, era lo que se merecía.

Miró hacia la carpa como si pudiera atravesarla con los ojos y tuvo que admitir que su presunta irritación respondía a un único motivo.

—¡No vas a bajar ahí! —se prohibió, anticipándose a las excusas para hacerlo que su cerebro no dejaba de buscar.

Regresó al interior de la alcoba como alma que lleva el diablo.

∞∞∞

Maddie tenía asumido que iba a costarle mucho trabajo dormir aquella noche. Estaba metida en un embrollo del quince, fuera de su casa por primera vez desde su accidente, lejos de su hijo y junto a un hombre que la inquietaba demasiado, decir que estaba nerviosa era quedarse muy corta. Por eso le había parecido buena idea buscar refugio en el único lugar en el que se sentía en paz.

Respiró el silencio de la noche, junto con la mezcla del intenso aroma a flores, y se metió bajo la carpa para llegar hasta el balancín, que parecía llamarla por su nombre.

Miró a su alrededor con cierta expectación antes de coger asiento, por si alguien podía estar oculto al amparo de la noche.

«Alguien no, mona, llama a las cosas por su nombre», le gritó Pepito, recordándole quién provocaba su interés. Si era la señora Danvers quien aparecía de entre las sombras, le daría un susto de muerte. Recordó la decepción que había sentido cuando un par de horas antes le había informado de que Mark no bajaría a cenar. Se había esforzado por aparentar serenidad, pero debía reconocer que había esperado poder compartir un rato con él durante la cena, a pesar de ese gusanillo que se le cogía en la boca del estómago cuando estaba presente.

Suspiró con cierta intranquilidad, sería mejor mantenerse lejos de él. Si aquel gusanillo se convertía en mariposa, estaría en serios problemas, y sospechaba que no faltaba demasiado para la metamorfosis. Por fortuna, a él no parecía interesarle ella en absoluto, lo cual agradecía.

«Ja, que lo agradece dice, qué risa», gritó Pepito, y Maddie frunció el ceño con cierto hastío. ¡Mierda de conciencia, iba por libre!

Desesperada frente a su dilema moral, decidió hacer una de las meditaciones que su psicólogo le había recomendado y que siempre conseguía calmar sus nervios, y el balancín parecía el sitio indicado.

Se sentó con mucho cuidado y se dejó mecer un instante por el suave balanceo, cerrando los ojos para disfrutar de la experiencia. Para su asombro, lejos de encontrar la paz que buscaba, su cuerpo reaccionó de un modo que no esperaba. Una intensa oleada de excitación inundó cada fibra de su ser y se estremeció de la cabeza a los pies, exhalando un gemido que apenas pudo contener. Abrió los ojos de golpe, muy impresionada, y se revolvió inquieta en el columpio. No era una, sino cientos de mariposas las que revoloteaban ahora dentro de su pelvis, impulsándola a frotar sus muslos con fuerza, mientras sentía que sus pezones se endurecían y se marcaban contra la fina tela del camisón. Un intenso calor abrasaba sus venas, al tiempo que sentía la imperiosa necesidad de apagarlo… como jamás le había sucedido antes.

Cerró los ojos de nuevo e intentó controlar el fuego que crecía en su interior, pero su cuerpo parecía haber despertado a la vida de repente y sin previo aviso, tras más de dos años de apatía total y absoluta. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué ahora? ¡Y casi en plena calle, por Dios!

Estaba tan desconcertada que aquello le sirvió para acallar un poco sus ardores. Las mariposas seguían batiendo sus alas con fuerza, pero quizá si conseguía centrarse en su meditación, todo se calmaría al fin.

—¿Piensas hacer noche en la piscina? —La sorprendió una voz que no esperaba, saliendo de entre las sombras.

«Mierda, justo el bombero que necesitaba». Las mariposas enloquecieron.

—No… te he visto llegar —titubeó, muy nerviosa.

Él no la ayudaba nada en aquel momento.

«Pero podría, ¡joder si podría!».

Soltó un sonido de impotencia y el único atisbo de cordura que le quedaba la obligó a cerrarse con fuerza la chaqueta y cruzar los brazos. Se sentía como pez fuera del agua, solo que no se moría por asfixia, sino de ganas de… ¡Oh, por Dios!

—¿No tienes frío? —Señaló Mark sus piernas desnudas, que tenía estiradas en el balancín.

¿Frío? Se habría reído si no tuviera que esforzarse tanto para ocultar su estado.

Mark llevaba puestos unos pantalones deportivos y una camiseta de manga corta que se ceñía a su pecho con absoluta claridad, a pesar de la oscuridad, perfilando cada uno de sus músculos. ¿Es que nada le sentaba mal?

«Dios, Maddie, en este momento lo verías sexi hasta vestido de cura», se dijo, apartando su mirada de él. Mark estaba de pie frente a ella, con las manos en los bolsillos del pantalón y mirándola con una de sus expresiones imperturbables, y ella se moría por conseguir que perdiera la compostura.

—¿Vas a decir algo? —Parecía desconcertado frente a su silencio.

Cuando izó la mirada hacia él, para su vergüenza, sintió tal oleada de excitación de nuevo que tuvo que apretar los muslos con fuerza. La imperiosa necesidad de abrirse de piernas, tanto en sentido figurado… como literal, le impedía hablar. Solo esperaba que la noche ocultara todo aquello que él no debería ver.

—¿Quieres sentarte? —Probó a decir, encogiendo las rodillas un poco.

—Detesto el balancín —dijo en un tono frío.

—Ah, pues… a mí me encanta —carraspeó, cohibida.

Él clavó sobre ella una mirada que estuvo a punto de arrancarle un gemido.

—Sí, a mí también me fascinaba… hace mucho tiempo.

Maddie tragó saliva, había algo raro en su voz, en su forma de mirarla, incluso en el modo en el que estaba parado frente a ella, que no lograba identificar, pero que no la ayudaba a calmar sus ardores, sino todo lo contrario.

—¿Y pasaste de eso a detestarlo?

A él le costó algunos segundos contestar, tantos que Maddie esperaba mucho más que un simple:

—Sí.

—Pues lo siento por ti —suspiró—, detestar es una palabra horrible.

Mark sonrió con su habitual cinismo e interrogó:

—¿Así que te gusta? —ella arqueó las cejas—, el balancín, digo.

Maddie no pudo evitar morderse el labio inferior antes de responder con brutal sinceridad.

—Mucho, joder, ¡muchísimo en realidad! —frotó los muslos de nuevo—, y no entiendo por qué.

Sin hacer una sola mueca, Mark dijo lo último que Maddie esperaba.

—Buenas noches. —Se giró hacia el camino de piedra.

—Dios, qué raro es —murmuró casi para sí, entre abatida y decepcionada.

Mark se volvió a mirarla de nuevo.

—¿Perdona?

—¿Eh?

—¿Me has llamado raro?

Con un ligero carraspeo, Maddie sonrió.

—También tienes un oído estupendo —bromeó—. Una cosa por otra.

—Resulta curioso que seas tú la que va a hacer noche semidesnuda en medio del jardín y que el raro sea yo.

—¡No estoy semidesnuda! —protestó, cerrándose con más ahínco la chaqueta.

—No, solo lo suficiente para que te coman los bichos.

—¡¿Bichos?! —Saltó del balancín como una bala, sacudiéndose el cuerpo por todas partes—. ¡No puede ser!

La excitación pasó a un segundo plano mientras, desquiciada, se sacudía la piel, la ropa, el pelo…

—Madison…

—¡Quítamelos, quítamelos! —rogó, incapaz de permanecer quieta.

—Pero ¿qué…?

Pero Maddie no escuchaba, era como si hubiera entrado en un estado de pánico total y absoluto. Se quitó la chaqueta para sacudirla con energía, volviendo las mangas, y la tiró a un lado unos segundos después para continuar sacudiéndose la piel.

—¿Tengo algo? —Se detuvo un instante para mirarlo, con el rostro desencajado, y sollozó—. ¡Quítamelo, por favor!

—Madison…

—Por favor —insistió.

Se quedó quieta, sin poder disimular del todo un ligero temblor, mirándolo con el horror más absoluto escrito en sus ojos azules, ajena al hecho de que ahora sí estaba semidesnuda frente a él, con apenas un diminuto camisón de seda y los brazos izados, rogándole que revisara cada palmo de su cuerpo.

—No tienes nada —aseguró, tras recorrer cada centímetro de piel con los ojos.

—¿No? —Se miró el cuerpo y se giró para darle la espalda—. ¿Tampoco por detrás?

—Dios, esto es para volverse loco —murmuró frente al corto dobladillo del camisón.

—¿Qué? —Se llevó los brazos a la espalda con angustia—. ¿Por qué? ¿Qué tengo? —Solo obtuvo silencio y lo miró de frente de nuevo—. Dímelo, Mark, quítamelo, por favor. Yo… ¡voy a tirarme al agua! —se le ocurrió.

—¿Cómo?

—Será lo más efectivo. —Se giró con premura hacia la piscina.

—¿Te has vuelto loca? —declaró perplejo—. ¡Vas a coger una pulmonía!

—Me arriesgaré.

—Por favor, basta —la tomó de la muñeca para detenerla—, intenta calmarte.

Con la respiración entrecortada por una evidente falta de aire, Maddie tironeó de su muñeca.

—Prefiero morir congelada.

—Pero ¿te estás escuchando?

—Suéltame.

—Madison, estás hiperventilando, mírame —rogó, tirando ahora de ella hacia sus brazos—. No tienes nada.

—Pero has dicho…

—Solo era una forma de hablar.

—No, es primavera, y en realidad no me he dado cuenta hasta que lo has dicho —se revolvió —. Llevo mucho rato sentada a oscuras, me pica todo.

—Es pura sugestión —aseguró, y rogó—. Mírame a los ojos, dulzura, por favor.

Y lo hizo. Y de repente su cordura regresó a su cabeza de golpe, solo para desaparecer pocos segundos después frente al hecho de que estaba en camisón, entre sus brazos, al amparo de la

noche…, y no había ningún otro lugar en el mundo en el que quisiera estar más que allí. Se perdió en sus ojos por completo.

—¿Estás más tranquila? —susurró Mark, a escasos centímetros de su boca.

Ella asintió.

—Vale. —Llevó la mano hasta su rostro para secarle una lágrima traicionera que aún rodaba por su mejilla—. Parece que tienes más de un talón de Aquiles, dulzura.

Maddie se estremeció y se derritió frente a aquel apelativo cariñoso. No era la primera vez que la llamaba así. Incluso dentro de su propio desvarío, recordaba sus susurros tanto en el avión como hacía un momento. De repente quería acurrucarse en sus brazos y contarle hasta el más mínimo detalle de su historia. Aquello la contrarió tanto que intentó batirse en retirada, pero Mark no lo permitió.

—¿Seguro que ya pasó?

Maddie guardó silencio. Si le decía que no, ¿podría seguir acurrucada entre sus brazos un poco más? Tuvo que volver a recordarse que aquella era la peor idea de la historia, pero ni pronunció una palabra ni se movió un milímetro.

—¿Madison? —Ella emitió un sonido interrogante—. ¿Estás bien? —insistió Mark, jugando ahora con un mechón de su cabello entre los dedos.

No, no lo estaba. Aquella era la segunda vez que terminaba hecha un manojo de nervios entre sus brazos, por completo perdida y superada por la situación. ¿Y qué podía decirle? La verdad sobre su vida era demasiado hasta para ella. La vergüenza terminó al fin ganándole la partida y acabó empujándolo con suavidad. Por un instante creyó que él no le iba a permitir poner distancia, pero terminó haciéndose a un lado, soltando un suspiro de resignación que la asombró un poco.

—Lo siento —murmuró azorada.

—¿Quieres contármelo? —La sorprendió preguntando.

—Todo está bien, yo…

—Es evidente que no.

Maddie tragó saliva y se encerró en su caparazón, tal y como hacía siempre que alguien intentaba acercarse demasiado.

—No soy fan de los insectos —sonrió con esfuerzo—, sufrí una sobredosis de Spiderman cuando era niña, a mi padre le encantaba.

—No lo hagas.

—¿El qué? —Frunció el ceño.

—Escudarte en las bromas —expuso—. Respeto que no quieras hablar de ello, sin más.

Maddie se quedó perpleja, pero no fingió que no sabía a qué se refería.

—No quiero hablar de ello, sin más —repitió en un susurro.

—Bien. Si en algún momento cambias de opinión… —La miró a los ojos y pareció quedarse presa de ellos unos segundos. Después, su mirada descendió hasta sus labios, que se entreabrieron para él casi por inercia, y Maddie estuvo a punto de suspirar primero y de gritar de pura decepción después cuando lo sintió replegarse. Con total claridad, lo vio tragar saliva y apretar los dientes.

—¿Si cambio de opinión…? —lo instó.

—Busca a cualquier otro —declaró con frialdad.

Perpleja, lo observó alejarse hacia la casa con paso firme y, por algún extraño motivo que no entendió, dos lágrimas traicioneras resbalaron por sus mejillas. ¿Cómo era posible que añorara sus brazos si apenas los había disfrutado unos pocos segundos?

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Maddie estaba loca porque el reloj avanzara un poco más rápido para poder salir de su alcoba.

La noche anterior había regresado a su habitación en cuanto consideró que Mark ya habría desaparecido del mapa. Sin dudarlo, se había metido en la ducha en busca de algo de bienestar. Incapaz de arrancarse de encima la sensación de que decenas de especies de bichos distintas se paseaban a sus anchas por cada centímetro de su cuerpo, había pasado más de diez minutos quieta bajo el chorro de agua, intentando encontrar algo de paz mental. Durante todos aquellos minutos, había llorado en silencio mientras maldecía el momento en el que dos años atrás había decidido salir a escalar sola, aquella decisión había truncado su vida. Intentaba sobrellevar las secuelas con valentía, pero no siempre lo conseguía.

Había tenido que medicarse para poder descansar unas horas seguidas, sabedora de que el día siguiente sería duro, pero llevaba desde las cinco de la mañana esperando a que dieran al menos las siete para poder bajar.

Y no aguardó ni un minuto en cuanto dio la hora fijada. Salió de su cuarto con premura y bajó las escaleras mirando con cautela hacia todas partes.

Fue la señora Danvers quien la recibió en el salón y le informó de que debería desayunar sola. Al parecer, Mark había salido muy temprano, aunque la mujer esperaba que no tardara en regresar.

Maddie consultó su reloj.

—Caramba, pues sí que ponen pronto las calles en Boston —suspiró, y miró al ama de llaves —. Con un café me conformo.

—Se me ha encargado que esté pendiente de que desayune bien —contó la mujer.

Frunciendo el ceño, la chica la miró con cierto recelo.

—Lo siento, pero no suelo comer nada tan temprano.

—¡No lo dice en serio! —repuso Joana llegando hasta ella con un carrito cargado de comida.

Maddie observó el festín que acarreaba y se quedó perpleja.

—De veras que no suelo desayunar. —Se sintió fatal, y la verdad era que todo tenía una pinta estupenda, empezando por la fruta fresca—. A lo mejor me como un poco de cantalupo —aceptó con una sonrisa—. ¿Quién puede resistirse a la fruta ya pelada y picada?

Joana rio y fue poniendo sobre la mesa del comedor todo lo que traía en el carro.

—¿Y vas a resistirte a las tortitas? —bromeó la cocinera—. Porque no es por presumir, pero me quedan de escándalo.

—Me como una si te sientas a desayunar conmigo —sugirió la chica.

La cocinera la miró como si se hubiera vuelto loca del todo.

—Es que no me gusta desayunar sola. —Miró al ama de llaves.

—Ya he desayunado.

Maddie sonrió entre divertida y azorada, ¿de verdad aquella mujer pensaba que le iba a pedir su compañía para desayunar? Más valía sola…

—Yo te acompañaré —murmuró una voz de hombre, sobresaltándolas a todas.

Sin poder disimular una sonrisa, Maddie miró hacia el recodo del comedor que ocultaba la puerta de entrada, desde donde Mark había hablado. Aguardó a que él entrara en su zona de visión y se le secó la garganta en cuanto le puso los ojos encima. Estaba guapísimo. Vestía un pantalón deportivo y una chaqueta de chándal, que se quitó para sentarse a la mesa. Debajo llevaba una camiseta sin mangas que dejaba sus fuertes brazos al descubierto, dándole un aspecto salvaje y peligroso que a Maddie estuvo a punto de arrancarle un gemido.

—Buenos días —le dijo a la chica, cogiendo asiento frente a ella—. Me ducharía antes, pero tengo muchísima hambre. Espero que no te importe.

«¿Importarme? ¡Te comería entero sin pararme a pensarlo!». Aquel pensamiento nació tan rápido que ni siquiera pudo echarle la culpa a Pepito. Tuvo que aclararse la voz para hablar.

—¿De dónde vienes tan temprano?

—Salgo a remar todas las mañanas —contó.

—Ah, ¿y adónde vas?

—Al río Charles, está muy cerca, ¿lo conoces?

Maddie negó con un gesto mientras se servía una taza de café.

—Separa Boston de Cambridge —explicó—, y es una visita obligada cuando vienes a Boston.

Con una sonrisa, Maddie echó un dedo de leche tibia en el café y añadió un par de terrones de azúcar.

—¿Crees que mi jefe me daría algo de tiempo libre para ir a verlo? —interrogó.

—Prueba —sugirió—, a lo mejor tienes suerte.

Maddie asintió divertida al tiempo que ponía la taza de café de forma distraída frente a Mark. Él miró la taza y arqueó las cejas con cierta extrañeza.

—¡Uy, disculpa! —exclamó Maddie, haciendo ademán para retirarla—. No sé en qué estaba pensando.

—Déjalo, me lo tomaré —intervino Mark.

—No, de verdad, estaba distraída y no sé ni qué le he puesto.

—Yo sí —indicó—, y podré soportarlo.

—¡No lo dices en serio!

—A cambio tendrás que tomarte el tuyo tal y como yo te lo prepare —propuso—. ¿Trato hecho?

Maddie frunció el ceño y lo miró con una divertida expresión de cautela.

—Casi prefiero beberme ese —repuso.

Mark rio divertido.

—Ah, no, este ya es mío.

Con una expresión jovial, Maddie miró de reojo a la señora Danvers, que aún aguardaba de pie junto a ellos.

—Dígame que no hay sal en la mesa —bromeó, sin esperar en realidad una respuesta por parte del ama de llaves, pero, para su asombro, la mujer repuso.

—La hay, sí, para los huevos cocidos, pero a él jamás se le ocurriría hacerle algo así, no tema.

Maddie se quedó perpleja. No era solo que hubiese contestado, sino que parecía haberlo hecho en un tono incluso amable.

—¿Está segura?

—Es un buen chico —afirmó la mujer.

—Vale, puedes retirarte, Hattie —repuso Mark—, antes de que me saques los colores.

—No se vaya, ¡me encantaría presenciar eso! —Sonrió Maddie, divertida—. Pagaría por verlo, de hecho.

La mujer se alejó hacia la cocina, y Maddie miró a Mark con curiosidad.

—¿Hattie?

—Se llama Harriet.

Maddie asintió, intrigada. Incluso la llamaba por su diminutivo, desde luego tenían más confianza de la que había supuesto. Curioso. Después clavó sobre él una mirada divertida.

—Así que ¿eres un buen chico? —Sonó a mofa.

—Solo a veces —apostilló Mark un tanto incómodo—. ¿Confiarás en mí o no, Madison?

La chica tragó saliva y torció el gesto.

—Para el café —recalcó Mark.

—Ah, el café… —Se sintió avergonzada.

—¿De qué creías que te hablaba?

—En realidad no lo había pensado —admitió—, pero la confianza no es mi punto fuerte.

Aquello pareció sorprenderlo.

—¿Lo dices en serio?

La chica asintió y demostró sus palabras cuando se sirvió un café ella misma, aunque debía admitir que aquello era más por tener algo en lo que centrarse.

—No pareces una persona desconfiada —insistió Mark.

«Prueba a ir por el mundo sin pasado ni memoria», habría querido decirle, pero en su lugar repuso:

—¿Me pasas un croissant?

Él arqueó las cejas.

—¿En serio? —Fingió sorprenderse—. Pensé que te resultaban insípidos y sin gracia alguna.

—Preferiría un donut, pero… —carraspeó, cohibida.

—Los dejaste en Chicago —sonrió irónico—, entiendo.

Aquello se estaba descontrolando. Hasta comerse aquel croissant podía resultar demasiado erótico si no tenía cuidado, así que se curó en salud.

—Necesito esa carta, Mark —dijo, consciente de que aquello acabaría con el aparente buen rollo.

No se equivocó. Él se puso tenso y bebió un sorbo de su café antes de hablar.

—Ya la tengo preparada —contó—. La busqué anoche.

Maddie asintió pesarosa. Casi podía imaginarlo buscándola, releyéndola y… maldiciendo cada palabra. ¿Cuánto dolor habría acompañado al gesto?

«Eso no es asunto tuyo, Maddie», se recordó.

—Gracias —se limitó a decir, y durante unos minutos guardaron silencio mientras desayunaban. Lo último que ella quería era decir algo que le quitara el hambre, debía reponer energías. Lo observó por el rabillo del ojo sin poder evitar pensar en lo bien que le sentaba el evidente esfuerzo que debía hacer remando.

«Joder, ¿cómo se puede estar tan bueno? ¡Por Dios, es que es algo de otro planeta!».

—¿Qué te pasa? —preguntó Mark de repente.

—¿Eh? ¿A mí?

—Me miras raro.

—No es verdad, te miro normal.

Él suspiró.

—Vale, y ¿por qué me miras, aunque sea normal?

Maddie agradeció no ser de las que se ruborizan.

—¿Y dónde quieres que mire? —Se encogió de hombros—. Aquí no hay nadie más.

—Si quieres preguntarme algo…

—Pues sí, quiero.

«¿Cómo consigues no tocarte todo el tiempo pudiendo hacerlo?», sonrió frente a la absurdez.

Él la observaba ahora con atención, esperando sus preguntas, hasta el punto de incomodarla.

—Creo que es mejor que suba a cambiarme —carraspeó, y se puso en pie—. ¿A qué hora nos vamos?

—En una hora.

—Bien, y ¿tengo que vestirme de algún modo en concreto?

Él la miró de arriba abajo sin ningún disimulo, y el cuerpo de Maddie respondió a sus ojos provocando un cataclismo.

—Lo dejo a tu criterio —opinó, regresando la mirada a sus ojos—. La ropa está sobrevalorada.

—¿Y qué quieres decir con eso? —interrogó sin pararse a pensarlo—. ¿Deberíamos ir todos enseñando nuestras vergüenzas por el mundo?

Mark sonrió mordaz.

—¿Hay algo de lo que te avergüences? —recorrió de nuevo su cuerpo con los ojos.

El fuego ardió en cada célula del cuerpo femenino.

—Eh…, es una frase hecha.

—¿Eso significa que te consideras perfecta?

—Yo no he dicho eso… —terminó desesperándose—, ¡¿pero qué tipo de conversación es esta?!

—No lo sé, tú has empezado. —Se encogió de hombros.

—¿Yo? —casi grazno—. Pero ¡qué poca vergüenza!

A él se le escapó una inevitable carcajada.

«Lo que me faltaba para el dólar», se lamentó Maddie, obnubilada frente a la forma en la que se le iluminaba el rostro cuando reía, lo cual no parecía hacer demasiado, al menos en su presencia.

Se alejó de allí sin decir una sola palabra mientras Mark la seguía con la mirada hasta perderla de vista.

«Sacarla de quicio puede ser un aliciente con el que no he contado», se dijo, mirando ahora con preocupación su café, con el punto perfecto de leche y azúcar.

La señora Danvers llegó hasta él y casi lo sobresaltó.

—Así que una cuestión de negocios —repuso en un tono sereno.

Mark la miró con el ceño fruncido. La noche anterior ya le había contado el verdadero motivo por el que ella estaba en la casa.

—Sí, correcto, ¿a qué viene ese tonito?

—¿Qué tonito? —Lo miró muy seria.

El chico la observó con detenimiento mientras la mujer recogía el cubierto de Maddie.

—No se te vaya a ocurrir hablarle a mi madre de Madison —exigió, ahora muy serio.

—¿A mí? —se llevó la mano al pecho—, Dios me libre.

Posando una mirada incisiva sobre ella, Mark se lamentó.

—Joder, ya se lo has contado.

La mujer carraspeó, inquieta.

—No le he dicho qué hace aquí —admitió—. Hablé con ella antes de saberlo.

—¿Qué era todo aquello que predicabas en mi infancia? —la imitó—: El chisme está muy feo, señorito Madock, hay que respetar la vida privada de la gente.

—Y lo sigo pensando —afirmó la mujer—, pero me he debido emocionar al descubrir que ahora tenías de eso.

—¿Qué?

—Vida privada, Mark, ¿qué si no?

El chico murmuró un improperio.

—¿Podéis dejar de meteros en mi vida? —rogó, ahora resignado—. Habla con mi madre y cuéntale la película que te parezca, pero que no sea ni una romántica ni, por supuesto, un thriller.

—¿No puedo contarle que ella es detective?

—No, se preocuparía demasiado.

—Con toda la razón —opinó, y recibió un gesto irritado—. ¿Y qué quieres que le diga entonces?

—Ah, no lo sé, no haber abierto la boca en un principio.

—Tampoco dije tanto.

El teléfono de Mark sonó en ese instante, consultó la pantalla y se la mostró al ama de llaves con una mueca de crispación.

—Qué sorpresa, mi hermana madrugando, me pregunto qué querrá —ironizó, mató a la mujer con un gesto que cayó en saco roto y contestó al teléfono—. ¡Linny, ¿te has caído de la cama?!

—¡Hermanito! —escuchó al otro lado—. Esta noche he soñado contigo.

—Sí, ya —suspiró.

—Estaba pensando que quizá ha sido porque tengas algo que contarme y…

—Lo siento, Linny, me coges hablando por el teléfono fijo —mintió—, pero no te preocupes, tengo aquí a Hattie justo al lado, te la paso para que no hayas hecho la llamada en balde.

Le tendió el teléfono a la mujer sin mediar palabra.

—Me gustabas más con diez años —fue la respuesta que obtuvo al gesto mientras cogía el teléfono. Mark sonrió a medias—. ¿Por qué lo tienes tan roto? —interrogó la mujer.

Mark soltó un improperio cuando aquel recuerdo llenó su mente.

—Aclara el entuerto, Hattie, porque no volveré a cogerle el teléfono a mi madre hasta que lo hagas.

El ama de llaves se puso el móvil en la oreja y no tuvo tiempo de decir una palabra antes de escuchar:

—Ya hace mucho que mi madre y yo no visitamos Cambridge, Hattie, ¿no te parece?

Capítulo 12

Cuando Maddie pisó el hall de ZenithCorp, estaba un poco nerviosa. Mientras iban hacia allí, Mark le había contado que trabajaría cerca de Chris, lo cual la tranquilizaba un poco. Al menos tendría a alguien a quien recurrir si metía la pata, aunque Mark ya le había recalcado un par de veces que era a él en persona a quien debía buscar en caso de tener algún problema.

Antes de mostrarle su mesa, le había enseñado el camino hasta su despacho, situado en la última planta del edificio, nada menos que en el piso diecisiete. Después, ambos habían bajado a la planta quince, donde trabajaba el departamento de contabilidad al completo.

Harry Barrett la recibió con una sonrisa. Al parecer, el día anterior el propio Mark le había llamado para comentarle la nueva incorporación, aunque se centraría solo en los números del departamento de marketing.

Pronto, Mark no tuvo excusa para seguir acompañándola y se despidió de ellos con un claro gesto de inquietud. Maddie se dejó guiar por Barrett para conocer al resto de sus compañeros.

La gran mayoría eran cordiales y otros la miraban con interés, pero había algunos que la observaban con una media sonrisa y cuchicheaban entre ellos sin ningún disimulo. ¿De qué demonios estarían hablando? ¿Ya se había corrido la voz de que era una enchufada? Maldijo lo rápido que se difundían las noticias por culpa de los grupos de *WhatsApp*.

Cuando al fin pudo quedarse a solas, lo primero que hizo fue sacar la carta que Mark le había dado en el coche. Le había pedido que la leyera cuando estuviera tranquila, suponía que para no tener que enfrentarse a aquellas letras de nuevo, pero había demasiados ojos pendientes de ella. Así que hizo una excursión al baño, incapaz de aguantarse la curiosidad. Se encerró en uno de los aseos y extrajo la carta del sobre.

Estaba escrita en letras mayúsculas:

CUANDO LEAS ESTAS LETRAS ESTARÉ EN UN AVIÓN RUMBO AL PARAÍSO.
ESE SIEMPRE FUE MI PROPÓSITO DENTRO DE LA EMPRESA, PERO CONFIESO QUE TÚ HAS SIDO UN ALICIENTE EXTRA CON EL QUE NO CONTABA Y QUE HA HECHO EL JUEGO MUCHO MÁS INTERESANTE.

ADMITO QUE FUE BONITO MIENTRAS DURÓ, PERO NADA ES ETERNO, EXCEPTO EL DIAMANTE QUE PODRÉ COMPRAR CON UN DINERO QUE VOSOTROS APENAS ECHARÉIS EN FALTA.

ESPERO QUE PUEDAS RECORDARME SIN RENCOR ALGÚN DÍA, PORQUE YO TE RECORDARÉ CON UNA SONRISA.

Maddie frunció el ceño y releyó la carta un par de veces más. Las mayúsculas eran demasiado impersonales como para poder extraer demasiado de la personalidad de la tal Madeline, y tampoco se había molestado en firmarla.

—¡Cómo se puede ser tan hija de puta! —se le escapó en alto. En aquel momento sería capaz de arrastrar a aquella maldita mujer del moño si se la topaba de frente. Ella misma fue consciente

de que sus sentimientos estaban demasiado involucrados y se regañó. Aquello era lo primero que su padre le había enseñado: jamás te involucres de forma personal en un caso. Algo que ya no tenía mucho remedio.

Consciente de qué pie cojeaba, se propuso ser lo más objetiva posible. ¿Qué era lo que no estaba bien en aquel escrito? Solo era una sensación, quizá equivocada, pero había aprendido a dejarse guiar por su sexto sentido.

Salió del aseo y se quedó un tanto alucinada cuando se topó de frente con dos de las chicas que le habían presentado nada más llegar, y ambas la miraron con una extraña sonrisa, cuchichearon entre ellas y se alejaron a toda prisa. Por desgracia no fueron las únicas que tuvieron aquel comportamiento. Intentó centrarse en las tareas que se suponía que Chris le había encomendado, pero a la hora de comer echaba chispas. Todos parecían observarla con un extraño gesto de interés mientras intercambiaba miradas divertidas. ¿Cómo se suponía que podría intentar sonsacar y recabar información de alguno de ellos? Llevaba tres horas tratando de encontrar algún tipo de escrito del puño y letra de Madeline Middelton, pero no era fácil sin poder contar con alguien que la guiara por dónde debía buscar, y estaba claro que la gente andaba mucho más preocupada por vete a saber qué chisme sobre ella.

«Ay, la leche, ¡¿a que me lío a hostias el primer día?!», se ofuscó cuando todo comenzó a ser ya demasiado evidente y molesto.

Por fortuna, o eso creyó, Chris le pidió que subiera al despacho de Mark cuanto antes, lo cual hizo con premura, deseosa de alejarse un rato de allí.

—¿Qué pasa? —preguntó nada más entrar.

—Ni idea —admitió Mark—. Chris viene de camino. ¿Cómo se ha dado la mañana?

—No sé ni qué decirte —suspiró, cogiendo asiento al otro lado del escritorio.

—¿Por qué dices eso?

No le dio tiempo a contestar. Chris entró en ese instante en el despacho para darle respuesta a todas las preguntas.

—¿A qué tanta intriga? —interrogó Mark de inmediato—. Si queremos que la tapadera funcione, no podemos reunirnos cada dos por tres.

—Es que no funcionará de ninguna manera —contó Chris, resignado—. A estas alturas todo el mundo debe saber ya que vosotros… os reunís bastante a menudo, y de una forma mucho más estrecha.

—¿Qué?

Chris lanzó sobre el escritorio un ejemplar de la revista People.

—¿Esto qué es?

—Decídmelo vosotros —exigió—. Página cinco.

Con un gesto preocupado, Mark abrió la revista mientras Maddie se ponía también en alerta.

—¡No me jodas! —exclamó el chico frente a lo último que esperaba ver.

—¿Qué pasa?

—Tú, pasas. —Apretó los dientes y lanzó la revista con fuerza sobre la mesa para que ella la viera.

Cuando Maddie posó sus ojos en las imágenes, se le escapó una exclamación. Las fotos estaban tomadas en aquella terraza donde se habían topado por primera vez, con ella sentada sobre su regazo. Las había del breve beso, del momento en el que ella lo abrazaba para esconderse, del instante en el que lo había mirado a los ojos por primera vez… Dios, ¡parecían una pareja de enamorados en su mejor momento! Y, para colmo, un enorme titular anunciaba a bombo y platillo:

—¡Mierda! —agregó—. ¡¿Cómo es posible?!

Mark la mató con la mirada.

—¡Ir sentándote en el regazo de la gente en plena calle es lo que tiene!

—¡No te comportes como un idiota, ¿quieres?! —protestó, aunque en el fondo ella misma se estaba amonestando con dureza. Miró a Chris—. Eso no es lo que parece —le aseguró.

—A él no tienes que convencerlo —ironizó Mark—. Me conoce, tiene claro que no eres mi tipo.

A Maddie aquello le dolió, pero ya era toda una experta en ocultarle sus emociones.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó a Chris—. ¡Esas fotos están sacadas por completo de contexto! —declaró entre indignada y avergonzada.

—¿Qué quieres hacer? —interrogo el publicista—. Las imágenes son evidentes.

—¡De evidentes nada! —se quejó enérgica—. ¡Que yo no besaría a este tipo por voluntad propia!

Mark soltó una carcajada exenta de humor.

—No recuerdo yo haberte coaccionado.

—Ah, ¡cállate! —exigió—. Ya sabes a qué me refiero. Eso fue solo puro instinto de supervivencia.

Chris cogió asiento con un gesto cansado.

—Que alguien me cuente despacio de qué va todo este despropósito —pidió.

Tanto Mark como Maddie guardaron silencio mientras se miraban de reojo con evidente irritación.

En un tono de desgana, turnándose y sin dejar de lanzarse pullas, pusieron al día a Chris de cómo se habían dado las cosas. El publicista los miraba como si estuviera en un partido de tenis, sin mediar palabra, hasta que hubieron llegado al final.

—Esto es surrealista —fue lo primero que dijo cuando al fin se instauró el silencio—. A ver, antes de nada, ¿pueden existir más fotos que nos puedan estallar en la cara?

—No.

—¿Seguro?

—A ver… —carraspeó Maddie.

—Joder —murmuró Mark al mismo tiempo.

—No sé ni para qué pregunto —se quejó Chris.

—¡Es que la cafetería estaba llena! —protestó Maddie—. Eso no fue mi culpa.

—Aún me debes un teléfono —reclamó Mark de mal humor—. Y pienso descontártelo del primer sueldo.

—¡Tendrás valor! —lo encaró.

—¡Bueno, vale ya! —intervino Chris de nuevo—. Arrancaos la piel a tiras cuando me vaya. Ahora tenemos que decidir cómo enfrentamos esto.

En aquel momento, eso de arrancarle la piel a tiras a Maddie no le parecía tan mala idea. Aquel creído prepotente había dicho algunas cosas durante la conversación que le habían dolido. Como si ella fuera una mujer de segunda categoría en la que el todopoderoso Mark Madock jamás pondría sus ojos.

—Emite un comunicado para desmentirlo —exigió Maddie, cruzando los brazos sobre el pecho—. No quiero que nadie me relacione con este… personaje.

—¡Ja! Eso estuvo bueno —ironizó Mark.

—Tengo una vida, ¿sabes?

—¿Te preocupa que tu querido Leo vea esas fotos?

«Me preocupa que las vea mi padre», se le ocurrió ahora, y debió de ponerse pálida, porque Chris le acercó una silla de inmediato, donde se dejó caer.

—Joder, realmente es eso lo que te importa —susurró Mark en un extraño tono. Y miró a Chris—. Vale, sugerencias.

El publicista soltó aire muy despacio, valorando la situación.

—No podemos emitir un comunicado desmintiendo esas fotos —opinó—. Están ahí y hablan demasiado claro, y, con todo respeto, la verdad es de locos, se harían memes y chistes con el tema durante meses.

—Y ¿qué sugieres?

—Para empezar, aprovecharlo.

—No te entiendo.

—Usaremos el morbo de la gente para que ella pueda hacer su trabajo.

Tanto Mark como Maddie tenían el ceño fruncido esperando más información.

—A nadie le sorprenderá que haga preguntas sobre cierta contable que quizá tuvo un pasado con su… ¿prometido?

—No te pases —rugió Mark.

—No puedes ser menos que eso, un simple rollito no funcionaría —aseguró—. Ella necesita autoridad moral suficiente para hacer preguntas.

Mark miró a su amigo como si se hubiera vuelto loco por completo.

—Habla con la prensa, Chris —dijo casi entre dientes—. Y aclara que solo somos conocidos.

—Sí, con derecho a roce —ironizó su amigo.

—¡Sin derecho a una mierda! —se puso Mark en pie, colérico.

—¿Queréis a toda la prensa del país centrada en vosotros, preguntándose por qué negáis lo evidente? —insistió Chris—. ¿Cuánto tardarían en plantearse si puede haber algo más oculto en todo esto? —Miró a Maddie—. Si no distraemos la atención del hecho de que ella es detective, corremos el riesgo de que el pasado nos salpique de una forma que hace dos años conseguimos evitar por los pelos.

—¡Joder! —Mark lanzaba chispas.

—No nos podemos permitir a la prensa metiendo los hocicos —se reiteró Chris—, y la mejor manera de evitarlo es darles lo que creen que han descubierto por sí solos, sin más, con toda la verdad posible que podamos aportarle.

—¡No hay una mierda de verdad en ella! —masculló Mark, mirando a Maddie de reojo con un gesto crítico, a quien aquellas palabras le dolieron demasiado.

—Solo tendremos que decir lo justo —aclaró Chris—. Que tú compraste su edificio, os conocisteis, una cosa llevó a la otra…

Mark apretaba ahora los dientes con fuerza, colérico, mientras Maddie hacía mucho rato que era incapaz de pronunciar una palabra. Chris la miró con cierta preocupación.

—¿No dices nada?

—Indícame dónde está la estación de tren, me vuelvo a Chicago —repuso sin un solo atisbo de duda.

Mark blasfemó y se dejó caer en su silla de nuevo. Chris la miró con un gesto de pesar.

—Escucha, Madison…

—No, ya he escuchado demasiado. —Se puso en pie—. Ya has oído a tu amigo. ¿Quién va a creerse que el soltero de oro haya puesto sus ojos en alguien como yo? —repuso con evidente sarcasmo—. Además, mi tarifa no incluye compromisos de matrimonio.

—¿Quieres que sume un par de edificios al acuerdo? —ironizó Mark.

Maddie se giró a mirarlo sin disimular su furia.

—Quiero respeto —exigió—, algo que es evidente que no sabes ni lo que es.

—Tiene gracia que tú me hables a mí de respeto. —Sonrió mordaz.

Intentando manejar sus emociones, Maddie apretó los dientes y los puños y no habló hasta que estuvo segura de poder hacerlo con calma.

—Admito mis culpas por lo sucedido el día en que se tomaron esas fotos —señaló la revista —, pero eso no me convierte en una mala persona, y el hecho de no tener una cuenta bancaria como la tuya tampoco significa que sea una ciudadana de segunda. Hay cosas que no compra el dinero, ¿sabes? Me atrevería a decir que nada de lo que merece la pena en la vida tiene precio.

Se giró a mirar a Chris.

—Intenta mantener mi nombre lejos de la prensa —pidió en un tono educado—. Puedes decirles que solo fui el rollo de una noche, me da igual, pero te prohíbo insinuar ningún tipo de vínculo emocional entre nosotros, no secundaré algo así.

Ni siquiera se giró a mirar a Mark de nuevo, si lo hacía, era posible que se viniera abajo antes de salir del despacho.

—Pasaré por tu casa a por mis cosas —informó, centrándose en colgarse el bolso, y miró a Chris—. Encantada.

Caminó hacia la puerta con la cabeza en alto y salió del despacho.

Chris miró a su amigo con un gesto censor que solo sirvió para hacerlo estallar del todo.

—¡Ni se te ocurra mirarme como si yo fuera culpable de algo! —exigió, colérico—. Tú mismo dijiste que esto terminaría estallándome en la cara.

—Pero no esperaba que fuera tan pronto ni de esta manera.

—Pues listo, confórmate con haber tenido razón.

Tomó el informe que tenía sobre la mesa como si acabara de zanjar el asunto, pero volvió a mirarlo cuando Chris no se movió de donde estaba.

—¿Qué? —exclamó, furioso—. ¿Necesitas algo más?

—Tu director de marketing no —declaró con un gesto serio—, pero tu amigo sí tiene una pregunta que hacerte.

—Dispara.

—Del uno al diez, ¿cuánto de jodido estás ahora mismo? —Posó sobre Mark una mirada preocupada, dando a entender que solo aceptaría la verdad.

Mark apretó los dientes y terminó lanzando el informe sobre la mesa, pero fue incapaz de pronunciar palabra alguna, aunque su gesto de angustia hablaba por sí solo.

Capítulo 13

Maddie tuvo que limpiarse las lágrimas varias veces antes de que el ascensor llegara a la planta baja. Era consciente de que quizá iba a perderlo todo por un ataque de dignidad, pero en aquel instante le daba igual, solo necesitaba huir del dolor que le atenazaba el pecho y que hacía tiempo que no sentía de forma tan intensa

«No hay una mierda de verdad en ella», resonaba en su cabeza.

Aquellas palabras se le habían clavado en el alma de un modo cruel y doloroso. Quizá porque a veces las sentía tan reales… Aquello era otro de los daños colaterales de vivir sin recuerdos, que jamás podía estar segura de si era realmente ella misma o solo era producto de la ausencia de pasado, de recuerdos.

No hacía tanto que había leído en un libro de psicología que somos lo que nuestras vivencias y conjunto de experiencias hacen de nosotros, nos van formando, forjando nuestro carácter, y ella caminaba por la vida a ciegas.

Sin darse cuenta de la cantidad de gente que la observaba a su paso, se dirigió a las puertas del edificio, deseosa de ganar la calle.

—Es tan amable de acompañarme, señorita Miller —la interceptó el guardia de seguridad cuando estaba a punto de traspasar la puerta.

Maddie lo observó algo sorprendida.

—No, lo siento, necesito salir.

—Me han pedido que la detenga antes de irse.

Frunciendo el ceño, miró al tipo, que no debería tener más de veinte años y parecía nervioso frente a una negativa que ella quisiera imponer.

—Lo siento —miró su chapa con su nombre—, Jared, pero nadie tiene derecho a impedirme salir del edificio.

—No me haga esto, señorita, son órdenes de arriba —rogó el muchacho—, y solo llevo diez días trabajando aquí.

Maddie suspiró con hastío. ¿Por qué tenía que ser tan débil?

—Lo hago por ti, Jared —aceptó—, y no sabes el esfuerzo que me supone.

—Se lo agradezco.

—¿De quién viene la orden? —interrogó con el corazón acelerado.

—Del señor Allen

Como una idiota, se regañó por sentirse decepcionada.

«¿Acaso pensabas que el todopoderoso se iba a dignar a perseguirte?», le gritó Pepito.

—Madison —escuchó a Chris a su espalda—, ¿podemos hablar, por favor?

La chica exhaló con fuerza.

—No creo que haya mucho que decir.

—Disculpa a Mark, pero lo ha pasado mal y…

—Todos tenemos lo nuestro —interrumpió—, y, en cualquier caso, no es a ti a quien le corresponde pedir disculpas en su nombre. Lo siento, pero me marcho.

—Hay del orden de quince periodistas apostados en la puerta buscando su exclusiva —contó

ahora Chris—, te comerán viva si sales ahí sola.

La chica se quedó perpleja y aquello sí la detuvo. Ni loca pondría un pie sola en la calle.

—No pararán de indagar en tu vida, Madison —aseguró ahora Chris—. Tenemos que darles algo que acalle los rumores, algo sólido y creíble, o no dejarán de acosarte.

—Ya te pedí que dijeras…

—No sirve un simple escarceo —interrumpió Chris—, porque Mark no es un hombre que muestre ese tipo de cosas en público, jamás lo ha hecho. Ese es el motivo por el que hay tanto revuelo con esas fotos.

—No lo entiendo, ¡ni que fuera una estrella de rock!

Chris sonrió.

—Casi.

—Sí, desde luego es igual de gilipollas que algunas de ellas —murmuró, y cruzó los brazos sobre el pecho—. Siento si te molesta oírlo.

—Puede ser una persona difícil a veces —admitió—, pero no es un mal tipo.

—Sí, supongo que a ti te considera a su altura —declaró enojada.

—Te aseguro que Mark no valora a las personas por su estatus social —indicó Chris.

Maddie puso una mirada irritada sobre él.

—¿Te pagan por defenderlo o qué?

El chico rio divertido.

—No, pero lo conozco muy bien, somos amigos desde hace muchos años.

—No sé ni cómo lo aguantas.

—¿En serio no hay nada que te guste de él?

Aquella pregunta era demasiado peliaguda y solo esperaba que su cuerpo no la delatara.

—No gran cosa.

—¿Y eso te supondrá mucho problema para poder fingir frente a la prensa que eres su prometida? —interrumpió la réplica con un gesto—. Antes de que digas nada, permíteme insistir en que esos periodistas no se irán sin carnaza.

Maddie valoró mucho aquel punto. No podía permitirse a nadie indagando en su vida. Su accidente, su amnesia, su pequeño rayo de luz…, solo pensar en que alguien pudiera airear su vida privada a los cuatro vientos la enfermaba.

Miró a Chris muy seria.

—No sé si puedo fingir que lo adoro cuando lo único que me apetece es sacarle los ojos —informó.

—Vaya, no te hacía tan sanguinaria —proclamó una voz a su espalda, sobresaltándola.

No tuvo que volverse para reconocer a quién pertenecía. Apretó los dientes y contó hasta tres antes de mirarlo. Cuando se giró, sus ojos grises la taladraron con intensidad.

—Vaya, el todopoderoso en persona. —Lo miró irritada, sobre todo por no poder evitar estar nerviosa—. ¿Debería sentirme honrada?

Mark miró a Chris con un gesto crítico.

—Esto no va a salir bien.

—No si ambos no ponéis de vuestra parte —opinó el publicista, y miró a Maddie—. ¿Crees que podemos llegar a un acuerdo?

La chica izó el mentón y clavó sobre Mark una mirada acusatoria.

—Solo si él también lo intenta.

—No hables como si no estuviera presente —intervino Mark con cinismo.

—Vale, repite conmigo y a lo mejor me lo pienso… —Lo miró con acritud y repuso en un

tono irónico—. Por favor, Maddie, siento ser un gilipollas integral, pero me sale solo, te ruego encarecidamente que me ayudes a salir del atolladero.

Chris guardó silencio esperando a que su amigo se mordiera la lengua, al menos, pero Mark la miró con evidente censura.

—Tú me has metido en este lío, lo justo es que me saques de él.

—¡Yo no…!

—¿Tengo que mostrarte de nuevo la revista?

Maddie tuvo que admitir que aquello no era discutible.

«Mierda, joder».

—Que tenga algo de culpa… —él arqueó las cejas, crítico, y ella se vio obligada a aceptar—: Vale, tengo toda la culpa, pero eso no quiere decir que puedas tratarme como te dé la gana.

—Cierto, y te pido disculpas si te he ofendido en algo.

—Ah, ya…, bueno…

¿Qué podía añadir a aquello? Tenía ante sus ojos la posibilidad de conservar un trato inicial que necesitaba a toda costa.

—De acuerdo —miró a Chris—, ¿qué se supone que tengo que hacer? Porque si lo que pretendes es que lo mire con adoración, desde ya te digo que no va a funcionar.

—¿No? —Sonrió Mark con un punto de cinismo—. ¿Qué te juegas a que lo consigo en unos pocos segundos?

—Oh, dios… —murmuró Chris ahora, pero ninguno de los dos le prestó la más mínima atención.

—Tu prepotencia raya en lo absurdo —repuso Maddie, algo inquieta por la forma en que la miraba.

Mark no apartó los ojos de ella mientras decía:

—Prepárate, Chris, vamos a darle a la prensa algo digno de una primera página.

Caminó hacia Maddie, que retrocedió frente a la intensidad de su mirada.

—No sé qué pretendes conseguir…

Mark siguió avanzando.

—…pero no va a… funcionar.

—¿No? Vamos a comprobarlo.

La espalda de Maddie topó contra una de las columnas y ya no pudo seguir retrocediendo. Miró hacia las puertas de la calle, que seguían cerradas, y después de nuevo hacia Mark, que estaba ya tan cerca que casi podía sentir su respiración sobre el rostro. El corazón de la chica estaba a punto de salírsele del pecho en cualquier momento.

Él apoyó un brazo en la columna por encima de su cabeza, acorralándola por completo, y Maddie sintió sofocos hasta en los dedos de los pies. El cuerpo masculino casi se amoldaba al suyo del todo mientras aquellos labios cada vez estaban más cerca. Pero ella no podía moverse ni un centímetro, y al mismo tiempo se sentía presa de aquellos ojos, ahora oscuros como una noche tormentosa.

—Mark… —susurró.

—Dime —murmuró, desviando su mirada hacia sus labios para regresar de nuevo a sus ojos.

—Por favor…

—¿Por favor qué?, porque no lo tengo muy claro en este momento.

Ni ella misma lo sabía.

—No voy a besarte, si te lo estás preguntando.

Aquello la descolocó por completo y se sintió decepcionada.

—Sí, ya me quedó claro que no soy tu tipo.

La sonrisa sensual que recibió como respuesta estuvo a punto de arrancarle un suspiro.

—¿Soy yo el tuyo, Madison?

—No.

—Repítelo hasta que te lo creas.

Ella soltó un bufido.

—¡No se puede ser más creído!

—Oh, claro que se puede. —Sonrió—. Por ejemplo, podría asegurarte que en este momento te mueres porque te bese —rozó la nariz contra la suya—, o porque recorte las distancias aún más entre tu cuerpo y el mío, hasta que no corra una sola pizca de aire entre nosotros; pero no creo que sea necesario decirlo, yo lo sé y tú también.

¿Cómo podía negarlo cuando sentía su cuerpo arder hasta un punto en que debía reflejarse en sus ojos?

—Admítelo —insistió Mark.

—Estás loco —murmuró.

—Sí, eso lo tengo claro, mi conciencia no deja que lo olvide. —Sonó con una mezcla de tristeza y resignación.

—Empiezan a mirarnos.

—Lo sé.

Maddie se esforzaba por encontrar palabras hirientes que la ayudaran a recomponerse un poco, pero estaba demasiado entregada al momento, a él. Y no se movió hasta que lo escuchó murmurar:

—Conserva ese brillo en los ojos, dulzura, solo necesitamos eso.

Sin más, la tomó de la mano y tiró de ella hacia la salida mientras Maddie se dejaba guiar intentando no sentirse demasiado humillada por lo que acababa de pasar. Él había asegurado que conseguiría que lo mirara con adoración en pocos segundos y no había duda de que lo había logrado. Claro que en aquel instante quería matarlo de nuevo.

En cuanto salieron al exterior, varios *flashes* cayeron sobre ellos mientras un par de periodistas les metían unos enormes micrófonos casi delante de la boca.

—Por favor, señor Madock, podría…

—No voy a hacer declaraciones —replicó Mark en un tono calmado pero firme.

Maddie se agarró a su mano con fuerza, temerosa de que él decidiera soltarla a la deriva entre aquella marabunta sin sentido. Con premura, caminaron unos metros más allá, donde alguien se había preocupado de tener a punto el coche de Mark.

Él le abrió la puerta del vehículo y esperó a que entrara para cerrarla. Maddie supuso que la prensa estaría encantada con aquel gesto tan galante.

Al parecer estaba en todo el muy…

—Podríamos haber salido por el garaje —opinó Maddie, malhumorada.

—Sin duda, pero no habríamos dado un espectáculo tan bonito —ironizó—, ¿no te parece?

Maddie habría querido pegarle para borrarle aquella estúpida sonrisa del rostro, pero se limitó a ignorarlo y mirar por la ventanilla durante todo el trayecto hasta su casa, a la puerta de la cual, para asombro de ambos, también había apostados varios periodistas aguardando su llegada. Todos ellos se lanzaron sobre el coche como los osos a la miel, pero Mark ni siquiera se molestó en bajar la ventanilla. Accionó el mando a distancia y aceleró cuando el portón de acceso a la finca se abrió del todo.

—Cambia esa cara, que el zoom de esas cámaras tiene mucho alcance.

—Esto es una pesadilla —exclamó Maddie, abatida.

—Chris hará una declaración formal en breve y terminará con el circo, así que no creo que tengamos que volver a hacer el paripé de nuevo.

—Por fortuna.

Cuando aparcaron y se bajaron del coche, Mark la miró con un gesto burlón mientras le daba la vuelta al vehículo y llegaba hasta ella.

—Venga, Maddie, sabes que no ha sido tan malo.

—No, ha sido peor. —Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró de frente—. Y jamás vuelvas a acercarte tanto como en ese hall.

—¿O qué? —La miró muy serio ahora—. ¿Te preocupa claudicar y tener que aceptar que no te disgusto tanto?

—¡Sigue soñando!

—¿Con tus labios? —interrogó—. No soy yo de sueños eróticos.

Maddie carraspeó, cohibida, pero no se amilanó.

—Sí, ya, y tengo claro que no soy tu tipo —dijo con lo que esperaba fuera indiferencia.

—¿No te ha escocido demasiado ese comentario? —Se apoyó en la puerta del coche y la observó con curiosidad.

—¿A mí? Ya ves tú lo que me importa.

—Tú has dicho que jamás me besarías por voluntad propia —le recordó Mark.

—Y lo sostengo —izó el mentón—. Así que espero que todo este numerito de los prometidos no traiga imposiciones desagradables.

—Como tener que besarnos —entendió.

—Correcto. No te creas que eres el único al que no le apetece nada. —Tragó saliva, cada vez más acalorada.

—No, me lo estás dejando muy claro —sonó un tanto divertido.

—¿Me estás vacilando?

—¿Yo? Dios me libre —declaró en un tono mordaz—. Pero dejemos ya el tema, solo hablarlo me pone…

—¿Qué?

Mark posó sobre ella ahora una mirada acerada y soltó aire con fuerza.

—Me pone, a secas —admitió en un tono frío—, pero te garantizo que jamás pasará.

Pasó por su lado camino a la entrada principal, dejando a Maddie perpleja. ¿Qué demonios acababa de pasar? Joder, ¡aquello si era dar una de cal y otra de arena! Lo odió por ello y se odió a sí misma por permitir que le afectara.

—¡Yo sí que te lo garantizo a ti, imbécil! —le gritó cuando salió de su asombro.

Para su desgracia, no tuvo más remedio que seguirlo hacia el interior de la casa.

Se apostó junto a él, en silencio, mientras metía las llaves en la cerradura. Pero no le dio tiempo a girarla, la puerta se abrió con premura y una chica joven y muy hermosa se lanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—¡Linny! —exclamó Mark, muy sorprendido, devolviéndole un abrazo cálido—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado?

—Te llamé esta mañana para decírtelo, pero no me has dejado —informó.

Maddie miraba a la chica con asombro. Era de una belleza de verdad fuera de lo común, y Mark la abrazaba con cariño, pero ¿no era demasiado joven para él? Frunció el ceño y la odió un poco.

—¿No vas a presentarnos? —interrogó la chica mirando a Maddie con los ojos cargados de

emoción.

Mark soltó un suspiro teatral.

—Maddie —anunció—, ella es mi hermana Lindsay.

«¿Su hermana?», le cayó mejor de inmediato.

La muchacha la abrazó y la besó con verdadera calidez, y Maddie se sintió cómoda al instante.

—Acabo de conocerte y ya siento que vamos a llevarnos bien —canturreó Lindsay—. Lo poco que sé de ti ya me encanta.

—Ah, pues eso es bueno, supongo —sonrió Maddie—, aunque no puedo evitar preguntarme quién te ha hablado de mí —hizo una pausa y agregó divertida—, quién te ha hablado de mí *bien*, quiero decir.

—Mi hermano no ha mencionado una palabra, te lo aseguro —lo miró ahora con un encantador mohín acusatorio—, si fuera por él, ni mi madre ni yo estaríamos aquí.

—¡¿Cómo?! ¿Mamá ha venido contigo? —casi gritó Mark.

—Está con Hattie de cotilleos en la piscina —informó—, pero yo he oído el coche.

—¡Maldita sea, Linny, ¿por qué no avisáis estas cosas?! —protestó.

—¡Que te he llamado! —se reiteró.

—¡Pues haber insistido!

—Pero ¿cuál es tu problema? —Lo miró irritada.

—¡Mi problema son todos esos periodistas que hay en la puerta! —explicó—. No creo que se te hayan pasado por alto.

La chica lo miró con picardía.

—No, pero espero que nos hagas a nosotros el anuncio antes que a la prensa. —Miró a Maddie con un gesto cómplice.

—¡Es que no hay anuncio que hacer! —se exasperó Mark.

—¡Como que no! —insistió—. Como no te localizábamos, mamá ha hablado con Chris hace unos minutos y nos ha contado que está redactando el anuncio de vuestro compromiso para la prensa.

—¿Solo os ha dicho eso? —Parecía a punto de montar en cólera.

—Bueno, no sé…

—¡Joder! —exclamó—. ¡Joder, joder!

Se alejó de ellas hacia la piscina.

—¡Suenas muy elocuente! —le gritó Lindsay con un claro gesto de diversión. Después miró a Maddie—. Ven, vamos a unirnos a la fiesta, más tarde charlamos un rato.

Maddie se dejó guiar de la mano hasta la piscina, un tanto asustada por tener que enfrentarse a la madre de Mark. Si era otra señora Danvers, correría en dirección contraria. Pero nada más lejos de la realidad.

Rachel Madock era todo lo que cualquier mujer aspiraría a ser en la mediana edad. De una belleza y elegancia asombrosas, su gesto amable y franca sonrisa fueron lo primero que Maddie adoró en ella.

—Así que tú eres Madison Miller. —Sonrió la mujer—. Has entrado en la familia por la puerta grande.

Maddie tragó saliva. No sabía qué decir. Su habitual sentido del humor, que solía fluir en situaciones de estrés, parecía un tanto atrofiado ahora. Miró a Mark, que estaba lívido como la cera.

—A ver, mamá… —dijo el chico entre dientes—, será mejor que te sientes.

La mujer tomó asiento en la mesa de la terraza donde la señora Danvers también estaba sentada.

—No te apures —anunció la mujer—, acabo de hablar con Chris.

—Sí, y voy a matarlo en cuanto tenga ocasión —murmuró Mark, y soltó un improperio.

—¿Por qué?

—Sé que te ha dicho que va a anunciar nuestro compromiso…

—¿Y no es cierto? —interrogó la mujer—. Cree que es la manera más adecuada de lidiar con la prensa, aunque mentir nunca es la mejor opción, pero vosotros sabréis.

Mark miró a su madre con el ceño fruncido y después posó sus ojos sobre su hermana, que sonrió con cierta diversión.

—Así que no se ha limitado a hablaros del compromiso. —La mató con la mirada.

—*Ups*, a lo mejor ha mencionado que no era real —reveló Lindsay en un tono inocente, como si no hubiera roto un plato en toda su vida.

Maddie no pudo contener una carcajada y se ganó de inmediato todas las miradas; algunas divertidas y otras, como la de Mark, no tanto.

—Lo siento, es que me encanta tu familia —le dijo con franqueza, mirándolo sin tapujos. Después miró a las recién llegadas y declaró—: Creo que la falsa prometida sobra en el debate. Ha sido un placer conoceros, de veras, pero voy a aprovechar vuestra reunión familiar para subir a recoger mis cosas. —Inclinó la cabeza con un gesto educado.

—No tan rápido, ¡*cariño*! —intervino Mark con una sonrisa irónica.

—Puedo cogerme un taxi hasta el hotel que decidas, no te necesito.

—Es que no te vas a ningún hotel.

Maddie frunció el ceño.

—¿Y eso quién lo dice?

—Tu flamante prometido.

Ambos se echaban un pulso con la mirada difícil de obviar. Maddie carraspeó con fuerza y apretó los dientes. Después sonrió, con un evidente esfuerzo, y miró a las tres mujeres que observaban la escena en silencio.

—Su sentido del humor fue lo que me enamoró de él —ironizó forzando aún más la mueca, y miró a Mark sin dejar de sonreír—. ¿Podemos hablar en privado, *mi amor*, o prefieres que te grite delante de tu familia?

—Iré a tu cuarto en cuanto zanje el tema aquí —clavó en ella una mirada maliciosa —, no seas impaciente.

A Maddie le costó dios y ayuda no borrar la sonrisa y mandarlo al carajo. Sentía su rostro arder de vergüenza por la evidente insinuación delante de todo el mundo. Por fortuna, pudo controlarse, lanzó un suspiro que parecía de puro enamoramiento y añadió:

—Si traspasas la puerta de mi habitación, te lanzo un zapato —Soltó una risita falsa, le tiró un beso y se alejó de allí con premura.

Mark la siguió con la vista hasta que desapareció dentro de la casa, sin ser consciente del modo en el que madre e hija intercambiaban sendas miradas entre ellas.

—¿Puedo declararme ya fan de esa chica? —interrogó Lindsay mientras su hermano no parecía haber regresado aún a la terraza.

Mark la mató con la mirada un segundo después.

—¿Seguro que no deseas casarte de verdad? —insistió Lindsay.

—¿Tan poco me quieres? —replicó Mark con sequedad.

—Es que las comidas de Navidad serían tan divertidas… —bromeó.

La mezcla entre crispación y pesadumbre en el rostro de Mark fue evidente ahora, tanto que la chica guardó silencio y lo miró preocupada, pero no pronunció una palabra. Fue su madre quien habló.

—Coge asiento, por favor —le pidió a su hijo.

Él se limitó a obedecer.

—Chris me ha contado solo parte —empezó diciendo Rachel—, pero me ha pedido que hablara contigo sobre el motivo real por el que Madison está aquí.

Para Mark, aquella conversación no resultaba nada fácil. Sabía que su madre pondría el grito en el cielo incluso contándole solo parte de la verdad. Y al parecer, Hattie no le había allanado el camino diciéndole una sola palabra.

—Es detective —contó—. Quiero hacer un último intento para recuperar mi dinero.

Rachel se incorporó en la silla con un gesto de horror.

—¡Por Dios, Mark!

—Necesito respuestas —interrumpió antes de que su madre comenzara con su interminable perorata.

—¡Necesitas dejar de hurgar en la herida y sanar! —Tomó una de sus manos—. ¿Por qué insistes en seguir haciéndote daño?

Él no contestó.

—Mírame, hijo —suplicó—. Olvídate ya del pasado. Vuelve a ser tú mismo, busca a alguien a quien amar y…

—¡Ni loco!

—Mark…

—Solo tengo a bien informaros de mis planes porque se han torcido un poco por culpa de la prensa, pero no lo estoy trayendo a debate —aseguró, mirando ahora de una a otra—. Nadie tiene una sola palabra que opinar al respecto.

Se puso en pie sin dejarlas añadir nada más y se giró sobre sus talones dispuesto a irse, pero se volvió de nuevo para recalcar:

—Por cierto, ni ha habido ni hay ni habrá jamás nada entre Madison y yo, más que una relación de negocios —garantizó con sequedad—. Solo por si os lo estabais planteando.

«Ella sería la última mujer en este mundo a la que tocaría», se dijo mientras avanzaba hacia el interior de la casa, intentando acallar la parte de su cerebro que gritaba algo muy diferente, tan claro y tan fuerte que lo enloquecía.

Capítulo 14

Madison le hizo una videollamada a Karen y charló con ella largo rato, buscando algo del autocontrol que parecía haber perdido. Mark tenía la capacidad de alterarla demasiado en todos los sentidos y eso no le gustaba. Si no necesitara aquella tregua en el alquiler, correría lo más lejos posible de él y sus malditos ojos grises, que parecían idiotizarla cada vez que la miraban.

El último par de horas habían sido una puñetera montaña rusa que la había llevado de una emoción a otra a demasiada velocidad, y no estaba acostumbrada. Prefería no pensar mucho en ello para evitar volverse loca del todo, pero había algo que no podía ignorar y que le preocupaba por encima de todo: deseaba a Mark con cada célula de su cuerpo, no podía engañarse, aunque lucharía con uñas y dientes contra cada maldita mariposa.

Y luego estaba todo aquel lío de las fotos y del compromiso. Su vida se había convertido en un caos por culpa de su impulsividad. Si no se hubiera sentado en su regazo…

—¡Basta, nena, deja de fustigarte! —exigió Karen, una vez superó lo que ella misma calificó como un microinfarto al conocer los últimos acontecimientos—. No podemos regresar a aquel día, ¿verdad? Pues listo. ¡Y deja de dar paseos, leche!

Maddie había puesto el teléfono sobre el aparador y caminaba como un león enjaulado por la habitación, entrando y saliendo del campo de visión de la cámara de su teléfono móvil.

—Debería estar en un tren camino a casa —se lamentó con exasperación.

—Pero ambas sabemos que no lo vas a hacer —repuso Karen—. Ya has llegado muy lejos para renunciar a todo.

Maddie asintió, aquello estaba más que claro.

—Ahora lo que más me preocupa es que mi padre pueda ver esas fotos —admitió—. O peor, el anuncio del compromiso. —Se horrorizó al pensarlo—. Por Dios, Karen, ¡sería capaz de llegar hasta aquí saltando a la pata coja!

La mujer no pudo negarlo.

—Por fortuna, siempre se queja de que en la clínica tienen muy mala cobertura y de que no puede leer ni la sección de deportes algunos días —le recordó—. Y no creo que un hospital tenga una suscripción a la revista People.

—Cruzaremos los dedos para tener suerte —aceptó—. Quizá todo acabe antes de lo que esperamos.

—¿Has avanzado en algo en la investigación? —se interesó Karen ahora.

—No de momento, porque no me ha dado tiempo a nada —contó—. Hemos tenido que salir de la empresa como un huracán.

Karen suspiró.

—¿Cogidos de la manita?

—No empecemos.

—*Ains*, es que no puedo evitarlo. —Sonrió y se centró—. No he sido capaz de encontrar nada acerca de la tal Madeline Middelton. A efectos sociales, es como si jamás hubiera existido.

—Es raro.

—Mucho.

Maddie le habló de la carta que le había enviado a Mark al irse, irritada porque se lo hubiera ocultado.

—Aprovechando cada oportunidad para saltarle a la yugular, ¿eh? —bromeó Karen.

Maddie no pudo negarlo. Se centró en leerle la carta, y la mujer guardó silencio hasta que terminó.

—Pues lo siento, nena, pero no sé si puedo culparlo por intentar ocultarla —opinó—. Yo en su lugar solo querría olvidar cada palabra. Incluso si es solo su orgullo el que está implicado, cada frase es una puñalada trapera. La tipa era fría como un témpano, de eso no hay duda.

Maddie hizo un extraño gesto, y Karen la conocía demasiado bien.

—¿Qué te preocupa?

—No lo sé con exactitud, es todo el contexto del caso —resopló—. Hay demasiadas incongruencias. Y la carta es tan evidente como todo lo demás. Está escrita en mayúsculas, lo que ya de por sí llama la atención, puesto que es una carta demasiado íntima y personal, muy poca gente usaría letra de imprenta en un momento así, y tampoco va firmada.

—Al parecer, la tal Madeline era un mal bicho, no puedes intentar psicoanalizar a alguien así con tan pocos datos.

—Sí, eso lo sé.

—Pero no te convence.

Maddie torció el gesto.

—Tengo demasiados interrogantes, Karen —insistió—. Para empezar, necesito hablar con la persona que contrató a Madeline. Mark me contó que ella no tenía demasiada experiencia, así que me pregunto por qué alguien la escogería para un proyecto que era evidente que le venía grande.

—¿Crees que su cómplice pudo apañárselas para que la contrataran de forma premeditada? Puede que lo planearan juntos desde mucho antes.

—Es una posibilidad —aceptó—. Pero si me dejo guiar por mi instinto…

—¿Qué te dice?

—Que la contrataron para algo mucho peor.

—¿Como qué?

—Como colgarle el muerto.

Karen guardó silencio y valoró el comentario.

—Eso que dices es muy serio, nena —admitió al fin—. No se te vaya a ocurrir mencionárselo a Madock sin tener más pruebas.

—Lo sé.

Maddie lo tenía más que claro, y debía ir con cuidado. Había algo que no podía perder de vista, y era el hecho de que quizá su instinto estuviera un tanto influenciado por sus propios sentimientos, porque ¿y si todas sus reticencias sobre la culpabilidad de Madeline se basaban en su incapacidad para entender que alguna mujer en su sano juicio pudiera salir de forma voluntaria de sus brazos?

Se despidió de Karen, quedaron en hablar cuando Leo estuviera en casa y colgó el teléfono. Tras pensarlo varios minutos, hizo una última llamada…

∞∞∞

Cuando unos minutos más tarde Mark tocó a su puerta, parecía malhumorado. Maddie lo miró con curiosidad.

—¿Qué se te ofrece?

—Hablar contigo cuando puedas concederme audiencia —repuso en un tono seco—. Llevo un rato llamándote por teléfono, pero comunicas todo el tiempo.

—Ya —fue lo único que dijo.

Mark la miró con aún más irritación frente al monosílabo, pero ella no añadió nada en ese sentido, se limitó a decir:

—Si me das un momento, termino de recoger mis cosas y…

—¿Qué parte de *no vas a ninguna parte* no has entendido? —ironizó.

—La parte en la que soy una mujer adulta capaz de tomar mis propias decisiones

Él soltó aire con un claro desespero.

—¿Crees que tiene algún sentido que la que se supone mi prometida se aloje en un hotel cuando tengo una casa con quince habitaciones? —interrogó—. Contesta con sinceridad.

Tener que darle la razón le repateaba el hígado, así que obvió el tema.

—¿Podemos hablar de todo esto cuando llegue Chris? —pidió mientras comenzaba a sentirse incómoda estando apostada a la puerta de su alcoba.

—Viene hacia acá.

—Lo sé —admitió—. Acabo de hablar con él.

Mark frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Lo he llamado —explicó—. Necesitaba que me trajera unas cosas de la oficina.

—Ah, qué bien, cuánta confianza —repuso con una evidente ironía—. Pues comeremos todos juntos en cuanto llegue —contó—. Mi familia quiere que te unas, si es que para ti no es una molestia suprema.

—Cuenta con ello, me gusta tu familia.

—Ah, qué suerte tienen —suspiró—. Te esperamos en la piscina.

Maddie se limitó a asentir con la cabeza y casi le cerró la puerta en las narices, repitiéndose lo mandón, prepotente e insoportable que era.

«Mierda —se dejó caer en la cama soltando un suspiro de exasperación—, ¡¿cómo puede gustarme tanto?!

∞∞∞

La comida fue muy divertida para Maddie. Tanto Lindsay como Rachel eran muy extrovertidas y la conversación fluyó sin un solo silencio. Incluso la señora Danvers, que para su sorpresa se había sentado a comer con ellos, parecía otra persona en compañía de las Madock. Chris debía conocerlas de muchos años atrás, puesto que se comportaba como si llevara toda la vida comiendo a la misma mesa. Solo Mark parecía enfadado y huraño, algo que a Maddie no se le había pasado por alto porque apenas podía aguantar dos minutos sin mirarlo con disimulo.

Cuando llegaron a los postres, fue inevitable que saliera el tema que tenían pendiente de tratar. Había algunas cosas importantes que decidir.

—Ya he redactado el comunicado de vuestro compromiso y lo he pasado a los medios más relevantes —explicó Chris—. No sé cuáles se harán eco de la noticia, pero esta tarde deberían comenzar a retirarse de la puerta de la casa. Les he asegurado unas fotos de la feliz pareja si se portan bien. —Sonó a broma, pero no lo era del todo.

—La feliz pareja somos nosotros, Mark, así que cambia esa cara —bromeó Maddie, mirándolo al fin de frente sin tener que disimular.

—Estoy prometido contigo, deja que primero le encuentre la gracia.

Maddie soltó un divertido suspiro y miró a Rachel Madock.

—Dime la verdad, es adoptado. No se parece en nada a vosotras.

Rachel soltó una carcajada.

—No, y te prometo que es un tipo divertido y locuaz —aseguró la mujer—. Y en algún momento va a dejarte conocer esa parte de él, seguro.

—El punto de hablar como si yo no estuviera delante no termino de pillarlo —ironizó Mark —. Y, si no os importa, tenemos cosas urgentes en las que centrarnos. Por ejemplo, en cómo vamos a enfocar la investigación de ahora en adelante.

Chris tomó el testigo.

—Como ya os dije, creo que Madison puede mostrar de forma abierta su interés por conocer partes de tu pasado —miró a Mark—, sería algo lógico que quisiera investigar sobre la otra mujer importante en tu vida.

Por alguna extraña razón, a Maddie no le gustó cómo sonó aquello.

—Tampoco nos pasemos —le faltó tiempo a Mark para decir—, que Madeline lo único importante que hizo fue burlarse de todo el mundo.

Todos guardaron silencio, pero era evidente que aquella frase no engañaba a nadie, ni siquiera a Maddie, que a esas alturas se temía que Mark estuvo mucho más que solo encaprichado de la tal Madeline.

—¿Vuelvo mañana a mi puesto entonces? —interrogó ahora para intentar normalizar el ambiente.

—¿Qué puesto es ese? —se interesó Rachel.

Chris se encargó de ponerla al día.

—¿Y vais a volver a meterla allí? —Los miró la mujer con el ceño fruncido.

—Habrá que valorarlo.

—No creo que tenga ningún sentido —siguió diciendo Rachel—, si me permitís el meterme. —Todos le prestaron atención—. ¿La prometida de la persona con más poder en la empresa trabajando de secretaria?

—Es una profesión muy digna —intervino Maddie.

—Lo sé bien, porque yo fui secretaria durante diez años antes de casarme con el padre de Mark —contó, y Maddie la miró con curiosidad—, y entendería que siguieras trabajando si llevaras unos meses ya en el puesto, pero no es el caso. Entrar a trabajar de secretaria en la empresa el mismo día en que se anuncia el compromiso suena raro. ¿Y que nadie sospeche nada no es uno de los objetivos de todo este lío?

Mark soltó un sonido de agotamiento.

—¿Y qué sugieres? —preguntó—. Madison necesita acceso a los trabajadores de la empresa para hacer parte de su trabajo.

Rachel guardó silencio unos segundos, muy pensativa.

—¿Te valdría una sola jornada para hacer las preguntas que necesitas? —se interesó mirando a Maddie.

—Podría intentarlo, pero ganarte la confianza de la gente lleva su tiempo.

—Eres la prometida del jefe —le recordó—, nadie confiará del todo en ti por bien que hagas tu trabajo. Necesitarías meses de esfuerzo y dedicación, y, aun así, puede que no lo lograras nunca.

Aquello era cierto, sin duda.

—Pero sí puedes jugar la baza que Chris propone —continuó Rachel—. La gente intentará

agradarte en medida de lo posible, y quizá algunos hablen demasiado tratando de ganarse tu favor. Pero no a largo plazo, sino en una sola entrevista que los coja un poco fuera de juego.

Maddie estaba perpleja. Ahora sabía de dónde había sacado Mark su evidente inteligencia.

—¿Y dónde pretendes que ocurra esa entrevista? —se interesó Mark.

—En el mejor sitio para hacer negocios desde que el mundo es mundo. —Sonrió Rachel.

—¡Fiesta! —interrumpió Lindsay con entusiasmo.

Rachel rio, pero no la rectificó.

—Dentro de cuatro días es el veinticinco aniversario de la empresa, ¿no? —les recordó la mujer.

—Sí, pero no pensábamos celebrarlo —intervino Chris.

—¡Pues ahora sí! —apremió Lindsay de nuevo.

Una vez más, Rachel guardó silencio, declarando así la pelota en el tejado de los dos hombres, que las miraban con un gesto serio.

Tras unos segundos, Mark miró a Maddie.

—¿Crees que podría funcionar?

La chica se sintió bien con el hecho de que él pidiera su opinión.

—Habrá que intentarlo —aceptó al fin—. Entiendo que toda la empresa asistirá a esa fiesta, quizá no pueda hablar con todo el mundo, pero intentaré acotar el cerco a los más importantes —declaró—. Pero ¿se puede realmente preparar una fiesta así en cuatro días?

Tanto Rachel como Lindsay sonrieron y asintieron con plena confianza.

—Nosotras nos encargamos —afirmó Rachel.

—Va a ser la fiesta del año —se entusiasmó Lindsay.

Mark soltó un suspiro de resignación.

—Y ¿cuánto va a costarme tan magno evento? —ironizó.

—A ti no, a la empresa —aclaró Rachel con un claro tono de imposición.

—No.

—¡Por supuesto que sí! —insistió—. Este tipo de eventos también aportan cosas positivas, tanto en productividad como en publicidad. —Miró a Chris—. ¿No es así?

—Por supuesto —aseguró el publicista.

—Ya, pero…

—No hay peros que valgan, Mark —se reiteró—. Bastante hiciste ya el idiota dos años atrás.

Maddie se quedó helada con el comentario. Al parecer, Rachel no había estado de acuerdo en que Mark asumiera el desfalco de Madeline como propio. Interesante.

—Yo misma llamaré a Harold para informarle de todo, no pondrá problema —siguió diciendo la mujer—, pero encargaros de Violet, por favor, aunque supongo que una fiesta será lo único a lo que no le ponga pegas.

El gesto y el tono le hicieron suponer a Maddie que la tal Violet, que recordaba como una de las accionistas de la empresa, no era santo de su devoción.

—Yo la llamaré —aceptó Mark—. Supongo que Pamela también se apuntará.

—¿Quién es Pamela? —interrogó Maddie, que no había oído hablar de ella.

—Pamela Collins, la hija de Violet —contestó Lindsay, y miró a Mark—. A quien me encantaría verle la cara cuando lea la noticia de tu compromiso.

Maddie tomó nota mental y observó a Mark, a quien la tal Pamela parecía importarle tan poco que ni se molestó en hacer un simple comentario.

—Espero que todo salga bien —opinó ahora Chris, y miró a Maddie—. No te vas a aburrir.

La chica sonrió y preguntó:

—¿Has podido traerme lo que te he pedido?

—Sí, casi todo lo que he encontrado de las fechas en las que Madeline trabajó en la empresa.

Mark los miró con el ceño fruncido.

—Perdonad, pero ¿por qué no se nada de todo eso?

La chica dejó que fuera Chris quien contestara.

—Madison me ha llamado hace un rato para pedirme toda la documentación que pudiera conseguirle de cuando Madeline trabajaba en la empresa.

—Lo que en este momento me viene de lujo —intervino Maddie—, puesto que yo no voy a regresar a la empresa.

—¿Y para qué la quieres? —siguió preguntando Mark—. Tú no tienes ni idea de contabilidad.

—Cierto, pero necesito comprobar algo importante.

—¿Algo como qué?

Maddie respiró hondo. No podía decirle que pretendía encontrar una muestra de letra de Madeline que pudiera comparar con la de la carta que le había dejado. Si Mark ahondaba en sus motivos para querer hacerlo, terminarían discutiendo.

—Yo no me meto en tu trabajo —le dijo—, déjame hacer el mío.

Lo vio fruncir el ceño y guardar silencio. Maddie sabía que de haber estado a solas le habría hecho un tercer grado. Miró a Chris y pidió:

—¿Me das esa documentación? Me gustaría comenzar a trabajar cuanto antes. Después quiero salir. —Y miró a Mark de nuevo—. Necesito que me apuntes la dirección de la familia de Madeline.

Mark asintió y añadió:

—Dile a Simon que te lleve. —ofreció.

—¿Y quién demonios es Simon?

—Mi chofer personal —aclaró Rachel—. Y yo no lo necesito esta tarde.

—Puedo llevarte yo, si quieres —repuso Chris.

Para asombro de todos, Mark intervino:

—Tú seguro que tienes trabajo que hacer y…

—Tengo un rato libre, no hay problema —insistió el publicista.

—Que puedes aprovechar para otra cosa —se reiteró Mark.

—Bueno, luego lo pensamos —aceptó Chris, mirando ahora a su amigo con un gesto divertido que escondió al resto de comensales. Después se centró en Maddie de nuevo—. ¿Vienes a por la documentación?

La chica asintió, y ambos se levantaron de la mesa y caminaron al interior de la casa, donde Chris había dejado las carpetas.

—No hay mucho —se sorprendió Maddie.

—No encontré nada más —contó—, espero que halles lo que sea que buscas.

Suspirando, la chica ojeó las carpetas, pero a simple vista era imposible ver nada.

—Lo revisaré —sonrió—, gracias, Chris.

—De nada, espero… —Se detuvo con cierto azoramiento.

Maddie lo miró con interés.

—¿Esperas?

Al chico pareció costarle hablar.

—Espero que realmente todo esto sirva para algo —repuso, ahora muy serio.

—Pondré todo de mi parte —aseguró.

—Eso espero, porque no te haces idea de cuánto estoy poniendo en tus manos.

El tono era demasiado extraño.

—No sé si te entiendo —reconoció Maddie.

—¿Alguna vez te has dejado guiar por tu instinto hasta el punto de no poder sustentar tus teorías en nada más?

Maddie asintió. Aquello era su pan nuestro de cada día. Su amnesia a menudo no le dejaba mucha más opción que confiar en su instinto.

—Pues no tienes ni idea del voto de confianza que estoy poniendo sobre ti —suspiró—. Mark es como mi hermano, por favor, no me defraudes.

Aquello sí la dejó perpleja, pero no pudo agregar nada más, Chris regresó a la terraza sin más.

«¿Por qué carajos tienen que ser todos tan raros en esta casa?», se preguntó un tanto confusa.

Capítulo 15

Maddie había pasado media tarde revisando al milímetro cada carpeta que Chris le había llevado. Por desgracia, lo poco que encontró escrito de puño y letra de Madeline Middelton estaba en minúsculas y apenas había unas pocas palabras. La era de la informática suponía un gran contra en aquel momento. En letra de imprenta no había hallado una sola palabra, lo cual era una pena, porque en aquella carta había algunas letras muy peculiares que habría podido contrastar sin problema y a simple vista.

Un poco desilusionada, había aceptado que Simon la acercara hasta una zona próxima a la dirección de Madeline y después le había pedido que se marchara, pero llevaba al menos un par de horas trabajando en el terreno sin ningún tipo de resultado. A la familia Middelton parecía habérselos tragado la tierra, a todos ellos, y la gente del vecindario no estaba muy por la labor de colaborar con ella. El no contar con una foto de Madeline que poder enseñar tampoco ayudaba. En un principio intentó conseguirla de Mark, pero él había borrado cualquier rastro de aquella mujer de su vida y no conservaba una sola, por lo cual Maddie tampoco podía culparlo, visto lo visto. El problema era que no había forma de llegar al expediente forense sin su familia, que era el único sitio donde podría conseguir una imagen de la mujer en cuestión.

«La puñetera pescadilla que se muerde la cola», se lamentó Maddie, cansada ya de patear medio barrio para nada.

Regresó al punto de partida y se apostó durante un rato a la puerta del edificio para valorar qué hacer. Eran pocos vecinos y casi todos estaban de alquiler reciente, pero dos de ellos habían mencionado a la anciana que vivía en el segundo piso y que, al parecer, llevaba allí toda su vida. De modo que aquella mujer era la única que podía saber algo de los Middelton. El problema era que se había ausentado unos días para ir a visitar a una de sus hijas, que vivía en Nueva Jersey. No tenía más remedio que esperar para hablar con ella, pero no podía ir hasta allí a diario.

Tras pensarlo mucho, probó suerte y le dio cincuenta pavos al vecino que vivía justo al lado, a cambio de la promesa de llamarla en cuanto la anciana regresara, pero debía reconocer que lo más probable era que acabara de tirar su dinero.

Suspiró, un tanto disgustada, y sacó su móvil para consultar la hora, pero comprobó que el teléfono estaba apagado. Era un desastre, siempre apuraba demasiado para ponerlo a cargar.

«Será mejor regresar ya a la casa», se dijo, cogería un taxi de vuelta y…

—¡Ostras! —exclamó en alto, de repente consciente de que no tenía la más mínima idea de la dirección de la casa ni el modo de llegar.

Miró de nuevo su teléfono e intentó encenderlo, sin éxito. No tenía forma de llamar a Mark.

—¿Y ahora qué hago?

∞∞∞

Mark paseaba de un lado para otro en el salón de la mansión. Hacía al menos una hora que había regresado a casa desde la oficina, esperando poder compartir un rato a solas con Madison

para hablar del caso, o eso se dijo, antes de que su madre y su hermana regresaran de su visita a los vecinos.

«¿Dónde narices se habrá metido?», se preguntó por enésima vez, con impaciencia.

El timbre sonó al fin y se tuvo que contener para no correr a la puerta. En cambio, se sentó en el sofá y se dispuso a consultar su teléfono de forma distraída, hasta que Hattie se acercó a él:

—¿No era Madison?

—No, era Simon, al parecer un mensajero le acaba de dejar esta carta fuera y…

—¿Simon? —La miró confuso—. ¿No estaba con ella?

—No, al parecer le pidió que regresara a la casa en cuanto llegaron.

Mark frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella cuando vuelva.

Soltando un bufido, consultó su reloj.

—Dios, ¡mira que es molesta!

Añadió un improperio y prefirió centrarse en la carta. Extrañado, comprobó que no llevaba ni destinatario ni remitente. Desgarró el sobre y se enfrentó a algo desconcertante. Dentro solo había una tarjeta donde alguien había escrito una única frase.

Es peligroso remover el pasado.

Nadie la firmaba. Perplejo, Mark releyó aquella frase una y otra vez. No hacía falta ni una palabra más para entender que se trataba de una amenaza velada.

Caminó con premura hasta la puerta y salió al exterior en busca de Simon, al que encontró frente a la casa midiendo los niveles del vehículo.

—¿Quién ha traído esta carta? —interrogó Mark.

—Un motorista hace un momento.

—¿De alguna agencia?

—No llevaba logo —dijo—. A mí también me ha parecido raro.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Que entregara el sobre dentro.

—¿A alguien en concreto?

—No, supongo que ha pensado que cualquiera que la cogiera te la llevaría a ti. —El hombre lo miró un tanto preocupado—. ¿Qué pasa, Mark? ¿Hay algo raro en el sobre?

El chico no tenía ni idea de cuánto le habría contado su madre de lo sucedido en el pasado, puesto que sabía que le tenía mucha confianza, pero no había tiempo para explicaciones.

—No te preocupes —declaró—. ¿Dónde has dejado a Madison?

—Cerca de la dirección que me diste —contó—, y que conste que yo no quería dejarla sola, pero es muy convincente e insistente.

—Sí, lo sé, qué me vas a contar a mí —suspiró—. ¿A qué hora ha sido eso?

—Hace algo más de un par de horas.

Mark consultó su reloj de nuevo. Ya era tiempo más que de sobra para estar de vuelta. La inquietud comenzó a hacer mella en él.

Regresó al salón y cedió a marcar el número de teléfono de la chica, pero saltó el buzón de voz.

—Joder, ¿dónde demonios estás?

Una hora más tarde se subía por las paredes. El sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte, provocando que la oscuridad de la noche avanzara a pasos agigantados, y Maddie seguía sin dar señales de vida.

—No tiene por qué haberle sucedido nada —insistió Lindsay por cuarta vez al menos, y cayó en saco roto para Mark, igual que las otras tres veces que lo había dicho.

El chico avanzó de nuevo hacia el ventanal para mirar al exterior, luchando por controlar el nudo que sentía cogido en la garganta y que le impedía incluso tragar saliva.

Nervioso, se repitió que aquella carta podía ser tan solo una casualidad.

—Hijo, por favor —le puso su madre la mano en el hombro—, no entiendo por qué te pones así. Madison es una mujer adulta con una profesión complicada, tiene pinta de ser de las que resuelven cualquier contratiempo que se presente.

Mark no dijo nada. De forma intencionada, le había escondido a su madre todo lo relacionado con la advertencia que había llegado por carta.

—Y no conoce Boston —intervino Lindsay—. Igual está haciendo turismo.

Para el chico aquello no resultó un consuelo, y ahora la imaginó perdida por la ciudad. Cada vez más angustiado, sacó su teléfono y volvió a marcar su número con idéntico resultado. Colgó con evidente desazón.

—Vamos, dulzura, aún me debes un teléfono —susurró, acariciando la raja de la pantalla—, no puedes desaparecer así.

El recuerdo de haber estado aguardando junto a aquella misma ventana a la mujer que jamás regresó arrasó con el poco autocontrol que le quedaba. Aquel era uno de sus recuerdos más dolorosos y desesperantes. Sin poder evitarlo, evocó el sonido del tic tac del reloj de péndulo, que destrozó aquel mismo día, cuando llegó un momento en el que el ensordecedor paso del tiempo le taladró los tímpanos, enloqueciéndolo a cada segundo, cada minuto, cada hora… que pasó allí de pie esperando un milagro que jamás llegó.

Y cuando estaba casi al borde del colapso, las luces de un coche avanzando por el sendero de gravilla hasta la casa le llamaron la atención.

La noche ya era casi cerrada, así que tuvo que esperar a que se metiera en las luces del porche para identificarlo, aunque sintió una decepción enorme al ver que se trataba de Chris. Lo vio bajar del coche y, con asombro, observó que le daba la vuelta al vehículo y abría la puerta del copiloto.

Cuando vio salir a Madison del coche, soltó una exclamación de alivio, pero el consuelo que sintió al verla se vio empañado por la rabia que provocó la sonrisa radiante que ella le dedicó a Chris mientras le sostenía la puerta del coche.

Apretó los puños con fuerza y soltó aire para buscar una calma que estaba escondida entre demasiadas emociones distintas. Ella parecía estar feliz mientras todos en la casa se morían de preocupación. Aquella mujer no tenía vergüenza.

Tanto su madre como Lindsay corrieron a la puerta, pero Mark se quedó donde estaba, observando la escena.

Cuando todos entraron en el salón, miró a Maddie con un gesto por completo exento de emociones, esforzándose por mantenerlas ocultas bajo una férrea coraza. Aun así, sus palabras salieron solas, casi sin pararse a meditarlo.

—Una vez más, solo te importas a ti misma, ¿no? —Fue todo lo que dijo como saludo.

A Maddie pareció asombrarle el comentario.

—Eres único haciendo sentir a la gente bienvenida.

—Nunca serás bienvenida del todo en esta casa, Madison —declaró.

—¡Mark! —exclamó su madre en un tono de amonestación.

—No te preocupes, Rachel —intervino Maddie muy seria—. Sé cuál es mi sitio en esta casa, que solo estoy aquí para trabajar y que por mi culpa estamos en una situación difícil con todo eso del compromiso.

—¡Me da igual! —insistió la mujer—. Mark Madock, ¿qué demonios pasa contigo?

—No te metas, mamá.

—Hace un momento te morías de la preocupación —le recordó.

El chico sonrió irónico, intentando esconder su repentino bochorno.

—¡Y ahí la tienes! —Señaló a Maddie—. Tan campante y disfrutando de su excursión. —Miró a Chris—. ¿Os habéis divertido?

—Te estás equivocando —aseguró el publicista.

Pero Mark estaba demasiado sobrepasado por las últimas horas como para escuchar lo más mínimo. Posó sus ojos sobre Maddie y sentenció:

—Me alegro de que al menos hayas conocido una parte de Boston —ironizó—, porque regresas a Chicago mañana a primera hora.

Varias expresiones de asombro y exclamaciones de protesta contestaron a aquella frase, pero Mark no se quedó para recibir las críticas. Salió por la puerta de la terraza hacia la piscina como alma que lleva el diablo.

—Iré a hablar con él —se ofreció Chris.

—No, ¡voy yo! —exclamó Maddie con una evidente irritación.

Nadie se atrevió a interponerse en su camino.

Capítulo 16

Maddie salió al exterior maldiciendo a aquel patán, mandón e irritante con una furia que crecía a cada paso que debía dar tras él, que caminaba rápido.

—Oye, tú, ¡don *saco mis propias conclusiones y me largo*!

—¡Déjame en paz, Madison! —exigió sin girarse a mirarla.

Siguió caminando mucho más allá de la piscina y se internó en la oscuridad, en una parte del jardín que Maddie no había visitado aún. Desde la ventana solo se veían las copas de los árboles, de modo que no sabía qué esperar. Aun así, no se detuvo y fue tras él.

—No puedes decir lo que te venga en gana sin que nadie te rechiste —le gritó Maddie internándose entre los árboles.

—¡Por supuesto que puedo! —aseguró, girándose ahora a mirarla—. Si a ti no te importa una mierda nadie más que tú, no veo por qué yo tengo que comportarme.

—Ni siquiera me has dejado hablar.

—No lo necesito.

—¿Ahora eres adivino? —ironizó—. Vaya, no me habías dicho nada.

—Sin sarcasmos, Madison —declaró furioso—, que ha sido un día muy largo y no pienso soportar tonterías.

La chica soltó aire despacio para controlar su propia furia.

—¿Y quieres que te cuente lo que ha pasado o…?

—Me quedo con el *o* —interrumpió, y le dio la espalda de nuevo.

Maddie soltó un improperio junto con un bufido de impaciencia.

—¡Eres desesperante! —gritó, furiosa.

—¿Yo? ¡Eso tiene gracia! —Se giró de nuevo a mirarla—. ¿Tienes idea de lo preocupadas que estaban mi hermana y mi madre?

La chica cruzó los brazos sobre el pecho, muy consciente de que él no se había incluido en el lote.

—Les pediré disculpas, pero me quedé sin batería en el móvil —explicó—, y cuando quise regresar a la casa, me di cuenta de que no tenía la dirección.

Se abstuvo de contarle que durante unos largos minutos había entrado en pánico sin saber qué hacer, sintiéndose totalmente perdida. Era una sensación angustiosa y que había vivido demasiado a menudo durante los primeros meses tras salir del hospital. Incluso aún llevaba en la muñeca una pulsera de plata que su padre le regaló con su número de teléfono grabado en el interior, por si necesitaba pedirle ayuda. El recuerdo de aquellos días la había paralizado por completo frente a aquel edificio de apartamentos, hasta que había encontrado la solución.

—Lo único que se me ocurrió fue parar un taxi y pedirle que me llevara a ZenithCorp —contó—, que por fortuna aparece en los GPS con ese nombre.

Mark la miraba con un gesto crítico.

—Algo que nunca habría pasado de no haber echado a Simon.

—¿Querías que me metiera en un barrio humilde en un Audi con chófer? —interrogó—. ¿Crees que alguien se habría parado a hablar conmigo?

—¿Eso significa que has sacado mucho en claro? —preguntó ahora con evidente sarcasmo —. Porque no hay un puñetero rastro de esa familia en ese edificio, así que no sé cómo te las has apañado.

—¿Sabías eso? —Frunció el ceño.

—Oh, sí, yo sé muchas cosas —murmuró abatido—, te aseguro que más de las que me gustaría.

—¡Pues podrías compartirlas conmigo! —se quejó—. Pero eres tan hermético como una puñetera almeja.

—¿Porque tú me tienes una confianza enorme? —Sonrió mordaz.

—Esto no va de mí.

—No, en eso tienes razón, esto no va más de ti —declaró irritado—. Te marchas a primera hora.

Maddie cruzó los brazos sobre el pecho intentando esconder la inexplicable desazón que sentía.

—¿Vas a echarme por haber preocupado a tu familia durante un rato? —preguntó con una mezcla de incredulidad y abatimiento.

Él apretó los dientes con fuerza, algo que no pasó desapercibido para ella.

—Voy a echarte porque no hay forma de que esto salga bien —aclaró Mark tras unos segundos.

—Pero…

—¿Por qué has llegado con Chris?

A Maddie la pregunta la pilló desprevenida.

—¿Qué?

—Él se ha marchado de la oficina antes que yo —repuso Mark—, no estaba en la empresa cuando has llegado.

—Ya, pero esta mañana me dejó su teléfono anotado en la agenda —casi titubeó.

—Cualquiera te habría conseguido el mío.

Maddie estaba un tanto desconcertada. Habría dado cualquier cosa por llamarlo a él y lanzarse a sus brazos nada más verlo, tras sentirse perdida por completo, pero ya le había dado demasiados problemas desde el mismo momento en que se conocieron. Primero en el avión, luego en la piscina…, eso por no hablar de cierto compromiso que ella misma había provocado. ¿Por qué no lo había llamado? Porque se sentía demasiado avergonzada y no quería darle más quebraderos de cabeza, como que tuviera que ir a recogerla. Pero no podía decirle aquello.

—Estoy esperando, Madison —insistió, ahora levantando más la voz—. ¿Acaso has considerado siquiera llamarme?

—¿Eso… te molesta?

—¿Que la que se supone es mi prometida prefiera llamar a otro frente a cualquier problema antes que a mí? —ironizó—. ¡No! ¿Por qué iba a molestarme quedar como un paria delante de todos mis empleados?

—Estás exagerando.

—No, Madison, esto demuestra que toda esta pantomima del falso compromiso no puede salir bien —aseguró.

—¡Eso es una tontería! —se exaltó—. Pero claro, para eso ambos tenemos que poner de nuestra parte, si tú no estás dispuesto…

—¿Tú sí?

—Ya me comprometí, ¿no?

—No creo que te hayas parado a pensar en lo que puede implicar todo esto —se reiteró.

—No soy imbécil, Mark, entiendo lo que supone.

—¿De veras? —Sonrió con cinismo—. ¿Y crees poder fingir tanto?

—Soy una gran jugadora de póker. —Alzó el mentón.

—¿Sí? Vamos a comprobarlo. —Recortó la distancia hasta ella—. A ver qué pasará cuando tengas que llevar nuestra farsa al extremo.

Sin más, tiró de ella, la arrastró a sus brazos y asaltó su boca con avidez sin un ligero titubeo.

A Maddie ni siquiera le dio tiempo a decidir si quería resistirse. Cuando quiso darse cuenta, la lengua de Mark arrasó su boca y algo ocurrió en ella de forma irrevocable que hizo estallar su mente, algo que iba a cambiar su mundo de nuevo para siempre. Incapaz de razonar, la lujuria se apoderó de cada fibra de su ser, como no recordaba haberla sentido jamás, mientras devoraba aquella boca con la misma intensidad que parecía enloquecerlo a él. Un deseo sexual apasionado, caliente y poderoso ardió en sus venas, sofocándola, robándole toda capacidad de raciocinio.

Oh, Dios, ¡aquello era el paraíso!

Sin dudarlo, Maddie se ofreció a él como si llevara toda su vida esperando aquel beso dulce y abrasador. Sintió que temblaba entre sus brazos y se balanceó contra él deseando más, mucho más que solo un beso. Deseaba a Mark al completo, anhelaba pertenecerle por entero y que él la besara, la acariciara, la poseyera… Si la hubiera tumbado en el suelo en aquel mismo instante, no habría protestado.

Mark giró con ella entre sus brazos y la acorraló contra el árbol más próximo mientras continuaba devorándola casi sin control. Cuando sus manos descendieron a su trasero y la atrajo contra la evidencia de su deseo, Maddie estuvo a punto de enloquecer y exhaló un gemido ronco, que, para su consternación, fue el principio del fin.

—Dios, esto es un problema por donde quiera que lo mires —lo escuchó decir sobre su boca mientras parecía hacer un esfuerzo considerable para dejar de besarla, pero Maddie aún no estaba preparada para entender sus palabras.

—Mark…

—No —susurró.

Maddie ni siquiera prestó atención. Volvió a beber de sus labios sin pararse a pensar en lo que hacía. Él claudicó y profundizó de nuevo con la lengua en su boca durante unos segundos, pero la lucha interna era ya demasiado intensa. Terminó profiriendo un grito de impotencia al tiempo que la soltaba y ponía distancia entre ellos. La miró con un tormento escrito en sus ojos grises, que Maddie no pudo ver por culpa de la oscuridad que los amparaba, y con las palabras era tan fácil fingir…

—Mañana regresas a Chicago —decretó con frialdad, pero con una ronquera que no pudo disimular del todo.

Para Maddie aquel comentario fue como recibir una bofetada. La dolorosa sensación de desolación que se apoderó de ella la cogió desprevenida. Sabía que lo único que podía hacer era recurrir a la indignación, algo que no le resultó sencillo.

—¡Eres un hipócrita! —le dijo intentando sonar fría—. Sabes que acabo de demostrarte que no tengo problema con… —carraspeó.

—¿Con el sexo? —Él arqueó las cejas y la miró con un gesto crítico—. ¿Estarías dispuesta a tanto?

Maddie sintió que la vergüenza la embargaba mientras su pelvis aún sufría estragos por la vorágine de deseo que la había asolado. Sentir aquella dureza contra su abdomen mientras saboreaba su boca era una de las sensaciones más increíbles que recordaba haber vivido.

—Me refería a besarte. —Se aclaró la voz.

—¿A ti eso te ha parecido un simple beso? —La miró con intensidad.

«No lo sé, ¿podemos probar de nuevo?». Eso era lo único que quería decirle, pero estaba demasiado herida; así que cruzó los brazos sobre el pecho y declaró:

—Veamos, boca contra boca… —fingió valorarlo—, pues sí, en mi pueblo se le llama beso a eso, mira tú, ¿cómo lo llamáis en Boston?

—En Boston terminamos ese tipo de besos en posición horizontal —casi susurró.

«Joder, me siento bostoniana ahora mismo».

—Pues ¡qué listos! —repuso abochornada—. Pero creo que pecas de optimista, en Chicago nos cuesta un poco más adoptar esa postura.

—Hace un momento no he tenido esa sensación.

Maddie tragó saliva.

—Solo te demostraba que puedo fingir todo lo que quiera. —Lo miró con un gesto desafiante, rogando para que se lo tragara.

No coló.

—¿Fingir? —Sonrió con cinismo y avanzó hacia ella con una evidente arrogancia.

A Maddie le costó un triunfo no mover una sola ceja. Sentía los alocados latidos de su corazón palpitar con fuerza en las sienes. El árbol que aún tenía tras ella le impedía recular, pero sabía que de poder hacerlo tampoco se habría movido.

Mark llegó hasta ella muy despacio y apoyó una mano sobre su cabeza, acorralándola contra el árbol, tal y como había hecho aquella misma mañana en el hall de la empresa.

—Así que eres buena fingiendo —murmuró a escasos centímetros de su boca. Miró sus labios con intensidad y regresó a sus ojos—. ¿Quieres que… finjamos un rato más, Madison?

La chica guardó silencio sin poder apartar los ojos de los suyos. Moría por volver a besarlo, no podía negarlo, pero tenía demasiado claro que él estaba jugando con ella.

—Yo no necesito más comprobaciones —se obligó a decir.

—Muy hábil —repuso mordaz, y acercó la boca a su oído para susurrar—, quedarías fatal cuando te tumbara en el suelo.

Aquel susurro la estremeció de la cabeza a los pies y contuvo la respiración. No pudo evitar evocar el sueño que la trasportaba cada noche a su único recuerdo del pasado y se sintió fatal, como si estuviera traicionando al hombre que le entregaba su corazón cada madrugada y que tenía la llave del suyo.

Con pesar, empujó a Mark con firmeza y se escabulló de su lado para poner distancia. Lo deseaba tanto que se sentía mareada, a pesar de la confusión.

Él la miró ahora con un gesto serio.

—Hablaré con Chris —le dijo con frialdad—. Ya que prefieres tratar con él, le pediré que sea él mismo quien te lleve a la estación.

—¿Qué?

—Doy por supuesto que prefieres el tren al avión.

¿Cómo podía sonar tan frío? Maddie ya no se sintió con fuerzas para protestar, dudaba incluso de que la voz le saliera del cuerpo. Si él quería que se fuera, eso haría, no añadiría una palabra más.

—Sí —se forzó a decir con un hilo de voz.

—Bien —murmuró él casi entre dientes—. Perfecto, no tendremos que volver a vernos desde este mismo momento.

Ella asintió.

—Respetaré vuestro contrato de alquiler actual durante los próximos dos años —declaró—. Y, por supuesto, te pagaré bien estos días de trabajo.

Volvió a asentir.

—Entonces está todo dicho —terminó Mark—. Buen viaje.

Una vez más, Maddie fue incapaz de hablar. Los ojos le escocían del esfuerzo que estaba haciendo para no llorar.

«Adiós, Stendhal», concedió dentro de su cabeza apretando los dientes con fuerza, y tuvo que centrarse en las inmensas ganas que tenía de abrazar a su pequeño para poder soportar la inexplicable tristeza que inundaba su alma.

∞∞∞

Cuando Mark entró de nuevo en la casa, pasó ante todos sin mirar a nadie. En aquel momento no soportaría una sola recriminación, pero tenía cosas que concretar y debía hacerlo antes del bajonazo que llegaría, sin duda, no tardando.

—¿Me acompañas al despacho? —le pidió a Chris.

En silencio, ambos se alejaron juntos del salón y no pronunciaron palabra hasta que estuvieron a puerta cerrada.

—Creo que te has pasado un poco —recriminó Chris de inmediato.

—Me da igual.

—Joder, Mark, si no puedes comportarte con algo de normalidad…

—Pues no, parece que no puedo —aceptó, intentando hablar con calma—. Tenías razón desde el principio. Ella no debería estar aquí, me equivoqué.

Su amigo lo miró un tanto sorprendido.

—Bueno, pero una vez hecho…

—Se va mañana —interrumpió—. Necesito que la acerques a South Station, no le gusta volar. Sácale un billete a Chicago y asegúrate de que se sube al tren.

Chris se quedó perplejo y lo observó en silencio unos segundos.

—Acabamos de anunciar el compromiso —le recordó.

—Lo sé —soltó aire con fuerza—, déjalo estar sin más comunicados. Todos los periodistas se han marchado ya, es posible que la noticia termine muriendo sola.

—Mark…

—Puedes irte.

—No me jodas, hombre.

—Mañana hablamos.

—No pienso moverme de aquí. —Lo miró preocupado.

—Chris…

—Explota ya.

Mark no intentó desmentir aquello, ya no tenía fuerzas.

—Quiero estar solo cuando lo haga —se limitó a decir en un hilo de voz.

—¿Podemos valorar todo esto mañana con más calma? —insistió—. Seguro que en unas horas lo verás todo desde otro prisma.

Mark se metió la mano en el bolsillo del pantalón y le tendió a su amigo la carta que había llegado aquella misma tarde. Chris abrió los ojos como platos mientras la leía.

—Un mensajero la ha traído hace unas horas —contó Mark.

Chris lo observó con preocupación.

—Entiendo, por esto estabas tan nervioso.

Mark se dejó caer en el sofá con un gesto de desespero.

—Me ha vuelto a faltar el aire mientras la esperaba, Chris —admitió—. No puedo volver a pasar por eso, no lo soportaré de nuevo. Y es obvio que alguien está más que al día de todos nuestros movimientos.

—¿Y qué vas a hacer? —casi susurró—. ¿Vas a… involucrar a la policía?

Mark negó con un gesto. Aquella pregunta era mucho más complicada de lo que parecía e implicaba demasiado.

—Pero esto es una amenaza en toda regla —se reiteró Chris.

—Lo sé, por eso ella debe irse. —Se le quebró la voz—. Se acabó, dejemos el pasado justo donde debe estar, de una vez por todas.

—Ya —sonó incrédulo, pero no dijo una palabra más.

Mark lo miró con los ojos cargados de dolor.

—Y ahora, ¿puedes dejarme un rato a solas para que pueda encajarlo? —rogó—. Tengo un pasado que enterrar.

—Con whisky —entendió Chris con pesar.

Mark no lo corrigió.

Capítulo 17

Maddie hacía su maleta con una inevitable tristeza que se esforzaba por no analizar. A pesar de ser toda una experta en vaciar su mente para no pensar en sus problemas, en aquel momento le estaba costando más de lo habitual.

Se había excusado con Rachel para no bajar a cenar, incapaz de enfrentarse a Mark de nuevo.

«No tendremos que volver a vernos desde este mismo momento», había dicho él como el que habla del tiempo. Pues que así fuera, pero la mezcla de furia y desolación la superaba más a menudo de lo que debería. Para colmo, aquel maldito beso aún mantenía su cuerpo en ebullición y tenía que apartarlo de su mente cada cinco minutos, junto con esa parte de su memoria que le recordaba casi a gritos que él también la había deseado, que no todo había formado parte de su absurda lección. Había cosas imposibles de disimular, como… aquella parte de él que había sentido con absoluta claridad entre sus piernas. Se mareaba de deseo solo con pensarlo.

Para rizar el rizo, su pequeño dormía ya cuando llamó, sin que ella hubiera podido darle las buenas noches.

Superada por sus emociones, terminó sentándose en la cama con cierto abatimiento.

«Al menos he conseguido una prórroga en el contrato de alquiler», se dijo, intentando animarse, pero, por alguna extraña razón, aquello no la consolaba.

«¿Qué narices me has hecho?», suspiró, cerrando los ojos para imaginar los de Mark. Sintió tal oleada de excitación que volvió a ponerse en pie con premura. La intensidad de sentimientos que él le provocaba la desconcertaba. Debido a su falta de recuerdos, no podía compararlo con nadie más, pero le resultaba casi imposible creer que pudiera haber deseado a otro de la misma desproporcionada manera. Pero… había amado una vez, con intensidad, de eso estaba segura, y en aquel momento daría cualquier cosa por poder recordarlo y que aquello amortiguara un poco los sentimientos que la estaban enloqueciendo.

Unos golpes a la puerta la sobresaltaron. Su corazón se encabritó sin remedio. ¿Era posible que él hubiera cambiado de opinión?

—Madison, te traigo algo de cenar —escuchó desde el otro lado de la puerta.

No era él, sino Lindsay.

Cuando abrió, la chica sujetaba una bandeja con una sonrisa.

—Hattie supuso que tendrías hambre y te preparó esto —contó, colándose en la habitación sin ser invitada.

Maddie la siguió al interior.

—¿Esto salió de la señora Danvers? —sonó sorprendida.

—Ella te aprecia.

—Qué chistosa.

—Es en serio.

—¿Y qué se supone que aprecia en mí —bromeó—, mi capacidad para sacarla de quicio?

Lindsay la miró ahora con un gesto algo más serio y dijo lo último que Maddie esperaba oír.

—Haces reír a mi hermano.

Aquello la dejó muda.

—Y eso es algo muy difícil de conseguir —insistió— desde hace mucho tiempo.

Maddie recordó el desayuno de esa misma mañana y estuvo a punto de romper a llorar. Parecía que hacía un siglo de aquello.

—Come algo, por favor —pidió Lindsay, observándola con atención.

Pero aquello sería imposible. En ese momento sentía el estómago revuelto.

Lindsay paseaba por la habitación, en silencio, con un gesto ausente, y Maddie no se encontraba con fuerzas para hablar sin venirse abajo.

—Me ha sorprendido mucho saber que estabas en esta habitación —comentó Lindsay, mirándola ahora de frente.

—Al parecer, era la única que estaba preparada cuando llegamos de improvisto —explicó—. Me pareció entender que antes era de tu hermano.

La chica asintió y le costó unos segundos decidirse a decir:

—Mark se cambió a otra cuando… ella falleció.

—Ah, entiendo.

—Supongo que la compartieron demasiadas veces y los recuerdos lo destrozaban.

Maddie asintió, sin poder decidir si prefería pedirle que se callara o seguir escuchando. Aquello no sonaba a orgullo. ¿Quería realmente saber más?

—¿Tú y tu madre la conocisteis? —se encontró preguntando.

—No en persona —confesó—. Hattie, mi madre y yo estábamos de viaje por Europa al inicio de su relación, y cuando regresamos, ya no hubo tiempo de presentaciones —suspiró—. Dios, ¡fue tan feliz durante unos meses! Recuerdo que cuando Mark fue a vernos a Osterville a nuestro regreso, no nos costó sonsacarle a qué se debía el intenso brillo de sus ojos. —Miró a Maddie ahora con una sonrisa triste—. Jamás olvidaré la felicidad que desprendía por cada poro de su piel aquel día. Recuerdo haber deseado que la vida me concediera la dicha de conocer a alguien algún día a quien poder amar de la misma manera, alguien que me hiciera sentir así, brillar así.

Maddie no quería seguir escuchando, empezaba a no encontrarse bien, pero no intervino.

—Aquel día, desde el momento en el que nos confesó que había alguien en su vida, toda la conversación giró en torno a ella —rememoró—. Mi madre y yo nos reímos de él entre bromas, ¿sabes?, porque de repente parecía que todas las frases que decía empezaban por un Maddie esto, Maddie lo otro…

Aquello fue como una puñalada para la chica, que tuvo que controlarse para que Lindsay no se diera cuenta.

—¿Él… usaba ese diminutivo? —Casi se le atragantaron las palabras.

—Sí, de hecho, jamás lo escuché llamarla Madeline.

Maddie no pudo evitar rememorar cierta conversación mantenida frente al avión, apenas un día antes.

—*…puedes llamarme Maddie, si quieres*.

—*No quiero*.

—*Todo el mundo me llama así, no te considero especial. Es un diminutivo de mi nombre*.

—*No soy yo hombre de diminutivos*.

Aquella conversación tomaba ahora un cariz muy diferente.

La punzada de dolor que sintió en el pecho la cogió desprevenida. Aun así, no dijo nada. Por algún tipo de macabro masoquismo, necesitaba conocer el resto de la historia.

Lindsay tenía los ojos acuosos ahora.

—Dios, daría lo que fuera por volver a ver ese brillo en sus ojos —declaró—. Incluso le pidió a mi madre el anillo de compromiso de mi abuela, ¿sabes?

—¡Oh!

—Sí, quería casarse cuanto antes —confesó, y se le quebró la voz al añadir—: Qué diferente fue aquel día de… la siguiente vez que lo vimos.

—¿Cuando ella se fue?

—No, antes de eso tuvieron una discusión muy fuerte —explicó la chica—, Mark nunca nos dijo el motivo, pero lo tuvo durante días dando tumbos por la casa, desesperado —contó—. Claro que aquello nos pareció jauja cuando todo se complicó. —Cogió asiento ahora en la cama y soltó un improperio—. Ella se marchó y dejó una carta que fue como una puñalada trapera.

—La he leído.

—¿Y se puede ser más hija de puta? —se lamentó, y pareció apenada—. Lo siento, no me gusta hablar mal de los muertos, ella pagó su engaño con creces, la vida se encargó de eso —repuso con cierta tristeza—, pero mi hermano no se merecía nada de todo aquello.

—Fue duro, entiendo.

—¿Duro? Eso no alcanza para definirlo —afirmó, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mark habría podido vivir con la rabia del engaño, pero su muerte lo destruyó —casi musitó—. Pasó tres meses enteros borracho, Madison, sin apenas tenerse en pie. No comía, solo dormía cuando el alcohol lo tumbaba del todo, no salía de casa ni para ir a trabajar… Dios, no quiero ni acordarme de aquello.

—Pero salió adelante —le recordó Maddie, intentando controlar sus propias lágrimas.

—Dejó de beber, sí —suspiró—, porque faltó muy poco para que perdiera la presidencia de ZenithCorp, pero a cambio se centró en el trabajo de tal forma que jamás hace nada más que eso desde entonces, catorce o dieciséis horas al día.

—Oh, yo… —se limpió una lágrima traicionera que resbaló por su mejilla—, lo siento.

Maddie estaba muy impactada. Aquello era mucho peor de lo que había supuesto.

—Nunca se ha recuperado, Madison —admitió con pesar—. No ha sido el mismo desde entonces, yo diría que jamás lo he escuchado reír a carcajadas con la misma intensidad, bromear, vivir, sentir… —Dejó correr sus lágrimas—. Mi madre estaba convencida de que con el tiempo se curaría y se daría otra oportunidad, así que decidimos que Hattie se quedaría con él hasta que eso ocurriera, y de paso podría asegurarse de que estaba bien, pero han pasado más de dos años.

Lindsay la miró ahora con un gesto mezcla de angustia y esperanza.

—Cuando Hattie nos habló de ti, creímos que quizá tú podías ser el milagro que estábamos esperando.

—¿Yo? —Sonrió con amargura—. Llamarme milagro a mí es como una broma pesada.

«Los médicos habían usado aquella palabra para definir el haber sobrevivido a su accidente y el posterior nacimiento de Leo, pero su mente se rebelaba cada vez que la escuchaba. No había milagro alguno en no saber quién eres, en no tener pasado, por mucho que quisiera engañarse a veces y fingirse afortunada y feliz. En todo caso, el milagro estaba en lograr continuar adelante con cierta estabilidad emocional y un mínimo de ganas de luchar.

Comprobó el gesto de curiosidad con el que Lindsay la miraba y habló antes de que comenzaran las preguntas.

—Siento lo defraudadas que debéis estar —le dijo con tristeza—, pero tu hermano apenas me tolera.

La chica sonrió.

—Hay que estar muy ciego para no ver cómo te mira —opinó Lindsay—, por mucho que quiera ocultarlo.

Maddie abrió mucho los ojos por la sorpresa y su corazón se aceleró, pero se regañó de inmediato. Se obligó a no preguntar, aunque sí se le ocurrió algo.

—Aunque no sea la persona que puede lograr ese milagro —murmuró casi para sí—, quizá sí puedo ayudar un poco.

—¿Cómo?

Maddie valoró un poco más lo que estaba a punto de proponerle y terminó diciendo:

—Quizá puedo ayudarlo a recuperar la fe en el amor —sugirió—. Si le demostramos que la traición no siempre forma parte del lote, quizá le dé otra oportunidad.

Resultaba curioso, porque ella misma era incapaz de creer en un amor de pareja para toda la vida. Para ella, el hombre era infiel por naturaleza, a pesar de no saber ni entender el porqué de que aquella certeza estuviera tan arraigada en el fondo de su alma.

—Y ¿cómo piensas lograr algo tan difícil? —se interesó Lindsay.

—Exonerando a Madeline.

La chica se incorporó en la cama como impulsada por un resorte.

—¿Perdona?

—Escúchame con atención…

∞∞∞

Casi cerca de las once de la noche, Maddie decidió bajar a dar un paseo por el jardín. Necesitaba despedirse de aquel apacible rincón que había conseguido despertar recuerdos dormidos en su memoria, aunque fueran breves. Si cerraba los ojos, aún podía ver con total claridad el precioso colgante, junto con aquel momento especial. Se detuvo cerca de la piscina y lo rememoró:

—*¿Te gusta? Tú te quedarás el corazón y yo la llave* —sugería la voz del hombre mientras sus masculinas manos separaban el collar en dos partes—. *Juntas simbolizan un amor para toda la vida…* —el dulce beso la transportaba al paraíso—. *Jamás volveré a darle mi corazón a ninguna otra.*

—*Y solo tú tendrás la llave que abre el mío.*

Abrió los ojos y no pudo contener las lágrimas. En aquel momento daría lo que fuera por recordar a quién pertenecían aquellas manos, quizá así podría dejar de suspirar por un hombre que jamás podría amarla.

Y es que tenía sentimientos contradictorios con respecto a todo lo que Lindsay le había contado. Por alguna razón que no lograba entender, sentía el dolor de Mark como propio y daría lo que fuera por poder consolarlo un poco, pero al mismo tiempo le aterraba sentirse así. Sabía que alejarse de él era lo más sabio que podía hacer por su ya de por sí frágil cordura, pero al mismo tiempo deseaba intentar devolverle algo de paz.

Con una tristeza apenas consolable, paseó alrededor de la piscina durante un rato, consciente de que, si se detenía o se alejaba de la luz, su aversión a los insectos se dispararía sin control, impidiéndole disfrutar del lugar. Ya no se sentía del todo a salvo en aquel remanso de paz. Su subconsciente le jugaba en contra, aunque siguiera manteniendo oculto para ella el momento exacto en el que se generó aquel trauma.

Miró hacia los ventanales de la casa preguntándose cuál de ellos sería el de Mark y si él ya estaría dormido. Lindsay le había contado que no había salido del despacho ni para cenar, pero era posible que ya estuviera en su alcoba.

Para evitar seguir haciéndose preguntas, entró en la casa dispuesta a intentar dormir, pero el ruido de algo cayendo al suelo con estrépito le llamó la atención. Parecía haber salido de la cocina.

Con curiosidad, caminó hasta allí, pero se extrañó al encontrarla vacía. Cuando iba a regresar al salón, una rendija de luz proveniente de una puerta entornada le llamó la atención. ¿No era aquel el despacho de Mark?

Caminó hasta allí, empujó la puerta despacio intentando no hacer ruido y posó sus ojos sobre el hombre que parecía dormitar en el pequeño sofá que vestía un lateral del amplio despacho.

Mark estaba tumbado bocarriba, y Maddie localizó una botella de Jack Daniels tirada en el suelo, que al caer parecía haber sido la causa del estrepitoso ruido que la había llevado hasta allí.

Se acercó a recogerla y la examinó con atención. Quedaba apenas un trago en ella. Si estaba entera cuando él había comenzado a beber… Lo miró ahora con preocupación, sorprendiéndose al toparse con sus ojos grises, que la observaban con atención.

—Eres… un fantasma —susurró Mark, arrastrando las palabras.

—¿Eso te parezco?

—Sí, una aparición —musitó—, que jamás creí posible.

Soltó un suspiro.

—Bella como ninguna otra, pero… etérea e inalcanzable.

La mayoría de las palabras las arrastraba y a ella le costaba mucho trabajo entenderlas; además, tampoco tenía ni idea de qué decirle. Intentar razonar con alguien que lleva una botella de Jack Daniels en las venas era una pérdida de tiempo.

—Tienes que irte a la cama, Mark.

—Claro, sí, en cuanto la habitación deje de dar vueltas.

—Vamos a intentarlo, te ayudo.

—No quiero tu ayuda.

—No seas crío. —Le tomó las manos e intentó tirar de él

—¿Piensas llevarme en brazos? —interrogó entre dientes—. Sé que eres capaz de muchas cosas, pero déjame decirte… que con esto pecas de optimista.

Maddie no pudo evitar sonreír con ternura. Sus ojos soñadores la miraban ahora con atención y comenzaban a incomodarla. Insistió de nuevo en tirar de sus manos y esta vez él permitió que lo ayudara a sentarse.

—Tendrás que poner de tu parte —le dijo, mirándolo desde arriba—. ¿A la de tres?

—Yo no…

—Sí, ya, se me olvidaba que jamás cuentas hasta tres —interrumpió.

Él le regaló una sonrisa perezosa.

—Pues tú dirás —resopló Maddie—. ¿A la de ya?

—No sé si puedo levantarme de aquí a la de nada —admitió, y recorrió su cuerpo de arriba abajo con la mirada—. ¿Tú no tienes pijamas normales?

—¿Perdona?

—Con pantalones… y eso.

Maddie se miró las piernas desnudas que asomaban bajo la chaqueta que llevaba sobre el camisón.

—Vamos a intentar ponerte en pie —ignoró el comentario.

—Es que para mí todo sería mucho más fácil si llevaras pantalones —murmuró.

La chica se limitó a resoplar sin pararse a valorar el comentario.

—Vamos, ¡ahora!

Ella tiró de sus manos, él dio un impulso y consiguió ponerse en pie, el problema fue que no logró mantenerse más de tres segundos. Volvió a caer en el sofá, esta vez arrastrando a Maddie con él, a la que aún se sujetaba. La chica cayó en su regazo, perdiendo ya la cuenta de las veces que se había visto en aquella situación.

—Esto no puede ser verdad —murmuró Maddie entre dientes. Y, para su asombro, Mark rompió a reír a carcajadas, contagiándola al instante—. Esta vez ha sido culpa tuya. —Le apuntó con un dedo.

—Oh, venga, los dos sabemos que aprovechas cualquier oportunidad para acurrucarte conmigo.

—Sí, claro, ¡qué más quisieras!

—Ay, si yo te contara lo que quiero… —musitó, mirándola ahora con intensidad.

Maddie se perdió en sus ojos, que brillaban como nunca, supuso que por culpa del alcohol, y lo deseó con absoluta desesperación. Asustada de sus propios sentimientos, intentó incorporarse.

—¿Por qué tanta prisa? —interrogó él, impidiéndole escapar.

—Mark, déjame.

—¿Y si no quiero?

—Estás borracho.

—Sí, lo sé —murmuró—, lo cual anula por completo mi capacidad de contención —le miró la boca con anhelo—, porque creo… que he llegado a mi límite.

—Mark… —Se revolvió entre sus brazos.

—Míralo por el lado bueno… —sonrió, jugando con un mechón de su pelo—, es muy posible que mañana por la mañana no me acuerde de nada.

—¿Y dónde me deja a mí eso? —protestó.

—De momento en mis brazos —susurró—, que es justo donde debes estar.

Maddie sabía que solo tenía que moverse deprisa para ganarle la partida y poder levantarse, pero se sentía tan bien justo donde estaba…

—Mark…

—Ya no puedo más, dulzura —declaró, atrayéndola del cuello hacia su boca—, terminaré enloqueciendo si me sigo resistiendo.

Un segundo después la besaba como si llevara toda la vida esperando aquel momento, y Maddie, una vez más, era incapaz de resistirse a él; porque si Mark estaba embriagado por el alcohol, ella lo estaba de deseo, un deseo que ardía en sus venas como fuego líquido, el mismo que sentía entre sus piernas.

Saboreó la dulzura del whisky en su boca a conciencia, enredando su lengua con la de Mark en una danza que jamás se cansaría de bailar. Cada poro de su piel anhelaba sus manos, algo que él no tardó en concederle mientras seguía besándola cada vez con más intensidad.

—Dios, te deseo tanto… —murmuró él sobre sus labios, al tiempo que sus manos ascendían por sus piernas desnudas hacia el resto de su cuerpo para desabrochar la chaqueta.

—Esto no… debería pasar —jadeó Maddie, paradójicamente al mismo tiempo que acomodaba la postura para darle mejor acceso a toda ella—. Tú no… estás bien. —Parte de su conciencia quería detenerlo, pero era incapaz de renunciar a la deliciosa sensación que inundaba sus sentidos y la asolaba por dentro. Mientras lo besaba de nuevo con ardor, sintió la mano masculina colarse por dentro de su chaqueta y recorrer su cuerpo por encima de la fina tela del

camisón, hasta coronar sus pechos. Ambos soltaron un gemido de deleite cuando Mark cerró la mano sobre uno de ellos, que parecía estar hecho a medida para él.

—Eres tan hermosa y hueles tan bien… —murmuró, centrándose ahora en besar y lamer la cara interna de su cuello mientras no dejaba de acariciarla; después ascendió hasta el lóbulo de su oreja—. Me enloqueces…, Maddie, te deseo tanto…, poder tocarte de nuevo es el paraíso.

Una sensación de alerta asaltó la mente de la chica, pero estaba tan entregada a sus emociones que tardó en identificarla, aunque le rompió el alma cuando él continuó…

—Maddie, oh, Maddie…, te he soñado tanto…

Aquellas palabras fueron para la chica como un certero latigazo sobre la fina piel y le arrancaron una inevitable exclamación de dolor, convirtiendo de un plumazo el cielo en el infierno más insoportable.

Conmocionada, intentó incorporarse, pero Mark protestó.

—¿Qué te pasa? —sonó enronquecido por completo.

—Suéltame —rogó.

—Pero ¿qué…?

Las lágrimas pugnaban por salir, necesitaba alejarse de él antes de derrumbarse del todo.

—Déjame, no quiero esto.

En cuanto pronunció aquellas palabras, él abrió los brazos y la dejó salir. Maddie se puso en pie de inmediato.

—¿Podemos hablarlo? —rogó Mark.

Sonaba confundido, pero Maddie no sabía si era por su actitud o por el alcohol, y tampoco estaba dispuesta a preguntar, ni siquiera era capaz de mirarlo.

—Es mejor olvidarlo —suplicó. Claro que era probable que para él aquello no fuera un problema y al día siguiente ni siquiera recordara su paso por el despacho, pero, mucho se temía, que a ella aquella noche iba a perseguirla durante un largo tiempo.

Haciendo un claro esfuerzo, Mark se puso en pie, aunque se tambaleó un poco.

—No te vayas así —rogó.

El tono de su voz provocó que Maddie se girara a mirarlo a los ojos, donde encontró el mismo infierno que ella sentía en su interior.

La chica tragó saliva y con ella las lágrimas que pugnaban por salir.

—Ni siquiera tengo claro si ahora mismo sabes quién soy.

Él le sostuvo la mirada durante unos largos segundos, y Maddie pudo leer en sus ojos el dolor y la desolación como en un libro abierto.

—Eres… la última mujer en el mundo a la que debería tocar —se dejó caer en el sofá de nuevo y susurró casi para sí—: y la única a la que deseo.

Aquella frase solo consiguió confundirla más. ¿Pensaba él desde un principio que hablaba con Madeline? ¿Por eso todo aquello de la aparición etérea e inalcanzable? Se enfermó solo de pensarlo, pero en el fondo ¿qué más daba desde cuándo él estaba confundido, si estaba claro que era a Madeline a quien creía besar hacía un momento?

Lo vio tumbarse en el sofá y regresar a la misma postura en la que lo había encontrado. Lo miró con una mezcla de ansiedad, angustia y preocupación por tener que dejarlo allí en aquel estado.

—Lárgate de aquí, Maddie —exigió ahora en un tono helado—, al fin y al cabo, irte es lo que mejor se te da.

El llanto inconsolable que provocó aquel último comentario, por todo lo que implicaba, no cesó hasta bien entrada la madrugada, cuando al fin cayó rendida al sueño; un sueño… que

tampoco fue como siempre. Aquella noche no obtuvo el consuelo de los brazos que la habían acompañado durante tanto tiempo, ni el suave susurro de aquella voz al oído que le prometía un amor para siempre, solo sufrió la pesadilla que surgía tras el abrazo, la angustia, el dolor, el insoportable sentimiento de pérdida. Terminó despertándose, encharcada en sudor, con una de las peores sensaciones que había sentido nunca. La angustia que anidaba en su pecho resultaba insoportable sin equilibrarla con la paz que debía consolarla antes.

—Un corazón, un amor, una llave —murmuró abatida, necesitaba escuchar aquel mantra al oído cada madrugada para poder soportar su día a día.

Solo esperaba… que Mark y sus sentimientos por él no le hubieran robado aquello para siempre.

Capítulo 18

Cuando Mark entró en el salón donde tendría lugar la celebración por el veinticinco aniversario de la empresa, se sintió tentado de dar media vuelta y desaparecer. En aquel instante, se arrepintió con toda su alma de haber permitido que su madre lo convenciera para continuar adelante con la fiesta. Era cierto que habrían quedado muy mal cancelando un evento que ya se había, pero para él, aquella fiesta no tenía ningún sentido desde que el motivo principal por el que se había ideado se había subido en un tren y alejado de su vida.

—¿Hemos hecho o no un trabajo increíble en cuatro días? —interrogó Lindsay llegando hasta él con una sonrisa radiante, justo cuando estaba valorando muy en serio largarse sin ser visto.

Mark se obligó a sonreír y besó la mejilla de su hermana.

—Estás preciosa, Linny.

—Gracias.

—Y sí, tengo que admitir que esto es impresionante. —Miró a su alrededor.

El salón cafetería que los trabajadores usaban a diario para comer lucía espectacular y no parecía el mismo de siempre. Se habían colocado luces cálidas en las paredes para darle un ambiente mucho más acogedor, dejando una zona justo en el centro, donde un candelabro especial arrojaba una luz diferente para conseguir un efecto que aparentara una improvisada pista de baile. La música de fondo sonaba tenue en los extremos, pero perfecta en el centro para deleite de los más bailarines. Las paredes estaban adornadas con cortinas de terciopelo y espejos decorativos, creando un espacio lujoso y espacioso. Se habían dispuesto mesas alrededor, decoradas con centros de flores y velas, y sillas forradas con colores ricos y profundos, por si alguien quería o necesitaba tomar asiento, aunque no era una cena al uso, sino una mezcla de coctel y buffet, que buscaba que la gente estuviera activa.

Mark miró a su alrededor con una expresión un tanto apática. Sabía reconocer un gran trabajo cuando lo veía, y tanto su hermana como su madre se habían lucido allí, y habían sabido crear un espacio elegante y romántico que invitaba a la celebración, el problema era que él no tenía nada que celebrar.

Su madre y Chris llegaron ahora hasta ellos, y Mark volvió a obligarse a sonreír y agradecerle a la mujer el esfuerzo.

—Casi todos los trabajadores están ya aquí —contó Chris—, y creo que acabo de ver entrar a Harold.

Mark asintió con desgana.

—¿Podrías fingir que esto te agrada un poco? —rogó Rachel, colgándose de su brazo—. Estamos celebrando algo importante.

—Lo sé, pero no me encuentro muy bien.

—Llevas así varios días.

—No es verdad.

La mirada acusatoria de su madre lo desesperó.

—¡Deja de molestarme con lo mismo, mamá!

—No he abierto mi santa boca. —Se encogió de hombros, y murmuró—. Cualquiera se atreve a hablar, menuda te las gastas últimamente.

Mark arqueó las cejas y la miró con un gesto irritado.

—No sé si te entiendo.

—Sabes que estás insoportable, hijo —se quejó—. Comprendo que no quisieras involucrarte en los preparativos de la fiesta, pero es que no se te puede hablar de nada.

—No se me puede hablar de lo que tú pretendes hablarme todo el tiempo. —La miró enfadado.

—Todo el tiempo no, solo una vez, pero no me has dejado.

—Es que no es asunto tuyo.

—Cualquier cosa que te altere tanto es asunto mío —opinó Rachel.

—Yo no estoy alterado —protestó, molesto—. Ella no tiene capacidad para alterarme lo más mínimo.

Rachel sonrió mientras lo veía apretar los dientes con fuerza.

—Siento que os molestara tanto que Madison se fuera, mamá —insistió—, pero sus servicios ya no eran necesarios.

—Llevo aquí veinte minutos y ya me han preguntado tres veces por tu prometida —expuso la mujer.

—Limítate a decir lo que hemos acordado —declaró—, que ha tenido que viajar para ver a su padre en el hospital y no podrá llegar a tiempo a la fiesta.

Rachel suspiró:

—Habría estado tan hermosa vestida de gala… —Miró a su hijo—. Es una mujer con una belleza asombrosa, ¿verdad?

—Nunca me he fijado —repuso Mark con acritud.

—Tampoco te pases, amor, que se trata de que me lo crea. —Sonrió la mujer y señaló—. Mira, ahí están Harold y Ava.

Mark soltó aire muy despacio, intentando contener sus emociones. Lo último que necesitaba era escuchar hablar de Madison, de lo hermosa que habría estado aquella noche y de cómo… habría iluminado hasta el último rincón de aquel salón con su sonrisa.

«Dios, necesito una copa», se dijo, tirándose un poco de la corbata, comenzando a agobiarse mucho.

Harold y Ava Turner llegaron hasta ellos. El matrimonio lucía una sonrisa franca, como era habitual.

—¡Has hecho una maravilla con este sitio! —exclamó Ava mirando a Rachel tras los saludos iniciales—. Casi no lo reconozco.

—Gracias, aprendí mucho de cierta diseñadora amiga mía. —Rio la mujer.

Muchos años atrás, cuando Rachel había llegado a la familia y solo era una humilde secretaria, Ava, de familia adinerada toda su vida, le había ayudado a convertirse en la anfitriona perfecta; algo que Rachel siempre le agradecería, a pesar de que ya habían pasado muchos años desde aquello y eran grandes amigas.

—Tú lo habrías aprendido todo sola sin mi ayuda —opinó Ava—, las dos lo sabemos.

—¡Veinticinco años ya! —intervino Harold ahora, dándole una palmadita en la espalda a Mark—. La fiesta ha sido una gran idea, sí señor, esto merece una celebración.

—No ha sido idea mía —se forzó Mark a sonreír, pero no lo logró del todo.

Adoraba a Harold, su padrino, socio y mejor amigo de su difunto padre, y siempre se alegraba de verlo y conversar con él, pero aquella noche se encontraba sobrepasado por sus

emociones. Lo único que quería era estar solo y se veía forzado a la compañía de una multitud.

—Sí, este tipo de detalles suelen salir de una mujer —canturreó Harold—, y hablando de mujeres… ¡Ardo en deseos de conocer en persona a tu preciosa prometida!

Mark tuvo que contenerse para no soltar en alto un improperio. Aquello era lo único que le faltaba.

—Lo lamento, pero no vas a tener suerte —comentó, deseoso de soltar la retahíla cuanto antes—. Madison no ha podido…

—…llegar aún —interrumpió Lindsay, besando ahora a Harold y Ava.

—¡Estás hermosa! —La abrazó el hombre con cariño—. Ya mismo será a ti a quien casemos.

—¿Te volviste loco? —casi gritó la chica con un fingido horror—. ¡Tengo un hermano mayor! No conviene alterar el orden natural de las cosas.

Todos en el círculo rieron. Todos menos Mark, que mucho se temía que tendría que seguir con la farsa un rato más.

—Entonces vamos a centrarnos en el cabeza de familia —repuso Ava.

—Pues qué bien —murmuró Mark, y miró a su hermana con un irónico gesto de agradecimiento, que la chica correspondió con una mirada pícara.

—Mi futura cuñada no tardará en llegar —intervino Lindsay de nuevo.

Mark la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Tuvo que ausentarse de la ciudad unos días y creíamos que no llegaría a tiempo para la fiesta —siguió contando.

—Pero ¿al final sí tendremos el honor de su compañía? —entendió Ava.

—¡Por supuesto! —afirmó la chica—. Madison no se perdería una fiesta así, y está deseando conoceros.

Mark tomó a su hermana del brazo con una fingida sonrisa en los labios.

—¿Me disculpáis? Acabo de recordar que tengo algo que comentar con Lindsay.

El chico tiró de su hermana intentando no llamar la atención, aunque Lindsay sentía su furia por la fuerza con la que apretaba su brazo.

—¿Qué demonios haces? —la asaltó Mark en cuanto estuvieron apartados del bullicio—. Esto no fue lo que acordamos decir. ¿Qué vas a inventarte cuando ella no haya llegado a última hora de la noche?

Lindsay carraspeó un tanto nerviosa.

—Es que… sí vendrá.

—¿Perdona?

—De hecho, debe de estar al llegar.

—Oye, no estoy de humor para jueguecitos. —Apretó los dientes.

—¿En serio? Casi no nos hemos dado cuenta —ironizó, y le reprochó—: pero tanto tú como nosotras podríamos habernos ahorrado este tormento de semana si no fueras tan cabezota.

—¡Ya está bien! —interrumpió irritado.

Chris no tardó en llegar hasta ellos.

—¿Qué demonios pasa ahora? —intervino en un tono de voz resignado.

—¡Lindsay se ha vuelto loca del todo!

El recién llegado resopló con fuerza y replicó:

—A ver, Mark, tienes que dejar de ladrarle a todo el mundo, hombre —rogó.

—¿Yo? —sonó indignado—. Aquí tu protegida va diciendo por ahí que Madison no tardará en llegar.

Ahora fue Chris quien miró a la chica con el ceño fruncido y la amonestó:

—Joder, Linny, ¿qué necesidad hay de embrollar las cosas?

—¿Tú sí me vas a escuchar? —Lo miró irritada—. Lee mis labios: Madison-viene-de-camino —recalcó cada palabra.

Ahora se hizo el silencio absoluto. Mark miró a su hermana con un gesto de estupor.

—Si es una broma…

—¡Y dale! —se quejó.

—Linny, no entiendo nada —admitió su hermano, exasperado.

Ahora sí recibió una mirada un tanto azorada de vuelta.

—A ver…, esta fiesta se celebró para algo —titubeó—, es una pena desaprovecharla.

El gesto de exasperación de Mark pasó a ser ahora de preocupación, cuando al fin aceptó que su hermana no estaba inventando nada.

—¿Ha regresado a Boston? —se interesó muy serio.

—Bueno…, no.

Mark resopló con fuerza.

—A ver es que… en realidad nunca llegó a marcharse —confesó al fin.

—¡¿Cómo?! —casi gritó, y miró a Chris, que de inmediato le pidió que bajara la voz.

—Te aseguro que yo la monté en el tren —declaró antes de que a Mark se le fuera a ocurrir matarlo.

—Eso es verdad —carraspeó Lindsay—, pero… a lo mejor, cuando te fuiste, se bajó del tren y se reunió conmigo.

—¿A lo mejor? —Mark comenzaba a estar desencajado.

—A lo mejor no, eh…, seguro…, eso hizo, sí. —Sonrió con un claro gesto de culpabilidad.

—¿Y se puede saber dónde narices ha estado metida estos cuatro días?

—Eh…, quizá…

—¡No me jodas, Lindsay, sin más tonterías! —exigió con una mezcla de ansiedad e irritación.

La chica tragó saliva, solo la llamaba por su nombre completo cuando estaba muy enfadado.

—En el Four Seasons —confesó—. Ella quería quedarse en un sitio más modesto, pero yo no podía permitirlo. Y allí tiene todas las comodidades para poder seguir trabajando y…

—¿Trabajando en qué? —Frunció el ceño.

—Bueno… —la cara de culpa de Lindsay hablaba por sí sola—, es que hay muchas lagunas en todo esto, Mark, y…

—¿Ella ha seguido trabajando en el caso de Madeline? —preguntó, poniéndose pálido por momentos.

—Solo ha hablado con algunos empleados y hecho averiguaciones… —titubeó—, no sé, sus cosas de detective, supongo, no ha querido contarme mucho.

—¡Joder! —Mark miró a Chris—. Si lleva cuatro días haciendo preguntas… —Se le atragantaron las palabras.

Sacó su teléfono móvil y marcó el número de la chica. Aguardó, nervioso, hasta que se cortó la llamada.

—No contesta.

—Seguro que viene de camino —insistió Lindsay, pero se mordió la lengua cuando Mark la mató con la mirada.

—Márcale tú —le pidió a Chris—, no sé si es que no tiene el teléfono o es que a mí no quiere contestarme.

—¡Y no podrías culparla! —intervino la chica de nuevo—, pero sé que ella no es así. Hemos

pasado mucho tiempo juntas estos últimos días y…

—¡Y no se te ocurrió avisarme!

—¿Con los humos que te gastas? —se quejó—. Al menos espero que aquí te comportes un poco cuando llegue, hay demasiada gente mirando.

Mark ya no podía pensar con demasiada claridad. A Chris tampoco le contestaba al teléfono.

—¿A qué hora se supone que habéis quedado?

—Deberían haber estado aquí hace media hora —explicó—, habrán cogido algo de tráfico.

—¿Habrán?

—Mandé a Simon a buscarla. —Señaló aliviada—. Mira, ahí viene.

Mark paseó una mirada nerviosa por todo el salón, pero no la encontró. Se giró hacia su hermana con un gesto interrogante.

—¿Viene quién?

La chica frunció el ceño.

—Pues parece que solo Simon —titubeó—, no lo entiendo.

Los tres caminaron hasta el hombre, que se había quedado a un lado del salón, buscando a Lindsay entre la gente.

—¿Dónde está Madison? —interrogó Mark reuniéndose con él.

—No lo sé —contó—. Cuando he llegado, me han dicho que ya había salido.

—Pero tenía que esperarte —se extrañó la chica.

—Según me dijeron, ya habían pasado a buscarla —siguió informando el chófer.

—Puede que me entendiera mal —se le ocurrió a Lindsay—, a lo mejor pidió un taxi.

—No lo creo —intervino Simon de nuevo—, en el hotel me han asegurado que era un chófer y conducía un BMW negro.

Mark tuvo que quitarse la corbata y desabrocharse un botón de la camisa, comenzaba a faltarle el aire.

—No tiene por qué haber pasado nada —le dijo Chris, aunque con una evidente inseguridad.

—Es obvio que se la han llevado —susurró Mark, angustiado, solo para su amigo

—Pero ¿con qué objetivo?

—No quiero ni pensarlo —admitió—, si le hacen algo…, yo…

—¡Ahí está! —Señaló Lindsay con una mezcla de emoción y alivio en la voz.

Mark elevó los ojos hacia las escaleras de acceso al salón… y al instante quedó cautivado por la mujer que se había detenido en mitad del primer descansillo para recorrer el lugar con la mirada. Decir que estaba maravillosa era quedarse muy corto. Llevaba un vestido de fiesta de color negro que se ceñía a sus curvas como un guante, dejando al descubierto sus brazos y un pronunciado escote que dejaba a la imaginación lo justo para volverte loco conjeturando con cómo sería el resto. Se había recogido el largo cabello en un sofisticado moño, que estilizaba su figura aún más, y lucía un maquillaje que incluso desde allí, al menos a diez metros de distancia, acrecentaba su belleza natural de un modo que la hacía parecer casi irreal, porque debería ser imposible que en el mundo pudiera existir un ser tan hermoso.

—Elegimos juntas ese vestido —suspiró Lindsay—, le queda maravilloso, ¿verdad, Mark?

Pero Mark ni escuchaba ni era capaz de hilar un solo pensamiento coherente.

—¿Por qué no baja? —murmuró Chris extrañado.

—Supongo que espera a su prometido —opinó Lindsay, y carraspeó mirando a su hermano —, mientras reza para que él no monte un número delante de todo el mundo.

Casi no había terminado de decir la última palabra cuando Mark caminó con paso firme hacia las escaleras.

—Ay, Dios, Chris, dime que no va a echarla a patadas —sonó insegura.
—En este momento… no me atrevo ni a hablar.

Capítulo 19

Cuando Maddie se detuvo en mitad de la escalera y barrió el salón con la mirada, su corazón martilleaba tanto dentro de su pecho que por un momento se preocupó por su salud. La reacción de Mark al verla iba a ser épica, sin duda, solo esperaba que el encontrarse rodeado de toda la empresa amortiguara un poco su inevitable furia y dejara las recriminaciones para otro momento.

Cohibida, lo buscó entre el gentío y casi se le cortó la respiración cuando lo vio avanzar en su dirección, sin apartar sus ojos de ella. Dios, ¡estaba impresionante! Llevaba puesto un traje negro, que le sentaba como a los modelos de las revistas, y una camisa blanca. El efecto Stendhal hizo acto de presencia en todo su esplendor, debería estar prohibido poseer un magnetismo semejante.

Se perdió en su mirada mientras avanzaba. El brillo de sus ojos grises la deslumbraba más a cada paso que daba en su dirección, y ella se esforzaba por vislumbrar las intenciones que traía, aunque su cuerpo ardía ya de anticipación de forma inevitable.

Cuando llegó hasta ella, Maddie intentó defenderse:

—Antes de que digas nada, yo…

No pudo terminar la frase. Mark la tomó en sus brazos, recortó la distancia hasta su boca y la besó como si llevara toda la vida esperándola. Resistirse hubiera sido imposible, así que tampoco lo intentó. Se dejó llevar por aquella vorágine de locura a la que siempre la arrastraban sus besos. Se colgó de su cuello con abandono mientras saboreaba su boca en profundidad con la misma intensidad que él la suya. Estaba tan absorta en él que ni siquiera interiorizó la algarabía que sonaba a su alrededor.

Mark se separó solo unos centímetros de sus labios y murmuró casi sobre ellos:

—Vaya… —parecía desconcertado—, creo que… es a nosotros.

Solo entonces Maddie fue consciente de los aplausos y los vítores que provenían hasta del último rincón del salón.

—¡Mark! —exclamó avergonzada por completo, escondiendo ahora la cara en su pecho, lo cual solo acrecentó los aplausos—. Por Dios, qué vergüenza.

—Sí, y parece resultarles encantadora —le susurró al oído sin dejar de abrazarla.

—Menuda ocurrencia la tuya —se quejó, esforzándose por mirarlo a los ojos.

—¿Habrías preferido que te sacara de aquí a empujones?

—No, pero…

—Pues eso.

—Pero ¿por qué me has besado así de… efusivo?

Le pareció verlo dudar y sintió en él cierto azoramiento, pero decidió que solo debía estar imaginándolo.

—Se supone que llevo cuatro días sin ver a mi prometida —repuso mientras le acariciaba ahora el rostro con la yema de los dedos.

Maddie suspiró.

—¿Puedes dejar de hacerme carantoñas para que se callen, por favor? —rogó.

—¿Tantas ganas tienes de bajar ahí a recibir felicitaciones por el compromiso? —Maddie

soltó un suspiro, y Mark se acercó a decirle al oído—. ¿A que en este momento te arrepientes un poco de no haberte ido?

No la dejó contestar, se hizo a un lado, le tomó la mano y ambos descendieron el resto de escalinata para mezclarse con los invitados.

Entre felicitaciones y conversaciones banales, todas con una sonrisa, les costó al menos diez minutos poder llegar hasta Lindsay y Chris, que aguardaban en el mismo sitio en el que Mark los había dejado.

—¡Eso ha sido una auténtica pasada! —gritó Lindsay con un evidente entusiasmo.

Maddie no sabía dónde meterse. Observó que Chris miraba a Mark con un claro gesto burlón.

—Ni se te ocurra hacer un solo comentario —escuchó decir a Mark, matándolo con la mirada.

—Ya me has arruinado el momento. —Chris rio y miró a Maddie—. Supongo que Mark ya te lo habrá dicho, pero estás preciosa.

Maddie le devolvió una expresión seria. Precisamente aquello era algo que empezaba a molestarle.

—Gracias, Chris, pero debo decirte que mi prometido aún no me ha obsequiado un solo piropo —suspiró con sonoridad, fingiendo resignación—. Sí los he recibido del departamento al completo de archivos, de los recepcionistas, del señor que reparte el correo y creo que el último ha sido el que vacía las papeleras dos veces al día.

—Entonces ya vas servida —opinó Mark encogiéndose de hombros.

Maddie exhaló aire con una exclamación teatral.

—Y eso que aún no nos hemos casado. —Puso los ojos en blanco—. Dentro de veinte años solo me mirará cuando le lance un zapato, para esquivar el otro.

—Eso solo los viernes —le recordó Mark.

Maddie sonrió. Le resultaba entre increíble y asombroso que recordara esa tontería de su primera conversación en aquella terraza.

—Ah, cierto, tendré que ingeniarme otras torturas para el resto de la semana entonces.

—Perfecto, pero dejemos el jueves como está —la miró a los ojos—, hay que conservar las tradiciones… interesantes.

La risa de Maddie no se hizo esperar. Era tomárselo así o combustionar al recordar todas las veces que había caído en su regazo, incluida la última en ese despacho.

—Guau, debe de resultarte agotador fingir tanto —bromeó la chica para no decaer.

—Hemos tenido… jueves interesantes, Madison. —Sonrió ahora con malicia.

—No mezcles realidad y ficción, Mark —rogó preocupada.

—¿Temes no poder distinguirlas o qué?

—Temo que tú te confundas.

—No hay confusión posible, dulzura —la miró con intensidad—, porque, si esto fuera real —recortó la distancia para susurrarle al oído—, te aseguro que todos los días serían jueves.

Contener el gemido que estuvo a punto de salir de su garganta fue todo un triunfo para Maddie, que sentía su sangre hervir en aquel momento. Sin duda, pasaría cada día de la semana acurrucada en sus brazos si fuera posible, era ella quien debía tener cuidado para no confundirse.

—Será mejor que nos centremos. —Respiró hondo buscando algo de control sobre sus emociones.

—Sí, sin duda hay cosas de las que hablar —declaró Mark, y soltó un sonido de impaciencia —. De momento vamos a obviar el hecho de que no deberías estar aquí, sino en Chicago.

—Sí, bueno… —carraspeó.

—Eso también es culpa mía, en realidad —intervino Lindsay de inmediato.

—Sí, contigo también hablaré muy en serio —anunció, y miró a Maddie—, pero por ahora solo quiero saber quién te ha traído hasta aquí.

Maddie lo miró un tanto extrañada por la pregunta.

—El chófer que tú me has enviado.

La mirada preocupada entre Mark y Chris fue demasiado evidente para que se escapara a ojos de Maddie.

—¿No has sido tú?

—Mark no sabía que tú seguías en Boston —intervino Lindsay de nuevo—. Yo envié a Simon, tal y como acordamos, y ya te habías ido.

—Porque pasaron a recogerme —titubeó, y miró a Mark de nuevo—. El chófer me dijo que lo habías enviado tú a buscarme y que debíamos darnos prisa, aunque luego ha dado un rodeo enorme para llegar hasta aquí.

El gesto de Mark era de evidente preocupación.

—Dios, lo siento, creí que tú… —Frunció el ceño y cayó en algo—: ¿Y entonces quién demonios era y a santo de qué ha hecho algo así?

—No tengo ni idea de quién es, pero lo averiguaremos —aseguró Mark

Maddie fue consciente de que no había contestado a la segunda pregunta, pero de momento guardó silencio y observó cómo Mark le hacía gestos a Simon para que se acercara. Cuando el chófer llegó hasta ellos, lo escuchó decirle:

—Necesito que te acerques al hotel e intentes averiguar todo lo que puedas sobre el tipo que la ha recogido —pidió—. Que te digan si alguna cámara del hotel ha podido grabarlo, ya sea a él o la matrícula del vehículo.

—Yo puedo hacer todo eso cuando regrese —se ofreció Maddie.

—Eso será difícil.

—Llevo cuatro días allí, tengo buena relación con las recepcionistas.

—No lo dudo, pero es que no vas a volver a ese hotel. —Maddie lo miró perpleja, y aún más cuando lo escuchó decirle a Simon—: Aprovecha el viaje para recoger sus cosas.

—¿Qué? ¡No! —protestó—. Pero ¡¿quién demonios te has creído que eres para dar tantas órdenes sin consultarme?! Si pretendes meterme en un tren esta misma noche…

—Lleva las cosas a mi casa —siguió diciéndole Mark al chófer sin prestarle apenas atención a la chica—. Y avisa a Hattie de que Madison estará de vuelta en su habitación esta misma noche.

Maddie cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con los ojos entrecerrados y un gesto iracundo.

—¡Hitler a tu lado era Bambi! —lo acusó—. Eres un dictador insoportable y…

—Deja la indignación para después —interrumpió—. Mi madre viene hacia aquí con los Turner.

—¡Me da igual!

—Sácame los ojos en otro momento, si quieres.

—Cuidado, a ver si voy a tomarte la palabra.

—Cálmate y compórtate como una prometida feliz y enamorada.

—Ja, para ese tipo de milagro rézale a alguna virgen.

—Madison… —La mató con la mirada.

—¿Qué? ¡Estoy furiosa, Mark, ¿de verdad crees que puedo cambiar de emoción a mi antojo? —inquirió, irritada—. Incluso las veletas necesitan algo de viento a favor para virar el rumbo.

Mark soltó un improperio.

—¿Quieres viento? —La miró con intensidad—. Pues eso tendrás.

Maddie leyó sus intenciones en sus ojos en cuanto se los puso encima

—¡Ni se te ocurra!

—Necesitas un cambio de rumbo —la tomó de la cintura—, tú misma acabas de decirlo.

—No así.

—No hay otra manera más efectiva —aseguró, atrayéndola hacia sus brazos con fuerza.

—Creo que te estás sobrestimando un poco —repuso, aunque ya con los nervios a flor de piel —, igual te sale el tiro por la culata y te arreo un guantazo de los de…

—Me arriesgaré —interrumpió, cerrándole la boca ahora con mucho más que palabras.

El beso fue devastador y a conciencia, sin miramientos, y Maddie consiguió resistirse… como unos tres segundos, y eso tirando por lo alto. Pocas cosas había en el mundo que le gustaran tanto como besarlo. El sabor de sus labios, el modo en el que la lengua de Mark arrasaba su boca buscando la suya, despertando a todas aquellas mariposas que enloquecían sin remedio…, nada era comparable a aquella sensación de deleite.

—Igual deberíais dejar algo para luego —escucharon decir a Rachel en un tono divertido.

Mark sonrió sobre los labios de Maddie y puso algo de distancia al tiempo que decía en alto:

—Tienes que dejar de hacer esto, Madison, o vamos a terminar dando un espectáculo.

La carcajada de Harold se escuchó en todo el salón. La chica sintió su cara arder, pero se forzó a sonreír y replicó:

—¿Le tenéis mucho aprecio? Porque creo que voy a matarlo.

Harold no podía parar de reír y contagió a los demás de inmediato.

—Todos tenemos claro a quién culpar. —Rio Rachel, divertida.

—Pero ningún hombre en la sala se atrevería a juzgarte —insistió Harold, risueño.

Mark, con un gesto divertido, hizo las presentaciones oficiales.

—¡Esas fotos de las revistas no te hacen justicia! —afirmó Harold, mirándola ahora con sincera admiración—. No me extraña nada que te hayas apresurado a ponerle un anillo, Mark, siempre has sido muy listo.

—Uy, creo que te confunde con otro, amor —repuso Maddie fingiendo decirlo solo para Mark

Todos rieron de nuevo, y Maddie añadió en otro susurro *demasiado alto*:

—Aún pienso cobrarle durante un rato la vergüenza que me ha hecho pasar en esas escaleras nada más llegar —suspiró, pero miró a Mark con una sonrisa embelesada.

—¡Ha sido una presentación en sociedad inolvidable! —exclamó Ava—. Como de película.

«Sí, y Mark había hecho una interpretación digna de un Óscar, desde luego», se esforzó por no borrar la sonrisa.

—A mí se me han escapado varios suspiros —sonrió Rachel mirando a la pareja—, y no soy la única en el salón que se ha emocionado.

—Pero sí a la única que hemos tenido que limpiarle la baba —bromeó Harold, haciendo reír a todo el mundo.

—Y la que ha comenzado el aplauso —la acusó Mark—, ¿me equivoco, mamá?

—No sé de qué me hablas —replicó Rachel con un gesto de pura inocencia que todos aplaudieron.

Maddie reía las bromas intentando no distraerse demasiado con el calor que desprendía el cuerpo de Mark, que no la había soltado del todo tras el beso y desde hacía rato la atraía de la cintura contra su costado.

—¿Y ya tenéis fecha para la boda? —se interesó ahora Ava, y miró a Rachel—. Hay muchísimas cosas que preparar con tiempo.

—En realidad, pensamos fugarnos a Las Vegas para evitarnos todo eso —aseguró Maddie, divertida.

Rachel y Ava se encogieron con un exagerado gesto teatral, fingiendo haber recibido un mal golpe.

—Ay lo que me ha dicho —aparentó sollozar Rachel.

Todos los presentes rieron, incluidos Mark y Maddie. En poco tiempo la chica había aprendido a apreciar y valorar el sentido del humor de Rachel Madock, tanto como el de Lindsay, si tan solo hubiera un mínimo de verdad entre Mark y ella, adoraría pertenecer a aquella familia.

«Pero ¡¿qué demonios estoy pensando?! —se amonestó, y debió de ponerse tensa, puesto que se ganó la atención de Mark al instante.

—Será mejor que las dejemos planeando la boda del año —sugirió el chico— mientras nos divertimos un rato, ¿te parece?

Maddie lo miró con una sonrisa de compromiso, demasiado consciente de que diría que sí a cualquier cosa que le pidiera. Aquello no estaba bien. Se esforzó en recordar la última noche que había pasado en la mansión, aquel despacho, aquellos besos furtivos… que ni siquiera eran suyos.

Sintió que Mark la arrastraba a la pista de baile y se dejó guiar.

Cuando la tomó entre sus brazos, Maddie no pronunció una palabra. Su mente necesitaba concentrarse y esforzarse en no sentir nada, pero las llamas avanzaban de nuevo a un ritmo casi incontenible. ¿A dónde había ido a parar el cabreo que tenía antes de ese beso? Porque le vendría genial en aquel momento.

—¿Qué te pasa? —interrogó Mark tras unos minutos.

A Maddie le sorprendió que él se hubiera dado cuenta.

—¿A mí? —Tragó saliva.

Mark la miró, incómodo.

—Siento lo del beso, pero…

—Olvídalo —interrumpió, lo último que necesitaba era hablar de ello.

Él parecía un tanto serio ahora, y cuando habló de nuevo, sonó en un tono cauto.

—Entiendo que todo esto del compromiso no es fácil para ti —se aventuró—, y admiro tu capacidad para comportarte con tu habitual desenfado. No sé cómo lo haces, pero siempre sabes qué decir y cómo para ganarte a la gente.

Ella izó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Me estás vacilando?

—No.

—Entonces debes de tener fiebre, porque eso me ha sonado a cumplido.

Mark sonrió.

—¿Ves? A eso me refiero —insistió—. Tienes una habilidad especial para encontrar siempre la frase perfecta.

—Reconoce que eso te molesta un poco.

—Me desespera. —Ambos esbozaron una mueca divertida—. ¿Y sabes qué otra cosa me desespera? —Maddie aguardó—. Que tengas el teléfono móvil solo de adorno.

—¿Perdona?

—¿Para qué lo tienes si jamás lo coges?

—Definitivamente, tu don es saber decir siempre lo último que espero —repuso Maddie—. ¿Qué dices ahora de mi teléfono móvil? ¿Vamos a volver a discutir por lo de aquella tarde? De verdad, Mark…

—No hablo de eso —suspiró—, te he llamado al menos diez veces esta noche.

La chica lo miró un tanto turbada.

—¿Por qué?

—Porque cuando Simon ha llegado sin ti, no sabíamos a qué atenernos —contó— y no podíamos localizarte.

—Es que he dejado el teléfono en el hotel —confesó, y se azoró al añadir—: yo… no tenía dónde guardarlo. Lindsay se empeñó en que usara un vestido sin bolsillos, ¿sabes? —ironizó—. Y en el bolsito que compramos a juego apenas cabe un pintalabios, es del todo inútil, lo que al parecer no es sinónimo de barato, pero eso es otra cuestión que…, eh…, vale, vuelvo a parlotear —él sonrió—, puedes interrumpirme, no te cortes.

—No me desagrada verte parlotear —admitió con cierta diversión—, pero volvamos al tema que nos ocupa.

Maddie agachó la mirada.

—¿Es necesario? ¿No podemos dejarlo para luego?

Mark pareció valorarlo y terminó suspirando con resignación.

—No, no podemos, porque… —la atrajo más hacia él para poder llegar hasta su oído, donde susurró— me interesa todo lo relacionado con el vestido, ¿dices que no hay un solo sitio donde guardarte el móvil?

Maddie tragó saliva.

—No.

—¿Ni uno solo?, ¿estás segura? —Sus manos ascendieron ahora por su espalda—. Quizá solo es cuestión de buscarlo a fondo… —y descendieron por sus costados hasta sus caderas.

—Mark, por favor… —casi se le atragantaron las palabras. Sabía que él solo estaba siguiendo su petición de dejar para luego el tema principal, pero aquella conversación era mucho más intimidante.

—Quizá podrías usar una de esas ligas que van en la parte alta del muslo —sugirió.

Lo sentía tan cerca y sus susurros y caricias eran tan íntimos que su cabeza hacía rato que regía solo a medias, aunque lo suficiente para susurrar:

—Si llevara una de esas ligas, solo la usaría para guardar el arma.

Mark sonrió y la miró ahora a los ojos.

—Suena sexi.

—No te lo parecería tanto si de verdad usara pistola.

—Sí, supongo que a estas alturas ya me habrías pegado un tiro.

—Hace días, sí.

Ambos sonrieron divertidos mientras seguían bailando, o más bien fingiendo hacerlo, porque apenas se movían por la pista. Después, permanecieron en silencio durante unos minutos, solo disfrutando de la música y del cuerpo del otro cada vez más cerca. Hasta que llegó un momento en el que Maddie apenas podía fingir ni frente a su conciencia la forma en la que su corazón palpitaba con fuerza.

—Mark, será mejor… —se revolvió entre sus brazos— que nos centremos en lo que… he venido a hacer aquí.

Él soltó aire con fuerza.

—No.

—¿Perdona? —Aquello la sorprendió.

—Limítate a representar tu papel de prometida enamorada.

—Pero esta fiesta tenía un objetivo muy claro —protestó—, ¿ya se te ha olvidado?

—No, pero tú si pareces haber olvidado que te despedí hace días.

—Lo siento, pero no acepto el despido, apelo a mis quince días de preaviso. —Lo miró desafiante—. No me has dejado hacer mi trabajo y no me parece justo.

—Al parecer no has perdido el tiempo en estos cuatro días —le reprochó—. ¿Qué narices has estado haciendo?

Maddie lo miró con cautela, preguntándose si aquel era un buen momento para contarle ciertas cosas.

Capítulo 20

Los cuatro últimos días de Maddie habían sido igual de productivos que desesperantes. Cada cabo del que tiraba parecía llevarla a un callejón sin salida, sí, pero tan extraño que gritaba alto y claro que algo olía muy a podrido en todo aquel asunto.

El recuerdo de todo lo sucedido con Mark en aquel despacho solo era soportable gracias a tener la mente ocupada en todo momento. Por eso se había concentrado a conciencia en el caso, con el apoyo de Rachel y Lindsay Madock, que se habían implicado a fondo, además del que Karen le daba desde Chicago.

Hablaba con su hijo dos veces al día, y en más de una ocasión había estado tentada a dejarlo todo solo para poder abrazarlo, pero, por primera vez tras su accidente, sentía que estaba haciendo algo por sí misma, que por nada del mundo quería dejar a medias.

Aun así, cuando se había bajado de aquel tren, casi sintiéndose una delincuente, tenía el firme propósito de ayudar a Mark desde la sombra y desaparecer, sin volver a verlo. Pero Lindsay, al parecer, tenía otros planes, en los que la había ido envolviendo casi sin darse cuenta, hasta llevarla donde estaba: entre los brazos del último hombre que le convenía, pero incapaz de salir de ellos por voluntad propia.

—Qué narices has estado haciendo… es una pregunta muy larga de responder —suspiró la chica.

—Hazme un resumen —exigió Mark.

—He estado investigando algunos cabos sueltos.

—¿Sí? Pues esos cabos sueltos te han recogido en el hotel y te han traído hasta aquí —le dijo con un gesto preocupado, y sonó inquieto al añadir—: pero podrían haberte llevado a cualquier otra parte.

—No sé si te entiendo.

—A alguien no le gusta que andes intentando atar esos cabos de los que hablas.

Maddie lo miró ahora con asombro, y aún más cuando añadió:

—Hace cuatro días llegó una carta sin membrete ni dirección a la mansión —contó—, donde solo habían escrito una única frase: es peligroso remover el pasado.

El gesto de absoluto estupor de la chica era evidente.

—Como comprenderás, a pesar de lo escueto, es una amenaza en toda regla —continuó Mark.

A Maddie le costó reponerse de la impresión.

—¿Cuándo fue eso? —interrogó.

Incómodo, Mark tuvo que aceptar:

—El último día que pasaste en la mansión —explicó—. Llegó a media tarde.

La chica frunció el ceño.

—¿Mientras andaba perdida en la ciudad? —Abrió los ojos como platos. Mark asintió—. ¡Ahora entiendo que estuvieras irritado!

—No estaba irritado, Madison, estaba preocupado —admitió—, pero tú ni siquiera te molestaste en llamarme.

—Para no darte más problemas —se sinceró—, pero… espera, ¿por eso me echaste, por esa carta?

Mark la miró con demasiada intensidad como para permanecer impasible.

—Entre otras cosas —terminó admitiendo.

—¿Qué cosas?

Ahora parecía incómodo y le costó reconocer.

—Me afectas demasiado, Madison, y no me lo puedo permitir.

Confusa y algo desconcertada con todo aquello, tardó unos segundos en asimilar el comentario, hasta que terminó leyendo en sus ojos algo que le aceleró el corazón.

—¡Oh! —Se le escapó cuando al fin comprendió.

—Jamás pasará —aseguró Mark sin una sola sombra de duda.

—Hablas como si yo quisiera que pasase —se quejó de inmediato.

«¿Recordará él lo sucedido en ese sofá?», se preguntó, abatida, Si era así…, no le extrañaba que quisiera dejar clara su postura. Él estaba borracho, pero ¿cuál era su excusa? ¿Podría alegar locura transitoria?

—No me interesas ni un poco —se vio obligada a reiterar, a ver si de paso se lo creía ella—. Mi vida ya es demasiado complicada sin alguien como tú en ella.

Él sonrió mordaz.

—¿Y tu Leo juega a favor o en contra de tanta complicación?

—Mi Leo no es de tu incumbencia.

Miró hacia otro lado buscando serenarse. Saber que a Mark no le resultaba indiferente como mujer, o al menos eso había entendido, no le ayudaba a calmar los nervios. Debía recordar que él era un hombre herido, que ni siquiera estaba interesado en curar; y ella… daba igual cuánto quisiera esforzarse en sanar, su cerebro se negaba a concederle una sola tregua. Juntos eran como aquella película, ¿cómo se llamaba?

—No me chilles que no te veo —murmuró para sí, abatida, recordando el título.

—¿Perdona?

Suspiró e intentó hablar con normalidad.

—No estoy dispuesta a dejar que quien esté detrás de todo esto se salga con la suya —viró a una conversación, paradójicamente, más segura.

—Pues vas a hacerlo —aseguró—, porque estás fuera del caso.

—Es que ¿no quieres saber qué he averiguado en estos días?

Mark la miró con cierta reticencia.

—¿Has hablado con mucha gente de la empresa?

—No, esa es la cuestión.

—No te entiendo.

—¿Sabes que no queda nadie trabajando en el departamento de contabilidad que coincidiera con Madeline?

Con un gesto de extrañeza, Mark la miró muy serio.

—Eso no es posible.

—Había más de veinte personas en el departamento cuando ella entró a trabajar —contó—, pero todas y cada una de ellas fueron despedidas durante el primer año tras su muerte, hasta renovar cada puesto.

El asombro era evidente en el rostro de Mark.

—No lo sabías.

—No —admitió.

—¿Es algo habitual?

—Me gustan los empleados con antigüedad —afirmó—. Mi padre siempre me enseñó a cuidar de la plantilla y tenerla contenta. Es una de las claves de productividad más importantes. —Frunció el ceño—. ¿Estás segura de lo que me cuentas?

—Tengo las fechas exactas de todos los despidos —afirmó.

Mark la miró con cautela ahora.

—Y ¿cómo narices has recopilado toda esa información?

—Como los periodistas, un buen investigador jamás revela sus fuentes.

Maddie antes se cortaría la lengua que admitir que la propia Rachel Madock había sido una pieza clave, y la responsable de pedir el favor que le había conseguido cada dato. Mark no tenía por qué enterarse de que su madre también sabía que ella jamás se había subido a ese tren, aunque, al parecer, había ayudado el hecho de que Mark no les hubiera comentado nada de aquella carta a ninguna de las mujeres.

—Pero hay una información que no he podido encontrar —concedió Maddie.

—¿Algo se te ha resistido? —ironizó—. ¿Eres humana después de todo?

—Solo a ratos. —Sonrió.

—¿Y qué es?

—En ninguna ficha se indica quién ejecutó el despido —recordó, e interrogó—. ¿Quién se supone que es el encargado de ese tipo de cosas?

—Depende, a Barrett le gusta dirigir su propio departamento, lo hace bien y lo dejo un poco a su aire, pero la orden también ha podido darse desde el departamento de personal o incluso desde recursos humanos, siempre respetando las jerarquías, claro. Solo un jefe de departamento puede ejecutar un despido, o, en su defecto, alguien autorizado por él.

—Barrett es el jefe de contabilidad, ¿cierto?

—Sí, Harry Barret, lleva en la empresa quince años —explicó—. Lo contrató mi padre en persona, tras absorber su empresa, y es uno de los tipos más concienzudos y capaces que conozco. Él debe de saber quién firmó esos despidos y por qué.

—Interesante —miró a su alrededor—, ¿ha venido?

Mark la mató con la mirada.

—¿Qué?

—¿Qué parte de *estás fuera del caso* no entendiste?

—Pero…

—Sin preguntas, Madison, a nadie —declaró con contundencia—. Ni una sola.

—¡Pues qué aburrimiento! —se quejó—. No es que no me guste ser tu prometida de pega, pero… llevamos bailando lento diez minutos, ahora toca algo de acción.

—Si quieres puedo hablar con el responsable de la música para que pinche la canción de *Dirty Dancing*, ¿te parecería suficiente acción el que te levantara por encima de mi cabeza?

Maddie rio.

—Me encantaría —bromeó—, pero este vestido me resta movilidad.

—Vaya, qué mala suerte.

—Sí, una pena —chasqueó la lengua, y miró a su alrededor—. Oye, hay una mujer junto a una de las columnas que desde hace un rato me mira como si me estuviera perdonando la vida, ¿quién narices es?

Le indicó a Mark la localización exacta, y el chico miró con disimulo.

—Es Pamela Collins —contó—, hija de Violet Collins.

—La otra accionista de la empresa. —Hizo memoria.

—Correcto, sí. El socio real de mi padre fue su marido, Peter Collins, pero falleció hace unos años.

—Y su mujer heredó sus acciones —entendió, y Mark asintió—. Pues no sé qué le he hecho a su hija, pero me odia.

Mark sonrió.

—¡Qué exagerada!

—Es por ti, ¿no? —recordó cierto comentario de Lindsay, y se mofó—. La tienes loquita y yo he llegado a estorbar.

—¡No la tengo loquita! —se quejó, pero rio frente las cejas arqueadas de Maddie—. Vale, es posible que le guste un poco.

—Un poco no, le gustas a lo Glenn Close en *Atracción fatal* —opinó Maddie—, lo veo en sus ojos, está a puntito de venir a arrastrarme del moño.

Mark soltó una carcajada.

—Por eso no me gusta recogerme el pelo —añadió la chica, suspirando con teatralidad.

—Ya vale, por favor —pidió Mark entre risas—, tendremos que saludarla dentro de un momento y me va dar la risa.

—¿Tengo que hablar con ella? —Fingió horrorizarse.

—Y con su madre, que está ahora mismo charlando con Harold.

Maddie miró con disimulo.

—¿La que va disfrazada de Cruella de Vil? —se escandalizó.

La mujer en cuestión llevaba un vestido blanco y negro, junto con un chal de piel de visón que llamaba la atención incluso en la distancia.

La carcajada de Mark frente al comentario contagió a Maddie, y ambos rieron, divertidos, llamando la atención a su alrededor, pero estaban tan centrados en su conversación que ni se dieron cuenta.

—Dime que su apariencia engaña y es una bellísima persona —insistió Maddie.

—En realidad es un poco…

—¿Antipática?

—Seca.

—Lo mismo es. Me temo que no va a gustarme —suspiró—. ¿Tengo que caerle bien? Porque estoy segura de ser todo lo que odia.

—Y eso afectaría a tu ranking, claro —bromeó.

—¿Qué ranking?

—Ese en el que estáis las personas que le caéis bien a todo el mundo.

—Tú ya me hiciste descender en esa clasificación —lo miró con un divertido gesto acusatorio—, iba encabezando la lista hasta que me senté en tus rodillas.

—Vaya, lo siento, si te sirve de consuelo, en este momento no me caes tan mal.

Maddie clavó sobre él una mirada de fingida indignación que le arrancó otra carcajada.

—Dando consuelo no te ganarías la vida.

Él clavó ahora en sus ojos una mirada intensa.

—Hay muchos tipos de consuelo —la atrajo un poco más hacia él—, y algunos no se me dan mal.

—Te lo recordaré cuando lo necesite —pudo decir, a punto de hiperventilar.

—Eso espero —susurró, ahora algo más serio—, porque si llamas a Chris, voy a enfadarme mucho contigo.

Maddie estaba al borde de la combustión de nuevo. No entendía si era su mirada, su tono de

voz o aquel magnetismo animal que emanaba de él sin aparente esfuerzo, pero cada célula de su cuerpo se moría por pedirle todo el… consuelo que pudiera darle.

—Joder, no me mires así —dijo él ahora, desconcertándola.

—¿Así cómo?

Soltó un improperio antes de decir:

—Como si me estuvieras pidiendo… un tipo de consuelo muy concreto —parecía exasperado—, tienes que dejar de hacerlo.

—No es verdad —se quejó acalorada—. No te miro de ninguna manera.

—Claro que sí.

—¿Y tú qué? —lo acusó irritada—. A veces me miras como el Lobo a Caperucita.

Él le devolvió un gesto confuso.

—¡Como si quisieras comerme entera! —Se atrevió a terminar la frase.

—Coño, ¡porque quiero! —admitió Mark—. Creo que eso es más que evidente, ¿no?

—Ah, claro, pero jamás pasará —le recordó Maddie, reproduciendo sus palabras.

—Jamás… es demasiado tiempo —susurró Mark, y le miró los labios con intensidad—, y… hay que mantener las apariencias de cara a la galería.

—Eso es… muy importante, sí.

En los ojos de Mark se leían sus intenciones con total claridad, y Maddie solo podía esperar con el corazón acelerado a que él reclamara sus labios, lo que solo tardó un par de segundos en suceder. Recortó la distancia hasta su boca y la besó con avidez, recibiendo a cambio la misma intensa respuesta.

Unos largos segundos después, cuando las cosas comenzaban a írseles de las manos, Maddie lo escuchó soltar un sonido de protesta, al tiempo que abandonaba sus labios con un evidente esfuerzo, aunque no se apartó.

—Dios, creo que se va a hablar de nosotros durante meses —musitó casi sobre su boca—. Tenía una reputación seria antes de llegar tú, ¿sabes?

Maddie estaba demasiado mareada de deseo aún como para encontrar algo inteligente que decir.

—¿Por qué sabes a fresa? —interrogó Mark.

Maddie se paseó la lengua por los labios para identificar el sabor, sin ser consciente de cómo él seguía aquel movimiento con sus ojos.

—Es mi brillo de labios —terminó diciendo.

—Pues es adictivo. —Sacó la punta de la lengua y rozó los labios femeninos solo un segundo.

A Maddie se le escapó un gemido y musitó.

—Sí, a mí también me gusta.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Entonces tenemos un problema serio, dulzura —susurró con un tono mezcla resignación y desespero—. Ven, vamos a unirnos al resto de la gente antes de dar más de qué hablar.

Le tomó una mano y tiró de ella, que se dejó guiar entre el gentío. Aún creía estar subida en una nube que la mecía por el salón.

«*Tenemos un problema serio, dulzura*». ¡Había dicho tanto con tan poco! ¿Y qué demonios tenía aquel *dulzura* para idiotizarla? Podría agregar aquella palabra a un insulto de los gordos y ella sonreiría como una imbécil.

Suspiró, resignada, y echó a un lado cada pensamiento. Mark tuvo que caminar hasta Harold

cuando le vio hacerle gestos en la distancia. El hombre aún estaba charlando con Cruella, a la que ahora también se había unido su hija, que, para asombro de todos, se colgó del cuello de Mark para darle un sonoro beso en la mejilla en cuanto llegó hasta ella.

—¿Qué tal, bebé? —ronroneó, batiendo unas pestañas postizas de forma exagerada, al tiempo que fingía quitarle una mota de la chaqueta.

Maddie no daba crédito. No se podía ser más descarada. La ignoraba a ella con toda premeditación, como si no la hubiera visto, a pesar de que había llegado hasta allí de la mano del que se suponía su prometido. ¿Y qué demonios era eso de *bebé*?

«Como un bebé vas a llorar de la hostia que te voy a pegar», sonó alto y claro dentro de su cabeza, pero se contuvo, esperando a que fuera Mark quien la pusiera en su sitio.

—¿Cómo estás, Pamela? —Saludó con educación.

—Dímelo tú. —Sonrió coqueta y miró su propio vestido—. Me he puesto este trapillo, pero creo que me sienta bien.

Maddie estuvo a punto de fingir una arcada, pero volvió a contenerse. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que aquella mujer parecía una muñeca Barbie de las elegantes, incluso era igual de rubia. Menos mal que Mark no era de piropos.

—Estás preciosa, ya lo sabes —lo escuchó decir.

«¿A ella sí? ¡Será mamonazo!». Tanto su parte cuerda como su conciencia estuvieron de acuerdo por primera vez en algo e intentó soltarse de su mano, pero Mark se lo impidió con mucha sutileza. Cuanto más tiraba ella, más apretaba él, hasta que lo escuchó decir:

—¿Ya conocéis a mi prometida?

Maddie observó a las dos mujeres que posaron sobre ella una mirada crítica, sin esconder su desagrado.

—¿Así que era verdad? —interrogó Violet mirándola con altanería como único saludo—. La prensa miente tanto…

—En esta ocasión no. —Sonrió Maddie, de repente más animada—. Claro que las fotos eran tan obvias que confundirse era difícil.

Se cogió al antebrazo de Mark con entusiasmo y lo miró con una fingida adoración casi perfecta para todos, salvo para él, que leyó la furia en sus ojos con absoluta claridad.

—En mi mundo, si no hay anillo, no hay compromiso alguno —intervino Pamela—, y no lo he visto.

«Pero qué hostia le daba con la mano abierta», pensó Maddie sin borrar la sonrisa.

Mark tomó una mano de Maddie y le acarició el dorso.

—Tiene los dedos tan pequeños y delicados que hay que ajustarle el anillo un poco —contó Mark—. Espero que la próxima vez que nos veamos ya pueda lucirlo.

Tanto Violet como Pamela guardaron silencio, pero Maddie estaba segura de que, si no fuera por la música, las escucharía rechinar los dientes sin problema.

—Con anillo o sin él, sois una pareja preciosa —intervino Harold ahora con una sonrisa.

Maddie le guiñó un ojo al hombre al tiempo que decía:

—Tú no es necesario que sigas haciendo méritos, ya hace rato que te ganaste mi corazoncito, Harold.

El hombre rio y miró a Mark.

—Me encanta esta chica —anunció risueño—, te la voy a robar un rato —le habló a Maddie —, ¿nos marcamos un bailecito? Adoro a Barry White.

Los primeros acordes de *You’re the First, the Last, My Everything* comenzaban a sonar en el salón.

—¡Y esta es una de mis canciones favoritas!

Maddie soltó una carcajada al verlo cantar la entradilla del tema usando su puño como micro. Le tendió la mano con gracia y el hombre la tomó gustoso.

—Si me disloco una cadera, avisa a Ava —le dijo a Mark—, porque estoy dispuesto a darlo todo.

A Mark se le escapó una carcajada al verlos avanzar bailando hacia la pista. En aquel momento Pamela le estaba contando… vete a saber qué cosa, porque él no podía apartar los ojos de Maddie y la forma en que iluminaba la pista con su movimiento de caderas y sus encantadoras carcajadas.

—El sentido del ridículo brilla por su ausencia, al parecer —murmuró Violet, acariciándose el chal de pelo que llevaba encima.

—Por fortuna —dijo Ava a su espalda, que justo llegaba junto con Rachel hasta ellos—, eso ha hecho mi vida muchísimo más divertida.

Violet miró a la mujer con una sonrisa fría, exenta de arrepentimiento por el comentario.

Tanto Ava como Rachel se concentraron en la pista y observaron a Harold y Maddie sin poder evitar reír. La chica se dejaba guiar y le seguía el juego. Giraba cuando él la impulsaba a hacerlo mientras reía a carcajadas, imitando cada peculiar movimiento que él hacía, la canción se prestaba a jugar.

Ver reír a Maddie a carcajadas tenía a Mark obnubilado. Ella parecía estar disfrutando de lo lindo, sin ningún tipo de prejuicio ni vergüenza, y Mark sentía cierta tristeza por no ser él quien conseguía hacerla reír así, aunque disfrutaba de la maravillosa imagen de felicidad que irradiaba en aquel momento.

De vez en cuando, ella posaba sus ojos en él desde la distancia y sonreía divertida mientras cantaba la letra de la canción, que Mark jamás se había parado a escuchar con calma, pero que resultó un maravilloso canto al amor.

Eres mi primera, mi última, mi todo
Eres la respuesta a todos mis sueños
Eres mi sol, mi luna, mi estrella guía…

Chris llegó hasta él y se paró a su lado, mirando también hacia la pista con una sonrisa. Aprovechó el camarero que pasaba para coger dos copas de champán y le tendió una a su amigo.

—Creo que la necesitas —repuso con un gesto risueño.

Mark la cogió sin pronunciar palabra y se bebió media de golpe.

—Voy a terminar volviéndome loco, Chris —murmuró—. Apenas puedo apartar los ojos de ella, es como si tuviera un halo de luz a su alrededor que me hipnotiza y me impide ver nada más —confesó, preocupado—. Tiene una personalidad magnética capaz de cautivar a todo el mundo y, me molesta admitirlo, pero no soy una excepción.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tiene que irse.

—Mark…

—Ya no me quedan fuerzas —confesó—. Sé que ni puedo ni debo tocarla, pero se me van las manos solas.

—Quizá…

—No —interrumpió, muy consciente de lo que iba a escuchar—. No hay *quizás* que pueda plantearme, aunque no deje de buscar excusas para encontrarlos.

Chris lo miró con preocupación.

—Tienes un duro camino por delante, amigo —opinó—. Necesitarás aprender a encontrar el equilibrio de nuevo —suspiró—, eso… si es que lo recuperaste en algún momento.

Ambos sabían que aquello era muy relativo, y dependía de a qué le llamaran equilibrio.

—Envidio tu capacidad para no involucrar jamás tus sentimientos con nadie —afirmó Mark con sinceridad—. Cuántos problemas me habría evitado de haber hecho lo mismo.

Chris sonrió con una extraña expresión de tristeza.

—Cuando la única persona a la que quieres… es a la única que no puedes permitirte ni mirar, el resto es fácil.

Sorprendido, Mark se giró a mirarlo.

—¿De qué estás hablando?

—Todos tenemos nuestros propios demonios, Mark.

—¿Y por qué no sé nada de los tuyos?

—Porque jamás los dejaré salir de mi cabeza —confesó muy serio—, hasta ponerlos en palabras tengo vetado.

Mark estaba perplejo. Jamás había tenido que preocuparse por el corazón de su amigo, puesto que era un mujeriego empedernido, inmune a todo lo que no fuera el sexo.

—Chris, sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—¡Solo quiero animarte, amigo, no le des más vueltas! —Sonrió ahora—. Yo encontraré a alguien que me caliente la cama al final de la noche, es todo lo que necesito —declaró—, y quizá tú deberías hacer lo mismo.

—Yo ya me acostumbré al frío —repuso, mirando hacia la pista de nuevo—, y sucumbir al calor… es regresar al infierno.

—¿Y sería tan malo?

Mark apretó los dientes.

—Sí, si para hacerlo… tengo que volver a pactar con el diablo.

Ninguno de los dos agregó una palabra. Harold y Maddie regresaban ahora de la pista, acalorados. El hombre fue directo hasta Mark, con una sonrisa risueña, tomó su mano y la unió a la de Maddie.

—Eres un hombre con mucha suerte, es maravillosa —le dijo, todavía sujetando las manos entrelazadas entre las suyas—. No sabes cuánto necesitaba verte remontar y vivir de nuevo.

Mark sonrió por compromiso, algo cohibido. Ella no tenía por qué escuchar nada de todo aquello. Él había tenido mucho cuidado al hablar del pasado y se había guardado sus sentimientos a buen recaudo. Además, se sentía fatal por estar engañando a Harold de aquella manera.

Por fortuna, la atención del hombre se centró en su esposa.

Maddie pareció leer en su expresión con total claridad.

—Dile la verdad solo a él, si quieres —sugirió.

Mark suspiró.

—Déjalo disfrutar un poco más —terminó diciendo—. Se preocupa mucho por mí, solo quiere verme feliz. —La miró y admitió—: Por si te lo preguntabas, él se negó a que yo asumiera el desfalco como propio cuando ocurrió todo, se enfadó bastante por eso, de hecho, pero no le dejé más opción que aceptarlo.

—Entiendo.

—Solo quería dejarlo claro.

Además, aquel hombre lo había llamado casi a diario cuando todo sucedió. Intentó ayudarlo a salir del pozo de todas las formas posibles, y, gracias a él, Mark no perdió la dirección de la empresa a manos del CEO que Violet trataba de imponer, pero todo aquello no podía contárselo sin admitir el profundo abismo en el que había caído tras lo ocurrido.

—Así que Barry White… —murmuró Mark. Maddie rio—. Tienes talentos ocultos, Sherlock, bailas bien.

—Hago muchas cosas bien —batió las pestañas—, bebé.

Mark sonrió divertido.

—Y mi vestido también es bonito y no me sienta mal, aunque no te hayas molestado en decírmelo.

Él ensanchó la sonrisa aún más.

—Así que eso te ha escocido.

—Solo un poco —decidió admitir con cierta diversión—. Reconozco que has herido mi orgullo, pero no te preocupes, voy a ir al baño a refrescarme y se me pasa.

Y no era una forma de hablar. Mark la observó alejarse de él y tuvo que contenerse para no ir tras ella. De hacerlo…, sabía que encontraría un lugar donde no hubiera tanta gente mirando.

«No compliques más las cosas», se rogó a sí mismo. «Hace demasiado calor en el infierno».

Capítulo 21

Maddie corrió al aseo para quitarse de en medio un rato, más que por la necesidad de refrescarse.

La noche estaba resultando más complicada de lo que esperaba. Había llegado hasta allí preparada para enfrentarse a Mark durante unos minutos y después poder hacer su trabajo el resto de la velada, pero nada estaba saliendo como debía. La única misión que él le dejaba llevar a cabo era la de fingir ser su prometida, y aquello empezaba a pasarle una factura importante a su sistema nervioso. Paradójicamente, en aquel momento le preocupaba menos que alguien la hubiera recogido en el hotel, vete a saber con qué intenciones, que ese *me afectas demasiado* que había salido de su boca.

Iba dándole vueltas a aquello cuando se topó con Harry Barret, que casi tuvo que sujetarla para que no cayera.

—Ay, Dios, señorita Miller, lo siento muchísimo —se excusó el contable.

—No, si ha sido culpa mía, iba distraída.

—Por fortuna no se ha caído —sonrió el hombre—, o creo que me vería en la oficina de desempleo mañana por la mañana.

La chica rio.

—No sea exagerado.

—Tiene razón —suspiró con una sonrisa—, mañana es sábado, tendría que esperar al lunes.

Ambos volvieron a reír. Maddie sabía que no debía hacer preguntas, pero sentía que la vida le estaba poniendo demasiado en bandeja aquella conversación como para desaprovecharla. Tener al jefe de contabilidad frente a ella y hablando de desempleo era una señal sí o sí.

—¿Qué haría el departamento de contabilidad sin usted, señor Barrett? —empezó diciendo —. Mark le tiene en gran estima, hace usted un gran trabajo.

El hombre, henchido de orgullo, se atusó la corbata.

—Intento hacerlo lo mejor posible.

—Lleva muchos años trabajando para ZenithCorp, ¿verdad?

—Casi dieciséis.

—¡Guau! Eso es todo un mérito para pertenecer a un departamento que se renueva de forma constante —soltó como si hablara del tiempo—. Le felicito.

—Gracias, siempre lo doy todo de mí —frunció el ceño—, pero ¿a qué se refiere con lo de la renovación constante?

Maddie intentó contener la euforia. Le resultaba demasiado sencillo a veces llevarse a la gente a su terreno.

—Bueno, yo debo de haber batido algún récord, puesto que solo he trabajado una mañana en la empresa —le recordó con una mueca divertida—, pero me han comentado que la gente no dura demasiado en contabilidad.

—Vienen y van, sí —admitió—, pero al igual que en todos los departamentos, supongo.

Maddie hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—¿Acaso Mark le ha dicho lo contrario? —El hombre parecía ahora intranquilo—. ¿Está

descontento conmigo? No me ha dicho nada y…

—No, no se preocupe, solo fue algo que me llamó la atención.

«Joder, Maddie, a ver cómo sales de este jardín», se regañó.

—En realidad, señor Barrett, solo me llamó la atención a mí cuando estuve mirando las fichas.

El hombre parecía asombrado.

—¿Las fichas de empleados? —Maddie asintió y lo vio dudar—. No sé si la estoy entendiendo, ¿para qué querría usted hacer tal cosa?, ¿con qué objetivo?

Maddie carraspeó. Había llegado el momento de apostar fuerte.

—Es que no quiero que piense mal de mí.

—No se me ocurriría, pero no entiendo nada.

—Quería… encontrar a alguien —titubeó aposta— que hubiera conocido a Madeline Middelton.

El tipo ahora sí se quedó perplejo.

—¿Por qué?

La chica soltó un suspiro que sonó a resignación.

—¿Qué le puedo decir? Sé que ella y Mark tuvieron su aquel y me picaba la curiosidad.

—Entiendo —parecía incómodo ahora—, pero poco va a poder decirle el personal; incluso yo, que soy bastante cercano a la presidencia, me enteré de su relación el mismo día en que se largó con ese dinero.

—Vaya, pues sí que lo escondían bien. —Aquella sorpresa sí fue genuina—. Aunque supongo que ella era una actriz consumada, a juzgar por la manera en que engañó a todo el mundo.

—Muy cierto.

—¿Quién la contrató? —Aprovechó.

El tipo estaba cada vez más asombrado de tanta preguntadera.

—Pasó varias entrevistas, una de ellas conmigo —aseguró—. Tenía un currículo estupendo.

Aquello le chocó.

—¿En serio? —interrogó, confundida—. Hasta donde yo tengo entendido, tenía poca experiencia. Venía del mundo del tenis profesional y jamás había trabajado en nada parecido a la contabilidad.

—Ese no fue el currículo que yo vi —declaró—. Creo recordar que tenía un master en dirección de empresas; de hecho, siempre pensé que estaba sobrecualificada para el puesto, pero a Jeremy le encantaba y…

—¿Quién es Jeremy? —interrogó con rapidez.

—Jeremy Andrews, mi mano derecha en el departamento —explicó—. Él era el encargado de contratar al personal.

Maddie afinó el instinto.

—¿De despedirlos también?

—Sí, claro.

—¿Y dónde puedo hablar con él? —se interesó—. ¿Está en la fiesta?

—No, se fue de la empresa hace algo más de un año —contó—. Le tocó un buen pellizco en la lotería, ¿sabe?

—¿No me diga?

—Sí —afirmó—, casi medio millón.

Maddie frunció el ceño. Aquello era muy conveniente, demasiado.

—¿Y dónde podría localizarlo?

—Podría mandarle un mensaje para que la llame —ofreció—, pero no entiendo el motivo de…

—¡Eso sería estupendo! —interrumpió, sonriéndole con euforia—. ¿Haría eso por mí? —Lo miró con un gesto que se aseguró que fuera de esperanza e ilusión.

—Claro, pero…

—¡No sé cómo agradecérselo! —se apresuró—. Es usted tan genial como me habían dicho. ¿Podría mandarle ese mensaje ahora mismo para que no se le olvide?

El hombre parecía perplejo.

—No sé sí…

—Ande, por favor —rogó, mirándolo con una inocencia irresistible.

Necesitaba aquel contacto antes de que Mark interviniera con su nueva política de cero preguntas.

Barrett no pudo resistirse a la súplica en aquellos ojos azules. Sacó su teléfono móvil, trasteó durante un minuto y le pidió a Maddie su número para indicarlo en el mensaje.

—Pues listo, supongo que no tardará en verlo —opinó el contable—, aunque que la llame o no, ya no está en mi mano. La última vez me escribió desde las Maldivas, y de esto ya hace un año, justo tras irse de la empresa.

—Le agradezco el esfuerzo de todas formas. —Sonrió con franqueza—. Muchas gracias.

El hombre le devolvió una sonrisa de admiración.

—Usted no tiene nada en absoluto que envidiarle a la señorita Middelton —le garantizó.

Maddie le agradeció el gesto con sinceridad. Después, se despidió y caminó por fin hacia los baños.

Sabía que Mark no debía enterarse de aquella conversación y se sentía un poco pesarosa por saltarse sus órdenes tan a la ligera, pero no había podido evitarlo. Demasiados misterios giraban en torno a Madeline como para resistirse.

«Mark…», casi suspiró su nombre dentro de su cabeza, siendo muy consciente ahora de cuánto deseaba regresar a su lado a seguir… fingiendo.

Metió las manos bajo el grifo y se las llevó a la parte trasera del cuello para combatir el calor de los recuerdos. Después, se miró en el espejo y volvió a asombrarse de lo bonita que se veía aquella noche. No recordaba haber usado jamás un vestido tan elegante ni haber ido tan peinada y maquillada. Sus ojos azules, enmarcados por unas largas pestañas, lucían aún un maquillaje perfecto, que la convertían en una belleza de anuncio de perfumes. Por primera vez se sentía hermosa y orgullosa de estarlo; se sentía mujer, además de madre.

—¡Estás aquí! —exclamó una voz chillona a su espalda.

«Como no iba a venir alguien a joderme este momento de paz», se exasperó. Pamela Collins era, además, la última persona con la que le apetecía intercambiar una sola palabra más, pero no tuvo más remedio que girarse a mirarla.

—¿Has venido a retocarte el maquillaje? —interrogó la rubia.

«A pintarme los labios, a Mark le gusta la fresa», habría querido decirle, pero se contuvo.

—Solo a refrescarme —dijo en su lugar.

—Entiendo, tanto baile es lo que tiene.

¿Había sonado a crítica? Dios, qué mujer tan odiosa.

—Pero compensa —sonrió Maddie—, resulta divertido.

Pamela hizo una mueca de desagrado, y la chica se batió en retirada.

—Bueno, vuelvo a la fiesta.

—Disculpa lo de antes —interrumpió Pamela.

Mierda, ya sabía que no iba a ser tan fácil zafarse de aquella conversación. Estuvo a punto de no entrar al trapo, pero *Barbie Incordio* insistió.

—Me refiero a… —carraspeó de forma dramática— si me acerqué mucho a Mark cuando llegué, pero siempre hemos tenido una relación muy íntima —se tapó de inmediato la boca fingiendo sentirse azorada—, uy, perdona, quizá no está bien decirte esto a ti.

«¡Qué bruja!», pensó Maddie.

—Ah, no te preocupes —fue lo que salió de sus labios junto con una sonrisa—, no me pareció nada íntimo, yo beso a mi padre en la mejilla.

Creyó oírla rechinar los dientes y estuvo a punto de reír, la cara de la mujer era un poema. Si sonreía con más tensión, corría el riesgo de agrietarse como lo haría la porcelana.

—Ha sido una charla interesante, pero ya echo de menos a mi prometido —suspiró Maddie —. Chica, ¿qué tendrá ese hombre para ser tan adictivo? —se encogió de hombros—, por fortuna, tengo toda una vida por delante para descubrirlo. —Le guiñó un ojo y se dio media vuelta dispuesta a irse.

No tuvo suerte.

—Eres optimista —anunció Pamela, izando el tono de voz para detenerla.

Maddie soltó un improperio por lo bajo y se giró a mirarla de nuevo.

—Vale, voy a preguntar —repuso resignada, aunque sin disimular el tono irónico—. ¿A qué te refieres?

—A que creas que él podrá amarte tanto como para ser para siempre.

—Soy una mujer increíble —declaró Maddie, intentando no reírse por el gesto de estupor de la rubia. Si tenía que aguantar aquello, al menos se merecía divertirse.

—Serás increíble, si tú lo dices, pero tienes un defecto irreparable.

—¿Sí? ¿Y ese es…?

—Que no eres ella.

Ahora sí, Maddie tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no borrar la sonrisa de su rostro.

—No eres Madeline. —Ensanchó la mueca mordaz—. ¿Supongo que sabes de quién te hablo?

Maddie asintió.

—¿Y cómo llevas el saber que da igual cuánto te esfuerces porque él jamás podrá amarte tanto y con tanta intensidad como a ella?

Aquello le estaba pegando tan duro que apenas podía encajarlo, algo que no debería pasar, teniendo en cuenta que su compromiso no era real.

—Solo te digo esto para evitarte dolor —agregó Pamela con fingida inocencia—. Es una pequeña aportación para evitarte sufrimiento futuro. Te aconsejo que no te hagas ilusiones.

A Maddie le dolían los pómulos del esfuerzo que tenía que hacer para seguir sonriendo, pero no se amilanó y declaró en un tono sobrio:

—Gracias por tu preocupación. Déjame agradecerte tu amabilidad también con un consejo. —Avanzó un paso hacia ella—. Ten mucho cuidado con no morderte la lengua, *bebé* —recalcó —, porque no hay cuerpo humano que resista tanto veneno.

Sin esperar la réplica, Maddie caminó con paso firme hacia la puerta y salió del baño. Le habría gustado sentirse triunfante por poder decir la última palabra y cerrarle la boca, pero la realidad era que estaba hecha papilla.

«Llegó el momento de regresar a Chicago», gritó cada fibra de su ser, provocándole una opresión en el pecho. Cada palabra que aquella mujer había pronunciado la sentía ahora clavada

en la piel, como si de dolorosos alfileres se tratara.

«Jamás te involucres de forma personal con un cliente», escuchó decir a su padre dentro de su cabeza, demasiado consciente de que era tarde para eso. Debía salir de su vida cuanto antes. Quería ayudarlo a sanar, a recomponerse, pero no a costa de romperse ella. Leo era muy bebé aún y la necesitaba entera, no hecha pedazos. Su amnesia ya le robaba la mitad de su vida, no podía permitir que Mark le robara la otra media.

Caminó como una zombie por el atestado salón, intentando contener las lágrimas, mientras luchaba contra la desconcertante sensación de no ser la primera vez que vivía algo así. Una angustia demasiado parecida a la que la despertaba en las madrugadas le cortaba la respiración, y aquello la alarmó, aunque al menos en sus pesadillas no podía recordar a la persona que motivaba su desdicha. Durante unos pocos segundos, deseó poder borrar sus recuerdos a voluntad y sacar a Mark de su cabeza para siempre.

Pareció atraerlo con el pensamiento, puesto que se topó con él cuando apenas había avanzado unos metros, como si la hubiera estado aguardando cerca de la puerta.

—Has tardado.

Maddie apretó los dientes, buscando la forma de hablar con serenidad.

—¿Qué te pasa? —se interesó Mark ahora.

—Quiero irme.

—¿Ya? —Consultó su reloj.

—Cogeré un taxi.

—¡No seas absurda! —se quejó—. Vamos a despedirnos y…

—Necesito aire. —Tuvo que confesar, cada vez más agobiada. Sentía la piel de los brazos arder bajo las manos masculinas, tanto que intentó apartarse.

—Vale, salgamos.

Juntos, subieron las escaleras, atravesaron un pequeño pasillo y salieron al enorme hall del edificio, donde había apenas un par de personas, junto con el guardia de seguridad.

—¿Estás mejor? —La miró con atención.

Maddie asintió cuando sintió el aire frío sobre el rostro y sus sentidos dejaron de estar tan saturados por la música, la gente…, pero no duró mucho.

—Quiero irme a casa —dijo antes de perder la valentía, intentando controlar el temblor de su voz.

Perplejo, Mark la miró sin pronunciar palabra.

—A Chicago —puntualizó, y siguió hablando frente a su silencio—. ¿Sabes si Simon ya recogió mis cosas?

—No.

—¿No las recogió o…?

—No lo sé —especificó. Él parecía estar fuera de juego en aquel instante, pero Maddie estaba demasiado encerrada en sí misma como para ser consciente.

—¿Puedes llamarlo?

—¿Es que quieres irte esta noche? —interrogó desconcertado.

—¿Qué hora es?

—¡Qué demonios ha pasado, Maddie, por Dios! —estalló—. Esto es…

Ella se giró a mirarlo con los puños apretados, como si estuviera impulsada por un resorte.

—¡No me llames Maddie! —exigió con una rabia que ni ella misma supo de dónde salió.

—Tú me diste permiso —sonó desconcertado.

—¡Pues lo retiro!

Sintió un dolor intenso en el pecho y las ganas de gritar la enloquecieron. Dios, ¡se estaba rompiendo del todo! ¡No podía hacerlo en aquel momento, no frente a él!

—Vale, no volverá a suceder —aseguró Mark, y sacó su teléfono—. Localizaré a Simon.

Maddie aguardó en silencio, intentando no mirarlo. En aquel instante estaba superada por sus propias emociones. Volvió a ser consciente de que la angustia que sentía era demasiado parecida a la que la despertaba cada madrugada, una consecuencia de un pasado que no podía recordar, pero que estaba demasiado arraigado en su corazón y su alma como para exponerse de nuevo. En lo más profundo de su ser, sentía que Mark tenía la capacidad para destruirla del todo, y no podía permitirlo.

—Simon ya está en la mansión —anunció.

—Bien —asintió sin mirarlo—. Quizá es mejor despedirnos aquí y…

—Tengo unas apariencias que mantener —interrumpió Mark, que parecía irritado—. Jamás dejaría que mi prometida se marchara sola a casa.

Maddie no dijo nada. Sabía que lo mejor sería decirle adiós allí mismo, pero se engañó pensando que al menos le debía salir de su vida sin llamar la atención, así que lo siguió hasta el parking y se subió en el coche sin protestar.

Ninguno de los dos pronunció una palabra mientras Mark conducía. Maddie iba mirando por su ventanilla, absorta en sus pensamientos, luchando contra la maraña de sentimientos dispares que la enloquecían.

Cuando Mark se metió en la autopista, rompió el silencio en un tono frío, que parecía exento de todo tipo de emociones.

—¿Piensas marcharte esta misma noche?

Maddie no se giró a mirarlo, estaba muy cansada en aquel instante debido al coctel de emociones que anidaba en su interior. Suspiró con fuerza mientras buscaba la respuesta.

—Sufres de un trastorno bipolar preocupante —opinó Mark sin esperar a que hablara.

Para Maddie aquello resultó duro de escuchar de sus labios, pero nada descabellado. Vivir sin pasado ni memoria, respondiendo en parte a los estímulos y sensaciones que tu subconsciente te envía sin saber ni entender el motivo, resultaba desesperante a veces. Necesitaba mantener un férreo control sobre sus emociones para soportarlo, y era evidente que aquel hombre la desestabilizaba demasiado.

—No vas a tener que sufrirlo mucho más —dijo todo lo serena de que fue capaz—. Quizá sea demasiado precipitado irme ahora…

—¿Tú crees? —ironizó Mark, pero ella lo ignoró.

—…me iré a primera hora.

Él calló y, de alguna manera, Maddie se sintió decepcionada.

«¿Qué esperabas? ¿Qué pusiera algún tipo de objeción?… Pues sí que vas a ser bipolar», se entristeció. Resultaba obvio que necesitaba una cita con su psicólogo cuanto antes. Guardó silencio, cualquier cosa que dijera solo contribuiría a empeorarlo todo.

Miró a Mark de reojo, buscando contagiarse de la aparente calma y concentración que él tenía puesta sobre la carretera, y entonces fue consciente del modo en el que él observaba el espejo retrovisor con una cierta inquietud.

—¿Pasa algo?

A Mark le costó contestar.

—Creo que nos están siguiendo.

Perpleja, Maddie se giró a mirar. No había demasiada gente en la carretera casi a las doce de la noche, solo se veían las luces de un vehículo que era obvio que no estaba respetando la

distancia de seguridad. Iba demasiado pegado a ellos, teniendo en cuenta que podría haber adelantado por la izquierda sin problema.

—¿Desde cuándo crees que nos sigue?

—Desde que hemos salido del garaje.

Maddie se giró de nuevo a mirar.

—No distingo la marca.

—Es un BMW —contó Mark—, de color negro, ¿te suena de algo?

Con un gesto de estupor y los ojos como platos, lo miró con angustia.

—¿Crees que es el mismo que me recogió? No lo veo bien.

—Me temo que lo vas a ver mucho más de cerca —dijo preocupado, y aceleró para demostrar su teoría.

En cuanto apretó el acelerador, el BMW también lo hizo, esta vez acercándose tanto que casi los golpeó.

—¡¿Qué está haciendo?! —se alarmó Maddie—. ¿Qué quiere?

—Aún no lo sé —admitió Mark, con una evidente inquietud, y continuó acelerando.

No tardaron en recibir el primer golpe. Maddie soltó un grito de angustia, y Mark intentó guardar la calma.

—¡Acelera! —pidió la chica, asustada.

—No es buena idea —opinó Mark, sin dejar de mirar por el retrovisor—. Si lo que quiere es asustarnos, no tardará en cansarse; pero si pretende echarnos de la carretera, es mejor que no sea yendo a ciento ochenta.

Maddie entendió el razonamiento y guardó silencio, dejándolo decidir qué hacer. Observó que Mark levantaba un poco el pie del acelerador y el BMW hacía lo mismo, aunque no tardó en embestirlos de nuevo.

—Ay, Dios, quiere matarnos —se lamentó Maddie, y pensó en el pequeño que la aguardaba en casa, que quizá no volvería a ver nunca a su madre.

—Te prometo que no va a conseguirlo —le aseguró Mark. Y, por algún extraño motivo, ella le creyó.

Los dos vehículos siguieron midiendo sus fuerzas durante un par de millas. Por fortuna, el Audi de Mark, junto con su temple, aguantaban cada embestida con estoicismo, pero la curva a la que se aproximaban, tan cerrada que estaba señalizada con neones, no tenía buena pinta.

Mark frenó para tomarla, y el BMW se puso ahora en el lateral izquierdo. Parecía dispuesto a todo para terminar ya con aquello. De un fuerte volantazo, chocó contra su coche con tanta fuerza que poco pudo hacer Mark ya para permanecer en la carretera. Sin poder evitarlo, se salió de la calzada y rodó a gran velocidad por un terreno angosto mientras luchaba por hacerse con el control del vehículo.

—Agárrate —le gritó a la chica—, no podré sortear del todo la zona arbolada.

Por más que Maddie se sujetó con fuerza al asiento, la inercia de la colisión frontal contra uno de los árboles, incluso ya a una velocidad reducida, la llevó a golpearse contra el salpicadero.

Apenas sintió el impacto, todo se volvió oscuridad.

Capítulo 22

Confusa, Maddie caminó entre la bruma. Hacía un calor insoportable, a pesar de hallarse bajo la sombra de los árboles más altos que había visto jamás, y tenía la sensación de llevar muchas horas avanzando sin rumbo. El dolor de cabeza comenzaba a resultar insoportable, casi tanto como el de la rodilla, que sabía que pronto le impediría seguir avanzando; aunque también sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir con vida de allí si se detenía.

Aturdida, miró a su alrededor intentando recordar dónde estaba y qué era lo que le había sucedido, pero debía estar demasiado conmocionada, porque en aquel instante ni siquiera era capaz de recordar quién era.

Al límite de sus fuerzas, avanzó casi con la pierna a rastras hasta que su cuerpo colapsó y tuvo que dejarse caer, vencida, sobre la tierra. Miró al cielo, que arrojaba algo de luz entre los árboles, y rogó para que aquel tormento terminara pronto, pero sus súplicas no fueron escuchadas.

No tardó en sentir los primeros insectos caminando sobre su cuerpo, metiéndose incluso entre su ropa sin que ella pudiera mover un solo dedo para quitárselos de encima. El asco y el miedo pasaron a un segundo plano cuando comenzó a sentir las picaduras, la inflamación, el dolor…, mientras rogaba para perder la consciencia antes de que las alimañas la devoraran viva.

—Despierta, por favor —escuchó de repente una voz dentro de su cabeza.

Soltó un quejido de alivio. Reconocía aquella voz, aunque… no era capaz de identificarla.

—Abre los ojos —escuchó de nuevo—, no me hagas esto.

Si había alguien con ella, ¿por qué no podía verlo?

—Quítamelos —rogó con un hilo de voz—. Me… pican…

—¿Qué?

—Por favor —imploró, sintiendo los aguijonazos cada vez con mayor intensidad—. Los bichos…, quítamelos…

—Abre los ojos, todo está bien —insistió la voz cada vez más desesperada—, inténtalo, por favor.

Sintió que alguien la acunaba ahora entre sus brazos y aquello la desconcertó. Luchó por abrir los ojos y… se topó con el rostro más hermoso que había visto jamás, pero no lograba permanecer del todo despierta.

—Quédate conmigo, dulzura —escuchó entre susurros, y aquellas palabras consiguieron que su consciencia regresara por completo al fin.

A pesar del dolor de cabeza y de la horrible pesadilla, se sintió a salvo entre sus brazos, como si nada malo pudiera sucederle si se aferraba con fuerza a él.

—Tú no dejarás que… me coman los bichos —susurró en un tono de alivio.

—Jamás lo permitiría.

Maddie sonrió con mucho esfuerzo y respiró hondo varias veces para asegurarse de que podía hacerlo. Le dolía la cabeza y sentía la humedad de la sangre en la frente, pero no parecía tener nada más.

—¿Qué ha pasado? —interrogó, aún confusa.

—Hemos tenido un accidente —contó Mark.

Maddie entrecerró los ojos y al fin recordó:

—El BMW…

—Sí.

Intentó incorporarse, pero él no lo permitió.

—Ya suenan las sirenas —anunció—, es mejor que no te muevas hasta que te valoren.

Ella asintió y cerró los ojos de nuevo.

—No te duermas —rogó Mark en un claro tono de alarma—. Por favor, mantén los ojos abiertos.

—Estoy bien —izó su mano hasta su rostro—. Ojalá hubieras estado allí aquel día…

—¿Cuándo?

Maddie frunció el ceño, desconcertada, y entonces fue consciente de algo que la sorprendió y la alteró a partes iguales. La confusión, el dolor, el agotamiento, los cientos de bichos de todas las especies devorando su cuerpo, nada de aquello había sido una pesadilla o producto de sus desvaríos, sino… uno de sus recuerdos perdidos, que había regresado a su cerebro con todo lujo de detalles. Allí estaba el origen de su aversión a los insectos, una respuesta al fin, aunque no fuera de las más agradables.

Los servicios de urgencia y la policía se hicieron por fin cargo de la situación y se afanaron por comprobar las constantes y el estado de Maddie, que se desmoralizó un poco cuando pasaron los minutos y no veía a Mark por ninguna parte, ¿se habría ido sin ella?

—Nos vamos ya, Maddie —informó el médico tras hacerle una exploración de emergencia.

—Vale, gracias por todo, yo…

Escuchó reír al enfermero, y el médico agregó:

—No me estoy despidiendo —aclaró—. Tú también vienes con nosotros.

—No, yo… no necesito ir a un hospital —afirmó—, estoy bien.

—Pero hay que hacerte unas pruebas extra —insistió el médico—, entre ellas un TAC para descartar que pueda haber una lesión como consecuencia del golpe.

—No quiero. —Intentó incorporarse cuando les vio las intenciones de levantar la camilla—. No me gustan los hospitales.

—A veces son necesarios —se reiteró el doctor.

—No pienso quedarme ingresada —aseguró, incómoda.

—Y a nosotros nos encantará darte el alta cuanto antes.

Maddie estaba a punto de gritar de pura desesperación. Había pasado cinco eternos meses encerrada en un hospital y los recordaba como los más angustiosos de toda su vida. Cada lunes, le aseguraban que quizá pudieran darle el alta a la siguiente semana, así una tras otra, hasta que los médicos internistas y los psiquiatras acordaron que estaba lista para afrontar la vida fuera del hospital, junto a su pequeño milagro, que también vivió su propia batalla, demostrando que era un luchador como su madre.

Nerviosa, respiró con dificultad mientras metían la camilla en la ambulancia.

—¿Dónde está Mark? —interrogó con aprensión—. ¿Se ha ido?

—¿Irse sin ti? —Sonrió el enfermero—. Si hemos tenido que amenazarlo con sedarlo si no permitía que le cosiéramos la herida —contó—. Mi compañero debe de estar a punto de acabar, están en la ambulancia de al lado.

Maddie lo miraba con los ojos desencajados.

—¿Está herido? No me he dado cuenta —se asustó—. ¿Es grave?

—Se ha cortado el antebrazo al romper el cristal de tu ventana.

—Ay, Dios, ¡¿y por qué ha hecho algo así?!

Tanto médico como enfermero sonrieron a medias.

—Para poder llegar hasta ti, preciosa, las puertas estaban condenadas debido al golpe.

Asombrada, Maddie guardó silencio, deseosa de ver a Mark cuanto antes. Cuando ella había despertado, ya estaba entre sus brazos, ¿de veras se había hecho daño para ayudarla?

Apenas acababa de hilar un pensamiento cuando Mark entró en la ambulancia. Estaba muy pálido, y la miró con un gesto de evidente aprensión.

—¿Cómo estás? —preguntó, sentándose junto a ella.

—Yo bien —le devolvió una mirada nerviosa—, pero ¿y tú? Me han dicho que te estaban dando puntos.

Mark izó el brazo, que le habían vendado desde la muñeca hasta el codo. Maddie estaba asombrada.

—El vendaje es muy aparatoso, pero no es para tanto —informó el chico, y miró al médico —. Ya he llamado al doctor Stiles, nos aguarda en el Brigham.

La ambulancia se puso en marcha y salieron a toda velocidad.

—¿Quién es ese doctor? —intervino Maddie.

—El médico de la familia y el jefe de medicina interna del Brigham —explicó Mark—, estarás en buenas manos.

Maddie tomó las manos del chico entre las suyas y suplicó:

—No permitas que me dejen ingresada, por favor.

Mark miró al médico con cierta preocupación.

—Está obsesionada con eso —murmuró el doctor—, y espero que no sea necesario, pero faltan algunas pruebas para poder asegurarlo.

Mark posó una mirada seria sobre sus ojos.

—Te prometo que no me apartaré de tu lado en ningún momento —aseguró—. ¿Eso… te gustaría?

Parecía inseguro, tanto que Maddie sintió una ternura dentro del pecho que la obligó a sonreír.

—Sí.

—Pues hecho.

Ambos sonrieron y ninguno de los dos pronunció una palabra más hasta llegar al hospital, donde a Maddie le hicieron un batallón de pruebas a la velocidad del rayo, sin que tuviera que esperar un solo segundo. Al parecer, el tener dinero y un médico privado ayudaban bastante.

Cuando regresaron con ella a la habitación donde Mark la aguardaba, la chica lo miró con aprensión.

—Me has dejado sola —susurró.

El doctor Stiles, que venía con ella, sonrió.

—No le he permitido ir con nosotros —explicó—. Mark suele pecar de impaciente y entorpecer bastante.

El chico hizo un gesto de desagrado que a Maddie le causó gracia. El doctor debía de tener mucha confianza con él, puesto que parecía que acababa de amonestarlo como a un niño y Mark ni siquiera rechistaba.

—¿Cómo ha salido todo? —interrogó.

—Aún me faltan un par de resultados, pero parece que todo quedará en un susto.

—¿Y cuándo estarán? —insistió Mark.

—¿Qué hemos hablado de la impaciencia?

—Oiga, no le regañe —interrumpió Maddie—, que también lleva lo suyo. —Señaló el brazo —. ¿Es que no ve que está convaleciente?

El doctor miró a Mark ahora con una sonrisa.

—¿Acaba de defenderte una dama? —le dijo con cierta diversión.

—Eso parece. —Mark tampoco pudo evitar sonreír—. Ten cuidado, tío, y compórtate, suele tener mala leche.

El médico observó a Maddie, que fruncía el ceño con cierto malestar.

—¿Tío de *qué pasa, tío*, o de… los otros?

—De los que nacen hermanos de tu madre. —Mark se divirtió frente a su gesto de horror.

«*Es el médico de la familia*», había dicho en la ambulancia, lo que no esperaba era que fuese en sentido literal.

—Ah, ya… —carraspeó, mirando al hombre con una mezcla de vergüenza y curiosidad. Ahora que se fijaba, se parecía mucho a Rachel Madock—. Pues encantada, aunque habría preferido conocerlo en otras circunstancias.

—Sí, yo también habría agradecido enterarme de vuestro compromiso a través de mi sobrino —miró a Mark con un gesto severo—, en lugar de por la prensa.

Maddie agachó la cabeza. Aquel era un jardín en el que no iba a meterse. Él sabría qué quería decirle a su tío.

—Pensaba llamarte —aseguró Mark—, pero han estado pasando muchas cosas.

Una enfermera entró ahora en la habitación con una carpeta que le tendió al doctor, que se centró en lo que había dentro de inmediato.

—Ya lo hablaremos —dijo, estudiando la información en silencio—. Todo está muy bien, Madison, aunque voy a dejarte esta noche en observación.

La chica miró a Mark con un gesto de horror.

—¿Es necesario, tío?

—Sí, con los golpes en la cabeza hay que ser precavidos —explicó, y miró a la chica—. Si te quedas aquí, podrás descansar, porque estarás bajo supervisión, pero si te dejo irte a casa, tendrás que permanecer despierta toda la noche por precaución.

La chica suspiró, abatida, viéndolo desde aquel prisma no había mucho que valorar.

—¿Tomas algún tipo de medicación? —interrogó ahora el médico.

Para Maddie, el que Mark estuviera en la habitación comenzaba a ser violento. Por fortuna, ya no debía medicarse para las secuelas de su accidente, pero había algo… que habría preferido no tener que explicar en aquel instante.

—Norgestrel —confesó, esperando que el doctor no agregara nada más.

No tuvo suerte.

—¿Cómo anticonceptivo o por algún problema?

«¡Mierda, ¿por qué no lo gritas con un megáfono?».

Maddie sintió su cara arder y fue incapaz de mirar a Mark, aunque intentó no mostrar su azoramiento. Le habían recetado aquella píldora anticonceptiva un año atrás para intentar que sus reglas no fueran tan dolorosas, y no era nada por lo que debiera avergonzarse.

«Soy una mujer adulta», se recordó con énfasis.

—Por desajustes hormonales —confesó, intentando sonar como si hablara del tiempo.

—Entiendo.

Maddie tragó saliva y agachó la cabeza. Tenía la sensación de que si miraba a Mark, él vería un enorme neón parpadeante en su frente, anunciando: hasta el dinero en condones nos ahorraríamos, ¡todo son ventajas!

Por suerte, la enfermera que había llevado las pruebas regresó de nuevo, y le tendió al médico otra carpeta similar a la anterior.

—El expediente que esperábamos —anunció—. Acaban de enviarlo desde Chicago.

—¿Ya? Qué eficientes. —Sonrió el doctor.

—¿Qué es eso? —exigió saber Maddie de inmediato.

—Tu expediente médico —confirmó el hombre—. Nos saltó una alerta al meter tus datos en el sistema.

Maddie se revolvió en la cama.

—¿Pueden hacer eso? —Miró a Mark—. No tengo por qué compartir mis informes médicos con nadie.

El doctor la observó ahora con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Conmigo sí, me temo, puesto que tienes una emergencia médica —le explicó—, pero todo lo que hay en estos papeles es confidencial, por supuesto.

Ambos miraron a Mark, que les devolvió una mueca de desconcierto.

—¿Tan grave es lo que guarda ese expediente? —Observó a Maddie con un gesto de extrañeza.

La chica soltó un suspiro. Estaba cansada de tener que ocultarse. Él la había visto ya en sus momentos más bajos, en ese avión, en la terraza…

—La gente tiende a tratarme diferente cuando lo sabe —susurró, abatida.

—Yo no lo haré —aseguró—, te lo prometo.

Maddie soltó aire con fuerza, miró al doctor y asintió. El médico empezó a contrastar datos de inmediato.

—Aquí dice que tuviste un accidente hace dos años y medio —comenzó.

—Sí, en el Monte Rainier, en Seattle —contó—, fui a escalar y caí desde treinta metros de altura.

Maddie intentó no mirar a Mark para nada.

—Fue grave —asintió el doctor, consultando el expediente con un gesto serio—, muy grave en realidad. Tardaron dos días en encontrarte y estabas en estado crítico —siguió leyendo.

—Sí.

—Pasaste cinco meses hospitalizada.

—Casi seis.

El médico parecía perplejo, y no tenía ni idea de cómo lo estaba encajando Mark, puesto que era incapaz de mirarlo. Ahora vendrían las preguntas más delicadas, estaba segura.

—Aquí dice que sufriste una amnesia importante —llegó a lo que más temía—, pero la última anotación de neurología es de hace más de un año.

—Sí, me dieron el alta.

«El alta voluntaria», aunque eso no lo dijo. Cansada ya de acudir a consulta cada mes sin resultados y de montones de pruebas sin sentido, decidió que había llegado el momento de asumir que jamás recuperaría su vida tal y como era y que debía aprender a aceptar la nueva. Solicitó el alta, olvidó toda esperanza de recuperación y centró su terapia en trabajar con un buen psicólogo que pudiera ayudarla a seguir adelante con su vida.

—¿Y cómo has evolucionado en este último año?

Maddie tragó saliva y miró al médico.

—He aprendido a aceptar mi nueva condición —confesó.

—¿Eso qué significa? —intervino Mark ahora, en un tono de voz neutro.

Para la chica, mirarlo para aceptar su verdad no fue nada fácil, pero llegados a aquel punto no

había marcha atrás.

—Significa que he aprendido a vivir sin pasado.

—¿No recuerdas nada?

—Nada anterior al accidente —admitió.

Él la miró con una clara expresión mezcla de asombro y tristeza.

—Pasé cuarenta y dos días en coma en la unidad de cuidados intensivos, los médicos me desahuciaban a diario. —Apretó los dientes—. No soy una víctima, Mark, soy una superviviente, así que borra esa expresión de lástima de tu rostro.

Alzó el mentón con lo que pretendía ser orgullo, pero no pudo evitar que sus ojos se humedecieran y de ellos brotaran un par de lágrimas traicioneras.

—No tienes que hacerte la fuerte —le aseguró Mark tomándola de la mano.

—Pero lo soy —rescató su mano y se secó las lágrimas con determinación—. No te atrevas a mirarme como a una víctima —exigió.

Mark asintió, y ella leyó en sus ojos algo que no supo identificar, pero para lo que no tenía tiempo en aquel momento.

Al parecer, al doctor Stiles se le había pasado por alto un pequeño detalle de su expediente, quizá porque era tan insólito y descabellado que resultaba inconcebible. El bebé que llevaba en su vientre había demostrado ser igual de testarudo que su madre y se había aferrado a la vida con uñas y dientes, sobreviviendo a una caída de treinta metros de altura y a dos días de deshidratación y penurias perdidos en mitad de la nada. Cuatro meses y medio después, cuando apenas acababa de entrar en su séptimo mes de gestación, había decidido que era hora de conocer el mundo y había luchado en una incubadora una dura batalla durante dos meses más, con sus días y sus noches, en las que Maddie había vivido el peor tormento imaginable. Aquella personita era lo único reconocible en su vida, todo su mundo, y nada habría merecido la pena si lo hubiera perdido, pero Leo demostró ser digno hijo de su madre y salió adelante con honores, convirtiéndose en el niño mimado de cada médico y enfermera del hospital.

Sintió tal deseo de abrazar a su pequeño que aquello sí le ganó la partida y las lágrimas brotaron de sus ojos sin remedio. Había faltado tan poco para dejarlo huérfano…

—Maddie…

—¿Puedes dejarme a solas? —rogó.

—Pero…

—Vete a descansar, Mark —pidió—, el doctor ha dicho que yo debo quedarme aquí, ¿verdad? —Miró al hombre.

—Es lo más recomendable, sí.

—Pero me pediste…

—Lo sé. —Tenía claro que le había rogado que no la dejara en el hospital y que no se apartara de su lado, pero las circunstancias acababan de cambiar del todo. No soportaría su condescendencia en aquel momento, y él no podría evitar comportarse así, porque apenas acababa de enterarse de algo que siempre llevaba a la gente por ese camino.

A Mark le costó respetar sus deseos y dar su brazo a torcer. Estuvo allí hasta que monitorizaron por completo a Maddie para tenerla controlada desde el puesto de enfermeras. Tras eso, al fin se despidió y salió de la habitación.

Por fin, Maddie pudo quedarse a solas con sus propios pensamientos, que necesitaba analizar con cuidado. Primero lloró durante unos minutos para descargar el miedo, la adrenalina, la frustración, y después se centró en el recuerdo que había recuperado aquella noche. No había mucho de donde tirar y mucho menos resultaba agradable, pero, de alguna forma, le daba ciertas

esperanzas. Había pasado dos años preguntándose si realmente sus recuerdos estaban en algún lugar recóndito de su mente o se habían esfumado del todo para siempre, y apenas llevaba unos días en Boston y ya había recuperado dos de ellos. Quizá solo necesitaba salirse de su zona de confort para lograr que su subconsciente la guiara. ¿Acaso resultaba descabellado aquel razonamiento?

Le dio varias vueltas a aquello y decidió que al día siguiente llamaría a Drew, su psicólogo, para contarle sus avances. Estaba segura de que él iba a alucinar, aparte de tener que abandonar la teoría que a ella tanto le disgustaba escuchar. Para Drew, al igual que para el resto de médicos que habían estudiado su caso, la propia Maddie, de forma inconsciente, saboteaba toda posibilidad de recuperación porque en realidad había algo en su pasado que no quería recordar.

«Una teoría del todo absurda», suspiró, y se sintió un tanto incómoda, como siempre que abordaba aquel tema.

Capítulo 23

Cuando Mark salió con su tío de la habitación, el hombre lo observó con un gesto de preocupación que no se molestó en ocultar.

—Se te ve agotado —comentó—, te pediré un taxi y…

—No te molestes, tío —interrumpió—, porque no me voy a ninguna parte.

—Ella estará en buenas manos —garantizó—, está monitorizada, y yo mismo haré guardia en el hospital.

—Me da igual, me quedo —miró hacia la puerta cerrada y suspiró—, aunque ella no me quiera aquí.

Devon Stiles soltó un sonido resignado y le dio una palmadita a su sobrino en la espalda.

—Vamos a tomarnos un café, anda, lo necesitas.

Caminaron hasta la máquina más próxima, sacaron un par de cafés y se sentaron en uno de los reservados médicos, vacío a esas horas de la noche.

—Lo primero que quiero es saber cómo estás tú —se interesó el hombre, mirándolo ahora con un gesto serio.

—Bien, aunque me han dado veinte puntos.

—Sí, eso lo he leído en el informe de urgencias —declaró—, pero sabes muy bien que no me refiero a eso.

Mark soltó aire muy despacio.

—Estoy bien —dijo sin mirarlo.

—Mark…

—Te lo prometo —aseguró ahora.

Con un gesto hermético, calló unos segundos. Ambos sabían de lo que hablaban sin necesidad de añadir nada más. Hacía algo más de un mes, Mark había sufrido una crisis nerviosa que podría haber derivado en algo mucho más serio si Chris no le hubiera hecho una llamada a su tío a tiempo. No habían vuelto a hablar de ello, y Mark les había rogado que no preocuparan al resto de la familia con lo que calificó como *una recaída puntual*, pero sabía que el hombre había dejado a Hattie al pendiente de él cual espía soviética.

—¿Cómo ves a Madison? —Cambió de tercio.

—Bien, todo ha quedado en un susto —contó—. Que se quede esta noche es solo por precaución.

Mark asintió, y su tío continuó:

—Es fuerte, tal y como sin duda demostró en el pasado.

El gesto de angustia de Mark fue evidente.

—¿Ella no te había hablado de su accidente? —interrogó el médico con curiosidad.

Mark negó con un gesto.

—Pues volvió a nacer aquel día —afirmó.

—¿Puedo ver su expediente? —pidió.

—Sabes que no.

—Tío…

—No insistas —rogó.

—Vamos a casarnos, tengo derecho a saber que…

—Déjate de monsergas, Mark —interrumpió—. ¿Crees que Rachel me dejaría enterarme de tu boda por la prensa? —Lo miró ahora con un gesto crítico—. No tienes ningún derecho a meterte en la vida privada de esa chica, los dos lo sabemos.

Mark soltó un improperio. Por una vez, el sentido de la familia y la lealtad de su madre le jugaron en contra.

—¿Al menos dime dónde estuvo ingresada?

—En el Virginia Mason de Seattle.

Mark asintió y se frotó las manos con un ademán nervioso.

—No entiendo lo de su amnesia —admitió, mirándolo ahora con un gesto de aprensión—. Ha pasado mucho tiempo, ¿crees que puede ser permanente o hay alguna forma de traer de vuelta sus recuerdos?

El médico soltó un suspiro.

—No tengo suficiente información como para contestarte a eso —reconoció el hombre—, pero puede que incluso sus médicos no pudieran darte una respuesta. La mente es todo un enigma, Mark.

—Y ¿qué hay de aquel amigo tuyo…, doctor Sheridan se llamaba? —Devon miró con curiosidad a su sobrino e hizo un gesto afirmativo—. ¿Crees que pudiera ser una opción para ella?

—Entiendo que te refieres a la hipnosis. —Mark asintió—. No lo sé, no es mi campo y tengo mis reservas sobre su eficacia.

—¿Podría hablar con Sheridan?

Devon negó con un gesto y después lo miró de frente.

—¿No crees que es mejor que lo consultes con ella primero? No me ha parecido receptiva a nada similar.

—Pero…

—Mark, no debería decirte esto, pero ella pidió el alta voluntaria en neurología —contó.

Recibió una mirada perpleja.

—¿Por qué?

—Perdió la esperanza, supongo.

—Pues no voy a permitirlo. —Se puso en pie, abatido.

—Cuidado, Mark, porque puedes no hacerle ningún bien —opinó.

—La esperanza siempre es buena —titubeó—, ¿no?

Devon Stiles suspiró y pareció valorar su respuesta durante algunos segundos.

—Piensa en su memoria como una pérdida. —Lo miró a los ojos con cautela—. Tú conoces mejor que nadie las cinco fases del duelo, Mark.

El chico apretó los dientes y asintió.

—Ella también tuvo que pasar por cada una de ellas —explicó—, y no tuvo que ser nada fácil llegar a la quinta fase.

—Aceptación —murmuró Mark casi para sí.

—Exacto —asintió—. Ten mucho cuidado con quitarle eso.

Con una expresión atormentada, el chico apenas susurró.

—Está viviendo a medias, tío.

—Puede ser, pero ¿acaso no lo haces tú también, y por elección propia?

A Mark le costó un triunfo poder hablar de nuevo.

—¿Y si… ya no quiero seguir haciéndolo?

El médico sonrió con ternura.

—Eso sería una gran noticia para todos —aceptó—, pero es una decisión personal, y Madison tiene que tomar la suya.

Mark tuvo que contenerse mucho para controlar sus emociones. Últimamente estaba al borde del colapso nervioso más a menudo de lo que le gustaría admitir, ni frente a su tío ni incluso frente a sí mismo, y en aquel instante sentía unas ganas inmensas de gritar hasta desgañitarse y sacarse del pecho aquella horrenda sensación de angustia que lo acompañaba día y noche.

∞∞∞

Cuando Maddie abrió los ojos a la mañana siguiente, aún le dolía un poco la cabeza. Le habían dado al menos cinco puntos en la frente, que le tiraban un poco, y sentía un ligero dolor en el pómulo izquierdo, aunque cuando intentó moverse fue consciente de que había pocas partes del cuerpo que no le dolieran.

—Buenos días. —Saludó una enfermera que estaba leyendo los monitores que había junto a su cama—. Has pasado una noche estupenda, todo está fenomenal.

Maddie asintió, agradecida por la información. La mujer le recordaba mucho a Karen y aquello le arrancó una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —insistió la enfermera.

—Como si me hubiera atropellado un autobús —admitió.

—Te creo —rio—, tienes algunas contusiones, pero gran parte es por culpa de los nervios, que contraen los músculos —aseguró—. Te sentirás mejor en unas horas. En cuanto ese prometido tuyo te haga unas cuantas carantoñas. Yo al menos me curaría de todo si me cuidara un hombre así. —Le guiñó un ojo.

«Sí, y yo», suspiró Maddie.

—Acaba de salir a por un café.

—¿Mark ya está aquí? —interrogó sorprendida—. ¿No es pronto?

—Las ocho.

—Ha llegado temprano. —Se atusó el pelo, preguntándose si tendría un aspecto aceptable.

—Es que ha pasado la noche aquí.

—¿Qué?

—En ese sillón junto a tu cama —informó.

Maddie estaba muy asombrada. ¿Él había velado su sueño?

Y entonces fue consciente de que esa era la primera noche tras su accidente que había dormido de un tirón, sin que aquella sensación de malestar, ansiedad y desconsuelo invadieran su alma hasta despertarla.

Mark entró en aquel momento en la habitación y pareció iluminarla con su sola presencia. Todos y cada uno de sus sentidos le dieron la bienvenida mientras su corazón palpitaba con fuerza.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa.

—¿Ese café es para mí? —bromeó Maddie señalando el vaso.

—En mi turno no —intervino la enfermera con rapidez y una mueca divertida—. Pero me marcho ya, así que…

Le guiñó un ojo a la chica, inclinó la cabeza hacia Mark como despedida y salió de la habitación.

El chico caminó hasta la cama y le tendió el vaso, que Maddie tomó sin demora, y, por alguna absurda razón, sintió una punzada de deseo en la pelvis al beber del mismo vaso que él hacía un momento. Había algo demasiado íntimo en aquello.

«Ay, Dios, estoy fatal», se lamentó.

—¿Cómo te encuentras?

—He tenido días mejores —sonrió—, ¿y tú? Espero que no se te ocurriera quedarte aquí a pesar de que te pedí que no lo hicieras.

Él aún llevaba puesto el traje con el que habían asistido a la fiesta y ambos lo sabían, pero se sentó en la cama y repuso con total descaro:

—Jamás habría desobedecido una orden, acabo de llegar.

Maddie miró su camisa, en cuya manga aún tenía salpicaduras de sangre de su propia herida.

—He estado ayudando con las analíticas —dijo tras seguir su mirada hasta la sangre—. Andan cortos de personal.

—Ya. —No pudo evitar sonreír—. ¿Has dormido algo?

—¿Lo dices en serio? —ironizó.

—No has pegado ojo —adivinó.

—Esta habitación ha sido como el metro en hora punta —contó—. Toda la noche entrando y saliendo gente.

Maddie rio.

—Y no tienes pinta de ser de los que coge el metro.

Con una sonrisa ahora más dulce, Mark la observó unos segundos antes de decir:

—Y tú no eres de avión, al parecer. —La observó tragar saliva y añadió con tono de cautela —. No habías volado desde tu accidente, ¿me equivoco?

A Maddie le costó admitir.

—No, pero no contaba con tenerle esa fobia —concedió—. Y no es algo que a mi padre le haya surgido decirme —carraspeó y su gesto de pesar era demasiado evidente.

Mark estudió su rostro y de alguna forma adivinó:

—Tu padre no sabe que estás en Boston.

Ella se limitó a negar con un gesto.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque jamás me habría permitido hacer esto sola —confesó, y lo miró de inmediato—, ¡pero te aseguro que soy perfectamente capaz!

Maddie se contempló las uñas para no tener que mirarlo a él, que la observaba con atención. No había que ser muy listo para darse cuenta de los motivos de su padre para preocuparse en exceso.

—No me mires así —exigió, ahora enfadada—. Tú no tienes nada que opinar en todo esto.

—¿Me has escuchado opinar?

—No, te escucho pensar.

—Te aseguro que no tienes ni la menor idea de lo que estoy pensando.

Maddie cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ni falta que me hace —declaró con énfasis—. Tú no me juzgues y sigue tratándome igual que antes, y yo haré lo mismo.

Contra todo pronóstico, él sonrió y aceptó:

—Hecho.

La chica frunció el ceño.

—Bueno, quizá un poco más de amabilidad…

—No, ya no puedes retractarte —interrumpió Mark—. Acabamos de sellar un acuerdo, Sherlock.

Ella soltó un improperio, y él una carcajada.

Devon Stiles entró en aquel momento en la habitación y los miró con un gesto divertido.

—Se os ve muy animados para ser tan temprano —repuso.

—¿Puedo irme ya? —interrogó Maddie de inmediato.

—¿Puedo impedirlo? —respondió el médico en un tono divertido.

—Me temo que no.

—Menos mal que traigo firmada tu alta, entonces. —Sonrió—. Te traerán algo de desayunar ahora mientras llegan los refuerzos.

Extrañada, Maddie miró a Mark.

—Mi madre y Lindsay vienen de camino —explicó.

Para la chica aquello fue una sorpresa.

—Oh, si ya nos vamos —se lamentó—. No necesitaban molestarse en hacer el viaje hasta aquí.

—Querían venir anoche, pero no las dejamos —contó Mark—, y te traerán algo de ropa. Estabas preciosa con ese vestido, pero no son horas de ir vestida de gala.

—Vaya, qué pródigo en piropos de repente —se quejó Maddie con un gesto irónico.

Mark soltó una carcajada.

—Y solo he necesitado un ingreso hospitalario para escuchártelo decir —insistió la chica—. No, en serio, como prometido real, serías un desastre —dijo por lo bajo, ahora que el médico parecía distraído.

—En ese caso no te faltarían piropos —aseguró.

—Sí, bueno, hablar es fácil —puso los ojos en blanco—, pero cuando uno no es caballeroso…

—Alguien que está maravillosa hasta con la bata de un hospital no debería necesitar piropos ajenos.

Maddie arqueó las cejas y lo miró con una mezcla de diversión y azoramiento.

—Ese ha sido sutil y bonito —sonrió—, lo reconozco.

—Vaya, gracias.

Ahora un tanto cohibida, Maddie suspiró y miró al médico, que sonreía en silencio mientras observaba la escena.

—Creo que a tu tío le ha dado un aire —le susurró a Mark, provocando que el médico lanzara una carcajada.

En ese instante, Lindsay y Rachel Madock entraron por la puerta. Con rapidez, las mujeres la agasajaron con mimos y una caja de donuts enorme, en la que Maddie metió la mano, encantada.

Cuando le tendieron la caja a Mark, la chica lo miró con un gesto malicioso.

—¿El señor croissant francés va a comerse un donut? —Sonó sorprendida.

Él tomó de la caja el de chocolate mientras sonreía.

—Creo que te tomas demasiado en serio todo lo que digo —opinó, y le dio un bocado gigante al bollo.

—Eso parece, sí.

Tras unos minutos, Maddie se levantó de la cama para vestirse, pero tuvo que agarrarse a Mark, que estaba justo a su lado, para sostenerse.

—¿Qué te pasa?

—Dame unos segundos.

El doctor Stiles se acercó a examinarla y terminó diciendo:

—Es normal que puedas estar un poco mareada en el día de hoy —explicó—. Y dolorida. Relájate y déjate mimar.

Para Maddie aquello resultó turbador. Había salido de aquella fiesta convencida de correr a la estación, lejos de Mark, pero en aquel momento hasta el último átomo de su cuerpo le gritaba que quizá…

«Quizá nada, Maddie, esto… no… puede ser», le recordó su parte cuerda.

La lucha debió reflejarse en sus ojos y en su expresión abatida, puesto que escuchó a Mark decir:

—Dejadnos unos minutos a solas, por favor.

En cuanto la puerta se cerró, Mark habló:

—No puedes irte en este estado, Madison —sonó preocupado, sentándose junto a ella en la cama—, aguarda unos días hasta recuperarte del todo, por favor, quédate en casa con nosotros.

No había imposiciones ni exigencias en su voz. A la chica se le atragantaron las palabras.

—¿Qué fue lo que pasó? —terminó preguntando Mark frente a su silencio, con la voz impregnada de cierto abatimiento—. Te quedaste en Boston en contra de mi voluntad y todo parecía estar bien en la fiesta. Hubo momentos en los que incluso pensé que te estabas divirtiendo un poco —sonaba desconcertado—, y de repente querías irte a toda costa —la miró suspicaz—, ¿qué me he perdido?

Maddie no podía contarle la verdad, y Mark estaba demasiado cerca como para poder inventar una excusa con facilidad.

—A veces no sé qué dispara mi angustia —confesó la verdad solo a medias.

—Entiendo —asintió—. Y yo no ayudé mucho con mi actitud —se lamentó—. Lo siento, pero estaba desconcertado.

Maddie estaba turbada frente a sus disculpas. Sabía que lo último que su salud mental necesitaba era a un Mark comprensivo y amable, pero resultaba tan agradable sentirse un poco arropada…

«Solo lo hace por lástima», pensó, y sus ojos dieron muestra de su tristeza.

—Madison, ¡habla conmigo, por favor! —se terminó desesperando.

La chica se colapsó.

—No me encuentro bien —susurró, abrazándose a sí misma.

A él pareció costarle un mundo controlarse, pero terminó diciendo.

—Vale, ¿te parece si nos vamos a mi casa y lo hablamos cuando estés mejor? —sugirió—. ¿O prefieres quedarte en el hospital?

—No —negó de inmediato—. Mejor nos vamos.

—Vale, pues deja que llame a Lindsay para que te ayude a vestirte.

La chica asintió, y cuando él caminaba hacia la puerta, cayó en algo:

—Mark —él se volvió a mirarla—, ¿has hablado con la policía de lo de anoche?

—Aún no —admitió—, es otra de las cosas importantes que tenemos que comentar.

Ella volvió a asentir y se sintió de repente muy sola cuando él salió de la habitación.

«Esto no es bueno…», suspiró.

Capítulo 24

Durante las siguientes horas todo fueron mimos, cuidados y atenciones, al menos por parte de Lindsay y Rachel, que estaban pendientes hasta del más mínimo detalle. A Mark no había vuelto a verlo desde hacía varias horas, cuando las dejó en casa procedentes del hospital. Maddie intentaba sonreír para agradecer todo el cariño que estaba recibiendo, pero a cada minuto que pasaba lo echaba más de menos.

Cuando rondaba el medio día, Maddie ya no podía con la ansiedad y terminó cediendo a preguntar:

—¿Mark no va a venir a comer? ¿También trabaja los fines de semana?

—No sería nada descabellado —repuso Rachel—, pero hoy ha salido con Simon a hacer varias gestiones.

—Ah, ya —intentó no sonar desilusionada. Y tuvo que recordarse que él no le debía nada. No por estar convaleciente iba a pasar el día pendiente de ella. Nada real los unía. El vínculo que sentía con él solo estaba en su cabeza, no debía olvidarlo.

Pero su corazón no entendía de imposiciones y enloqueció cuando él entró en el comedor. Venía acompañado de Chris, Simon y un tipo de unos cuarenta años, tan grande como un armario de dos puertas.

Mark saludó a todo el mundo en general y a ella en particular.

—¿Cómo sigues? —Le sonrió—. ¿Mejor?

«Ay, Dios, Maddie, quita la cara de imbécil, que solo está siendo amable».

—Sí, gracias —se limitó a decir, por miedo a babear si abría demasiado la boca. Y suspiró, resignada frente a sus propios pensamientos.

El chico les presentó al desconocido como Ben e informó de que pasaría con ellos unos días. No hizo falta que les explicara mucho más. Todas entendieron que el tipo era una especie de guardaespaldas que andaría alerta durante una temporada.

Maddie se sorprendió un poco. Sabía que lo sucedido la noche anterior era grave, pero ¿tanto? Esperaba poder hablar con Mark en breve sobre aquel asunto.

De momento, Simon y Ben se alejaron de allí con la señora Danvers, mientras que Mark y Chris caminaron con las mujeres hacia la mesa del comedor.

Todos tomaron asiento y, para su sorpresa, Mark se sentó a su lado, aunque un tanto forzado por las circunstancias. De alguna manera, todos se las habían apañado para que solo quedara aquella silla libre, y mucho se temía que las sonrisas divertidas que observaba a su alrededor eran como consecuencia de aquello.

Guardó silencio, pero no pudo evitar contagiarse del entusiasmo, sobre todo del de Lindsay, que frente al asombro de todos exclamó:

—¡Siempre he querido tener una hermana!

Mark se atragantó con el agua que estaba bebiendo y tuvo que toser con fuerza para despejar sus pulmones, mientras que Lindsay reía y Rachel escondía una sonrisa divertida tras una servilleta. Chris tenía la mirada fija en el plato, aún vacío, y Maddie… no tenía ni la más puñetera idea de cómo sentirse.

—¿Cuándo dices que regresáis a Osterville? —interrogó Mark mirando a su hermana con una evidente ironía.

—Qué poco sentido del humor —murmuró Lindsay, sin poder borrar del todo la sonrisa.

—Aún tenemos una conversación pendiente —le recordó su hermano, y miró a Maddie—, con ambas, en realidad.

—¿Y quieres quitarnos el hambre ahora? —se defendió Lindsay—. Maddie aún está convaleciente, necesita comer.

A Maddie se le escapó una carcajada. La capacidad de manipulación de aquella chica resultaba increíble, a la par que encantadora.

—Tiene razón. —Se encogió de hombros mirando a Mark con una mueca divertida.

El chico guardó silencio y las observó ahora a ambas con un gesto de resignación.

—Esa charla será por separado —murmuró casi para sí mismo.

—Igual podríamos dejarlo pasar —intervino ahora Chris—. Ya no merece la pena que…

—¡Apoyo la moción! —interrumpió Lindsay.

—Ya tardabas en salir a defenderla —se quejó Mark mirando a su amigo—. La niña de tus ojos ha crecido, Chris, tiene que responsabilizarse de sus actos.

El publicista se encogió de hombros y miró a Lindsay.

—Yo lo he intentado —repuso—, pero tiene un poco de razón.

—Pero poca —suspiró Lindsay.

El publicista sonrió solo para ella.

Para Maddie, que miraba de unos a otros con interés, resultó muy curioso todo aquel intercambio de impresiones, sonrisas y miradas. Durante unos segundos le había parecido…

«No. Creo que Karen me está contagiando su afición a la Tellado», se amonestó. Después, miró a Mark.

—Yo he aprendido la lección de la peor manera —aceptó sin problema—. Debí irme cuando me echaste. Tú tenías razón y yo me equivocaba. *The End*. Fin de la historia. ¿Podemos cambiar de canal?

Mark la miró en silencio, con uno de sus gestos indescifrables.

—Yo… siento repetirme —escucharon a Lindsay casi susurrar—, pero ¿ya os dije cuánto he deseado siempre tener una hermana?

Para asombro de Maddie, Mark le lanzó a Lindsay un pedazo de pan, que le arreó en la frente.

—Y si te digo que la quiero a ella en concreto —sonrió la chica señalando a Maddie—, ¿qué vas a hacerme?

—Devolverte a la familia de titiriteros que te dejó en nuestra puerta.

Con una evidente diversión en el rostro, la muchacha miró a su madre.

—¿Ese comentario no te incomoda un poco?

Rachel exhaló aire con exageración y declaró:

—Pues sí —miró a Mark—, presupones que nos la aceptarían de vuelta, pero yo lo dudo mucho.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—¡¿A que me pongo en huelga de hambre?! —exclamó Lindsay fingiendo una indignación que hubiera quedado mucho más creíble de haber podido permanecer seria—. Voy a disculparos la ofensa…

—Porque tienes hambre —murmuró Mark.

—También, pero… —suspiró— hacía mucho que no reconocía en ti a mi hermano y eso me

hace muy feliz.

Aquello pareció incomodar tanto a Mark que no dijo una palabra. Se limitó a mirar a Lindsay con una extraña expresión, y la chica tampoco siguió comentando.

Para Maddie aquella breve conversación había resultado fascinante. Él no dejaba salir muy a menudo al Mark divertido y locuaz, y se sintió hechizada, pero por el comentario de Lindsay, se intuía mucho más… ¿Era él siempre así antes de Madeline? Porque en ese caso…, veinte millones no se podían comparar con todo lo que aquella mujer le había robado en realidad.

Guardó silencio, pero aquello le dio para pensar durante un rato largo. El principal motivo por el que se había quedado en Boston era ayudarlo a reponerse, devolviéndole algo de confianza en el amor, exonerando a Madeline, pero ¿y si se estaba equivocando y aquella mujer era culpable de todas las acusaciones? ¿Podía confiar tanto en su instinto como para poner la mano en el fuego? ¿No sería aquello mucho peor para Mark?

Pudo centrarse en sus pensamientos gracias a que el resto de la mesa estaba enfrascado en comentar parte de lo sucedido en la fiesta.

—¿Estás bien? —interrogó el propio Mark, observándola con atención, saliendo de la conversación para centrarse en ella.

—Sí, ¿por?

—Nunca te he visto callada durante tanto rato.

Maddie sonrió con sinceridad, y Mark señaló el plato.

—Casi no has comido.

Era cierto, pero sentía el estómago demasiado cerrado. Hizo un esfuerzo y tomó el tenedor, aunque se limitó a mover la comida de un lado para otro.

—Dale una oportunidad al arroz —insistió Mark—. La madre de Joana era ecuatoriana y es una receta suya, arroz marinero, creo que lo llama. ¿Lo has probado alguna vez?

—No lo recuerdo —bromeó—. Vete a saber.

Mark la miró un tanto cohibido, y Maddie sonrió.

—Lo siento, pero ahora que conoces mi talón de Aquiles, puedo ser yo misma. —Se encogió de hombros.

—Y tiendes a bromear con el tema —adivinó.

—Que te reseteen el cerebro es algo fascinante. —Se forzó a sonreír—. ¡Una aventura continua!

—Que puedes disfrutar o no, entiendo.

Maddie asintió, y le costó encontrar una frase que no sonara a desesperación.

—Pero siempre aprendo algo —declaró—. Y puedo volver a disfrutar de mis películas y libros favoritos como si fuera la primera vez —terminó canturreando—, ¿a quién no le gustaría eso?

—Entiendo —murmuró Mark, ahora pensativo.

—¿Y qué entiendes?

—A ti y tu empeño por bromear con casi todo —repuso, mirándola a los ojos—. Es un gran escudo, en realidad, pero debe de resultarte agotador, dulzura.

Maddie se puso tan tensa que no pudo seguir manteniendo la sonrisa. Llamarlo agotador era quedarse muy corto, y las ganas de apoyarse en él para descansar de la carga eran acuciantes, algo demasiado peligroso.

—No me psicoanalices, Mark —pidió, ahora muy seria, intentando mantener sus emociones a raya—. Ya le pago a un profesional para eso.

—¿Y nunca te has planteado otro tipo de alternativas? —se reiteró.

—¿Como por ejemplo?

—La hipnosis —sugirió—. Conozco a alguien que se dedica a…

—Sé que intentas ser amable, Mark —interrumpió en un tono seco—, pero ni mis recuerdos ni yo somos problema tuyo. —Se obligó a mirarlo a los ojos—. Estoy perfectamente capacitada para hacer mi trabajo, que es a lo que he venido. Las cosas se han torcido por motivos ajenos a mí o mi amnesia. En este momento tú no me quieres aquí, y yo deseo marcharme, lo que haré mañana mismo. En tren, eso sí, porque es obvio que el avión no me sienta bien, pero ya te dije que siempre aprendo algo.

—Ese es otro punto que tenemos que tratar —sonó incómodo.

—¿El qué?

—Tu regreso a Chicago.

—¿Es que ahora quieres que siga investigando? —Lo miró, confusa.

—No, pero…

—Nada de lo que venga después de ese pero me interesa.

Mark se exasperó de forma visible.

—Anoche intentaron matarnos —le recordó.

—Sí, porque al parecer molesté a quien no debía en los últimos días —se lamentó—, siento haberte puesto en ese brete cuando me pediste de forma clara que lo dejara. No deberías volver a tener problemas si te olvidas del tema.

—No puedo —repuso—. Está claro que detrás de todo esto hay demasiados cabos sueltos que necesito atar.

—Entiendo.

—No lo creo —suspiró—, pero hay cosas importantes que tratar. Ha llegado otra carta esta mañana.

Maddie lo miró con una expresión mezcla preocupación y sorpresa.

—¿Y no me lo dices hasta ahora?

—Solo quería que estuvieras tranquila para recuperarte —declaró—. Eso y disfrutar de una comida familiar lo más normal posible, para variar —carraspeó—, en estos últimos días he estado intratable. Pero no creo que sea bueno para nadie seguir callando.

Ambos escucharon ahora a Rachel meterse en la conversación y preguntar alto y claro:

—¿Y todos te vamos a agradecer que nos pongas al día, hijo?

Mark y Maddie, perplejos, fueron ahora conscientes de que habían estado tan absortos el uno en el otro y en la conversación que ni siquiera habían reparado en que no estaban solos en la mesa. En algún momento se habían ganado la atención del resto, sin percatarse.

Soltando un suspiro de preocupación, Mark miró a las mujeres.

—Hemos estado recibiendo algunas amenazas —contó—. Y el accidente de anoche fue provocado, nos echaron de la carretera.

Los signos de alarma en cada rostro fueron evidentes.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—A alguien no le gusta que hurguen en el pasado —confesó Mark—. Por eso Madison debía irse.

—Ay, Dios —se le escapó a Lindsay.

Mark hizo un resumen de todo mientras recibía miradas muy preocupadas como respuesta.

—Debiste contármelo antes, Mark —opinó Rachel, y confesó—. Yo también sabía que Madison estaba en Boston, la he estado ayudando con su investigación.

El chico soltó aire para contenerse.

—Eso ya da igual, todos nos hemos equivocado —afirmó—, pero es importante que comencemos a tomar conciencia del problema en el que estamos metidos y actuemos en consecuencia.

—¿Qué quieres hacer? —interrogo su madre.

—Aún tengo que concretar cosas con Madison —aclaró—, pero, por lo pronto, necesito que vosotras regreséis a Osterville.

—¿Estás seguro? —interrogó la mujer—. Si podemos ayudar…

—La mejor ayuda es saber que estáis a salvo, lejos de aquí.

Sonó a súplica, así que ninguna de las dos protestó ni puso objeción alguna.

Después, Mark se puso en pie y miró a Maddie, que no sabía a qué atenerse ni qué esperar de los próximos minutos.

—¿Podemos hablar?

Con un gesto de asentimiento, la chica se levantó y lo siguió hasta el despacho, donde lo primero que tuvo que hacer fue enfrentarse a aquel sofá y al recuerdo de unos besos furtivos…

Capítulo 25

Con cautela, Maddie cogió asiento lo más retirado posible del sofá cuando Mark le pidió que se sentara. Se predispuso a escuchar que ella también debía regresar a Chicago y, para su consternación, sus ojos se humedecieron con el simple pensamiento, antes de oír una sola palabra. En aquel punto aquello era ya algo inevitable, pero ¿acaso ella misma no quería escapar cuanto antes? La respuesta a aquella pregunta le asustaba demasiado.

—Me iré por la mañana —se adelantó, incapaz de volver a escucharlo pedirle que se fuera—. Y te prometo que esta vez no me bajaré de ese tren.

Apoyado sobre la mesa, junto a su silla, Mark la miró con lo que parecía pesar y dijo lo último que la chica esperaba oír:

—Lo siento, pero te necesito aquí unos días más.

Maddie frunció el ceño y creyó haberlo interpretado mal.

—¿Perdona?

—No puedes irte aún.

Perpleja, Maddie aguardó a que se explicara.

—Aún tenemos que decidir si vamos a denunciar o no lo de anoche —comenzó diciendo—, y, de hacerlo, la policía querrá hablar contigo. Además, quiero que me pongas al día con todo lo que has averiguado estos días. Con quién has hablado, qué pasos has dado…

—Así que es cierto que no vas a dejarlo correr —entendió Maddie.

Mark negó con un gesto.

—Y prefieres que lo investigue otra persona. —Sonó dolida.

Él no contestó, y Maddie se puso en pie, irritada, para enfrentarlo.

—Dime la verdad, Mark, ¿vas a contratar a otro detective?

—Aún no he decidido que…

—¡Ya te he dicho que mi condición no afecta a mi trabajo!

—No es eso —aseguró.

—¡Claro que sí!

—Maddie…

—¡No soy una inútil!

—Lo sé.

—Pero me quitas el caso.

—¡Solo quiero que estés a salvo, maldita sea! —estalló Mark, recortando la distancia hasta ella—. Estamos removiendo demasiado el avispero.

Maddie echaba fuego por los ojos de pura furia.

—Y hay que proteger a la pobrecita de Maddie, ¿no? —rugió—. Dime, Mark, ¿es por culpa de mi amnesia…?

—No.

—¿…o simplemente porque soy mujer?

—Una muy irritante, desde luego.

—Eres un machista, ¿es eso?

—Joder.

—Crees que las mujeres somos seres indefensos que necesitamos a un hombre para…

—¡Que no es por eso! —interrumpió, exasperado.

—Pues no lo entiendo.

—¡Vale, ¿quieres saberlo?! —Estaba al límite ya de su paciencia.

—Claro, pero los dos sabemos que no vas a decírmelo, así que…

—Oh, ¡claro que sí! —la tomó de la muñeca—, lo que no sé es si va a gustarte la respuesta. —La arrastró hasta sus brazos y bebió de su boca como si llevara toda una vida sediento.

Tras la sorpresa inicial, Maddie se acomodó entre sus brazos sin pararse a meditar las consecuencias. En algún recóndito lugar de su mente se hallaba medio despistada su parte cuerda, esa que le diría que aquello no era buena idea, que terminaría destrozada, que lo más sensato era correr en sentido contrario, que *bla*, que *bli*, que… bien besaba aquel hombre, por Dios. Soltó un gemido inevitable mientras le echaba los brazos al cuello para atraerlo más hacia su boca, que nunca parecía tener lo suficiente cerca. El contacto de aquella lengua con la suya resultaba demasiado embriagador como para poder pensar en nada más que él y lo que quería que le hiciera, que era… ¡de todo!

Protestó cuando él abandonó sus labios, pero un segundo después se deleitó con la exquisita sensación de sentir su boca besar y lamer la cara interna de su cuello y subir después hasta su oreja, donde le susurró:

—Te necesito a salvo, dulzura —regresó a sus labios—, no puedo exponerte más, yo… —No terminó la frase, el deseo era demasiado acuciante y arrasó su boca de nuevo. Después, giró con ella entre sus brazos sin dejar de besarla, la levantó del trasero contra su dureza y la sentó sobre la mesa. Maddie le rodeó las caderas con las piernas y lo atrajo más hacia sí, buscando sentir lo más cerca posible aquel… interés evidente que presionaba en el punto exacto para enloquecerla. La tela de sus leggins y el pantalón de Mark apenas eran un ligero y fino impedimento, y Maddie no podía evitar corresponder a su presión frotándose contra él, aunque aquello la estaba llevando a un punto en el que aún no debería estar. Si él seguía presionando de aquella manera, besándola de aquella manera… Por Dios, jamás pensó que se pudiera desear algo de una forma tan desesperada, pero necesitaba sentirlo dentro de ella con una intensidad que rayaba en la locura.

Sus manos descendieron hasta el cinturón masculino sin poder contener un ligero temblor producto del deseo, y él se apartó un poco para darle libre acceso, pero no había conseguido ni aflojarlo cuando escucharon unos golpes en la puerta.

Maddie se sobresaltó y se detuvo al instante. Sus miradas se encontraron frente a frente, ambas con un claro brillo de lujuria salvaje, pero que poco a poco se fue impregnando de cierto estupor, al ser conscientes del punto tan avanzado en el que se hallaban. La chica apartó las manos de su cinturón, y Mark dio un paso atrás como si de repente alguien le hubiera arrojado un cubo de agua en el rostro. Poco a poco, su evidente desconcierto por lo sucedido fue desapareciendo para ser sustituido por su habitual capa de frialdad, exenta de todo rastro de emociones. Maddie no se atrevía a hablar, a la espera de lo que confiaba que fuera algo de… calor, pero por su expresión, pronto no tuvo mucha esperanza.

—Esto no ha pasado —declaró Mark en un tono helado.

Todo el deseo contenido de Maddie se transformó en rabia al escuchar aquella frase. Y se sintió tan idiota y dolida por esperar otra cosa que no pudo contenerse.

—Odio este despacho —apretó los dientes y lo miró furiosa—, y te odio a ti.

—Sí, yo tampoco me tengo en gran estima ahora mismo.

Los golpes en la puerta volvieron a sonar.

—Un momento —gritó Mark para quien estuviera esperando, después le dio la vuelta a la mesa, cogió asiento tras su escritorio y la miró con intensidad—. ¿Puedes sentarte, por favor?

Ella sonrió con mordacidad.

—¿Por qué querría pasar un solo segundo más en tu compañía?

—Vale, siento lo que ha pasado, pero…

—Lo que *no* ha pasado —interrumpió—, eso me ha quedado claro.

Mark soltó un bufido.

—A lo mejor he equivocado las palabras —aceptó entre dientes—, pero es evidente que ha sido un error.

«Un error». A Maddie le hirvió la sangre, y al fin pudo lidiar con su estupidez, su decepción y su propia frustración. ¡Ya estaba harta de él y sus jueguecitos!

—Cuando dices error…, ¿te refieres a tus palabras o a que hayas estado a punto de echarme un polvo sobre la mesa?

—Madison…

—Es que no lo tengo yo muy claro —suspiró con teatralidad—. Creo que me despista un poco el hecho de que hayas sido tú el primero en meterme la lengua hasta la campanilla…

—Ya está bien.

—…llámame loca, pero eso confunde.

—¡Vale, basta! —repuso con irritación—. Te pido disculpas, no volverá a pasar, te lo aseguro. ¿Podemos olvidarlo?

—Claro. —Sonrió irónica y se encogió de hombros—. Olvidar es mi especialidad, ¿recuerdas? —Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con frialdad—. ¿Y hasta cuándo pretendes tenerme secuestrada? Porque tengo una vida a la que volver.

Mark soltó un improperio.

—Si esta va a ser tu actitud a partir de ahora…

—Ah, no, solo quiero tenerlo todo claro, no te preocupes —interrumpió—. Es que no termino de entender en calidad de qué me quedo yo en esta casa. Tu explicación ha sido… —carraspeó con teatralidad— confusa.

Resultaba evidente que él comenzaba a perder los estribos, lo cual a Maddie le satisfizo mucho, porque a ella la desesperaba verlo tan contenido e indiferente.

—Cuando se calme el temporal un poco, podrás irte.

—Bueno, en realidad puedo irme cuando me dé la gana —le recordó—, aceptar el secuestro es decisión mía, entiendo.

Mark apretó los dientes.

—Por supuesto —admitió, y pareció costarle preguntar—. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Cruzando los brazos sobre el pecho, Maddie clavó en él una mirada lo más fría que pudo.

—Tengo que pensarlo. —Entrecerró los ojos—. En realidad, podría hacerte un resumen de todo lo que he avanzado en unos pocos minutos y largarme —opinó—. Si decides denunciar y la policía quiere hablar conmigo, encontrarán la manera. Con sinceridad, Mark, no sé si te soporto mucho más tiempo.

Él la observó con una clara ironía.

—No me dio esa impresión hace un momento.

Con irritación, Maddie apretó los puños y tuvo que contenerse para no lanzarle algo a la cabeza.

—Una memoria demasiado selectiva la tuya —lo observó con furia—. No puedes cambiar las reglas a tu conveniencia.

—¡Claro que puedo! —Se levantó de la silla y avanzó hacia ella—. Y bajarte esos humos empieza a resultarme muy tentador.

Con un gesto iracundo, Maddie retrocedió unos pasos al tiempo que decía en alto:

—¡Adelante, puedes pasar!

«Por Dios, que sigan ahí», se rogó, porque aún estaba demasiado excitada como para estar segura de poder soportar otro acercamiento sin sucumbir.

La puerta se abrió y Chris entró en el despacho con un gesto de curiosidad. Los miró a ambos con extrañeza, leyendo con facilidad en su lenguaje corporal que los ánimos estaban un poco alterados.

—¿Ha pasado algo? —interrogó.

Maddie posó una mirada acerada sobre Mark antes de contestar:

—Nada digno de recordar.

Él soltó una risa socarrona, y Maddie echó humo por las orejas. ¿En qué momento se habían cambiado las tornas?

—Tu amigo es insufrible.

Chris miraba de uno a otro con un claro gesto de sorpresa.

—¿Esto quiere decir que no habéis llegado a un acuerdo? —se interesó.

—Estábamos en plenas negociaciones —declaró Mark en un tono malicioso, posando sus ojos sobre ella.

—Pero ¡¿de qué coño vas tú?! —le gritó Maddie sin pararse ni a pensarlo, recortando la distancia para enfrentarlo.

Mark clavó sus ojos grises en ella y los desvió hacia sus labios solo un segundo, pero fue suficiente para que la chica se alarmara frente a la reacción de su cuerpo.

—No puedo quedarme aquí —dijo más para sí que para Mark.

Aquello sí pareció afectar al chico, que la miró ahora sin una pizca de ironía.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos largos segundos.

—Quizá deberías leer primero la carta antes de decidir.

Maddie frunció el ceño.

«Joder, la carta». La distraía tanto que se olvidaba incluso de las cosas más importantes.

—Enséñamela.

Soltando un suspiro de hastío, Mark se giró y regresó a la mesa. Del primer cajón del escritorio sacó un sobre, que le tendió a la chica.

En silencio, ambos dejaron que ella leyera el contenido con calma antes de hablar. Eran apenas un par de líneas, pero muy llamativas.

El próximo ya no será un encuentro tan amistoso,
me aseguraré de que haya un precipicio cerca.

Maddie releyó la carta dos veces con el ceño fruncido.

—Como verás, es una amenaza clara —terminó diciendo Mark frente a su silencio.

—¿Puedo ver la otra? —pidió Maddie—. La primera que llegó.

Tanto Mark como Chris la observaban ahora con un gesto de extrañeza. Maddie no dejaba de mirar aquel escrito con un interés que ninguno de los dos comprendía del todo.

Mark regresó al cajón del escritorio y le tendió la primera carta, que había llegado días antes.

Es peligroso remover el pasado.

—Es similar —suspiró Mark.

—La misma letra —murmuró la chica, mirando ambos escritos.

—Sí, ambas las escribió la misma persona —intervino Chris ahora.

Maddie estaba tan absorta que ni siquiera era consciente de cómo la miraban los hombres que tenía frente a ella, pero la cosa empeoró cuando al fin izó la cabeza y repuso:

—Acepto quedarme unos días —miró a Mark— con una condición.

—¿Qué?

—Que me dejes hacer mi trabajo.

—¡Ni hablar!

—Quiero seguir investigando —insistió.

—He dicho que no.

Maddie se encogió de hombros, soltó las cartas sobre la mesa y se giró a mirar a Chris:

—Estaré lista en una hora —le dijo—, ¿me llevas a la estación?

Chris miró a su amigo con un gesto de desconcierto, y aguardó a que interviniera mientras Maddie caminaba hacia la puerta con decisión.

—¡Eres un puto grano en el culo, ¿lo sabías?! —le gritó Mark, irritado.

Maddie se giró a mirarlo intentando esconder su ansiedad. Si aquel órdago no funcionaba, terminaría rogándole que la dejara ahondar solo un poco más en todo aquel desbarajuste. Ahora tenía algo más que su instinto como para abandonar sin más, pero aún no era momento de decírselo.

—Entonces, ¿hago las maletas o…?

—No darás un solo paso sin consultarlo conmigo —repuso muy serio.

—Bien.

—Y no saldrás de la casa sin Ben.

—Vale.

—Mejor, no saldrás de la casa para nada, a secas —se rectificó.

—Bueno, a ver…

—No es negociable.

Maddie miró a Chris en busca de algo de apoyo, pero el publicista se limitó a levantar ambos brazos en señal de abstención. La chica terminó soltando un improperio antes de aceptar mientras pensaba que las reglas estaban hechas para romperse, y ya encontraría la manera en caso de necesitarlo.

—¿Tenemos un trato? —interrogó Mark, tendiéndole ahora la mano.

La chica lo observó con el entrecejo fruncido antes de aventurarse a sellarlo con un apretón de manos. De alguna manera, sentía que se estaba comprometiendo a… mucho más.

—¿Piensas aceptar o…? —miró Mark su mano extendida.

Maddie posó en él una mirada cargada de perspicacia.

—No lo he incluido como condición expresa —declaró con seriedad—, pero doy por supuesto que tú y tus… lapsos de memoria os mantendréis a raya.

Él pareció pensarlo unos segundos y terminó haciendo un gesto de asentimiento. Maddie estrechó su mano con cierta dignidad, que perdió en cuanto sintió el cosquilleó que aquel simple apretón provocaba en su cuerpo, al tiempo que su mente le recordaba a gritos:

«¡Las reglas están hechas para romperse!».

Soltó su mano y a punto estuvo de acompañar el gesto con un improperio.

—Necesito las cartas. —Se acercó a la mesa para cogerlas.

—¿Para qué?

—Para hacerles unas fotos e incluirlas en el expediente —afirmó, sin mirarlo.

No esperó permiso. Tomó los papeles y salió del despacho con paso firme.

Chris caminó hasta la puerta del despacho y la cerró en silencio. Después, se giró a mirar a Mark, que se había dejado caer en su silla y apoyado los codos sobre la mesa, y se revolvía el pelo con un ademán nervioso y desesperado.

—Me voy a volver loco —murmuró casi para sí—. No puedo más.

—Tranquilo.

Mark izó la cabeza y le dejó ver el más absoluto de los tormentos en sus ojos.

—Estoy perdiendo el norte, Chris. —Soltó aire, exasperado—. Mis propias emociones empiezan a ganarme la partida, ya no puedo controlarme.

—Tienes que aguantar.

—No seas condescendiente —rogó, apoyando la frente sobre la mesa—. Me merezco escuchar un *te lo dije*.

—¿Y qué ganaría con eso?

Mark se dejó caer hacia atrás en la silla, y ambos guardaron silencio unos segundos hasta que estuvo en condiciones de hablar.

—¿Has llamado al mecánico? —interrogó.

—Sí.

—¿Y?

—Lo siento, pero ha confirmado lo que temíamos —casi susurró Chris.

Mark cerró los ojos y apretó los dientes, muy abatido.

—Que quede entre nosotros de momento, por favor.

—Mark…

—Se lo diremos más adelante —insistió.

—Pero tiene que entender cómo de peligroso es todo esto, Mark.

—No puede —se lamentó—, no del todo.

Chris miró a su amigo con un gesto de preocupación evidente.

—Dios, Chris, ¿por qué demonios la he metido en esto? —murmuró ahora angustiado—. Si tan solo lo hubiera dejado correr…

Capítulo 26

Maddie salió del despacho, recorrió el pasillo a la carrera y casi se topó de frente con la señora Danvers, que salía de la cocina en ese instante.

—Estás aquí, qué casualidad —dijo la mujer, y le tendió un vaso—. Es zumo de naranja.

Asombrada, la chica lo tomó de sus manos.

—Gracias. —Bebió un sorbo y se sorprendió—. Es natural.

—¡Por supuesto! —repuso con un gesto ofendido—. ¿Qué esperaba? Venga, tómeselo, que se le van las vitaminas y las necesita para recuperarse.

Aquello le arrancó una franca sonrisa a Maddie, que hizo mella en la mujer sin remedio, que carraspeó y miró hacia otro lado.

—¿Finalmente se quedará unos días más con nosotros? —insistió el ama de llaves.

—Sí.

—Pues le advierto que voy a obligarla a alimentarse bien. —La miró con un gesto crítico—. ¿Cree que no me he dado cuenta de que apenas ha probado la comida? ¿Su madre nunca le ha dicho que somos lo que comemos?

Maddie sonrió con una mezcla de tristeza y simpatía.

—Mi madre falleció cuando yo era apenas una adolescente… —contó.

«Y el único recuerdo que tengo de ella son unas fotos que mi padre me mostró en un viejo álbum», pensó, pero aquello no lo dijo.

—…aunque mi padre sí usa esa frase a menudo —declaró en su lugar, sintiendo ahora unas ganas enormes de refugiarse entre los brazos del hombre. Comenzaba a echarlo muchísimo de menos.

—Lo siento —dijo la mujer, seria—. No sabía lo de su madre.

—No pasa nada, no se apure. —Se concentró en beberse de un tirón todo el zumo—. ¡Qué rico! Creo que incluso me siento mejor que hace un momento. —Le tendió el vaso.

La mujer frunció el entrecejo y la miró con lo que a Maddie le pareció simpatía.

—Es usted una zalamera —murmuró entre dientes—. Sois tal para cual.

Se dio media vuelta y entró en la cocina mientras Maddie se preguntaba con curiosidad a qué se refería. ¿Y había sido un amago de sonrisa lo que vio en sus labios? Suspiró y continuó su camino, volviendo a concentrarse en las cartas que llevaba en la mano.

A paso rápido, atravesó el salón, en el que no había nadie en aquel momento, y subió los escalones casi de dos en dos. La mezcla de emoción e intriga que la impulsaba a llegar a su alcoba parecía insuflarle energía.

Fue directa a la carpeta donde almacenaba toda la información sobre el caso y extrajo la carta que Madeline había dejado antes de marcharse.

Con suma atención, comparó la letra con la de los anónimos que acababan de recibir y, a pesar de que habría puesto la mano en el fuego, no pudo evitar sentir que su corazón se aceleraba al comprobar de forma fehaciente que coincidían a la perfección. Las *erres* eran demasiado peculiares, parecían las únicas letras escritas en minúsculas, aunque tan grandes como el resto, además, las *pes* y las *tes* estaban ligeramente inclinadas. No había duda de que todas y cada una

de las cartas las había escrito la misma persona.

«Pero ¿quién?», se preguntó con un gesto de preocupación.

No lo sabía, pero sí tenía claro *quién no*. Tomó entre sus manos la carta de despedida recibida más de dos años atrás, la releyó de nuevo y un estremecimiento le arrancó un escalofrío. Aquello era una prueba irrefutable y confirmaba sus sospechas: Madeline Middelton no había escrito ni una sola de aquellas palabras.

Se puso en pie y caminó hasta donde había dejado su teléfono móvil, que había puesto a cargar tras pasar una hora hablando por videollamada con Karen y Leo nada más volver del hospital, aprovechando que le habían impuesto un rato de descanso forzado. Por segunda vez aquel día, marcó el número de Karen con una difícil decisión tomada.

—¿Ya nos echas de menos otra vez? —bromeó la mujer—. Te advierto que Leo está haciendo su siesta.

—Esto es por trabajo.

Con todo lujo de detalles, le contó lo que acababa de descubrir.

—Así que tu instinto estaba en lo cierto —murmuró la mujer, con una mezcla de sorpresa y abatimiento—. Esto empieza a no gustarme nada.

—Sí, en este punto surgen algunas preguntas demasiado inquietantes —admitió—. Tengo varias hipótesis y todas son delicadas, no puedo seguir dando palos de ciego. —Tomó aire y pidió—. Llegó el momento de hablar con Roger, me temo. Necesitamos todo lo que pueda conseguirnos. El expediente forense, los avances policiales, cualquier cosa.

Karen soltó aire con una evidente preocupación.

—Eres consciente del riesgo, supongo.

—Sí.

La mujer asintió y terminó diciendo:

—Intentaré apelar a su sentido de la amistad con tu padre —se le ocurrió—, a ver si nos juega a favor. Le diré que está convaleciente y que no le moleste con cosas banales. Si tenemos suerte, nos hará llegar a nosotras la información sin comentarlo con él.

—Pues cruzaré los dedos —suspiró—. Los de las dos manos.

—Creo que nos van a hacer falta incluso los de los pies, nena —declaró con una falta de optimismo visible—. Vete preparando por si acaso.

Cuando colgó el teléfono, llegó el momento de plantearse cómo iba a enfocar todo aquello con Mark. Eso sí era un gran interrogante.

∞∞∞∞

Cerca de las seis, nada más abandonar su habitación, se topó con Lindsay, que también salía de su propia alcoba.

—¿Cómo sigues? —se interesó la chica.

—Mejor —aseguró Maddie—, creo que mi cerebro ha entendido que no me puedo permitir el lujo de estar enferma.

—Me quedo mucho más tranquila. —La miró más seria—. Nos marchamos en un rato, Maddie, estaba haciendo el equipaje.

A la chica le entristeció mucho la noticia. Había aprendido a quererla en solo unos pocos días, al igual que a Rachel, e iba a echarlas de menos. Eso sin contar con que su partida la dejaba a solas con Mark de nuevo, lo cual ponía a prueba su sistema nervioso a cada minuto.

—Voy a echarte mucho de menos —admitió Maddie con un gesto triste.

—Y yo, espero que puedas venir a visitarnos —propuso—, podríamos pasar el día entero entre la playa y la piscina, sin hacer nada más que vegetar.

—Suena bien —reconoció, aunque no pudo evitar sentir cierta tristeza al ser muy consciente de que aquello jamás sería posible—. ¿Y tu madre?

—En el jardín, están terminando de instalar… —guardó silencio y sonrió—, será mejor que te lo enseñe.

Le tomó la mano y ambas bajaron las escaleras, atravesaron el salón y salieron al jardín, donde lo primero que Maddie vio fueron dos operarios con su mono de trabajo azul.

—¿Qué están haciendo? —interrogó, llegando ahora hasta Rachel.

—Instalando algunas mosquiteras.

La chica la miró alucinada.

—Las de la carpa son enrollables —explicó— y la del balancín lleva una especie de imanes. Además, hemos habilitado un par de hamacas también, por si acaso te apetece sentarte a la luz de la luna junto al agua.

A Maddie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Esto… ¿es por mí?

Rachel sonrió.

—Claro, para que puedas disfrutar del jardín.

—Dios, no sé qué decir. —Se le atragantaron las palabras—. Es un bonito detalle que… me emociona mucho, gracias.

La mujer la miró con una de sus maternales sonrisas.

—Me gustaría atribuirme el mérito, pero yo ni siquiera sabía de tu fobia a los insectos.

Maddie la miró con los ojos como platos. Eso quería decir…

—Mark me pidió esta misma mañana que me encargara del tema —aclaró—. Dice que te encanta estar en el jardín, pero no estás cómoda.

Muy impresionada, tuvo que limitarse a asentir. Al parecer, Mark, con su arrogancia habitual, tenía muy claro que ella aceptaría pasar una temporada allí, pero era incapaz de enfadarse por ello. Aquel gesto era demasiado bonito como para hacerlo. Miró hacia el balancín, que habían movido de sitio para situarlo fuera de la carpa y más cerca del agua, y que ahora lucía un precioso tul alrededor que podía abrirse o cerrarse a conveniencia. Sin remedio, una imagen de ella tumbada allí mismo, bajo la luz de la luna, sintiéndose a salvo, asaltó sus sentidos, pero tuvo que echarla a un lado cuando sus traicioneros pensamientos incluyeron a alguien más en el idílico sueño.

«Estás enfadada con él», le recordó Pepito, «eso no lo arreglan unas cuantas mosquiteras, aunque sean todo un detalle…, un detalle dulce y encantador…».

Suspiró, conmovida, e hizo a un lado todo pensamiento relacionado con Mark.

—¿Cuándo os marcháis? —Se interesó.

—En una hora —contó Rachel—, queremos pasar a ver a Harold y Ava de camino a casa. Ambos te envían recuerdos y buenos deseos para tu recuperación, y me piden que los disculpes por no venir a verte, pero Harold no se encuentra muy bien.

—¿Qué le pasa?

—Anoche sufrió una subida de tensión bastante fuerte —explicó Rachel—. Tuvo que verlo el médico cuando iban de camino a su casa.

—Vaya, se le veía bien en la fiesta.

Rachel sonrió y bajó la voz como si estuviera haciéndole una confidencia.

—Entre tú y yo, me temo que no le sienta bien salirse de su dieta.

—De su dieta de líquidos, querrás decir, mamá —intervino Lindsay—, lo que viene siendo cambiar el agua por el bourbon, que ayer le conté unos cuantos.

Las tres mujeres sonrieron.

—Dadle recuerdos de mi parte —pidió Maddie—, espero poder verlo de nuevo antes de regresar a Chicago en unos días.

Ambas mujeres la observaron ahora con cierta tristeza.

—A lo mejor decides quedarte —repuso Lindsay con un gesto esperanzado—, ¿no te parece una posibilidad?

Maddie las miró con cierto azoramiento. Sabía por dónde venía la pregunta y no podía alentarlas con su respuesta.

—Mi vida está en Chicago —dijo con cautela, esperando poder dejar el tema ahí, pero Lindsay estaba demasiado inquieta.

—Venga, Maddie —titubeó—, ¿no te gusta mi hermano ni un poquito?

—¡Lindsay! —Le regañó su madre.

—Es que hacen una pareja tan bonita… —se quejó la chica.

Por fortuna, o eso creyó, no tuvo que contestar a la pregunta. La señora Danvers salió al jardín para anunciar que tenían visita.

—¿Quién es? —interrogó Rachel.

—Las Collins, me temo.

—¿Las dos juntas? —casi gritó Lindsay—. ¿Qué parte de *esta tarde no nos viene bien* no han entendido?

—¿Qué hacen aquí? —se horrorizó Maddie.

—Llamaron esta mañana para interesarse por vuestro accidente —explicó Rachel.

—Para cotillear más bien —apostilló Lindsay—. Mira que les dejé claro que esta tarde andábamos liadas con el tema de las mosquiteras —se lamentó—. Y en ese momento no sabíamos que nos íbamos hoy, así que ellas tampoco.

—Pues habrá que atenderlas —suspiró Rachel.

Maddie miraba de una a otra con verdadera angustia. Le apetecía volver a ver a aquellas dos mujeres lo mismo que hacerse la cera.

—Una pena, para un rato que nos quedaba para estar juntas… —se quejó Maddie.

—Nosotras vamos a escaquearnos un poco —sugirió Lindsay, y miró a su madre con un gesto de inocencia—. Con que una de nosotras pase el mal rato es suficiente.

A Maddie se le escapó una carcajada frente a la mueca de horror de Rachel y se dejó guiar de la mano por Lindsay. Ambas recorrieron el lateral de la casa, tuvieron que agazaparse y esperar el momento oportuno para pasar frente a una de las ventanas laterales que daban al salón, y después corrieron para entrar por la puerta de la cocina, en la que se colaron a la carrera, muertas de la risa.

—¿Qué hacéis? —las sorprendió Mark, al que ninguna de las dos había visto.

El chico estaba apoyado en la encimera, junto a la nevera, con un tetrabrik de leche en la mano. Tenía desabrochados un par de botones de la camisa y el pelo algo revuelto. A ojos de Maddie estaba de un sexi…

—¿No estarás bebiendo a morro? —interrogó Lindsay, señalando la leche y frunciendo el ceño—. Como Hattie te vea…

—Yo pregunté primero —carraspeó, y soltó la leche sobre la encimera

—Pamela y Violet han venido de visita —contó Lindsay—, y hemos pensado que con que se sacrifique una es suficiente.

—Y has lanzado a mamá a los leones —frunció el ceño—, ¡qué bonito!

—Sal tú y ya seréis dos. —Se le ocurrió.

Mark guardó silencio unos segundos mientras sopesaba la situación.

—Mamá siempre ha sido muy capaz —terminó diciendo.

—Eso mismo pienso yo —lo apoyó su hermana.

Maddie intentaba no sonreír como una imbécil mientras se recordaba que estaba furiosa con él, pero aquel Mark cómplice, familiar, parecía ser su mayor debilidad. La enternecía de un modo que apenas lograba comprender…, hasta que puso sus ojos sobre ella y la ternura se convirtió en un insoportable calor que abrasó sus entrañas.

—¿No te caen bien las Collins? —le preguntó él en un tono de burla.

—Me caen genial, pero no quiero acaparar todo el protagonismo —declaró Maddie con un gesto inocente—, pero sal tú, seguro que Pamela echará de menos a su bebé.

La sonrisa irónica de Mark la estremeció.

—¿Le llamó bebé delante de ti? —se indignó Lindsay, y miró a su hermano con un claro gesto de enfado—. ¡Espero que hicieras algo!

—Claro, le dijo que estaba preciosa —repuso Maddie sin poder contenerse.

Mark la miró ahora con intensidad.

—Y parece que eso escoció más de lo debido.

—¿A mí? —Rio Maddie con cierto histerismo—. Solo intento hacer bien el papel que se espera de mí.

—Lo que me recuerda que aún te falta algo importante para poder representarlo del todo —dijo, ahora pensativo—. Ven conmigo al despacho, voy a darte…

—¡Ja!

Mark la miró con cierta sorpresa.

—¿Perdona?

—No hay nada que me interese de ese despacho —aseguró, acalorada, cruzando los brazos sobre el pecho.

Con un claro gesto de irritación, Mark miró a su hermana antes de hablar, como si estuviera recordándose que debía controlar las palabras.

—Solo será un minuto.

—Ni un minuto ni medio —aseguró en sus trece—, no entraré por tercera vez en ese despacho.

Se arrepintió de sus palabras casi mientras las pronunciaba, y fue consciente de cómo él arqueaba las cejas con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Por tercera vez?

Maddie izó el mentón en un claro gesto de obstinación para esconder su desazón. Se había preguntado varias veces cuánto recordaba él de aquella noche, y la respuesta parecía ser… ¡ni una mierda!, lo cual la enfurecía aún más.

—Eso da igual —insistió—. Puedes decirme lo que sea aquí mismo.

El bufido de exasperación de Mark sonó alto y claro. Después la miró con hastío.

—No te muevas de aquí.

Salió de la cocina y Maddie no pudo evitar sentir cierta intriga.

—¿De qué va todo eso del despacho? —interrogó Lindsay con curiosidad.

El gesto de vergüenza que no pudo disimular a tiempo le arrancó a la chica una carcajada.

—Así que no solo aprovecháis las multitudes para poneros las botas —dijo divertida.

—¿Qué?

Lindsay sonrió.

—Déjalo, no quiero que te enfades también conmigo —declaró—, pero me alegra saber que tenéis momentos… de despacho.

Maddie sintió arder hasta las orejas por la evidente insinuación.

—Define momentos de despacho.

—Una vez leí una novela donde los protagonistas firmaban algo que llamaban… *una tregua de despacho* —contó risueña—. Ese era el único sitio de la casa donde podían —carraspeó— intimar, y ¡*mamma mía*!, todo lo que ocurría en ese despacho era de alto voltaje —bajó la voz para añadir—, creo que he releído esas partes más de cien veces —suspiró—. Y me hace feliz pensar que tú y mi hermano…

—¡Pues no lo pienses! —se quejó—. Y búscate un novio propio.

Acalorada, Maddie caminó hasta el fregadero y se sirvió un vaso de agua.

«Voy a deshidratarme con este puñetero calor».

Se giró a mirar a Lindsay y se extrañó un poco al verla con una expresión de lo que parecía tristeza en el rostro.

—Lo siento, no pretendía hablarte mal.

—No es eso.

—¿Entonces?

—¿Sabes aquello de *quien yo quiero no me quiere y quien me quiere no me gusta*? —Maddie asintió—. Pues eso, la historia de mi vida.

—¿Siempre te pasa lo mismo?

—Sí, bueno, no, eh… —la miró con angustia—, digamos que llevo toda mi vida enamorada de alguien que jamás podré tener.

Maddie la miró un tanto asombrada.

—¿Hay por ahí un hombre tan tonto como para no babear con solo mirarte?

—No bromees.

—No es mi intención —dijo con sinceridad—, eres una de las mujeres más bonitas que he visto nunca, supongo que será cosa de familia. —Se atragantó con la saliva tras aquellas palabras, y Lindsay rio ahora de lo lindo.

—Eso último no querías decirlo en alto, ¿no?

Maddie no pudo evitar contagiarse de su risa, no podía negar la realidad.

—No estábamos hablando de mí —carraspeó Maddie, azorada aún.

—Ni de mí tampoco, porque no puedo empeñarme en alguien que antes se cortaría las manos que ponérmelas a mí encima.

Mark regresó en aquel momento a la cocina, y Maddie suspiró. Quizá era mucho mejor vivir sin llegar nunca a saber lo que… unas manos concretas podían hacerle a tu voluntad y tu cordura.

—Ayer Pamela hizo un comentario malintencionado —empezó diciendo el chico, llegando hasta ella.

«¿Solo uno?», se lamentó Maddie. Y entonces vio la caja que traía en la mano y se quedó sin voz.

—Será mejor que uses este anillo mientras estés aquí.

Lindsay aplaudió mientras Mark abría la caja y le mostraba a Maddie el anillo de compromiso más hermoso que había visto en toda su vida. La chica se quedó fascinada y por un instante sintió que aquella joya la llamaba con fuerza, como si llevaran esperándose toda la vida.

—Era de mi abuela —contó Mark.

«¿De su abuela?», aquello la trastocó un poco, y entonces recordó el momento en el que

Lindsay le había hablado de aquel anillo. ¡Era el mismo anillo con el que en su día tenía pensado pedirle matrimonio a Madeline!

—¡Pónselo, pónselo! —gritó Lindsay, entusiasmada.

Mark extrajo el anillo de la caja y miró a Maddie con un gesto que parecía sombrío, algo que ella leyó como si fuera un libro abierto.

—No puedo aceptarlo —sorprendió Maddie a ambos.

—No seas boba, solo es un préstamo —insistió Mark.

—Me da igual. —Cruzó los brazos sobre el pecho, escondiendo las manos—. No lo quiero. No pienso ponérmelo.

—Maddie…

—He dicho que no —se reiteró con un gesto obstinado.

Quizá resultaba ilógico comportarse así, pero no llevaría el anillo que él pensaba regalarle a una mujer a la que amaba con toda su alma. No podía, la simple idea la enfermaba incluso aunque lo suyo fuese una farsa. ¿Y acaso no había leído en la expresión de Mark su propia reticencia a dárselo o se lo había imaginado?

—Jamás me pondré ese anillo —se reiteró, intentando no exponer demasiado sus propios sentimientos.

Mark no pronunció una palabra. Guardó el anillo en la caja, caminó hasta la puerta y salió de la cocina con paso firme.

Intentando no verter las lágrimas que pugnaban por salir, Maddie se centró en guardar el tetrabrik de leche en la nevera y en enjuagar el vaso que había usado para beber agua y colocarlo en su sitio.

Cuando se giró hacia Lindsay, la observaba en silencio.

—¿Qué pasa? —interrogó Maddie, cohibida.

—Me gustas, Madison —admitió la chica con un gesto preocupado—, pero adoro a mi hermano. Si le haces daño, la niña de *El Exorcista* a mi lado te parecerá un adorable angelito.

Maddie asintió y la miró con ansiedad. Solo el pensar que en algún momento podía importarle tanto a Mark como para herirlo resultaba descabellado y absurdo, aun así, se limitó a decir:

—Entendido.

«¿Y quién va a evitar que sea yo quien acabe destrozada?», tragó saliva junto con sus lágrimas.

Lindsay sonrió con simpatía y suspiró con teatralidad.

—Ahora será mejor que nos enfrentemos a las odiosas Collins —declaró—, vamos a demostrarles que te encuentras estupendamente bien para que no se hagan ilusiones.

Maddie soltó un suspiro mezcla agotamiento y tristeza. Lo último que necesitaba en aquel momento la aguardaba tras esa puerta y con el hacha levantada, de eso estaba segura.

Saliendo de la cocina se tropezaron con Mark, que apenas la miró. Le tomó la mano y tiró de ella hasta estar frente a todos en la carpa del jardín, donde al fin le dirigió una encantadora sonrisa de cara a la galería.

Por fortuna, estaba justificado que ella no fuera la alegría de la huerta estando aún convaleciente, porque ni con su mejor esfuerzo habría podido concederles una sola sonrisa a aquellas dos arpías.

Capítulo 27

Violet y Pamela Collins eran las personas más horribles a las que se había enfrentado Maddie en los últimos años. Elitistas, prepotentes y estiradas, fingían preocupación por su accidente con una facilidad pasmosa y parecía importarles muy poco el que para todos resultara más que obvio.

Sentada bajo la carpa del jardín, Maddie rogaba que aquel tormento terminara cuanto antes.

Mark había cogido asiento a su lado, como un prometido amoroso, y le tomaba la mano de vez en cuando o le hacía alguna que otra carantoña que para Maddie resultaban un tormento, y no porque no le gustaran.

Pamela ignoraba a Maddie aposta, y no hacía más que recordar viejos tiempos, que siempre incluían a ella y a Mark de alguna manera. Para todos resultaba demasiado evidente que lo hacía adrede y con cierta maldad. Si de verdad Maddie fuera la prometida que se suponía, en aquel momento estaría que se subiría por las paredes con tantas indirectas y miraditas de adoración, menos mal que no lo era, ella solo quería… ¡agarrarla de los pelos y arrastrarla por el jardín hasta que pidiera clemencia!

—Quiero que sepas que no estoy molesta contigo por lo de ayer —comentó Pamela frente a todo el mundo, mirando a Maddie con una sonrisa que recordaba a la de una hiena enferma.

A Maddie le incomodó demasiado el comentario, pero se vio obligada a sonreír. Era la primera interesada en que no se supiera nada de aquella conversación, para que Mark no pudiera asociarlo a su repentina decisión de irse de la fiesta.

—¿De qué está hablando? —interrogó el chico mirándola con un gesto serio.

Maddie intentó quitarle hierro.

—No merece la pena…

—Me llamaste serpiente —insistió Pamela, y miró a Mark—, y en un principio me molestó bastante, bebé, lo reconozco, pero estoy dispuesta a olvidarlo.

Todos vieron cómo Mark respiraba hondo antes de hablar.

—Si insistes en llamarme bebé, es probable que no sea el último insulto que escuches —dijo al fin, dejando a todo el mundo en la mesa alucinado—. Así que aprovecho este momento para pedirte que, por favor, dejes de hacerlo.

A Maddie le habría encantado ponerse en pie y hacerle a aquella arpía un corte de manga mientras gritaba… ¡zas, en toda la boca!, pero se contuvo, aunque le costó mucho reprimir una carcajada frente a la expresión indignada de la rubia. Quizá no debería disfrutar tanto con aquello, pero se sintió demasiado bien cuando él tomó su mano para reafirmar su defensa.

—No creo que sea nada malo —intervino ahora Violet con sequedad.

—Eso es muy discutible, pero para mí lo único importante es que a Madison le molesta —argumentó Mark como única defensa—. Y yo quiero que ella sea feliz. —Miró a Maddie con un gesto de adoración que incluso a ella misma le engañó—. Lo que me recuerda que aún está convaleciente y necesita descansar.

«No es por echaros, pero iros ya», sonrió Maddie por dentro. Así había sonado aquella última frase.

—Sí, es mejor despedirse —aprovechó Rachel—, nosotras también salimos para Osterville

en breve y aún debemos terminar de preparar las maletas. —Se puso en pie—. Os acompaño a la puerta y aprovecho para subir a acabar de recoger.

—Necesito un segundo para ir al aseo —repuso Pamela con un gesto agrio—. Se me permite, ¿verdad?

—Hattie puede acompañarte si…

—No es necesario —interrumpió Pamela mirando ahora a Maddie—. Me conozco esta casa como la palma de mi mano —afirmó con tirantez—, todas y cada una de las habitaciones. —Y por su mirada, estaba claro que aquel *todas* incluía la de Mark.

Maddie sonrió y le hizo gestos pidiéndole sosiego y cuidado mientras se señalaba la lengua, que la arpía entendió a la perfección, dada la expresión airada con la que se alejó de allí.

Rachel se distanció charlando con Violet, en un intento de calmar un poco la tempestad de los últimos minutos.

Cuando se alejaron lo suficiente, Mark miró a Maddie con un gesto de curiosidad:

—¿De verdad la llamaste serpiente?

La chica soltó un suspiro de resignación.

—Bueno…, solo lo insinué —aseguró en un tono neutro—. Le aconsejé no morderse la lengua para no envenenarse.

La carcajada de Lindsay fue inevitable.

—¡Esa es mi cuñada! —vitoreó.

—Sí que te tomas en serio tu papel de prometida —admitió Mark, mirándola con atención ahora—. ¿Y qué te dijo para destilar tanto veneno?

—Eso… no es importante —tragó saliva.

—Lo es si es el motivo por el que sufriste la crisis que te impulsó a marcharte antes de tiempo.

«¡Maldita Pamela!», habría querido gritar en ese momento.

—¿Qué crisis? —intervino Lindsay, pero Mark la silenció con un gesto, que la impulsó a ponerse en pie y decir—: vale, voy a terminar con mi equipaje.

Mark afiló la mirada sobre ella en cuanto su hermana se alejó.

—¿Puedes dejar de fingir que te importa algo la respuesta? —inquirió, irritada.

Él soltó un improperio.

—Qué difícil es tratar contigo, Madison —se lamentó.

—Sí, vale, pero centrémonos en Pamela.

—¿Por qué? Ella no es importante para ninguno de los dos.

—¿Eso quiere decir que nunca visitó tú habitación, tal y como acaba de insinuar?

—¿Eso te importa? —Arqueó una ceja.

—A mí no, no te confundas —sonrió irónica—, pero sí es relevante para la investigación.

Él frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Es una persona inestable y resulta obvio que te considera de su propiedad. —Lo miró de frente y preguntó a bocajarro—. ¿Qué tal se llevaba con Madeline?

A Mark aquella pregunta lo pilló desprevenido.

—Ni siquiera se conocían —contó.

Aquello resultó curioso para Maddie.

—¿Estás seguro?

—Mi relación con Madeline era un secreto para todo el mundo —aseguró—. Aún no se la había presentado a nadie como mi pareja, pero no entiendo a qué viene la pregunta. ¿Crees que

Pamela tuvo algo que ver con ella? ¡Es absurdo!

No para Maddie, que era la única que sabía que había alguien lleno de odio metido en aquella historia, alguien que aún no estaba claro hasta qué punto podía estar involucrado con Madeline y aquella carta de despedida.

—¿Qué no me estás contando? —Lo vio fruncir el ceño ahora, observándola con interés.

—Solo hago algunas hipótesis —carraspeó e intentó desviar su atención—. Por cierto, ¿te suena un tal Jeremy Andrews? Ayer Barrett me dio su nombre. Al parecer le tocó la lotería hace un año y se marchó de la empresa, pero he estado haciendo algunas gestiones después de comer y no he encontrado prueba alguna de que eso sea cierto.

Mark la miró con un gesto serio.

—¿Estuviste haciendo preguntas en la fiesta? —interrogó, irritado ahora—. Te pedí muy claro que no lo hicieras.

—Pero me choqué con Barret, salió el tema… y… —Se mordió el labio frente a su mirada iracunda—. ¿Qué quieres que te diga? —se quejó al fin—. ¡Lo mío es deformación profesional, lo llevo en la sangre!

Resultaba evidente el modo en el que Mark intentaba serenarse. Maddie no agregó una palabra, aguardando a que él quisiera tomar la pelota que acababa de poner en su tejado, lo que no tenía claro era si iba a pegarle una patada y sacarla del campo.

—¿Con cuánta gente más hablaste ayer? —terminó preguntando.

—¿Sobre el caso? Con nadie —afirmó Maddie—. Barrett me contó que por aquella época era el tal Jeremy el encargado del personal, así que resulta evidente que el tipo se quitó de encima a toda persona que coincidió con Madeline en la empresa.

—¿Por qué?

—¿Para que nadie hablara? —Se encogió de hombros—. Es solo una conjetura, pero creo que quería asegurarse de limpiar todo rastro. Siempre hay quien ve algo raro aquí o allá. Luego solo tuvo que esperar un año para poder irse sin levantar sospechas.

—¿E inventó lo de la lotería para…?

—Para que no cantara cuando cambiara su viejo Ford por el último modelo de Mercedes —opinó—. Le preguntaré qué coche tiene cuando me llame.

—¿Qué quieres decir con cuando te llame?

—Le pedí a Barrett que le escribiera un mensaje pidiéndole que se pusiera en contacto conmigo.

—¡¿Qué?! —Se incorporó en la silla—. ¿Y lo hizo?

A Maddie le costó confesar.

—Sí, en el mismo momento en que se lo pedí. —Lo miró preocupada—. Tampoco es para tanto.

—¡Claro que lo es, Madison, por Dios! —izó la voz—. Quien está detrás de los anónimos pasó a recogerte por el hotel como un segundo y gran aviso. En realidad, nos estaba informando de lo poco que le costaría quitarte de en medio si seguías haciendo preguntas, ¡podría haber hecho contigo lo que hubiera querido, ¿es que no te das cuenta?! ¡Te llevaba en un coche a su merced!

A Maddie se le revolvió el estómago. No se había parado a considerarlo de una forma tan cruda.

—Pero no pasó nada —titubeó.

—Hasta que te saltaste la amenaza y seguiste haciendo preguntas —le recordó—. De lo cual tuviste la amabilidad de informarle durante la propia fiesta con ese mensaje de Barrett.

Maddie asintió, intentando reaccionar de forma profesional, tal y como lo haría su padre.

—Lo cual nos ha permitido ponerle nombre al sujeto en cuestión —le recordó, tratando de controlar su malestar—. El tal Jeremy Andrews es nuestro hombre, pero algo me dice que no será fácil dar con él. A estas alturas, sabrá que lo tenemos en el punto de mira.

Mark se desesperó.

—¿Puedes dejar de hablar como si fueras la puñetera Mata Hari?

—¿Y qué quieres hacer? —interrogó ofuscada—. ¿Ponerlo en manos de la policía? Porque o te ha tocado el inspector más inútil de la historia o te aseguro que con tus veinte millones se pagaron algunos sueldos extra.

—No te entiendo.

—Hay demasiadas incongruencias por todas partes, Mark, y solo he necesitado unos cuantos días para darme cuenta, y casi sin medios —opinó con convencimiento—. A estas alturas, cualquier policía honesto del mundo habría dado con la persona que está detrás de todo, porque te aseguro que no es fácil colgarle semejante mochuelo a alguien y salirte con la tuya.

Mark la miró con un gesto mezcla angustia y ansiedad.

—Cuando dices colgarle el mochuelo…

Maddie suspiró con resignación.

—Déjame unos días más y…

—No —interrumpió—, de eso nada.

—Mark…

—Estás insinuando algo que me ha sonado muy raro.

—Solo tengo conjeturas —admitió.

—Pero basadas en algo que no me has contado. —Entrecerró los ojos—. ¿Me equivoco?

A Maddie le costó contestar a la pregunta y se maldijo por haberse metido en aquella conversación.

—¡Dímelo! —exigió Mark, ahora con una evidente inquietud.

—No sé si va a gustarte.

—¡Habla!

Maddie se tomó su tiempo:

—Madeline no escribió aquella carta de despedida —confesó al fin.

Él la miraba como si se hubiera vuelto loca de remate.

—¿En qué… te basas para…? —Fue incapaz de terminar la frase.

—Los anónimos fueron escritos por la misma persona, Mark —reveló con cautela—. La letra es inconfundible.

El chico no parecía poder hablar, y Maddie dudaba de que incluso pudiera razonar algo en aquel instante.

—He leído esa carta como unas cien veces en los últimos días —continuó diciendo Maddie —. Te aseguro que solo he tenido que poner los ojos sobre los anónimos para reconocer la letra.

Con aprensión, Mark la miró ahora de frente.

—¿Estás segura? —La chica asintió—. Yo solo fui capaz de leerla el día que llegó —confesó.

Maddie sacó su teléfono móvil, buscó las fotos que le había echado a los escritos para mandárselos a Karen y se lo tendió al chico.

—Yo… no entiendo nada… —murmuró, confuso, tras revisarlos.

—Es evidente que quien escribió las tres notas está vivito y coleando —declaró—. Lo que me lleva a preguntarme sus motivos para enviar aquella primera nota de despedida, no tiene

sentido, salvo si quería inculparla a propósito.

Mark tenía mal aspecto. Clavó una mirada de abatimiento sobre Maddie, que a la chica le llegó al alma.

—Estás insinuando que… ella podía ser… —fue incapaz de terminar la frase, así que Maddie lo hizo por él.

—Inocente, sí, es una posibilidad —admitió al fin—. Aunque también podía ser cómplice de todo y que su socio en el robo la traicionara. —Tragó saliva—. Lo que me lleva a plantearme otra pregunta con una respuesta mucho más delicada.

Mark la miraba ahora con los ojos cargados de angustia, pero la instó a hablar con un gesto.

—Párate a pensarlo, Mark —pidió, y planteó—. Si tú fueras ese tipo, ¿por qué arriesgarte a colgarle un robo a alguien que puede regresar para defenderse o incluso entregarte a la policía solo con hacer una llamada?

El chico no parecía estar para mucha conjetura, así que negó con un gesto.

—No tiene sentido —aseguró Maddie—, a no ser que estuvieras seguro de que esa persona jamás podría hacer ni una cosa ni la otra. —Tomó aire y se obligó a terminar su hipótesis—. Y solo hay una manera de asegurarte el silencio de alguien.

La insinuación era clara y resultaba obvio que Mark también había llegado a la misma conclusión, la expresión de dolor de su rostro era demasiado evidente, pero lo extraordinario era que Maddie lo veía con claridad. Él no intentaba esconderlo, o, si lo hacía, el dolor que sentía era tan grande que no lo lograba. Maddie se sintió desgarrada por las emociones. Sintió un fuerte impulso de acercarse a él, abrazarlo y ofrecerle todo el consuelo posible, pero se contuvo, temerosa de encontrarse con un rechazo que jamás podría superar.

Cuando posó sus ojos sobre ella, durante un instante Maddie creyó que él iba a rogarle aquel consuelo, pero finalmente se puso en pie.

—Discúlpame —susurró apenas—. No me encuentro bien, necesito un respiro.

Maddie lo observó alejarse, con los ojos acuosos, sintiendo en el alma haberle causado tanto dolor. Solo esperaba que no buscase el consuelo que necesitaba en una botella de whisky.

Capítulo 28

A las once de la noche del mismo día, Maddie paseaba alrededor de la piscina, muy inquieta, aguardando a que Mark llegara a la casa.

Aquella misma tarde, justo cuando Lindsay y Rachel se estaban despidiendo, habían recibido una llamada de Ava alertándolas de un empeoramiento serio en la salud de Harold, que había sido trasladado de urgencia al hospital. Tanto Mark como las dos mujeres se habían desplazado a verlo, pero el chico le había rogado que se quedara en la casa a salvo y recuperando su propia salud. Maddie lo había aceptado solo porque era consciente de que quizá todos la sentirían como una intrusa en sus vidas, pero estaba demasiado inquieta como para hacer otra cosa más que esperar noticias.

Cuando vio a Mark avanzar hacia la piscina, se le aceleró el corazón, siempre tenía aquel efecto en ella.

—Hattie me ha dicho que estabas aquí —saludó el chico—. Y también que casi no has cenado.

—Estaba demasiado preocupada —admitió—, ¿cómo está Harold?

—Ha sufrido un infarto —contó, dejándose caer en el columpio junto a la piscina,

—Oh, ¡vaya! —se lamentó—. ¿Y ha sido muy grave?

—Ha sido serio, pero parece que saldrá de esta —explicó—. Aunque no consiguen controlarle la presión arterial con nada.

Maddie cogió asiento en el otro extremo del columpio y deseó poder abrazarlo para borrarle aquella expresión de preocupación del rostro.

—Me gustaría ir a verlo —declaró.

—Estará bien cuidado.

—Pero quiero presentarle mis respetos —insistió—. Me cayó bien.

Mark guardó silencio con un gesto serio.

—Oye, no puedes tenerme encerrada en casa —repuso Maddie en un tono cauto.

—Eso es lo pactado —le recordó.

—¡Venga ya! Creo que te estás pasando un poco —opinó—. Además, aquí eres tú el que está más expuesto y te has ido sin Ben —le regañó—. ¿Por qué narices no lo has llevado contigo?

—No lo vi necesario.

—Pues lo es —amonestó—. Las amenazas no son para mí, Mark. Ese tipo tiene claro que solo soy una intermediaria y que eres tú quien paga mi salario, tú eres quien necesita a Ben a su lado.

Mark sonrió irónico.

—Cuidado, Madison, a ver si voy a terminar pensando que te importo un poco.

La chica soltó un sonido de hastío y lo miró con el ceño fruncido:

—Solo cuido de mi negocio —aclaró—, ¿cómo crees que le afectaría a la agencia si perdemos a un cliente en plena investigación?

—Ah, ya entiendo —suspiró, y la observó con una media sonrisa—, no me dejes ilusionarme ni un poco.

Aquel comentario dejó a Maddie un tanto abatida, a pesar de saber que él solo estaba bromeando. Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con cautela.

—¿Has cenado algo en el hospital? —se interesó ahora, preocupada por el gesto de agotamiento que se leía en él.

—No tengo hambre.

—Se te ve cansado.

Mark la miró a los ojos y soltó aire antes de volver a hablar.

—Ha sido un día muy difícil —admitió.

—Siento si te he preocupado con cosas que quizá he debido callarme de momento —titubeó la chica—. Si quieres hablarlo…

—No —interrumpió de inmediato—, preferiría no tocar ese tema.

Maddie asintió y, para su asombro, lo vio acomodarse en el columpio un poco más.

—Necesitas dormir, Mark —repuso—, anoche apenas pegarías ojo en el hospital y…

—Solo quiero estar aquí un rato más —susurró—, disfrutando de la paz del jardín. Siento que hacía siglos que no me sentaba en este columpio —murmuró—. Casi no recordaba lo cómodo que es, o… quizá ya no lo detesto de la misma manera.

Sonaba con tal agotamiento, tanto físico como mental, que Maddie tuvo que controlarse para no ceder a la tentación de consolarlo.

—Te dejo disfrutar del momento. —Se puso en pie.

—No, por favor. —Sonó a ruego—. Quédate un rato conmigo.

La chica se quedó perpleja y lo observó con un gesto precavido.

—¿Te ayudan las mosquiteras? —interrogó Mark ahora.

—Sí, muchas gracias por el detalle, por cierto —declaró—. Aún no había tenido oportunidad de decírtelo.

Mark hizo un gesto restándole importancia.

—Creo que es mejor que me vaya —opinó Maddie, sintiendo que deseaba quedarse con demasiada intensidad.

Él la miró con una extraña expresión de lo que parecía pesar.

—¿Podemos tener una conversación normal por una vez? —rogó—. Prometo que no habrá… lapsus de memoria por mi parte.

«Quiere decir que no piensa tocarte ni con un palo», le gritó a Maddie su conciencia. «Sí, gracias, ya lo entendí», se respondió a sí misma con irónica claridad.

Tras algunos segundos de lucha interna, no pudo negarse. Volvió a coger asiento y se acomodó lo más alejada posible de él.

Mark tiró de la mosquitera para que cayera sobre el columpio, y Maddie tuvo la sensación de que aquella fina tela los aislaba del resto del mundo, juntos. Para su desgracia, aquel balancín seguía afectándola de una manera inexplicable, que despertaba en ella demasiadas emociones, algunas muy intensas.

—Háblame de tu vida en Chicago. —Se giró Mark a mirarla.

—¿Qué quieres saber?

—¿Eres feliz?

—¡Esa es la pregunta del millón de dólares! —Rio para esconder su turbación frente al comentario, que para Maddie no era una respuesta fácil de dar. Su hijo le hacía feliz y le encantaba su trabajo, intentaba por todos los medios vivir sus días con todo el optimismo que podía, pero ¿feliz? Aquello resultaba una verdadera utopía cuando eres incapaz de recordar ni quién eres, la pérdida era demasiado grande—. Me pides una respuesta muy difícil de dar.

—Inténtalo —rogó.

A Maddie le costó arrancarse a hablar, abrirle demasiado su corazón a aquel hombre podía resultar peligroso.

—Creo que aún me falta mucho camino por recorrer para poder vivir con cierta normalidad —reconoció en un tono precavido.

—Entiendo.

—Con todo respeto, Mark, no creo que puedas.

El chico asintió y soltó aire con cierta tristeza.

—Quizá no sé cómo te sientes sin recuerdos —susurró—, pero sí entiendo la infelicidad, más de lo que me gustaría.

A pesar de que la noche le impedía ver del todo lo que había en sus ojos, la amargura se podía leer en su voz, en cada expresión, cada gesto. En realidad, si Maddie se paraba a pensarlo, cuando estaba distraído, siempre había un punto de tristeza en aquellos ojos grises.

—Se puede tener todo, Madison —murmuró sin dejar de mirarla—, éxito, dinero, una casa de ensueño, y ser la persona más infeliz del planeta.

Maddie se sentía perpleja por la repentina confesión. Al parecer, él estaba mucho peor de lo que había supuesto si necesitaba tanto exteriorizar el dolor y la escogía a ella para hacerlo.

—Hay muchas cosas que no compra el dinero, supongo —admitió la chica,

—Ni que lo digas, a veces incluso juega muy en contra.

Maddie supo que hablaba de Madeline. Nada menos que veinte millones de dólares se habían interpuesto en su felicidad. Aun así, la chica bromeó:

—Ese comentario solo puede hacerlo alguien a quien le sobra.

—Cambiaría hasta el último centavo por una sola cosa —aseguró casi en un hilo de voz.

Maddie no preguntó, no necesitaba escuchar cuánto amaba a Madeline aún. Sintió que su corazón se resentía sin remedio.

—La vida nos da y nos quita en la misma proporción.

—Eso es verdad. —admitió Mark con un extraño gesto, y la miró con verdadera intensidad, hasta llegar a incomodarla.

—¿Qué? —terminó preguntando.

—Te admiro. —La sorprendió diciendo—. A pesar de todo lo que te ha pasado, desprendes esa luz tan intensa…

Maddie esbozó una sonrisa triste.

—No hay luz sin sombras, me temo. —Tragó saliva y decidió corresponder a su sinceridad —. Y quizá… no ibas tan desencaminado cuando esta mañana insinuaste que me escudo y me escondo demasiado en mi aparente optimismo.

—Se me ocurren peores sitios en los que esconderte —opinó.

—Eso es verdad.

—Y eres capaz de conectar con la gente de un modo que… —hizo una pausa y la miró con intensidad— me fascina.

A Maddie se le aceleró el corazón aún más.

—Menos mal que no soy de ruborizarme —bromeó, intentando encajar aquel comentario sin suspirar de anhelo—, pero no es para tanto.

—Tengo mis dudas. —Sonrió—. ¿De qué conocías al taxista que te llevó hasta el hangar?

—De nada.

—Ahí lo tienes —señaló—. Y al bajar de ese taxi te despediste llamándolo por su nombre, e incluso sabías el de su mujer.

—Su futura mujer —recordó con una sonrisa—. Si es que ella lo acepta. ¿Sabes que iba a darle una serenata para pedirle matrimonio?

Mark rio.

—Ni lo sé ni me habría enterado jamás, créeme, ¿ves a lo que me refiero?

Maddie frunció el ceño para esconder su azoramiento y desvió la atención diciendo:

—Me pregunto si le habrá dicho que sí.

—¿A ti te gustaría que alguien hiciera algo así por ti?

Para Maddie esa también era una respuesta complicada.

—La verdad… —titubeó— es que yo no creo en ese tipo de gestos.

Aquello sí pareció sorprenderlo mucho. La miró con cierta curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A gestos que te venden un amor de ensueño para toda la vida —confesó—. Siempre intento ser positiva, pero… creo que el *para siempre* es un exceso de optimismo.

—¿Así que además de detective eres filósofa?

A Maddie se le escapó una carcajada divertida.

—No, en serio, me sorprendes cada vez que abres la boca —insistió Mark.

—Y no siempre para bien.

—No —admitió—, a veces te estrangularía lentamente.

—Si es solo a veces, vamos bien. —Sonrió—. Yo te patearía el culo casi todo el tiempo.

Ambos rieron y se miraron con una sonrisa sincera durante unos largos segundos, hasta que Mark interrogó:

—Así que ¿no crees en el amor?

—Yo no he dicho eso. —Se puso seria al fin—. Es solo… que…

Se interrumpió, aquella conversación estaba virando a un terreno pantanoso.

—Solo que… —la alentó Mark.

Maddie decidió ser sincera.

—Creo que el hombre es infiel por naturaleza —declaró.

Aquello pareció sorprender mucho a Mark, pero esperó a que ella siguiera hablando.

—Lo he visto demasiadas veces en los últimos dos años —repuso—. Matrimonios en apariencia perfectos, donde una de las partes se lo juega todo, su familia, sus hijos, por un rato de diversión con otra persona.

—Quizá eso jamás fue amor de verdad.

Maddie se limitó a hacer un gesto de duda.

—No todos los hombres somos infieles —aseguró Mark casi en un susurro, ahora sin mirarla —. No si amas a esa persona con toda tu alma. —Pareció costarle seguir—. Yo solo me he enamorado una vez, pero tan profundamente que jamás habría mirado a ninguna otra, porque apenas podía apartar los ojos de ella.

Aquellas palabras taladraron el corazón de Maddie de un modo que incluso la alarmó, le dolieron en el alma, pero él se veía demasiado vulnerable en aquel instante como para salir huyendo a lamerse sus propias heridas.

—Yo sé que una vez amé a alguien de la misma manera —reveló, intentando corresponder a sus confesiones.

Con aquellas palabras se ganó su atención de inmediato. Él la miró un tanto desconcertado.

—¿Cómo lo sabes? —se interesó—. ¿Acaso recuerdas…?

—No —se adelantó—, pero sé que estuve enamorada y sé que él me traicionó.

—Pero… ¿cómo?

—Es solo una sensación, pero tan fuerte que a veces me impide hasta respirar —confesó—. Tengo pesadillas.

—¿Con el accidente?

—No, con él.

Mark la observó ahora con un gesto de absoluto asombro.

—No sé si te entiendo —reconoció con cautela.

—No me entiendo ni yo —suspiró Maddie, y sonrió—. Dejemos la conversación aquí.

—No, de verdad quiero saberlo —insistió Mark—. Anoche en el hospital hubo un momento en el que te agitaste demasiado —recordó—. Por fortuna, pude calmarte un poco y seguiste durmiendo.

Aquello dejó a Maddie perpleja. De modo que por eso no se había despertado durante la noche como solía ser habitual.

—Pues gracias —susurró un poco azorada porque él hubiera visto más de lo que debería—. Suelo despertarme. En mis sueños al principio todo es idílico, y él… —Se interrumpió, aquello era demasiado íntimo

—¿Qué?

A Maddie le faltó el aire.

—Todo es perfecto hasta que deja de serlo —resumió, incapaz de mirarlo.

Él guardó silencio y pareció costarle aventurarse a preguntar.

—¿Desde cuándo tienes esas pesadillas?

—Desde que me despertaron del coma.

—¿Del coma? —Aquella frase fue como si lo hubiera golpeado con una piedra—. ¿Estuviste en coma?

—En coma inducido, sí.

—¿Por qué?

—Resumiendo… —hizo una pausa y después dijo de corrido—: Mi consciencia iba y venía y tenían que disminuir la actividad cerebral para conseguir que mi cerebro se curara más rápido, había demasiadas lesiones internas.

Mark escuchaba en silencio, mirándola con un gesto de horror que apenas podía ocultar.

—¿Tampoco recuerdas nada del propio accidente? —se interesó ahora.

—No, solo sé lo que mi padre me contó —admitió—. Caí desde treinta metros de altura, casi a punto de coronar la cima de la montaña que ascendía. Aquel día había salido sola, así que no había nadie que pudiera ayudarme —se lamentó—. Tardaron dos días en encontrarme, en los que caminé sin rumbo. —Se le atragantaron las palabras y confesó—. Recuperé ese recuerdo tras nuestro accidente.

Aquello dejó perplejo a Mark, que se incorporó en el columpio.

—¿Has recuperado un recuerdo?

Ella asintió y explicó:

—No sé cómo, quizá al chocar tenía la misma sensación de dolor de cabeza o aturdimiento, no lo sé, pero ahora recuerdo con total claridad haber caminado por el bosque durante horas, casi sin fuerzas, hasta caer rendida en mitad de la nada. —Se le quebró la voz—. No podía moverme, pero estuve consciente durante mucho rato, sintiendo sobre mi cuerpo… —Una arcada seca interrumpió el relato y tuvo que parpadear para alejar las lágrimas—. Al menos ahora entiendo por qué apenas tolero ni una simple hormiga.

Mark parecía estar en shock.

—De verdad, lo siento mucho —terminó diciendo en apenas un susurro—. ¿Tienes más

secuelas?

—Tuvieron que operarme de la rodilla —explicó.

—He visto la cicatriz.

—Suele dolerme si la fuerzo mucho, pero voy tirando.

—Supongo que no es lo peor de todo.

Maddie lo pensó con detenimiento.

—Nada se compara a despertar —susurró— y encontrar tu mente vacía. —Sintió un escalofrío al recordarlo.

—¿Y qué dicen los médicos? —se interesó con un gesto inquieto—. Algo podrán hacer.

—Poco, porque todos están de acuerdo en que no hay una causa física que justifique que mis recuerdos sigan perdidos —musitó.

—¿Entonces…?

—Al parecer tengo lo que llaman una amnesia disociativa —contó algo azorada—, que parece estar originada por algún acontecimiento traumático.

—Eso significa…

—Que mi subconsciente está bloqueando esos recuerdos de forma intencionada —explicó—. Según los médicos, no es que no pueda recordar… —suspiró—, es que no quiero.

Mark la miró un tanto desconcertado.

—¿Eso puede pasar?

—Al parecer sí.

—¿Y no hay forma de desbloquear esos recuerdos?

—Ya me cansé de pruebas, experimentos y falsas esperanzas, Mark —declaró con tristeza—. Solo continúo la terapia psicológica para aprender a vivir con ello.

—¿Y tu psicólogo cree que en algún momento podrías recuperarte y…?

—Mark… —interrumpió—, no me estás escuchando.

El chico suspiró y la miró muy serio.

—Lo siento, sé que hay que estar en tus zapatos para tomar decisiones tan… —carraspeó.

—¿Extremas? —Él asintió con un gesto—. Es una cuestión de equilibrio —confesó—. Es muy fina la línea que separa la cordura de la locura.

Mark guardó silencio y la observó con intensidad hasta incomodarla.

—¿Qué? —se quejó Maddie.

—Perdona, es que me contengo para no freírte a preguntas —admitió—, no quiero agobiarte.

—Entonces mejor lo dejamos aquí —rogó—, porque te aseguro que esta es la conversación más larga sobre el tema que he tenido en dos años. —Esbozó una sonrisa para aligerar la carga —. ¿A qué ya no te parezco tan guay?

Mark arqueó las cejas y la miró con fingida extrañeza.

—Presupones que me has parecido guay en algún momento.

A Maddie se le escapó una carcajada.

—*Touché* —aceptó.

La mirada intensa y cargada de sensualidad que Mark posó sobre ella enarboló todos sus sentidos, y su cuerpo despertó a la vida con unas ganas de él que la asustaron.

—Será mejor que me marche ya a dormir —murmuró, aunque no hizo ni un amago de moverse.

Mark la seguía observando y le brillaban tanto los ojos que ella podía apreciarlo incluso a pesar de estar casi en penumbra. Las luces que llegaban hasta ellos eran tenues, pero aportaban una intimidad que ahora sí comenzaba a ponerla mucho más que nerviosa. Deseaba recortar la

distancia hasta sus labios de un modo casi incontrolable ya, y supo que debía huir, cuando comenzó a preguntarse muy en serio qué haría él si ella cedía a sus deseos y se arrojaba en sus brazos.

Sin mediar más palabras, se puso en pie y buscó con desesperación la forma de salir del tul que cubría el columpio.

—¿Y esas prisas de repente? —lo escuchó decir en un tono de voz tan ronco que Maddie sintió una punzada en la pelvis—. Estás a salvo de los bichos aquí dentro.

—Hay animales mucho más peligrosos —susurró lo que solo quería haber pensado, y se desesperó—. ¿Cómo se sale de aquí?

No obtuvo respuesta y se giró a mirarlo, cazándolo in fraganti con los ojos sobre su trasero, que se marcaba casi al completo a través de los ajustados leggins. Incómoda, se estiró la camiseta, que se le había subido hasta la cintura.

—¿Me ayudas? —rogó.

A Mark le costó unos segundos decir:

—Se supone que está cerrada con imanes.

Maddie miró a su alrededor buscando el punto de unión de la mosquitera, sin encontrarlo, y comenzó a ponerse muy nerviosa. Mark no parecía tener intención de moverse.

—¿Puedes ayudarme o hacemos noche en el balancín? —repuso, ahora irritada.

—No sabía que fuera una opción —sonrió—, pero no suena mal.

—¡Déjate de bromas!

—¿Te sonó a broma?

Ella tragó saliva. Si ya tenía problemas para controlarse, aquella actitud por su parte no ayudaba. O salía pronto de allí o…

—Mark, no hagas esto —rogó desesperada.

—¿El qué?

—Lo sabes.

Él guardó silencio unos largos segundos y terminó confesando:

—Me temo… que no puedo evitarlo, dulzura, y te juro que lo intento.

—¡Pues ni lo pienses! —se irritó, y se giró a mirarlo de frente con tanto ímpetu que se tambaleó ligeramente y casi se colgó del extremo del balancín para no caer en su regazo de nuevo.

—Qué buenos reflejos —suspiró Mark—, qué lástima.

—¡Déjalo ya! —protestó.

—¿O qué?

—Me has prometido que no habría… lapsos de memoria. —Lo miró con un hambre que contradecía sus palabras.

—Y lo sigo manteniendo —declaró sin apartar sus ojos de ella—, porque te prometo que esta vez no olvidaré un solo segundo.

Maddie tragó saliva, al límite de sus fuerzas. La tentación de abandonarse a sus brazos era tan intensa que se transmitía ya por cada poro de su piel. Se abanicó con la mano mientras se mordía el labio inferior de forma distraída, sin ser consciente de cuánto hablaba por sí solo cada gesto. Mark la taladraba con una mirada sensual cargada de promesas ardientes. Estaba medio recostado en el balancín, ahora con un brazo a cada lado del respaldo, y a Maddie se le antojaba la visión más sexi que había visto jamás. Todo en él parecía hablar alto y claro, y ella escuchaba con claridad… «Toma lo que quieras, en este momento soy todo tuyo».

—Mark…

—Ven aquí —lo oyó apenas susurrar— o deja de mirarme así.

Lo que aquel comentario hizo en su cuerpo incluso la asustó un poco por la intensidad. Sintió que sus pezones se endurecían hasta el punto de lastimarse con la fina tela del sujetador, al mismo tiempo que el fuego ardía entre sus muslos, suplicando que aceptara la invitación. Él no se movía, dándole la total libertad a ella para tomar la decisión que, estaba segura, cambiaría su vida para siempre de nuevo.

«Para él no eres tan importante, solo un desahogo momentáneo», se recordó para no salir herida, pero sabía que, si cedía a meterse en su cama, sufriría las consecuencias. Incluso así, su cuerpo avanzó un paso en su dirección como si tuviera vida propia, y Mark aceptó la silenciosa invitación con rapidez, tirando de ella hasta que la atrapó en su regazo.

—Todo nos lleva a este punto una y otra vez, dulzura. —La miró con intensidad mientras su mano ascendía por uno de sus muslos—. Cualquiera diría que has nacido para estar entre mis brazos.

Maddie se perdió en sus ojos y estuvo a punto de soltar un suspiro de anhelo al escuchar aquellas palabras, pero fue incapaz de pronunciar una sola de vuelta, sabía que en aquel momento apenas le saldría la voz del cuerpo.

—Eres tan hermosa… —susurró Mark avanzando muy despacio hasta su boca— que ya no puedo seguir resistiéndome, aun sabiendo que quizá me odie a mí mismo por la mañana.

Recortó la distancia y bebió de sus labios como si fueran lo único con lo que había soñado durante días, y Maddie lo recibió con ansias y el juicio nublado por el deseo más intenso, tanto que le costó unos segundos identificar el motivo por el que la angustia invadía poco a poco su pecho.

«…*aun sabiendo que quizá me odie a mí mismo por la mañana*…».

Aquellas palabras gritaban cada vez más alto dentro de su cabeza y de su corazón como para ignorarlas. Se revolvió entre sus brazos, abatida, hasta tener la valentía para abandonar sus labios.

—Esto no va a pasar.

—¿Qué? —Mark parecía perplejo mientras Maddie intentaba salir de sus brazos—. Espera un poco…

—No.

Se esforzó para ponerse en pie. Si seguía entre sus brazos, no estaba segura de poder contenerse.

—Madison, no entiendo nada. —Se levantó tras ella.

La chica buscó la salida del tul con desesperación, consciente de que necesitaba alejarse de él cuanto antes.

—¡Ábreme!

—Espera un maldito momento —pidió Mark, ahora irritado, tirando de su cintura para atraerla a sus brazos de nuevo—. ¿Qué pasa?

—No quiero esto.

—¿Vas a decirme que no me deseas? —inquirió—, porque siento decirte que tu cuerpo habla alto y claro.

—Sí, lo sé, y no voy a negarlo —tragó saliva y lo miró a los ojos—, pero mi cuerpo no decide por mí, tengo dignidad, Mark.

Un destello de dolor pareció atravesar aquellos ojos grises.

—¿Y no me consideras digno de ti? —interrogó.

—No es eso.

—¿Entonces?

—¡No puedo acostarme con un hombre para el que hacerme el amor es un error tan grande que está seguro de que se odiará a sí mismo por la mañana! —terminó admitiendo sin poder evitar que sus palabras destilaran amargura.

—Madison…

—¡¿Dónde me dejaría eso a mí?! —insistió con la voz quebrada—. Lo siento, Mark, pero aprender a aceptarme me ha costado la misma vida, y no voy a quererme tan poco. No voy a ser la mujer a la que detestes por la mañana, solo por no ser… esa otra a la que tú añoras. —Tuvo que parpadear para alejar las lágrimas.

—No tienes ni idea de lo absurdo que suena lo que estás diciendo —murmuró abatido.

—Busca a alguien que pueda darte solo sexo, Mark. —Lo empujó para alejarse un poco—. Lo siento, pero algo que he descubierto recientemente sobre mí es que no sé separar mis sentimientos de… todo lo demás.

Mark la dejó poner distancia mientras la observaba con una expresión que Maddie era incapaz de descifrar, pero estaba demasiado dolida como para pararse a analizarla.

—Me hiciste daño en ese despacho hace unos días —admitió sin pretenderlo. Él arqueó las cejas con asombro—. Y tú ni siquiera eres capaz de recordarlo. —Se le quebró la voz—. Me pregunto si te odiarías también por ese pequeño desliz si pudieras hacerlo.

Mark avanzó hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos mientras el corazón de Maddie casi se le salía del pecho, esperando un milagro que… no llegó. Él se limitó a tirar del tul en el punto exacto para abrirlo, justo a su lado.

Sintiéndose una idiota por haber esperado que él desmintiera en parte sus palabras, se alejó a paso rápido, rogando para que le diera tiempo a llegar a su alcoba antes de deshacerse en lágrimas; sin saber… que aquella noche aún habría mucho que decir.

Capítulo 29

Maddie fue directa a la ducha en cuanto traspasó la puerta de su alcoba. Sentía el cuerpo aún enardecido por el deseo mientras apenas podía contener sus lágrimas, que dejó correr sin control bajo el chorro de agua caliente, hasta que poco a poco comenzó a calentarle el alma lo suficiente como para sentirse algo mejor.

Media hora después, enroscada en una toalla, se miró largo rato en el espejo mientras se cepillaba el pelo de forma distraída.

«*Eres tan hermosa*…», lo escuchaba decir aún dentro de su cabeza. Y no pudo evitar preguntarse cómo era Madeline Middelton.

«Una belleza, seguro», se dijo, soltando un suspiro de tristeza, envidiando a aquella mujer con toda su alma y sintiéndose fatal por ello. La vida había sido cruel con Madeline, no podía rivalizar con ella, pero tampoco podía evitar preguntarse qué se sentiría al ser amada de una forma tan intensa por un hombre como Mark.

«*Solo me he enamorado una vez, pero tan profundamente que jamás habría mirado a ninguna otra, porque apenas podía apartar los ojos de ella*».

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y se sintió de lo más estúpida. Desesperada, caminó hasta la almohada en busca de su camisón, rogando poder dormirse cuanto antes. Tiró de la sábana para destapar la cama ¡y se le escapó un grito de horror que debió resonar en cada rincón de la casa! Salió corriendo de la habitación al pasillo, con el rostro desencajado, que fue lo primero con lo que Mark se topó cuando llegó con premura hasta ella, procedente de su propia habitación.

—¿Qué ha pasado?

—En la cama… —señaló, entre lágrimas, casi sin poder hablar.

Mark entró en la alcoba para descubrir decenas de bichos de todo tipo paseándose entre las sábanas: escarabajos, gusanos, hormigas e incluso un ciempiés enorme que al propio Mark le hizo torcer el gesto. Tanto la señora Danvers como Joana subieron corriendo las escaleras para ver de dónde procedían los gritos que Maddie no había podido contener, y se habían escuchado en toda la casa.

—¡¿Qué demonios es esto?! —se alarmó la señora Danvers, horrorizada, aunque reaccionó con rapidez—. Entre Joana y yo quitaremos las sábanas y limpiaremos, Madison te necesita a ti.

Mark salió del cuarto en su busca y la encontró en el pasillo, envuelta en una simple toalla, tiritando de frío, a punto de sufrir un colapso nervioso. Cuando llegó hasta ella y la abrazó, la chica rompió a llorar entre sus brazos.

—Tranquila —susurró, acariciándole el pelo que aún tenía mojado—. Todo va a estar bien. Hattie y Joana se encargarán de limpiarlo todo ahora lo mejor posible, y mañana llamaremos a alguien para que desinfecte a fondo. Te juro que no quedará un solo bicho.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —Sollozó Maddie, aún casi sin poder llevar aire del todo a sus pulmones.

—No lo sé, pero lo averiguaremos —le aseguró—. Ahora intenta calmarte, por favor.

Le costó varios minutos dejar de temblar mientras se dejaba consolar. Cuando la impresión

inicial fue cediendo, de forma inevitable comenzó a ser consciente de la situación. Mark apenas llevaba puestos unos pantalones negros de pijama y su torso estaba desnudo…, y parecía emitir un calor insoportable, o al menos eso pensó Maddie cuando sintió su propio cuerpo arder. Además, era evidente que también acababa de ducharse y olía a… gloria bendita. Casi en trance, se distanció unos centímetros solo para poder poner sus manos sobre su torso y recorrerlo a placer, disfrutando de la dureza de sus músculos y la sorprendente suavidad de su piel, hasta que fue consciente de lo que estaba haciendo.

—Dios, ¡lo siento! —casi gritó, dando un salto hacia atrás como un gato escaldado.

Mark la miró en silencio, pero ella fue incapaz de devolverle la mirada. Habría dejado que la tierra se la tragara en aquel momento, gustosa, pero ni siquiera podía echar a correr, porque no tenía a donde ir, desnuda y sin poder usar su alcoba. Se quedó allí en medio, cargada con una pesadumbre demasiado evidente, todas sus emociones parecían estar fuera de control en aquel momento.

—¿Qué te provoca tanta angustia, Madison? —interrogó Mark casi en un susurro—. Es por lo de tu habitación o por…

—No digas nada, por favor —rogó—, me siento muy avergonzada.

Se arrepintió de aquella respuesta nada más darla, puesto que dejaba claro que hablaba de su… pequeño desliz, y a él tampoco le pasó desapercibido.

—Ya no puedo más con todo esto —lo escuchó decir como si hablara para sí mismo.

Maddie apretó los dientes y lo miró de reojo, esperando por su comentario a que él se alejara y la dejara plantada allí mismo, pero, para su sorpresa, Mark le tomó la mano y tiró de ella para que lo siguiera por el pasillo, al tiempo que decía:

—Creo que ha llegado el momento de aclarar algunas cosas entre nosotros.

Perpleja, la chica se dejó guiar, demasiado sorprendida, pero se revolvió, nerviosa, en cuanto Mark entró en otra de las habitaciones y lo vio cerrar la puerta tras ellos.

—Tranquila, no voy a saltar sobre ti —repuso en un tono seco.

—Esta es tu habitación. —Miró a su alrededor, sorprendida, aspirando el aroma a él que llenaba sus sentidos.

—Vas a dormir aquí —impuso, y pareció desesperarse cuando ella lo miró con un evidente gesto de inquietud—. No te preocupes, yo buscaré otro sitio.

—No quiero echarte de tu alcoba.

—Sí, lo sé, pero no tienes pinta de querer admitir que te mueres por compartirla conmigo.

—Mark…

—¡No digas nada! —interrumpió—. Soy yo quien quiere aclararte un par de cosas.

Maddie lo observó caminar hasta la mesilla junto a la cama mientras se lo comía con los ojos. Desde luego era digno de mirar aquel hombre, y su propio cuerpo respondía a él de una manera que comenzaba a resultar desesperante. Y saberse desnuda bajo aquella toalla incrementaba su deseo hasta un punto de locura, solo tenía que dejarla caer y… estaba segura de que obtendría lo que más anhelaba sin decir una sola palabra.

Temerosa de no poder resistirse a la tentación, no se apartó de la puerta ni dio un solo paso para adentrarse en la alcoba. Su corazón se aceleró cuando él regresó sobre sus pasos, sin apartar los ojos de ella, donde parecía leerse una nueva resolución que Maddie se preguntó a qué se debía.

Lo miró desconcertada cuando él izó frente a sus ojos lo que había sacado del cajón de la mesilla…

—¡Mi pulsera! —exclamó sorprendida. Llevaba días preguntándose dónde la habría perdido

—. ¿Dónde la has encontrado?

—En el sofá del despacho —aclaró.

Maddie se mordió el labio inferior y sintió que se ruborizaba.

—Ah, ya…

—Sí, se te cayó la noche que compartimos ese sofá —clavó en ella una mirada íntima—, esa noche de la que estás tan convencida que yo no recuerdo nada.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, Maddie tragó saliva, sin saber qué decir. Él estaba demasiado cerca, semidesnudo, y la miraba con un brillo en los ojos que derretía poco a poco todas sus defensas. Y la cosa fue a peor cuando apoyó una mano en la puerta, por encima de su cabeza, recortando aún más las distancias.

—Jamás podría olvidar nada de lo que pasó en ese sofá —concedió Mark sin dejar de mirarla a los ojos, a escasos centímetros—. Y, por si te lo estabas preguntando, siempre tuve muy claro a quién tenía en mis brazos aquella noche.

La chica tragó saliva y susurró:

—Me llamaste Maddie.

—¿Y no te llamas así?

—No me tomes por imbécil, Mark.

Él se desesperó, puso la otra mano también sobre la puerta, una a cada lado de su cabeza, y recortó aún más las distancias.

—Vamos a aclarar algo importante —declaró con una pronunciada ronquera—. Te deseo… como jamás he deseado a nadie más, desde el mismo maldito momento en el que caíste en mis brazos por primera vez.

Aquellas palabras y la intensidad de su mirada estuvieron a punto de arrancarle a Maddie un gemido que contuvo a duras penas. Con todos sus sentidos en alerta, se perdió en sus ojos.

—¿Lo dices… en serio? —titubeó.

Él soltó un suspiro de resignación y al fin dejó fluir su desesperación.

—Me estás volviendo loco, dulzura —reconoció, vencido—. He intentado resistirme a ti de todas las maneras posibles, pero todo mi ser te llama a gritos y ya no me quedan fuerzas para seguir luchando.

El cuerpo de Maddie ardía bajo la única prenda que vestía su desnudez, y comenzaba a sentir un deseo líquido entre sus piernas, tan intenso que incluso le preocupaba que pronto descendiera por sus muslos.

—Ya no puedo seguir buscando excusas para besarte —continuó Mark, usando una de sus manos ahora para acariciarle el rostro—, no puedo seguir fingiendo que no deseo hacerte el amor con cada fibra de mi ser.

—Mark…, si me consideras un error… —titubeó, contenerse tanto comenzaba a resultar doloroso.

—Jamás he dicho algo así —susurró casi sobre su boca—. Y si alguna de mis palabras te ha hecho sentir mal, te pido disculpas, te aseguro que herirte nunca ha sido mi intención, pero… admitir lo que provocas en mí ha sido muy difícil. —Tomó su rostro entre sus manos—. Pero sé que tengo que respetar tus deseos —suspiró—, y no voy a presionarte, aunque… me muera por saber qué llevas o no debajo de esa maldita toalla.

Maddie estaba absorta y flotando en una nube de deseo que parecía ralentizar sus movimientos, sus pensamientos. Todo su ser ardía de pura anticipación, pero no podía pronunciar una sola palabra, sabía que todo saldría en forma de jadeos si lo intentaba.

—¿Necesitas tiempo? —lo escuchó preguntar como entre brumas, al tiempo que se retiraba

un par de metros hacia atrás con un gesto de angustia—. Si te estoy acosando demasiado…

Frente a su imposibilidad de hablar, Maddie interrumpió sus palabras con una respuesta silenciosa, pero contundente. Se abrió la toalla y la dejó caer al suelo, quedando completamente desnuda frente a sus ojos. Lo vio tragar saliva y recorrer su cuerpo con la mirada de la cabeza a los pies…. Un segundo después, recortó la distancia de nuevo hasta ella, la tomó en sus brazos y devoró su boca sin darle un solo respiro ya, mientras ambos soltaban un gemido de anticipación que resonó en cada rincón de la alcoba.

Con abandono, Maddie se colgó de su cuello y estuvo a punto de desfallecer al sentir las manos masculinas pasearse por todo su cuerpo con impaciencia, al mismo tiempo que sus lenguas bailaban y se enredaban en aquella danza que siempre la mareaba de deseo. Pero aquel era un beso muy diferente al resto, porque su cuerpo, su mente y su corazón remaban a un mismo son, e, incluso en su delirio, era consciente de que al fin podía abandonarse del todo, sin contenciones, hasta sus últimas consecuencias, que Maddie ansiaba con toda su alma. Para ella, de alguna manera era como perder la virginidad de nuevo, pero sin el miedo ni las dudas de los dieciocho años, sino dejándose guiar por un instinto adulto y voraz, que exigía en la misma proporción en que estaba dispuesto a dar.

Mark la atrajo del trasero contra su erección sin dejar de besarla, y Maddie soltó un gemido intenso. Se moría ya por sentir aquella dureza mucho más cerca, pero las manos de él tenían aún mucho camino por recorrer. Una de ellas ascendió ahora por su abdomen hasta cerrarse sobre uno de sus pechos mientras jugaba con el pulgar sobre su pezón, haciéndola enloquecer. Pero aquello no fue nada comparado con la sensación que la embargó cuando su boca descendió hacia su escote para hacerle el relevo a sus manos. Sentir su lengua estimulando y jugando con sus pezones, al mismo tiempo que sus manos, la llevó a unas cotas de placer que le cogieron por sorpresa. Mark se sentó en la cama frente a ella y la atrajo hacia su boca para poder deleitarse con aquellos pechos que se moría por saborear desde hacía demasiado tiempo ya. Maddie gemía abandonada a su boca, a sus manos, mientras acariciaba su cabello, maravillándose de su suavidad. Entre jadeos y deseando saborearlo de nuevo, Maddie se agachó para reclamar su boca y él se puso en pie para besarla en profundidad, al mismo tiempo que una de sus manos descendía por el cuerpo femenino hasta colarse entre sus piernas.

—Oh, joder, dulzura… —murmuró Mark sobre sus labios cuando comprobó su grado de excitación—, estás mucho más que preparada.

—Pues tómame… ya… —rogó Maddie, abandonada casi al éxtasis.

—Todavía no —le dijo al oído, adentrándose un poco más entre sus muslos—, aún hay muchas cosas que quiero hacerte antes de centrarme en mí.

Ella gimió con fuerza cuando aquellos dedos se movieron sobre aquel punto especial, la sensación era mucho más increíble y mágica de lo que jamás habría soñado. Se meció contra su mano, a punto de desfallecer, y gritó de placer cuando él la exploró mucho más en profundidad y hundió sus dedos en su interior, haciendo un movimiento con ellos que la sumió en la locura.

—Oh, Dios…, esto… es… ¡Oh! —Apenas se sostenía ya en pie, jamás pensó que aquel nivel de placer fuera posible.

—Déjate ir, dulzura —rogó Mark sin dejar de estimularla—. Me muero por escuchar tu clímax al oído… No hay nada que desee más en este momento.

—Pero… tú…

—Aún no es mi turno. —Estimuló ahora su clítoris con el pulgar, al mismo tiempo que seguía moviendo los dedos, y murmuró desesperado—: Necesito… escucharte. Dios, por favor…, dulzura, córrete para mí.

Aquellas palabras representaron el principio del fin para Maddie, a la que asaltó un clímax tan intenso que Mark tuvo que sujetarla con fuerza mientras ella gemía en su oído, flotando a la deriva en un mar de deseo que duró una eternidad.

—Sí, sí… —jadeó Mark, extasiado—, joder, no hay melodía más dulce que esa. Quiero más.

Maddie aún estaba entre nubes.

—¿Más? —susurró, aturdida, y buscó su boca—. Sí, más…

Mark la besó en profundidad, y Maddie notó su cuerpo renacer al instante. Asombrada, sintió el deseo ascender de nuevo con rapidez, como si aquel primer orgasmo hubiera sido apenas un ensayo de lo que estaba por venir. Las ganas de tocarlo comenzaron a resultar incontenibles, y sus manos recorrieron su torso mientras devoraba su boca con avidez, hasta posar su mano sobre aquella parte de él por la que comenzaba a suspirar. Mark jadeó frente a la caricia y aquello la impulsó a buscarlo con ansia por dentro de los pantalones, metió su mano y rodeó su erección con apremio. Era algo increíble poder tocarlo así, casi igual de placentero que sentir sus caricias.

Movió su mano, disfrutando de cada jadeo que salía de su garganta, y pronto se deleitó también con la vista, cuando él tiró de sus pantalones hasta quitárselos. Para su propio asombro, sintió una imperiosa necesidad de agacharse frente a él…

—No, dulzura —lo escuchó murmurar, sujetándola en pie en cuanto comprendió sus intenciones—, estoy demasiado al límite ya.

Giró con ella entre sus brazos y la tumbó en la cama, acomodándose entre sus piernas casi en el acto.

—Te deseo de un modo… que… me vuelve loco.

Maddie izó las caderas en su busca, gimiendo ya de anticipación.

—Por favor —jadeó desesperada.

—Sí…, sí… —Se hundió en su interior de una firme embestida que les arrancó un gemido gutural tan intenso que los paralizó durante unos eternos segundos—. Dios, eres tan… cálida y maravillosa…

Con los ojos empañados de lujuria y deseo, se perdieron el uno en el otro, y Mark comenzó a moverse muy despacio, enloqueciéndolos. Maddie apenas podía razonar, cautivada por un sinfín de emociones diferentes. No era solo placer y deseo lo que alimentaba su alma, subyugándola, sino mucho más. Una sensación de plenitud la embargaba mientras todos sus sentidos se rendían a él, y cada fibra de su ser le gritaba que al fin estaba en casa, que pertenecía a aquel lugar y a sus brazos.

—Cómo te deseo… —susurró Mark, incrementando el ritmo, perdiendo ya el norte por completo.

Juntos se sumergieron en una bruma de lujuria y placer que rozaba la locura, moviéndose a un ritmo frenético, hasta que Mark la beso con tanta intensidad y sensualidad que provocó un cataclismo. Justo en ese instante, la habitación pareció estallar en cientos de miles de colores brillantes, para ambos al mismo tiempo, mientras aún seguían unidos por aquel beso perfecto, convertidos en uno solo.

Cuando el universo de colores comenzó a difuminarse, aún jadeantes, se miraron a los ojos y sonrieron, sin ocultar su asombro por la intensidad de lo sucedido. Después, Mark depositó un suave beso sobre sus labios y se dejó caer hacia un lado, exhausto.

—¡Y me lo quería perder! —exclamó Maddie, soltando un suspiro de dicha que le habría avergonzado de no seguir aún casi flotando entre las nubes.

A Mark se le escapó una carcajada que le quebró la voz y provocó un cosquilleo de felicidad en Maddie, que aún no era capaz de salir del todo del trance. Jamás pensó que aquel nivel de

conexión con alguien fuera posible, y mucho menos que pudiera resultar tan maravilloso y perfecto que rozara lo celestial. Aún estaba presa de las sensaciones y del deseo, el cual estaba segura de que jamás podría apagar del todo mientras él estuviera cerca, a pesar de que acababa de tener un clímax que podría ser el equivalente a una bomba nuclear.

«Dos», le recordó Pepito, que estaba igual de alucinado que ella, y suspiró sin remedio.

Se acurrucó junto a Mark, que la acogió entre sus brazos y la atrajo contra su cuerpo. No recordaba haber estado tan en paz y relajada desde… nunca en realidad, al menos no en los últimos dos años.

Con suavidad, recorrió el torso masculino con las yemas de los dedos, deleitándose con su perfección.

—Estás muy callada, algo muy raro en ti —le dijo Mark casi en susurros, mirándola ahora a los ojos.

Maddie se sintió absorta en su mirada y pensó en lo poco que le importaría perderse en ella para siempre.

—¿En qué piensas? —se interesó él al leer el brillo en sus ojos.

—En lo bien que te sienta el remo. —El chico sonrió y la miró con un gesto interrogante—. ¿Esperabas algo más profundo?

Mark rio ahora con ganas.

—Me vale con eso —aceptó, y recortó la distancia hasta sus labios, que besó a conciencia.

Alguien llamó a la puerta de la habitación en ese instante y ambos se separaron con desgana. Maddie no perdió detalle de cómo Mark se ponía en pie y paseaba por la habitación en busca de sus pantalones, y realmente no estaba preparada para la imagen de él desnudo por completo frente a sí.

«¡Joder, la Virgen Santa!», gritó cada célula de su cuerpo haciéndole la ola a semejante monumento, y lo deseó de nuevo con una intensidad que no debería ser posible.

Mark se puso los pantalones y abrió la puerta, desde donde Maddie pudo escuchar sin problema a la señora Danvers.

—Hemos retirado las sábanas y no parece haber nada más en la alcoba —contó la mujer—, aunque supongo que Madison no querrá regresar allí esta noche. ¿Le preparo otra habitación?

—No, gracias, no será necesario —declaró Mark sin un ligero titubeo—. Se quedará aquí conmigo.

—¿Le traigo algo de ropa? —interrogó la mujer.

—No creo que le haga falta esta noche.

—¿Seguro? Iba envuelta en una toalla…

—Sí, ya.

Maddie tiró de la sábana y se tapó hasta la cabeza, Mark rompió a reír cuando cerró la puerta y encontró solo un bulto inmóvil en la cama.

—¡¿Cómo voy a volver a mirarla a la cara?! —se quejó desde debajo de la sábana.

—No es para tanto.

—No pienso salir de aquí debajo nunca más—insistió.

Para Mark aquella no era una opción, aún deseaba demasiado todo lo que ocultaba aquella sábana…

Capítulo 30

Mark tomó la punta de la sábana desde los pies de la cama y tiró de ella muy despacio, descubriendo el cuerpo desnudo de Maddie, centímetro a centímetro, mientras se la comía con los ojos desde arriba con una mirada animal que la hipnotizó por completo. El fuego ardió entre sus piernas casi como un volcán entrando en erupción, con tal intensidad que frotó un muslo contra otro para calmar el ardor, algo que no pasó desapercibido para Mark, que sonrió con una arrogancia que en aquel momento a Maddie le resultó de lo más sexi.

—No me parece nada justo… que estés vestido —declaró la chica, mordiéndose los labios.

Mark, sin apartar sus ojos de ella en ningún momento y sin una pizca de pudor, se quitó los pantalones y se los arrojó a la cabeza, mostrando su masculinidad con orgullo. Maddie tragó saliva al comprobar la erección que él volvía a lucir en todo su esplendor, y sus piernas se abrieron solas casi por pura inercia.

—Joder, dulzura —protestó al instante frente a la imagen más erótica que había visto jamás —, me pones muy difícil mantener la calma, y quiero tomarme mi tiempo esta vez.

—¿Más tiempo? —susurró, ronca.

—Mucho más —aseguró.

Un inevitable gemido salió de la garganta femenina frente a aquella mirada salvaje que le prometía el paraíso, y cerró de nuevo sus muslos debido a la inevitable necesidad de frotarlos de nuevo, uno contra otro.

Mark se metió en la cama desde los pies y avanzó en su dirección muy despacio. Cuando llegó hasta ella, sus manos ascendieron por sus piernas desde los tobillos mientras su boca las seguía de cerca… Maddie, incorporada sobre los codos, no le quitaba la vista de encima, hipnotizada por la erótica imagen, mientras Mark ascendía ahora por sus muslos… y la miraba de vez en cuando para atormentarla aún más con el fuego que ardía en sus ojos.

Cuando él le abrió las piernas con firmeza y se coló entre sus muslos, Maddie se dejó caer sobre la espalda soltando un gemido de anticipación que le salió de lo más profundo de la garganta. Mark correspondió a su reacción enterrando la cabeza por completo entre sus muslos y bebiendo de ella con verdadera devoción, lamiendo con maestría aquel punto delicado entre sus piernas, centro de su placer. Maddie tuvo que agarrarse con fuerza a las sábanas mientras izaba las caderas y se abandonaba a él, que usaba la boca, la lengua y las manos con una maestría que no tardó en hacer volar todo por los aires de nuevo; pero, a pesar de la intensidad de su desahogo, su deseo no se apagó, sino todo lo contrario. Mark apenas le dio tiempo para recuperarse del todo antes de ascender por su cuerpo y hundirse en su interior en profundidad. La chica no daba crédito a las ganas de él que la enloquecían de nuevo. Lo instó a girarse en el colchón, se puso encima y soltó un gemido cuando pudo moverse sobre él a sus anchas, marcando su propio ritmo. Miró a Mark, que no dejaba de acariciar su cuerpo con devoción, y se estremeció de deseo cuando sus ojos se encontraron, encendidos por el mismo anhelo. Él se incorporó ahora en la cama, se abrazó a ella y devoró su boca como si fuera la primera vez que podía besarla a placer. Maddie se mecía sobre él presa de un hechizo que la mantenía flotando sobre un mar de deseo ardiente, que se veía acrecentado por los jadeos de Mark, al que podía

sentir caminar junto a ella hacia el abismo de forma irrevocable, hasta que ambos saltaron al vacío en la caída libre más increíble de sus vidas.

Exhausto, Mark se dejó caer hacia atrás en el colchón, arrastrándola con él, y Maddie no se movió un solo centímetro, abrazada a él, mientras aún lo sentía palpitar en su interior, firme como una roca.

—Eres… increíble —gimió la chica en su oído, aún maravillada por la intensidad de lo sucedido—, te deseo todo el tiempo, una y otra vez. Siempre quiero más.

—Joder, dulzura, tú sí sabes qué decirle a un hombre para halagarlo —se movió bajo ella y se le escapó un gemido de sorpresa—, oh, joder…, esto no debería ser posible, pero… —Giró con ella en la cama, se puso encima y comenzó a moverse de nuevo.

—…sí… sí… —jadeó Maddie entre suspiros, ascendiendo ahora hasta el infinito a una velocidad de vértigo, la misma con la que él llegó arriba solo para tomarla de la mano y dejarse caer casi al instante de nuevo.

En aquella ocasión ambos tuvieron que guardar un silencio forzado, aturdidos por completo, intentando reponerse y llevar algo de aire a sus pulmones.

Durante lo que pareció una eternidad, permanecieron abrazados, en silencio, disfrutando del calor de sus cuerpos y la paz que al fin había llegado tras la intensa tormenta, al menos de momento.

Maddie estaba perpleja. No necesitaba tener recuerdos de experiencias anteriores para saber que lo que acababan de vivir no era algo ni mucho menos habitual, aunque sus sentimientos eran demasiado confusos en aquel instante. Algo en su interior le decía que jamás había sido una mujer de sexo ocasional, sin involucrarlo con sus emociones, así lo sentía, y se preguntaba cuánto más intensa se viviría aquella misma experiencia… estando enamorada y siendo correspondida. Ella había amado una vez, pero dudaba de que fuera posible que sus recuerdos perdidos superaran lo que acababa de vivir, a pesar de que entre Mark y ella solo hubiera algo físico.

Tuvo que acallar a su conciencia cuando intentó decirle que no era solo algo físico lo que sentía por Mark, no debía ahondar en aquello si quería mantenerse serena y poder disfrutarlo. Si admitía su implicación, se atormentaría pensando en que él jamás podría corresponderle de la misma manera, y era mejor mantener la caja de Pandora cerrada con doble candado.

—Vuelves a estar muy callada —escuchó susurrar a Mark cuando ella misma comenzaba a sentirse incómoda por el silencio.

Izó la cabeza y lo miró a los ojos, donde leyó su inquietud con total facilidad. ¿Le preocupaba a él lo que acababa de pasar? ¿O era más bien lo que ella pensaría al respecto lo que lo inquietaba? ¿Creía que ella esperaría algo más que sexo?

—La verdad es que me he quedado sin palabras —confesó con cautela—. Ha sido… intenso.

Mark sonrió.

—No sé si con intenso empiezas siquiera a describirlo, pero te entiendo.

Maddie tuvo que contener un suspiro de dicha al escucharlo. Al menos para él también parecía haber sido algo excepcional, a pesar de que ella no fuera… la mujer que… él querría en su cama. La tristeza de aquel pensamiento debió reflejarse en sus ojos, porque Mark la miró muy serio ahora.

—¿Qué te borro la sonrisa, dulzura? —interrogó—. Habla conmigo, por favor.

Pero la verdad no era una respuesta adecuada, y Maddie no pudo evitar apartar su mirada para esconder sus sentimientos.

—¿Te he agotado demasiado? —se preocupó Mark—. Aún te estás recuperando del

accidente. —Se revolvió en la cama, abatido ahora—, Dios, lo siento, yo…

—Oh, sí, debiste parar cuando yo te pedía… ¡acaba ya con este tormento, Mark, estoy agotada! —sonó divertida—, ah, no, espera, que a lo mejor no era eso lo que yo te rogaba, déjame pensar…

—Si tienes que pararte a pensarlo, a lo mejor es que necesito recordártelo de nuevo. —Clavó sobre ella una mirada lasciva.

Maddie lo miró con un gesto malicioso.

—Podría hacerme la olvidadiza —sonrió—, pero los dos sabemos que necesitas descansar un poco.

Mark soltó un divertido suspiro de alivio.

—Vaya, gracias, muy considerada —admitió.

Entre risas y besos furtivos, bromearon un rato más, hasta que, de forma inevitable, tuvieron que hablar sobre lo sucedido con los bichos.

—Te juro que no sé cómo ha podido pasar, en teoría nadie ha podido colarse en la casa y hasta tu alcoba —se lamentó Mark—. He duplicado la vigilancia exterior, hay alarmas en cada puerta y cada ventana y Ben no se ha movido de aquí, de verdad no me explico.

—Ha sido Pamela —lo sorprendió Maddie tras valorarlo durante unos segundos.

—¿Qué?

—Sé que ha sido ella.

Él la miró con cierto asombro.

—Antes de marcharse, cuando ha pedido ir al baño.

Mark recordó aquel momento, el mismo en que había insinuado que conocía a la perfección la casa.

—Sabía de mi aversión a los insectos porque cuando han llamado para avisar de su visita, Lindsay les ha explicado que estaban ocupadas con lo de las mosquiteras para intentar disuadirlas de venir —contó—. Supongo que durante esa conversación se han enterado del motivo para ponerlas.

—¿Y cómo ha averiguado que duermes en esa habitación? —planteó Mark.

—Sabía que era la tuya, o creía saberlo —le recordó Maddie—, y ha supuesto que la compartíamos.

—Te garantizo que jamás ha estado en ese cuarto conmigo —aclaró, mirándola a los ojos.

—¿Y en esta?

—Tampoco —aseguró con un gesto serio, para que le quedara muy claro.

—Supongo que por eso está tan amargada —bromeó—. De esta habitación se sale con una sonrisa.

Mark no pudo reprimir una carcajada, a pesar de lo serio del tema que estaban tratando.

—Me halagas y me encanta escucharlo —concedió tras unos segundos—, y créeme que lo único que me gustaría es olvidarme de todo y seguir… arrancándote sonrisas —le robó un beso —, pero la cosa es seria, Madison, y tiene que traer consecuencias.

—No quiero crearte problemas —declaró—. Violet tiene pinta de ser de las que consiente a su hija y le excusa todo, y es parte importante de ZenithCorp.

—Quizá ha llegado el momento de remediar eso —opinó Mark—, no quiero estar rodeado de gente así. ZenithCorp necesita una purga y voy a comenzar por la junta de accionistas —informó —, y no es solo por lo de hoy, aunque de momento me centre en eso. Pero ¿cómo estás tan segura de que lo de los bichos no ha sido otra amenaza de la misma persona que está detrás de los anónimos?

—Porque esa persona es demasiado fría y metódica como para exponerse así solo para asustarme —dijo convencida—. Lleva dos años a la sombra y calcula cada movimiento con inteligencia, no se arriesgaría a colarse aquí.

—¿Y si esa persona mandó a Pamela?

—Sería como confiar en un niño caprichoso para custodiar un caramelo —dijo tras pensarlo un poco—. No se arriesgaría tanto, o al menos eso creo.

—Sí, concuerdo contigo —aceptó—. ¿Y qué sugieres, Madison? Si vamos a la policía para ponerlos sobre la pista de Jeremy Andrews, ¿qué nos garantiza que no caerá en saco roto? He estado pensando en lo que dijiste esta tarde y creo que tienes razón. Alguien en esa comisaría no ha hecho su trabajo, pero no podemos presentarnos allí y acusar a uno de los suyos de corrupto, sin pruebas.

Maddie asintió, pensativa.

—Encontraremos la forma —terminó diciendo—. De momento, creo que es mejor que callemos todo lo que sabemos. He pedido algunos favores para conseguir algo de información del expediente policial, pero no sé si lograré algo sin… —se interrumpió, cohibida.

—¿Sin?

La chica suspiró y admitió.

—Sin alertar a mi padre.

Mark la miró con curiosidad y esperó a que siguiera hablando.

—El inspector Atkins es su contacto en el cuerpo —explicó—, y si mi padre se entera de que estoy en Boston y de todo lo que está pasando, me temo que lo tendremos aquí al día siguiente —reconoció con pesar—. Y necesita terminar la rehabilitación si quiere volver a caminar con normalidad.

—Entiendo.

—Pero le llamaré yo misma si no logramos avanzar —aseguró—. Necesitaremos sus contactos y su experiencia si la cosa se pone peor.

Mark la miró con una mezcla de inquietud y preocupación.

—No debí meterte en esto —se lamentó.

—¿Puedes no menospreciarme? —protestó.

—No se trata de eso —declaró, acariciándole ahora el rostro con la yema de los dedos—. Es solo… que en este momento daría cualquier cosa por saberte a salvo lejos de aquí.

Aquello la entristeció.

—¿Me quieres lejos?

A Mark se le escapó un suspiro de preocupación.

—Por favor, no malinterpretes todo lo que digo —rogó, exasperado—. Es evidente cuánto me gusta que no corra ni una pizca de aire entre los dos —la atrajo con más fuerza a sus brazos —, pero no a costa de exponerte a ese loco.

Maddie esbozó una sonrisa pícara.

—¿Podemos centrarnos en eso de que no corra el aire o aún es pronto?

La carcajada de Mark no se hizo esperar.

—No lo sé, compruébalo a ver —la instó.

Ella arqueó las cejas con un gesto atrevido, se giró del todo hacia él, que ya estaba de lado, mirándola, y buscó su virilidad acercando sus caderas, topándose con una respuesta evidente a su pregunta.

—¡Guau! —se le escapó.

—Sí —sonrió Mark—, guau.

Tomó el muslo de Maddie y lo montó por encima de los suyos, sin variar la postura, lo que la obligó a separar las piernas y dejó expuesta la puerta de entrada al paraíso, en el que él se adentró muy despacio, sin apartar la mirada de sus ojos ni un segundo. Maddie se quedó muy quieta, sintiéndolo hundirse por completo en ella, y pensó que podría pasarse el resto de su vida en aquella postura, fundida contra él como si fueran uno solo.

Mark comenzó a moverse muy despacio, disfrutando de cada dulce embate, que lo llenaba de una calidez que se reflejó en sus ojos.

—Dios, dulzura…, me siento tan bien así —susurró sobre su boca, sin dejar de mecerse contra ella con suavidad.

Maddie soltó un gemido ronco como respuesta, y Mark sonrió frente al gesto. Los ojos de ambos brillaban como luceros en un cielo plagado de estrellas mientras aguantaban la deliciosa tortura sin precipitarse, compartiendo besos cada vez más profundos e intensos, que los transportaban poco a poco al séptimo cielo; un cielo que recorrieron en aquella ocasión con una lentitud exquisita, disfrutando de cada estrella del firmamento.

Rendidos, terminaron cayendo en un sueño reparador, que de vez en cuando alteraban para volver a hacer el amor, soñolientos y casi entre brumas, hasta caer de nuevo exhaustos uno en brazos del otro, vencidos por el agotamiento.

Fue durante una de aquellas entregas sin reservas, cuando a Maddie le sucedió algo que, sin saberlo, iba a marcarla a fuego, alterando para siempre el único recuerdo que le había acompañado desde su accidente.

«Un corazón, un amor, una llave…», escuchó alto y claro en sus sueños, sintiendo que aquellas palabras curaban y cerraban heridas aún abiertas… Hasta que la sensación de paz y bienestar habituales se fueron entremezclando con una bruma de deseo y necesidad, mientras Mark le susurraba cuánto la deseaba una y otra vez…, acariciando su cuerpo con suavidad. Pronto le fue imposible distinguir los sueños de la realidad y ambas voces se confundieron de forma irremediable en una sola, la del hombre que la abrazaba y la miraba a través de una neblina de deseo, que en aquel instante explotaba en sus venas arrasando con cualquier vestigio de cordura. Justo en aquel momento supo que jamás podría recuperar su recuerdo más preciado sin pensar en Mark, y durante unos segundos se sintió perdida, tanto que el llanto brotó de sus ojos sin apenas darse cuenta. Hasta que él le secó las lágrimas, la besó con una dulzura imposible y se fundió con ella de nuevo. Y en aquel mismo instante, Maddie fue consciente del motivo por el que sentía que estaba renunciando al hombre de sus sueños para siempre. Simplemente… no se podía amar con intensidad a dos hombres a la vez, y ella estaba total y absolutamente enamorada del dueño de aquellos increíbles ojos grises, que la contemplaban en aquel momento como si ella fuera lo único que quería mirar durante el resto de su vida.

Capítulo 31

Cuando Maddie abrió los ojos a la mañana siguiente, no había ni rastro de Mark en la alcoba. Aquel hecho le borró de golpe la sonrisa con la que había despertado y, extrañada, se incorporó en la cama para tratar de divisar el baño desde allí, pero no se oía un solo sonido.

Suspiró e intentó no sentirse decepcionada. No hacía tanto tiempo que Mark le había hecho el amor por última vez, puesto que ya entonces despuntaba la mañana y el sol se adentraba por los enormes ventanales.

Volvió a acurrucarse entre las sábanas y rememoró la noche que había pasado en sus brazos, sintiendo que su cuerpo reaccionaba al recuerdo con una intensidad que le arrancó un gemido. Demasiadas emociones juntas se hacían eco al mismo tiempo dentro de su cabeza, entre ellas… una que le preocupaba en especial.

«¿En qué momento me enamoré de ti?», se preguntó, abatida, y no pudo evitar plantearse si aquello era amor de verdad o solo se sentía deslumbrada. ¿Era posible enamorarse de alguien en apenas unos pocos días? No lo sabía. Si la vida la había preparado para enfrentarse con algo más de experiencia a aquellas dudas, no lo recordaba. Lo único que sabía en aquel momento era que pasaría su vida entre sus brazos si fuera posible, y no solo haciendo el amor, sino charlando, riendo o… solo en silencio mientras sentía su calor. Durante los dos últimos años había tenido la sensación de que faltaba una pieza importante en su vida, que su memoria perdida le estaba robando, pero de alguna forma Mark encajaba justo en ese espacio vacío, como si la completara de un modo único y perfecto.

«Jamás podrá amarme, no al menos tanto como a Madeline», se recordó para evitar hacerse ilusiones. Si acaso él estaba dispuesto a darle algo más que sexo, lo que aún estaba por verse, siempre competiría con el recuerdo de la mujer que le rompió el corazón, esa a la que él amaba tanto que jamás había podido reponerse de su pérdida.

El nudo que se le formó en la garganta la angustió demasiado. De alguna forma estaba suponiendo que él querría continuar con aquello algo más de tiempo, pero… había despertado sola en aquella alcoba, ¿y si para él solo había sido un desliz, una única noche loca?

—¡Ay, Dios, ¿cómo voy a mirarlo a los ojos a partir de ahora?! —murmuró, abatida, consciente de que jamás podría volver a tratarlo de la misma manera. De ahora en adelante, lo desearía demasiado a cada minuto del día. Si no podía tenerlo, tendría que marcharse no tardando mucho.

Con una mezcla de inquietud y angustia, decidió que era mejor saber a qué atenerse cuanto antes, en lugar de conjeturar con cuál sería su reacción al verla. Se sentó en la cama dispuesta a ir en su busca, justo en el instante en el que la puerta se abrió y la sonrisa radiante de Mark iluminó la habitación y todo su mundo.

Venía cargado con una bandeja con lo que parecía el desayuno, con la que recorrió la alcoba hasta la cama.

—Quería regresar antes de que despertaras —le dijo el chico mientras ella le hacía hueco a la bandeja en la mesilla, con el corazón a mil.

—Creía que habías ido a remar —se le ocurrió a Maddie, que se moría por besarlo.

—¿Quieres matarme? —Rio, sentándose ahora en la cama—. ¿Crees que necesito más deporte?

Maddie fingió planteárselo y posó sobre él una mirada brillante.

—Dios, me había prometido dejarte desayunar para reponer fuerzas —se quejó Mark casi para sí, recortando las distancias.

—¿Así sin darme los buenos días ni nada? —repuso Maddie, tirando de su camiseta más hacia ella.

—Tienes razón —susurró sobre sus labios—, no está bien.

—Nada bien.

El beso con el que saludaron al nuevo día fue demasiado intenso como para frenarse ahí, e hicieron el amor antes de poder sentarse a desayunar con calma.

—¿Eso es zumo de naranja? —Señaló Maddie, que ahora sí comenzaba a sentirse de verdad hambrienta.

—Hattie me ha dicho que te gusta —le dijo, sirviéndole un vaso—. Y que tengo que asegurarme de que desayunes fuerte —carraspeó con teatralidad—, y eso que no sabe la cantidad de calorías que necesitas reponer.

La chica sonrió azorada y fingió darle un golpecito en el hombro.

—Pero lo supone por tu culpa —se quejó.

—Y seguirá suponiéndolo, porque creo que voy a tenerte secuestrada en esta habitación un tiempo más.

—¿Desnuda? —Fingió alarmarse.

—¡Por supuesto! ¿Por quién me tomas?

Maddie rio con ganas.

—Creo que no debería gustarme tanto oírte decir algo así —declaró con sinceridad.

La carcajada de Mark la estremeció. Verlo tan relajado y bromeando la llenaba de dicha. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, le preparó un café, tal y como había hecho días atrás, y el chico lo tomó de sus manos y agradeció el gesto como si fuera algo que habían estado haciendo toda la vida.

—Están limpiando y fumigando tu alcoba —informó Mark mientras comían—. En un par de horas no quedará ni una simple bacteria.

Maddie asintió, agradecida, aunque fue sincera.

—No sé si podré dormir allí.

—Yo te ayudaré, no te preocupes —sugirió—. Te distraeré para que no pienses en nada.

Para Maddie aquello fue toda una sorpresa.

—¿Quieres compartir esa habitación? —interrogó un tanto azorada.

Él la miró con curiosidad.

—Solo si me invitas.

—Yo…, sí, claro…

—¿Pero? —Adivinó.

Con una expresión de cautela, Maddie se preguntó si era apropiado sacar aquel tema mientras aún estaban entre las sábanas, pero Mark la miraba ahora con demasiada suspicacia, esperando una respuesta.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Sé… por qué te cambiaste de alcoba —tragó saliva—, y pensé que no querrías volver allí.

Mark posó sobre ella una mirada ahora intranquila.

—Creo que mi hermana se pasó un poco de la raya con sus explicaciones —opinó.

—Está preocupada.

Mark se limitó a asentir, sin agregar una sola palabra más. Maddie tuvo ganas de zarandearlo por dejarla con aquellas dudas, pero se negó a insistir, hacerlo mostraba demasiado sus inseguridades. La realidad era que evitaría compartir aquella alcoba con Mark y los recuerdos de otra mujer. No sabía si podría dejar de sentir que eran tres en aquella habitación.

—Quisiera poder quedarme en la cama toda la mañana —aseguró Mark tras terminarse el café—, pero tengo que ir unas horas a la oficina, debo firmar una fusión importante, ¿estarás bien?

—¿Desnuda en tu cama, dices? —Sonrió—. Entretenerme sola no será tan divertido, pero…

—No me digas eso —se quejó—, que no voy a poder concentrarme en nada.

—Entonces sería genial que me trajeras algo de ropa para poder levantarme.

Mark emitió un divertido sonido de resignación que le arrancó una carcajada.

—De acuerdo, pero… —consultó su reloj— creo que aún tengo libres unos minutos antes de irme.

—¿Solo unos minutos? —ronroneó, mirándolo con lujuria, al tiempo que echaba la sábana a un lado para mostrarle su desnudez.

Mark se la comió con los ojos de arriba abajo y casi se relamió como lo haría un felino a punto de pegarse un festín.

—Jamás he llegado tarde a una reunión —declaró, enronquecido, tirando de ella hacia sus brazos—, pero para todo hay una primera vez.

∞∞∞∞

Sentada en la mesa del jardín, Maddie llevaba largo rato centrada en el caso, analizando todo lo que sabían hasta aquel momento. Había revisado cada nota de forma minuciosa, extrayendo lo más relevante a un papel, tal y como su padre le había enseñado. El hombre siempre insistía en que, en la gran mayoría de ocasiones, la solución a un misterio estaba en los detalles y era muy fácil dejarse atrás algo casi imperceptible, pero esencial.

Cuando Karen la llamó cerca de las doce, empezaba a desesperarse. La mujer le contó acerca de Leo y sus últimas ocurrencias, que a esa hora estaba en la guardería. Después, intercambiaron algunas bromas y Maddie decidió que aún no estaba lista para hablar de… lo que fuera que hubiera entre Mark y ella.

—Dime que tienes algo sobre el caso —rogó Maddie tras unos minutos—, porque estoy estancada por completo.

—No demasiado, Roger está muy reacio a ayudar —admitió—. Creo que no le ha gustado mi sugerencia de dejar a tu padre al margen.

Maddie se preocupó.

—¿No ha querido darte el expediente?

—No como tal, solo me ha facilitado algunos datos sueltos.

—Dispara. —Se le aceleró el corazón.

—Al parecer, para Roger también es evidente que hay demasiadas lagunas en el caso —informó—. Solo con leerlo surgen interrogantes de fácil respuesta que jamás se investigaron.

—Sí, eso es obvio.

—Por eso no hay casi información, no se ha hecho gran cosa en dos años —explicó—. Es como si el caso se hubiera cerrado con la muerte de Madeline como única culpable, asumiendo que escondió tan bien el rastro de ese dinero que jamás aparecerá.

—Lo cual raya lo absurdo —opinó Maddie—. ¿Te ha hablado del informe forense?

—Sí —afirmó—, Madeline Middelton falleció por inhalación de humo.

Aquello asombró un poco a Maddie.

—Según el informe, el espesor de la selva y la habilidad del piloto lograron amortiguar un poco el impacto de la avioneta contra el suelo, aun así, el piloto murió en el acto —explicó—. Madeline sufrió un fuerte traumatismo en la cabeza que el forense cree que la dejó inconsciente, pero no la mató, lo hizo el humo cuando la avioneta comenzó a arder, por fortuna.

—¿Por fortuna? —Se horrorizó.

—Ardió entera, nena —dijo muy seria—. Pudieron identificarla por algunos restos de sangre que hallaron en la avioneta, debió golpearse fuerte al caer; además, encontraron un colgante que siempre llevaba al cuello.

Maddie tuvo que coger asiento.

—Por Dios, ¡qué horrible! Nadie se merece acabar así. —Casi se le atragantaban las palabras —. ¿Qué más tienes?

—Nada más.

—¿Nada más? —Se puso en pie de nuevo, alterada—. ¡No hago nada con eso, Karen!

—Si la policía no ha hecho su trabajo, ¿qué quieres que yo te diga? —se excusó.

—¿Quién lleva el caso?

—El inspector… —consultó sus notas— Alan Lewis.

Tomó nota del nombre y opinó:

—Creo que ha llegado el momento de hacerle una visita.

—¡Ni se te ocurra ir sola! —exclamó Karen de inmediato.

—Iré con Ben en cuanto Mark lo deje libre.

—¿Quién es?

—Mark lo ha contratado para protegerse las espaldas —explicó.

Karen frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Eh…, bueno…, no sé.

Por desgracia, titubeó demasiado.

—¡Madison Miller, ¿qué no me estás contando?! —exigió saber Karen.

La chica guardó silencio. No le gustaba esconderle secretos, pero no podía hablarle del accidente ni de las amenazas, o la mujer se preocuparía para nada, puesto que estaba demasiado lejos para ayudar.

—Es un tipo importante, Karen, multimillonario, exitoso, y, por ende, con un montón de enemigos.

—Mantente todo lo lejos posible —aconsejó—, no te vaya salpicar algo.

«¿Mantenerme lejos de Mark? ¡Ni loca!», suspiró, y lo echó de menos con todas sus fuerzas.

—Te dejo, Karen, esta tarde te hago *una vídeo* para hablar con mi ratoncito.

Colgó el teléfono un tanto desanimada. Seguía sin tener un solo hilo del que tirar, salvo por el hecho del nombre del inspector que había llevado el caso, pero sabía que no sacaría nada de él.

Tomó su teléfono para buscarlo en *Google*, a ver si al menos podía ponerle cara, pero un mensaje que entró en aquel momento cautivó su atención al instante.

Lo prometido es deuda.
Gladys acaba de regresar de Nueva Jersey.

Le costó unos segundos ubicarse y entender aquel mensaje, hasta que recordó su visita al edificio de apartamentos donde vivía Madeline. Aquel día, varios vecinos habían coincidido en que la anciana del segundo era la única que podía tener noticias de la familia de la chica, pero la mujer estaba visitando a su hija en Nueva Jersey durante unos días. Maddie recordaba haber empleado el único billete de cincuenta que llevaba en el monedero para pedirle a uno de los vecinos que la avisara cuando la mujer regresara a casa, y, hasta aquel instante, había estado convencida de que había tirado ese dinero.

«Tengo que ir a verla», se dijo, y entró en la casa en busca de la señora Danvers, para ver si la mujer tenía idea de cuándo regresaría Mark. Sabía que él se enfadaría si salía sola, pero apenas podía esperar para probar suerte con el único cabo del que tenía posibilidad de tirar sin llamar la atención demasiado.

Se topó de frente con Ben al entrar, lo cual la sorprendió mucho.

—¿Por qué no te has ido con Mark? —interrogó nada más saludarlo.

—Me dijo que no me necesitaba —explicó el hombre—, que iba directo a la oficina.

Maddie soltó un improperio. Tendría que hablar muy en serio con Mark si insistía en salir sin protección hasta que pasara la amenaza.

—Pues voy a hacerte trabajar, entonces —dijo, resuelta, decidiendo aprovecharse un poco de tenerlo allí—. Tengo que salir y prefiero no ir sola, ¿vendrías conmigo?

—Lo siento, pero no es posible.

Maddie frunció el ceño y soltó un suspiro de resignación.

—Vale, no pasa nada, espero estar de vuelta antes de…

—No, señorita Madison, creo que no me está entendiendo —interrumpió—. Tengo órdenes de no dejarla salir de la casa.

La chica lo miró un tanto perpleja.

—Órdenes —repitió, y no necesitaba preguntar de quién—. Entonces acompáñeme.

—Tampoco puedo.

Maddie tuvo que contenerse mucho para mantener la calma. Respiró hondo e intentó excusar a Mark, puesto que sabía que estaba preocupado, pero no funcionó mucho tiempo.

—Ben, ¿te parezco una niña a la que puedan prohibirle algo?

El hombre la miró con un gesto inquieto.

—No, señorita, pero…

—Voy a salir, no soy una prisionera —aclaró con vehemencia—, y si quieres impedirlo, espero que estés autorizado a usar la fuerza, porque te aseguro que tendrás que hacerlo.

El hombre la miró con un gesto de horror, como si se hubiera vuelto loca de remate. Maddie estuvo a punto de soltar una carcajada frente a su expresión. Aquel hombre era tan grande como un armario ropero de dos puertas, pero daba la sensación de ser un pedazo de pan. A Maddie le entristecía tener que ponerlo en aquella posición.

—¿Por qué se empeña en exponerse, señorita? —curioseó—. El señor Madock la quiere a salvo.

—No es a mí a quien tienes que proteger —suspiró—, sino a él, y parece olvidarlo a diario.

El hombre guardó silencio, y la chica lo miró con el entrecejo fruncido.

—Entonces, ¿qué? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho—, ¿piensas hacerme un placaje cuando pase por tu lado o prefieres venir conmigo?

El guardaespaldas pareció dudar.

—¿Podemos hablarlo con el señor Madock?

—Podemos llamarlo desde el coche —ofreció Maddie.

El hombre la observó con atención.

—¿Por qué tengo la sensación de que intenta hacerme *la trece catorce*?

La chica no pudo reprimir una carcajada.

—¿Y eso qué es?

—Una expresión que usaba mi padre cuando alguien intentaba jugársela.

—¿Y de dónde era tu padre, Ben?

—Español.

—Mi vecina del piso de arriba es española —contó Maddie—. Sería una tía genial si no fuera por su afición al flamenco. ¿Sabes que un día estaba practicando un taconeo y casi acaba sentada en mi sofá? —Sonrió—. En el coche te cuento, te va a encantar la historia. ¿Podemos ir en el tuyo? Por favor, dime que tienes un simple utilitario, de esos que podrían estar aparcados en El Bronx y pasar desapercibidos.

Pasó ante él con total tranquilidad, caminó hasta la puerta y se giró a mirarlo antes de salir.

—¿No vienes?

El hombre soltó un suspiro de resignación.

—El señor Madock me advirtió de que tuviera cuidado con usted, que solo con una de sus sonrisas sería capaz de dominar el mundo —lo escuchó decir mientras pasaba ante ella—, y creo que se quedó corto.

La chica sonrió y su corazón se llenó de dicha. Aquel comentario se le antojaba tan hermoso y halagador por parte de Mark que casi estuvo a punto de desistir de su empeño en salir solo para que él no se enfadara. Casi.

Capítulo 32

Maddie y Ben tuvieron que aguardar en el coche del hombre, un Ford que había conocido varios lustros, aparcados frente al antiguo edificio de Madeline. La mujer que buscaban no había contestado ni al telefonillo ni a la puerta de su casa, pero Maddie había decidido darle algo de cancha por si había salido a comprar, aunque llevaban más de una hora aguardando a que regresara.

Había llamado a Mark cuando iban de camino, al que no le había sentado muy bien su empeño en salir de la casa. Maddie había terminado colgándole el teléfono, alegando falta de cobertura, mientras el guardaespaldas meneaba la cabeza con pesar. En aquel momento, el grandullón comenzaba a protestar ya con apremio y no dejaba de mirar hacia todos lados con un gesto nervioso.

—Creo que estáis demasiado paranoicos —opinó la chica sin perder de vista el portal del edificio.

—No deberíamos estar aquí.

—Eso es verdad —protestó Maddie—, tú no deberías estar aquí, sino con Mark, no es a mí a quien… —Se interrumpió para señalar—. ¡Esa debe de ser la tal Gladys!

Una anciana cargada con un par de bolsas de la compra acababa de detenerse frente al edificio.

—Quédate en el coche —pidió la chica, abriendo la puerta.

—Pero…

—Pero nada, ¿qué crees que puede hacerme una octogenaria, por el amor de Dios?

Se bajó del coche, cruzó la pequeña carretera y se acercó a la mujer, que había dejado en el suelo las bolsas para buscar las llaves dentro de un pequeño bolsito que llevaba cruzado en el pecho.

—Deje que la ayude —se ofreció Maddie llegando hasta ella.

—Gracias, guapa, ya no estoy para estos trotes —repuso, y miró a Maddie—. ¡Oh!

La chica la observó con curiosidad.

—¿Qué le ocurre?

—Eres muy bonita —sonrió con ternura—, y me recuerdas a alguien que quiero mucho, a mi ahijada, a quien no veo desde hace tiempo.

Maddie la miró con cariño, observando cómo a la mujer incluso se le humedecían los ojos frente al recuerdo. Era tan mayor que inspiraba cierta ternura, y quizá recordarle a su ahijada le diera puntos para poder conseguir algo de información.

—Pues yo me llamo Maddie Miller, y voy a comportarme como lo haría una ahijada y a subirle estas bolsas —propuso—, ¿a qué piso va?

—Al segundo.

Maddie cogió la compra y esperó a que la anciana abriera la puerta del portal. Después, mantuvo con la mujer una conversación banal hasta que llegó a su apartamento.

—Muchas gracias, joven, ¿puedo ofrecerte un café? —interrogó la mujer—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Me conformo con un vasito de agua.

Para Maddie, aquello era una oportunidad de oro para intentar sacar el tema por el que estaba allí, lo cual la mujer le facilitó sin saberlo al preguntar:

—¿Y qué te trae por el barrio? ¿Te has mudado aquí cerca?

—No, estoy intentando localizar a unos antiguos vecinos suyos —contó—, los Middelton, ¿los recuerda?

La mujer asintió.

—¿Sabría decirme dónde puedo localizarlos?

—No, lo siento, se marcharon de aquí hace algo más de dos años —dijo en un tono ahora cauto—. Cuando ocurrió la tragedia.

—¿El fallecimiento de Madeline?

—Eso es. —La mujer la miró con intensidad—. ¿Para qué los buscas?

—Soy detective privado —admitió—, investigo todo lo sucedido.

—No sé mucho más —aseguró—. No éramos muy amigos, nos saludábamos por la escalera y poco más.

—Pero quizá…

—Mi memoria hace aguas —indicó, mirándola ahora con cierta tristeza.

—Sí, la mía también —susurró con pesar.

—Gracias por la ayuda, joven.

Maddie supo que aquello era el equivalente a un *se acabó la charla*.

—¿Puedo usar su baño?

La anciana asintió y le indicó justo la puerta que había frente a la cocina.

Cuando Maddie volvió a salir, buscó a la mujer en el salón, que estaba a tan solo un par de metros. Estaba junto a un aparador, tenía un marco en la mano y miraba la foto con ojos tristes.

—Encantada de conocerla, Gladys.

La mujer se sobresaltó y soltó el marco sobre el mueble, pero a Maddie le llamó la atención que lo pusiera bocabajo, en lugar de apoyarlo sobre el propio pie. Y solo se le ocurría una explicación para un detalle tan curioso: si había algo en aquella foto que no quería que viera, solo podía estar relacionado con la familia Middelton.

—¿Estaba mirando a su ahijada? —intentó indagar, para ver si conseguía que se la mostrara, pero la anciana no cayó en la trampa, lo cual confirmó sus sospechas.

—Encantada de conocerte, Maddie Miller —sonrió—, te acompaño a la puerta.

Maddie tuvo que rendirse. No podía forzarla a mostrarle el marco, de modo que solo pudo despedirse y salir de la casa.

«Curioso, pero otro callejón sin salida», se lamentó Maddie, un poco desanimada, cuando se encontró de nuevo en el rellano de la escalera.

Pero se equivocaba, porque aquel callejón… iba a llevarla por un camino del todo inesperado.

La anciana regresó sobre sus pasos hasta el salón, tomó la vieja fotografía que miraba hacía un momento y desmontó el marco. Con mano temblorosa, cogió entre sus dedos un pequeño papelito donde solo había escrito un número de teléfono, que marcó con cierta inquietud.

—Sí, soy yo —declaró con pesar cuando contestaron con sorpresa al otro lado—. Sé que me dijiste que solo usara este número si era una emergencia…

∞∞∞

De regreso a la casa, Maddie desesperó al pobre Ben aún en dos ocasiones más. Primero se empeñó en hacer una parada en comisaría para intentar hablar con el inspector Lewis, pero se topó de nuevo contra un muro cuando le informaron de que el policía no estaba allí y aún tardaría un par de horas en regresar. Después, insistió en pararse en una tienda de móviles. La noche anterior le había sorprendido que Mark siguiera usando el teléfono que ella misma le había roto en aquella cafetería. Tenía una raja muy molesta casi en el centro de la pantalla, pero al parecer él no tenía tiempo para ir de compras, así que ella misma se había atribuido en silencio aquella tarea.

Cuando al fin entró en la mansión, eran cerca de las dos de la tarde. Maddie estaba encantada con haber podido comprarle a Mark el último modelo del mismo móvil que le había roto. Iba pensando en que le encantaría poder envolverse ella misma en papel de regalo junto al móvil cuando se topó con Mark, que paseaba por el salón como lo haría un león dentro de una jaula. En cuanto posó sus ojos sobre ella, supo que estaba enfadado.

—Antes de que digas nada —comenzó Maddie—, quiero dejar claro que he obligado a Ben a acompañarme, él no quería, pero yo…

—Sí, eso lo tengo claro —interrumpió Mark—, tú te has comportado como la mujer desesperante que eres.

La chica cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con el entrecejo fruncido.

—Sí, justo eso, desesperante… y también independiente, libre, adulta, dueña de sus propias decisiones, ¿quieres que siga?

—No hace falta, puedo completarlo por ti: insensata, imprudente…

—¿Audaz? —intervino.

—Temeraria.

—No te dejes sexi que te mueres —ironizó, aunque no esperaba la reacción de Mark.

—Joder, eso también —lo escuchó decir justo antes de atraparla entre sus brazos y besarla como si hiciera siglos que no la veía.

Maddie se colgó de su cuello y se abandonó a sus besos.

—Debería castigarte —murmuró Mark sobre sus labios en un tono sensual.

—Una pena, pero… si no hay más remedio, lo acepto.

Alguien fingiendo aclararse la garganta justo a su lado los sacó del trance. Se giraron para descubrir a la señora Danvers a escasos par de metros, mirándolos con una de sus expresiones impenetrables.

—Ese tipo de castigos siempre se llevan mejor con el estómago lleno —dijo la mujer como si hablara del tiempo.

A Maddie le ardieron hasta las orejas.

—Ay, Dios —se le escapó, azorada, y golpeó a Mark en un brazo cuando lo escuchó reírse.

—Tiene que comer, señorita Madison —insistió la mujer—, aún está convaleciente —y amonestó a Mark—, y tú debes dejarla descansar.

—Lo intento, Hattie, pero es que me provoca aposta.

—¿Yo? —La chica sonó indignada y miró al ama de llaves—. Ayer Lindsay y yo lo pillamos bebiendo leche directamente del tetrabrik.

—¡Ostras, eso ha sido un golpe bajo! —se quejó Mark al instante.

Intercambiaron una mirada divertida, perdiéndose en los ojos del otro sin remedio. Para asombro de Maddie, cuando recordaron que no estaban solos y miraron a la señora Danvers, la mujer lucía una sonrisa que hasta aquel momento la chica habría jurado que era incapaz de esbozar.

Durante la comida, a pesar de la reticencia inicial de Mark para escucharla sin amonestarla, Maddie le habló de su encuentro con Gladys, la anciana del bloque de apartamentos. El chico la escuchó sin disimular un gesto preocupado, que Maddie intentó borrar dándole el teléfono que había comprado para él.

—¡No tenías que hacerlo! —exclamó Mark, sorprendido por el detalle.

—Es que nunca pareces tener tiempo —opinó—, y es un roto bastante molesto.

—A lo mejor me gusta verlo ahí.

La chica lo miró con sorna.

—Imposible.

—Puede que no me desagrade recordar el momento en el que se rompió cada vez que lo miro.

Maddie lo observó ahora con las cejas arqueadas, parecía decirlo en serio. Sonrió, se puso en pie y se sentó en su regazo.

—Quizá podría recordártelo de una forma más… interesante —se mordió los labios—, ¿eso te gustaría?

Vio estallar la lujuria en los ojos de Mark con absoluta claridad.

—Es posible, sí —admitió el chico—, y… ¿cada cuánto estarías dispuesta a recordármelo? —Estrechó el abrazo.

—Siempre que lo desees —concedió, sintiendo como su sangre ardía ya en sus venas.

—¿Me lo pondrías por escrito? —interrogó mientras le acariciaba ahora los labios con el pulgar.

—Soy una mujer de palabra.

—Y yo un hombre exigente.

—¿Tienes alguna queja hasta ahora?

Mark fingió valorarlo.

—Que estés vestida —terminó diciendo— no me va nada bien.

Maddie sonrió con lujuria.

—Creo que eso puedo arreglarlo —miró a su alrededor—, aunque quizá no en mitad del comedor.

—¿Estás segura? —Mark metió la mano entre sus piernas por encima de los leggins—, porque a mí me encantaría sentarte sobre la mesa y poder disfrutar de un postre muy especial.

El estallido de deseo que el simple pensamiento provocó en Maddie le arrancó un gemido de anticipación. Apretó la mano de Mark con sus muslos y se derritió con la sonrisa de pura lujuria que él le obsequió.

—Joder, dulzura, no me mires así —rogó—, porque ni te imaginas el hambre que tengo.

—Deberías comprobar la mía —susurró Maddie frotando de nuevo su mano entre sus muslos.

Por la forma en que él la miró, supo que iba a tomarse aquel comentario al pie de la letra y no pudo evitar gemir al mismo tiempo que decía:

—Era una frase hecha.

—Ya. —Ascendió hasta la cintura de los leggins y metió un par de dedos por el elástico.

—Ni se te ocurra…, Mark. —Pero no hacía gran cosa por detenerlo.

—Solo quiero ver tu hambre —le dijo al oído mientras se concentraba en avanzar con la mano hasta franquear el elástico de sus bragas—. Solo será un segundo.

Maddie gimió y acomodó la postura, abriendo las piernas todo lo que los leggins le permitían; Mark no dudo un segundo en colarse hasta el centro mismo de su placer, y soltó un

gemido ronco cuando comprobó que el grado de excitación de la chica era su paraíso soñado.

—Joder, dulzura, me muero por meterme entre tus piernas —la acarició en profundidad—, estás tan preparada para mí.

La chica lo miró a los ojos entre brumas de deseo, frotándose contra sus dedos sin contención alguna.

—Mark, te deseo, yo… ¡Dios! —gritó cuando sus dedos se colaron en su interior—. Te quiero a ti.

—Sí, lo sé, y me tendrás —murmuró sobre su boca—, pero antes quiero mirarte, escucharte… —la chica tenía los ojos fijos en él, que la observaba agilizando cada vez más sus movimientos—, eres puro fuego líquido, me fascina sentir tu excitación entre mis dedos.

—Mark… —jadeó casi sin voz.

—Adelante, dulzura, juro que voy a disfrutarlo casi tanto como tú.

Y en aquel instante, Maddie se abandonó entre sus brazos como si fuera una muñeca de trapo que él manejara a su antojo. El punto de placer resultaba ya insoportable para su cordura y explotó con sorprendente intensidad, entre gemidos incontenibles, perdida en aquellos ojos grises, cuya mirada nublada de deseo multiplicaba cada sensación hasta un límite de locura.

Cuando Mark extrajo su mano y Maddie fue recuperando la cordura, no pudo plantar los pies en el suelo del todo. Sin pizca de pudor, ahora fue ella quien llevó la mano hasta su entrepierna y la cerró sobre su poderosa erección.

—¿Puedo… tenerte ya? —susurró en su oído sin dejar de mover la mano contra su dureza, que necesitaba con una desesperación absoluta entre sus piernas.

—Tendremos que esperar a…

—No.

—¿Qué? —Sonrió Mark.

—Que no espero. —Le lamió el cuello mientras seguía tocándolo—. Te deseo… ahora. —Señaló hacia una puerta que había justo en el extremo del comedor—. ¿Qué es esa puerta?

—Una alacena.

—Me sirve —gimió.

—Maddie, intentemos llegar a mi cuarto…

La chica lamió los labios masculinos con la punta de su lengua, y Mark tardó una décima de segundo en arrastrarla por el comedor hasta la alacena, donde ya fuera de control casi le arrancó los leggins, se abrió los pantalones y se hundió en ella de una embestida certera, empotrándola una y otra vez contra la única pared libre que había en el atestado y pequeño cuarto. Maddie le rodeaba las caderas con sus piernas y lo atraía hacia ella con desesperación, en un punto de excitación que le impedía razonar lo más mínimo.

Apenas tardaron unos cuantos minutos en coronar la cima del mundo, gritar de puro éxtasis con todas sus fuerzas y dejarse caer empicado con el corazón bombeando sangre a un ritmo frenético.

—Dios, me has convertido en una ninfómana —jadeó Maddie cuando estuvo segura de poder hablar.

La carcajada de Mark le arrancó otra a su vez, y durante un par de minutos ninguno de los dos se movió demasiado, hasta conseguir recuperar el aliento.

—Abróchate y sal de aquí, por favor —rogó la chica unos minutos después—. Como la señora Danvers abra esa puerta, voy a tener que empezar a llamarla Hattie. —Entre carcajadas, Mark apenas podía hablar—. No te rías, ahora tengo miedo, ¿no puedes echar un pestillo o algo?

—¿Qué pestillo? —Sonrió—. Es una alacena, Madison, ¿quién necesitaría encerrarse aquí

dentro.

Ella se mordió los labios, ahora avergonzada, mientras apenas atinaba a darle la vuelta a los leggins para poder ponérselos.

—Dios, ya no sé ni vestirme —declaró, abatida—. ¿Es que no podrías habérmelos quitado sin volverlos del revés?

—Ah, ¿qué crees que yo estaba para mucho razonamiento?

—¿No?

—De haber podido razonar lo más mínimo, te habría arrastrado a una habitación —admitió —, pero me haces perder el norte, dulzura —la atrajo a sus brazos—, aunque menos mal que no el equilibrio. —Ambos miraron ahora a su alrededor, conscientes por primera vez de la cantidad de platos, vasos, copas y todo tipo de vajillas que estaban apiladas en las estanterías a su alrededor.

—¡Ay, Dios! —gritó Maddie—. ¡Ni te muevas!

—Casi puedo imaginarte sepultada entre porcelana con el culo al aire —bromeó Mark.

—Sal. Fuera —se horrorizó, aunque sin poder evitar contagiarse de su risa—. Ni respires más aquí dentro. Venga…

—No pienso salir solo.

La chica lo miró con el ceño fruncido, terminando de ponerse los leggins.

—Si me topo con Hattie y sus chasquidos desaprobatorios en la puerta, prefiero compartir las culpas —insistió Mark.

Maddie sonrió y suspiró con anhelo al posar sus ojos sobre él y su expresión traviesa. En ese instante fue demasiado consciente de que daría lo que fuera por compartir momentos cómplices como aquel durante toda su vida, y aquello la incomodó demasiado. Y de repente… se encontró pensando en si había llegado el momento de hablarle de Leo.

El teléfono de Mark sonó en ese instante y Maddie casi lo agradeció. Necesitaba recuperarse un poco de sus propios pensamientos, pero fue solo hasta que Mark comentó:

—Es el teléfono fijo de la casa. —Frunció el ceño y contestó de inmediato.

Hattie estaba al otro lado con una noticia un tanto extraña. Al parecer, la policía estaba en la casa y preguntaba por Madison.

La chica lo miró con los ojos como platos, perpleja frente a la noticia, y se mordió los labios ahora con cierto nerviosismo.

—¿Te ha dicho quién es? —interrogó, preocupada.

—El inspector Lewis —contó Mark—. Es el policía que lleva el caso del desfalco —informó —. ¿Lo conoces de algo?

La chica miró a Mark con cierta inquietud. Se le había pasado hablarle de su excursión a comisaría…

Capítulo 33

Con un gesto culpable, Maddie evitó mirarlo a los ojos mientras se esforzaba por terminar de colocarse la ropa. Tenía muy claro que a Mark no iba a gustarle nada la noticia.

—Puede que… haya pasado a verlo esta mañana —carraspeó, inquieta.

—¿Perdona?

Ella lo miró abatida.

—Ya vuelves a estar enfadado.

—¡¿Y cómo coño quieres que esté, Madison?! —se exaltó—. ¡Tú vas por libre sin contar con nadie!

—No me grites.

—Ganas de matarte es lo que tengo. —La miró con furia—. Tú misma dijiste que ese tipo puede estar metido en todo este lío y ¿vas a verlo?

—Es que ya no tengo más opciones —se quejó—, estoy estancada.

—Ah, genial, entonces que te maten cuanto antes, ¿es eso?

—Creo que estás exagerando —protestó.

Mark la miró furioso y abrió la puerta de la alacena al fin. Se tropezaron con una escoba y un recogedor casi de frente.

—¿Qué demonios hace esto aquí? —interrogó Maddie, sorprendida.

—¿Todavía crees que pasa algo en esta casa sin que Hattie se entere? —replicó sin esconder su irritación.

«Ay, Dios». Maddie sintió su rostro arder.

—¿Quieres decir que ella ha supuesto que…?

—¿Que podíamos romper media vajilla? —La miró sin rastro de humor—. Eso parece.

Caminaron hacia el salón, donde un hombre de unos cincuenta años, que cumplía a la perfección con el prototipo de policía zampa donuts que nos venden por televisión, los esperaba mirando con atención a su alrededor.

—La señorita Miller, supongo —dijo el policía, tendiéndole la mano.

La chica asintió y aceptó el ofrecimiento, recibiendo un apretón de manos flácido y sin carácter que hablaba alto y claro del tipo de persona poco de fiar que tenía delante.

Después le tendió la mano a Mark, que al parecer debió de darle un buen apretón, porque vio al policía acariciarse la mano tras soltarlo.

—Señor Madock, siento no tener nada nuevo para usted —declaró el policía, y devolvió su mirada sobre Maddie—. Creo que ha estado esta mañana en comisaría, señorita Miller. Me ha sorprendido su visita y, como pasaba por aquí cerca, he decidido devolvérsela.

—¿Cómo sabía que estaría aquí? —preguntó la chica.

—Supuse que vivían juntos —contó—, ¿acaso no están prometidos?

—Ah, ya…

Maddie no había pensado en aquello cuando entró en comisaría. Solo había dejado su nombre y porque no había tenido más remedio, pero al parecer hasta la policía estaba muy pendiente de la prensa.

—¿Puede decirme para qué ha ido a verme?

La chica intercambió una mirada cohibida con Mark, que apretaba ahora los dientes con fuerza.

—Mi prometida es detective —aclaró el chico, quitándole a Maddie un peso de encima—, pero estoy seguro de que eso ya lo sabe.

Maddie miró al policía y se sorprendió cuando el hombre ni aceptó ni negó aquel hecho.

—Mi trabajo es no pasar nada por alto —terminó admitiendo el inspector con cierto tono chulesco.

—¡Ja! —se le escapó a Maddie.

El policía la miró con un gesto serio.

—Discúlpeme —carraspeó la chica fingiendo pesar—, pensé que estaba bromeando.

Aquello le valió una mirada fría y algo siniestra, que estuvo acompañada de un gesto que habló por sí solo. El inspector se abrió la chaqueta para, supuestamente, ponerse las manos en la cintura, aunque resultaba evidente que la verdadera intención era mostrarles el arma que se veía con claridad en su costado derecho.

—¿Qué es lo que quiere con exactitud, señorita Miller?

—Ofrecerle mi ayuda en el caso Middelton —expuso Maddie.

—Todo en ese informe es confidencial —insistió el inspector—, y usted ni siquiera es policía, ¿o sí?

—Sabe que no, pero…

—No quiero tener que pedirle su licencia de detective, señorita —interrumpió—, tengo la impresión de que prefiere que no lo haga.

Maddie tragó saliva. Aquel cabronazo sabía muy bien qué tipo de amenazas hacer. Sentía que se estaba jugando incluso la licencia de su padre si seguía por esa vía. Tuvo que morderse la lengua.

—Gracias por su visita, inspector —intervino Mark ahora—. Ansío que llegue el día en el que venga a traerme buenas noticias.

—Y yo —repuso el policía sonriendo con cinismo —, tendré muy presente su interés. Estaré atento a cada detalle.

Mark asintió, y a Maddie no se le escapó cómo el chico apretaba los puños. Al parecer, le estaba costando mucho trabajo contenerse.

—Espero que esa herida no sea grave, señorita Miller. —La miró ahora con una sonrisa mordaz, señalando la tirita que aún tenía en la frente.

—Solo es un rasguño.

—Me alegro, los accidentes están a la orden del día —declaró Lewis—, pueden cambiarnos la vida así. —Chasqueó los dedos.

Mark avanzó un paso hacia el policía.

—Gracias por el consejo —dijo en un tono helado—. Si nos disculpa, Madison y yo tenemos cosas que hacer.

El tipo sonrió irónico.

—Sencillas, espero, como preparar una boda —apostilló—, del resto… olvídense y dejen trabajar a los profesionales, es lo más seguro para todos.

—Lo acompaño a la puerta —fue todo lo que Mark contestó sin un atisbo de cordialidad.

—No es necesario —izó una mano—. No soy hombre de protocolos.

En silencio, ambos observaron al policía alejarse y salir de la casa

—No me gusta nada ese tipo —murmuró Maddie casi para sí, y se giró a mirar a Mark, que

había cogido asiento casi al borde del sofá y parecía demasiado abatido y meditabundo en aquel instante—. Siento… haber pasado por comisaría sin decírtelo.

Mark izó su mirada hacia ella y a la chica le sorprendió ver aquella mezcla de preocupación y angustia en sus ojos, que no parecía poder esconder.

—¿Estás bien? —interrogó, un tanto desconcertada.

Él se puso en pie, soltó un suspiro de desesperación y la atrajo hacia sus brazos.

—No, dulzura, no estoy bien —la sorprendió diciendo en un tono de pesar—, nada está bien. —La abrazó con fuerza.

Maddie estaba desconcertada. ¿Con aquel nada está bien la incluía a ella?

—Mark, me estás preocupando —admitió.

Soltando aire muy despacio, él la miró a los ojos sin esconder su aflicción. Le acarició el rostro con la yema de los dedos con delicadeza mientras parecía buscar unas palabras que Maddie tuvo la sensación de que no quería decir.

—Tengo que salir.

—¿Ahora? —se sorprendió.

—Sí, debo ver a alguien.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció.

—Voy en avión.

Maddie lo miró desconcertada. No entendía qué demonios estaba pasando de repente, pero sentía a Mark demasiado abatido y su sexto sentido la alertaba de que estaba pasando algo serio.

—¿Y lo has decidido de repente?

—Necesito hablar con alguien, ya no puedo seguir posponiéndolo —aclaró en un tono mezcla pesar y determinación, y tomó su rostro entre sus manos para mirarla a los ojos—. Pero, por favor, Madison, necesito poder marcharme tranquilo. Tienes que prometerme que no vas a salir de la casa para nada, ni vas a hacer llamadas, ni preguntas.

Ella asintió.

—Dilo, por favor, necesito tener la certeza —insistió—. Prométemelo.

Maddie estaba perpleja.

—Vale, sí, prometo aburrirme. —Sonrió, intentando aligerar el ambiente.

Mark asintió y recortó la distancia hasta sus labios para darle un beso que le hizo olvidarse incluso de su nombre.

—Guau, tú sí sabes cómo conseguir que una mujer te espere sentada en la puerta —bromeó, y se ganó una sonrisa de vuelta que le arrancó un suspiro.

Después, Mark respiró hondo y la soltó con una evidente inquietud que Maddie habría dado lo que fuera por poder borrar de su rostro.

—Me lo has prometido —se reiteró.

—Me portaré bien —aseguró Maddie.

El chico asintió y se giró dispuesto a marcharse, pero pareció cambiar de opinión y se volvió de nuevo hacia ella un par de metros más allá.

—Hay algo importante sobre lo que debemos hablar a mi regreso. —La miró con los ojos cargados de ansiedad—. No permitas que esquive el tema, por favor, ni que te… despiste con nada, aunque lo intente.

No dio tiempo a la réplica. Con determinación, caminó hacia la puerta y salió de la casa sin volver la vista atrás.

Maddie miró la puerta cerrada con una angustia en el pecho difícil de controlar. ¿Qué era lo que Mark quería hablar a su regreso? No tenía ni idea de qué esperar de esa conversación, los

últimos minutos habían sido demasiado raros, pero tenía la sensación de que era algo personal. ¿Iba a pedirle Mark que se fuera de la casa o… quizá quería mantenerla consigo?

Presentía que no podría pensar en otra cosa hasta que él regresara a su lado.

Capítulo 34

Mark regresó a casa antes de lo que Maddie esperaba. La chica se alegró tanto de verlo entrar por la puerta que se lanzó a su cuello sin pensarlo y lo besó con pasión, beso al que él respondió con el mismo entusiasmo. Después, lo empujó un poco y le arreó un manotazo en un brazo.

—¿Ahora te va el sado? —Arqueó Mark las cejas.

—¡Si vuelves a salir sin Ben, te juro que voy a esposarte a él y a tirar la llave! —Le apuntó con un dedo.

—¿Y eso no nos complicaría un poco las cosas? —La atrajo del trasero—. Ese tipo no entra en la alacena ni de costado.

Maddie tuvo que reprimir una carcajada, de verdad necesitaba que entendiera que había estado muy angustiada.

—No tiene gracia, Mark, he pagado mi frustración con el pobre Ben cuando lo he descubierto aquí —se quejó—. ¿Para qué demonios has contratado a un guardaespaldas que no usas?

—¿Puedes dejar de regañarme y darme otro beso? —rogó—. Ha sido una tarde muy estresante.

Maddie cedió a su propia necesidad y bebió de sus labios. Después, lo miró con curiosidad.

—¿Has podido hablar con la persona que querías? —interrogó.

—No, no he sido capaz de encontrarla —reconoció, incómodo—. No estaba cuando he llegado.

—¿Y puedo preguntar quién era? —Sonó cauta.

A Mark le costó unos largos segundos confesar:

—Anthony Middelton.

—¿El padre de Madeline? —El chico asintió, y ella lo observó asombrada—. ¿Tú has sabido dónde localizarlo todo este tiempo?

—Algo así —admitió.

Maddie lo miró irritada y dio un paso atrás.

—¿Algo así? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Me tomas por gilipollas?

—No era mi intención.

—¿No? ¿Y qué mierdas es todo esto entonces? —increpó—. Dijiste ¡voy a tenerla entretenida charlando con el vecindario de Madeline para que se sienta útil!

—Tengo muchas cosas que explicarte —dijo muy serio.

—¡Pues a lo mejor ahora no me da la gana a mí escucharte! —gritó.

—Tenemos que hablar.

—Oh, sí, ¡ya lo sé! —lo encaró, furiosa—, porque antes de irte te has encargado de que me pase toda la puñetera tarde dándole vueltas a qué demonios querrías decirme.

—Necesito que te calmes.

—¿Para que pueda ser tu dulzura? —se enojó—. ¿Para eso me tienes aquí simulando que me dejas investigar algo, para echarme un polvo cuando te apetezca?

—No eres justa.

—¡Y tú eres un maldito egoísta! —acusó.

—Sí, en eso tengo que darte la razón —se lamentó, tiró de ella y la encerró entre sus brazos —. He estado posponiendo esta conversación por interés propio, porque… tengo demasiado claro que será el principio del fin.

La chica leyó la angustia en sus ojos y lo miró confusa.

—El principio del fin ¿de qué? —Ahora era ella quien no podía disimular su agonía.

—De todo —susurró Mark, y aseguró con un infierno escrito en sus ojos—: Porque… es muy posible que no superemos jamás la conversación que estamos a punto de mantener.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Maddie. Aquella frase parecía sentenciar su relación con demasiada rotundidad. Ambos se miraron y permanecieron en silencio, intentando dilatar aquel momento todo lo posible. Mark acarició su rostro con la yema de los dedos, Maddie se perdió en sus ojos…, y estaban a punto de robarse un beso cuando una voz tronó con demasiada fuerza en mitad del salón.

—¡Aparta tus sucias manos de mi hija!

Maddie posó una mirada de absoluto estupor sobre su padre, que avanzaba hacia ellos, junto con Ben, cojeando de forma visible, ayudándose con una única muleta.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí? —Corrió hacia él para abrazarlo con fuerza.

—¿Yo? —La miró horrorizado, con los ojos acuosos—. ¿Qué haces tú aquí, por Dios, Maddie?

—Puedo explicártelo…

—Después —interrumpió—. Ahora recoge tus cosas.

La chica se quedó perpleja. Miró a su padre y solo entonces fue consciente de la expresión colérica que el hombre tenía puesta sobre Mark, que sostenía su mirada con lo que parecía estoicismo. Maddie jamás había visto a su padre en aquel estado.

—Entiendo que estés enfadado por no decírtelo —intentó Maddie hablar—, pero…

—Mi enfado no es lo importante ahora, amor. —La miró preocupado—. Haz las maletas, debemos irnos.

Maddie observó a su padre con una mezcla de desconcierto e irritación.

—Joder, papá, ¡ya basta! —estalló—. Es por esto que no te dije nada. Ya no soy una niña, no tenías que abandonar la clínica para correr a buscarme en cuanto Roger te fue con el cuento.

—¿Roger? —interrogó su padre—. ¿Hablas del inspector Atkins?

Maddie lo miró ahora un tanto confusa.

—¿No te ha llamado él?

El hombre negó con un gesto y soltó aire con evidente malestar.

—Entonces, ¿cómo te has enterado de que estoy en Boston?

Aguardó la respuesta con verdadera curiosidad, pero lo que escuchó de labios de su padre fue lo último que jamás esperó.

—Me ha llamado… una vieja amiga.

—¿Quién? —Lo miró extrañada.

—Has estado en su casa esta mañana.

Maddie recordó entonces a la anciana del bloque de apartamentos y aquello la descolocó por completo.

—¿Gladys? No… entiendo…, ¿de qué la conoces tú?

El hombre la miró con los ojos cargados de culpa.

—Es tu madrina, Maddie —susurró—. Casi te criaste en su casa mientras tu madre y yo trabajábamos.

—¿Aquí en Boston? —Jamás había estado tan desconcertada.

—Te lo contaré todo más tarde, pero tenemos que darnos prisa —insistió el hombre—. Debemos irnos de esta ciudad esta misma noche, aquí no estás segura.

Pero Maddie apenas atinaba a hilar dos pensamientos. Miró a Mark, confusa, y leyó en su rostro una angustia que no se molestaba en esconder.

—¿Podemos… hablar a solas? —pidió el chico con la voz entrecortada, mirándola con un infierno escrito en los ojos.

—¡Y una mierda! —intervino su padre.

La chica clavó una mirada aturdida en Mark, al que escuchó rogar:

—Maddie…, por favor…

Aquel Maddie resonó dentro de su cabeza como si lo hubiera pronunciado con un enorme megáfono, despertando partes dormidas dentro de su cerebro… Durante unos eternos segundos, su subconsciente la dejó vislumbrar la cantidad de veces que había escuchado aquel diminutivo de sus labios en el pasado. Fue solo una leve sensación de reconocimiento, pero tan intensa que la verdad se abrió paso dentro de su cabeza con absoluta claridad.

Se sintió morir. Tuvo que coger asiento por miedo a desmoronarse. Debía estar confundida… y entendiendo mal…

Mark intentó acercarse a ella, pero la muleta de Anthony se interpuso en su camino.

—¿Es que aún no has tenido bastante? —declaró el hombre—. ¡Tuve que inventarle una vida nueva, porque ZenithCorp le robó la suya, cabrón!

A Maddie le sobrevino una arcada. Aquello resultaba cada vez más insoportable.

—Créame que entiendo por qué apenas puede soportar mirarme a la cara, señor Middelton

—¡No! —gritó Maddie llevándose ahora las manos a los oídos, incapaz de seguir escuchando —. ¡Ya basta! ¡Callaos los dos!

—Hija…

—Maddie…

La chica izó la cabeza y miró a Mark con una rabia ciega escrita es sus ojos. Recortó la distancia hasta él y exigió colérica:

—¡Tienes prohibido llamarme así! —rugió—. ¡Jamás vuelvas a hacerlo!

Todo quedó en silencio unos segundos mientras ambos hombres miraban a la chica, impotentes, viendo cómo luchaba con uñas y dientes contra el caos que en aquel momento reinaba dentro de su cabeza.

—Debemos irnos, amor —pidió Anthony en un tono de ruego.

—En ningún sitio estará más a salvo que aquí —argumentó Mark.

—¿Contigo? —ironizó—. ¡No me hagas reír!

—Su tapadera ya no sirve —insistió Mark—. Los responsables de todo lo que pasó saben que está viva.

El hombre soltó un grito de impotencia y desesperación.

—¿Para qué demonios la has traído hasta aquí? —rugió, avanzando hacia él—. ¿Tienes idea de todo lo que tuve que hacer para mantenerla a salvo?

El gesto mezcla pesar y angustia de Mark era evidente.

—Nada de eso servirá si se la lleva ahora —aseguró, exasperado.

—¡Eres un hijo de puta!

—Sí, me merezco todo lo que me diga —aceptó—, pero están pasando muchas cosas, y debemos priorizar su seguridad.

—¿Ahora te importa su seguridad? —masculló con rabia—. ¡La acusaste de ladrona el

mismo día en que la enterraba!

—Sí —se le quebró la voz—, ¡mientras me moría por dentro!

Maddie izó sus ojos para toparse con los de Mark, donde su infierno personal ardía con virulencia, y durante unos eternos segundos solo existieron ellos dos y el inmenso amor que habían compartido en lo que parecía otra vida. Después, su mundo se desmoronó de nuevo, hundiéndose bajo una losa de mentiras y engaños de todas las personas en las que confiaba. El alcance de todo aquello cobró de repente otra dimensión, imprevista y desoladora, que atentaba con demasiada virulencia contra su salud mental, que llevaba dos largos años intentando alcanzar.

«No puedes venirte abajo, Maddie, has luchado muy duro para recuperarte», le gritó su conciencia a pleno pulmón. Apretó los dientes y buscó las fuerzas para enfrentarse a todo aquello en el único sitio donde podría encontrarlas. Pensó en Leo, en lo pequeño que era y en cuánto la necesitaba cuerda, el niño solo la tenía a ella y…

De repente se quedó paralizada. Se le cortó la respiración y sintió que su corazón casi se detenía frente a un pensamiento demoledor que arrasó su raciocinio.

Miró a Mark sin poder disimular su estupor.

«No puede ser…, es… imposible…», sollozó para sí, intentando reponerse de la impresión, pero, cuanto más lo miraba, menos podía creerse sus propias palabras, porque, por primera vez y con asombrosa claridad, vio a su hijo reflejado en el hombre que tenía frente a sí.

—¡Oh, Dios! —casi escapó de sus labios mientras una mezcla de convencimiento y turbación la asolaba por dentro.

—Debemos irnos, hija —la alentó de nuevo su padre, ahora un tanto confuso frente a la reacción de todos los presentes en el salón.

—Sí. —Se puso en pie, aturdida, intentando huir de sus propios pensamientos—. Voy a por mis cosas.

Mark se interpuso en su camino y la miró ahora con una expresión decidida.

—¡Aparta! —exigió, colérica.

—Ódiame todo lo que quieras —declaró con firmeza—, pero soy el único que puede mantenerte a salvo, y te aseguro que eso es lo que voy a hacer, aunque tenga que atarte a una silla.

—¡Eh! —bramó Anthony con fiereza—. ¡Ni la toques!

Mark se giró a mirarlo.

—¡Van a por ella, maldita sea! —explotó sin remedio—. ¡Ha estado recibiendo amenazas serias y han atentado contra su vida por no cumplirlas! —se desesperó—. Y, siento ser cruel, pero ¡mírese! —Señaló la muleta—. ¿Cree de veras que está usted en condiciones de defenderla?

Anthony miró a su hija con el rostro desencajado.

—¿Eso es verdad, Maddie, te han amenazado y…?

Maddie miró a Mark con rabia antes de contestar.

—Las amenazas eran para él —opinó—, para que dejara de investigar, y… yo solo era… un vehículo… —Las palabras fueron perdiendo fuerza a medida que las pronunciaba.

—Eras el objetivo —aseguró Mark mirándola ahora con aprensión—. Siempre lo has sido.

—Ay, Dios —escucharon susurrar a Anthony, abatido—. ¿Cuánto tiempo llevas en Boston, Maddie?

La chica apretó los dientes. Cuanto más hablaban, más oscura y horrible se tornaba su realidad.

—Demasiado —sentenció—, y ya quiero largarme de aquí.

Para su asombro, su padre guardó un extraño silencio.

—¿Qué te ha pasado en la frente? —interrogó tras unos segundos.

—Me golpeé con una puerta —dijo Maddie de inmediato—. ¿Podemos irnos?

Su padre miró a Mark y aguardó una respuesta sincera.

—Hace dos noches echaron nuestro coche de la carretera —informó el chico.

Los signos de alarma del hombre fueron evidentes.

—No fue algo casual —aclaró—, nos persiguieron durante varias millas. Intenté controlar el coche todo lo que pude, pero acabamos empotrándonos contra un árbol.

—¿Y fue grave?

—No, papá, no fue nada.

—Porque tuvo suerte —suspiró Mark ahora.

—¡Tuvimos! —recalcó, irritada—. Tú también ibas en el coche, no puedes asegurar que fueran a por mí.

Mark soltó aire con fuerza y miró a la chica.

—Por supuesto que puedo.

Anthony frunció el ceño y preguntó perspicaz:

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque a mi mecánico no le costó comprobar que habían manipulado el airbag del copiloto para que no saltara —confesó.

—¡¿Y me lo dices ahora?! —gritó Maddie, furiosa, enfrentándose a él.

—No quería asustarte —admitió—, y te he pedido, o más bien rogado, que no salieras de la casa y te mantuvieras al margen de todo esto, pero ¡eres tan terca!

—¡Solo intentaba hacer mi trabajo!

—¡Te despedí hace una semana, maldita sea! —le recordó Mark.

La chica cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con una mezcla de ira y desesperación.

—Sí, eso es cierto —aceptó con los ojos cargados de dolor—, puede que sea la única verdad que has dicho hasta el momento.

A Mark aquello pareció darle de lleno y le devolvió una mirada cargada de angustia.

—No todo ha sido mentira.

—Sí, ya —murmuró abatida, con un gesto irónico.

Escucharon a Anthony aclararse la garganta y ambos miraron hacia él. El hombre los estudió con detenimiento antes de hablar.

—Hace dos años la odiabas a muerte —le recordó Anthony—. ¿Por qué querrías ayudarla ahora?

—Porque soy un hombre justo y… —tragó saliva— ahora sé que… me precipité en mi juicio. —Miró a Maddie de reojo con pesar—. Solo quiero encontrar la verdad.

—Uy, ¡qué bonito! —ironizó ella mirándolo sin una pizca de calidez—. Casi me has emocionado, si incluso has parecido humano y todo. —Se giró hacia su padre—. En diez minutos estaré lista.

—¿Hasta qué punto estás dispuesto a llegar para encontrar esa verdad? —interrogó Anthony ahora en un tono cauto.

—¡¿Qué?! —bramó Maddie—. No vamos a quedarnos aquí.

—Hasta donde sea necesario —aseguró Mark con vehemencia.

—¿Es que me volví invisible de repente? —insistió la chica.

Los dos hombres se miraron a los ojos largos segundos mientras Maddie se desesperaba. Después, su padre se giró hacia ella con cierto pesar.

—Escucha, amor…

—¡Eso no me suena a haz la maleta! —protestó.

—Tengo muchas cosas que contarte —declaró pesaroso—, y sé que me vas a odiar un poco por haberte ocultado tanto, pero necesito que entiendas a lo que nos estamos enfrentando.

Maddie evitaba mirar a Mark, pero sentía sus ojos sobre ella, taladrándola, y cada vez estaba más inquieta.

—Conozco la historia —susurró Maddie, casi sin aliento.

—Crees conocerla, pero solo has escuchado la versión oficial —miró a Mark—, la suya.

—Sé que… jamás escribí una carta de despedida. —Tuvo que hacer acopio de toda su entereza para contener las lágrimas. De reojo, podía ver a Mark apretar los puños con fuerza.

—Claro que no lo hiciste, hija —afirmó su padre—, porque no te fuiste por voluntad propia, de eso tengo pruebas suficientes.

La chica lo miró con desesperación.

—¿Y por qué te callaste?

—Es una historia muy larga, amor —suspiró el hombre—, y te lo contaré todo en cuanto podamos estar tranquilos, pero ahora debemos decidir qué es lo mejor para ti.

—Estar lejos de él. —Señalo a Mark y apretó los dientes con fuerza.

El chico pareció desesperarse, pero no dijo nada.

—En algo sí tiene razón —reconoció Anthony con pesar—, yo aún estoy recuperándome, y la persona que está detrás de todo es peligrosa.

—No me quedaré aquí.

—Hija… —resopló el hombre—, no creo que termines de entender el lío enorme en el que estás metida. —La obligó a mirarlo—. Esa gente no solo te inculpó de un robo, después te secuestró y estrelló una avioneta contigo dentro para asegurarse tu silencio.

Maddie no pudo contener un escalofrío de horror, y tampoco se le escapó el momento en el que Mark se dejó caer en el sofá, como si sus piernas hubieran dejado de sostenerlo.

—Ahora saben que no lograron su cometido, que sigues viva —continuó su padre—, y es probable que seas la única persona que puede identificarlos. El único motivo por el que aún no te han matado es…

—Mi amnesia —completó Maddie por él.

—Tu amnesia —repitió su padre—, pero no se arriesgarán durante mucho más tiempo a que puedas recuperar la memoria.

La chica sacudió la cabeza con desesperanza.

—No puedo esconderme para siempre, papá —declaró, abatida.

Anthony asintió.

—Lo sé, por eso creo que ha llegado el momento de atacar con todo —opinó—. Con él de nuestro lado —señaló a Mark—, quizá podamos desentrañar todo este lío, encontrar a los culpables y limpiar tu nombre.

Maddie tragó saliva y miró a Mark por encima del hombro de su padre, que los observaba con uno de sus gestos imperturbables.

—¿Y tenemos que quedarnos forzosamente aquí? —interrogó.

—Esto es casi como una fortaleza —dijo su padre—, o al menos podremos convertirla en una —miró a Ben de reojo—, y no hay duda de que imponen respeto.

La chica se mordió el labio con nerviosismo, pero fue incapaz de sonreír la broma.

—Ben es… —Maddie frunció el ceño y miró a Mark, al que le habló con frialdad—, ¿quién es?

El chico le devolvió un gesto de resignación y admitió:

—Tu guardaespaldas.

—Claro, como no —sonrió con cinismo—, habría sido sorprendente que me hubieras dicho una sola verdad.

—Vuelves a acusarme de…

—¡Te acusaré de lo que me dé la gana! —gritó, avanzando ahora hacia él—. ¿Acaso no hiciste tú lo mismo en el pasado? ¿Por qué debería yo respetarte?

Mark soltó un suspiro de hastío.

—No hablaré contigo mientras estés así.

—¡Pues me va perfecto! —replicó colérica—. Porque si me quedo en esta casa, será bajo la promesa de que te mantengas lejos.

Anthony Miller caminó hasta ellos, miró a su hija con cierta preocupación y después a Mark.

—Colaboremos juntos —sugirió el hombre. El chico se puso en pie—. Mi único motor es mantener a Maddie a salvo y limpiar su nombre, no quiero nada más; ayúdame a lograrlo y te prometo que recuperaré tu dinero, o lo que quede de él. —Clavó una mirada acerada sobre Mark —. A cambio, jamás volverás a acercarte a mi hija. —Le tendió la mano para sellar el acuerdo.

Mark tragó saliva y miró a Maddie, que cruzaba ahora los brazos sobre el pecho y lo observaba con lo que parecía ira contenida.

—¿De verdad es lo que quieres? —le preguntó, clavando sus ojos en ella.

—Estrecha su mano —fue la respuesta, sin un ligero titubeo—, porque no me quedaré aquí sin esa firme promesa.

Mark cerró los ojos un segundo, y cuando los abrió, no había ni rastro de una sola emoción en ellos. Estrechó con fuerza la mano que se le tendía, aceptando un acuerdo que sellaba el destino de ambos, sin un ligero pestañeo.

Maddie tuvo que contenerse para no exteriorizar la mezcla de rabia y dolor que le partía el pecho en aquel instante.

—Bien, dicho esto… —suspiró Anthony—, centrémonos en cerrar filas y asegurarnos de que no hay arma alguna que puedan usar contra nosotros.

Miró a su hija con cautela y un gesto de preocupación, que la chica entendió al instante.

—¡Leo! —exclamó, ahora con un pánico total y absoluto brillando en sus ojos mientras sentía que le faltaba el aire—. Papá…, papá…

El hombre la abrazó para ayudarla a serenarse mientras Maddie estallaba en lágrimas.

—Llamaré a Karen ahora mismo —declaró el hombre—. Mandaré a alguien de confianza a buscarlos para que los escolte hasta el aeropuerto, pero deben coger el primer avión que salga hacia Boston.

La chica se giró a mirar a Mark, con una mezcla de ansiedad y pánico en sus ojos. Él le devolvió una expresión exenta de emociones.

—¿La parte en la que me quieres lejos no incluye mi avión? —ironizó.

Maddie apretó los dientes para contener sus lágrimas.

—Será el último favor que te pida —masculló, vencida—. Yo misma iré a buscarlos.

Él clavó una mirada helada en ella.

—¿Estarías dispuesta a volver a subirte a un avión por ese tipo?

—Atravesaría el mismo infierno para llegar hasta él —sollozó, desesperada.

Aquello supuso tal mazazo que a Mark se le cayó la careta durante un segundo, pero Maddie apenas podía ver nada a través de sus lágrimas.

—Vale, tomaremos un vuelo convencional —terminó diciendo Maddie frente a la falta de

respuesta—. Llamaré para…

—Puedes usar el avión —dijo Mark con una voz de ultratumba—. Llamaré para que lo preparen, ¿para cuándo lo quieres?

—Para ya.

Mark apretó los dientes.

—De acuerdo —admitió—, es posible que aún sigan en el hangar tras regresar de Valparaíso.

Anthony se sorprendió y comentó.

—¿Valparaíso en Indiana? —Mark asintió—. Justo de allí vengo.

—Lo sé —aclaró—, he ido a buscarlo a la clínica esta tarde, pero ya no he podido encontrarlo.

Maddie lo observó desconcertada. Aquello era una rigurosa verdad, que ahora cobraba una dimensión muy diferente, pero no se atrevió a preguntar sus motivos, ya tenía demasiadas preocupaciones encima y una prioridad absoluta.

Mark llamó al hangar y les confirmó que el avión estaría listo en una hora. Maddie apenas podía aguantarse las ganas de saltar, con una mezcla de preocupación y dicha, muriéndose de ganas ya de abrazar a su pequeño, aunque… no tuviera más remedio que ponerlo frente a la última persona a la que quería presentárselo.

—Bien, pues voy a prepararme.

—No te molestes, Maddie —intervino Mark como un tiro—, porque tú no vas a ninguna parte.

—Pero…

—Sin peros —suspiró ahora su padre—, él tiene razón, no puedes exponerte tanto —opinó —. Además, Leo y Karen viajarán mucho más seguros solos, tú serías como una diana enorme sobre ellos.

Aquello era demasiado evidente como para discutir.

—Yo iré —se ofreció Ben, que hasta aquel instante había permanecido callado en un extremo del salón.

La chica lo miró con los ojos cargados de esperanza. Algo le decía que aquel hombre protegería a su hijo con su vida, de ser necesario.

—Prometo que los traeré a ambos sanos y salvos.

Como gesto de agradecimiento, la chica se esforzó por esbozar una tenue sonrisa.

—Karen no contesta —anunció Anthony, molesto, tras varios intentos—. Ahora solo faltaba que se hubiera tomado el despido al pie de la letra.

Maddie lo miró con pesar.

—¿Cuándo la has despedido?

Su padre carraspeó con un gesto de ansiedad.

—Esta tarde —aclaró—, cuando se ha visto obligada a confesar dónde te alojabas en Boston.

Maddie miró a su padre con pesar. Sacó su teléfono y comprobó que tenía siete llamadas perdidas de la secretaria. Marcó el número de la mujer, que contestó al primer tono.

—Ay, Dios, nena, estoy harta de llamarte. Tu padre se ha vuelto loco, he tenido que darle tu dirección en Boston porque gritaba cosas sin sentido, como que estabas en peligro y ¡no sé qué más! —vociferaron desde el otro lado—. ¡Escóndete y rápido, porque va para allá, y creo que lleva la escopeta cargada!

Maddie habría reído de no estar tan tensa.

—Él ya está aquí, de hecho —comenzó diciendo, y no le dio tiempo para replicar—. Escúchame, Karen, ha pasado algo imprevisto y necesito que Leo y tú salgáis para Boston esta

misma noche.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio absoluto.

—¿Karen?

—¿Es una broma?

—No, prepara lo justo, por favor —rogó—. Mandaremos a alguien a recogeros en unas… —miró su reloj— tres horas, te lo contaré todo en cuanto estés aquí.

—Pero llegaremos de madrugada —se extrañó—, ¿quieres que viaje con el niño tan tarde? Ya está acostado.

—Es necesario, sácalo de la cama.

—¿Estás segura, Maddie? —interrogó—. Quizá se asuste.

Maddie dudó, y Ben pareció leerle el pensamiento, puesto que se acercó a ella y le ofreció:

—Haré noche en Chicago con ellos, los protegeré con mi vida —aseguró—. Saldremos hacia Boston a primera hora de la mañana, ¿te parece?

La chica miró a su padre, que asintió y confirmó:

—Es mejor para Leo —opinó.

Con serias dudas, Maddie valoró la situación. Sacar a su hijo de la cama para meterlo en un avión y pasearlo de madrugada por medio país podía asustar mucho al pequeño; además, Karen necesitaría unas horas y más calma para organizar el equipaje.

—De acuerdo —le sonrió a Ben—, muchas gracias.

—Nena, no entiendo nada —insistió Karen ahora, preocupada.

—Prepáralo todo, por favor, te mandaré a alguien en unas horas —contó—, él se quedará con vosotros y mañana por la mañana saldréis para Boston. Sin preguntas, por favor, confía en mí.

Al otro lado se escuchó un suspiro.

—De acuerdo, Maddie, me pondré con el equipaje ahora mismo.

—Gracias —se le entrecortó la voz—, y dile a Leo que lo amo.

Su padre le rogó que le pasara el teléfono y se alejó un poco charlando con ella, pidiéndole que echara algunas cosas para él en la maleta.

Cuando Maddie se giró, se topó de lleno con los ojos de Mark, que la observaban con frialdad, aunque su expresión era crítica.

—¡¿Qué?! —terminó gritándole, tras sentirse acosada por su escrutinio—. El mantenerte lejos incluye que ni siquiera me mires.

Mark ignoró el comentario para decir en un tono helado:

—Resulta curioso tu concepto de amor.

Y entonces Maddie fue consciente de cómo habría sonado ese último *dile a Leo que lo amo* a oídos de Mark, pero se limitó a alzar el mentón con altivez.

—¿Vas a contarle tus… escarceos en Boston? —se reiteró el chico—. ¿O tienes tan asumido que no existe un solo hombre fiel que prefieres adelantarte?

—Nada de eso es asunto tuyo.

—En eso tienes razón —sonrió con cinismo—, tengo claro que tres simples polvos no me conceden ningún derecho, solo me llama la atención —declaró en un tono indiferente.

A Maddie aquellas palabras le hicieron daño.

—¿Sabes qué me llama a mí la atención? —replicó, mordaz—. Que precisamente tú, que no has dicho una sola verdad desde que nos conocemos, te creas con autoridad moral para juzgarme a mí.

—La moralidad es relativa.

—La mentira no.

Se sostuvieron la mirada durante unos largos segundos. El corazón de Maddie se esforzaba por odiarlo, pero no podía evitar que latiera con fuerza con su sola presencia.

—Ben se marcha ya —interrumpió Anthony ahora.

La chica se giró a mirar a aquel grandullón, lo abrazó con intensidad y le rogó al oído:

—Cuida bien de mi hijo, por favor.

El hombre la miró con un evidente asombro, sonrió con dulzura y asintió.

Capítulo 35

Maddie ayudó a su padre a instalarse en una de las habitaciones mientras intentaba sobrellevar todo aquello sin enloquecer. Por fortuna, los dos últimos años la habían enseñado a vaciar su mente para favorecer su cordura, pero todo tenía un límite y ella estaba llegando al suyo.

Cuando entraron en la alcoba, Maddie dejó la maleta de su padre sobre la cama.

—Quizá estarías mejor si no tuvieras que subir y bajar escaleras… —dijo con sequedad.

—Maddie… —La miró con pesar.

—…pero es lo que hay.

—Hija, mírame —rogó.

A la chica le costó volverse y encararlo al fin. Las lágrimas brotaron de sus ojos sin remedio en cuanto lo hizo, y cruzó los brazos sobre el pecho con fuerza, negándose a correr a abrazarlo, que era algo que necesitaba con urgencia.

—Siento mucho todo esto, amor.

—¿El qué? —interrogó irónica—, ¿no haberme dicho una sola verdad en los últimos dos años?

Anthony agachó la cabeza y suspiró.

—Sí, tienes derecho a estar enfadada, te daré tu tiempo.

—No quiero tiempo —declaró—, quiero respuestas.

Caminó hasta la cómoda, cogió la única silla que había en la alcoba y la movió hasta la cama. Después, le hizo un gesto a su padre para que cogiera asiento.

El hombre caminó hasta la silla y se sentó, soltando un sonido mezcla resignación y preocupación.

—Esto no va a ser nada fácil, mi amor —le aseguró a su hija, en cuanto ella cogió asiento en la cama frente a él.

—Eso lo asumo —admitió ahora con cierta inquietud—. Empieza desde el principio, por favor.

—No sé si puedo recordar aquellos días de infierno —susurró con el dolor escrito ya en sus ojos—. Durante lo que me pareció una eternidad, te supe primero desaparecida y después muerta, Maddie.

La chica dejó correr sus lágrimas y le tomó las manos, cediendo a concederle así algo de ánimo.

—La primera noche que no llegaste a dormir supuse que estarías con ese novio tuyo, que jamás terminabas de presentarme, y que se te habría ido el santo al cielo —contó—. Incluso me enfadé un poco contigo por ser tan desconsiderada y no avisarme de que no vendrías a casa.

Maddie se puso tensa, pero no dijo nada. Algo le decía que su padre no conocía su relación con Mark, al menos no la pasada.

—Pero cuando pasé todo el día siguiente llamándote sin poder localizarte, me asusté —confesó—. Durante los veinticinco años que he sido policía en esta ciudad, he visto demasiadas cosas.

—Espera, ¿eras policía?

—Inspector de homicidios —aclaró.

—Y tuviste que dejar toda tu vida. —Entendió ahora, horrorizada.

—Yo no habría tenido vida sin ti, amor —le acarició la mejilla, y ahora sí, la chica ya no pudo contenerse y se abrazó a su padre buscando el consuelo que necesitaba. El hombre soltó un suspiro acongojado y lloró con ella.

Tras unos minutos, intentaron centrarse en la conversación de nuevo.

—Cuéntame, papá, ¿qué te llevó a tomar una decisión tan difícil?

—Las cosas se pusieron feas muy rápido, amor —confesó, preocupado frente a lo que debía contarle—. Fui a ZenithCorp a buscarte para asegurarme de que estabas bien.

—Y no me encontraste allí —adivinó.

—No solo eso, Maddie, allí también te buscaban, pero por motivos muy distintos.

—Comprendo. —Tragó saliva.

—Cuando entendí de qué se te estaba acusando, mi instinto me gritó alto y claro que te habían tendido una trampa.

—¿Y cómo estabas tan seguro?

—Porque desde que comenzaste a trabajar para ZenithCorp, no había dejado de preguntarme, extrañado, porque te habían dado un puesto que, no te molestes, hija, pero resultaba evidente que te venía grande.

Movió la cabeza con pesar.

—Tú habías consagrado tu vida al tenis, Maddie, y cuando tuviste que dejarlo por culpa de aquella lesión, hiciste apenas un curso de contabilidad por correspondencia porque eras muy buena con los números —explicó—, pero de ahí a dirigir un proyecto como el que te ofrecieron…

—Eso fue lo primero que pensé cuando profundicé en el caso —afirmó Maddie—. Me contrataron para colgarme el muerto, eso lo tengo claro.

Se sentía muy rara hablando de ella en primera persona.

—Sí, para mí también fue evidente —suspiró su padre—, pero yo tenía muy claro que no habías hecho nada de lo que se te acusaba.

—¿Y estás seguro? —Se le quebró la voz.

—¿De qué?

—¡De que no soy culpable, papá! —sonó angustiada.

—Jamás he tenido una sola duda al respecto —aseguró el hombre—. Y no tardaremos en demostrárselo al resto del mundo.

La chica asintió, consciente de que para ella *el resto del mundo* tenía nombre y apellido, para todos los demás le daría igual seguir siendo Madison Miller.

—Cuéntame el resto —pidió.

—Pasaron tres días hasta que recibí la peor llamada de mi vida. —Se puso pálido—. Habían seguido tu rastro hasta Honolulu, donde habías alquilado una avioneta que se había estrellado en una zona remota del Bosque Nacional de Haleakalá, en Maui —se le atragantaron las palabras—, y no había supervivientes.

Sintió el dolor en los ojos de su padre como propio y le apretó la mano para insuflarle coraje.

—Viajé hasta Honolulu para reconocer tu cadáver y repatriarlo —dijo casi entre lágrimas—, pero no… quedaba mucho que pudiera reconocer, el fuego se había encargado de eso.

El recuerdo era muy doloroso para Anthony, al que cada vez le costaba más unir las palabras.

—Dios, fue insoportable siquiera pensar en que mi preciosa niña… —No pudo seguir hablando.

Maddie volvió a abrazarlo con fuerza. Solo con ponerse en su lugar, ella también se enfermaba.

—Olvida aquella imagen, papá —rogó—. ¿Cuándo comenzaste a sospechar que aquel cuerpo no era el mío?

Anthony soltó aire y contó:

—Dentro de mi dolor, estaba seguro de que no había nada de accidental en tu muerte —explicó— y comencé a hacer preguntas. Ser policía me abrió todas las puertas a la investigación de las causas del accidente, así que rápido confirmé que los expertos estaban seguros de que habían saboteado la avioneta —aclaró—. Tras eso visité al forense en persona, necesitaba saber si estabas o no consciente cuando sucedió todo, si habías sufrido… —tragó saliva y la miró con los ojos acuosos—, y entonces pasó algo que lo cambió todo.

Maddie aguardó con el corazón encogido.

—Mientras hablaba con el forense, que con mucho tacto me contaba que habías muerto por inhalación de humos antes de que el fuego te alcanzara —explicó—, el hombre me tendió el informe para que pudiera leerlo y comprobarlo por mí mismo. —Sonrió a medias—. Y lo hice, lo leí de arriba abajo… y después de abajo arriba, en busca de algo que debería estar allí y no estaba.

—¿Y qué era? —lo apremió.

—Tu prótesis de rodilla. —Señaló.

—¿Qué? —Se tocó la cicatriz que tenía en la pierna, que siempre había considerado como una herida del accidente—. ¿Llevo…?

—Sí —afirmó—. La lesión que te apartó del tenis fue seria, tuvieron que implantarte una prótesis de titanio. —Dejó que su hija dedujera sola.

—Y el titanio no se quema —adivinó.

—Exacto —apretó sus manos y suspiró—, y debía estar en el informe, porque era la manera más fiable de identificarte. Todas las prótesis llevan un número de serie asociado a cada paciente, pero no estaba, así que indagué con mucho cuidado hasta asegurarme de que no era algo que el forense hubiera pasado por alto, simplemente… no había prótesis en el cadáver.

A Maddie se le saltaron las lágrimas, no supo si de emoción o nervios.

—Así que entendiste que aquella no era yo.

Anthony asintió y continuó:

—Pero ibas en la avioneta, Maddie, eso estaba claro, porque encontraron restos de sangre del golpe en la cabeza que recibiste al estrellaros, tu ADN te situaba en esa avioneta —explicó—, junto con ese pequeño colgante que siempre llevabas puesto.

La chica lo miró ahora con los ojos como platos.

—¿Qué colgante?

—Un pequeño corazón de oro que desde hacía un par de meses llevabas siempre al cuello —recordó—. Aunque nunca me contaste quién te lo había regalado, sé que era muy especial para ti, y supongo… que esa persona también era el padre de mi nieto.

Para Maddie aquello fue incluso más duro que escuchar su intento de asesinato. Se obligó a no pensar en ello, pero no lo consiguió.

«Un corazón, un amor, una llave…».

Se limpió las lágrimas con saña, como si así pudiera borrar de su memoria todo lo que aquello implicaba.

—Sigue, papá, por favor —rogó antes de venirse del todo abajo.

—No comenté mis sospechas con nadie y pedí que me llevaran al lugar del accidente —

siguió diciendo, ahora algo más recuperado—. Los bomberos aún estaban limpiando la zona y tenían ciertas discrepancias entre ellos —recordó—. El más veterano estaba convencido de que el fuego se había originado unas horas después del accidente, debido al efecto lupa que el sol provocó sobre los cristales rotos, junto a los restos del depósito de combustible; así que supuse, esperanzado, que de alguna manera habías salido del avión antes de que todo comenzara a arder.

Maddie asintió y reveló entre lágrimas:

—Caminé durante una eternidad —su padre la miró asombrado—, recuperé justo ese recuerdo hace unos días.

—¿Te acuerdas?

—Solo de caminar, del agotamiento, del calor, de… los bichos.

Su padre asintió.

—Tuviste suerte de que un indígena de una pequeña aldea cercana te encontrara —explicó—. Por la distancia que recorriste y el estado en que estabas, debiste caminar unas dos horas, pero tardaron dos días más en encontrarte —declaró con pesar—. Estabas en un estado casi de no retorno —se lamentó—. Por suerte, la persona que te encontró te llevó a un pequeño puesto de emergencia que está casi escondido en el corazón de la selva, donde consiguieron al menos vencer la deshidratación que estaba a punto de ganarte la partida.

—¿Y cómo me encontraste?

—Casi de pasada, uno de los bomberos me había hablado de ese pequeño puesto de emergencia —explicó—, cuando se lamentaba de lo cerca que habrían tenido algo de ayuda, de haber llegado a tiempo.

Ahora al hombre sí se le cayeron las lágrimas, aunque mezcladas con una sonrisa agridulce.

—Dios, Maddie, cuando te vi en aquella cama… —Tuvo que morderse el puño para soportar el dolor de los recuerdos—. Estabas… muy mal. ¡Dios, no puedo ni ponerlo en palabras!

—Pero viva, papá —lloró con él—, corrí mejor suerte que la persona que encontraron en el avión.

Anthony asintió y se secó las lágrimas.

—Cuando me preguntaron si sabía quién eras —continuó—, dentro de mi desesperación tuve unos segundos de lucidez —explicó—. La gente que te había colgado el desfalco parecía dispuesta a todo para cubrir su rastro, incluido el asesinato, y… ya tenían un cadáver con tu nombre.

—Entiendo.

—Miller era el apellido de soltera de tu madre —le confió—, y Maddie podía ser el diminutivo de varios nombres, y eso me limité a decir en ese momento, Maddie Miller. No fue hasta que nos trasladaron a Seattle cuando escogí Madison como tu nombre.

—Seattle —murmuró—. Creo que odio esa ciudad.

—Pues te salvaron la vida.

Maddie asintió. Aquello era verdad, y siempre estaría agradecida a los médicos del Virginia Mason, pero asociaba la ciudad con la peor etapa de su vida.

—¿Por qué escogiste Seattle? Porque entiendo que, en realidad, jamás vivimos allí.

Anthony asintió.

—Debía trasladarte a un buen hospital desde el puesto de socorro de Maui, sin pasar por Honolulu para evitar llamar la atención —contó—. Uno de los sanitarios que trabajaba allí me aseguró que en ese hospital tenían uno de los mejores equipos de neurología del país, y solo había unas tres horas de vuelo.

Maddie asintió.

—Cuando llegamos al hospital, la cosa no pintaba nada bien —confesó—, ya sabes que tuvieron que inducirte un coma para ayudar a tu cerebro, con suerte, a recuperarse, pero ni ellos mismos sabían si podrían revertirlo cuando llegara el momento —reconoció—. Además, tu cuerpo luchaba contra un veneno que tardaron en identificar.

Aquello era nuevo para Maddie, que abrió los ojos con cierta sorpresa.

—En los dos días que estuviste inconsciente en mitad de la selva te picaron algunos insectos —dijo con pesar, ambos sabían que con *algunos* se quedaba muy corto—, entre ellos una especie de araña muy rara, a la que resultaste ser alérgica.

Maddie se estremeció, pero no interrumpió.

—Tenías demasiados frentes abiertos y pocas fuerzas —se lamentó—, pero lo superaste todo como la jabata que eres —le apretó las manos—, y ese milagro que llevabas en el vientre también. —Se le cayeron las lágrimas de nuevo y sonrió—. Dios, cuando me dijeron que estabas embarazada y que el bebé seguía resistiendo… —suspiró con fuerza—. En ese mismo instante decidí atar todos los cabos que necesitábamos para empezar una nueva vida si conseguías salir adelante.

Se masajeó la pierna con un gesto de dolor y continuó:

—Volé hasta aquí y enterré aquel cadáver como si fuera el tuyo.

Maddie lo miró con pesar.

—Pero, papá, ¿y la familia de esa pobre chica?

—No tenía a nadie, Maddie, me aseguré de informarme de ello.

—¿Lograste identificarla? —se asombró.

—Sí, en los cuarenta y dos días que estuviste en coma, mientras estaba sentado junto a tu cama aguardando un milagro, hice muchas averiguaciones —explicó—. Me cobré algunos favores y pedí otros tantos. La mujer se llamaba Alice Silver y fue la persona que se hizo pasar por ti en cada aeropuerto, la misma que pagó la avioneta con tu tarjeta.

—Alguien que contrataron para dejar mi rastro.

—Correcto.

—Y entiendo que también era un cabo suelto.

—En realidad, ella no debería haber subido a la avioneta —explicó—. Cuando hablé con la empresa de alquiler, se lamentaron de que hubieras decidido subir en el último momento. Al parecer, la contrataron solo para trasladar un paquete hasta Maui.

—Y ese paquete era yo —dijo sin ninguna duda.

Su padre asintió y tras unos segundos continuó hablando.

—Supongo que a la tal Alice le pareció una gran idea pegarse unas vacaciones en Maui —repuso—. Le habrían pagado bien por el trabajo, pero resulta evidente que no sabía que todo estaba preparado para que esa avioneta nunca llegara a su destino.

—Qué hijos de puta.

—Sí, tuve muy claro desde un principio que quien estaba detrás de todo era una persona sin escrúpulos, ahora con mucho dinero, que podría usarlo para acabar contigo antes o después —contó—, y te encontraría tarde o temprano si regresábamos a nuestra vida.

—Entiendo.

—Cuando al fin despertaste y fui consciente de tu amnesia, me pareció una señal del destino —repuso con sinceridad—, así que decidí pedir el mayor favor de mi vida, conseguí documentación nueva para ambos y… el resto ya lo conoces.

Maddie asintió, aún aturdida por la historia.

—¿Por qué no me contaste la verdad?

—Por tu propia salud mental —admitió—. Bastante tenías que encajar ya. Aprender a vivir sin pasado era de por sí muy difícil de asimilar, ¿para qué añadir todo este horror a tu estabilidad emocional? —declaró—. Claro que contaba con tener que contártelo en cuanto comenzaras a recuperar tus recuerdos.

—Pero nunca sucedió —entendió.

El hombre asintió:

—Escogí Chicago para volver a empezar porque es mi ciudad de nacimiento —siguió diciendo—, y siempre había querido regresar allí. Seguí pidiendo favores y conseguimos empezar desde cero y comenzar a recuperarnos, hasta que ese… Madock regresó a nuestras vidas para cargárselo todo —se lamentó, y miró a su hija con pesar—. A mí tampoco me agrada tener que trabajar con él, amor, pero lo necesitamos. Él también tiene motivos para querer que todo esto se aclare y sus influencias valen oro, y, para qué engañarnos, su dinero también. Eso nos permite escondernos aquí, tener seguridad extra… No podemos renunciar a eso, Maddie, necesito que lo entiendas. Tu vida y la de Leo es la única prioridad.

El hombre aguardó ahora a que ella asintiera, aceptando lo inevitable, pero… había complicaciones en todo aquel asunto que su padre no podía entender, pero que debía conocer.

—Papá…, entre Mark y yo… —agachó los ojos, buscando la forma de decir aquello.

—Sí, lo sé, Maddie —suspiró—, es más que evidente que ha pasado algo al margen de lo laboral entre vosotros —frunció el ceño—, lo cual no comprendo, porque en el pasado ese tipo parecía detestarte con todas sus fuerzas —opinó—. El día de tu supuesto entierro destilaba odio, eso por no hablar de que era obvio que se le había ido la mano con el alcohol —contó—, pero me dolieron sus palabras, amor, se me clavaron en el alma. Tuve que pedirles a algunos compañeros del cuerpo que lo echaran del cementerio.

Maddie no pudo contener las lágrimas. Estaba muy enfadada con Mark, pero no podía evitar apiadarse un poco.

—Papá…, en aquella ocasión para Mark también era algo personal —reveló con cautela.

—¿A qué te refieres? Era tu jefe, pero…

—Es que no era solo mi jefe. —Lo miró ahora a los ojos y guardó silencio.

Su padre la observó con atención y solo necesitó unos segundos para atar todos los cabos.

—Mark Madock era con quien salías —entendió—, manteníais una relación.

Maddie asintió y aguardó a que su padre fuera consciente del alcance de aquella confesión, lo que solo tardó unos pocos segundos más en suceder. Lo supo en cuanto lo vio abrir los ojos como platos y gritar:

—Ay, Dios, Maddie, ¡esto es de locos!

—Sí que lo es —susurró.

—¿Lo sabe? —interrogó—. Supongo que te habrá hecho un tercer grado sobre el niño.

—No.

Anthony frunció el entrecejo.

—Pero él sí tenía claro quién eras tú, a la fuerza debe de haberse hecho preguntas.

—Es que no tiene ni idea de que tengo un hijo. —Se mordió el labio con nerviosismo.

—¿Y quién demonios piensa que es Leo?

—Pues… un novio, supongo.

—¿Supones?

—Oye, ¡aquí quien se ha callado verdades como puños no he sido yo! —se quejó, incómoda —. Y sobre Leo, también fue él quien supuso lo que le dio la real gana, como hace siempre en realidad.

Anthony la miró con evidente preocupación.
—Es cuestión de unas pocas horas que se entere de que es padre.
—Sí, lo sé, pero hasta entonces Leo sigue siendo solo mío.
Anthony suspiró.
—¿Cómo crees que lo va a encajar?
Maddie soltó aire, inquieta.
—No tengo ni la más remota idea.

Capítulo 36

Tras charlar durante al menos una hora más, Maddie bajó a la cocina para pedirle a la señora Danvers que le pusiera algo de cenar en una bandeja para subírselo a su padre. El hombre había abusado de su pierna aquel día y tenía unos dolores muy intensos, que ya exigían reposo forzado. El ama de llaves se comprometió a llevarle ella misma una suculenta cena, y Maddie regresó sobre sus pasos como lo harían los caballos en una carrera, mirando al frente como si llevara puestas unas anteojeras, dispuesta a ignorar todo y a todos los que se cruzaran en su camino.

Atravesó el salón con paso firme y fue consciente de que Mark estaba sentado a la mesa del comedor unos metros más allá, pero ni se detuvo ni lo miró ni le dirigió la más mínima palabra. Subió las escaleras y se encerró de nuevo en la alcoba de su padre, maldiciendo que su pulso temblara, achacando aquel hecho a la furia que le provocaba verlo.

—Lamento que hayas tenido que dejar la rehabilitación, papá —repuso Maddie, preocupada, cuando vio el gesto de dolor que lo aquejaba.

—Estoy bien, solo necesito descansar. —Extendió la pierna en la cama.

—Sabes que todo esto afectará a tu recuperación —se lamentó.

—La vida es cuestión de prioridades, amor —opinó—. Regresaré a la terapia cuando todo esto acabe.

—¿Y si para entonces es tarde?

Anthony sonrió con ternura y le tendió la mano desde la cama. La chica caminó hasta él, se sentó a su lado y lo abrazó con fuerza.

—Como te dije antes, hija, mi vida no tendrá ningún sentido si te pierdo —suspiró.

—Pero has renunciado a todo por mí, a toda tu vida, tu trabajo…

—Y volvería a hacerlo una y mil veces —aseguró—. Tienes que ser fuerte, amor, Leo te necesita sana y en paz, no puedes desfallecer ahora.

—Lo sé.

—Has enfrentado todo lo que te ha ocurrido con una valentía y fortaleza que muy pocos tendrían. —La miró ahora a los ojos—. Y quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti.

Maddie asintió con un nudo en la garganta.

—Dime que todo va a salir bien —rogó, inquieta, tras unos segundos.

—Te lo prometo.

Ambos sabían que aquella promesa era un riesgo, pero prefirió creer en ello para poder mantener algo de calma.

Cuando unos minutos más tarde alguien tocó a la puerta, Maddie corrió a abrir, convencida de que sería la señora Danvers con la cena.

Y era la cena, pero no la traía el ama de llaves.

—¿Ahora eres mayordomo? —atacó Maddie cuando se topó con Mark.

—Venía hacia arriba de todas formas —explicó. Y aguardó a que ella se apartara—. ¿Me lo llevo o…?

Maddie le quitó la bandeja de las manos e hizo intención de cerrar la puerta con el pie, pero para cuando lo intentó, Mark ya se había colado en la alcoba hasta la cama.

Con evidente desgana, Maddie caminó hasta la mesilla, que Mark estaba despejando en ese instante para hacerle espacio a la bandeja.

—Gracias —dijo Anthony con serenidad.

—Me ha dicho Hattie que tienes bastantes dolores —comentó Mark en un tono serio—. ¿En qué punto de tu rehabilitación estás?

Todos fueron conscientes de que Mark lo estaba tuteando por primera vez, pero a Anthony no pareció molestarle, así que Maddie guardó silencio también.

—Aún me queda un poco —admitió, y aprovechó para seguir diciendo—. Sé que tenemos muchas cosas de las que hablar, pero…

—No te preocupes, es tarde y entiendo que hoy has abusado de tu salud —declaró—. Nos vemos mañana.

—Bajaré temprano.

Tras eso, Mark miró a Maddie, que estaba ahora a un lado de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho, observando la escena.

—¿Podemos hablar? —interrogó Mark en un tono neutro.

—No.

Sin más. No añadió ni una coma ni se molestó en mirarlo. Tras unos segundos de violento silencio, el chico salió de la habitación.

Anthony miró a su hija con un gesto inquieto.

—¡¿Qué?! —Terminó exasperándola.

—¿He dicho yo algo? —Izó las manos en señal de paz.

—No, pero lo piensas.

—Baja el hacha, Maddie —rogó el hombre—, que ya tenemos bastante.

La chica apretó los dientes. No podía decirle a su padre que aquella hacha era necesaria para defenderse… de su propia estupidez, porque su cuerpo no parecía entender que, a partir de aquel momento, no tenía permitido arder en llamas frente a su sola presencia.

Incómoda, se despidió de su padre para darse una ducha que la ayudara a relajarse un poco.

Regresó a su alcoba y se metió bajo el chorro de agua caliente, buscando con desesperación algo de paz. Por unos instantes consiguió dejar su mente completamente en blanco, pero fue solo hasta que su conciencia se encargó de gritarle a pleno pulmón:

«¡Eres Madeline Middelton!». Y todo lo que implicaba aquello le provocaba un sinfín de sentimientos contradictorios, todos anidando en su pecho al mismo tiempo y gritando dentro de su cabeza sin compasión.

Pensó en Mark y se estremeció mientras se esforzaba por repetirse cuánto lo odiaba por haberla engañado de aquella manera, pero no había forma de cerrar su mente a los recuerdos de los últimos días. No podía recordar su pasado en común, pero su memoria reciente sí hizo acopio, casi sin pretenderlo, de un montón de pequeños detalles ocurridos días atrás. Ahora entendía el evidente desagrado y la frialdad con la que él la miraba desde el mismo momento en el que se vieron por primera vez. Imaginó cuánto debía detestarla y sintió un escalofrío, aunque también se había mostrado dulce y considerado…

«Jekyll y Hyde», recordó en un lamento.

La noche del despacho se metió en su mente con fuerza. Ahora era evidente que el alcohol había derribado sus barreras aquella noche, en la que hablaba de apariciones y fantasmas…

«*Maddie…, oh, Maddie, te he soñado tanto*…».

Se regañó por rememorar justo aquel momento, pero su mente conjuraba imágenes sin descanso ni control.

«*Ni siquiera tengo claro si ahora mismo sabes quién soy*».

Él le había sostenido la mirada durante unos largos segundos, en los que Maddie había podido leer el dolor y la desolación en sus ojos.

«*Eres… la última mujer en el mundo a la que debería tocar* —recordaba que había susurrado, dejándose caer en el sofá—, *y… la única a la que deseo*».

El agua caliente arrastraba sus lágrimas sin remedio.

«*No voy a ser la mujer a la que detestes por la mañana, solo por no ser… esa otra a la que tú añoras*».

—No tienes ni idea de lo absurdo que suena lo que estás diciendo.

Y lo era. ¿Por qué no se lo había contado todo entonces? De haberlo hecho, quizá en ese punto aún habría podido perdonarlo, ¿o es que a él no le interesaban su perdón ni sus sentimientos?

Aquel pensamiento la alarmó y fue consciente de que no sabía qué narices era lo que Mark había pretendido desde un principio con todo aquello. ¿Acaso era venganza lo que estaba buscando? ¿Se había metido en su corazón y en su cama para volver a enamorarla y devolverle todo el dolor que ella le provocó en el pasado?

Cerró los ojos, horrorizada frente a esos pensamientos.

—Mark habría podido vivir con la rabia del engaño, pero su muerte lo destrozó —recordó que había dicho Lindsay.

Él había sufrido mucho, lo asumía, pero eso no le daba derecho a jugar con ella y sus sentimientos de aquella manera, ella tampoco era culpable de nada.

Vació la cabeza todo lo que pudo para evitar enloquecer, pero ni siquiera el agua caliente conseguía calmarla lo más mínimo.

Salió de la bañera y paseó durante una hora por la alcoba como si estuviera dentro de una jaula. Lejos de mejorar, su sistema nervioso estaba cada vez más al borde del colapso, a medida que recordaba cada día, cada gesto y cada palabra que habían intercambiado desde que, por azares del destino, se había sentado en su regazo en aquella maldita terraza.

Desesperada, salió de su habitación en busca del único lugar que podía aportarle algo de paz. Bajó las escaleras y salió al jardín.

Caminó despacio hasta el balancín, se coló entre el tul que lo protegía y cogió asiento. En cuanto se acomodó, tuvo claro que había escogido el peor sitio posible. Aquel columpio siempre le afectaba demasiado, y la conversación que habían mantenido allí mismo apenas el día anterior había sido intensa. Ahora, pequeños retazos de la misma se agolpaban en su cabeza sin remedio. Había sentido a Mark extraño esa noche y ahora entendía por qué. Apenas unas horas antes, ella misma le había dado pruebas de que quizá las cosas con Madeline jamás fueron como él pensaba, y era evidente que aquello le había golpeado fuerte.

«*Se puede tener todo y ser la persona más infeliz del planeta*».

Tuvo que apretar los dientes frente al recuerdo de aquellas palabras y el dolor que había en sus ojos mientras las pronunciaba, y se irritó consigo misma por dejarse influir así.

«*Solo me he enamorado una vez, pero tan profundamente que jamás habría mirado a ninguna otra, porque apenas podía apartar los ojos de ella*».

—Oh, mierda, fuera de mi cabeza —se dijo ahora en alto, desesperada—. Sabes que te terminó traicionando, Maddie.

No necesitaba recordarlo para estar convencida. El dolor de la traición llevaba más de dos años despertándola encharcada en sudor. La sensación era tan fuerte que había marcado su forma de ver el amor y, según su psicólogo, era el motivo de que sus recuerdos aún estuvieran perdidos.

«Un corazón, un amor, una… ¡No, no!», se revolvió inquieta en el asiento, haciendo un esfuerzo enorme para no dejar aquel pensamiento anidar en su mente. Ni siquiera podía estar segura de que aquellas palabras hubieran salido de boca de Mark, aunque… todo pareciera indicar que así era.

Desesperada, se concentró en dejar la mente vacía, ahondando en la meditación que siempre la ayudaba a conseguirlo.

Cerró los ojos y centró sus sentidos en la suave brisa que corría en el jardín, el exquisito aroma que arrastraba de las flores y el leve balanceo del columpio. Poco a poco, su cuerpo y su mente se fueron relajando hasta dejarse invadir por una sensación de deleite… que nada tenía que ver con lo que buscaba, pero que resultaba demasiado intensa como para luchar contra ella. Aquel balancín siempre tenía el mismo efecto sobre ella, una mezcla de excitación y anhelo que fue apoderándose de todos sus sentidos…

«*Me fascinas, dulzura*», escuchó a Mark susurrar entre jadeos dentro de su cabeza, y casi pudo sentir sus caricias sobre la piel mientras ella se mecía sobre él, muy despacio, sentados en aquel mismo balancín. A pesar de su desnudez, su piel ardía y todos sus sentidos parecían desbocados y a punto de estallar mientras se amaban sin descanso bajo la tenue luz de la luna…

Un gemido de deleite escapó de su garganta con tanta intensidad que la sacó del trance y se incorporó en el columpio de forma abrupta, con los ojos como platos por la sorpresa. Aquel recuerdo palpitaba con total claridad ahora dentro de su cabeza, enarbolando todos sus sentidos. La belleza de todo lo sucedido allí mismo resultaba abrumadora.

Cerró los ojos y recordó con absoluta claridad los primeros besos, las primeras caricias… y la delicadeza con la que Mark la había desnudado bajo la luz de la luna y había venerado cada poro de su piel, sumergiéndola en la misma locura que siempre la poseía en sus brazos. Habían hecho el amor muy despacio y había sido tan hermoso…

Las lágrimas recorrieron sus mejillas sin remedio, y se preguntó cuántos recuerdos parecidos estaban perdidos dentro de su memoria; en uno de ellos habían sido bendecidos con el milagro de la vida.

—Te hice el amor por primera vez en ese balancín —la sorprendió un susurro en mitad de la noche.

Buscó a su alrededor con el corazón desbocado y localizó a Mark apoyado sobre una de las barras de la estructura del columpio.

Así que aquella había sido su primera vez. Maddie no dudaba de que su recuerdo era de aquel día. Mark siguió diciendo:

—Cenamos bajo la carpa, dimos un paseo a la luz de la luna y… nos sentamos en el balancín.

—Qué pródigo en información de repente —se forzó a interrumpir, intentando sonar fría, pero nada más lejos de la realidad. Enfrentarse a Mark en aquel momento era demasiado arriesgado, debía alejarse de él cuanto antes.

Salió del balancín y pasó ante él sin ninguna intención de añadir nada más, pero Mark la retuvo de una muñeca en cuanto lo hizo.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme! —se revolvió, furiosa, mientras sentía la sangre hervir a borbotones en su interior, y no precisamente de furia.

Mark la liberó e izó sus manos.

—Creo que lo que hemos vivido en las últimas horas se merece al menos una última conversación —declaró con aparente calma, aunque en sus ojos parecía arder el mismo infierno.

—¿Te refieres a las mentiras?

—No eres justa.

—¿Yo no soy justa? —estalló—. ¡Has jugado conmigo!

—No.

—¡Sí! —Avanzó para encararlo—. Me has engañado, utilizado y manipulado a tu antojo. Me infiltraste en la empresa pensando que los que considerabas mis cómplices se delatarían solos y así podrías recuperar tu asqueroso dinero, y has terminado exponiéndome frente a la gentuza que intentó asesinarme y me obligó… —se tocó las sienes— a vivir a medias.

—¡Y no sabes cuánto daría por volver atrás y hacer las cosas de manera diferente! —afirmó con angustia.

—¿Y a dónde quisieras volver, Mark? —sonó irónica—. ¿A hace unos pocos días cuando decidiste jugar a ser juez y verdugo o a hace dos años cuando me acusaste de ser…?, ¿cómo lo llamaste? —hizo memoria y apretó los dientes— ¡la puta más cara de la historia!

Él maldijo por lo bajo.

—Estaba furioso, Maddie…

—¡Que no me llames Maddie! —gritó—. ¡Que no seré Maddie para ti nunca más!

Mark apretó los dientes y soltó aire en un evidente intento de guardar la calma.

—Está bien —sonó resignado—, será mejor que dejemos esta conversación para cuando estés más tranquila.

Aquello no ayudó.

—¡¿Es que piensas que en algún momento voy a querer hablar contigo de manera amistosa?! —inquirió—. Creo que no eres consciente de lo que me has hecho. —Clavó en él una mirada de dolor—. No te bastaba con las mentiras y con ponerme en la línea de fuego —se le quebró la voz —, también tenías que meterme en tu cama para que la humillación fuera completa.

—Eso no fue premeditado —aseguró de inmediato—. Te juro que me resistí con uñas y dientes.

—Eres un miserable —declaró dolida.

—Sí, supongo que me merezco tus insultos —asintió con tristeza—, pero lo que ha pasado entre nosotros estos días ha sido muy real.

Ella rio sin rastro de humor, y Mark se desesperó.

—Reconozco que cuando te ofrecí el trabajo…

—¿Cuando me pediste investigar mi propio asesinato, dices? —ironizó.

Mark asintió con pesar.

—Estaba furioso y no entendía nada. Descubrir que estabas viva fue… —tragó saliva y se le atragantaron las palabras.

—Sí, imagino el shock —ironizó.

—No creo que puedas. —Si tan solo ella hubiera mirado en sus ojos en aquel momento…, pero Mark se repuso y continuó—. Creía que me habías traicionado en el pasado y no podía pensar con claridad.

—Pero sabías de mi amnesia, siempre lo has sabido.

A Mark le costó admitir.

—Sí.

Maddie le habría pegado, tuvo que alejarse un poco para contenerse. A pesar de su furia, sabía que no era seguro acercarse demasiado ni para golpearlo.

—¡Qué cabrón! —murmuró, apretando los dientes.

—Te juro que no tardé demasiado en empezar a dudar de todo lo que creía cierto —le aseguró ahora— y a comenzar a hacerme preguntas.

—¡Ese era el momento de hablar!

—Es que no era tan fácil —le recordó—. Tú no sabías quién eras, ni siquiera tenías información de dónde habías sufrido el accidente que te robó la memoria.

—Me da igual, debiste contármelo en lugar de seguir mintiendo

—¿Y cuánto habrías tardado en irte?

—Ah, claro, y antes querías meterte entre mis piernas —se lamentó—. Se me olvidaba.

—¡No frivolices nuestra relación, maldita sea! —La atrajo de la cintura sin previo aviso.

—¡Suéltame! —exigió—. Y llamarlo relación me parece otra burla.

—Maddie…

Ella intentó golpearlo al escuchar el diminutivo, y Mark atrapó sus manos justo a tiempo de evitarlo, después se las llevó a la espalda y la retuvo contra su cuerpo.

—Discúlpame, dulzura, pero me sale solo —musitó casi sobre su boca—, no sabes el esfuerzo que he estado haciendo para no llamarte así.

—Suéltame —forcejeó—, y tampoco tienes permiso para llamarme dulzura.

—Sí, lo sé —suspiró—, sé que he perdido todos los derechos y sé que a partir de mañana tendré aún más castigo —se lamentó—. Solo te pido que no me pasees por la cara tu… lo que sea que tengas con el tal Leo, porque te juro que no respondo de mí mismo —dijo con amargura —, no sé si podré contenerme.

Maddie apretó los dientes para mantener la boca cerrada. No iba a concederle algo de paz aquella noche, aunque… no pudiera dejar de preguntarse si de verdad a él le molestaría tanto que Leo fuera quien creía y el motivo.

—No finjas más —exigió, ahora dolida por querer creer algo que no era real. Él le había mentido en todo y ya no había nada que saliera de su boca que pudiera creer—. Ya nos hemos quitado las caretas y cada uno conoce su lugar.

—¿Sí? —Sonrió Mark con tristeza—. ¿Y cuál es el mío?

—Cualquiera lejos de mí y de mi cama —sentenció, y le sostuvo la mirada con los ojos ardiendo de lo que podía confundirse con cólera, pero que, en aquel punto, con sus cuerpos tan cerca, ya no tenía nada que ver con la cólera.

Durante unos largos segundos, se miraron a los ojos con intensidad. Mark contempló sus labios con un claro anhelo, y Maddie tuvo que hacer un esfuerzo enorme para contener un gemido de anticipación. Moría de ganas de saborear sus labios, aquella era la lamentable realidad, pero se resistiría hasta las últimas consecuencias.

—Vale, así será si es lo que quieres —admitió Mark en un susurro, soltándola al fin, pero se le veía muy tocado.

Maddie tuvo que contener las lágrimas. Por un momento había esperado…

«¿Qué?», le gritó su conciencia. «¿Acaso cualquier cosa que hiciera o dijera cambiaría algo?».

Sin mediar una sola palabra más, se giró sobre sus talones y se alejó de él mientras un dolor sordo le atenazaba el pecho. Podía engañarlo a él todo lo que quisiera, pero… sería una necia si intentara engañarse a sí misma, y sus sentimientos por Mark eran demasiado fuertes como para evaporarse de un día para otro, a pesar de la traición.

Resultaba desesperante y doloroso, pero, para su desgracia…, no podía darle a un interruptor y apagarse el corazón.

Capítulo 37

Maddie tuvo que terminar medicándose para conseguir dormir al menos cuatro horas aquella noche, pero desde las cinco daba vueltas por su habitación, esperando a que diera una hora prudencial para poder ir en busca de su padre. Cuando lo hizo, se sorprendió de que el hombre no estuviera ya en su alcoba incluso antes de las siete.

Bajó corriendo las escaleras y lo encontró sentado a la mesa del comedor charlando con la señora Danvers, quien, para su sorpresa, había cogido asiento junto a él para tomarse un café. Maddie saludó con una sonrisa educada mientras pensaba en que estaba claro de dónde había sacado ella misma su capacidad para ganarse la confianza de todo el mundo.

—¿Has hablado con Karen? —interrogó Anthony.

—Sí, hace un momento —contó—. Ya estaban saliendo hacia el hangar para tomar el avión. —Sonrió, nerviosa.

Se moría de ganas de abrazar a su pequeño, pero le asustaba mucho la reacción de Mark, así que la inquietud que sentía era por partida doble.

—Voy a subir a preparar las habitaciones para los nuevos huéspedes —intervino ahora el ama de llaves, poniéndose en pie.

Maddie la miró con una sonrisa.

—Prepara para Leo la que está junto a la mía, por favor —rogó, y le sorprendió el gesto crítico que recibió como respuesta.

—Pensaba preparar la que está al final del pasillo —dijo con sequedad.

—Necesito a Leo cerca —insistió Maddie.

—Pero…

—Ya la has escuchado —irrumpió Mark en el comedor en ese instante—. Prepara la habitación contigua —miró a Maddie con una frialdad que le heló la sangre—, o a lo mejor prefieres compartir la tuya.

La chica le devolvió un gesto obstinado.

—Pasará muchos ratos en mi alcoba —aseguró irritada—. Ni lo dudes.

—¡Maddie! —La regañó su padre de inmediato.

«¡¿Qué?! A él parece darle igual, ya lo has escuchado», quiso gritarle, en cambio, se limitó a mirarlo con un gesto de inocencia.

—Dime, papá.

El hombre carraspeó con cierto azoramiento.

—Creo que ha llegado el momento de contarle…

—¿Eso son tortitas? —interrumpió la chica, señalando la mesa—. Me muero de hambre.

La señora Danvers miraba a Mark con un gesto perspicaz, como si estuviera observándolo con atención para hacerse una idea del estado en el que se encontraba.

—¿Te pongo un café? —le preguntó el ama de llaves tras unos pocos segundos.

—No tengo hambre —afirmó el chico, y miró a Anthony—. Voy a salir a tomar el aire, pero me gustaría hablar contigo a mi regreso.

El hombre asintió, y Maddie los miró ahora a ambos con cierta irritación.

—No vais a dejarme fuera de esto —declaró, molesta—. Si lo que pretendéis es que me encierre en mi cuarto mientras vosotros hacéis de caballeros andantes, que se os vaya quitando de la cabeza.

—Jamás se me ocurriría, hija —concedió su padre.

—No, pero a él sí. —Señaló a Mark, sin mirarlo.

El chico le devolvió una mirada mordaz.

—¿Y piensas comportarte todo el tiempo como si yo no estuviera presente? —ironizó.

—No, aunque sí pienso hablarte lo menos posible. —Lo miró muy seria.

—Genial, soy un hombre con suerte entonces. —Sonrió con frialdad, se dio media vuelta y se alejó sin despedirse.

Maddie guardó silencio, aunque se la llevaban los demonios. No podía evitar estar furiosa con Mark por demasiadas cosas, cuando en realidad se había prometido a sí misma limitarse a ignorarlo. Pero, para colmo de males, él había escogido justo aquel día para ponerse unos pantalones vaqueros azules, con una simple camiseta negra, que lo convertían de *sexi que te cagas* en *sexi que te mueres*, y a ninguno de sus sentidos le había pasado desapercibido.

Cuando la señora Danvers se alejó también del comedor, su padre se limitó a remover su café en silencio con un gesto de disgusto.

—Vale, ya puedes soltarlo —terminó explotando Maddie, pero lo que su padre dijo fue lo último que esperaba.

—¿Estás enamorada de él? —interrogó, mirándola a los ojos.

Maddie se quedó tan perpleja que le costó contestar.

—No —mintió, pero no pudo añadir nada más.

—Vale.

Ambos guardaron silencio unos largos segundos. Maddie intentando no decir nada que la delatara, y Anthony… fingiendo que la creía.

∞∞∞

Mark regresó a la mansión cuando estuvo seguro de que podría controlar sus emociones, lo que llegado a aquel punto resultaba casi utópico. Desde que Maddie había regresado a su vida, se sentía todo el tiempo al borde del colapso nervioso y le costaba un mundo hallar algo de paz. Durante la última semana había estado a punto de enloquecer, sumergido en un infierno del que sabía que saldría herido de muerte, pero del que ni podía ni quería escapar. Y asumía que lo peor estaba por venir.

Se topó con Hattie nada más entrar. La mujer lo arrastró a empujones hasta la cocina para obligarlo a desayunar algo, pero sentía el estómago demasiado revuelto, tras pasar la noche más larga y desesperante en mucho tiempo, fustigándose por demasiadas cosas.

—Tómate al menos un café —exigió la mujer— si no quieres verme enfadada.

Mark tomó la taza que le tendía. Cogió asiento en la mesa de la cocina y removió su café, ausente.

—¿Qué demonios está pasando, Mark? —Se sentó la mujer a su lado—. Estoy preocupada, no sé si te has visto, pero tienes unas ojeras…

—Estoy bien —mintió.

—Sí, eso mismo decías entonces —le recordó con tristeza—. Creí que… quizá comenzabas a remontar.

Mark la miró con pesar.

—Me temo que eso está difícil.

—Ya te toca ser feliz.

—La vida no parece estar de acuerdo —suspiró—, y es posible que tampoco me lo merezca.

—¡No digas eso! —protestó la mujer de inmediato.

—No estuve a la altura, Hattie —se lamentó—. Me dejé engañar en lugar de confiar, y ella pagó las consecuencias.

La mujer lo miraba con el entrecejo fruncido y una expresión de evidente desconcierto.

—¿Hablas de Madeline o de Madison?

Mark sonrió sin rastro de humor, aquella era una respuesta sencilla, pero tan difícil de dar…

Joana entró en ese instante en la cocina, y Mark se sintió aliviado. En algún momento tendría que contárselo todo a Hattie, al igual que al resto de su familia, pero ahora estaba demasiado saturado.

—Tengo que hablar con Anthony. —Se puso en pie.

—Mark, por favor…

—Ya te lo contaré todo despacio —aseguró con un gesto agotado.

—Dime al menos quién es el tal Leo —se interesó— y si debo escupirle en la sopa.

Mark rio, esta vez con sinceridad, que era lo que la mujer pretendía.

—Lo dejo a tu criterio —bromeó.

Salió de la cocina hacia el salón, donde Anthony y Maddie estaban aguardando su llegada.

—Vaya, mira quién se ha dignado a honrarnos por fin con su presencia —ironizó Maddie de inmediato.

—Hija, dale un respiro —pidió Anthony por lo bajo, incómodo.

Ella guardó silencio y clavó una mirada en Mark, que él encajó con estoicismo.

—Considérame muerto —dijo, soltando un suspiro—, no es necesario que sigas intentando matarme con la mirada.

—Ay, se me olvidaba lo graciosísimo que eres —ironizó.

—Maddie, por favor —intervino Anthony—, si no puedes evitar las pullas, quizá sea mejor para todos que…

—Ya me callo —interrumpió la chica—, pero si pego un reventón, será culpa tuya.

El hombre suspiró con fuerza mientras Mark se mantenía al margen, recordándose que no debía mirarla demasiado. Estaba preciosa aquella mañana, y su cuerpo aún no había asumido que de nuevo no le estaba permitido tocarla.

—Le he pedido a Karen que me traiga todos los archivos que tengo sobre el caso —empezó diciendo Anthony—. No es mucho, solo las impresiones iniciales de la policía cuando comenzaron a investigar, junto con el expediente forense. Yo también hice algunas averiguaciones antes de decidir que, por seguridad y por proteger nuestra identidad, era mejor no seguir ahondando en el tema —explicó—. Ya he pedido un par de favores, entre ellos el expediente actual.

—Poco han hecho —opinó Mark—. Es evidente que el inspector Lewis está comprado.

—Sí, Maddie me ha hablado de su visita de ayer —explicó—. ¿A qué crees que vino?

—A amenazarla —aseguró—, y lo hizo sin cortarse un pelo.

Maddie los miró con un gesto inquieto.

—¿A mí o… a ella? —titubeó, y se corrigió sola—. ¿Quiero decir si me amenazó como detective o porque sabe quién soy?

—Tiene claro quién eres —afirmó Mark—. En el expediente policial hay una foto tuya, es imposible que no te reconociera.

Vio con claridad cómo ella se estremecía y habría dado cualquier cosa por poder abrazarla.

—Pero no dijo nada —susurró Anthony, preocupado.

—No, fingió no conocerla, lo cual habla por sí solo —explicó Mark ahora—, pero se aseguró de dejar caer que podríamos sufrir otro accidente si no dejábamos de investigar.

—¿Crees que sabía algo sobre ese coche que os echó de la carretera?

—Sin lugar a dudas —afirmó.

—Entiendo que no se cortó un pelo —murmuró Anthony—, la prueba es que cogiste un avión a Indiana poco después.

Mark se sintió incómodo y evitó mirar a Maddie. Recordaba la angustia de aquella decisión, consciente de que meter al hombre en la ecuación sería el principio del fin para ellos.

—Ya no podía seguir callando —admitió, y señaló a la chica—. Por su seguridad, debía decirle la verdad, pero no tenía ni idea de qué le habías contado tú, de tus motivos, de cómo fueron exactamente las cosas —se aclaró la voz, inquieto—, así que debías hacerlo tú. Tenía claro que… —miró a Maddie de reojo— a mí no me perdonaría.

—Entiendo —murmuró—. Sabías que ella iba a necesitarme.

Mark asintió y se esforzó por no mirar a Maddie, que a aquellas alturas seguía guardando silencio, cosa muy rara en ella, pero no lo consiguió. La chica parecía sentirse muy abrumada en aquel momento, aunque no tardó en reaccionar.

—¿Me estás diciendo que debo estarte agradecida, Mark? —Él suspiró—. ¡Qué buen samaritano!

—Hija…

—Solo trato de darle las gracias. —Lo miró con sarcasmo—. Oye, este tipo me ha engañado y no me ha dicho una puñetera verdad, pero ha llamado a mi papá para que venga a consolarme, ¿no es genial?

Mark se desesperó. Al parecer, ella en aquel momento lo odiaba tanto que era capaz de darle la vuelta a cualquier cosa que dijera.

—Piensa lo que quieras —repuso ahora Mark—, ódiame si eso te hace sentir mejor, lo único que quiero es que estés a salvo.

—Y tu dinero. —Sonrió irónica.

El chico la miró con un gesto dolido y muy serio.

—Jamás ha sido una cuestión de dinero —aseguró—, lo creas o no.

—El orgullo es más importante, ¿no? —Se puso en pie y lo miró con irritación—. ¿O quizá la venganza?

—¿Qué demonios estás diciendo? —Se levantó tras ella.

—¿Por eso te metiste en mi vida de nuevo, Mark? —lo encaró—. ¿Querías devolverme todo el dolor que te provoqué?

—No sabes lo que dices.

—Reconócelo —insistió, y parecía dolida—. Viste tu oportunidad y la aprovechaste.

—Te equivocas —se limitó a decir.

—¿En serio? —Avanzó hacia él—. Entonces dime por qué narices montaste toda esta farsa, Mark. —Lo miró con rabia—. ¿Por qué tanta mentira? ¿Por qué en lugar de simplemente denunciarme a la policía, me trajiste hasta aquí engañada?

Mark tragó saliva, demasiado consciente de una verdad que en un principio había intentado ocultarse incluso a sí mismo.

—Te lo diré… —se le atragantaron las palabras— en algún momento.

—¡Ahora!

—No.

—Entonces ¿cuándo? —gritó colérica.

—Cuando estés preparada para escucharlo —declaró Mark, mirándola a los ojos, intentando mantener la compostura.

—Dios, ¡cómo te detesto!

—Sí, lo sé y tendré que aprender a vivir con ello —asintió—, pero no podemos despistarnos, Maddie, esa gente empieza a ponerse nerviosa y debemos estar muy atentos.

Observó que Maddie apretaba los dientes, como si se estuviera mordiendo la lengua en sentido literal para no seguir atacando.

Anthony interrumpió ahora la conversación para decir:

—Será mejor que nos centremos, sí —suspiró—. Espero tener noticias en breve del paradero de Jeremy Andrews, junto con toda la información que puedan encontrar sobre él.

—Eres bueno —admitió Mark, un tanto asombrado.

—Solo tengo los contactos adecuados —aseguró el hombre, y sonrió con nostalgia—, y algún que otro amigo incondicional.

—Supongo que no fue nada fácil conseguir ocultar vuestro rastro y desaparecer —adivinó Mark.

—No, no lo fue, y me aseguré de esconder muy bien todo indicio, pero no hay nada que un buen detective no pueda rastrear —opinó—, y no van a tardar en averiguarlo todo —afirmó, inquieto.

A Maddie se le escapó un quejido preocupado.

—¿Qué sabemos del avión? —interrogó.

Mark los observó con cierta perspicacia. No sabía qué se le estaba escapando, pero tenía claro que había algo que a ambos les preocupaba mucho, sobre lo que no le habían hecho partícipe. ¿Sería el tal Leo? ¿De verdad era aquel tipo tan importante para ambos? Ahora fue él quien se sintió abatido e inquieto.

—Vienen de camino —informó—, han aterrizado hace quince minutos, deben de estar al llegar.

A Maddie se le iluminó la cara con una mezcla de felicidad y nerviosismo, y Mark tuvo que controlar el acceso de ira. ¿Si estaba tan enamorada de aquel tipo, cómo era posible que se hubiera entregado a él con tanta efusividad?

—No tardarás en poder abrazar a tu Leo, tranquila —declaró en un tono que esperaba que sonara a indiferencia.

La chica cruzó los brazos sobre el pecho, pero no dijo nada. Sí lo hizo Anthony:

—Creo que te confundes con respecto a Leo.

Mark lo miró, confuso.

—¿A qué te refieres?

Ya no obtuvo respuesta. La señora Danvers entró en el salón en ese instante para avisar de que Ben acababa de franquear el portón de acceso a la finca.

Maddie salió corriendo hacia la puerta con una expresión de felicidad que Mark sintió como un doloroso latigazo. Anthony también fue tras su hija, mientras que él no tenía claro qué hacer. Presenciar el reencuentro de la pareja era lo último que le convenía, pero debía de ser masoca, porque sus pies se pusieron solos en movimiento y caminaron también hasta la puerta.

Salió al exterior a tiempo de ver llegar el todoterreno que había enviado al hangar a recogerlos. Se quedó a un lado, observando la escena, con una desagradable sensación de desasosiego.

Cuando el coche se detuvo, la mujer con el pelo rosa que había conocido en la agencia fue la primera en bajar, o en intentarlo, al menos, mientras reía a carcajadas luchando contra un pequeño terremoto que trataba de pasar por encima de ella para ser el primero en tomar tierra.

Perplejo, Mark observó al pequeño bajar del coche.

—¡Mami, mami, mami! —gritó el niño mientras se arrojaba en brazos de Maddie, saltando de pura felicidad, y la abrazaba con fuerza.

—¡Mi ratoncito! —exclamó la chica, con lágrimas en los ojos, girando con el niño entre sus brazos, comiéndoselo a besos un segundo después.

Mark era incapaz de salir de su desconcierto mientras apenas podía apartar sus ojos de aquella insólita escena. Karen se unió a la fiesta y se abrazó a ambos con efusividad, y Anthony caminó también hasta ellos con una sonrisa radiante.

—¿Y para mí no hay besos?

—Uy, jefe, no sé si es adecuado —dijo Karen de inmediato, después fingió sorprenderse—. Ah, qué le decías al niño…, perdón.

Contra todo pronóstico, Anthony soltó una carcajada y le abrió los brazos a la mujer, que lo abrazó entre risas.

—¡*Alelo*! —gritó el pequeño, tendiéndole los bracitos.

Mark, unos metros más allá, ni siquiera pestañeaba. Durante unos segundos había temido que el tal Leo bajara también del coche y que fuera el padre de aquel adorable pequeño, pero no sucedió.

Perplejo, observó al niño con atención, que reía ahora a carcajadas contagiando a todos los que estaban a su alrededor, incluso a Mark, que de repente se encontró sonriendo y con el corazón acelerado. Era un niño precioso, con carita de ángel, pero un gesto travieso que lo convertía en adorable. Parecía muy chiquitín, pero ¿cuánto? ¿Era posible que…?

Su corazón se aceleró mientras echaba cuentas… Dos años y medio menos el período de embarazo, eh…, contando con que ella estuviera de… dos meses cuando se fue… ¡Le estalló la cabeza! De repente no parecía ni saber contar. Miró al niño de nuevo y fue consciente de que era demasiado pequeño, no tendría más de año y medio, eso por no hablar de que… tendría que haber resistido un accidente casi imposible.

«No puede ser mi hijo», se dijo, y sintió que sus ojos se humedecían.

¿Cómo era posible que ella tuviera un hijo? ¿Había salido del hospital directamente a los brazos de otro? Aquella idea le resultaba insoportable.

Estaba a punto de alejarse de allí para poder reponerse cuando todos caminaron hacia el interior de la casa, y, por ende, hacia él. Maddie llevaba al niño en brazos y se detuvo frente a él con un gesto inquieto. No había que ser muy listo para darse cuenta de que estaba muy incómoda.

—Mark, te presento a Leo —dijo Maddie intentando sonreír para beneficio del pequeño—, mi hijo.

Mark observó al niño con atención, que le devolvió una mirada de interés. Después, esbozó una sonrisa sincera y le tendió la mano. Leo sonrió a su vez y estrechó su mano como lo haría todo un hombrecito, con un gesto solemne, y Mark se enamoró de aquel pequeño al instante.

—Encantado de conocerte, Leo —suspiró, y no pudo contenerse—. Eres más joven de lo que esperaba. —Miró a Maddie de reojo y murmuró—. ¿Te has divertido?

—Tú eres el que suele sacar conclusiones equivocadas. —Se encogió de hombros—. Se te da genial pensar siempre lo peor de mí.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago para Mark, que ni siquiera se defendió.

—Sí, supongo que tienes razón. —Hizo un esfuerzo enorme por sonreír y miró al niño—. Encantado de conocerte, Leo, espero que podamos ser amigos.

Sin más, entró en la casa a paso rápido, buscando un lugar en el que lamerse a solas las heridas.

Maddie apretó los dientes con fuerza mientras se esforzaba en respirar despacio. La tensión nerviosa amenazaba con colapsarla. Su corazón saltaba como un loco a punto de salirse de su pecho. Ver a padre e hijo frente a frente por primera vez había sido muy inquietante. El parecido resultaba abrumador al verlos uno junto al otro. Sabía que a la fuerza Mark se había hecho preguntas, estaba segura, pero que Leo fuese un niño tan pequeñito lo habría despistado. Aún acarreaba un retraso en el crecimiento, debido a que había nacido muy prematuro, aunque cumplía dos años en tan solo veinticinco días.

—Maddie…

—No digas nada, papá —rogó.

—Sabes lo que ha pensado —insistió el hombre—, y debes…

—Lo sé.

—Tiene derecho a saberlo —se reiteró.

—Qué sí, lo tengo claro —se irritó—, pero todavía estoy muy enfadada con él como para hacerle un regalo tan grande.

—Dios, la intriga me está matando. —Se metió Karen en la conversación, incapaz de callar —. Necesito respuestas antes de caerme muerta.

—Pues igual te caes muerta de la impresión —declaró Anthony—, conociendo tu capacidad para el drama…

—Eso ha sonado a crítica, jefe. —Frunció el ceño.

—¿Jefe? —La miró con un gesto serio—. Juraría haberte despedido.

Karen le devolvió una mueca de pura inocencia.

—¿A mí? —Arqueó las cejas—. No que yo recuerde, ¿igual alguna de las pastillas que tomas para el dolor…?

—Déjalo —interrumpió Anthony, pasando frente a ella—, es mejor que no termines la frase.

El hombre entró en la casa cojeando de forma muy pronunciada.

—Creo que acaban de readmitirme, nena. —Le sonrió a Maddie —. Y ahora, hazme un mini resumen de lo que está pasando.

La chica exhaló aire con fuerza.

—¿Te conformas con un titular de momento?

—Uno largo —aceptó.

Maddie le hizo un gesto cariñoso a su pequeño mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Mi verdadero nombre es Madeline Middelton —suspiró, y la miró—. ¿Necesitas mucho más?

Karen la observó con una sonrisa divertida, que se le borró al completo cuando fue consciente de que Maddie no sonreía.

—¿Perdona?

—Sí, esa misma cara se me quedó a mí.

—Pero…

—Dijiste un titular.

Entró en la casa y a Karen le tomó unos segundos vencer la perplejidad para ir tras ella.

Capítulo 38

Aprovechando que Karen debía instalarse, Maddie disfrutó de su hijo en soledad. Necesitaba abrazarlo, besarlo y deleitarse con sus sonrisas mucho más de lo que pensaba.

Mientras colocaba todas sus cosas, lo habían pasado en grande jugando y cantando. El niño no quería separarse de ella para nada, y siempre estaba a poco más de un metro, siguiéndola de la habitación al baño, al vestidor y donde fuera necesario. De vez en cuando le pedía que lo izara en brazos para abrazarla con fuerza, y a Maddie se le humedecían los ojos cada vez que lo hacía. Al parecer, el pequeño la había extrañado mucho más de lo que esperaba y eso le rompía el corazón.

—Han sido solo diez días, nena, no te fustigues más —le regañó Karen cuando aquello ocurrió en su presencia y Maddie la miró con pesar—. No está traumatizado ni nada por el estilo.

—Lo sé —sonrió y lo besó de nuevo—, pero yo sí.

—Y yo también como no me cuentes ya mismo qué demonios está pasando…, Madeline Middelton —la miró muy seria—, dime que me estabas vacilando.

Maddie negó con un gesto, y Karen cogió asiento en la cama junto a Leo.

—Dios, nena, yo te veo muy viva para ser ella —dijo un tanto pálida.

—Sí, gracias a mi padre.

Antes de que a Karen le diera un infarto de pura impaciencia, Maddie resumió toda la historia para ella, que, en contra de lo que era habitual, no interrumpió ni una sola vez. Incluso cuando acabó, se quedó callada durante unos largos segundos, mirándola con un gesto de estupor total y absoluto.

—Ay, nena, todo esto es como una novela negra —declaró preocupada—, tienes que cuidarte mucho las espaldas.

—Lo sé.

—Intentaron matarte.

—También lo sé.

—Y lo han hecho de nuevo en los últimos días.

—Si vas a repetir la historia entera, cojo asiento. —Sonrió para quitarle hierro al asunto, pero a Karen no pareció hacerle gracia—. Oye, aquí estamos a salvo, pero puedes regresar a Chicago, si quieres.

—¿Y dejarte sola? ¡Ni loca! —exclamó—. No es mi vida la que me preocupa, sino la vuestra. —Señaló a Leo—. ¿Quien está detrás de esto sabe que tienes un hijo?

Maddie tragó saliva y admitió.

—Puede que aún no, pero es posible que no tarde en dar con la información. Por eso era importante que estuvierais aquí.

Karen paseó por la habitación, nerviosa.

—Sí, menos mal que ya estamos todos juntos —terminó diciendo la mujer—. Somos todo lo que tiene este pequeño y… —se detuvo por sí sola y guardó silencio—. ¡Espera un momento!

Para Maddie estuvo claro que acababa de atar un cabo suelto que no le había contado. Tomó asiento, abatida.

—Cuidado con las palabras que usas. —Señaló a Leo, aunque el niño estaba ahora jugando

con tranquilidad entre ellas con uno de sus peluches.

Pero Karen estaba tan perpleja frente al descubrimiento que le costó hablar.

—¿Leo es hijo de… —bajó la voz— Stendhal?

Maddie soltó aire con fuerza y asintió.

—¡Coño! ¡Joder! —gritó, ahora maravillada—. ¡Es un thriller romántico, no una novela negra!

—Déjate de idioteces, Karen —rogó, aunque cayó en saco roto.

—¡Tú eres su Madeline! —suspiró—, siempre lo has sido, y quiere protegerte y…

—Karen…

—…tiene un hijo al que no conoce —declaró emocionada—, y ¡yo estoy en primera línea para enterarme de todo! —exclamó—. Por Dios, nena, es una historia…

—¡Cómo digas que preciosa te lanzo un cojín a la cabeza! —protestó Maddie tomando el más grande que había sobre la cama.

La mujer la miró pesarosa, pero a la legua se veía que le estaba costando horrores callar.

—Creo que te olvidas de la parte en la que me ha engañado —le recordó Maddie.

—¡*Buah*! Eso son menudencias.

—¿Menudencias?

—¡Él pensaba que tú eras culpable!

—No puedo creer lo que estoy oyendo. —Apretó los dientes.

—Pero…

—¡Esto no es una jodida novela, Karen! —izó la voz, enfadada—. Ha abusado de mi confianza, me ha engañado, me ha manipulado y me ha seducido, sabe Dios con qué propósito, ¡deja de verlo todo de color rosa, por favor, porque no pienso perdonarlo, no puedo!

Karen la miró ahora con un gesto de ansiedad. Después, guardó silencio y paseó por el cuarto arriba y abajo, hasta que se detuvo de nuevo frente a ella:

—Lo siento, pero si no pregunto, reviento —repuso de carrerilla—. ¿Cuando dices que te ha seducido…?

—¡Karen! —se exasperó.

—Es que se te ha debido de pasar contarme ese detalle.

Maddie soltó aire con fuerza y guardó silencio. La vergüenza no era una sensación agradable, y, además, se sentía muy estúpida por haber caído en sus redes.

—Así que por eso estás tan enfadada —murmuró Karen casi para sí—. De modo que con el rollo del compromiso… —Guardó silencio al ver el gesto asesino de la chica—. Ya me lo contarás cuando te sientas preparada.

—Vaya, qué considerada.

—Sí, aunque espero que no tardes mucho, porque… —Maddie le terminó lanzando el cojín a la cabeza—. Vale, ya me callo, con pedírmelo era suficiente, nena, qué carácter.

En ese instante llamaron a la puerta de la alcoba y Maddie le pidió a Karen que abriera. La señora Danvers estaba al otro lado.

—He venido a ver si está todo en orden —dijo la mujer desde la puerta mirando a Maddie—. ¿Necesita algo?

—Ahora que lo dice, me pregunto si habría por ahí algunos almohadones extra —pidió—. Leo aún duerme con vaya de seguridad y me preocupa que se caiga de la cama.

—Entiendo, veré lo que puedo hacer. —La mujer miró al niño con atención—. Si lo hubiera dicho ayer, señorita Madison, podríamos haberlo previsto.

Aquella acusación le dio de lleno. Sí, tenía razón, no había duda, ahora comenzaba a pagar el

hecho de no querer hablarle a Mark del niño.

—Tiene toda la razón —admitió—, pero ya está hecho.

La señora Danvers asintió y titubeó.

—¿Puede… presentármelo? —la sorprendió diciendo un segundo después.

Maddie sonrió y le pidió que pasara. El ama de llaves se acercó al pequeño y lo miró con los ojos como platos.

—Mira, Leo, ella es…

—Hattie —intervino la mujer con una sonrisa.

La expresión de su rostro se suavizó cuando se sentó en la cama junto al pequeño, y Maddie se quedó perpleja con el cambio.

—¿*Ati*? —interrogó el niño con una sonrisa, y le tendió el peluche con el que jugaba—. ¿*A busta*?

—Mucho, es un cocodrilo precioso —repuso—. Igual de bonito que tú.

Maddie observó con atención el intercambio de palabras. Jamás habría dicho que a la mujer le gustaran tanto los niños, a pesar de saber que había sido la niñera del propio Mark.

Cuando la mujer se puso en pie, parecía turbada, lo que confundió un poco a Maddie. ¿Se lo había imaginado o tenía los ojos húmedos?

—¿Come de todo o hay que tener alguna consideración con su comida? —se interesó.

—Es un buen comedor —aseguró—, suele gustarle todo.

La mujer asintió y salió de la habitación. Karen cerró la puerta tras ella y miró a Maddie con el ceño fruncido.

—Esa mujer me confunde —dijo de inmediato—, y que tenga instinto maternal no me lo esperaba para nada.

Maddie rio, pero en el fondo pensaba exactamente lo mismo.

∞∞∞

Cuando los tres bajaron una hora después, encontraron a Anthony solo en el salón.

—¿Cómo lo llevas? —se interesó Karen, entregándole el portátil que el hombre le había pedido que le bajara de su alcoba.

—Estaba haciendo algunas llamadas —contó.

—¿Y Mark? —interrogó Maddie a regañadientes.

—Aún no he podido hablar con él —explicó Anthony—. No he vuelto a verlo desde que Karen y Leo han llegado.

Maddie se preguntó dónde demonios se habría metido y no pudo evitar inquietarse un poco.

—¿Ha salido de la casa?

—No lo sé.

—No creo que sea seguro para nadie salir sin escolta.

—Cierto.

—¿Se ha llevado a Ben?

—Hija, que te estoy diciendo que no lo he visto —se reiteró Anthony.

Maddie apretó los dientes con fuerza intentando acallar su inquietud. El saber que Ben había sido contratado para protegerla a ella dejaba a Mark sin escolta de ningún tipo.

«Él sabrá lo que hace», se dijo, pero un segundo más tarde se desesperó.

—¡A Ben podemos usarlo todos!

—A mí no me importaría, nena —declaró Karen con una sonrisa pícara—. No me lo digas

dos veces.

Anthony la mató con la mirada, y Karen carraspeó, fingiéndose cohibida.

—Una es humana, jefe, entiéndelo, y el grandullón es vistoso.

Maddie habría reído frente al gesto de incredulidad de su padre si no estuviera tan preocupada.

—Voy a ver si está Ben —dijo de repente, alejándose hacia la puerta de la calle.

Karen y Anthony se miraron entre sí con un gesto de curiosidad.

—¿Ha sonado preocupada por él o solo me lo ha parecido a mí? —preguntó el hombre casi en un susurro.

—Lo está, sí —sonrió Karen—, pero no se lo digas, aún no estás ágil si tienes que echar a correr.

—Ha pasado algo entre ellos estos días —repuso—. ¿Te ha contado algo?

—No, pero es evidente —afirmó la mujer—. Sabía yo que con ese cuento del compromiso iban a terminar encariñándose.

—¿Qué compromiso?

Karen le devolvió un gesto inquieto.

—¿He dicho compromiso? —sonó histriónica.

—Sí.

—Ya, quería decir…, eh…

—¿Qué compromiso, Karen? —insistió ahora más serio.

—Uno de mentira, no tiene importancia —carraspeó.

—Karen…

—No puedes despedirme tan lejos de casa —salió por peteneras, y miró al niño—. ¿Verdad que no, Leo? Díselo al abuelito.

El pequeño esbozó una sonrisa, complacido con que le dieran algo de atención, y caminó hasta su abuelo para que le hiciera unos mimos.

—Voy a despedirla en cuanto regresemos —le dijo Anthony al niño en un tono sereno. Después, frunció el ceño y miró a la mujer—. ¡Qué narices, si ya estabas despedida!

—Ah, no, al parecer no.

Mark entró en el salón en ese instante por la puerta del jardín. Se acercó hasta el sofá y saludó a todos los presentes.

—¡*Mak*! —corrió Leo hacia él, sorprendiendo a todos, instándolo a que lo cogiera en brazos.

El chico tomó al pequeño y sonrió.

—¿Cómo estás? ¿Te gusta tu cuarto?

El niño asintió y a continuación le tendió el peluche que tenía en las manos.

—Guau, me encanta

—¡Es un *cocolilo*!

Mark rio frente a la media lengua del niño.

—Es precioso.

—¡*Ampao*, mami!

—Pues tiene buen gusto tu mami —miró a su alrededor—, por cierto, ¿dónde está?

Karen contestó por el niño.

—Ha salido a…

—¡¿Cómo?! —Miró a Anthony, irritado—. ¿La has dejado salir?

—Sí, pero…

—¡Es demasiado peligroso que vaya a ninguna parte! —se ofuscó.

Anthony y Karen se miraron entre sí.

—Esto es surrealista —murmuró el detective solo para la mujer.

—Sí, ¡y me encanta!

Maddie entró en la casa en ese instante algo más tranquila. Ben no había visto a Mark salir, de modo que debía estar en algún punto de…

—Ay, Dios. —Se le escapó en alto cuando se enfrentó a la tierna imagen de Mark con su hijo en brazos. Por alguna extraña razón, le pareció el hombre más sexi del planeta en aquel instante.

«Mierda», suspiró, abatida.

—¿De dónde vienes? —preguntó Mark en un tono seco.

«Menos mal que luego abre la boca para ser el mismo gilipollas de siempre», sonrió con acidez frente al pensamiento.

—No creo tener que darte explicaciones. —Cruzó los brazos sobre el pecho. Ni loca le diría que estaba preocupada por él—. ¿O es que tengo que pasarte mi localización exacta en cada momento? ¿Quieres implantarme un chip localizador? —ironizó—. ¿Te pregunto yo de dónde vienes?

—Estaba dando un paseo por el jardín.

—Espera, igual te he dado la impresión errónea de que me importa —ironizó—. Disculpa la confusión.

Anthony y Karen intercambiaron una mirada mezcla perplejidad y resignación. El hombre se puso en pie e hizo callar a ambos para preguntar:

—¿Quién de los dos es tan amable de explicarme no sé qué gaitas sobre un falso compromiso?

Aquello fue como si tirara una bomba en mitad del salón. Se hizo el silencio absoluto. Tras unos largos segundos, Maddie comentó:

—Creo que se me ha pasado cambiarle el pañal al niño.

No coló.

Media hora y un montón de explicaciones después, tras caerle bronca hasta al cocodrilo del niño, al fin dieron por zanjada la conversación. Anthony no estaba lo que se dice contento con todo aquel cuento del compromiso, sobre todo por la forma en la que aquello había expuesto a Maddie, y los había amonestado a todos con mano dura. A Mark por haberlo secundado, a Maddie por provocarlo sentándose en sus rodillas de aquella manera y a Karen por callar, y estaban seguros de que Chris iba a llevarse también algún refregón en cuanto coincidieran.

A la chica le sorprendió la humildad con la que Mark se dejó amonestar y admitió sus culpas sin protestar, claro que cuando era ella quien lo atacaba, se defendía con uñas y dientes.

Karen decidió salir a tomar el aire con Leo en cuanto Anthony abrió la carpeta con la información que le había llevado desde Chicago.

Para asombro de la pareja, les fue mostrando las fotos de la avioneta y del entorno, incluso las que recogía el expediente forense, al tiempo que explicaba cada una de ellas y lo que decía el informe al respecto. Maddie estaba horrorizada con todo lo que veía, y ahora era consciente de hasta qué punto había vuelto a nacer aquel día.

Cuando llegaron a la última foto, Maddie contuvo la respiración. En la imagen se veía el colgante que habían hallado en el avión…, su colgante. Los ojos se le llenaron de lágrimas al instante, lo había soñado demasiadas veces en los últimos días como para no reconocerlo. Acarició la foto del precioso corazón, y, de forma distraída, se llevó después la mano al cuello, como si aún pudiera sentirlo pendiendo del mismo. Casi sin poder evitarlo, miró a Mark y se dio cuenta de que él la observaba con intensidad, con una expresión de dolor, y aquello la trastornó

demasiado. Cerró los ojos y casi pudo escucharlo susurrarle al oído aquel mantra que la acompañaba de un modo tan vívido desde su accidente…

«Un corazón, un amor, una llave». El dolor sordo que le atenazó el pecho le cortó la respiración, y sintió que eran demasiadas las barreras que se derribaban dentro de ella. Y no podía permitirse flaquear.

—¿Se supone que era mío? —interrogó mirando el colgante, intentando sonar indiferente.

—Hacía un par de meses que lo llevabas siempre al cuello —confirmó su padre, y miró a Mark esperando que dijera algo, pero el chico guardó silencio.

Fue Maddie quien, intentando hablar con la mayor frialdad, lo miró a los ojos y preguntó.

—¿Me lo regalaste tú?

Capítulo 39

¿Me lo regalaste tú? La pregunta parecía resonar en el aire mientras Maddie aguardaba la respuesta con el corazón acelerado, sin poder evitar estar ansiosa por escuchar la confirmación de sus labios. Pero él le sostuvo la mirada y, tras unos largos segundos, se limitó a decir:

—Puede ser.

La chica respiró hondo intentando no salirse de sus casillas. No cabía duda de que él tenía una habilidad especial para sulfurarla.

—Yo estoy amnésica, ¿qué excusa tienes tú? —ironizó.

—A ti no parece interesarte nada que tenga que ver con nuestro pasado —le recordó—, ¿por qué debería yo contestar a preguntas irrelevantes para el caso?

Maddie sonrió con frialdad, o eso pretendía, porque en aquel momento los pocos recuerdos que tenía de ese pasado que fingía no interesarle la asolaban por dentro, y no podía dejar de preguntarse qué habría hecho él con la llave… ¿Se habría deshecho de ella cuando creyó que lo había traicionado? Por algún extraño motivo, solo pensarlo le partió el corazón, pero supo disimularlo.

—Tienes razón —dijo sonriente—. Centrémonos en lo único importante.

Él asintió, pero no agregó una palabra.

—Pues sigamos adelante —intervino su padre ahora, y sacó otras fotos de un sobre, que les mostró a los chicos—. Esta es Alice Silver.

A Maddie le dio un escalofrío.

—¿Quién? —Mark tomó una foto.

—Ella era el cadáver que encontraron en el avión —contó Anthony.

Todos se concentraron en las fotos que el hombre iba extendiendo sobre la mesa.

—Chicago, Denver, San Diego y Honolulu —siguió explicando—, se hizo pasar por ti en cada ciudad.

En todas las imágenes se veía a la mujer en un aeropuerto diferente, desde distintos ángulos, incluso en una de ellas habían logrado ampliar el pasaporte que mostraba a nombre de Madeline Middelton.

—Joder, no me gusta hablar mal de los muertos, pero… ¡menuda hija de puta! —declaró Maddie, con cierta irritación.

—Sí que lo era, la buscaban en tres estados —informó Anthony—, bueno, aún la buscan, supongo.

Maddie asintió. Intentaba ver todo aquello desde fuera, tal y como lo haría la detective, la verdad resultaba demasiado abrumadora aún.

—Este es un extracto de su cuenta bancaria. —Les mostró un documento—. Ingresó treinta mil dólares dos días antes de tu desaparición.

—¿Hay algún rastro sobre quién hizo el pago? —interrogó Mark.

—No, ella en persona hizo el ingreso en metálico —explicó el detective—. La procedencia de ese dinero fue un callejón sin salida —continuó—. Intenté rastrear más allá, pero lo único que conseguí fueron las grabaciones de las cámaras de seguridad del banco del día en que ingresó el

dinero.

—Son listos —admitió Mark a regañadientes—. No han dejado cabos sueltos.

—Siempre hay alguno —aseguró Anthony—, y te garantizo que lo encontraremos, ahora que podemos investigar sin escondernos.

—Tienen mucho dinero para permanecer en la sombra, papá.

—Y yo también —intervino Mark, sin ninguna intención de alardear—, el suficiente como para arrojar luz en las sombras.

A Maddie la invadió ahora una sensación agridulce. No quería sentirse protegida ni arropada por él, pero apenas podía evitarlo. Era demasiado tentador dejarse cuidar. Se limitó a asentir y mirar hacia otro lado.

—¿Por qué crees que borraron toda mi vida de las redes, papá? —recordó de repente—. No tiene mucho sentido.

—Es que eso no lo hicieron ellos, amor, fui yo —confesó.

—¿Tú? —Sonó perpleja—. ¿Por qué?

—Para proteger tu identidad —explicó el hombre—. Fuiste una gran promesa del tenis, hija, había fotos tuyas por todas partes, y no podía arriesgarme a que alguien de nuestro nuevo entorno te reconociera —explicó—, así que contraté a uno de los hackers con los que solíamos trabajar para que borrara todo rastro, sobre todo las fotos.

Aquello sí tenía sentido. Maddie asintió y suspiró. Era un fantasma, pero en aquel momento no le preocupaba en absoluto.

El teléfono de su padre sonó ahora y el hombre se animó en cuanto vio quién llamaba. Tanto ella como Mark guardaron silencio, escuchando retazos de la conversación, mientras se observaban de reojo cuando creían que el otro no miraba. Cuando colgó, Anthony les informó:

—Confirmado, al tal Jeremy Andrews jamás le ha tocado la lotería —aseguró—. Además, sus cuentas no tienen movimiento desde hace más de un año, por lo que supongo que ha cambiado de identidad y se está pegando la vida padre con toda tranquilidad.

—Hasta que hemos llegado a importunarlo —se preocupó Mark— y ha tenido que salir de su escondite.

Se puso en pie, abatido, y miró a la chica sin poder esconder un gesto de angustia.

—De verdad que lo siento, Maddie…, Madison —se corrigió—, todo esto es culpa mía.

La chica se quedó perpleja frente al evidente sentimiento de culpa y angustia con que la miraba. Se moría por consolarlo, pero… no debía. No podía olvidar el modo tan vil en que la había engañado. Guardó silencio y tuvo que apartar la mirada de él para controlarse.

—Te juro que daría cualquier cosa por volver un mes atrás y fingir no conocerte… —Siguió diciendo.

—¿Un mes? —interrogó, ahora un tanto confundida.

Fue su padre quien preguntó:

—Es verdad, aún no nos has contado cómo nos encontraste, Mark.

El chico tragó saliva y le costó aventurarse a hablar.

—Fue por pura casualidad —aseguró con una expresión tensa—. Hace poco más de un par de meses, tuve que asistir por protocolo a un coctel con una de nuestras empresas de reciente fusión —contó—. Suele ser Chris quien se encarga de estas cosas, pero ese fin de semana se metió en la cama con gripe y tuve que ir yo en representación de ZenithCorp. —Tomó asiento frente a Anthony y guardó silencio, como si estuviera escogiendo muy bien sus palabras—. De nuevo, la casualidad me sentó a la misma mesa que un antiguo compañero tuyo, casado con una de las ejecutivas de la empresa que celebraba la fiesta, el subinspector Davis, no sé si te acuerdas

de él.

—Por supuesto, sí —afirmó Anthony—. Incluso estuvo aquel día en el cementerio.

—Sí, lo sé, porque él mismo me lo dijo tras charlar un rato —confesó un tanto avergonzado —. Se acordaba de mí… por el modo en que sucedieron las cosas aquel día.

Ambos guardaron silencio unos segundos. Maddie recordó que su padre le había contado que habían tenido que… *invitar* a Mark a marcharse.

—La cuestión es que hablamos de aquel día, una cosa llevó a la otra y Davis me contó que tú habías dejado el cuerpo apenas un mes después de todo lo sucedido, y nadie parecía conocer tu paradero. —Lo miró a los ojos—. Como podrás comprender, todo me resultó demasiado curioso.

Anthony asintió.

—Contraté a alguien para que te encontrara y…

—¡Espera! —interrumpió Maddie—. ¿Contrataste un detective para buscarlo? ¿Por qué? ¡¿Qué carajos te importaba a ti la vida de mi padre?!

Mark guardó un silencio atronador. Por su expresión se adivinaba que no se sentía orgulloso de aquella parte de la historia. Fue Anthony quien completo por él:

—Creíste que yo tenía tu dinero.

Mark guardó silencio, otorgando veracidad así al comentario.

—¡¿Qué?! —Maddie estaba indignada—. Pero ¡¿qué coño pasa contigo?!

—Para mí eras culpable aún —se defendió.

—Bueno, vale —los hizo Anthony callar a ambos—. Las recriminaciones no nos ayudan. —Miró a Mark—. Cubrí muy bien mi rastro, ¿cómo narices me encontraste?

—El detective que contraté perdió tu pista en Chicago, donde parecía que te habías convertido en un fantasma —explicó—, pero nadie puede esconderse del todo cuando vivimos rodeados de cámaras por todas partes.

Perplejo, Anthony asintió y reconoció:

—Suelo tener cuidado.

—Hay sitios donde es inevitable que te registren las cámaras —le recordó Mark—, y un banco es uno de ellos. Fue el primer sitio en el que el detective Evans comenzó a buscar.

Anthony torció el gesto.

—¿Conseguiste una orden para revisar las cámaras de seguridad de todos los bancos de Chicago? —Sonó perplejo.

—Solo para los más grandes —admitió con una expresión un tanto azorada—, y no necesité orden, solo los contactos adecuados.

—¡Eres un tramposo! —lo acusó Maddie

—Hija…

—¡¿Qué?!

—En este momento todos tenemos por donde callar —le recordó su padre.

—¡Yo no! —insistió irritada.

«No que yo recuerde», añadió su conciencia.

—Tras eso, entiendo que a tu detective le costó muy poco llegar a mi nueva identidad —adivinó. Mark asintió—. Comprobó mis cuentas y no localizó tu dinero, ¿correcto?

—Sí, por eso yo mismo volé a Chicago para verte, hace poco más de un mes.

—Pero nunca llegaste a hacerlo.

Mark asintió y su rostro se ensombreció. Tragó saliva y apretó los puños de forma visible.

—Aparqué frente a tu agencia —contó—, pero cuando iba a cruzar la calle…, vi a Madison salir del portal contiguo… —casi se le quebró la voz—, y…, bueno, puedes imaginarte el resto.

Era evidente que aquel recuerdo le resultaba doloroso. Maddie no quiso ni pararse a pensar en cómo se habría sentido al encontrarla viva, sabía que si se permitía empatizar lo más mínimo…

—Con el resto te refieres a que decidiste tomarte la justicia por tu mano, ¿no? —replicó antes de dejarse invadir por nada que no fuera rabia.

Mark la miró ahora a los ojos con cierta exasperación.

—¿Habrías preferido que te denunciara a la policía? —interrogó—. Porque siento tener que recordarte que para ellos eres culpable hasta que consigamos demostrar lo contrario.

Maddie cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con obstinación.

—Dejemos todo eso a un lado —interrumpió Anthony—. Vamos a centrarnos en el presente.

—Debemos encontrar a Jeremy Andrews —declaró Mark.

—Lo cual no es tarea fácil, teniendo en cuenta que puede estar en el culo del mundo con un nombre falso —opinó Anthony.

—Será mejor que hablemos con Barret —sugirió Maddie.

—¿Quién es? —preguntó su padre.

—Mi jefe de contabilidad —explicó Mark—. Él fue quien escribió el mensaje que hizo a Jeremy salir de su escondite.

—Llama al tal Barret —propuso Anthony— y pídele el número de teléfono de Jeremy. Si hay suerte, quizá podamos localizarlo; yo haré otra llamada para pedir prestado un equipo de rastreo, el mío está en Chicago.

Ambos se pusieron manos a la obra, y Anthony se alejó un poco hacia la puerta del jardín para no entorpecer la conversación de Mark.

—Listo, aquí tengo el número —anunció Mark, a quien nada más colgar le entró una notificación de *WhatsApp* de Barrett.

Maddie le quitó el teléfono de la mano con un movimiento rápido.

—Déjame ver…

—Eh, ¿qué crees que estás haciendo? —se quejó Mark.

—¿Por qué sigues con esta guarrería? —protestó la chica, alejándose un poco con el móvil en la mano para que no se lo quitara—. Me he gastado medio sueldo en comprarte uno nuevo.

—Uno que no te pedí.

—Ah, genial, pues devuélvemelo.

—¿Vas a reclamarme un regalo? ¡Qué bonito!

Maddie ignoró el comentario y exigió con un gesto:

—Dame la mano.

—¿Perdona?

—Pon la huella —le mostró el teléfono—, se me ha bloqueado.

—Oh, qué lástima.

La chica avanzó hacia él con un gesto decidido.

—La mano —volvió a exigir.

Con una expresión imperturbable, Mark le tendió la mano, pero tiró de Maddie hacia sus brazos en cuanto ella intentó cogerla.

—La mano va con el resto de mi cuerpo, dulzura, ¿lo quieres completo? —ironizó, llevándole ahora el brazo a la espalda para inmovilizarla, lo cual los dejaba demasiado cerca.

A Maddie se le secó la garganta. El estallido de excitación que asoló su pelvis la cogió desprevenida.

—Decide —insistió Mark, mirándole ahora los labios sin ningún disimulo—. ¿Me das el

móvil o… te llevas el lote completo?

«Ay, Dios, eso del lote suena tan bien…», se lamentó la chica, sintiendo que la balanza se inclinaba hacia el lado equivocado.

Miró hacia la puerta del jardín. Su padre examinaba el exterior mientras hablaba.

—Suéltame —exigió—, ¿quieres tener que explicarle a mi padre por qué me estás reteniendo en contra de mi voluntad? —Lo miró con los ojos en llamas, mezcla de ira y deseo—. Él sí tiene licencia de armas, ¿sabes? Y no es que le caigas demasiado bien.

—Creo que me arriesgaré.

Para su desgracia, vio cómo su padre colgaba el teléfono, pero hablaba con Karen y Leo desde la puerta, así que no tardó en salir al jardín a verlos.

—Mierda —se le escapó a Maddie.

Mark sonrió con sinceridad, y ella volvió a protestar. Una de sus sensuales sonrisas era lo último que necesitaba ver en aquel momento.

—Te juro que voy a gritar —amenazó, sintiendo el calor que desprendía el cuerpo de Mark, abrasando el suyo.

—Mírame.

—No me da la gana.

—¿A qué le tienes miedo?

—¡Yo no te tengo miedo! —izó sus ojos y se perdió en los de Mark, que ardían de un modo inequívoco.

«¿Por qué siempre caigo en sus trampas?», se lamentó, al ser consciente de cómo la había retado, sabedor de cuál sería su reacción.

—Reconoce, dulzura, que lo último que quieres es darme ese teléfono

—Si estás insinuando que lo que quiero es… es…

—Dilo.

—Voy a golpearte.

—¿Con la mano que tienes a la espalda o con la que sujetas el móvil?

—Con una rodilla —amenazó—. Y no va a gustarte nada.

Mark entrecerró los ojos con perspicacia.

—No te atreverías —opinó—. Podrías… hacerme mucho daño en el estado en el que estoy en este momento.

La insinuación evidente estuvo a punto de costarle cara a Maddie, que se moría por comprobar si decía la verdad.

—No me pongas a prueba —declaró acalorada.

—Será cuestión de dejarte poco margen de maniobra entonces. —La atrajo más hacia él con la mano libre, tanto que Maddie comprobó con total claridad cuán veraces eran sus insinuaciones.

Contuvo un gemido a duras penas, su cordura comenzaba a flaquear.

—¿Me devuelves mi móvil, por favor? —insistió Mark, ahora en apenas un susurro.

—Solo quiero llamar yo misma a Jeremy.

—No es seguro.

—Ocultaré el número.

—Me da igual —murmuró—. Dame el móvil.

Maddie entrecerró los ojos y observó su expresión.

—¿Qué hay en el móvil que no quieres que vea? —interrogó de repente, con cierta perspicacia.

A él pareció sorprenderle la pregunta, y, por su gesto incómodo, Maddie supo que había dado en el clavo.

—Así que es eso… —murmuró en un tono de curiosidad, y se llevó la mano con que sujetaba el móvil también a la espalda—. ¿Qué es?

Mark la miró con una mezcla de arrogancia y sensualidad, demasiada como para que Maddie permaneciera impasible. Lo deseó con todas sus fuerzas…

—Por primera vez en mi vida, dulzura…, voy a contar hasta tres —la sorprendió diciendo.

Aquello la desconcertó. Desde luego, aquel hombre era único para desestabilizarla y decir siempre lo último que esperaba. Aguardó, en silencio, a que se explicara.

—Uno.

—¡Eh! ¿Qué pasa a la de tres? —interrumpió.

—Ah, eso, se me olvidaban los detalles —sonrió—, debe de ser por la impaciencia.

Ella lo mató con la mirada.

—A la de tres… vas a darme el móvil.

—¿O qué?

—O voy a besarte —dijo como si hablara del tiempo.

—¡¿Como?! —Sonó alucinada.

—Con lengua.

—¡No te preguntaba eso! —protestó.

Él se esforzó por contener una carcajada.

—Sí, ya lo sé.

—Voy a pegarte —insistió, y se revolvió entre sus brazos.

—Uno.

—Espera…

—¿Ya vas a claudicar? —Rozó la nariz contra la de ella.

—Ni muerta.

—Dame mi móvil.

—¡Mark! —se quejó, nerviosa.

—Dos.

—¡Un segundo!

—¿Qué?

—¿Es uno, dos, tres, ya o uno, dos, tres y en el tres…?

Mark rio.

—Es que no es lo mismo —opinó Maddie—, así que puntualízalo, porque…

—Déjalo —interrumpió—, acabo de cambiar de opinión.

Maddie lo miró con cautela, sin poder evitar sentirse decepcionada.

—¿No… vas a besarme?

Con una arrogancia que la cautivó, Mark susurró:

—No voy a contar.

A Maddie no le dio tiempo a interiorizar aquella frase, Mark devoró su boca impidiéndole cualquier tipo de razonamiento.

«Maddie, no se te ocurra… permitir…», eso fue todo lo que pudo pensar antes de salir al encuentro de su lengua mientras le dejaba saborear la suya.

Le echó los brazos al cuello en cuanto él aflojó la presión y disfrutó de aquel deseo animal que la enloquecía, sin plantearse nada más allá de una entrega total y absoluta. Gimió cuando él la abrazó con todo su cuerpo, como si jamás la tuviera lo suficiente cerca. Sentirlo tan

hambriento solo contribuía a excitarla cada vez más.

Mark la atrajo con fuerza del trasero contra su erección, y Maddie perdió el norte por completo. Casi sin ser consciente de lo que hacía, lo empujó hacia el sofá, hasta que Mark se dejó caer, arrastrándola con él. Maddie se sentó a horcajadas sobre él y se meció con intensidad, sin dejar de besarlo un solo segundo…, mientras su dureza le presionaba en un punto demasiado crítico como para que su raciocinio entrara en juego en algún momento. En aquel instante su cuerpo llevaba el control y exigía su recompensa a toda costa. Poco importaba el momento, el lugar o… el sentido común.

∞∞∞∞

Al otro lado de las puertas del jardín, Karen y Anthony mantenían una discusión acalorada, por motivos muy diferentes a los habituales en ellos.

—¡De verdad que yo no entiendo nada! —se quejó Anthony con un gesto de impaciencia.

—¿Y qué parte es la que no entiendes? —Sonrió Karen, asomándose de nuevo con cuidado al salón—. Porque no puede estar más claro.

—Bromitas de las tuyas las justas, por favor —rogó—, tenemos que entrar ahí, estoy preocupado.

—A mí lo que me preocupa es interrumpir.

—Pero es necesario, Karen, están en mitad del maldito salón —le recordó—, y hay cosas que un padre no quiere ni siquiera imaginar.

—Pues no mires.

—¡Coño, Karen, que hace nada que hemos sellado un trato para que se mantuviera a distancia!

La mujer volvió a asomarse a tiempo de verlos a ambos caer en el sofá y soltó un suspiro ahora de preocupación.

—Pues tienes un poder de convencimiento…

Anthony asomó también la cabeza.

—Ay, ¡por Dios! —se lamentó, y empujó a Karen con suavidad—. Tienes que entrar.

—¿Yo? ¡Ni loca! —Se hizo a un lado—. ¿A ti te gustaría una interrupción así?

—La verdad es que ya ni me acuerdo —soltó aire con preocupación—, pero jamás perdería tanto la cabeza como para exponerme así.

—Eso me parecía.

El hombre la miró con un gesto crítico.

—¿Qué te parecía?

—Nada.

—Karen…

—Eres demasiado frío y analítico —opinó al fin.

—¡¿Y tú qué narices sabes cómo soy?!

La mujer izó las manos en señal de paz.

—No, no te quedes callada, habla.

—¿Nunca has deseado tanto a alguien como para que te hiciera perder la cabeza y olvidarte hasta de tu nombre?

—No sé si tanto, la verdad —admitió el hombre—. ¿Tú sí?

Karen frunció el ceño con desánimo.

—No, tampoco, pero me encantaría —suspiró.

Ambos guardaron silencio y observaron de nuevo el interior del salón.

—¡Por el amor de Dios, que me la desgracia en público! —se sofocó Anthony.

Karen soltó una carcajada inevitable.

—Deja de reírte y entra ahí —exigió—. Si entro yo, le pego un tiro.

—Podemos hacer algo de ruido —sugirió.

—Eso, sí —buscó a su alrededor—, creo que con esto…

—¡Suelta ese pedrusco! —le exigió Karen—. No creo que sea necesario tanto.

—Entonces da un portazo o algo.

—La puerta es corredera.

—Joder, ¿y qué hacemos?

—¿Lanzarles un condón y echar a correr?

Anthony la asesinó con la mirada.

—Vale, vamos a hablar alto y… —se interrumpió y señaló—, ¡ostras, Leo!

El niño se había colado entre sus piernas y por la pequeña apertura de la cristalera, y corría en dirección a sus padres como solo podía hacerlo un niño, con total inocencia.

Ambos observaron al pequeño llegar hasta la pareja, subirse al sofá y acabar con el problema de raíz.

—Ole, mi nieto, mira que es listo —vitoreó el hombre, más tranquilo.

—Sí, ha debido salir a uno de sus padres —murmuró la secretaria.

El hombre la miró con el ceño fruncido.

—Pero qué chispa la tuya —ironizó.

Karen rio y abrió del todo las puertas correderas de acceso al salón.

—Disimula, anda, que lo último que queremos es avergonzarlos más —opinó Karen.

—Lo último que quieres tú, dirás, yo quiero matarlo.

Capítulo 40

Maddie no daba crédito a la posición en la que se encontraba…, y lo poquito que había faltado para cometer una estupidez.

«Y exhibirla», le recordó Pepito, y saltó del regazo de Mark como si le hubieran arrojado un cubo de agua a la cara. En aquel instante le ardían hasta las orejas mientras intentaba sonreírle a su hijo y matar a Mark con la mirada al mismo tiempo.

—Estarás contento —murmuró entre dientes en un tono irritado para esconder su frustración.

—Aún no, habría necesitado un rato más para eso —suspiró Mark, irónico, mientras cogía un cojín del sofá y se lo ponía sobre el regazo.

—Dios, cállate —exigió Maddie, viendo entrar ahora a su padre y Karen por la puerta del jardín.

—Aún tengo algo que cobrarme —susurró Mark solo para ella.

La chica lo miró con los ojos echando fuego, mezcla ira y deseo contenido.

—No te debo nada.

—¿Piensas que no? Me has dejado creer algo muy feo de tu relación con este pequeñajo tan encantador. ¿Te has divertido?

—Horrores —ironizó.

—Ya veo. ¿El tal Stendhal también es de mentira?

Maddie lo asesinó con la mirada.

—No, por desgracia, él es de verdad —murmuró irritada—, y es un gilipollas…

Mark la miró con un gesto de interés y una media sonrisa, y ella fue consciente de que acababa de delatarse sola.

—¿Qué? —se sulfuró aún más frente a su mirada—. Ni se te ocurra preguntar.

—No lo necesito, dulzura. —Sonrió con arrogancia.

—Dios, qué hostia te daba.

Mark rio con cierta diversión, pero no pudo agregar nada más, puesto que Anthony y Karen llegaron hasta ellos.

—¿De dónde salís? —intentó Maddie sonreír—. Os echábamos en falta.

La mujer se dejó caer a su lado, soltando una carcajada frente al gesto asesino de Anthony,

—Ay, nena, mejor no digas nada.

Por fortuna, Leo se ganó la atención de todos los presentes del modo más natural y encantador, al menos cuando eres un bebé, se tiró una pedorreta en mitad del salón que sonó a traca valenciana.

—Ole, mi niño —aplaudió Karen—, tú sí que sabes animar el cotarro.

Ninguno pudo contener una carcajada. Leo estaba encantado con la atención recibida y, para sorpresa de todos, fueron los brazos de Mark los que escogió para acomodarse. Maddie sonreía, aunque por dentro temblaba como una hoja. Era evidente que al pequeño le gustaba Mark, porque no era un niño dado a relacionarse de un modo tan directo con gente que acababa de conocer, y ella ya no se sentía con fuerzas para seguir robándoles más momentos padre hijo. Tendría que hablar con Mark sobre el niño…, en cuanto se le pasara el mosqueo por lo que

acababa de ocurrir en ese sofá.

Se sofocó solo de recordarlo. ¿Qué narices le pasaba a su cuerpo en cuanto él la tocaba? Era como si desconectara de la realidad para sumergirse en una bruma que le impedía pensar en otra cosa más que en poseerlo. La intensidad de todo aquello comenzaba a asustarla un poco.

—Me parece que ese pedete ha venido con sorpresa. —Sonrió Mark arrugando la nariz frente al pequeño, que rio a carcajadas.

—¡*Cho* caca! —anunció orgulloso.

—Sí, ya me parecía a mí que ese ambientador era nuevo —bromeó el chico.

El niño le tapó la nariz igual que hacía a veces con su madre, y soltó una carcajada cuando Mark habló con voz nasal y fingió asustarse por su nuevo tono. Durante unos minutos, Maddie no pudo hacer otra cosa más que mirar obnubilada a padre e hijo jugar juntos. En realidad, todos en el salón estaban pendientes de ellos, incluida la señora Danvers, a la que Maddie descubrió unos metros más allá, mirando la escena con un gesto extraño. En cuanto se sintió descubierta, la mujer avanzó hacia ellos.

—¿Quiere que cambie al niño? —se ofreció.

—Se lo agradezco, pero no se preocupe, yo subiré con él en un momento —anunció Maddie.

La mujer asintió e informó:

—Serviremos la comida en breve, pero le he pedido a Joana que os prepare una jarra de limonada y algunos aperitivos para ir abriendo boca.

—Gracias, Hattie —dijo Mark con afecto—, siempre estás en todo.

El ama de llaves sonrió y centró su atención de nuevo sobre el niño, que parecía atraerla como un imán.

—¿Le gustan a usted los niños? —se interesó Anthony ahora.

—Mucho, sí —reconoció—, y me provoca cierta nostalgia verlo. Mark era así de pequeñito cuando lo conocí, fui su niñera.

—Vaya, entonces es usted como de la familia —supuso el hombre.

—Así me considero —asintió la mujer, y miró a Mark con un evidente cariño.

—Crecen demasiado rápido, ¿verdad? —bromeó Anthony—. Menos mal que luego nos lo compensan con nietos preciosos que podemos malcriar.

—El suyo es un encanto —admitió el ama de llaves, y miró a Maddie—. ¿Cuánto tiempo tiene exactamente? —se interesó—, porque parece chiquitín, pero habla mucho, aunque sea con media lengua.

Ahora sí se hizo el silencio absoluto en el salón. Maddie sabía que aquella respuesta equivalía a… contarle a Mark la verdad.

—Dile a la señora Danvers cuántos añitos tienes, Leo —sugirió Karen con un evidente nerviosismo, intentando ganarle a Maddie algo de tiempo.

El niño mostró un dedito, y el ama de llaves miró a su madre con un gesto interrogante. Era evidente que aquello le decía poco. Y en ese instante…, Maddie supo que no encontraría mejor momento que aquel para hacer aquella confesión.

Miró a Mark con un gesto inquieto y declaró:

—Esto no cambia nada entre nosotros.

El chico frunció el ceño, desconcertado.

—No te entiendo.

—Aún sigo demasiado enfadada contigo —insistió, y aprovechó para lanzarle el móvil que aún tenía entre sus manos—, y eso no va a cambiar.

Mark soltó un suspiro de resignación, pero no agregó una palabra. Era evidente que no

entendía nada, pero Maddie sabía que lo haría en breve, y su corazón ya daba muestras de ello.

La chica miró a la señora Danvers, tomó aire y contó:

—Leo es pequeñito aún porque… nació prematuro —comenzó diciendo con el corazón a mil por hora.

—Oh, vaya.

—Eligió venir al mundo cuando apenas había entrado en mi séptimo mes, tras un embarazo muy complicado —tragó saliva y miró a los ojos a Mark, que la observaba ahora con atención—. Tuve… un accidente serio cuando estaba de un par de meses…

Se le atragantaron las palabras en la garganta por la intensidad de la mirada masculina y las emociones contenidas, y Mark fue ahora quien interrogó casi con un hilo de voz.

—¿Qué… tipo de accidente? —Resultaba evidente que aguardaba la respuesta con el corazón encogido.

A Maddie le costó varios segundos reunir el valor para admitir.

—Uno de aviación.

No fue necesario añadir nada más. La expresión de absoluto estupor de Mark hablaba por sí sola, y el modo en que miró al niño un segundo después le arrancó a Maddie unas lágrimas silenciosas que no pudo evitar derramar.

Mark miraba a su hijo con un gesto de reconocimiento mientras sus ojos acuosos daban muestras de la emoción que lo embargaba, porque no se molestaba en ocultarlo. Sin apartar su mirada del pequeño, acarició su rostro con delicadeza mientras el niño lo observaba con atención y cierta curiosidad. Después, Leo sonrió, y Mark emitió un emotivo suspiro y lo abrazó con fuerza.

Para Maddie aquello estaba resultando muy conmovedor, apenas podía contener las lágrimas. Durante las últimas horas, se había preguntado con demasiada inquietud cómo encajaría Mark conocer aquella verdad. Que él pudiera rechazar a su hijo era una posibilidad que la aterraba, porque estaba segura de que el pequeño iba a adorar a su padre desde el primer momento, tal y como había sucedido.

Sintió que Karen le tomaba la mano y se la apretaba para transmitirle fortaleza. La mujer también lloraba sin esconderse, incluso Anthony se veía muy tocado por la escena.

Cuando Mark miró a Maddie de nuevo, la chica aguardó muy tensa los reproches. Sabía que debería haberle hablado de Leo en el mismo momento en el que descubrió que era su padre, o al menos cuando llegó, así que aguantó su mirada con estoicismo. Pero Mark dijo lo último que esperaba oír:

—Gracias.

—¿Por… qué? —titubeó.

—Por hacerme el mejor regalo de mi vida.

Maddie fue incapaz de hablar. Sentía un nudo en la garganta demasiado fuerte.

—¿Puedo preguntar qué está pasando? —Escucharon susurrar a la señora Danvers.

Mark miró a la mujer con una expresión tierna y ojos brillantes.

—Hattie, Leo es hijo mío. —Fue evidente la emoción que sintió al pronunciar aquellas palabras por primera vez.

A la mujer se le humedecieron los ojos y asintió.

—Sí, lo sé desde que lo he visto esta mañana —confesó—, pero ¿cómo es posible?

Aquello dejó a todos perplejos.

—¿Que lo sabes? —interrogó Mark—. ¿Cómo?

La mujer sacó una fotografía de uno de los bolsillos de su falda y se la tendió a Mark, que

frunció el ceño al verla.

—Es Leo, ¿de cuándo es esta foto?

—No es Leo, Mark —sonrió maternal—, eres tú.

Observó la foto unos segundos y se la tendió a Maddie, que soltó una exclamación de sorpresa. Leo era un clon de su padre a su edad, no le extrañaba nada que para la señora Danvers hubiera sido tan evidente el parentesco.

La chica miró al ama de llaves con un gesto inquieto y le tendió la foto, sintiéndose cada vez más superada por sus propias emociones. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes.

—Tengo… que cambiar al niño… —Se puso en pie y le tendió las manos al pequeño, pero al parecer estaba demasiado a gusto en los brazos de su padre.

—*Mak tamien miene*. —informó, sin moverse.

Maddie tragó saliva y soltó aire antes de hablar.

—Bajaremos en un momento —insistió.

La respuesta del pequeño fue darle una mano a su madre y agarrarse con la otra a Mark, que la sorprendió poniéndose en pie con el niño en brazos.

—Estrenarme como padre cambiando un pañal me parece lo justo.

—Pero…

A Maddie no le dio tiempo a añadir nada más mientras los veía alejarse.

—¡*Mamos, mami*! —gritó el pequeño desde las escaleras, entre risas por las cosquillas que le hacía su padre.

Incómoda, la chica fue tras ellos, evitando mirar a ninguno de los presentes.

—Si no hemos bajado en un rato, llamad a homicidios.

Capítulo 41

Mark entró en la habitación del niño haciéndole el avión, consiguiendo que riera a carcajadas. Maddie observaba la escena intentando no dejarse invadir por la ternura que se abría paso en su corazón, pero cada vez tenía que esforzarse con más ahínco.

—Así que ¿vas a cambiarlo tú? —Miró a Mark con las cejas arqueadas y un claro gesto de malicia.

Él sonrió con un ligero ceño fruncido.

—Vas a disfrutar del momento, ¿me equivoco?

La chica ni afirmó ni desmintió, se limitó a extender un cambiador sobre la cama y a facilitarle un pañal limpio y un paquete de toallitas.

—Cuando gustes.

Mark carraspeó, miró al niño y le dijo al oído:

—Déjame quedar bien y no te muevas mucho, por favor.

Maddie tuvo que esforzarse para no sonreír. Se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho y miró a Mark como lo haría una profesora ogro en un examen importante.

—Dios, tengo mucho miedo —murmuró Mark para el niño mientras lo tumbaba sobre la cama.

El pequeño rio y le tendió su peluche.

—El *cocolilo tamién* tiene caca.

—Ah, vaya, se nos está acumulando el trabajo. —Miró a Maddie e interrogó con una sonrisa —. ¿Cambio yo al *cocolilo* y tú al niño?

—¿Y perderme la diversión?

—Chica, era por ganar tiempo.

—Ah, bueno, si es por eso, te ayudo —sonrió Maddie con fingida dulzura—, pero yo me pido al cocodrilo.

Tuvo que contener una carcajada frente al gesto de aparente fastidio de Mark, y se amonestó por dejarse ablandar con tanta facilidad.

—Por un segundo me has hecho creer que te habías apiadado de mí —suspiró, centrándose ya en el niño—. Mami es un poco mala conmigo, Leo.

—*Anmigo* no.

—¿Contigo no? —Fingió sorprenderse. El pequeño negó con una sonrisa—. Pues eres muy afortunado, ya me contarás el secreto.

Le quitó los zapatos y los pantalones mientras Maddie chasqueaba la lengua haciendo un sonido desaprobatorio.

—¿Ya voy mal? —la miró con un gesto inocente—, si aún no he empezado.

—No hace falta que le quites todo —explicó—, ya no es un bebé, no vas a encontrarte lodo líquido.

Mark frunció el ceño.

—Vaya, eso sí es un alivio saberlo…, creo.

Aun así, cuando abrió el pañal soltó una exclamación.

—¡Santo Dios, ¿qué le das de comer a este niño?!

En aquella ocasión, Maddie tuvo que ponerse la mano en la boca para amortiguar la carcajada.

—Madre del amor hermoso, Leo, menudo recibimiento me estás dando.

El pequeño rio, y Maddie observó cómo Mark aprovechaba la parte delantera del pañal para limpiarlo un poco. Después sacó un par de toallitas y terminó el trabajo, las dejó dentro del pañal y lo cerró con los velcros. Quince segundos después tenía puesto uno limpio y le colocaba de nuevo los pantalones.

Cuando el niño se sentó en la cama, Mark miró a la chica con apremio.

—¿Qué tal lo he hecho?

Maddie entrecerró los ojos y lo contempló con perspicacia.

—¿Qué?

—Eres un tramposo —acusó.

Mark no se hizo el tonto, terminó sonriendo y admitió:

—Yo tenía doce años cuando Linny nació —contó—, catorce cuando tenía la edad de Leo, le cambié muchos pañales. —Sonrió y la miró con intensidad—. Siento si te he estropeado la diversión.

Maddie se sentó en la cama para ponerle los zapatos al niño y no tener que mirarlo. Estaba impresionada, no podía negarlo, y aquellos momentos cómplices la enternecían demasiado.

—Te lo creas o no, esta es la cara amable de tener hijos —declaró muy seria tras unos segundos—, cuando todo está bien.

—Imagino.

Se puso en pie para mirarlo de frente.

—El lado duro es verlo malito, escucharlo llorar con amargura cuando le duele algo y no sabe decirte qué, acunarlo durante toda la noche ardiendo en fiebre o vomitando hasta el agua —se le atragantaron las palabras—, o… pasar dos meses frente a una incubadora, mirándolo a través de un cristal, sin saber si la vida te va a permitir acunarlo entre tus brazos aunque sea una única vez.

Mark la miró sin disimular su propio dolor y susurró:

—Puede que te sorprenda, pero… aún hay algo más duro —se le quebró la voz—, saber que te has perdido todo eso cuando habrías dado cualquier cosa por poder estar ahí.

La chica leyó en sus ojos cuan grande era aquella verdad y se le hizo un nudo en la garganta. Alguien les había robado tanto…, pero ya era tarde.

—Mark… —dijo con cautela—, Leo y yo vivimos en Chicago.

—Lo sé.

—Volveremos allí cuando todo esto termine —aseguró—. Dejé muy claro que esta verdad no cambiaría nada entre nosotros antes de confiártela —le recordó—. Podrás ver a Leo siempre que quieras, por supuesto, tendremos que organizarnos…

Mark recortó la distancia hasta ella y le puso un dedo sobre los labios para silenciarla.

—Mark…

—Por favor, dulzura —rogó—, permíteme ser feliz aunque solo sea durante un rato —le dejó ver el infierno que ardía en su interior—, de verdad lo necesito.

A Maddie le sorprendió el dolor que se leía en sus ojos. Tuvo que apartar su mirada a un lado para no claudicar a la imperiosa necesidad de abrazarlo y besarlo para intentar borrar aquella mirada tortuosa. No podía arriesgarse a perderse en su propio infierno, pero sí podía hacerle un regalo que le correspondía por derecho.

Se sentó en la cama junto a Leo.

—Voy a confiarte un secreto —le dijo al niño, que se mostró encantado de prestarle sus oídos, en los que susurró una verdad que Leo pregonó a los cuatro vientos un segundo después.

El pequeño se puso en pie sobre la cama y le tendió los brazos a Mark, al mismo tiempo que gritaba:

—Papi, papi…

A Maddie no se le borraría jamás aquella imagen…, la de Mark con las lágrimas corriendo por sus mejillas mientras abrazaba a su hijo con fuerza.

∞∞∞

En cuanto tuvo ocasión, Maddie escapó de aquella habitación, dejando a padre e hijo a solas un rato, y bajó al comedor buscando estar acompañada. Sus fuerzas comenzaban a flaquear, y las ganas de jugar a la familia feliz eran demasiado acuciantes a ratos, pero la ira aún invadía cada fibra de su ser en el momento menos pensado.

Encontró a Karen pululando por la planta baja, investigando cada recoveco con un gesto maravillado.

—Yo me quedo muerta, nena, esta casa no tiene desperdicio —declaró—, mataría por encargo para ganármela como recompensa.

Maddie rio.

—Qué exagerada.

—¿Exagerada? —Señaló hacia el comedor—. ¿Sabías que detrás de aquella puerta hay una alacena con tantas vajillas como para poner un puesto? —suspiró—. Ay, nena, con lo que a mí me gusta un plato de porcelana.

Aquello era verdad. La obsesión de Karen por comprar diferentes tipos de platos era conocida, pero la sola mención de aquella alacena llevó el cuerpo de Maddie al estado de ebullición.

—Ven, vamos a verla de nuevo. —La mujer la tomó de la mano.

—No, no es necesario —protestó Maddie intentando esconder su azoramiento—. Yo ya la he visto.

—Pues la ves de nuevo, vamos a investigar —sugirió—, antes solo la vi desde fuera.

¿Cómo le justificaba el negarse de forma rotunda? Permitió que la arrastrara hasta la puerta de la alacena, pero dejó que Karen entrara sola y miró desde fuera.

—A ver si vas a romper algo —repuso mientras se abanicaba con la mano y se esforzaba por mantener lejos la imagen que se empeñaba en formarse en su cabeza.

«Ay, la virgen, qué calor», siguió abanicándose.

—¿Para qué narices querrá tanto plato? —murmuró Karen—. Son maravillosos, pero no veo yo a Stendhal como un coleccionista de porcelana, la verdad.

—Esto es cosa de Rachel, su madre —explicó—. Mark me contó que, cuando se compró la casa, lo primero que hizo fue aprovisionarla para poder dar una fiesta digna.

—Y nosotras tirando de platos de plástico para los cumpleaños —bromeó—, no se puede ser más plebeyas.

Maddie soltó una carcajada divertida.

—Es que a nosotras luego nos toca fregar —le recordó—, no tenemos un séquito que se encargue.

—Exacto, por eso mis platos solo los tengo de adorno —bromeó, y miró con interés hacia el

suelo—, aunque no parece que le presten tanta atención a la escoba.

Se agachó para recoger algo que había junto a una de las estanterías y lo observó a conciencia.

—¿Qué demonios es esto? —Lo puso sobre la palma de su mano para examinarlo bien—. Es una especie de lágrima de nácar con un lacito.

Maddie entró en la alacena de inmediato.

—Dámela, se la daré a la señora Danvers —declaró, nerviosa.

—No parece un colgante… ni un pendiente. —La ignoró, estudiando el hallazgo—. Yo diría que es… —frunció el ceño— uno de esos adornos que ponen en la ropa interior.

Avanzando hacia ella, Maddie intentó quitárselo de las manos

—Da igual lo que sea —repuso nerviosa.

Karen la esquivó y la miró ahora con perspicacia.

—¿No es igual al que llevaba el sujetador del conjunto que te regalé por tu cumpleaños?

—¿Ese que dije que jamás me pondría? —carraspeó.

—¡Te lo has puesto!

—No.

—¡Como que no! —Sonrió con malicia—. ¿Qué sujetador llevas?

—¿Qué?

—A ver, enséñamelo —exigió divertida.

—¡No!

—Eso es porque sabes que es tuyo. —Le mostró la lágrima frente a sus ojos haciendo un pequeño bailecito.

Incluso violenta, Maddie no pudo evitar reír.

—Estás como una cabra.

—Sí, ya lo sé —admitió, y canturreó—, pero es tuyo…, y quiero saber qué hace en la despensa… ¿Os habéis dado un magreo entre la porcelana?

Maddie se abrió los tres primeros botones de la camisa y le mostró con orgullo el sujetador, del que pendía la misma lágrima que Karen tenía en sus manos.

—Ostras, pues no es tuya —observó perpleja.

—¿Ya te quedas más tranquila?

—Pero un poco decepcionada, nena —suspiró con teatralidad—. Me hacía ilusión pensar que te habías dejado llevar un poco al fin…

Dejarse llevar no era exacto, más bien… era ella quien había incitado a Mark a arrastrarla hasta allí. La imagen le arrancó un gemido y tuvo que salir de la alacena con apremio. Karen fue tras ella con el ceño fruncido, sin dejar de mirar la lágrima con el lazo.

—Oye, nena, llámame loca, pero… —carraspeó— ¿las bragas no iban a juego con el sujetador?

Maddie arqueó las cejas y preguntó con demasiada candidez:

—¿Qué bragas?

Aquello no fue inteligente, Karen la cazó al vuelo y abrió la boca con un exagerado sonido de sorpresa.

—¡Maddie Miller, ¿por qué está el adorno de tus bragas en esa alacena?

—*Shhh* —le chistó con fuerza mientras le quitaba la dichosa lágrima de las manos—, coño, Karen, ¿porque no gritas más? Igual quedan vecinos que aún no se han enterado.

—Pero no terminas de contestarme.

Maddie se abanicó de nuevo con la mano, ahora con más fuerza. La mujer sonrió con malicia

y la miró emitiendo un sonido de emoción que Maddie cortó de raíz.

—Ni se te ocurra hacer otro comentario —declaró acalorada—, porque no voy a contarte nada.

—Como que no, nena —se quejó—, al menos dime si tu Stendhal es tan… solvente como parece.

Maddie tragó saliva y se encontró pensando en que con todo lo que dijera se quedaría corta.

—Puedes dejar de usar metáforas, por favor —rogó, acalorada.

—¿Prefieres que te lo pregunte a bocajarro? —Sonrió—. No tengo problema para preguntarte que tal fo…

—¡Karen, por favor! —interrumpió, ya demasiado azorada como para que resultara cómodo para ninguna de las dos.

Caminó hasta el sofá y cogió asiento con un gesto de preocupación. Karen fue tras ella y se sentó a su lado.

—Lo siento, ya sabes que soy demasiado novelera —admitió, ahora apenada—. Y hacéis una pareja tan bonita que…

—Pero no somos una pareja, Karen —interrumpió con la voz cargada de emociones dispares —, y nunca lo seremos.

—Él… te mira bonito —opinó la mujer—, no hay ninguna posibilidad de…

—No.

—Maddie, entiendo que ha estado muy feo el engaño y tienes todo el derecho a estar enfadada —dijo con cautela—, pero quizá dentro de un tiempo podáis sentaros a hablarlo y solucionar vuestras diferencias.

—Son irreconciliables, me temo —repuso con pesar.

—Él también lo ha pasado mal.

—Lo sé.

—Y no parece un mal tipo —insistió—, he visto su reacción al enterarse de su paternidad.

—Y será un gran padre —se le quebró la voz—, pero será lo único que nos una.

—Maddie…

—Me falló, Karen, cuando más lo necesitaba —interrumpió, intentando contener las lágrimas —. Creyó todas las mentiras que inventaron sobre mí, me condenó sin piedad.

—No puedes saber cómo fue todo, Maddie —opinó con un gesto de preocupación—, tu memoria…

—Exacto, no puedo saberlo —concedió dejando correr sus lágrimas—, como tampoco puedo recordar qué fue lo que ocurrió entre nosotros antes de todo eso, pero me traicionó, Karen, así lo siento, y esa sensación lleva marcándome a fuego cada noche desde el mismo día en que desperté de mi letargo.

La mujer asintió. Ella era quien mejor conocía sus pesadillas.

—Son demasiadas cosas las que nos separan —susurró, con un nudo en la garganta que ya le impedía hablar con normalidad.

—Pero os une una tan linda…

Maddie asintió.

—Sí, y me emociona mucho verlo con Leo —admitió—, pero él puede ser su padre sin mí.

Karen la miró con un gesto de preocupación que no pasó desapercibido para Maddie. Era evidente que se estaba mordiendo la lengua.

—Dilo —pidió resignada.

La mujer no se hizo la tonta.

—Os hemos visto antes, Maddie —contó—, y estoy confundida.

A la chica le subió de nuevo la temperatura, acompañada de una dosis de vergüenza considerable.

—Eso solo ha sido un error.

—Un error muy intenso —dijo con cautela y sin ánimo de bromear.

Maddie se puso en pie, incómoda, para alejarse un poco.

—Sí, bueno… —carraspeó, y se sintió tan mal que se defendió—. Yo solo quería usar su teléfono, pero Mark ha empezado con sus provocaciones…

—Y tú solo te has defendido.

—Exacto, pero él se ha comportado como…

—¿Un bárbaro?

—Sí, totalmente —afirmó.

—Que es justo lo que tú esperabas.

—Sí, ¡digo no! —Se giró a mirarla con irritación, y Karen rio.

Maddie se dejó caer de nuevo en el sofá con un gesto abatido. Incluso su subconsciente la traicionaba.

—Ay, nena, no sé cómo vas a lograr mantenerte lejos —suspiró la mujer ya sin ánimo de bromear—, es evidente que estás loca por ese hombre.

Maddie no se molestó en negarlo.

∞∞∞

Cuando unos minutos más tarde todos se reunieron de nuevo para comer, su padre tenía algunas novedades que contarles. Acababa de hablar con el inspector Taylor, su contacto en la policía de Boston, y al parecer uno de sus mejores amigos, y lo había puesto al día sobre todo lo que estaba sucediendo.

—No le ha sorprendido demasiado todo lo que le he contado acerca del inspector Lewis —explicó—, al parecer, el tipo es conocido en todos los distritos porque asuntos internos tiene su mira sobre él desde hace mucho tiempo.

—Eso nos viene bien, supongo —expuso Maddie.

—Mucho más que eso —sonrió Anthony—, porque estarán encantados de escuchar todo lo que tengamos que decir cuando llegue el momento —declaró—. Y es más que evidente que en tu caso está encubriendo demasiado. Tengo el expediente a fecha de ayer, y no hay demasiada diferencia con el de dos años atrás.

—Así que no ha movido un dedo —adivinó Mark—. Lleva dos años y medio vendiéndome solo mentiras.

—Y será muy fácil demostrarlo —opinó Anthony—, aunque no podemos mover esa ficha hasta que localicemos al tal Jeremy, pero el teléfono que me has pasado está apagado. No podremos rastrearlo hasta que lo encienda en algún momento.

Mark sacó su teléfono con una clara intención de marcar su número.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó Anthony de inmediato.

—Llamarlo.

—No, es mejor no alertarlo de nuestros avances en la investigación —explicó el detective—. Si sospecha que estamos cerca, se deshará del teléfono y jamás daremos con él. Debemos tener paciencia y esperar a que lo encienda.

Mark y Maddie intercambiaron una mirada cómplice. Al parecer aquel beso los había salvado

de hacer algo mucho más estúpido, como… una llamada que no debían.

—Taylor me ha enviado un ordenador portátil con un equipo de rastreo instalado —explicó —, no tardará en llegar, así podremos estar pendientes en todo momento.

—¿Quién es Taylor? —se interesó Maddie.

—El inspector Taylor era mi compañero —contó—, trabajamos juntos durante quince años. Fue la persona que nos ayudó a evaporarnos —admitió—. Un gran tipo, al que nada le gustaría más que ayudarnos a recuperar nuestras vidas.

Maddie asintió.

—Por desgracia, aún no tenemos nada tangible que imputarle al tal Jeremy, así que Taylor no puede emitir orden de detención alguna, ni siquiera para interrogarlo, porque no está a cargo de tu caso.

—¿Así que dependemos de que el tipo encienda o no su móvil? —se exasperó Maddie.

—No desesperes, tanto Taylor como yo mismo no dejaremos de buscar cualquier rastro del dinero o indicio que nos dé alguna pista sólida de la que tirar —afirmó su padre con contundencia—, y te aseguro que juntos resolvimos casos casi imposibles en el pasado.

Para sorpresa de Maddie, Mark, sentado a su lado, le tomó la mano por debajo de la mesa y se la apretó con fuerza para insuflarle algo de ánimo, y aquel gesto le resultó tan tierno y hermoso que no fue capaz de controlar las lágrimas. Abatida, tiró de su mano para recuperarla y miró hacia otro lado para evitar que Mark la viera llorar, aunque eso también le impidió ver el gesto desolado del chico frente a su aparente rechazo.

—Tienes que ser fuerte, amor —rogó su padre al ver su rostro—. Ahora que podemos investigar, no tardaremos en dar con algo.

La chica asintió mientras se secaba las lágrimas con disimulo. Después se concentró en su hijo, que ya había terminado de comer. Karen lo había rescatado de su silla y le había ofrecido un pedazo de pan que el niño estaba muy entretenido convirtiendo en fosfatina.

El timbre de la puerta sonó ahora alto y claro, y la señora Danvers no tardó en personarse en el comedor con un maletín que le tendió a Anthony.

—Perfecto, ya está aquí el equipo de rastreo —contó, animado, y abrió el maletín, donde además del ordenador había una carpeta, que extrajo para mostrarles la única fotografía que incluía.

—¡Es él! —gritó Maddie de inmediato.

—Es Jeremy Andrews —confirmó Mark.

—¿Ese es Jeremy? —Lo miró sorprendida,

Tanto su padre como Mark asintieron.

—¿De qué te suena? —interrogó el chico.

—Fue el tipo que me recogió en el hotel el día de la fiesta —aseguró—, él conducía el BMW.

—¿Estás segura? —insistió Mark.

—Sí, es él.

Anthony sonrió ahora con una repentina emoción.

—Siempre terminan cometiendo un error —comentó el hombre mientras sacaba su teléfono móvil.

—¿A quién vas a llamar? —Mark estaba perplejo.

—Al inspector Taylor —informó—. Al parecer, el tal Jeremy está en Boston y acaba de darnos un motivo de peso para emitir una orden de detención contra él. Qué hombre tan amable, ¿no? —ironizó, les guiñó un ojo y se levantó de la mesa para hacer la llamada.

Capítulo 42

Tras contarle a Hattie todo lo que estaba sucediendo, y rogarle que no le dijera nada a su madre hasta que pudiera ir a hacerlo en persona, Mark se asomó al enorme ventanal del salón que daba a la puerta de acceso a la finca.

Sumido en sus pensamientos, intentó pensar con algo de claridad sin dejarse llevar por el tsunami de emociones que a veces le impedía razonar. El recuerdo de haber estado en aquella misma posición más de dos años atrás, aguardando con angustia noticias de Maddie, anidó en su mente.

Ella lo había llamado aquella tarde porque necesitaba verlo tras romper su relación sin ningún tipo de explicación, y él la aguardaba, impaciente, acariciando la idea de que viniera dispuesta a regresar a su lado, pero… Maddie jamás llegó. A cambio de lo que más anhelaba, solo obtuvo una fría carta de despedida, junto con la insoportable noticia que lo sumiría en una pesadilla de la que jamás había logrado despertar del todo.

Ahora, sentía la verdad de lo sucedido como si tuviera una fina daga clavada en el pecho y alguien la retorciera sin compasión; la misma persona que había secuestrado al amor de su vida, para subirla a un avión rumbo al infierno, con el hijo de ambos creciendo en su vientre.

Tuvo que apoyarse en el alféizar de la ventana para poder soportar la punzada de dolor que le atravesó el corazón.

—¿Puedo hablar contigo?

Mark se giró para mirar a Anthony, al que no había oído llegar.

—¿Hay noticias? —interrogó el chico.

—No, es algo más personal.

En silencio, Mark le devolvió una mirada reticente, pero asintió y se apoyó ahora sobre el alféizar de la ventana.

—Tú dirás.

—Creía que eras un hombre de palabra —lo sorprendió diciendo—, pero solo he tenido que darme la vuelta para que rompieras nuestro trato.

Mark no se molestó en hacerse el despistado, tenía muy claro de qué le hablaba.

—Jamás debí sellar un acuerdo tan… —buscó las palabras con cuidado y terminó admitiendo — imposible de cumplir.

Un tanto sorprendido, Anthony estudió su expresión durante unos segundos y frunció el ceño.

—Supongo que ambos hablamos de lo mismo —planteó—, de tu compromiso de mantenerte lejos de mi hija.

—Sí.

—Y dices con total tranquilidad que no vas a cumplir con tu parte.

—Lo siento, pero jamás debí comprometerme a algo tan absurdo.

—¿Absurdo? —avanzó hacia él ahora con irritación—. ¿Llamas absurdo a intentar mantener a mi hija a salvo?

—Yo no soy una amenaza para ella.

—Lo eres para su salud mental.

Mark agachó la cabeza, abatido.

—No es mi intención.

—Pues restablezcamos nuestro acuerdo inicial —sugirió Anthony, tendiéndole la mano—. Por supuesto, sé que tienes derecho a ver a Leo, pero te quiero lejos de mi hija.

El chico no movió un solo dedo para estrechar su mano.

—Lo siento, pero no voy a cometer ese error de nuevo —confesó sin un ligero titubeo—. No voy a guardar las distancias, no puedo.

—Tienes muchas agallas para decírmelo a la cara. —Lo miró iracundo.

—Quiero ser honesto —repuso con sinceridad—, ya me he engañado demasiado. Ni siquiera pude mantenerme lejos cuando la creía culpable, aunque disfrazara el motivo.

—¿Y cuál es ese motivo?

Mark guardó silencio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Eso solo se lo diré a ella.

El hombre lo miró ahora con una expresión crítica que Mark aguantó con estoicismo. Era posible que Anthony Middelton no encajara nada bien su sinceridad y a partir de aquel momento volvieran a ser enemigos, pero estaba dispuesto a asumirlo.

—Ojalá me hubieras confiado tus sospechas el día que nos conocimos —se lamentó Mark ahora—, jamás os habría abandonado.

—Mi hija nunca me habló de vuestra relación —admitió el hombre—. No entendí tu comportamiento en ese cementerio hasta ayer mismo.

Mark agachó la cabeza y murmuró:

—Sí, no me siento orgulloso de aquello —suspiró con pesar.

—Estabas bien jodido —adivinó.

El chico reconoció:

—Estaba roto.

—Bien. —A Mark le sorprendió tanto ensañamiento, hasta que Anthony agregó—: Me parece justo, porque ella estaba mucho peor.

Mark vio con total claridad cómo el hombre luchaba contra sus propios demonios. Su rostro daba muestra ahora del sufrimiento que acarreaba en el alma.

—Mientras tú te emborrachabas y la maldecías, ella se debatía entre la vida y la muerte en unas condiciones que… —se le quebró la voz— jamás podrías llegar ni a imaginar. Cuando la encontraron, apenas estaba reconocible. Deshidratada, al borde de la hipotermia y luchando contra una conmoción cerebral, había pasado dos días, con sus dos noches, malherida y tirada en mitad de la selva, sirviendo de alimento a todo tipo de alimañas. —El dolor del recuerdo se reflejó en sus ojos—. ¿Tienes idea de la cantidad de bichos que hay en una selva?

Mark asintió con la cabeza y apretó los puños con fuerza, luchando contra el recuerdo de aquella primera noche en la piscina, cuando incluso había estado dispuesta a lanzarse al agua.

—La persona que encontré en esa cama no parecía mi hija —declaró Anthony, atormentado —, no quedaba nada de ella, ni un pedazo de piel sana.

—Basta…, por favor —rogó.

«*Quítamelos, quítamelos*», la escuchaba Mark sollozar dentro de su cabeza, sintiendo un dolor sordo en el pecho.

—Se la comieron viva, Mark. —Lo miró con angustia—. Incluso una especie muy rara de araña la tuvo en jaque durante ocho días mientras su cuerpo batallaba para sobrevivir a su veneno —tuvo que hacer una pausa para poder continuar—, pero luchó con uñas y dientes. Tanto ella

como ese precioso bebé milagro vencieron la infección y su cerebro ganó la partida, sobreviviendo a cuarenta y dos días de infierno, solo para despertar y encontrarse con la mente vacía. —Lo miró a los ojos—. Así que disculpa si no soy capaz de apiadarme de ti, pero ya no me queda compasión para nadie.

Mark estaba en shock y no pudo pronunciar una sola palabra. La imagen de Maddie tirada en mitad de la selva, luchando por su vida, resultaba insoportable.

Se alejó de Anthony sin decir una palabra, sintiendo que le faltaba el aire.

Salió al jardín y caminó con paso rápido para internarse entre los árboles mientras el pecho le ardía y su imaginación se desbordaba, martirizándolo con imágenes de Maddie luchando sola en aquel infierno.

«*Quítamelos*», la escuchaba gritar una y otra vez dentro de su cabeza, recordando el pánico en su voz. «¿*Tengo algo*? ¡*Quítamelo, por favor*!».

Pero nadie la habría escuchado gritar en aquella selva… Tanto ella como su bebé estaban solos, al borde de la muerte, porque él no había sabido protegerlos.

Apretó los puños y los dientes con fuerza, incapaz de soportar el dolor que le atenazaba el pecho, y terminó soltando un alarido al aire mientras creía enloquecer, sintiendo que incluso los árboles que lo rodeaban lo condenaban en silencio.

Finalmente, tras luchar largo rato contra la locura y regresar al presente, se dejó caer junto al árbol que siempre había sido testigo mudo de su dolor. Desde que Maddie salió de su vida, había perdido la cuenta de las horas que había pasado sentado allí mismo, incapaz de soportar un solo rincón de la casa o del jardín sin ella, creyendo oírla reír por todas partes.

—Sabía que te encontraría aquí —escuchó decir a Chris a su espalda con un suspiro de resignación.

Mark no se movió.

—Aunque debo decir que me alegra verte sin una botella en la mano —insistió su amigo.

—Necesito estar lúcido —murmuró sin levantarse.

—Sí, las cosas parecen estar feas —admitió Chris—. Y Maddie me ha mirado al entrar como si fuera una cucaracha a la que no le importaría aplastar de un pisotón.

Mark suspiró.

—Pues imagínate cómo me mira a mí —susurró—. Para ella soy el enemigo público número uno, y no la culpo.

—No ganas nada fustigándote —opinó Chris.

—No supe amarla, no supe defenderla ni protegerla —se lamentó.

—Ahora estás haciendo todo lo posible para mantenerla a salvo.

—Es tarde.

—Está viva.

—Jamás me perdonará.

—Está viva —se reiteró.

—Sí, y me odia.

Chris se agachó frente a él, lo miró a los ojos e insistió con ahínco.

—¡Está vi-va!

No supo si fue su mirada o el tono de su voz, pero de repente Mark fue muy consciente del pleno significado de aquella frase y algo en él despertó.

—Sí —dijo con el corazón acelerado—, tienes toda la razón.

Se puso en pie con una nueva resolución en los ojos.

—Todo tiene solución menos la muerte.

—Ese es el Mark que me gusta. —Le dio una palmadita en la espalda.

—Claro que el que me despelleje vivo es una opción.

—El sádico ya me gusta menos.

Mark sonrió con tristeza.

—Déjame aclimatarme un poco —rogó—, el exceso de optimismo tampoco es saludable.

—Si te sirve de ayuda, yo creo que sigue encontrándote atractivo —se encogió de hombros —, pueda recordarte o no, es una cuestión de química. Y en esa fiesta saltaban chispas.

Mark miró a su amigo con una sonrisa un tanto azorada. Había muchas cosas que no le había contado.

—Fuera de la fiesta… también.

Chris lo observó con atención.

—¿Vosotros habéis…? —Estaba perplejo.

—¿Cuánto crees que podía resistirme a lo inevitable? —reveló.

—Me lo he estado preguntando —dijo con sinceridad.

—El problema es que ella no se lo ha tomado precisamente bien —declaró, inquieto.

—¿A qué te refieres?

—A que debí decirle la verdad antes de hacerle el amor, por ese orden —admitió con franqueza—. Es posible que de esa forma se sintiera menos… humillada, lo llamó, pero te juro que no era mi intención.

—Eso díselo a ella.

—No es nada fácil hablar con ella en este momento —reconoció—, solo hablamos el mismo idioma en posición horizontal.

—Es un buen punto de partida —opinó Chris.

—Que no te escuche Anthony decir algo así —aconsejó—, tengo la impresión de que ha matado gente por menos de eso.

Chris sonrió.

—Es un tipo duro, ¿no?

—Es un hombre desesperado —murmuró con pesar—, y no me tiene mucho aprecio, aunque yo tampoco me lo tendría si estuviera en su lugar.

—No sé, a mí a ratos me caes bien —bromeó.

—Guau, ya me puedo morir tranquilo —ironizó.

Ambos sonrieron y caminaron de vuelta hacia la casa con calma. Su amigo siempre conseguía hacerlo sentirse un poco mejor, incluso cuando le cantaba las verdades que se negaba a ver.

—¿Has podido hablar con Barrett? ¿Estaba en la oficina cuando has salido? —interrogó Mark, que le había dejado ese encargo—. Sé que Anthony quiere hablar con él.

—No solo he hablado con él —confirmó—, lo he traído conmigo.

Mark se sorprendió.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¿Y por qué no te has quedado con ellos?

—Porque tengo prioridades, amigo —repuso—, y ese bosque no te sienta bien.

—No necesito una niñera —protestó.

—Pero yo sí necesito a mi amigo entero.

Mark frunció el ceño y sonrió burlón.

—¿Eso no ha sonado muy porno?

—¡Entero de entereza, mal pensado!

—Sí, ya. —Entraron en la casa.

—Lo que me faltaba por oír.

Atravesaron el salón y fueron directos hasta donde todos estaban charlando.

Mark fue muy consciente de que Maddie lo observaba con atención, era muy posible que preguntándose de dónde venía, o eso esperaba, que le importara lo suficiente como para al menos sentirse intrigada. Leo y Karen no estaban en el salón, así que Mark supuso que se habrían retirado para dejarlos hablar con tranquilidad.

Le tendió la mano a Barrett, que se puso en pie nada más verlo.

—Gracias por venir —le dijo con un gesto amable.

—Todo esto es una locura, Mark —declaró el contable en cuanto volvieron a coger asiento.

El chico lo miró con cierto pesar. Era un hombre pequeño y asustadizo, que siempre parecía estar absorto en sus pensamientos, al menos cuando no tenía la cabeza metida dentro de los libros de contabilidad. Habría preferido mantenerlo al margen de todo aquello, pero era el único que quizá podía hacer salir a Jeremy de su escondite.

—Jeremy siempre ha sido un buen hombre —siguió diciendo el contable—. Incluso durmió en mi casa en un par de ocasiones —se horrorizó ahora—, ¡en el cuarto contiguo al nuestro!

Se iba alarmando un poco más cada vez que hablaba.

—Ay, Dios, no puedo contarle todo esto a mi mujer. —Sacó un inhalador del bolsillo y se insufló una dosis.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —preguntó Anthony ahora.

—En persona, un mes después de marcharse de la empresa —contó—. Se empeñó en invitarme a comer para festejar lo de la lotería —se aclaró la garganta—, y me avergüenza decir… que me comí una langosta enorme —se aflojó la corbata un poco—. Si llego a saber que la estaba pagando con el dinero robado…

—Que no se te indigeste la langosta —interrumpió Anthony—, no podías saberlo.

—Pero debería haberlo sabido —opinó el hombrecillo con pesar—, yo era el jefe de departamento y Jeremy mi segundo al mando. Además, lo consideraba mi amigo, y me tomó el pelo como quiso sin que sospechara nada. Decir que me siento del todo absurdo y burlado es quedarme muy corto. ¡Me ha estado mandando fotos de puestas de sol desde cada rincón del mundo, el muy… lampiño! —exclamó, rojo ahora como la grana.

«¿Lampiño? ¿Se suponía que aquello era un insulto?», se preguntó Mark, y miró a Maddie a tiempo de verla esconder una sonrisa, sonrisa que borró en cuanto fue consciente de que él la miraba. Mark se desesperó, aunque no era momento para aquello.

—¿Tienes algún otro número o email al que puedas escribirle? —pidió Anthony ahora.

—¿Yo? —Abrió los ojos como platos, espantado ante la idea—. Preferiría no tener que volver a hablar con él, no sirvo yo para señuelo.

Anthony soltó un suspiro de hastío antes de decir:

—¿Tienes o no un email o teléfono?

—Tengo un email, sí, pero…

—Yo le escribiré en tu nombre, no te preocupes —aseguró Anthony—, pero necesito hacerlo desde tu dirección de correo. —Giró su ordenador portátil hacia él para instarlo a entrar en su cuenta.

Barrett los miró a todos con cierta reticencia, hasta que se topó con los ojos de Mark, que le rogó:

—Por favor, es importante que demos con él —insistió—. No es una cuestión de dinero, es la

seguridad de Maddie la que está en juego.

El hombre miró ahora a la chica con un gesto de abatimiento.

—Debí negarme a escribirle aquel mensaje a Jeremy cuando me lo pidió, señorita —suspiró el contable mirándola con pesar—. Y mire que me habían pedido que no me acercara a usted…

—¿Cómo dice? —interrogó la chica.

«Mierda», se lamentó Mark, muy consciente de cómo estaban a punto de empeorar las cosas entre ellos.

—Hable, no se quede callado —exigió, irritada—. ¿Quién le pidió alejarse de mí?

El contable carraspeó y miró a Mark, el gesto mezcla desconcierto y preocupación era visible.

—Bueno…, eh…, usted tiene esos problemas de memoria…

Maddie se veía perpleja.

—Y me inquietaba que se me pudiera escapar su verdadero nombre.

—Déjelo ya, Barrett —intervino Mark—, se está coronando.

La chica posó sobre él una mirada de furia.

—Así que conspirando aún más a mis espaldas —lo acusó, iracunda—. ¡De puta madre!

—Maddie…

—¡Ni me hables! —exclamó, tomó el portátil de la mesa y se lo tendió al contable—. Acceda a su email, por favor.

El hombre ni siquiera tocó el ordenador hasta que Mark asintió con un gesto, lo que le valió al chico otra mirada asesina por parte de Maddie.

—¡Dueño y señor de todo y de todos! —murmuró con irritación.

Mark apretó los dientes y prefirió guardar silencio. Aquello podía convertirse en una discusión intensa, que sería mejor mantener a solas.

Todos aguardaron en silencio a que el contable pusiera sus claves en el ordenador. De puros nervios, le costó dos intentos incluso recordar la contraseña.

—Ahí lo tiene —se lo tendió a Anthony—, y, si no le importa, prefiero quedarme al margen de todo esto —rogó—. He permitido el recordatorio de contraseña, así que podrá gestionar el correo usted mismo hasta que todo esto termine.

—Te lo agradecemos mucho —se adelantó Mark, y le tendió la mano al tiempo que el hombre se ponía en pie.

El contable la estrechó y se giró a mirar a Maddie, que se levantó también.

—Siento si la he incomodado —se disculpó.

—No se preocupe, no es con usted con quien estoy enfadada. —Miró a Mark de reojo—. Gracias por su ayuda.

—Cuídese mucho, señorita… —frunció el ceño—, ¿cómo va a querer que la llamen a partir de ahora? —se interesó.

Maddie guardó silencio durante unos largos segundos.

—Una gran pregunta —suspiró—, pero creo que aún no lo he decidido.

El contable asintió con una sonrisa amable y salió de la casa. Cuando cerró la puerta tras él, Anthony se centró en el ordenador y escogió con cuidado las palabras para escribir aquel email.

—¿Vas a intentar concertar una cita en algún sitio? —se interesó Maddie.

—No, porque Barrett nunca haría algo así, es demasiado asustadizo y ese tipo lo sabe, jamás caería en la trampa —explicó el hombre—, pero si al menos cae en la tentación de responder al email, quizá podamos localizarlo a través de su dirección IP.

Todos guardaron silencio mientras el hombre escribía. Mark observaba a Maddie con

intensidad, que de vez en cuando le devolvía una mirada cargada de ira.

—Listo, creo que algo así servirá.

Le tendió el ordenador a su hija y ella leyó en alto:

—Me ha interrogado la policía. No puedo creer que sea verdad todo lo que me cuentan sobre ti, siempre te tuve en alta estima. Quiero pensar que todo esto es un error, o habría estado muy ciego para no darme cuenta. —Maddie la releyó dos veces y asintió—. ¿Crees que será suficiente?

—Un tipo que usa insultos como lampiño no escribiría mucho más —opinó Anthony. Maddie sonrió—. Dale a enviar.

La chica cogió aire y le costó unos segundos apretar el botón.

—Listo.

—Pues a esperar —declaró Anthony—. Volvemos a estar en la casilla de salida, a ver si en esta ocasión alcanzamos la meta.

El hombre le tomó la mano a su hija, que le devolvió una sonrisa sincera. Mark observaba la escena con una sensación de anhelo. Daría lo que fuera por poder ser él quien le diera consuelo, pero aquello no parecía viable, dado que ella aprovechaba cualquier oportunidad para demostrarle su rabia.

—¿Podemos hablar un momento? —interrogó Mark, mirándola de frente.

—Tú ya has hablado suficiente, ¿no te parece? —ironizó la chica—, aunque haya sido con todo el mundo menos conmigo.

—Las cosas no fueron como crees.

—Ah, ¿no? —se puso en pie—, ¿acaso entendí mal las palabras de Barrett? —lo enfrentó—. ¿No le has contado todo sobre mí? Tu traición roza lo amoral de todas las maneras posibles.

Sonaba muy enfadada y Mark no podía culparla. Sabía cuánto le costaba hablar de su accidente y sus consecuencias y, a simple vista, parecía que él había aireado por gusto todos sus secretos más íntimos sin su consentimiento.

—No tuve más remedio que desvelarle a Barrett algunas cosas —confirmó Mark—. No fue premeditado y habría preferido no tener que hacerlo, pero… llevarte a la empresa no fue una idea brillante —reconoció.

—¿En serio? —ironizó Maddie—. ¡Casi no me he dado cuenta!

—No estaba demasiado en mis cabales —confesó con pesar—, y no pensé en qué pasaría si te reconocía alguien que… no… —carraspeó, incómodo.

—¡Dilo! —exigió furiosa—, alguien que no fuera mi cómplice.

Mark soltó un improperio de exasperación.

—Lo siento, ¡me equivoqué! —admitió frente a todos—, y te juro que no me odias más que yo a mí mismo, pero estoy intentando compensarte.

Maddie rio sin pizca de humor.

—No te molestes —dijo con rabia—, no quiero nada de ti.

Mark asintió y tuvo que controlarse para soportar la angustia. Había demasiados ojos mirando como para intentar un acercamiento.

—No tuve más remedio que contarle a Barrett la verdad sobre ti —explicó—, porque se presentó en mi despacho en cuanto te vio, muy sorprendido, y me vi obligado a improvisar.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, aguardando la explicación, con el hacha levantada de forma evidente.

—Le hablé de tu amnesia y de que intentaba ayudarte a recuperar la memoria…, para que pudieras decirnos qué hiciste con el dinero.

—Vaya, así que a él le contaste algo de verdad —dijo sarcástica—, eso es nuevo.

—Solo intentaba ganar tiempo.

—¿Para poder meterte en mi cama? —repuso colérica.

—¡No! ¡Joder, Maddie, no seas tan dura! —sonó desesperado.

Avanzó un paso hacia ella dispuesto a tomarla entre sus brazos, pero fue consciente a tiempo de los ojos que había a su alrededor, fingiendo no escuchar la conversación.

—Quería evitar que a Barrett se le ocurriera denunciarte a la policía —confesó—, así que le pedí tiempo.

—¡Aireando mi vida!

—¿Habrías preferido que le dejara alertar a la policía?

Maddie apretó los dientes y obvió la respuesta.

—Y, por curiosidad, ¿cómo encajó nuestro compromiso? —inquirió en su lugar, y vio que Mark agachaba la mirada—. Entiendo, también le dijiste la verdad. —Él no lo negó—. ¡Pues qué suerte la de Barrett! —Miró ahora a Chris con la misma cara de enojo—. ¿Y tú qué? También tienes la suerte de conocer al Mark sincero, ¿no? —lo acusó y los miró a ambos—. ¿Os habéis divertido comentando la jugada entre vosotros? La idiota de Maddie se traga todo lo que le contemos, igual que si fuera una… retrasada mental que… —Se le atragantaron las palabras al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas sin remedio.

—Ya basta, Maddie, por favor —rogó Mark intentando avanzar hacia ella, pero Anthony fue muy rápido esta vez y se interpuso en su camino.

Mark miró al hombre sin disimular su angustia.

—Vamos a intentar calmarnos todos un poco —sugirió Anthony, sorprendiendo al chico por el tono amable.

Leo se asomó ahora por la barandilla del segundo piso, justo a tiempo de suavizar el ambiente.

—*Mami*, ¡*toy qui riba*! —gritó el pequeño, feliz de la vida.

Todos miraron hacia la planta superior a tiempo de contagiarse de la sonrisa más maravillosa del mundo. El pequeño bajó después de la mano de Karen, que en la otra llevaba el juego de construcciones. Aquella imagen aceleró el corazón de Mark, que agradeció a la vida con toda su alma el permitirle disfrutar de aquel pequeño milagro.

—¿La ha llamado mami? —murmuró Chris para Mark, un tanto asombrado.

—Sí, porque lo es —informó—. Y él es Leo.

—¿Ese es Leo? —susurró—. No lo hacía tan… pequeño. —Frunció el ceño—. No me habías dicho nada —carraspeó, incómodo—. ¿Cuántos años tiene?

—Los suficientes —aclaró Mark.

—¿Los suficientes para qué?

Mark miró a su amigo ahora con una sonrisa.

—Para ser mi hijo.

—¡¿Perdona?!

—¡Sí! —exclamó sin disimular lo feliz que le hacía aquello—. ¿No es el niño más bonito que has visto en tu vida?

Chris miró al pequeño con asombro y después a Mark, al que le dio un apretón en el brazo como símbolo de enhorabuena.

Leo avanzó hasta su madre y le tendió el juego de construcciones que Karen le había entregado en el último escalón, pero se limitó a soltarlo sobre Maddie, que le dio un achuchón, y corrió hasta Mark.

—¡Papi! —exclamó, tendiéndole los brazos para que lo cogiera.

El chico izó a su hijo en brazos e hizo las presentaciones pertinentes, y no pudo evitar reír al ver la cara de alucinado que Chris no podía disimular.

—¡Tienes un hijo! —terminó exclamando su amigo, de nuevo.

—Tengo un hijo. —Sonrió mirando al niño con orgullo.

—¿Y lo saben tu madre y Lindsay?

—Aún no —contó Mark—. Están pasando demasiadas cosas y me preocupa que se presenten aquí para conocerlo.

—Eso ni lo dudes.

—Pues ni una palabra —pidió—. Espero que Maddie me permita llevarlo a Osterville para presentárselo cuando todo esto acabe.

—No tiene pinta de querer hacerte concesión alguna —suspiró Chris.

Mark asintió con un gesto de pesar.

—Voy de mal en peor, ¿no?

Chris se limitó a resoplar.

Capítulo 43

Aquella noche, Maddie salió al jardín buscando poder llevar algo de aire a sus pulmones. Sobrepasada por sus emociones, que le impedían tener un solo segundo de paz, había corrido al exterior cuando se encontró planteándose el medicarse para poder sobrellevar el grado de ansiedad. Regresar a los ansiolíticos era un retroceso demasiado importante y se resistía con uñas y dientes.

La noche había sido complicada. Durante la cena, su furia hacia Mark era tan intensa que le había resultado imposible comportarse con normalidad con nadie, pero aquello no fue lo peor. Tras despedirse para subir a acostar a Leo, Mark se había colado en la habitación del niño para arroparlo y darle las buenas noches. Allí había terminado contándole un cuento dulce y maravilloso sobre un pajarito que no podía volar, usando todo tipo de voces y sonidos, que al niño le había fascinado… y a ella también, hasta el punto de tener que salir de la habitación, incapaz de soportar la ternura que le inspiraba. Tras aquello, la lucha dentro de su cabeza había sido encarnizada. Con la intención de dormir junto a su pequeño, se había acostado en su cama, pero había tenido que levantarse en cuanto el niño cogió el sueño, incapaz de parar quieta. Desde entonces, llevaba pululando de un lado al otro de su alcoba a punto de enloquecer. Contra toda lógica, el hecho de que aquel loco de Jeremy Andrews pudiera intentar atentar de nuevo contra su vida o que la policía terminara arrestándola era lo que menos le inquietaba, Mark… eclipsaba todos sus pensamientos.

—Necesito poner distancia —se dijo, abatida, pensando en que todo sería mucho más fácil cuando no tuviera que topárselo a cada rato, pero el simple pensamiento de no volver a verlo…

Se apoyó en la pared de la casa observando el jardín desde allí. Le preocupaba mucho toparse con él, y prefería mantenerse en un punto en el que pudiera correr a su habitación de ser necesario.

«Cobarde», le gritó su conciencia frente a aquel pensamiento. «Precavida», le respondió ella.

Agudizó el oído cuando le pareció escuchar un ruido en el interior de la casa, incluso sacó el intercomunicador que llevaba en el bolsillo pensando en que podía ser Leo, pero solo le llegó silencio.

«Estás paranoica», se dijo, resignada, decidiendo que sería mucho menos estresante regresar a su alcoba. Con premura, abandonó la pared y se giró para entrar en la casa, con tanto ímpetu que no pudo evitar chocar de frente contra la persona que salía justo en aquel instante. El impacto fue tan fuerte que Mark tuvo que sujetarla para que no cayera.

—¿Estás bien? —se preocupó el chico, sin soltarla.

Maddie dejó escapar un improperio.

—Suéltame. —Se revolvió en sus brazos.

Lo escuchó suspirar con cierta desesperación, pero no la soltó.

—El destino te lanza a mis brazos una y otra vez, dulzura —susurró Mark—, ¿será porque es entre mis brazos donde debes estar?

Maddie luchó consigo misma. La necesidad de abandonarse a él resultaba igual de acuciante que las ganas de arrancarle la piel a tiras.

—¡No digas sandeces!

—No lo son. —Sonrió a medias—. ¿Sabes que es así como el destino nos presentó?

Ella lo miró un tanto confusa, preguntándose hasta qué punto él estaba solo bromeando.

—¿Quieres que te cuente cómo nos conocimos?

—No.

Pero sí quería. Por fortuna, Mark solía pasarse por el arco del triunfo aquel tipo de negativas.

—Yo acababa de llegar de viaje y aún no había tenido oportunidad de conocerte —contó—. Un día cualquiera, entré en el despacho de Barrett y te encontré encaramada a una de las sillas de oficina, intentando llegar a una carpeta de las estanterías más altas… —sonrió ante el recuerdo —, una silla con ruedas, que presagiaba el peor desenlace.

Maddie sintió una ligera sensación de vaivén, como si su cerebro estuviera empujándola a rememorar aquel momento.

—Te balanceaste durante unos segundos…

Cerró los ojos y casi pudo sentir aquella sensación.

—… y las ruedas terminaron jugándote una mala pasada.

La sensación de caer al vacío resultó ahora casi real y se agarró a Mark con fuerza.

—Y allí estaba yo para cazarte al vuelo.

Maddie abrió los ojos con aquel recuerdo aleteando con fragilidad en su memoria. Mark continuó hablando:

—Cuando caíste en mis brazos y me miraste a los ojos por primera vez —tragó saliva—, de alguna forma supe que mi vida jamás volvería a ser la misma.

Izó una de sus manos y le acarició el rostro con la yema de los dedos.

—Me perdí en tus preciosos ojos azules durante unos largos segundos, obnubilado… —siguió contando—, y cuando pude reaccionar, te dije…

—Dónde… has estado toda mi vida —musitó Maddie casi sin pensarlo.

Mark arqueó las cejas y la miró con asombro.

—¿Lo recuerdas?

—No… lo sé —titubeó confusa.

Estaba perpleja. No era un recuerdo completo, solo imágenes sueltas y una especie de sensación de reconocimiento.

—Cierra los ojos y dime qué hice a continuación…

A Maddie se le aceleró el pulso. De alguna forma su corazón le hablaba alto y claro, como si estuviera intentando obligar a su subconsciente a evocar aquel momento.

—Me besaste —afirmó sin ninguna duda.

—Sí, eso hice —admitió con una evidente emoción en la voz—, sin ni siquiera pararme a preguntarme si aquello estaba bien o mal —la atrajo más hacia sí—, jamás había sentido una necesidad tan imperiosa de besar unos labios… y no pude contenerme.

Y sabía que ella le había devuelto aquel beso, lo sentía en cada latido de su corazón, cada poro de su piel.

—Sabías a fresa y azúcar —susurró Mark—. Dios, fue un beso tan dulce…

Maddie lo miró a los ojos, asombrada, con otra certeza revoloteando en su mente.

—Por eso me llamas dulzura… —Aquello no fue una pregunta.

—Sí, desde ese día —admitió—. Es algo que intenté evitar cuando volvimos a vernos, y que confieso que me enervaba cada vez que se me escapaba, hasta que me cansé de luchar, me salía solo.

La chica intentaba encontrar algo de prudencia para no dejarse arrastrar por la ternura.

—Mark, esto no puede ser —sonó a ruego, e intentó alejarse de nuevo—. Han pasado demasiadas cosas.

—¿Y son tan imperdonables? —interrogó con desesperación, reteniéndola entre sus brazos —. Te juro que yo me he llevado la peor parte estos días, he estado a punto de enloquecer.

—¡Cállate!

—Maddie…

—No… me llames así… —se agitó, sintiendo que sus fuerzas para resistirse comenzaban a flaquear demasiado—. Solo mis amigos me llaman así.

—¿Y yo qué soy?

—Mi mayor enemigo —afirmó, buscando una defensa.

Mark metió la cabeza en su cuello y aspiró su aroma.

—Si quieres verme así, de acuerdo —musitó ahora en su oído—, pero déjame ser… un enemigo íntimo.

—Eso… no tiene ningún sentido —suspiró, sintiendo los besos de Mark como fuego sobre su cuello.

—Pues démosle un sentido, dulzura.

El deseo ardía con demasiada virulencia en la sangre de Maddie, y ya no sabía dónde buscar las fuerzas para seguir resistiéndose.

—No me hagas esto —rogó, desesperada, contradiciéndose al inclinar el cuello para darle mayor acceso.

—Es que no puedo evitarlo —confesó Mark sin dejar de atormentarla—. Mantenerme lejos de ti es un infierno, te llevo metida en la sangre, solo tengo que mirarte para desearte con toda mi alma —la atrajo contra su erección—, ardo como la leña seca en cuanto te toco —rozó sus labios — y cuando te beso…, fundo a negro, dulzura, y ya no soy capaz de razonar.

Maddie sabía que estaba perdida. Escucharlo poner en palabras todo lo que ella misma sentía era… un afrodisiaco del que no tenía escapatoria.

—Mi enemigo íntimo… —susurró Maddie sobre su boca, claudicando sin remedio.

—Sí…

—No voy a perdonarte —le advirtió al tiempo que sus brazos ascendían por el torso masculino, deleitándose con su dureza.

—Lo sé.

—Solo voy a… utilizarte… —Lamió sus labios con la punta de la lengua.

—Vale —aceptó Mark entre jadeos, izándola del trasero sobre su dureza.

—Bien… —gimió ella, rodeándole las caderas con sus piernas

Apenas un segundo después, se devoraban demasiado al límite de la locura como para plantearse nada más allá que acrecentar su deseo, hasta encontrar el alivio que les permitiera sobrevivir a aquel tormento.

Al amparo de la noche y sin dejar de besarse, Mark la soltó en el suelo solo el tiempo suficiente para meter las manos debajo de su camisón y tirar de sus braguitas, mientras que Maddie tironeaba de sus pantalones sin contemplaciones. Un instante después, la alzaba sobre él de nuevo y se hundía en su interior de una única y certera embestida, empotrándola contra la pared una y otra y otra vez…, profundizando con la misma intensidad con la lengua dentro de su boca, para amortiguar el sonido de los inevitables e intensos gemidos. El alivio que necesitaban no tardó en llegar. Estalló entre ellos con tanta intensidad que ambos contuvieron la respiración durante unos largos segundos.

Cuando todo quedó en calma, necesitaron un tiempo en silencio para poder llevar algo de aire

con normalidad a sus pulmones.

Sintiendo a Mark aún en su interior, Maddie seguía sin poder razonar del todo. Hasta que se sintió tan avergonzada que aquello le devolvió la cordura, junto con buena parte de su irritación.

—Bájame ya —exigió.

Mark la soltó en el suelo.

—No me mires así —le dijo el chico mientras se acomodaba los pantalones.

—¿Así cómo? —lo enfrentó—. ¿Como si fuéramos enemigos, dices?

Verlo sonreír terminó de rematarla.

—¡Pues lo somos! —le aseguró, molesta—. Te he advertido de que esto no cambiaba nada.

Mark soltó aire muy despacio.

—Lo sé y lo acepto —admitió—. No me importa seguir… siendo tu enemigo íntimo un poco más.

Maddie frunció el ceño.

—Dirías cualquier cosa para meterte entre mis piernas —lo acusó.

—Y tú te agarras a cualquier excusa para darme permiso.

—¡Idiota! —dijo, sin poder desmentir del todo aquella afirmación.

Con una sonrisa divertida, Mark la tomó de la cintura de nuevo y la atrajo hacia sí.

—Esto no va a volver a repetirse —protestó Maddie entre dientes.

—Los dos sabemos que no hemos tenido suficiente.

La chica se lamentó, sintiendo que su excitación volvía estar en un punto álgido, pero Leo escogió aquel momento para pedir agua, lo cual les llegó alto y claro a través del intercomunicador.

—Vaya… —murmuró Mark haciéndose a un lado, soltando un claro sonido de frustración.

—Bienvenido a la paternidad —ironizó—, te va a encantar.

Mark sonrió.

—Ya me encanta, incluso con todos sus contras —afirmó, y tiró de ella hacia sus brazos de nuevo—. Y me encantas tú, dulzura. —Le robó un beso intenso y la soltó a continuación.

—Eres un…

—Te espero en mi habitación.

Maddie lo mató con la mirada.

—¡Espera sentado! —exclamó, furiosa, alejándose a paso rápido.

Entró en la casa como alma que lleva el diablo, sintiendo la humedad de nuevo entre sus piernas con absoluta claridad…, demasiada.

«Mierda», se quejó al ser consciente de algo en lo que ni había reparado. «¿Dónde narices he dejado tiradas mis bragas?».

∞∞∞

Cuando atendió a Leo y se aseguró de que dormía de nuevo, salió de la alcoba y se quedó parada en mitad del pasillo, mordiéndose los labios con un movimiento nervioso. Miró hacia la puerta de la alcoba de Mark, sintiendo que la llamaba a gritos.

«¡Ni lo pienses!», se terminó diciendo, irritada, y se asomó por la barandilla para comprobar que la casa seguía en silencio y no había señales de Mark.

—Esto es surrealista —murmuró entre dientes mientras descendía con cautela las escaleras para ir en busca de sus bragas. Solo le faltaba tener que explicarle a la señora Danvers qué hacía su ropa interior tirada en el jardín.

Salió al exterior, encendió la pequeña lucecita que el intercomunicador llevaba instalada y revisó la zona con atención, pero no había ni rastro.

—¡Mierda, joder! —exclamó, entre unos cuantos improperios más. Resultaba evidente que no se habían podido volatilizar en la nada, así que… no había que ser muy listo para sumar dos más dos—. ¡Voy a matarlo!

Entró en la casa, subió las escaleras con irritación y caminó hasta la puerta de la habitación de Mark, a la que llamó sin pararse ni a pensarlo.

Cuando el chico abrió, a Maddie se le secó la garganta. Se había quitado la camiseta y solo llevaba puestos los pantalones deportivos.

—¡No vengo a lo que crees! —aclaró de inmediato en un tono seco, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Y entonces? —Sonrió—. ¿Has perdido algo?

—Sabes que sí —replicó—. Devuélvemelas.

—Me las he encontrado en el suelo —anunció—, así que ahora son mías.

—¡No vas a quedarte con mis bragas! —Él le hizo un gesto para que bajara la voz, y ella agregó entre dientes—: Van a juego con un sujetador, idiota, ¿para qué las quieres tú?

—Adivina. —Arqueó las cejas.

El cuerpo de Maddie ardió por la simple insinuación

—Déjate de tonterías y dámelas.

Mark se apoyó sobre un hombro en el marco de la puerta y se cruzó de brazos con calma.

—Vale, negociemos.

—Son mías, no hay nada que negociar.

Maddie miraba ya nerviosa hacia todos lados, preocupada porque alguien pudiera descubrirla allí. Eso por no hablar de los sudores que tenía desde hacía rato, mientras la parte de su cerebro que iba por libre no dejaba de gritar… «¡Tú no vienes a por tus bragas y lo sabes!».

—De acuerdo —aceptó Mark.

La chica lo observó con una mezcla de desconcierto y decepción, que incluso a ella le sorprendió.

—Ah…, bien…

—Las tienes encima de la cama —informó Mark.

Maddie frunció el ceño.

—Pues dámelas.

—Entra a cogerlas. —Clavó sus ojos grises en ella, retándola con evidente claridad.

Con un gesto obstinado, Maddie izó el mentón y lo miró con irritación.

—No pienso entrar en tu alcoba.

—Los dos sabemos que a eso has venido, dulzura… —suspiró, mirándola sin poder ocultar ya su lujuria.

—¡Sigue soñando! —masculló, molesta—. Quédate con ellas, me pondré otras.

Se giró dispuesta a marcharse, pero Mark la retuvo de la muñeca.

—¿Me pondré otras? —interrogó con una pronunciada ronquera—. ¿Te has presentado en mi puerta sin bragas, Maddie?

La chica se aclaró la garganta, ahora consciente de lo que debía parecer

—No he… pasado por mi cuarto —aclaró, y le sonó a excusa hasta a ella.

—Porque no era a tu cuarto adonde querías ir.

Sí, a aquellas alturas era evidente que se había autoengañado de maravilla, pero ni muerta lo reconocería frente a él.

—Olvídalo —tiró de su mano y Mark le permitió rescatarla—, mis bragas es lo único mío que tendrás en tu alcoba.

Caminó de regreso a su habitación con toda la dignidad de que fue capaz, intentando apagar el fuego que le quemaba las entrañas. Cerró la puerta y se apoyó sobre ella, demasiado consciente de la intensidad con la que deseaba correr de regreso a sus brazos, y tuvo que quitarse la chaqueta para combatir el insoportable calor.

—Dios, Maddie, tienes que aguantar…

Unos golpes a la puerta le cortaron la respiración. Abrió con el corazón acelerado y el deseo más voraz anidando en su pelvis, para enfrentarse a un Mark que la observaba con un infierno ardiendo en la mirada y sus bragas en la mano.

—No soy especialmente fetichista —dijo en un tono serio, lanzándole la prenda a los brazos —, de nada me sirven sin ti.

Maddie tragó saliva mientras los ojos masculinos recorrían su cuerpo de arriba abajo, disfrutando de las curvas que se marcaban a través del fino camisón. La lujuria más primitiva estalló en su interior frente a su mirada, llevándola al límite de su resistencia. Sentía la humedad entre sus piernas descender por sus muslos y sus pezones erectos se marcaban con absoluta claridad a través de la seda.

Lo vio cerrar los puños y apretar los dientes, señal inequívoca de cuánto se estaba conteniendo.

—Deja de mirarme así —exigió irritado—, y jamás vuelvas a tocar a mi puerta si no piensas entrar, porque no sé hasta cuándo podré seguir controlándome.

Maddie exhaló aire entre jadeos.

—Pues… aplícate el cuento…

—¿Qué?

—Que mi autocontrol no es tan grande como el tuyo —susurró al tiempo que tiraba de la cinturilla de sus pantalones para atraerlo hacia ella mientras buscaba su boca con desesperación.

Soltando un gemido de anticipación, Mark se dejó arrastrar al interior de la alcoba y cerró la puerta tras él, respondiendo a ella y sus exigencias sin control alguno. Maddie lo atrajo hacia la cama, lo empujó sobre el colchón y disfrutó de la mirada de lujuria con que la devoró mientras ella se quitaba el camisón, ofreciéndole una visión completa de su cuerpo desnudo. Después se arrojó sobre él y llegó hasta su boca con un hambre desmedida.

—Eres tan maravillosa… —lo escuchó susurrar mientras sus manos recorrían su espalda y su lengua devoraba cada rincón de su boca.

Pero ella apenas podía razonar. En aquel instante solo sabía que lo quería todo de él. Enfebrecida, descendió por su torso, deleitándose con el tacto y el sabor de su piel, usando las manos, la boca, la lengua y cualquier otra parte de su cuerpo que sintiera en contacto con él. Cuando llegó hasta aquella dureza que adoraba sentir entre sus piernas, le rindió pleitesía con un hambre voraz, acrecentada por los intensos jadeos que Mark no podía contener mientras metía las manos entre su pelo, instándola a continuar. Pero él no tardó en exigir su turno para poder disfrutar de ella en la misma medida. La torturó una y otra vez, con las manos, la lengua…, hasta que Maddie perdió la cuenta de las veces que la había llevado hasta la cima. Tras largo rato, al fin ascendió por sus caderas para hundirse en su interior en busca del paraíso compartido, aquel que los llevaba de la mano a un punto en el que todo era perfecto.

Una vez más, exhausto, se dejó caer a un lado tratando de recuperar el aliento, mientras que Maddie no podía dejar de maravillarse con la intensidad de todo lo que Mark le hacía sentir, no había palabras para describirlo. Miró al techo durante unos largos segundos, intentando

reponerse de la impresión, hasta que terminó observando de reojo al chico, que tampoco había pronunciado una sola palabra.

—Estás muy callado —acabó diciendo, extrañada.

—Sí, como tú.

Contrariada frente a la parquedad en palabras, se preguntó si quizá para él… había podido no ser tan increíble.

—Mark…

Él soltó un largo suspiro y rogó:

—¿Podemos simplemente no decir nada?

Maddie lo miró asombrada.

—¿Por qué?

Lo vio titubear con absoluta claridad y se exasperó.

—Di lo que tengas que decir —exigió, sentándose para verlo de frente, muy seria ahora, esperando lo peor.

Mark soltó un improperio y salió de la cama.

—Ya veo que, hablemos o no, terminaremos en el mismo punto —repuso mientras se ponía los pantalones.

—Te estás comportando como un desequilibrado —alegó, molesta, saliendo también de la cama.

Mark la observó mientras recorría la habitación desnuda en busca de su camisón

—Deja de mirarme —exigió dolida—. Ya te ibas, ¿no?

—Sí —declaró Mark—, antes de que me eches, supongo.

—Pues date prisa —ironizó—, porque estoy a punto de hacerlo.

—Sí, de eso no me cabe duda. —Parecía abatido.

La chica se alejó de él y buscó el aire fresco de la terraza. Prefería no verlo salir por la puerta. Se apoyó en la barandilla, prometiéndose no echar una sola lágrima. Afinó el oído, esperando escuchar la puerta de un momento a otro, y se sobresaltó cuando Mark llegó hasta ella y la abrazó por la espalda.

—¿No te ibas? —Se le quebró la voz.

—¿Por qué no podemos tan solo disfrutar del momento? —le susurró, sonaba desesperado—. Quiero dormir contigo, Maddie, te juro que lo último que deseo es salir de este cuarto, pero no puedo medir cada palabra que diga, y siento que cualquiera de ellas puede ser el detonante que te obligue a echarme.

No supo si fueron sus palabras o la angustia que leyó con demasiada claridad en su tono de voz, pero se sintió morir. No podía desmentir aquella afirmación, ella misma se sentía como una bomba de relojería, que podía detonar en el momento menos pensado.

—No sé… cómo gestionar todo esto, Mark —reconoció con sinceridad, perdida—, son demasiadas emociones juntas, gritando al mismo tiempo dentro de mi cabeza, enloqueciéndome —suspiró con pesar—. La traición es algo… que me ha perseguido durante todo este tiempo —reveló.

—No te entiendo.

—Tengo pesadillas, Mark —sollozó—, no he dormido una sola noche completa desde que desperté en aquel hospital.

—¿Pesadillas con tu accidente?

—Contigo —le costó confesar.

Mark la obligó a girarse hacia él y la miró a los ojos.

—Insinuaste algo la noche que estuvimos sentados en el balancín —recordó—, y en aquel momento tampoco entendí nada, pero no podía preguntarte.

—Y yo no puedo decirte mucho más —admitió, abatida—, salvo que en mis sueños siento tu traición muy real, y ha vivido conmigo demasiado tiempo —contó—. No soporto la sensación…, y me he sentido igual al descubrir tu engaño.

Resultaba evidente que Mark estaba desconcertado.

—No me quito las culpas de estos últimos días —concedió—, y entiendo tu reacción, aunque soy sincero cuando digo que daría cualquier cosa por volver atrás y hacerlo todo de manera diferente —sonó abatido—, pero… te aseguro que no existe esa traición del pasado de la que hablas, Maddie, yo… —le acarició el rostro con la yema de los dedos— te amaba con toda mi alma, jamás te habría traicionado.

La chica no pudo contener las lágrimas y sollozó.

—No es eso lo que me grita mi subconsciente, Mark —susurró con tristeza—, y mi instinto es lo único que tengo, el resto de mi mente está a oscuras.

El chico se perdió en sus ojos.

—Qué paradójica es la vida —murmuró con la voz quebrada y un infierno en la mirada—. Durante los dos últimos años, a mí casi me matan los recuerdos.

Con una sonrisa triste, la chica interrogó:

—¿Habrías preferido borrarlos de tu memoria, de haber podido?

Mark no lo dudó ni un segundo:

—Jamás. No sacrificaría ni uno solo —concedió—, los atesoro demasiado, aunque algunos duelan tanto.

Maddie se derrumbó por completo.

—¡Quiero que regresen los míos! —imploró, rompiendo a llorar sin contención.

Mark la abrazó y lloró con ella.

—Te ayudaré a recuperarlos —prometió, mirándola con un brillo en los ojos que la enterneció—. Mientras tanto…, déjame darte recuerdos nuevos…

El beso que le robó a continuación fue tan dulce y tierno que Maddie no pudo resistirse. Aún no sabía si podía haber un futuro para ellos, los separaban demasiadas cosas, pero en aquel instante solo existían ellos dos, hombre y mujer, y la ardiente necesidad de convertirse en uno solo.

En aquella ocasión hicieron el amor de forma lenta y pausada, disfrutando de cada beso, cada caricia, con el corazón en carne viva latiendo a un mismo son. Ambos se entregaron sin reservas ni condiciones, conscientes de que, pasara lo que pasase, nadie podría robarles aquel momento de complicidad absoluta.

Nadie…, excepto el recuerdo del pasado que alimentaba sus pesadillas y que ya había permanecido oculto durante demasiado tiempo…

Capítulo 44

Tras pasar más de la mitad de la noche haciendo el amor, Maddie cayó en un sueño profundo que necesitaba mucho. Solo entre sus brazos conseguía descansar sin que las pesadillas hicieran su aparición, pero… aquel día todo estaba demasiado revuelto en su cerebro, como si su mente fuera un enorme avispero que hubieran agitado en demasía.

Desde que habían hecho el amor por primera vez, no había recuperado su sueño dulce y embriagador, ya no escuchaba sus susurros al oído, llenando su corazón y su mente de paz, solo sentía la angustia de la traición en lo más profundo de su alma, y aquella noche… la inundó con más virulencia que nunca.

Se agitó entre las sábanas, sintiendo una mezcla de malestar, ansiedad e inquietud apoderarse de sus sueños, como si de un terrible monstruo se tratara. Su respiración se fue alterando a medida que la angustia inundaba su pecho y le impedía llenar de aire sus pulmones, y su corazón latía con un terrible presentimiento que le arrancó un gemido de desesperación.

«Él es mío, siempre lo ha sido», escuchó por primera vez a gritos dentro de su cabeza. «Tú solo has sido un entretenimiento, alguien con quien divertirse antes de nuestra boda, su última juerga, su juguete».

Las palabras golpeaban con violencia el corazón de la chica, que lo sentía quebrarse en dos mientras la imagen de una mano de uñas rojas, largas y cuidadas se agitaba frente a sus ojos luciendo un anillo maravilloso, uno que… Maddie ya había visto antes, uno que debería ser suyo…, pero que él le había dado a otra persona.

Se revolvió entre las sábanas mientras el recuerdo de sí misma gritando de dolor le desgarraba el alma, cuando montones de imágenes sueltas se acumularon en su mente… Y no eran solo de aquel anillo en una mano que no era la suya, sino también del anuncio público de una boda, junto con… una risa cruel e incesante, que resonaba en sus oídos mientras se burlaba de ella.

«Él es mío».

Maddie lloraba en silencio.

«¿No pensarías que de verdad iba a enamorarse de una muerta de hambre?».

La odiosa risa de nuevo.

«Tú solo has sido un entretenimiento…».

Cada palabra le provocaba una dolorosa y lenta agonía, y se repetían en su cerebro una y otra vez, martirizándola, mientras ella rogaba para que el dolor cesara.

—Despierta, dulzura, por favor… —se metió un susurro diferente ahora dentro de su cabeza.

«¿Por qué me has hecho esto?», gritaba una Maddie desquiciada, perdida entre una niebla que le calaba los huesos, mientras enloquecía por el peso de los recuerdos.

—Maddie…

—No… —sollozó.

—Despierta.

—Yo te amaba… —gimió, con el corazón sangrando de dolor.

Entre la bruma, sintió un suave roce sobre su boca y aquello la desconcertó, calmando su

agonía, era una sensación tan maravillosa…

—Dulzura, abre los ojos.

…aquellos labios besaban tan bien, pero eran tan engañosos…

—Vuelve conmigo.

…sabían a deseo, amor y… mentiras…

—Despierta.

…a traición.

Abrió los ojos, sobresaltada, y se topó frente a frente con los de Mark, que la observaba con lo que parecía inquietud.

—Por fin, Maddie, estabas teniendo una pesadilla.

—¡No me toques! —exclamó entre dientes, empujándolo con todas sus fuerzas.

—¿Qué te pasa?

Maddie salió de la cama y tiró de la sábana con violencia para envolverse en ella, mientras intentaba contener las lágrimas y la angustia que embargaban todo su ser.

—Sal de mi cuarto.

—¿Por qué?

La chica apenas podía controlar sus emociones. Aquellos recuerdos dolían como si una daga afilada le cortara la piel, igual que si todo estuviera sucediendo en aquel mismo instante, y quizá así era, porque… Mark había vuelto a engañarla de nuevo.

—Maddie, por favor, habla conmigo.

—Me traicionaste —lo acusó.

—No es verdad.

—¡Sí lo es! —le gritó sin poder reprimir las lágrimas—. ¡Ahora lo recuerdo con claridad! Jugabas y te divertías conmigo, pero le diste el anillo a ella. ¿Cuándo ibas a decírmelo? —Lo enfrentó con el corazón hecho trizas—. ¿Cuando estuvieras casado?

Mark la observaba con un claro gesto de desconcierto.

—¿Me ves casado?

Aquello la contrarió un poco, y Mark aprovechó para continuar.

—No sé de qué estás hablando —insistió—. Tu mente está confusa, estás inventando recuerdos que no existen.

—¡No estoy loca!

—No he dicho eso, pero…

—¡No debí confiar en ti de nuevo! —se exasperó.

Aquello pareció desesperar a Mark, que la enfrentó ahora un tanto molesto.

—¿De nuevo? ¿Es que lo has hecho alguna vez?

—¡No! ¡Y es obvio que tenía motivos para no hacerlo! —Apretó los dientes, intentando que dejara de doler, pero sin conseguirlo—. ¡Tú eres el culpable de que jamás haya recuperado mis recuerdos! —lo acusó con el corazón roto.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Me incriminaron, me secuestraron, estrellaron mi avión en el quinto infierno, ¡y nada de eso se puede comparar con el dolor de tu traición! —declaró con una mezcla de rabia y resentimiento—. ¡Es a ti a quien jamás he querido recordar!

Mark la miraba ahora con una expresión de desolación que ella no podía ver, porque estaba demasiado centrada en su propio dolor.

—Tú destrozaste mi vida —insistió—. Ojalá no te hubiera conocido nunca.

No podía parar de hablar. La necesidad de devolverle algo del dolor que inundaba su pecho

era demasiado intensa. Dos años y medio de pesadillas nocturnas se agolpaban ahora en su mente, impidiéndole razonar, solo podía dar coces de forma indiscriminada, sin pararse a descansar para comprobar los daños.

—¡Sal de aquí! —exigió cuando estaba ya al borde del colapso.

Mark se había puesto los pantalones y la miraba en silencio.

—¡Fuera!

—Hasta un condenado a muerte tiene derecho a defenderse —murmuró en un extraño tono, mezcla irritación y desconsuelo.

—Tú no eres ninguna víctima —acusó—. No es a ti a quien condenaron a vivir sin recuerdos el resto de su vida.

—Tienes razón, mi condena fue mucho peor —aseguró.

—¿Peor? ¡No tienes ni idea de lo que es vivir a oscuras!

—No, yo sé lo que es no querer hacerlo, maldita sea, ¡no querer vivir! —se le quebró la voz —. Levantarte cada mañana luchando contra las ganas de acabar con todo, porque el peso de los recuerdos duele tanto que te impide hasta respirar.

—Recuerdos que yo no tengo.

—¡Dichosa tú!

—Eres…

—¡Te enterré, Maddie! —le gritó entre dientes con la voz rota y una agonía absoluta en los ojos—. ¡No hay dolor que pueda compararse a ese! —Apretó los puños—. ¿Quieres saber lo que es un mal sueño? Prueba a soñar durante meses cómo sepultan a la persona que más amas a dos metros bajo tierra. Escucha la tierra caer sobre su ataúd y siente como si con cada pala que arrojan te desgarraran el cuerpo, el corazón, el alma, hasta dejarte vacío. Y digo mal sueño…, porque la verdadera pesadilla comienza al despertar, cuando la realidad te golpea como una losa y tienes que enfrentarte a la ausencia. ¡No te haces una idea de lo cerca que he estado de la locura!

La chica se apretó las sienes con fuerza. No podía dejarse influir por sus palabras, por el aparente tormento que leía en sus ojos, por esa… reiteración en sus sentimientos, pero… se le veía tan… roto.

—Me has mentido demasiado, Mark, jamás podré confiar en ti —declaró, rendida al agotamiento tanto físico como emocional.

El chico la miró en silencio durante lo que pareció una eternidad. En sus ojos se adivinaba un calvario que a Maddie estuvo a punto de ganarle la partida.

—Me rindo —lo escuchó susurrar con una voz de ultratumba—, ya no puedo más, no puedo seguir remando a contracorriente. —Soltó aire despacio—. He cometido demasiados errores y soy consciente, y parece que todos ellos nos han traído hasta un punto de no retorno —la miró con tristeza—, uno en el que voy a pagar por el único error que… no cometí —suspiró con pesar —. Asumo y acepto mi penitencia. Puedes estar tranquila y bajar la guardia, Maddie, te juro por mi vida que jamás volveré a molestarte.

Salió de la alcoba un segundo después, sin mirar atrás.

Maddie miró la puerta cerrada durante mucho rato, antes de dejarse caer sobre la cama, abatida, intentando encontrar las fuerzas para asimilar que aquello era el final.

«Te juro por mi vida que jamás volveré a molestarte».

Nunca unas simples palabras le habían dolido tanto.

Capítulo 45

Maddie jugaba con Leo en el salón mientras Anthony hablaba por teléfono con el inspector Taylor unos metros más allá. A pesar del enorme dispositivo policial que habían desplegado para localizar a Jeremy, aún no habían obtenido resultado. Tampoco había contestado al email ni encendido su teléfono. Lo único que podían hacer era esperar.

La chica estaba nerviosa y distraída. Incapaz de dejar de preguntarse dónde estaría Mark, aguardaba verlo aparecer sin poder evitar cierta inquietud. Eran casi las once de la mañana y no había dado señales de vida, ¿pensaría ignorar a todo el mundo para no toparse con ella?

«Pues al parecer no», se dijo cuando lo vio bajar por las escaleras, procedente de su alcoba. Su corazón le dio la bienvenida, acelerándose sin remedio. Lo miró de reojo y suspiró. Traía en el rostro una de sus expresiones imperturbables, de las que lo convertían en el hombre inaccesible que conoció el primer día.

Saludó con un seco buenos días y le cambió el gesto cuando puso sus ojos sobre Leo, que corrió a abrazarlo. Tomó al niño en brazos con una sonrisa sincera y le hizo unos cuantos mimos.

—¿Has dormido bien, pajarito?

—Yo no *puero* volar —recordó el niño el cuento que le había contado la noche anterior.

—¿Como que no? —sonrió Mark—, ¿y esto qué es?

Le hizo el Superman por todo el salón mientras el niño gritaba emocionado y reía a carcajadas.

—¡*Mia*, mami, *toy volanno*! —Se le veía tan feliz que la chica no pudo evitar contagiarse un poco. Habría querido poder levantarse y hacer el avión también a su lado. Le dolía saber que jamás podrían compartir aquel tipo de diversión familiar.

Cuando Anthony colgó el teléfono y se acercó a la mesa del salón, Mark dejó al niño en el suelo.

—¿Se sabe algo nuevo? —interrogó.

—No, a Jeremy parece habérselo tragado la tierra —informó—, aunque la buena noticia es que no tiene pinta de haber salido del país.

—No al menos con su nombre —le recordó Mark.

—Sí, claro, si está usando documentación falsa, la cosa se complica —admitió Anthony—, aunque Taylor ha mandado su foto a todos los lugares por donde podría salir de la ciudad, estaciones, aeropuertos, pero si lo hace en coche será mucho más difícil seguirle la pista. —Cogió asiento en un sillón, agarrándose la pierna lesionada.

—¿Te duele? —se interesó Mark. El hombre asintió—. Ayer hablé con mi tío —contó—. Le pedí que buscara a alguien para que te ayude con la rehabilitación.

Anthony lo miró asombrado, y Maddie tuvo que contener una exclamación de sorpresa.

—No es necesario.

—No hay mucho que hacer —opinó Mark—. Puedes dedicarte un par de horas al día. No es bueno interrumpir del todo el tratamiento, ese tipo de lesiones dejan secuelas.

—Lo sé, pero confío en que esto no dure mucho tiempo —repuso el hombre—. Cuando estemos de regreso en Chicago, volveré a replanteármelo todo.

Mark asintió en silencio. A Maddie le sorprendió la punzada de dolor que la invadió frente al simple pensamiento de regresar a Chicago. Tuvo que recordarse que su vida no estaba en aquella casa y miró a Mark de reojo, pero al chico no parecía haberle afectado para nada el comentario.

—Hay algo que quiero comentar contigo —repuso Mark ahora.

La chica izó la cabeza para mirarlo, con el corazón acelerado, pero se avergonzó al descubrir que no era a ella a quien le hablaba, sino a su padre.

—¿Podemos hablar en privado? —siguió diciendo.

Aquello sí la impulsó a meterse en la conversación.

—Ah, no, ¡de eso nada! —protestó—, ya hemos cumplido el cupo de secretos para toda la vida.

Mark la miró por primera vez desde que había bajado, y Maddie le sostuvo la mirada con obstinación. Él pareció meditarlo durante unos segundos y después se giró hacia Anthony.

—Olvídalo —le dijo—, quizá no es algo demasiado relevante para el caso.

—Pensé que ya te habías quedado sin secretos —ironizó Maddie—, y mira tú por donde…

Mark la observó con un gesto inexpresivo.

—Vale, las cartas sobre la mesa de una vez por todas —expuso, y miró a Anthony—. Quería preguntarte si hay alguna posibilidad de seguir los movimientos de Maddie en los días previos a su desaparición.

La chica lo miró perpleja, tanto que no dijo nada, esperando ver cómo se desarrollaba la conversación.

—¿Por qué? —interrogó su padre, igual de desconcertado.

—Pasaron algunas cosas raras en esos días —dijo en un tono distante—, que tienen pinta de estar relacionadas con todo esto.

Anthony le hizo un gesto para que continuara hablando. Con una expresión inmutable, Mark cogió asiento frente a él.

—Hace dos años, justo tres días antes del desfalco, Maddie me echó de su vida sin darme ningún tipo de explicación —anunció, dejando a padre e hija aún más asombrados—. Jamás supe el motivo hasta… —carraspeó— hace unas pocas horas.

Perpleja, Maddie lo observaba con atención sin saber a qué atenerse, desconcertada frente a sus intenciones.

Anthony miró a su hija con curiosidad y después a Mark.

—Sigue.

—Alguien se aseguró de separarnos —explicó—, y supongo que lo hicieron con la intención de manipularla para que aceptara una buena suma y desapareciera.

—¿Y crees que fue Jeremy?

—Fue una mujer —declaró—, aunque supongo que trabajaba para él.

Con un nudo enorme en la garganta, Maddie era incapaz hasta de tragar saliva. Aquello estaba tomando un cariz que comenzaba a inquietarla demasiado.

—¿Una mujer? —Anthony estaba también desconcertado.

—Sí, alguien sembró en ella la desconfianza —señaló a Maddie, sin mirarla—, hasta el punto de alejarla de mí.

Anthony miró a su hija con un gesto de desconcierto.

—¿Tú sabes de qué está hablando? —le preguntó su padre con cautela—. ¿Tienes algún tipo de… sensación?

Maddie asintió con el corazón desbocado.

—Tengo… recuerdos.

Para su padre aquello fue una sorpresa.

—¿Has recordado algo?

—Sí —afirmó con la voz estrangulada—. Alguien me gritaba… y… se reía, creo que era por teléfono. —Intentó clarificar las imágenes sueltas que parpadeaban en su cerebro.

Anthony, pensativo, valoró la situación.

—¿Esa mujer podría ser Alice Silver?

—¿La mujer que murió en el avión? —Anthony asintió—. No lo sé, no recuerdo haber visto su cara —carraspeó incómoda—, solo sus manos. Creo que me mandó una foto, o tengo esa sensación. —Miró a Mark—. Llevaba puesto tu anillo.

El chico se quitó la careta el tiempo suficiente para dejarles ver su irritación.

—Jamás le di a nadie ningún anillo —aseguró.

—¡Claro que sí! —insistió Maddie.

Anthony los miraba a ambos, confuso.

—Sé que no se lo inventa —concedió Mark, intentando armarse de paciencia, ahora mirando a Anthony—, pero sus recuerdos no son reales —afirmó—, alguien los puso en su cabeza, alguien con una intención clara de separarnos.

Cada una de aquellas palabras comenzaban a marearla.

—¿Y cómo explicas que ella tuviera el anillo de tu abuela?

Se ganó la atención directa de Mark al instante.

—Eso no es posible.

—¡Lo es! —se reiteró—, lo veo en imágenes dentro de mi cabeza, y era el mismo anillo que intentaste darme hace unos días.

Él la observó con un gesto de incredulidad.

—Ella lo llevaba puesto en su mano de uñas rojas y perfectas —sonó a lamento.

—Eso no tiene sentido.

—Yo he visto esa foto —confirmó Anthony ahora, ganándose su atención, y miró a su hija —. En su momento, pedí una copia de la tarjeta SIM de tu móvil y me topé con esa foto cuando lo revisé en busca de pistas —informó—, aunque en ese momento no me llamó demasiado la atención, no pensé que fuera relevante. —Frunció el ceño, pensativo—. ¿Dónde narices se ha metido Karen?

—Creo que estaba fuera con Ben —declaró Maddie.

El hombre la miró irritado.

—¿Y qué demonios hace con él?

—Eso pregúntaselo a ella, papá, ¿para qué la quieres?

—Junto a la carpeta con tu expediente había un sobre que también le pedí que trajera —contó —. En él está el móvil con toda esa información.

Maddie llamó al teléfono de Karen, y la mujer apenas tardó tres minutos en estar en el salón con lo que necesitaban.

—Lo siento, se me pasó dártelo junto con el expediente —le tendió Karen el sobre.

Anthony la observó con cierta rigidez.

—Quizá si no te distrajeras tanto… —opinó con una evidente irritación.

Maddie miró a su padre con asombro, Karen no había hecho nada para ganarse aquella amonestación.

—¡Yo no me distraigo! —se quejó la mujer.

—No, ¿y dónde estabas? —interrogó mientras sacaba el móvil del sobre.

—He acompañado al grandullón a hacer la ronda —explicó—, pero…

—Fin del alegato —interrumpió Anthony, y se giró hacia Mark—. ¿Dónde podemos enchufarlo?

—¡Ni alegato ni hostias! —se quejó Karen—, ¡eres un explotador, Anthony Miller, Middelton, o como quiera que te llames!

—Sin dramas, Karen, que ya tenemos bastante.

—¿Sabes qué? —Lo miró furiosa—. ¡Dimito!

—No nos caerá esa breva.

Maddie los miraba a ambos, perpleja.

—¿Podemos calmarnos un poquito? —rogó.

—Ya estoy harta de aguantar sus tonterías —repuso Karen, acalorada.

—Pues ya puedes volverte con tu grandullón —intervino Anthony—, no te necesitamos.

—¡Eso voy a hacer!

La mujer se giró sobre sus talones, cruzó el salón con paso firme y salió por la puerta de la casa.

—Y ahora que por fin tenemos paz, sigamos trabajando.

Maddie decidió callarse. En otro momento se encargaría de mediar entre ellos. Su padre se cambió al sofá para estar más cerca del enchufe y encendió el teléfono. Cuando dos minutos después le mostró a Mark la foto de la que hablaban, el chico observó la imagen con un evidente desconcierto.

Un escalofrío invadió a Maddie al ver la foto. Era exacta a la imagen que veía dentro de su cabeza, una mano de uñas rojas perfectas, con aquel precioso anillo en el dedo.

—¿Es el anillo del que habláis? —preguntó el detective.

—Es el anillo de mi abuela, sí —admitió Mark con perplejidad—, pero no entiendo nada. —Miró a Anthony—. Le pedí este anillo a mi madre cuando le hablé de tu hija. —Resultaba evidente que no le era fácil contar aquello—. Tenía intención de… dárselo.

El corazón de Maddie latía a un ritmo de locura, y sentía un nudo de tristeza en el pecho que la subyugaba.

—Dárselo a mi hija, entiendo.

Mark asintió sin mirarla.

—Mi madre y mi hermana me lo trajeron cuando vinieron de visita pocos días después de hablarles de ella —explicó—, pero para ese momento, Maddie ya había decidido alejarse.

—Así que es muy posible que ya le hubieran mandado esta foto —opinó Anthony.

—Ese anillo no salió de casa de mi madre —aseguró—, hasta que me lo dio a mí.

—Puede que la foto sea un montaje.

—Aun así, la persona que lo hiciera tuvo que ver el anillo —insistió Mark—, y no me explico cómo.

Maddie guardaba silencio con cierta inquietud. Mark no parecía estar mintiendo… y aquello la trastocaba.

—¿Cómo llegó esa foto al móvil? —interrogó el chico ahora—. ¿Por dónde se la mandaron?

Anthony examinó el teléfono con interés y le costó un minuto contestar:

—Llegó por *WhatsApp*, desde un teléfono que no estaba en su agenda —frunció el ceño—, junto con un enlace a un artículo de la revista *People* —intentó acceder a la noticia—, pero está roto.

—Me pregunto a qué noticia llevaría —murmuró Mark.

A Maddie le costó confesar:

—Al anuncio de tu boda —dijo con total convencimiento. Las imágenes sueltas que

rondaban dentro de su cabeza eran inconexas a veces, pero claras.

Mark la miró con un gesto serio, y por un segundo Maddie tuvo la sensación de que iba a recortar las distancias, pero no sucedió. El chico terminó mirando a Anthony para decir:

—Alguien se tomó muchas molestias para lograr alejarnos —suspiró—. Esa noticia no existe, ni siquiera como *fake news*, te aseguro que jamás salió a la luz o me habría enterado.

—Clonaron la página —entendió Anthony—, solo para mostrársela a Maddie.

Mark asintió con los dientes apretados, ya no le era fácil esconder sus emociones.

—Voy a comprobar si hay llamadas de este número —indicó ahora el detective.

La ansiedad comenzaba a eclipsarlo todo para Maddie, que ya sentía que le faltaba el aire. Ella mejor que nadie sabía que encontraría al menos una llamada…

—Hay una de justo unos minutos antes de recibir esa foto —contó Anthony.

Maddie tuvo que esforzarse por respirar hondo. Aquella llamada había convertido su vida en una pesadilla que la había perseguido incluso en sueños. Alguien había manipulado su cerebro, sus recuerdos…, y su amnesia lo había complicado todo aún más.

—Maddie, ¿estás bien? —preguntó su padre ahora, preocupado frente a la palidez de su rostro.

La chica asintió, pero fue incapaz de hablar ni de mirar a Mark, aunque sentía sus ojos puestos sobre ella.

—Dame el número —dijo el chico de repente, sacando su propio teléfono—, voy a marcarlo, a ver si nos contesta alguien.

Puso el móvil sobre la mesita de café, conectó el altavoz y marcó el número que Anthony le dio. Cuando le dio a llamar, todos pusieron los ojos sobre la pantalla, aguardando una respuesta; lo que no esperaban era que aquel número estuviera registrado en la agenda de teléfonos del móvil de Mark, que identificó al dueño al instante.

—¡Hija de la gran puta! —exclamó Maddie entre dientes, y se puso en pie para controlar su furia.

Anthony los miró un tanto confuso.

—¿Quién es la tal Pam? —se interesó, leyendo la pantalla.

—Pamela Collins —explicó Mark, cortando la llamada tras un par de tonos—, es hija de Violet Collins, una de las accionistas de ZenithCorp.

—¿Y por qué crees que haría algo así? —preguntó el detective.

—¡Porque está loca! —repuso Maddie, que paseaba de un lado para otro—. Y no acepta un no por respuesta.

Y siempre había tenido un no por parte de Mark, aquello lo tenía bien claro, y ella… había permitido que se interpusiera entre ellos una y otra vez. Miró a Mark de reojo, pero el chico parecía perdido también en sus pensamientos.

—¿Hasta qué punto puede estar involucrada en el desfalco? —interrogó Anthony ahora.

Mark lo miró con asombro.

—Pues no me había parado a pensarlo —admitió—, no tengo ni idea.

—Habrá que hablar con ella —opinó el hombre—, pero déjame investigar sus cuentas primero.

Tanto Mark como Maddie estaban muy descolocados en aquel instante. La chica sentía bullir su furia en cada poro de su piel, mezclada ahora con una sensación de impotencia y tristeza.

—Entonces, reconstruyamos los hechos —sugirió Anthony—. Maddie recibe una llamada, esta foto y la noticia falsa, y todo eso provoca vuestra ruptura.

Esperó a que ambos asintieran, pero Maddie se limitó a encogerse de hombros, solo podía

suponerlo a medias.

—A mí solo me dijo que no quería volver a verme —declaró Mark—, pero sí, las fechas coinciden, esto sucedió tres días antes de que desapareciera.

Maddie se sintió fatal, pero no comentó nada.

—¿Tras esto no volvisteis a hablar?

—Pasé todo ese fin de semana buscándola —confesó Mark—, pero no conseguí localizarla. Ese lunes no se presentó a trabajar, pero me llamó por teléfono casi cerca del mediodía.

Aquello dejó a Maddie perpleja y lo miró con cautela.

—¿Para qué te llamé?

Mark puso sobre ella una mirada seria.

—No lo sé, me dijiste que tenías algo que contarme —explicó—. Quedamos aquí en mi casa esa misma tarde, pero jamás apareciste, te esperé durante horas.

El gesto de dolor de Mark no le pasó desapercibido.

—¿Y dices que no vine?

—Jamás volví a verte —afirmó, apretando los dientes.

—Pero ¿por qué te llamaría si no pensaba venir? —se preguntó en alto.

—Tenías intención de venir, Maddie, pero no pudiste —dijo ahora su padre con cautela—, te secuestraron esa misma tarde.

Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies.

—Oh, ya… —tragó saliva y miró a Mark con angustia—, y ¿no dije nada más cuando te llamé? ¿Qué crees que quería decirte?

—No lo sé —reconoció en un susurro.

—Pues yo tengo mis sospechas —murmuró Anthony, que seguía revisando el móvil.

Tanto Maddie como Mark lo miraron con una mezcla de ansiedad y expectación.

—Aquí hay una llamada de ese mismo día.

—¿De quién?

—Del consultorio del doctor Robbins.

—¿Quién es?

—Nuestro médico de confianza —informó Anthony, y reveló con cierta tristeza—. En esos días fuiste a verlo para hacerte unos exámenes médicos —contó—. Lo sé porque llamó a este mismo teléfono diez días después de tu accidente para ver cómo seguías de tus… náuseas.

—¿Náuseas? —Apretó los dientes frente a la verdad que tomaba forma en su cabeza.

Anthony la miró con pesar.

—Me temo que este día —izó el móvil— te confirmó tu embarazo —terminó diciendo su padre—, para eso querías ver a Mark.

Aquello fue como un mazazo para Maddie, que no pudo contener las lágrimas.

—Ibas a hablarme del bebé —susurró Mark con una voz de ultratumba.

Maddie se sentía morir. Si tan solo hubiera podido llegar hasta Mark aquel día…, pero alguien se interpuso en su camino, truncando su destino. Miró al chico de reojo, que estaba pálido como la cera, y tuvo que controlar las ganas de abrazarlo, pero todo aquel triste pasado, junto con un presente del que en aquel momento no se sentía muy orgullosa, dolían dentro de su pecho de una forma insoportable. Tuvo que excusarse, incapaz de seguir enfrentándose a todo aquello, y se alejó de allí. Necesitaba llorar, gritar y patalear…

Cuando se quedaron a solas, Mark también se puso en pie, aún en shock.

—Lo siento —lo sorprendió diciendo Anthony.

—¿El… qué?

—Que os cagaran la vida de una forma tan cruel —declaró—. ¿Realmente… amabas a mi hija?

Mark estuvo a punto de romperse del todo, pero se limitó a decir antes de alejarse hacia el jardín:

—Más que a mi vida.

Capítulo 46

Las horas pasaban lentas para Maddie. No había vuelto a ver a Mark, que les había mandado un mensaje con la señora Danvers para que comieran sin él, y eran casi las seis de la tarde y aún no había dado señales de vida.

Tras la siesta de Leo, la chica había salido con el pequeño al jardín, donde su hijo se había empeñado en coger algunas flores, algo que para ella resultaba un suplicio, dado lo fácil que era encontrarse pequeños bichitos anidando en ellas.

Para su sorpresa, Mark salió de improvisto de entre los árboles y la miró desde lejos, y por su expresión resultaba evidente que no esperaba encontrarla allí.

«Y tampoco parece hacerle especial ilusión», pensó la chica con tristeza, muy consciente de que se había ganado a pulso aquella actitud.

«Te trajo aquí con engaños y mentiras», intentó recordarle su conciencia, pero eso ya daba igual, toda su ira por aquello parecía haberse disipado y pasado a un segundo plano. Ahora era incapaz de no sentir el dolor de Mark como propio. Si metía la mano en su pecho, el simple hecho de pensar en vivir en un mundo en el que él no existiera… la enloquecía.

Con el corazón acelerado, aguardó a que Mark llegara hasta ella. Existía la posibilidad de que la ignorara y entrara en la casa, y era muy probable que lo hubiera hecho de no estar Leo allí; pero el niño corrió hacia su padre en cuanto lo vio, y Mark no tuvo más remedio que regresar hasta ella con su hijo en brazos.

—*Toy agiendo fores* —dijo el pequeño cuando estuvieron de vuelta frente a Maddie.

—Son preciosas. —Sonrió Mark, y señaló—. Mira, una mariquita.

El chico puso su mano delante y el bichito se subió en la palma. Alucinado, el niño observaba al insecto con los ojos como platos.

—*Ohh*, qué *chitita*.

—Sí, es chiquitita, pero muy bonita. —Esbozó una amplia sonrisa frente al gesto fascinado de su hijo—. ¿Quieres cogerla?

El niño lo miró cada vez más emocionado. Tendió su mano y Mark arrimó la suya, hasta que la mariquita cambió de manos.

—¡*Hase tostillitas*! —Rio feliz y miró a su madre—. *Mami, toma…, ora tú a coges*.

Maddie leía tal expresión de felicidad en el pequeño que estaba obnubilada, pero su gesto cambió cuando miró el insecto y, de forma instintiva, dio un paso atrás.

—Creo que la mariquita está cansada —opinó Mark, aún agachado frente al niño—, es mejor que la soltemos sobre una hoja, ¿vale?

A Maddie le pareció un gran detalle el gesto, a pesar de que él ni siquiera la hubiera mirado aún.

El niño se concentró en esperar a que el bichito pasara a la hoja y gritó alucinado cuando abrió las alas y echó a volar, algo que era evidente que no esperaba. Rio, nervioso y emocionado, y les sacó una inevitable sonrisa a sus padres.

—Gracias por eso… —concedió Maddie cuando él se puso en pie—. Creo que voy a tener que trabajar mucho para superar esa fobia.

Mark se limitó a asentir en silencio, y Maddie se sintió muy abatida.

—¿Puedo jugar un rato con Leo? —preguntó Mark en un tono serio.

—Sí, claro —aceptó, cohibida frente a su aparente indiferencia.

«*Me rindo… Te juro por mi vida que jamás volveré a molestarte*».

Aquellas palabras resonaban ahora dentro de su cabeza. Y no sabía si él estaba decidido a cumplirlas o solo quería castigarla un poco. Como fuese, no se atrevía a tocar el tema.

—Perfecto, gracias —dijo Mark sin cambiar su expresión, y miro al pequeño, aunque le hablaba a Maddie—. Te buscaré cuando acabemos.

«Así que lárgate», fue lo que oyó ella entre líneas.

—¿A qué quieres jugar? —lo escuchó preguntarle al niño.

—¡*As tostusiones*!

—Ya… —Mark miró a Maddie de reojo con un gesto ambiguo.

La chica se hizo la tonta, intentando no disfrutar demasiado del momento. Era evidente que Mark esperaba a que ella tradujera el peculiar idioma de su hijo, pero acababa de echarla con tan poca cortesía…

—¿Y eso de *as tostusiones*… qué es? —interrogó Mark, mirando a su hijo con el ceño fruncido.

—*A ponemos as tostusiones y a tiramos a la e tes,* ¡*pum*! —hizo el gesto de empujar algo con fuerza.

—Entiendo… —suspiró Mark, y ahora sí miró a Maddie de frente.

—¿Qué? —preguntó la chica con un aire inocente—. Me buscas cuando terminéis. —Se giró dispuesta a irse.

—¡Mami! —la detuvo Leo cuando no había avanzado ni dos pasos. La chica se volvió a mirarlo, y el pequeño levantó los brazos en señal de extrañeza—. ¿*Y as tostusiones*?

Maddie no pudo evitar reír frente a la expresión cándida e interrogante de su hijo, y le dieron unas ganas tremendas de comérselo a besos, pero se contuvo. Señaló unos metros más allá, hacia el juego de construcciones que habían sacado para jugar juntos en el jardín y que aún estaba junto a la carpa.

—Allí las tienes —sonrió—, y recuérdale a papá que tiene que contar hasta tres antes de tirar la torre.

El niño miró a su padre con un gesto solemne.

—*A la e tes* —le recordó el pequeño.

—*A la e tes y* ¡*pum*! —repitió ahora Mark—, ya me lo aprendí.

Maddie esbozó una sonrisa y tuvo que alejarse a paso rápido para no ceder a la tentación de rogarle que le permitiera quedarse, aunque fuera en silencio.

∞∞∞

Regresó al salón como si caminara por el corredor de la muerte. No había nada que le apeteciera hacer, excepto pasar el tiempo con Mark y su hijo, pero no era posible, él no la quería con ellos, aunque entendía su actitud. Debería haberle dado el beneficio de la duda la noche anterior, pero todos aquellos recuerdos que de repente se agolparon en su cerebro la habían desestabilizado por completo e impedido pensar con claridad. Aquel recuerdo era el causante de su amnesia y dueño de sus pesadillas, quizá si intentaba que Mark lo entendiera, él… podría excusarla por haber perdido los papeles.

«¿Y con qué objetivo?», se preguntó, inquieta. ¿Realmente podían empezar de cero después

de tanto dolor? No lo sabía, ni siquiera tenía claro que él se lo hubiera planteado un solo segundo en algún momento. No dudaba de que la había amado mucho, él mismo se lo había confesado, pero siempre se había cuidado de hablar en pasado. En realidad, no tenía ni la más remota idea de los sentimientos reales de Mark por ella en el presente, salvo la evidente atracción que los arrastraba a la cama.

Desesperada, cogió asiento en el sofá, valorando sus propios sentimientos. No sabía si su corazón siempre había reconocido en Mark al amor de su vida, ese al que anhelaba en sus sueños, o si había vuelto a enamorarse de él en solo unos pocos días, pero sus sentimientos eran puros, intensos e inconfundibles: lo amaba con toda su alma.

Con un nudo en el estómago, fue consciente de cuánto anhelaba recuperar el resto de sus recuerdos. Ansiaba descubrir todo acerca de su relación con Mark, toda la magia de sus primeras veces, el modo en el que se habían enamorado… Quizá aquello fuera lo único que le quedara de él cuando todo terminara.

—Un corazón, un amor, una llave —musitó casi para sí. Daría la misma vida por escuchar aquellas palabras de sus labios una vez más. ¿Qué habría hecho él con la llave que, sin duda, seguía abriendo su corazón solo para él? No se atrevía a preguntarle.

Se sobresaltó al escuchar un ruido y afinó el oído. Parecía estar sola en la casa, pero había sonado muy cerca, ¿podían ser platos rotos…?

Miró hacia la alacena y caminó hasta allí. ¿Alguien podría estar acechando tras aquella puerta? ¿Quién en su sano juicio iba a colarse en la casa para esconderse allí?

«Quizá he llegado en el momento justo y ha tenido que meterse donde ha podido», pensó, y reculó unos pasos hacia atrás, planteándose si debía llamar a alguien más.

—¿Qué pasa? —se interesó la señora Danvers a sus espaldas, sobresaltándola.

Maddie soltó un pequeño gritito y se sintió avergonzada.

—Hay alguien tras esta puerta —indicó—. ¿Puede ir a buscar a mi padre?

—¿Y dejarla aquí sola? —interrogó la mujer—. ¡Mark me despediría al instante!

—No diga tonterías —se quejó Maddie.

—No es ninguna tontería —opinó—. Vaya usted a buscar a alguien, yo vigilaré.

—No voy a dejarla sola ante el peligro —aseguró Maddie.

—Hablando de peligro, aprovecho para decirle que tenemos visita —suspiró el ama de llaves —. He venido a avisar de que Pamela Collins está fuera.

Maddie se quedó paralizada, y un instante después sintió como una mezcla de ira y ansiedad se apoderaban de ella.

—¿Le han abierto la cancela? —preguntó entre dientes.

—Aún no, he venido a informar primero —explicó—. Los de seguridad tienen órdenes de no dejar pasar a nadie sin pedir autorización.

La chica miró hacia la despensa de nuevo, sin tener muy claro el orden de prioridades, pero arrastrar de los pelos a Pamela Collins ganaba peso.

—¿Abrimos la puerta? —Señaló Maddie la alacena.

—Mientras lo pensamos… —La mujer sacó un manojo de llaves del bolsillo, se acercó a la puerta y, con cuidado, le echó la llave.

Maddie frunció el ceño y le salió del alma:

—Debería haber un pestillo también por dentro.

—En realidad serviría con un cartel de *no molestar*, como el de los hoteles, que se pudiera colgar por fuera de la puerta.

A la chica le ardieron hasta las orejas, pero no le dio tiempo a hacer ningún comentario. En

ese instante alguien intentó abrir desde dentro de la alacena y escucharon decir:

—¿Me oye alguien?

—¿Karen? —preguntó, perpleja.

—Sí, Maddie, alguien me ha encerrado.

La señora Danvers volvió a sacar el manojo de llaves para liberarla, y Karen salió de la alacena con un evidente gesto de azoramiento.

Maddie observó los coloretes que teñían sus mejillas, su pelo revuelto y los botones de la camisa abrochados con tanta rapidez que cojeaban, eso por no hablar de la precaución con la que había tirado de la puerta para cerrarla al salir.

—He entrado a ver los platos y alguien me ha encerrado —contó Karen, nerviosa.

—Encargaré ese cartel —murmuró la señora Danvers casi para sí, chasqueando la lengua, y miró a Maddie—. ¿Qué hacemos con la arpía rubia?

A pesar de la furia que la inundaba solo con pensar en Pamela Collins, no pudo evitar sonreír a medias. Por un instante, se encontró pensando en que podría acostumbrarse al peculiar humor ácido de la señora Danvers.

—¿Qué te parece si la dejamos esperar un poco más? —sugirió Maddie.

—A mí me parecería perfecto incluso dejarla hacer noche en la puerta —asintió la mujer, y se alejó de allí.

Maddie miró a Karen con un gesto de preocupación.

—Dime que no voy a encontrar a Ben en esa alacena —rogó.

—Eh…, ¡no!, te aseguro que el grandullón no está ahí —titubeó con claridad—, pero he roto un plato. ¿Puedes ir a buscarme una escoba?

La chica la miró con una mezcla de diversión y vergüenza.

—Iré a por esa escoba —aceptó—, pero a cambio hazle llegar a Ben el mensaje de que tenemos una invitada en la puerta y vamos a necesitarlo, ¿te parece?

—Claro.

—Yo llamaré a mi padre para que esté también presente —sacó su teléfono—, y sería preferible que él no se enterara de… los platos rotos —suspiró—, yo no voy a decirle nada.

Cuando comenzaba a alejarse, Mark entró por la puerta del jardín con el niño de la mano y, para asombro de Maddie, Ben venía con ellos.

—Ben dice que Pamela está en la puerta —informó Mark caminando hasta ellas.

Maddie estaba desconcertada. Miró a Karen con un claro gesto de pesar.

—Lo siento —se excusó—. Creo que me he precipitado con mis suposiciones.

—No te preocupes, nena.

—¿Has avisado a tu padre? —interrogó Mark.

—Estaba a punto de llamarlo. —Maddie marcó el número y aguardó.

El tono de llamada del teléfono móvil de Anthony les llegó tenue, pero desde muy cerca.

—¿Dónde suena? —se interesó Mark con curiosidad, mirando hacia todos lados.

Pero Maddie estaba demasiado perpleja como para contestar. Observó a Karen con un claro gesto de absoluto estupor, y la mujer se limitó a carraspear y mirar hacia otro lado.

Maddie caminó hasta la puerta de la despensa y la abrió de par en par. Anthony Miller salió de allí con un gesto sereno.

—Una colección de platos interesante la que tenéis aquí —carraspeó, y miró a su hija—. ¿Me estabas llamando?

A la chica le costó reaccionar, y no lo hizo hasta que la propia Karen le dio un codazo y murmuró entre dientes:

—Despierta, nena, y corramos un estúpido velo.

Maddie miró al fin a su padre, intentando borrar ciertas imágenes de su mente, e informó.

—Pamela Collins está en la puerta.

El hombre la miró sorprendido.

—¿Y qué hace aquí?

—Habrá que preguntárselo a ella —sugirió Maddie, apretando los dientes—, y quiero hacer de poli malo.

Anthony soltó un sonido de preocupación.

—Es mejor que te quedes al margen —repuso Mark ahora.

—Opino lo mismo —apoyó Anthony.

Maddie los miró muy seria.

—No voy a ninguna parte.

—Puedes quedarte, pero intenta no perder los nervios y deja que nosotros hablemos —rogó Anthony.

Con un gesto de asentimiento, se comprometió a seguir la pauta.

Mandaron a Ben a recibir a la visita mientras Karen se llevaba a Leo al jardín…

Capítulo 47

Cuando Pamela tocó al timbre de la puerta de entrada, la señora Danvers salió de entre las sombras para recibirla con un gesto nada amistoso.

—Me permite su bolso, señorita Collins —le pidió con fingida amabilidad.

—Pues no —repuso con altivez, e intentó entrar.

—Entonces me temo que no puedo dejarla pasar —se interpuso en su camino—. Tengo órdenes de registrar a todo aquel que entre en la casa.

El gesto de prepotencia de Pamela era claro.

—Creo que se te olvida que solo eres una sirvienta —indicó con despotismo—. Te dan demasiado vuelo en esta casa.

Maddie ya no pudo contenerse. Rompió el escudo que de forma inconsciente tanto su padre como Mark habían puesto sobre ella y caminó hasta la puerta. Escuchó a su padre protestar y a Mark blasfemar, pero le dio igual. Por fortuna, le permitieron llegar hasta Pamela, puesto que Ben estaba a su lado.

—Como siempre, haciendo gala de tus exquisitos modales —declaró Maddie llegando hasta ellas.

—Oh, vaya, sigues aquí —ironizó Pamela—, a estas alturas pensaba que Mark ya se habría cansado de ti.

Maddie sonrió con acidez, conteniéndose para no engancharla de los pelos. Jamás había sentido unas ganas tan intensas de golpear a alguien. Aquella mujer le había hecho tanto daño…, pero esperaba poder darle su merecido.

—¿Ya la habéis registrado? —Miró Maddie a la señora Danvers.

—Estábamos en ello.

—Nadie va a tocar mi bolso —aseguró Pamela, irritada—. No tenéis ningún derecho.

Maddie miró a Ben con fingida tranquilidad.

—Acompáñala a la salida —le dijo, y se giró para alejarse.

—Nadie va a echarme de aquí —gritó, iracunda, traspasando el umbral para intentar colarse, pero Ben se interpuso en su camino, provocando que chocara casi contra un muro de ladrillo.

—He venido a ver a Mark —dijo Pamela entre dientes, Maddie se giró a mirarla de nuevo—. Puede que no lo sepas, pero él me ha llamado esta mañana —se vanaglorió—, lo que no me ha sorprendido mucho, sabía que no tardaría en buscar algo más interesante que tú.

Maddie tuvo que contenerse ahora como nunca. En su mente se vio dándole un bofetón tan fuerte que le giraba la cabeza del revés. Aquella mala pécora intentaba malmeter de nuevo, pero ya era demasiado evidente.

—Me asombra tu optimismo. —Sonrió Maddie sin rastro de humor—. Solo por curiosidad, ¿qué te hace suponer que vas a conseguir ahora lo que no has logrado en toda una vida?

La arpía se puso roja de rabia y atacó:

—Te creerás indispensable —masculló entre dientes, llena de ira—, pero ambas sabemos que eres muy poca cosa, así que recuérdalo cuando estés entre sus brazos —apostilló con maldad— y sepas que jamás será tuyo del todo, porque tú no eres ni de lejos el gran amor de su vida.

En contra de lo que Pamela esperaba, Maddie esbozó una enorme y sincera sonrisa, emocionada de una forma quizá absurda, pero bonita.

«¡Lo soy!», gritaron todos sus sentidos al mismo tiempo dentro de su cabeza. «¡Soy… ella, siempre lo he sido!».

—¡Quiero ver a Mark! —exigió de nuevo, ahora colérica.

—Aquí estoy —las sorprendió el chico llegando hasta ellas.

Pamela lo miró con fingida inocencia.

—Por fin, bebé, no me dejan entrar a verte —repuso con victimismo.

Mark la observó en silencio antes de hablar, pero con ese gesto impasible que Maddie conocía tan bien y que borró la sonrisa de Pamela de un plumazo.

—Si no quieres mostrar tu bolso, deberás dejárselo a Ben para poder entrar en la casa —informó, demostrando así que había escuchado la conversación al completo.

—¿Por qué?

—Porque la última vez hiciste una excursión a nuestra alcoba antes de irte —declaró muy serio.

«Nuestra alcoba…», Maddie suspiró.

—No sé… de qué me hablas —tragó saliva—, pero si tú me lo pides… —Le tendió el bolso a Ben.

Al fin, todos caminaron hasta el salón, donde Anthony aguardaba a la visita con cara de pocos amigos.

—Ya tenía muchas ganas de ponerle cara, señorita Collins —dijo el hombre con sequedad.

Maddie se puso junto a él para mirarla de frente.

—¿Y debería saber quién es usted? —interrogó Pamela, altiva.

—Es cierto, qué despiste, permítame presentarme —sonrió irónico, y añadió—: Mi nombre es Anthony Middelton.

Vieron con total claridad cómo Pamela fruncía el ceño.

—¿Middelton dice?

—Sí, eso dije.

—¿Era usted familia de… Madeline Middelton? —titubeó con una mueca de extrañeza.

—Era no, lo soy —afirmó el hombre.

—Mi padre —aclaró Maddie por él—, para ser exactos.

La altanera Pamela los miró con una media sonrisa de burla, como si no creyera una sola palabra, pero fue solo hasta que Mark intervino:

—Hace dos años no pude hacer las presentaciones oficiales… —declaró—, Pam, te presento a Madeline Middelton.

Aquella visita imprevista mereció la pena solo por ver el gesto de estupor con el que Pamela los observaba ahora. El grado de satisfacción de Maddie no podría haberse expresado con palabras.

—¡No puede ser! —miró a Mark, lívida—, ¿es una broma?

—No, no lo es —aseguró el chico—, y por tu gesto de sorpresa, parece que a tu cómplice se le ha pasado contarte algunas cosas.

A Pamela parecía a punto de darle una apoplejía.

—¿Cómplice? —Arqueó las cejas.

—Coja asiento, señorita Collins. —Señaló Anthony hacia uno de los sofás.

—Tengo prisa.

—¿En serio? ¿Después de todo lo que has luchado para poder entrar? —interrogó Maddie

con sequedad. Avanzó un par de pasos hacia ella y exigió—: Siéntate.

Sin oponer resistencia, Pamela se dejó caer en el sofá más cercano.

—No entiendo a qué viene todo esto —repuso, dubitativa, con una clara mueca de inquietud.

—Hace dos años conspiraste contra mi hija —comenzó diciendo Anthony en un tono que habría amedrentado al delincuente más fiero.

—¿Qué? ¡No! Yo…

Maddie le mostró la foto en la que lucía aquel anillo, y Pamela guardó silencio, nerviosa.

—Solo me lo probé en una de mis visitas a Osterville —carraspeó—. Eh…, lo encontré por casualidad sobre la mesita de café.

Mark apretó los dientes.

—El día que mi madre iba a traérmelo, supongo.

—No lo sé, pero no hice nada malo.

—Salvo enviarle esa foto a Maddie —le recordó.

Pamela miró de reojo a la chica y apretó los dientes.

—Ella no estaba a tu altura —declaró.

—Y decidiste interponerte —resultaba obvio el esfuerzo que Mark estaba haciendo para controlar su furia—. Llamaste a Maddie y escupiste tu veneno.

Con un gesto altivo, Pamela miró ahora a la chica, no parecía arrepentida.

—Eso no es delito.

—Lo es si forma parte de una conspiración que termina con un secuestro y un accidente de aviación en el que fallecieron dos personas —intervino Anthony ahora.

Aquello sí le mudó la cara de color. De forma automática casi gritó:

—¡Yo no tuve nada que ver con todo eso!

—Tendrás que demostrarlo en los tribunales, me temo —insistió el detective.

—¡¿Perdona?! ¡No! Pero por Dios, ¿qué es todo esto?! —Se puso en pie e intentó avanzar hacia Maddie—. Yo solo te llamé en un ataque de ira.

A Maddie estuvo a punto de escapársele un guantazo. Lo que aquella mujer llamaba ataque de ira le había costado muy caro.

—Fue algo más premeditado que todo eso —repuso Maddie—, ¿o necesito recordarte cierto anuncio de prensa?

—¡Eso no fue idea mía! —exclamó de repente—. Él me dijo que me ayudaría a deshacerme de ti.

—¿Quién es él?

—Jeremy Andrews —confesó—, trabajaba para ZenithCorp de contable.

—¿Y te prometió un buen pellizco del dinero robado si sembrabas cizaña? —interrogó Anthony—. ¿O es que eras tú la cabecilla de todo?

—¿Dinero robado? —casi graznó.

—Los veinte millones que salieron de la empresa —le recordó Mark.

—¿Los que ella robó? —Miró a Maddie, confusa.

—¡Yo no robé nada! —aseguró, furiosa—. Jeremy Andrews lo planeó todo, y tú colaboraste para quitarme de en medio.

El miedo en los ojos de Pamela era evidente. Miró a Mark con un gesto de desespero buscando algo de indulgencia, pero no la encontró en él.

El timbre de la puerta sonó en aquel instante y pocos segundos después la señora Danvers caminó hasta ellos, junto con un hombre de mediana edad, al que Anthony saludó con un abrazo efusivo. Lo presentó como el inspector Taylor, que por casualidad iba de camino a la mansión

cuando Anthony le había escrito para informarle de la inesperada visita.

—¿Te acuerdas de Maddie? —Señaló a su hija.

El hombre puso sobre ella una mirada emocionada y sonrió. Después se acercó a darle un fuerte abrazo.

—Eres un milagro maravilloso —declaró, observándola con atención.

Maddie se emocionó frente al cumplido, de veras se le veía feliz. Después, el policía miró a Mark.

—Señor Madock —le tendió la mano, que el chico estrechó—, encantado de verlo… —se interrumpió un tanto tenso.

—¿Sobrio? —completó Mark por él, con un gesto azorado.

El inspector esbozó una media sonrisa, pero no agregó nada más. Para Maddie resultó evidente que Taylor fue una de las personas que tuvo que echar a Mark del cementerio dos años atrás, y parecía que ambos lo recordaban a la perfección.

De nuevo, todos se centraron en Pamela Collins, que no movía una sola ceja, al menos hasta que el inspector Taylor la miró de forma inquisitiva y le indicó:

—Debe acompañarme a declarar a comisaría, señorita Collins, tengo algunas preguntas que hacerle.

—Yo no he hecho nada —dijo con pavor.

—Yo tampoco la estoy acusando de nada… —carraspeó y añadió—: aún.

—¿Aún? ¡Quiero llamar a mi abogado! —gritó, histérica, poniéndose en pie.

—Perfecto, podrá hacerlo desde el coche —explicó—, camino de la comisaría.

—Iré en mi propio coche —exigió.

—Como desee —aceptó el policía—. Un agente la escoltará.

Pamela miró a Mark con los ojos cargados de incertidumbre mezclada con rabia, aunque esta última se intensificó al posar sus ojos en Maddie, quien le devolvió una mirada acerada y se despidió con un simple:

—Recuerda no morderte la lengua.

Resultó evidente el esfuerzo que aquella arpía hacía para guardar silencio y no destilar su odio, sabedora del lío en el que estaba metida.

Ben entró en la casa justo en ese instante con un gesto de preocupación. Traía un paquete en la mano, pero demasiado extraño como para que no llamara la atención. Se trataba de una pequeña caja de cartón con sendas aperturas en la parte superior, que venía rodeada con un lacito rojo.

—Acaba de traerla un mensajero para Maddie —contó Ben, izando la caja.

—¿Para mí? —se extrañó la chica—. ¿Y quién lo envía?

—No trae remitente y, según los guardias de la puerta, el motorista la ha dejado casi caer frente a ellos y se ha largado.

Todos miraron la caja con extrañeza. Fue el inspector Taylor quien la tomó en sus manos, le dio algunas vueltas y la movió con suavidad.

—Hay algo dentro —se llevó la caja al oído y frunció el ceño—, y yo diría que se mueve.

Por instinto, Maddie se agarró al brazo de Mark, que estaba junto a ella, y el chico no tardó un solo segundo en rodearla con sus brazos y atraerla hacia él.

—¿Puedo irme? —interrogó Pamela Collins con voz chillona—. No sé qué hay en ese paquete, pero no es problema mío.

El policía la mató con la mirada.

—Siéntese y cállese —exigió.

Volvió a centrarse en el paquete mientras todos observaban, expectantes, esperando a que el policía deshiciera el lazo y abriera la caja con mucho cuidado, caja que volvió a cerrar dando un respingo, junto con una mueca de desagrado.

—¡Es una jodida araña! —informó, aún con el gesto torcido.

—¿Qué? —Maddie sollozó.

—Del tamaño de una pelota de ping-pong —blasfemó—. Joder, ¡es asquerosa!

Mark abrazó a Maddie aún con más fuerza mientras la chica temblaba en sus brazos. Su teléfono sonó en aquel momento y la sobresaltó tanto que no pudo contener un grito. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla, perpleja.

—Es él —declaró abatida—, es Jeremy Andrews.

—¿Estás segura?

—Metí su número en mis contactos cuando Barrett nos lo dio.

Anthony abrió su portátil con rapidez mientras Maddie esperaba instrucciones.

—¿Contesto? —Se puso nerviosa.

—Ya sabes cómo funciona esto —le indicó su padre—. Hazlo hablar todo lo que puedas.

—Cuanto más tiempo pase su teléfono encendido, más posibilidades habrá de dar con su ubicación —insistió Taylor—, y si lo mantenemos en conversación, la señal es más intensa y será más fácil.

Maddie asintió y contestó la llamada cuando se lo indicaron, usando el altavoz.

—Dulce Madeline —sonó una voz al otro lado de la línea—, ya me moría de ganas de hablar contigo de nuevo.

—¿Qué quieres Jeremy? —preguntó la chica.

—Asegurarme de que te ha gustado mi regalito —sonó divertido—. Es una variedad hawaiana, una vieja amiga tuya, según tengo entendido.

Maddie sintió un escalofrío y tuvo que contener una arcada; por fortuna, Mark no dejaba de abrazarla para darle ánimos.

—¿Sabes que… su picadura podría matarme? —se estremeció.

—Es que tú ya tendrías que estar muerta —declaró con frialdad—, no deberías haber salido viva jamás de aquella selva, pero voy a encargarme de poner las cosas en su sitio.

El inspector Taylor le hacía señas para que siguiera hablando mientras Anthony estaba pendiente del ordenador. La tensión era máxima.

—¿Y vas a añadir otro cargo por asesinato a tu lista de delitos? —se le ocurrió a Maddie—. Si te entregas, quizá…

—No te molestes —interrumpió—, eres tú o yo, y serás tú.

—Pero…

Ya no pudo replicar nada. El teléfono se cortó sin más, y Maddie miró a su padre, abatida.

—Dime que tenemos su ubicación.

El rostro angustiado del hombre habló por sí solo.

—Y acaba de apagar el teléfono —añadió—. He perdido la señal por completo.

—¡Mierda! —sollozó Maddie—. Esto es una pesadilla que no acabará jamás.

Mark la atrajo hacia sí, y la chica se dejó abrazar con fuerza. Sus brazos eran el único lugar del mundo en el que se sentía a salvo, y más cuando él le acariciaba el cabello de aquella manera, ofreciéndole dulces palabras de consuelo.

—Pon la grabación —pidió Taylor, y se sentó junto a su amigo.

En silencio, todos volvieron a escuchar la conversación.

—Voy a intentar aislar un poco el sonido ambiental —se le ocurrió a Anthony.

Pasó la grabación por un programa especial y amortiguó las voces todo lo que pudo.

—¿Qué es lo que suena, un pájaro? —interrogó Mark.

—Parece un águila —repuso Taylor.

—Más de una —opinó Anthony—. Está en una zona boscosa, es probable que junto a una laguna o río, que es donde suelen vivir estas aves, y por la triangulación del programa de localización, yo diría que sigue en Boston, en un radio de no más de treinta o cuarenta millas.

—¡Como encontrar una aguja en un pajar! —se lamentó Maddie, abatida.

—Nos centraremos en un perímetro de sesenta millas —sugirió Taylor—, peinaremos cada bosque de la zona, empezando por los que tengan agua cerca.

—Cuando lleguéis hasta él, estará muy lejos —se lamentó Maddie.

Mark la miró ahora a los ojos con una expresión tierna.

—Eh, ¿dónde está la mujer fuerte y optimista que he conocido en estos días?

A Maddie se le saltaron las lágrimas.

—Esa mujer no existe, ¿aún no te has enterado?

—Esa mujer siempre has sido tú, dulzura —Maddie se estremeció—, una mujer capaz de sobrevivir a un infierno y enfrentarlo como una leona, una mamá leona —sonrió, y Maddie estuvo a punto de olvidarse de todo y besar sus labios.

Pero aquel fue el momento que escogió Karen para regresar al salón junto con Leo, que corrió hasta sus padres con una sonrisa.

—Papi, mami —gritó emocionado—, *a visto amaquita*.

Mark tomó a su hijo en brazos con una expresión divertida.

—¡Qué suerte! Yo creo que esa mariquita quieres ser amiga tuya

—¡¿Papi?! —gritó una voz chillona en el salón, tras vencer su impresión inicial.

Todos miraron hacia Pamela, de la que casi se habían olvidado, y que observaba al niño con una expresión de perplejidad.

Mark suspiró y le devolvió un gesto inquieto.

—Supongo que ya no es un secreto para nadie —admitió—. Él es Leo, nuestro hijo.

—¿Tenéis… un hijo? —Pamela miraba al niño con los ojos como platos

—Yo *a visto amaquita* en las *fores* —le dijo Leo a la chica como si le estuviera haciendo la confidencia del siglo.

Para asombro de Maddie, Pamela miró al niño con lo que parecía un atisbo de sonrisa.

—Se parece a ti —le confió a Mark un segundo después—. No… sabía nada.

La pareja no hizo comentario alguno. Pamela los miró a ambos, apretó los dientes y sorprendió a todos al decir:

—Hace dos años, la única vez que nos vimos en persona, Jeremy me citó en una cabaña que su familia tiene a las afueras de Concord, junto a la laguna Walden —contó—. Y esas águilas que se escuchan en la grabación estaban por todas partes.

—Concord —murmuró Anthony—, eso está a una media hora de aquí.

Taylor sacó su teléfono móvil y se puso a dar órdenes a diestro y siniestro, mientras todos lo observaban, ya nerviosos.

—Voy contigo —dijo Anthony poniéndose en pie.

—¿A pata coja?

—A rastras, si fuera necesario.

El que fue su compañero durante tantos años terminó sonriendo y asintió.

—Jamás se me ocurriría privarte de un gustazo así —repuso, y miró a Pamela—. Necesito que me indique en un mapa el punto exacto de esa cabaña.

La chica asintió, miró a Mark y Maddie por última vez y se alejó tras el inspector hacia la calle.

—Quiero ir con vosotros —declaró Mark mientras Anthony se preparaba.

El hombre lo miró con una expresión preocupada.

—Maddie y Leo te necesitan aquí —le dijo—. No podemos bajar la guardia aún, no hasta que tengamos a Jeremy.

Todos lo vieron dudar, hasta que terminó asintiendo.

Anthony se acercó después a su hija, le dio un beso en la mejilla y la miró a los ojos:

—Aguanta —pidió—, esto se acaba hoy.

Maddie asintió y le rogó que tuviera cuidado. Después, Anthony miró a Karen con un gesto de evidente nerviosismo, pero terminó sonriendo como lo haría un niño avergonzado y recibió idéntica expresión como respuesta. Recortó las distancias hasta ella y la besó en los labios con efusividad.

—He esperado dos años a que te decidieras —susurró Karen solo para él—. Más te vale regresar de una pieza o voy a enfadarme mucho contigo.

El hombre sonrió con malicia.

—No te preocupes, aún nos quedan muchos platos que romper.

Caminó hasta la puerta con toda la premura que le permitía su cojera y salió de la casa.

—Creo que las próximas horas se me van a hacer eternas —suspiró Maddie con un gesto abatido.

Miró a Mark de reojo, que no había pronunciado una palabra.

—¿Desearías… no tener que estar conmigo? —se atrevió a interrogar con un gesto de pesar.

El chico la miró con una extraña expresión que no logró identificar.

—Lo que desearía es que no tuvieras que preguntármelo —dijo en un tono amargo.

«Y eso ¿qué narices significa?», pensó Maddie con aprensión, pero no se atrevió a indagar más.

Miró a Mark, deseosa de poder decirle todo lo que le inundaba el pecho. Sabía que le debía una disculpa y estaba dispuesta a dársela. Él jamás había tenido problemas para pedir perdón y aceptar sus errores, y quería corresponderle de la misma manera.

—Quiero hablar contigo en privado —se aventuró a decirle—, ¿sería posible?

A Mark le sorprendió tanto que no pudo ocultarlo. Ambos miraron a Karen, que no tardó ni medio segundo en ponerse de pie.

—Vamos a recoger el juego de construcciones —le pidió a Leo—, que nos hemos despistado con la mariquita y lo hemos dejado todo tirado por el suelo.

El niño le dio la mano con una sonrisa.

—*Alojor vemos amaquita ota ves*.

—A lo mejor, sí.

Maddie aguardó a que salieran mientras se frotaba las manos con nerviosismo. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

«Igual si lo beso primero, se ablanda un poco», pensó solo con el afán de calmarse.

—Tú dirás —repuso Mark sin dilación, posando una mirada seria en ella.

—Yo… siento mucho lo de anoche —carraspeó.

Mark arqueó las cejas.

—¿El qué exactamente? —interrogó—, porque anoche ocurrieron muchas cosas.

Maddie se sintió arder con la simple alusión a…

«¡No pienses en eso!», se amonestó.

—Me pasé, te acusé de cosas que no eran ciertas —dijo antes de perder la valentía—, y yo también sé pedir disculpas cuando me equivoco. Fui muy dura contigo y lo lamento.

Aguardó unos segundos, esperando su reacción.

—Bien, entiendo tus motivos, disculpas aceptadas —declaró Mark, y la miró con intensidad —. ¿Algo más?

Maddie se sintió desconcertada.

—Eh…

«Te amo, me muero por estar contigo, por sentir tus besos, tus caricias», habría querido decir.

—No…, yo…, nada más —fue lo que realmente dijo, y se preguntó si lo habría imaginado o era un atisbo de decepción lo que por un instante creyó leer en sus ojos.

Él había jurado por su vida que jamás volvería a molestarla, y Maddie se moría por decirle que lo eximía de aquel juramento, pero sentía un pánico total y absoluto en ese instante. Si él la rechazaba, jamás podría volver a mirarlo.

—Si es todo, estaré en mi despacho —informó Mark en un tono seco—. Voy a llamar a Harold, le daban el alta en el hospital hoy y aún no he podido hablar con él.

Maddie asintió y se interesó.

—¿Está mejor?

—Eso parece, sí.

—Bien.

—Bien. —Se giró dispuesto a irse.

—¡Mark! —Él se volvió de inmediato a mirarla—. Eh…, con respecto a… ese juramento que hiciste…

El chico arqueó las cejas y le prestó toda su atención.

—¿Sí?

Maddie sentía su corazón salirse de su pecho, pero si no decía aquello ahora, no se lo perdonaría.

—Bueno…, me preguntaba si…

El timbre de la puerta los sobresaltó a ambos, que estaban demasiado centrados el uno en el otro. La señora Danvers pasó unos metros más allá, procedente de la cocina, camino a la puerta.

—Son Harold y Ava Turner, acaban de traspasar la cancela —informó—, y tu madre, tu tío y tu hermana vienen con ellos.

—¿Qué? —Mark estaba perplejo—. Hattie, ¡te pedí que no les contaras nada!

—Y no he abierto mi santa boca.

Capítulo 48

Un minuto después, parecía que un regimiento se había colado en la casa.

Maddie saludó con toda la cordialidad de que fue capaz cuando pudo resignarse a haber perdido su gran oportunidad para confesarse con Mark. ¡Con lo que le había costado aventurarse!

—¿Qué hacéis aquí? —interrogó Mark, confuso.

—Mi marido es un cabezota como hay pocos —se quejó Ava, amonestando a Harold con la mirada.

—El hospital está demasiado cerca de aquí como para irnos sin veros —repuso Harold, cuya palidez y ojeras evidenciaban que aún no estaba recuperado del todo—. Y he traído a una eminencia médica conmigo. —Señaló a Devon Stiles—. Traigo las espaldas cubiertas.

—Que conste que yo no autoricé la visita —confesó el médico—, pero me alegro mucho de veros.

Mark asintió y miró a su madre y su hermana.

—Y vosotras os habéis subido al carro, ¿no?

—Sí, por la cara. —Rio Lindsay, miró a Maddie y le guiño un ojo.

—Estábamos visitando a Harold cuando tu tío le ha dado el alta —contó ahora Rachel—. Casualidades de la vida.

Conociéndolas, resultaba evidente que nada había sido tan casual.

—¿Cómo va todo por aquí? —se preocupó Rachel en preguntar.

Mark cogió asiento en uno de los sofás.

—Esperamos tener muy buenas noticias en breve —confesó, consultando su reloj, comprobando que no había pasado ni una hora desde que Anthony se marchara. Después miró a Harold y se preocupó—. Oye, no te veo bien.

—Tantos días en el hospital pasan factura —declaró.

Hattie llegó hasta ellos con el carrito del café.

—Descafeinado para ti, Harold —ofreció el ama de llaves—, supongo.

—Supones bien. —Sonrió a medias—. Se me acabó hasta el café del bueno, me temo.

Maddie se puso en pie para ayudar a la mujer a servir, aunque todo el mundo terminó preparándose el suyo. Todos excepto Mark, al que Maddie miró con las cejas arqueadas por la sorpresa.

—¿Largo de café, con un dedo de leche tibia y un par de terrones de azúcar? —le preguntó.

Mark la observó con intensidad y admitió:

—Sí, por favor.

Se sostuvieron una mirada que solo ellos entendieron. Maddie había preparado su café de aquella manera exacta, casi por inercia, desde el mismo día en que había llegado a la casa. Jamás había necesitado preguntarle cómo le gustaba.

—¿Cómo es posible? —se le escapó a la chica, sin dejar de mirarlo.

—Fueron cuatro meses de cafés diarios —le confesó Mark, entendiendo a la perfección su desconcierto.

—¿Te servía el café?

—En realidad, lo usabas como excusa para colarte en mi despacho —murmuró todo lo bajo que pudo.

La chica sonrió un tanto azorada.

—Sí, eso no me cuesta creerlo —musitó para sí, pero por la mirada que Mark puso sobre ella supo que el comentario había llegado a sus oídos alto y claro.

Cuando ambos se centraron de nuevo en las visitas, las cinco personas que tenían frente a sí los observaban con diferentes grados de sonrisas. Nadie podía haber entendido una sola palabra de aquello, pero el momento cómplice entre ellos había resultado demasiado evidente.

Mark suspiró con sonoridad y miró a Maddie con una expresión inquieta, pero que ella entendió sin problema. Se limitó a asentir, dando así su permiso para que él explicara algunas verdades.

—Quiero aprovechar para contaros algo —empezó diciendo, pero Karen entró a toda prisa en el salón con Leo de la mano.

—Tu padre acaba de llamarme —informó la mujer—, tienes que tener llamadas suyas perdidas en tu teléfono.

—No lo he escuchado —dijo con el corazón acelerado.

—La batería de mi móvil ha muerto, por eso no te lo he podido pasar.

—Pero ¿qué te ha dicho? ¿Se sabe algo?

—¡Se acabó la pesadilla! —anunció la mujer a bombo y platillo—. ¡Lo tienen, nena, estaba en esa cabaña!

Ambas mujeres se abrazaron con fuerza. Después, Maddie se giró a mirar a Mark, que sonrió con sinceridad, y la chica lo abrazó sin pensarlo, abrazo que él le devolvió con efusividad. Cuando al fin se miraron a los ojos, durante unos largos segundos no vieron a nadie más, hasta que poco a poco fueron conscientes del resto del mundo, pero el resto del mundo… solo contemplaba al pequeño que los observaba a su vez con la curiosidad innata de un niño.

—Mark… —musitó Rachel con la voz apenas audible y sin poder apartar sus ojos del crío—, ¿por qué… este pequeño es idéntico a ti cuando eras así? —miró ahora a su hijo—, es increíble el parecido.

Leo buscó a su madre y susurró para todo el salón:

—Mami, *a coges* —pidió, avergonzado por tener tantos ojos puesto sobre él.

Ahora fue Maddie el foco de toda atención, pero la chica consideró que debía ser Mark quien comunicara la noticia.

—Ay, dios —murmuró Harold.

—¿Mark? —insistió Rachel—. Esto es confuso.

—Leo es mi hijo —terminó diciendo el chico alto y claro.

Se hizo el silencio absoluto, salvo por la forma de hiperventilar de Harold, de la que nadie parecía ser consciente aún.

—¿Tú… hijo?

—Mío y de Maddie, sí —aclaró para que no hubiera ninguna duda, y soltó aire con fuerza antes de aventurarse a decir—: Debí decíroslo antes, ella es…

—¡Harold! —exclamó ahora Ava, alertando a todo el mundo.

Todos se alarmaron al ver cómo el hombre parecía incapaz de llenar sus pulmones de aire mientras se llevaba la mano al pecho.

Devon corrió hasta él para comprobar sus constantes y le rogó a Lindsay que saliera al coche a por su maletín.

—Mark… —intentó decir Harold.

—No hables —pidió el médico.

Harold lo ignoró.

—Lo siento… tanto…

Mark lo miró sin entender nada. Harold observaba ahora a Maddie y Leo con los ojos cargados de angustia.

—No lo sabía —insistió.

—Harold, no hables.

—A eso… he venido…, a hablar por fin —declaró con pesar—. Yo no lo sabía, os juro… que no…

Confusos, Maddie y Mark intercambiaron una mirada de extrañeza.

—Él me dijo que… —miró a Maddie— habías aceptado el dinero, que te habías marchado por… decisión propia.

Aquello hizo saltar todas las alarmas para la pareja, y observaron al hombre un tanto perplejos.

—¿De qué estás hablando?

—¡Que no debe hablar! —les regañó Devon—. Luego sigues, ahora hay que ver qué está pasando, intenta relajarte.

Lindsay llegó hasta ellos con el maletín del médico, del que Devon sacó su estetoscopio con rapidez.

—Debo hablar…

—No.

—Si me pasa algo… —se forzó a decir entre jadeos—, quiero que sepáis que jamás quise haceros daño.

Maddie abrazó con fuerza a su hijo, asombrada ante lo que escuchaba, y miró a Mark, que observaba a su vez a aquel hombre con el horror más absoluto escrito en los ojos.

—Juro que jamás supe que era una trampa, hasta la fiesta, yo… me enteré de quién eras ese mismo día.

El hombre sollozaba casi sin aliento mientras Devon Stiles le auscultaba.

—Dios, lo siento tanto… —jadeó, y miró a Maddie—, tu memoria… y ese… niño…

—Necesito que guardes silencio —rogó el médico—, no escucho nada.

—Tengo que explicarlo todo —se reiteró.

—Nada de lo que dices tiene sentido, Harold —intervino Ava, confundida.

El hombre miró a Maddie con lágrimas en los ojos.

—Ella… es Madeline Middelton.

Aquella confesión sembró el silencio absoluto en el salón, donde Maddie seguía abrazando a su hijo, con los nervios a flor de piel.

—¿Qué? —Todos posaron una mirada sobre ella, perplejos, esperando la confirmación.

—¿Eso es cierto? —interrogó Rachel.

La chica asintió, cohibida.

—Tú fuiste la responsable de…

—Ella no hizo nada —interrumpió Mark a Lindsay—, salvo tener la mala suerte de contestar al anuncio de trabajo equivocado. —Maddie no pudo contener ya las lágrimas—. Pero no es momento para explicaciones —miró a Harold con una expresión severa—, para las tuyas tampoco, aunque está muy claro que tienes muchas que darnos.

—Mark…

—Tenemos que tumbarte —opinó Devon—, tienes la tensión por las nubes. Si no logramos

bajarla en breve, tendremos que llamar a una ambulancia.

—No… regresaré a ese hospital.

—Tu corazón no soportará otro infarto tan pronto —aseguró Devon—. Necesito medicarte y que estés tranquilo.

Ava tomó a su marido de la mano.

—Harold, por favor —rogó—, intenta calmarte.

—Él es peligroso —se esforzó por decir—. Debemos hablar con la policía.

—Lo han detenido hace apenas media hora —le dijo Mark—, va de camino a comisaría.

Aquello pareció calmarlo un poco. Devon insistió en que debían acostarlo, y la señora Danvers ofreció su propia alcoba para que no tuviera que subir las escaleras.

Entre Mark, Devon y Ava le ayudaron a llegar a la cama. Maddie se quedó en el salón, incómoda, mientras Rachel y Lindsay la miraban sin ningún disimulo.

—Así que eres… ella —carraspeó Lindsay.

Maddie tragó saliva.

—Eso me han dicho.

—¿Qué? —Rachel cayó en la cuenta—. ¡Tu amnesia!

—Sí.

Violenta, no podía evitar temblar como una hoja.

—Pero ¿cómo…?

—Siento tener que interrumpir —intervino Karen de repente—, pero Maddie ha tenido unos días muy duros, creo que las explicaciones pueden esperar.

Tanto Rachel como Lindsay asintieron, guardaron silencio y pusieron ahora sus ojos sobre Leo, con un gesto de evidente ansiedad y expectación.

Maddie suspiró y alentó a su hijo a volverse hacia ellas.

—Mira, Leo —el niño se giró—, quiero presentarte a alguien.

Las dos mujeres contemplaron al niño con una evidente emoción y sonrieron por la expresión curiosa con la que el pequeño las escrutaba.

—Ella es tu… abuela Rachel —explicó—, y ella tu tía Lindsay.

El niño abrió los ojos como platos y soltó una expresión de asombro que a ambas mujeres les arrancó una carcajada.

—Dios, ¡eres un niño precioso! —Se le saltaron las lágrimas a Rachel sin remedio.

—¿*Tas tiste*? —exclamó el pequeño—. ¿*Te lele la tipita*?

—¡No, mi amor, estoy muy feliz! —aseguró la mujer—. ¡Feliz por conocerte!

El niño sonrió ahora con el mismo encanto que su padre.

—Ay, creo que voy a comérmelo —exclamó Lindsay soltando un suspiro.

—No, no —negó el pequeño con la cabeza.

—¿No te como? —Rio—. Pues me va a costar, eh, porque eres la cosa más bonita que he visto nunca.

El niño pareció pensar su respuesta y agregó:

—Papi, *agido amaquita*.

Maddie soltó una carcajada y explicó.

—Está fascinado con una mariquita que Mark le mostró en el jardín, creo que para él no hay nada más bonito en este momento.

—Ya sabemos qué regalarte en tu cumpleaños —sugirió Rachel.

—Pues es dentro de veinte días, ¿verdad? —contó Maddie, el niño asintió—, el día veintiuno de este mismo mes.

—¡¿No me digas?! ¡Yo también cumplo años ese día! —exclamó Lindsay, feliz—. Cuando naciste, fuiste el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida, y yo sin saberlo. Si quieres, podemos celebrarlo juntos. —Miró a Maddie con una sonrisa—. Claro, si te parece bien.

Maddie tragó saliva y no tuvo más remedio que admitir:

—Aún no sé cómo nos vamos a organizar.

—¿A qué te refieres?

—Bueno…, yo vivo en Chicago —les recordó.

Ambas mujeres la miraron con una expresión de perplejidad.

—¿Es que… Mark y tú no estáis juntos?

Con todo el dolor de su corazón, Maddie negó con un gesto. Solo el tener que admitirlo, dolía.

Capítulo 49

Mark observaba a Harold con una mezcla de rabia y preocupación. Resultaba evidente la relación del hombre con Jeremy Andrews y su participación en el desfalco, pero todo parecía indicar que no tenía nada que ver con lo que le había sucedido a Maddie. Según había entendido por sus titubeos, se había enterado de toda la verdad en la fiesta de la empresa, una verdad que lo había llevado al hospital. Aun así, aquello no lo hacía menos culpable, Mark lo tenía claro, pero era incapaz de no preocuparse por su estado de salud. Aquel hombre era como un segundo padre para él, casi familia, y parecía estar muy delicado.

Tanto Ava como él permanecieron a los pies de la cama viendo a su tío trabajar. Al principio, Harold no había dejado de mirar a Mark e intentar hablar, hasta que Devon le había amenazado con echarlo de la habitación si seguía así. Desde entonces, el silencio resultaba abrumador.

—¿Cómo está? —interrogó Mark cuando su tío se acercó a ellos.

—No tiene buena pinta. Lo he medicado para bajarle la tensión —explicó—, pero si no cede, tendremos que regresar al hospital, necesito monitorizarlo.

—¿Crees que puede sufrir otro infarto? —Ava sonaba aterrada.

—Haré todo lo que pueda para impedirlo —aseguró el médico—, pero está muy nervioso —repuso con inquietud—. ¿Qué narices está pasando, Mark?

El chico miró a Ava con un gesto inquieto.

—Algo sucedió la noche de la fiesta —dijo la mujer casi en un susurro—. No sé con quién habló, pero salió a tomar el aire al vestíbulo y jamás se recuperó de la conversación que mantuvo allí.

Rachel tocó a la puerta en ese instante y entró en la habitación. Le hizo un gesto cariñoso a Ava y miró a Harold.

—Parece que se ha calmado un poco.

—Le he puesto un relajante —contó el médico—, aunque flojito, no quiero sedarlo demasiado, prefiero que esté consciente.

Ava caminó hasta la cama y se sentó junto a su marido para tomar su mano. Rachel miró a su hijo con un gesto tierno.

—Ese niño es increíble, mi amor —declaró la mujer, emocionada—. Es como un milagro.

Mark le dio un beso en la mejilla.

—Sí que lo es —suspiró—. Sobrevivió a un accidente aéreo, ¿sabes?, entre otras cosas, es fuerte como… —sonrió— su madre.

—Ay, hijo —se le saltaron las lágrimas sin remedio—, no puedo creer todo esto. La vida os ha dado una segunda oportunidad en letras mayúsculas, casi en sentido literal.

Aquello le robó la sonrisa.

—Maddie y yo no estamos juntos —explicó en un susurro, intentando sonar normal.

—Sí, ella me lo ha dicho.

Ahora la miró un tanto inquieto.

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

—¿Eso importa?

—Pues sí —admitió, incómodo—, aunque supongo que lo importante de verdad es el tono…

—A mí me ha parecido un poco tocada.

—¿Tocada de… que no le gusta la idea o… de qué?

La mujer miró a su hijo con una sonrisa maternal.

—¿Es que no habéis hablado de ello?

—Es complicado —se lamentó—. Ella aún sufre secuelas por su paso por mi vida, y han pasado tantas cosas…

—Todo se reduce a una sola —opinó Rachel—. ¿La amas?

No pudo contestar, Ava llegó hasta ellos en ese momento con un ruego en los ojos.

—Necesita hablar contigo, Mark —opinó la mujer con cierta desazón—, creo que nada logrará calmarlo del todo hasta que lo haga. Está muy angustiado.

Para Mark, aquella conversación no era nada fácil de asumir. Sabía que debía mantenerse sereno por el bien de Harold, pero no estaba seguro de poder lograrlo.

Caminó hasta la cama y cogió asiento en una silla frente al hombre, que lo miraba con los ojos llorosos.

—Si te alteras demasiado, me marcharé —comenzó diciendo Mark.

Harold asintió. Al menos, el relajante parecía haber hecho algo de efecto.

—No sabes… cuanto me duele haberte causado tanto dolor —comenzó diciendo el hombre —, te juro que daría cualquier cosa por volver atrás…

—Por desgracia, no se puede —interrumpió Mark—, ni deseándolo con todas tus fuerzas… Todos tenemos que pagar nuestros errores tarde o temprano —se lamentó con pesar. Aquello lo sabía él mejor que nadie.

—Siempre has sido como un hijo para mí…

—Al grano, por favor —interrumpió, esperando no sonar muy frío, pero incapaz de escuchar nada que lo ablandara.

El hombre asintió con pesar.

—Hace dos años y medio… hice algunas malas inversiones que me llevaron a la bancarrota… —confesó, y miró a su mujer con un gesto de tristeza—. No solo perdí mi dinero…, sino el patrimonio de Ava también.

Su esposa lo contemplaba ahora horrorizada, pero no interrumpió. Mark estaba perplejo.

—Sé que no es excusa, pero… estaba desesperado cuando ese maldito me propuso una forma rápida de hacer algo de dinero, que poder invertir para recuperarme… —La voz apenas le salía del cuerpo—. Sabía que la empresa no sufriría demasiado con el desfalco, había liquidez de sobra, y no esperaba que tú te empeñaras en asumirlo como propio —aseguró con tristeza—, por eso me enfadé tanto contigo cuando decidiste hacerlo…

Mark apenas recordaba aquellos días, en los que su dolor era tan insoportable que solo se mantenía en pie el tiempo suficiente para abrir la siguiente botella.

Harold continuó:

—Pero aquello no fue nada… comparado con el momento en el que supe… de tus motivos para querer hacerlo, ignoraba por completo vuestra relación. —Se le quebró la voz—. Y te juro por mi vida…, que yo no tenía ni idea de lo que le aguardaba a Maddie —le tomó la mano—, ese cabronazo solo me contó mentiras… y me aseguró que ella había aceptado una parte sustanciosa de las ganancias para desaparecer.

Mark fue incapaz de soportarlo y retiró su mano, aunque le dolió el alma cuando vio el dolor en los ojos de Harold frente al rechazo.

—Supongo que me engañé para poder soportarlo —continuó el hombre—, pero… de alguna

manera me convencí de que su muerte había sido producto de su avaricia y sus malas decisiones, y de que tú estabas mejor sin ella… —murmuró—. Aunque verte tan destrozado ha sido una espinita clavada en mi corazón durante los últimos dos años.

Mark daba fe de aquello. Aquel hombre lo había llamado cada día durante meses…, hasta conseguir sacarlo un poco de su letargo y ponerlo de nuevo al cargo de la empresa antes de perderla. Pero nada de aquello era un consuelo en aquel instante, en el que el dolor de todo lo sucedido lo asolaba aún por dentro.

—Si solo hubieras jugado con mi dolor…, quizá podría perdonarte —susurró Mark—, pero Maddie… ha sufrido tanto…

Las lágrimas de Harold eran ya incontenibles.

—Lo sé —interrumpió abatido—, y también sé que quizá nunca puedas perdonarme y, aunque me duele mucho, lo asumo como penitencia, pero quiero contar mi verdad, mis motivos…, y, sobre todo, asegurarme de que ese tipo no os hace más daño.

—La policía tiene pruebas suficientes en su contra —le confirmó Mark para tranquilizarlo un poco—. No volverá a molestarnos.

El hombre soltó un suspiro de alivio.

—Llevad cuidado, Mark, porque es muy mala persona —insistió Harold, alterándose un poco más ahora—. Creo que incluso disfrutó de mi dolor en aquella fiesta, mientras me contaba todo lo que le hizo a Maddie en el pasado, y me confesaba que… —apretó los dientes— aquella mujer era la misma a la que mirabas tan embelesado en la pista de baile. —Se le atragantaron las palabras.

—Déjalo ya —rogó el chico, cada vez más preocupado.

—Ella es tan linda, Mark, y tú la miras tan bonito… —comenzó a alterarse—. ¡Os merecéis tanto el uno al otro!

—Harold, por favor…, cálmate.

—Y ese pequeño… —Rompió a llorar—. Tienes un niño precioso, hijo.

Para Mark, verlo así estaba siendo demasiado doloroso. No podía evitar apiadarse de él, a pesar de todo, pero no era capaz de otorgarle su perdón.

—Siento haber callado tanto tiempo —sollozó—. Aquel mismo día… le aseguré que iría a la policía si le sucedía algo a Maddie, pero… él amenazó con hacerle daño a Ava, y yo… —Tuvo que guardar silencio unos segundos—. Dios, siento haber sido tan… débil y cobarde. No sabes cuánto me avergüenzo de mi mismo…

Mark no pudo evitar tomar su mano ahora. No sabía si podría perdonarlo algún día, pero no era capaz de verlo así sin intentar consolarlo.

—Tienes que calmarte, Harold —rogó—. Tu corazón no soportará más presión. Retomaremos la conversación en otro momento, por favor.

El hombre asintió, algo más calmado ahora, y apretó la mano del chico con toda la fuerza que pudo.

—Vale, pero… quiero que sepas que voy a devolverte hasta el último centavo…

Mark asintió, aunque aquello era lo que menos le preocupaba.

El teléfono móvil de Mark interrumpió la conversación. Extrañado al ver que se trataba de Anthony, se puso en pie y contestó de inmediato.

—Dime.

—¡Por fin! —escuchó decir al otro lado—. No lograba localizaros a ninguno, Karen también lo tiene apagado. —Sonaba alterado.

—¿Pasa algo?

—Sí. El coche patrulla en el que trasladaban a Jeremy Andrews ha sufrido un… percance.

Mark frunció el ceño.

—¿Qué tipo de percance?

—Uno muy preocupante —afirmó.

—¿No irás a decirme que se ha escapado?

—No, peor.

—¿Qué puede ser peor?

—Está muerto

—¿Y debería darme lástima?

—Ni mucho menos —dijo en un tono inquieto—, el problema es que no ha sido un accidente. Han emboscado el coche patrulla y le han pegado un tiro en la cabeza.

—No entiendo…

—Lo han ejecutado, Mark, antes de que la policía pudiera interrogarlo.

El chico se puso lívido. Calificar aquello como preocupante, se quedaba muy corto.

—¿El tipo solo era un peón? —murmuró abatido.

—Eso me temo —admitió Anthony—, el verdadero culpable sigue ahí fuera, entre las sombras, y dispuesto a todo.

«*Eres tú o yo, y serás tú*», había dicho Jeremy al teléfono, lo cual ahora cobraba un nuevo sentido.

Mark observó a Harold, que le devolvió una mirada angustiada desde la cama, sin duda había escuchado parte de la conversación.

—Voy de camino, Mark —siguió diciendo Anthony—, pero no pierdas de vista a Maddie, quien esté detrás, empieza a estar desesperado.

Cuando colgó el teléfono, miró a Harold sin poder evitar preguntarse si alguien podía ser tan psicópata como para engañarlos a todos durante toda una vida …

—¿Qué ha pasado? —interrogó el hombre con un hilo de voz.

—Han matado a Jeremy Andrews cuando lo trasladaban a comisaría —informó, acercándose hasta la cama—. Dime… que no has tenido nada que ver —rogó con sinceridad.

—¿Qué? —El hombre parecía perplejo e intentó incorporarse—. ¿Andrews, dices? No entiendo…

—Mark, vuelve a alterarse —lo regañó ahora su tío—, por favor, sal de aquí.

—No, espera. —Harold se agitó y pidió inquieto—: Dime qué está pasando.

Le faltaba el aire de nuevo. El médico amonestó a su sobrino ahora con un gesto.

—Vale, voy a buscar a Maddie —cedió Mark, mirando a su madre, que seguía en un extremo de la habitación.

—Yo la dejé con Barrett en el salón —contó la mujer—. Lindsay y Karen habían subido con Leo a buscar un peluche.

Una exclamación ahogada salió de labios de Harold, que llamó la atención de todo el mundo. El hombre hipaba intentando llevar oxígeno a sus pulmones mientras se agarraba el pecho con fuerza.

—Voy a sedarlo por completo —decidió el médico— y llamaré a una ambulancia.

—No…, Mark… —intentaba hablar, pero apenas le salía la voz del cuerpo.

—Tienes que calmarte, Harold —rogó Ava.

Pero el hombre no atendía a razones. Tomó la mano del chico con fuerza y lo miró con un infierno en los ojos.

—Maddie… —pudo decir con mucho esfuerzo.

—Está fuera atendiendo a Barrett.

—No…

El terror que leía en su mirada tenía al chico con el corazón en la garganta. Apenas en un murmullo, el hombre trataba de hablar… Mark intentaba entender lo que murmuraba, sin éxito.

—Barrett… —Le apretó la mano con fuerza.

—Está fuera, ¿qué…?

La mezcla de horror en los ojos del hombre… le paralizó el corazón mientras la verdad se abría paso en su cabeza.

—Corre —musitó Harold con la voz estrangulada.

Y Mark hizo justo eso. Con una angustia que le cortaba la respiración, salió de la alcoba y corrió al salón, donde no había ni rastro de Maddie.

Gritó su nombre tan fuerte que todos en la casa acudieron a la llamada, todos… excepto ella.

Fuera de sí, recorrió todas las habitaciones, sin éxito. Ben no se había movido de la puerta, de modo que no habían salido por allí.

—Karen, por favor, encerraos en la habitación de Leo todas juntas —pidió Ben.

—Pero quiero ayudar a encontrarla.

—La mejor ayuda es saberos a salvo, junto con el niño —insistió el guardaespaldas.

Mark apenas podía pensar con claridad. El simple pensamiento de perder de nuevo a Maddie lo paralizaba, no lograría soportarlo esta vez. La angustia que sentía en el pecho le provocaba náuseas, junto con una intensa sensación de falta de aire cada vez más acuciante.

—Vamos a separarnos —acertó a pedirle a Ben—. Alerta a los guardias de la puerta.

—Ya lo hice —explicó el guardaespaldas—. Saldré a repartir las zonas de búsqueda. La finca no es demasiado grande, no podrán ir muy lejos, los encontraremos.

Mark asintió con un gesto de agradecimiento y murmuró para sí:

—Aguanta, dulzura, solo un poco más.

Capítulo 50

Perdida entre los árboles del jardín, casi lindando con la valla que delimitaba la propiedad, Maddie miraba con horror la pistola que le apuntaba en mitad del pecho. Sentía la garganta seca y el corazón desbocado, latiendo a un compás frenético, mientras el hombrecillo asustado que siempre había visto en Harry Barret parecía haber desaparecido por completo.

Maddie apenas podía creer lo que le estaba pasando. El tipo había manifestado una repentina sensación de falta de aire mientras estaban en el salón, para provocar que ella saliera con él al jardín, y nada más poner un pie fuera, lejos de todos, le había apuntado con un arma y obligado a caminar para alejarse de la casa. Y así habían llegado hasta la valla de linde, donde Maddie se volvió a mirarlo con terror, preguntándose qué tenía pensado hacer, puesto que estaban acorralados por completo. Aquello no pintaba bien.

—Aún estás a tiempo de huir —le dijo Maddie con voz temblorosa—. Es posible que ni se hayan dado cuenta de que me has secuestrado.

—Huiré, sí, pero después de cerrarte la boca de forma definitiva —aseguró en un tono firme.

—¿Por qué haces esto? —interrogó.

—No puedo seguir arriesgándome a que recuperes la memoria en el momento menos pensado —admitió.

—Pero podrías haber huido sin más hace dos años, incluso sin atentar en mi contra.

—¿Y pasarme la vida huyendo? —sonó indignado.

—Robaste veinte millones de dólares —le recordó Maddie con cautela—, con todo respeto…, ¿qué creías que iba a pasar?

—Si hubieras aceptado tu soborno y te hubieras largado —la enfrentó—, ambos nos habríamos ahorrado muchos problemas. Todos podríamos haber llevado una buena vida, pero no, ¡tú tenías que ser la persona más jodidamente honesta del planeta!

El gesto de furia del hombrecillo no auguraba nada bueno. Un animal acorralado siempre es peligroso, y Maddie lo tenía muy claro.

—No voy a disculparme por eso —tragó saliva.

—¡Tú arruinaste un plan perfecto!

—¿Un plan perfecto? —Frunció el ceño—. A ver si lo he entendido… ¿Tu pretensión inicial era robar el dinero y seguir con tu vida normal mientras yo renunciaba a la mía sin protestar? —Estaba perpleja—. Discúlpame, pero ¿en qué clase de mundo de Yupi vives tú?

—¡Yo tenía una familia! —acusó, colérico—. Y tú…

—También.

Aquello pareció incomodarlo. Maddie supuso que se sentía un poco estúpido en ese momento, y no era un buen sentimiento para alguien que se vanagloriaba de su inteligencia.

—Solo a tu padre, y contaba con que él te siguiera —reconoció—, de todos es sabido que los sueldos de la policía no son de traca para toda la mierda que tragan.

—No todo es cuestión de dinero —declaró Maddie sin apartar sus ojos de la pistola, preguntándose si podría sorprenderlo y lograr arrancársela de las manos.

—No, claro, pero tú no escogiste a un mendigo como pareja. —Sonrió irónico—. No,

elegiste al todopoderoso —apretó los dientes—, y reconozco que estuve a punto de matarte con mis propias manos cuando me enteré de vuestra relación, aquello complicó mucho las cosas.

Maddie tragó saliva, cada vez se le veía más nervioso y aún no era capaz de entender cuáles eran sus pretensiones, pero… le daba pánico preguntar, aunque hacerle hablar era la única manera de ganar tiempo hasta que en la casa se dieran cuenta de su ausencia.

—¿Y cuál es el plan ahora? —se atrevió—. En este punto tendrás que tomar una decisión, Barret, y créeme que matarme no te va a facilitar las cosas.

—El plan sigue siendo el mismo —proclamó con una sonrisa que a la chica le arrancó un escalofrío—. Claro que voy a matarte —izó el arma—, y nadie podrá relacionarme nunca con todo esto.

Maddie reculó un paso, aterrada.

—Ese plan hace aguas —opinó—, aquí solo somos dos.

—Y el tercer hombre —ironizó, y Maddie lo miró asombrada—, el que nos ha traído a ambos hasta aquí a punta de pistola, te ha matado y a mí me ha herido en un brazo. Nada grave, un disparo limpio, por suerte para mí —sonrió—, después ha saltado esa valla —señaló— y ha desaparecido.

Al fin, Maddie entendió sus planes y, a pesar de sonar disparatado y de que era posible que terminaran atando cabos, acababa con ella muerta.

—No es fácil dispararse a uno mismo —intentó disuadirlo—, no creo que sepas cuánto duele una herida de bala.

—Tengo diez millones de razones para echarle agallas —repuso—, más la parte de Jeremy, que ha tenido a bien regalarme hace un rato, cuando le he mandado recuerdos con un amigo.

Levantó el arma dispuesto a acabar con todo, y Maddie cerró los ojos con fuerza, aterrada, buscando en su mente algo más con lo que descentrarlo.

—¿Crees que Harold se quedará callado? —se le ocurrió de repente, y aquello consiguió su cometido.

—¿Harold? ¿Por qué lo mencionas?

—Porque hace poco más de media hora ha admitido su implicación en el desfalco.

Aquello sí lo dejó perplejo y, por primera vez, vio la duda y la inseguridad en sus ojos, donde hasta ahora solo había resolución.

—¡Mientes!

Maddie negó con un gesto.

—¿Cómo iba a saberlo yo?

El tipo, nervioso, se subió las gafas usando la pistola, y a Maddie aquel gesto le resultó demasiado familiar, tanto que un destello entró con fuerza en su mente y la obligó a cerrar los ojos y sacudir la cabeza, aturdida. Uno de sus recuerdos perdidos salió de su escondite…

Ella estaba frente a Barrett en un viejo hangar, y él tenía una pistola en la mano con la que hacía aquel movimiento para colocarse las gafas una y otra vez. Jeremy era quien la sujetaba a ella con fuerza mientras el contable le gritaba que lo había estropeado todo y que debían hacerla desaparecer. Después, Jeremy la había arrastrado hasta un jet privado, la había subido haciendo uso de la fuerza y le había inyectado algo que hizo que cayera a plomo, porque no recordaba nada más hasta que se despertó cuando la trasladaban a una destartalada avioneta…, que ahora podía sentir desplomarse…. El pánico que había vivido dentro de aquel avión mientras caía resultaba abrumador. Ahora era más que obvio por qué su subconsciente se había revelado contra la idea de volar de nuevo.

Un escalofrío de angustia la sacudió frente al recuerdo y tuvo que repetirse varias veces que

aquello pertenecía al pasado, pero… la amenaza de aquella pistola era su presente y muy real.

—Harold también tiene mucho que perder —dijo el tipo, confuso—, no puede haber confesado.

—Pues lo ha hecho —aseguró una voz con firmeza desde muy cerca.

Con el corazón desbocado, Maddie buscó a Mark, que salió de entre los árboles unos metros más allá, y lo miró con una mezcla de ansiedad y pavor. Se alegraba mucho de verlo, pero sentía pánico porque él también se expusiera a aquella pistola.

—Sal de aquí, Mark —rogó Maddie.

El chico la miró con preocupación.

—¿Estás bien?

—Vete —suplicó—, Leo va a necesitarnos a uno de los dos.

—¡De aquí no se va nadie! —gritó Barrett, avanzando hacia Maddie con la pistola en alto, mirando al chico—. ¡Ven aquí! ¡Ponte junto a ella!

Mark obedeció. Caminó hasta Maddie, que le devolvió una mirada aterrada, y el contable se distanció un par de metros para apuntarlos a ambos con el arma.

—Deja que ella se vaya —rogó Mark, tratando de mantener la calma a pesar de la tensión que llenaba el aire—, estoy dispuesto a darte lo que me pidas.

Harry Barret puso una mirada acerada sobre él y sonrió sin una pizca de humor.

—¿Puedes dar marcha atrás en el tiempo y devolverme la empresa que tu padre me robó? —los sorprendió diciendo.

Mark lo miró asombrado.

—¿De eso va todo esto?

—¡Tu padre arruinó mi vida! —repuso entre dientes—. ¡Él podía haber salvado mi compañía, pero era mejor despiezarla y venderla por partes!

—Tú destrozaste tu empresa —le recordó Mark—, no había nada que mi padre pudiera hacer para salvarla.

—¡Solo había que esforzarse un poco más!

—Eres muy buen contable, Barrett, pero eso no es suficiente para dirigir una empresa —opinó Mark—, no tomaste las mejores decisiones.

—¡Cállate! —exigió, estirando la mano con la pistola—. ZenithCorp destrozó mi vida.

—Mi padre consiguió para ti todo el dinero que pudo y te ofreció un buen empleo —le recordó Mark.

—Un empleo de mierda, que no pagaba el estatus al que mi esposa estaba acostumbrada —gritó—. Ella se terminó marchando hace tres años.

—Lo siento mucho, de veras, pero buscas culpables en el sitio equivocado —declaró con cautela—, aunque… si lo que quieres es dinero para intentar recuperarla, estoy dispuesto a pagarte una fortuna si dejas que ella se vaya. —Señaló a Maddie.

—¡Mi Angie se casó con otro! Ni siquiera diez millones de dólares sirvieron. —Apretó los dientes y lo miró con odio.

Un movimiento entre los árboles los alertó de que ya no estaban solos. Ben se mostró unos metros más allá y puso las manos en alto para calmar al contable.

—Suelta el arma —le pidió el guardaespaldas—, no tiene por qué morir nadie hoy.

Barrett parecía aturdido. Se apartó hacia un lado para poder controlarlos a todos, pero se le veía demasiado nervioso.

—No seré yo quien muera —sonrió, aunque un tanto inquieto—, soy el que sostengo la pistola.

—Nada puede salir ya como esperas, Barrett —dijo Maddie ahora—. Acabemos con esto cuanto antes y te juro que testificaré a tu favor —mintió con total descaro, porque ni loca diría una sola palabra para ayudar al tipo que le había destrozado la vida.

—Tú cállate, porque ya no tengo nada que perder —gritó—. ¡Y tengo el arma, así que tengo el control!

Maddie lo miró con pesar.

—La falsa seguridad que da un arma —susurró aquello que su padre solía decirle a menudo — es muy probable que termine matando a quien la empuña.

—¡Yo no voy a morir hoy! —exclamó, y apuntó directamente a Maddie—, pero… tú sí.

La chica sintió pánico. Por la expresión de Barrett, se adivinaba que el tipo acababa de tomar una decisión.

—Barrett, no voy a permitirlo —aseguró Mark con convencimiento.

—Tú vas a aprender de la peor manera lo que significa vivir sin la persona que amas —masculló el hombrecillo, colérico.

—Esa lección la tengo aprendida —suspiró con un gesto de angustia.

—¡Esta vez me aseguraré de que se quede muerta!

Barrett soltó una desagradable carcajada, que resonó en el silencio de la noche cargada de un premonitorio desenlace, y entonces todo sucedió como a cámara lenta. Maddie sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras la fría boca del cañón apuntaba hacia ella y el estruendo de un disparo rompía el silencio de la noche, cortando el aire con ferocidad. De manera ilusoria, creyó ver el destello del proyectil, pero antes de que pudiera ni siquiera gritar, Mark se interpuso entre la bala y ella, y el proyectil impactó en él, justo en el centro de su pecho.

—¡No! —Maddie soltó un alarido desgarrador, sosteniéndolo entre sus brazos hasta que ambos terminaron cayendo al suelo.

Dos disparos más resonaron en la noche y fue ahora Maddie quien lo protegió con su cuerpo, dispuesta a encajar el resto de proyectiles, pero jamás llegaron a impactar en ella. Entre lágrimas, vio caer a Barrett al suelo y salir a su padre de entre los árboles, aún apuntando hacia el cuerpo inerte del contable.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó, agachándose frente a ellos cuando se aseguró de que Barrett estaba muerto.

—No, no, no… —lloraba Maddie, desesperada, mientras acunaba a Mark en su regazo.

Todavía consciente, el chico tenía la mano sobre la herida, como si pudiera detener la marea de sangre que escapaba entre sus dedos. La bala había penetrado en una zona crítica, y Mark luchaba por respirar, pero resultaba evidente que cada inhalación era un suplicio.

Para Maddie no había consuelo. El dolor frente a la posibilidad de perderlo resultaba insoportable.

—Maddie… —intentó hablar mientras la sombra de la muerte se cernía sobre él.

—No hables, guarda las fuerzas —rogó, con los ojos inundados de lágrimas.

Él intentó sonreír, tratando de tranquilizarla, aunque una intensa agonía se reflejaba en sus ojos mientras luchaba por mantenerse consciente.

—Aguanta, mi amor, aguanta —murmuraba Maddie mientras le acariciaba el rostro con la yema de los dedos y se perdía en sus ojos…, quizá por última vez.

Mark luchó ahora por hablar, pero sus palabras entrecortadas apenas llegaban a oídos de Maddie, que terminó acercando el oído a su boca, muy consciente de que quizá aquellas fueran las últimas palabras que oyera de sus labios…

Y como si de una leve caricia se tratara, Mark le susurró al oído…

—Un corazón…, un amor…, una llave.

Maddie se estremeció de la cabeza a los pies. Aquellas simples palabras fueron como verdadera magia para sus oídos y, para su sorpresa, abrieron las compuertas de su memoria de par en par. Cada uno de sus recuerdos perdidos regresaron a ella con fuerza, como si una cascada incontenible los volcara dentro de su mente, uno a uno, inundando su corazón y su alma del amor más intenso, puro e increíble que había sentido jamás. Cada latido de su corazón gritaba su nombre mientras aquellos ojos grises se apagaban poco a poco…

—No, no, Mark, mírame —lo zarandeó—, no te duermas… ¡Me acuerdo de todo, ya me acuerdo de todo! —le gritó, desgarrada por el dolor—. Te amo, te amo… —El dolor la enloquecía mientras lo abrazaba con fuerza. Su padre le hablaba ahora desde muy cerca, pero escuchaba su voz en la lejanía, perdida por completo en su agonía.

—Deja trabajar a Devon —rogaba Anthony, tirando de ella para que se hiciera a un lado.

Como una autómata, Maddie terminó cediendo a los brazos de su padre casi por inercia, y observó entre lágrimas como el médico comprobaba las constantes de su sobrino.

—¿Cómo está? —interrogó Anthony mientras la abrazaba.

Devon les devolvió un gesto demasiado serio, y la chica se dejó caer de rodillas frente al amor de su vida, llorando a mares.

El médico tomó ahora unas tijeras y cortó la camisa de Mark para valorar la herida. Entre lágrimas, Maddie se quedó prendada de lo que jamás esperó encontrar bajo la tela. De su cuello pendía el colgante con la preciosa llave que ella conocía tan bien, la llave de su corazón. Por desgracia…, el de Mark dejó de latir en ese preciso instante…

Capítulo 51

Dos días, con sus interminables noches, eran los que Maddie llevaba frente a la cama de Mark en el hospital, aguardando para poder mirarse de nuevo en sus preciosos ojos grises.

Cuando el chico había ingresado, entró directo al quirófano, donde fueron necesarias cuatro horas de una cirugía muy delicada para extraer la bala, que se había alojado junto al pulmón derecho, aunque por fortuna no lo había perforado. Ningún órgano vital se había visto afectado, pero la pérdida de sangre fue la responsable de una parada cardiaca, de la que jamás habría regresado de no ser porque el destino había llevado a Devon Stiles a la casa aquella tarde.

Según los médicos, todo evolucionaba de forma favorable, aunque Mark apenas había hecho otra cosa más que dormitar durante los dos días que llevaba ingresado, en parte por la enorme dosis de medicamentos que le administraban. De vez en cuando, abría los ojos, la miraba, sonreía y volvía a dormir…, a veces incluso rogaba algo de agua antes de rendirse al sueño de nuevo, y aquello ayudaba a Maddie a soportar el paso de las horas, aunque comenzaba a desesperar. No podría respirar con tranquilidad hasta verlo sonreír, hablar y… mirarla con aquella intensidad que le aceleraba el pulso.

Durante las horas que había pasado en el quirófano mientras ella estaba en la sala de espera aguardando un milagro, había vivido un tormento cuyo recuerdo aún la enfermaba. El simple pensamiento de poder perderlo para siempre había hecho estragos en su sistema nervioso, todavía en aquel instante era incapaz de comer, dormir o relajarse un solo segundo. En aquellos días, no había podido evitar pensar en ciertas palabras que él había pronunciado…

«*Te enterré, Maddie, no hay dolor que pueda compararse a ese… No te haces una idea de lo cerca que he estado de la locura*».

Y ahora sabía que no mentía, lo estaba viviendo en carne propia. Si Mark se iba…, ella no tendría consuelo.

—Voy a llevar a mi madre a tomar un café —le dijo Lindsay ahora en susurros—. ¿Te traemos algo?

Maddie negó con un gesto.

—Oye, se te ve agotada —se preocupó Rachel—, necesitas dormir unas horas, comer, quizá darte una ducha que te ayude a relajarte.

—Estoy bien —aseguró Maddie—. Iros tranquilas.

Las dos mujeres salieron de la habitación, y ella aprovechó el rato a solas para tomar la mano de Mark y hablarle, tal y como llevaba haciendo aquellos dos días, aunque no pudiera escucharla.

Sonrió mirando su bello rostro. Recordaba ahora con absoluta claridad el momento en el que había caído en sus brazos más de dos años atrás, al precipitarse desde aquella silla. Su impresión inicial al mirarlo a los ojos había sido la misma que en aquella terraza, un Stendhal en toda regla. Y entonces él la había besado sin mediar palabra, y desde ese día su mundo se había convertido en un jardín mágico de colores brillantes. Se habían enamorado de un modo tan intenso y maravilloso…

—Necesito que regreses a ese jardín conmigo, mi amor —rogó, acariciándole el rostro con la yema de los dedos—. Ya es hora de reencontrarnos allí, después de tanto tiempo.

Recortó la distancia hasta sus labios y lo besó con dulzura, sintiendo un amor tan inmenso palpitando en su pecho que le costó unos segundos darse cuenta de que él le estaba devolviendo el beso. Cuando fue consciente, sintió miedo de estar solo imaginándolo y tardó en renunciar a sus labios para mirarlo.

—Hola, bello durmiente. —Sonrió entre lágrimas, perdiéndose al fin en sus ojos grises.

Mark le devolvió una perezosa sonrisa.

—¿Me he muerto y… estoy en el cielo? —susurró el chico con un hilo de voz.

—No bromees con eso —lloró Maddie, acariciando su rostro—, ha faltado muy poco.

—¿Barrett…?

—Muerto, mi padre tuvo que abatirlo para salvarnos la vida —contó.

Mark asintió.

—¿Y… Harold está…? —casi titubeó con angustia.

—Está mejor, ingresado en este mismo hospital.

El suspiro de alivio de Mark fue evidente.

—Voy a llamar a tu tío para avisarle de que has despertado.

—No, aguarda un poco —rogó, y le tomó la mano—. Necesito hablar contigo.

—Ya habrá tiempo para eso —alegó—, ahora tienes que guardar fuerzas para recuperarte.

—No podré… hacerlo hasta saber… —Tragó saliva, se le veía nervioso, pero le fallaban aún las fuerzas para hablar.

—Tranquilo.

—Me… has besado…

Maddie sonrió.

—Sí.

—Sé… que juré no… molestarte más —la miró con una expresión atormentada—, pero…

La chica sintió su corazón palpitar de amor.

—No te preocupes por eso —esbozó una sonrisa radiante—, no voy a pedirte que rompas tu juramento.

La expresión desolada de Mark habló por sí sola, así que Maddie se apresuró a añadir:

—Yo no juré nada —suspiró—, así que puedo molestarte cuanto quiera.

Mark la miró con aprensión.

—¿Y… quieres?

Su expresión abatida inundó el corazón de Maddie de ternura, asintió y admitió con una sonrisa enamorada:

—Quiero, sí.

Para darle un ejemplo práctico, recortó la distancia hasta su boca y volvió a besarlo. Mark respondió al beso soltando un suspiro, seguido de un gruñido cuando la puerta de la habitación se abrió y alguien entró para interrumpirlos.

—¡Estás despierto! —exclamó Devon Stiles, feliz, llegando hasta la cama y besando a su sobrino—. Nos has dado un buen susto. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que nunca. —Sonrió el chico, y miró a Maddie con una expresión ansiosa.

—Salvo por el intenso dolor, ¿no? —Rio el médico.

Mark asintió con sinceridad.

—Eso es solo un detallito.

—Esta mañana te hemos reducido la dosis de calmantes para ayudarte a espabilarte un poco —explicó—, pero puedo volver a subirlos si…

—No —interrumpió, y volvió a mirar a la chica—, necesito estar despierto.

—Vale, pero no hables demasiado.

El médico se concentró en comprobar toda la información de los monitores y después se centró en auscultarle. Cuando acabó, salió en busca de una enfermera para que trajera todo lo necesario para curarle la herida.

—Maddie, te importa aclararme…

—Tu tío te ha pedido que no hables —interrumpió.

—Pero…

—Sin peros —insistió ella con una sonrisa, y recortó la distancia hasta sus labios—, ya veo que voy a tener que silenciarte de la única manera que se me ocurre. —Lo besó con cuidado.

Devon regresó acompañado de una enfermera y la chica lo miró a los ojos antes de alejarse.

—¿Necesitas más aclaraciones? —Sonrió.

—Muchas más… —murmuró contemplando sus labios.

Maddie se hizo a un lado sin poder evitar suspirar. Su mirada le prometía demasiadas cosas que aún tendrían que esperar.

Al propio Mark le sorprendió que la herida no fuera tan aparatosa como esperaba. Estaba cicatrizando de manera espectacular, los puntos estaban secos y tenían muy buena pinta.

—Es una herida pequeña —comentó Mark un tanto asombrado, ganando fuerzas por momentos.

—No hubo que abrir del todo, te extrajeron el proyectil con una especie de máquina parecida a las de laparoscopia —contó su tío—, solo que algo más sofisticada, y, por fortuna, pudieron sacarla completa. Pero que no te engañe el exterior, la bala hizo estragos por dentro, aunque al menos no tocó ningún órgano vital —explicó—, pero la hemorragia te causó una parada cardíaca.

El chico miró a Maddie, cuyos ojos daban muestra del horrible momento.

—Por suerte tu tío estaba en la casa, Mark —repuso Maddie casi en un susurro—, y con todo lo necesario para reanimarte, gracias a que iba preparado para asistir a Harold de precisarlo. —No pudo contener un escalofrío—. No lo habrías contado de no ser así.

—El destino… no podía ser tan cruel con nosotros, dulzura —murmuró tomándole la mano —, aún hay cosas que no he podido decirte. —Pero sus ojos hablaban alto y claro.

Incluso la enfermera suspiró al ver la intensidad del amor con el que se contemplaban.

Rachel y Lindsay entraron ahora en la habitación y ambas soltaron un grito de alegría al verlo despierto. Corrieron a abrazarlo y besuquearlo mientras Mark fingía protestar, aunque no podía evitar sonreír.

—Te hemos traído un sándwich —le dijo Rachel a Maddie—, y ahora podemos amenazarte con chivarnos si te niegas a alimentarte.

Maddie rio.

—Me lo comeré en un ratito —admitió risueña—. Voy haciendo algo de hambre.

—Anda, mira cómo han cambiado las tornas —se burló Lindsay—. ¿Ahora es cuando también admites que necesitas algo de descanso?

—No, ahora es cuando os aseguro que no pienso irme a ninguna parte.

Mark la miró con curiosidad.

—¿Desde cuándo llevas aquí?

—Desde que te trajeron hace dos noches —declaró Lindsay por ella—. No se ha separado ni un segundo de tu lado.

Maddie se sintió un poco avergonzada frente a su mirada de asombro.

—Quería estar aquí cuando despertaras. —Se encogió de hombros—. Y Karen me trajo a

Leo ayer un ratito.

—¿Y cómo está?

—Dice que eres muy dormilón —sonrió Maddie—, que las mariquitas no se van a coger solas.

Todos rieron.

Los ojos de Mark apenas podían apartarse de ella por más que lo intentara, y era demasiado evidente para todos. Y Maddie no se alejaba de su lado ni un paso, muriéndose de ganas de contarle ya algunas cosas importantes… acerca de su memoria, pero prefería hacerlo a solas.

—Tengo mucha sed… —declaró Mark ahora.

Rachel le acercó una botella de agua mientras el médico le subía un poco más el respaldo de la cama, aunque el chico hizo algunas muecas de dolor cuando intentó acomodarse. Maddie saltó sobre él al primer quejido, con un gesto de preocupación, lo que les arrancó una sonrisa a todos los presentes; a todos menos a Mark, que estaba demasiado obnubilado y perdido en sus ojos.

—Maddie… —aprovechó la cercanía para susurrar—, yo necesito que… me molestes un rato…

La chica rio, pero su cuerpo reaccionó a las palabras como si acabara de proponerle filmar una peli porno, y la intensidad de la mirada de Mark no ayudaba. Con un gesto de azoramiento porque alguien pudiera darse cuenta, ayudó a Mark a beber agua.

—¿Por qué tengo la sensación de que sobramos? —susurró Lindsay demasiado alto, con evidente diversión.

—Ah, ¿qué es solo una sensación? —bromeó su madre—. Creo que Leo nos va a hacer más fiesta que tu hermano.

Mark sonrió y miró ahora a las dos mujeres.

—Sabéis que siempre sois bienvenidas…

—¿Por qué presiento un pero? —interrogó Lindsay con una mueca divertida.

—Sin peros —aseguró Mark—, aunque…

—Un aunque es igual que un pero —opinó su hermana—. Usa un no obstante, que disimula más.

—Largo, Linny —repuso Mark entre risas—, ve a jugar con tu sobrino.

De broma en broma, Rachel y Lindsay se despidieron y se marcharon a descansar, tras intentar convencer a Maddie, sin éxito, de que dejara a una de las dos hacerle el relevo. Devon salió solo un momento para solicitar que le llevaran algo de comer, pero ni siquiera cerró la puerta, algo que desesperó por completo a Mark, que no dejaba de hacer comentarios que a Maddie le arrancaban sendas carcajadas.

—No estás para mucha puerta cerrada —terminó diciéndole entre risas.

—Pero puedo hacer un esfuerzo.

—¿Para que se te salten los puntos?

—Estoy dispuesto a arriesgarme —admitió, desesperado—. Eres como una droga que ya hace días que no puedo meterme.

Maddie rio de nuevo, pero cedió a darle un beso que calmara un poco el mono.

Durante la siguiente hora, Mark ganó algo de fuerza. Comió con apetito todo lo que le trajeron, lo cual le ayudó a recuperar energías, mientras bromeaba con su tío y con Maddie, muy animado.

—Os dejo —anunció Devon al fin—, supongo que tendréis cosas de las que hablar.

Ambos asintieron y se miraron entre sí con un gesto de impaciencia que le arrancó una sonrisa al médico antes de marcharse.

Cuando al fin se quedaron a solas, Mark no tuvo que rogar lo que más necesitaba, porque era lo mismo que ella se moría por darle. Recortó la distancia hasta sus labios y lo besó con ardor. Durante largo rato, se saborearon a conciencia, hasta que el fuego ardió entre ellos con demasiada virulencia para la salud masculina. La chica abandonó su boca con reticencia.

—Dios, ya me siento mucho mejor —murmuró Mark, y la miró a los ojos—. ¿Es pronto para decirte que quiero que me despiertes como lo has hecho hoy todos los días de mi vida?

Maddie suspiró de dicha y se sentó en la cama, todo lo cerca que pudo, mirándolo de frente.

—No, mejor —insistió Mark, tomándole la mano—, yo te despertaré a ti.

—¿Eso no atentará contra tu juramento?

—Hace rato que me has eximido de cumplirlo.

—Ah, ya —lo miró soñadora—, entonces acepto.

Mark la observó ahora con un gesto algo más serio y una inquietud demasiado visible.

—¿Lo… dices en serio? —titubeó.

—Muy en serio —sonrió, un poco cohibida, e intentó quitarle hierro a todo—, aunque te advierto que, si vuelves a interponerte entre una bala y yo, voy a enfadarme mucho contigo.

—Intentemos no volver a ponernos jamás en la línea de fuego —rogó.

—Hecho. —Avanzó hasta sus labios de nuevo.

—Qué dadivosa. —Frunció el ceño—. Espero no estar soñando…

La carcajada de Maddie inundó la estancia.

—Estar a punto de perder al amor de tu vida te suaviza el carácter —bromeó con tranquilidad, hasta que observó el brillo en los ojos de Mark y fue consciente de lo que acababa de confesar sin apenas pretenderlo.

—¿Podrías repetir parte de esa frase, porque…?

—No. —Sonrió.

—¿No? Soy un moribundo, ¿dónde está tu caridad?

—¡No eres un moribundo! —se quejó, sin poder evitar reír—. Vas a recuperarte, y hay cosas que prefiero decirte cuando pueda… —lo miró risueña— demostrártelas.

—¡Pide mi alta! —proclamó—. Nos vamos ya.

Maddie volvió a reír y lo besó de nuevo. Después, soltó aire muy despacio, algo nerviosa.

—Hay cosas importantes que tengo que contarte —le confesó, incapaz de guardar más tiempo la gran noticia.

Soltando un suspiro de dicha, se abrió el primer botón de su camisa para mostrarle el colgante con el pequeño corazón que lucía en su pecho.

—La policía me lo devolvió ayer —contó—, mi padre me lo trajo.

El chico se llevó su propia mano al cuello, donde no encontró la llave que debería pender de allí.

—Si buscas tu llave… —se la mostró junto a su colgante—, también la tengo yo.

Esbozó una sonrisa tierna frente a su expresión emocionada.

—Yo compré esos colgantes en el pasado —susurró Mark—. Debí decírtelo cuando vimos el corazón en esa foto, pero… reconozco que me dolía demasiado que no lo recordaras.

—Siempre lo he sabido —confesó, dejándolo perplejo—. Recuperé ese recuerdo la primera vez que me senté en tu jardín, aunque… en ese momento solo veía tus manos.

—¿En serio? —Parecía perplejo.

Maddie suspiró mientras se quitaba el colgante con la llave del cuello.

—Tú te quedarás el corazón y yo la llave… —dijo Maddie, rememorando las palabras que él había pronunciado.

Mark sonrió y no pudo evitar emocionarse.

—Juntos simbolizan un amor para toda la vida —completó Mark ahora—. Jamás volveré a darle mi corazón a ninguna otra.

—Y solo tú tendrás la llave que abre el mío —murmuró.

Con cuidado, devolvió la llave al cuello del chico, y el beso que se robaron a continuación fue igual de dulce que el de entonces.

—Un corazón, un amor, una llave… —declaró Mark, emocionado.

La chica se estremeció.

—Esa frase me ha acompañado en mis peores momentos —confesó.

—¿Qué?

—Era todo lo que conservaba de mi pasado. —Las lágrimas fueron inevitables—. Tus susurros en mi oído eran la calma que precedía a la tormenta de mis pesadillas, lo único a lo que podía aferrarme…, mi mantra para lograr mantenerme a flote.

Mark la observaba con el amor más puro brillando en sus ojos. Maddie podía verlo con absoluta claridad ahora.

—Te escuché repetirlo en el avión —admitió el chico—, y me descolocó tanto que no supe cómo encajarlo.

Maddie recordó el modo en que él la había mirado cuando aquel avión aterrizó, y la manera en la que se alejó de ella sin pronunciar una palabra. Doctor Jekyll y míster Hyde, una lucha interna en estado puro, ahora estaba todo tan claro…

—Mark, esas palabras lo han significado todo para mí mientras no era capaz de recordar quién era —susurró, soltando un suspiro—, y fueron pura magia cuando las escuché de nuevo de tus labios hace dos días.

—Era mi forma de decirte… cuánto te amo —confesó con la voz empañada de emoción.

El corazón de Maddie saltó de júbilo. Había soñado tanto con escuchar aquellas palabras de sus labios…

—Hiciste mucho más que eso, amor —dijo con la voz quebrada—, conseguiste un milagro increíble…

—¿Sí?

—Sí, Mark —afirmó con los ojos empañados de lágrimas—. Junto con esas palabras, me devolviste… mis recuerdos.

Él la miró con una expresión mezcla ansiedad y turbación.

—¿Has recordado algo?

—¡Todo, Mark! —confesó, rompiendo a llorar de pura emoción—. Mi memoria al completo —suspiró—. Cada beso, cada caricia, cada palabra de amor, cada risa, cada… momento que vivimos juntos.

—¡Oh, Maddie! —exclamó también con lágrimas en los ojos—. ¡Esa es la noticia más maravillosa que podías darme!

Ella regresó a sus labios y después lo abrazó con cuidado durante largo rato, en el que ambos disfrutaron de la sensación de pertenecerse, sin más trabas en el camino.

—Dios, dulzura, ha sido un largo infierno… —murmuró Mark—, pero volvería a recorrerlo para llegar hasta aquí —la miró ahora con cierta ansiedad—, porque… lo de antes lo has dicho en serio, ¿verdad?

Maddie lo miró con un gesto confuso, y Mark aclaró:

—Nos… turnaremos para despertarnos… —sonó inquieto, y al fin se aventuró a preguntar—. ¿Te quedarás conmigo?

Con un nudo en la garganta de pura emoción, la chica admitió:

—Solo si tú lo deseas.

—¿Acaso lo dudas? —Sonrió—. Una vez más, desearía que no tuvieras que preguntármelo.

Maddie lo miró ahora con los ojos cargados de confusión.

—Me dijiste algo así hace dos días —recordó—, cuando te pregunté si desearías no tener que quedarte conmigo…

Con una sonrisa enamorada, Mark asintió:

—Desearía que no tuvieras que preguntármelo… —repitió aquella frase—, que estuvieras tan segura de mis sentimientos que siempre tuvieras claro que no hay ningún otro sitio en el mundo donde quiera estar más que a tu lado.

—Pues podías haber agregado esa parte —lo miró con una mezcla de embeleso y abatimiento frente al recuerdo—, me estaba muriendo de dudas y dolor ese día, y no sabía cómo llegar hasta ti, me preguntaba si aquel juramento cerraba por completo tu corazón a mí.

—Jamás podría cerrarte mi corazón —aseguró con un brillo especial en los ojos—. No pude hacerlo… ni siquiera cuando intentaba odiarte.

Ambos se miraron muy serios en aquel instante, sabedores de que aún había una conversación intensa y dolorosa que mantener, pero necesaria para dejar de alimentar todos los miedos y ecos del pasado.

—Te llevo metida en la sangre, Maddie —declaró, perdiéndose en sus ojos—, en mi corazón está escrito a fuego tu nombre. —La chica se estremeció—. Te he amado desde el mismo instante en el que caíste en mis brazos por primera vez y… jamás he dejado de hacerlo desde entonces. —Tragó saliva y el dolor de los recuerdos se reflejó en sus ojos—. Morí contigo el día en que me anunciaron tu muerte y… no volví a la vida hasta que te vi salir de aquel portal.

Ver las lágrimas en sus ojos contagió a Maddie, que no pudo evitar verter las suyas.

—Siento que tuvieras que pasar por aquel horror, mi amor —sollozó, inclinándose para besarlo—. Si mi padre hubiera sabido sobre nuestra relación, quizá habría actuado de manera diferente.

—Eso no lo sabemos, Maddie, pero su misión como padre era protegerte —opinó—, yo lo haría por Leo y por ti, por encima del dolor de cualquiera ajeno a nosotros —reconoció—. Así que no lo culpo.

La chica asintió y lo amó aún más por cada una de aquellas palabras.

—Pero no voy a negar que sus decisiones me destrozaron —susurró con un gesto de horror, después sonrió—, pero cuando dos personas están destinadas a estar juntas, nada ni nadie puede impedirlo.

Maddie se estremeció.

—¿De veras crees eso, que… estamos destinados?

—La vida nos lo ha demostrado una y otra vez —expuso—. Jamás voy a eventos como el que desencadenó el encontrarte de nuevo, Maddie, pero ese día Chris cayó enfermo, mi madre estaba fuera, Harold tenía otro compromiso… El destino me obligó a ser yo quien asistiera, y me sentó a la mesa de la única persona que podía darme información sobre tu padre —sonrió—, dime tú si eso no es demasiada casualidad.

La chica estaba maravillada por sus palabras.

—El destino es caprichoso a veces.

Mark asintió con una expresión risueña.

—Sí, y un poco cabrito —admitió—, aunque siempre nos guía hasta donde debemos estar. Después, nos pone a prueba para comprobar si nos merecemos toda la felicidad que está

dispuesto a darnos y nos obliga a ganárnosla. —Acarició el dorso de su mano con el pulgar y la contempló con un brillo especial en la mirada—. Mi destino eres tú, dulzura, y el tuyo… mis brazos, no hay duda —Maddie rio entre lágrimas—, siempre terminas en el mismo sitio.

—Suena muy bonito, dicho así, pero imagino cómo debiste sentirte cuando me viste salir de aquel portal —suspiró.

Mark asintió y confesó.

—No creo que puedas hacerte una ligera idea. —Guardó unos segundos de silencio, como si le costará seguir hablando—. Mi tío tuvo que atenderme de urgencia esa noche…

Capítulo 52

La chica lo miró con una expresión mezcla horror y preocupación.

—Dime que estás exagerando —rogó.

Mark estaba demasiado serio.

—Me temo que no —reconoció con pesar—. Ese día regresé a Boston enloquecido —confesó—, sin ser capaz de enfrentarme a ti ni al dolor que me explotaba en el pecho mientras un sinfín de emociones distintas gritaban al mismo tiempo dentro de mi cabeza. —Hizo una pausa con un gesto abatido—. Me tomé un par de ansiolíticos y… se me fue la mano con el whisky.

—Mark…

—Si Chris no hubiera llamado a mi tío… —No fue capaz de terminar la frase.

Maddie lo abrazó con fuerza, horrorizada, sintiendo todo su dolor como propio.

—No llores, dulzura —la miró a los ojos—, porque cuando superé aquella noche y el dolor me permitió pensar con más claridad…, fui consciente de algo increíble.

—¿De qué? —preguntó de forma inocente.

—¿De qué? —Sonrió con ternura—. ¡Estabas viva, Maddie! ¡Viva! ¿Tienes idea del milagro que aquello suponía para mí? —Exhaló con fuerza—. Pero no tenía ni idea de cómo enfrentarte —admitió—. En mi mente habías fingido tu propia muerte, Maddie, algo que me había destrozado, así que no voy a ocultar que sentí ganas de estrangularte… —Hizo una pausa y continuó—. Te observé desde lejos durante días, preguntándome por qué vivías de forma tan austera si…, bueno…

—Si te había robado veinte millones —completo por él.

Mark asintió.

—Entonces el destino jugó de nuevo a mi favor con la venta del edificio.

—Entiendo.

—En un principio no tenía intención de comprarlo —contó—, solo quedé con Svenson para ver si podía sacarle algo de información.

—Y te la dio —adivinó—, siempre ha sido una portera.

Ambos sonrieron.

—Sí, lo hizo, me habló de vuestro acuerdo de alquiler y… de tu amnesia —confesó.

—¡Vaya con Svenson!

—Sí, jamás le confíes un secreto —bromeó—. La cuestión es que en un principio no sabía si podía tratarse de un engaño y que solo estuvieras fingiendo no recordar —admitió—, pero compré el edificio a pesar de todo. No te lo tomes a mal, pero… necesitaba algo de control sobre ti, no voy a esconderlo.

Maddie asintió, no era difícil de entender, poniéndose en sus zapatos.

—Quería aparecer por sorpresa el día menos pensado para poder comprobar cuánto había de realidad en tu amnesia —explicó—, pero echarle valor para plantarme frente a ti no era tan fácil. Pasé días mentalizándome, buscando la forma de permanecer frío, practicando incluso las palabras que diría… —confesó, y sonrió a medias—, pero no estaba preparado para lo que, una vez más, el destino nos tenía designado… ¡Con lo grande que es la ciudad de Chicago!

Esbozó una sonrisa radiante frente al recuerdo y continuó:

—Te juro que casi me da algo cuando te sentaste en mi regazo en aquella terraza.

—Dios, no me lo recuerdes —se tapó la cara con las manos, avergonzada—, aún no sé ni cómo se me pudo ocurrir algo así, pero tú no parecías nada afectado.

—Porque durante los primeros minutos, estuviste más preocupada por el tipo que te perseguía que por mí —confesó—. Eso me permitió recuperarme antes de enfrentarte, pero te prometo que estuve en shock mucho rato —le robó un beso tierno—, y luego me besaste y… yo sentí las mismas ganas de matarte que de responder a aquel beso con toda mi alma. Solo el equilibrio entre ambas necesidades tan opuestas logró mantenerme a raya para mostrarme frío.

—Muy frío —protestó, frunciendo el ceño.

Mark asintió con cierta diversión.

—Sí, en apariencia —reconoció—, pero cuando me miraste a los ojos…, tuve un momento de debilidad importante. —Sonrió un tanto turbado—. Tuve la sensación de que tú me contemplabas con una fascinación absoluta, y en ese instante entendí y estuve seguro de que tu amnesia era muy real, no fingías no conocerme, de verdad no lo hacías.

Durante unos segundos, Maddie intentó ponerse en su lugar, recordaba con absoluta precisión aquel momento.

—Debió ser duro para ti —el chico asintió—, y tienes razón en una cosa —admitió—, yo me quedé fascinada en cuanto te puse los ojos encima —reconoció—, de hecho, te apodamos Stendhal por algo, ¿sabes quién era? —Mark asintió divertido—. Te juro que provocaste en mí los mismos síntomas que su famoso síndrome.

El chico soltó una carcajada sincera.

—Nadie lo habría dicho por la forma en que me trataste.

—¡Eh! ¡Tú me lanzaste de la silla! —se quejó.

—Sí, huyendo cuanto antes de la intimidad de tenerte sentada en mi regazo —admitió—, del aroma de tu perfume, la visión de esos labios que me vuelven loco… —Ahora no se contuvo y la besó con ardor—. Dios, no te imaginas la lucha que tuve conmigo mismo y cuánto me enfadé por ser tan débil.

—Yo te habría golpeado con gusto —rio Maddie—, y mucho más cuando te presentaste con tu prepotencia y tu subida de alquiler.

Mark la miró con una sonrisa divertida, y Maddie terminó poniéndose seria.

—¿Por qué… todo aquello, Mark? —interrogó—. Me dijiste que en algún momento me contarías tus verdaderos motivos para traerme a Boston.

El chico la miró con los ojos brillantes, sin disimular ni una pizca del amor que le inundaba el alma.

—¿Querías vengarte, recuperar tu supuesto dinero… o qué?

—Sí, intenté maquillarlo de todas esas maneras —afirmó—, porque la verdad era… inaceptable.

Ella lo miró interrogante, y Mark le devolvió un gesto tierno.

—No podía dejarte en Chicago, Maddie —declaró—, te necesitaba cerca. La idea de saberte tan lejos de mí me resultaba insoportable, así que inventé una manera de llevarte conmigo. —Sonrió—. Claro que antes me habría cortado una mano que admitirlo.

La chica lo miró asombrada.

—¿Y si… me hubiera negado?

—Intenté jugar bien mis cartas —concedió un tanto nervioso—. Sabía que tu padre estaba recuperándose, y… no te dejé mucha salida, me aseguré de que la oferta fuera irrechazable.

La chica frunció el ceño y soltó un divertido sonido desaprobatorio que le arrancó una carcajada.

—Si te sirve de consuelo, dulzura, me estuviste volviendo loco desde el minuto uno.

Maddie rio.

—Me sirve, sí.

—¡Qué mala! —protestó, sonrió y volvió a ponerse serio—. Te juro que he vivido un segundo infierno estos días, dulzura. Quería odiarte, pero… irradias esa luz maravillosa que te hace tan… tú, que me volvía loco intentando no dejarme cegar por ella. Aunque supe que las cosas se me terminarían escapando de las manos ya durante aquel vuelo —concedió—, cuando sufriste ese ataque de ansiedad que te dejó indefensa frente a mí… y me hizo perder mi propio control.

—¿A ti?

Él asintió y suspiró.

—Me perdí en ese avión, Maddie, me esforzaba por detestarte, pero… solo quería abrazarte, protegerte… —confesó—. Al principio no estaba seguro de si realmente ibas en aquella avioneta, pero tuve claro que así era cuando vi tu aversión a volar, que ni siquiera tú conocías, y durante aquel viaje lo único que quería era borrar todo rastro de dolor de tu rostro —contó—. Como comprenderás, lo último que había planeado era arrullarte entre mis brazos durante todo el vuelo, pero no fue algo que pudiera evitar, fue como… una especie de bálsamo para cada célula de mi ser, que te había llorado durante demasiado tiempo.

Maddie sintió sus ojos llenarse de lágrimas de nuevo.

—No sabes cuánto me costó no besarte aquel día, Maddie, aunque eso mismo me ha sucedido a cada minuto que he pasado contigo. —Soltó aire con fuerza—. Se suponía que debía mantenerme lejos, pero… me fascinabas, dulzura, tu fortaleza, tu optimismo, tu valentía, tu forma de afrontar tus miedos —declaró—. Sí, debía odiarte, pero me atraías de un modo irresistible, y te juro que me esforzaba como un loco por ignorarte y tratarte con frialdad.

La chica estaba maravillada con la historia. Apenas podía hablar mientras recordaba su propia atracción hacia él, sin duda entendía muy bien a qué se refería.

—Y entonces las cosas se fueron complicando —suspiró—, y yo empecé a dudar de todo, y cuando quise darme cuenta, temía por tu vida. —Tragó saliva—. Te juro que echarte de la casa y meterte en ese tren fue un suplicio —reconoció—, pero… debía anteponer tu seguridad a mis deseos.

—Y yo solo quería ayudarte —murmuró Maddie—. Demostrarte que quizá… tu Madeline era inocente, para que pudieras sanar y continuar adelante con tu vida, aunque yo no formara parte de ella.

Mark apoyó la frente sobre la suya.

—Jamás he podido vivir sin ti, Maddie —confesó con la voz cargada de emoción—. Y solo tardé unos cuantos días en aceptar que seguía amándote con toda mi alma y que ese era el único motivo por el que había hecho de todo para traerte a Boston conmigo. —Le dio un suave beso en los labios—. Mi plena aceptación sucedió la noche que mantuvimos aquella conversación en el balancín, un balancín en el que había sido incapaz de sentarme desde que te fuiste… Y todas mis fuerzas para seguir conteniéndome se evaporaron como por arte de magia, pero tú parecías tan confundida…

—No, yo… no podía soportar que tú me confundieras con ella, Mark.

—Contigo —le recordó.

—Yo no tenía forma de saberlo, solo sentía que era una mera sustituta —reconoció—,

alguien en quien solo te fijabas porque no podías tener a quien en realidad amabas —declaró con honestidad—. Me dolía demasiado, Mark, y… hasta que no nos abandonamos el uno al otro, no entendí el motivo. —Él la miró con ansiedad—. Esa noche increíble en que hicimos el amor por primera vez no pude seguir engañándome, y tuve que admitir que me había enamorado de ti. —Sonrió—. No sé si mi corazón siempre te reconoció o si simplemente sucedió de nuevo, pero… mi pulso se aceleró en aquella terraza y jamás volvió a normalizarse, mi corazón late por ti desde… siempre. —Lo miró a los ojos—. Te amo con toda mi alma, mi amor. Madeline o Madison… da igual, ambas te han amado con la misma intensidad.

Los ojos de Mark dieron muestra de cuán emocionado estaba.

—Dios, no sabes cuánto anhelaba escuchar esas palabras…

—Te las repetiré cada día de mi vida —susurró sobre sus labios—. Te amo, te amo…

—Y yo te amo a ti, dulzura, y siento… haberlo hecho todo tan complicado —se lamentó—, y haberte expuesto a ese loco de Barrett. Cuando se me ocurrió la tontería de infiltrarte en la empresa, lo hice pensando en que quizá rememorar aquello podría ayudarte a recuperar tu memoria. Necesitaba con desesperación que me recordaras, no podía soportar que me miraras como a un extraño, y por culpa de mi egoísmo te lancé a las fauces del lobo. —La angustia en su rostro era evidente—. Vuelvo a pedirte perdón…

—Ya te he perdonado, amor, yo tampoco hice las cosas bien en el pasado, Mark —admitió —, era demasiado insegura y me dejé manipular por Pamela y… eso me marcó de forma decisiva —se lamentó, y continuó—. Ni te imaginas el dolor que me causó pensar que para ti solo había sido un juego, creer que me habías traicionado fue como una puñalada en el corazón de la que jamás me recuperé —sollozó—, ni siquiera cuando perdí mis recuerdos. De forma inconsciente, me negué a recordar, como una medida de protección frente al intenso dolor

Mark le robó un beso tierno.

—Ambos lo hemos pasado muy mal.

—Sí, es horrible vivir sin saber quién eres —concedió—, pero… yo al menos tenía un ángel al que aferrarme.

El chico asintió con una sonrisa.

—Leo era lo único que tenía sentido en mi vida —confesó—. Pude sentirlo y verlo crecer en mi interior durante los primeros meses de embarazo y, aunque cuando nació fueron dos meses muy duros, mientras no sabía si sobreviviría, cuando pude abrazarlo al fin, mi vida cobró un sentido, a pesar de todo lo demás.

—Habría dado cualquier cosa por estar ahí…, junto a ambos.

Su rostro no dejaba lugar a dudas de cuánto le dolía no haber podido.

—Todo era… confuso —declaró Maddie ahora—. No recordar al padre de tu hijo es difícil y doloroso, pero te escuchaba en mis sueños, Mark, oía tus susurros en mi oído, y sabía que te había amado con toda mi alma, aunque… también creía estar segura de que me habías traicionado.

Mark le acarició el rostro con la yema de los dedos.

—Estábamos muy enamorados, Maddie, pero solo hacía cuatro meses que nos conocíamos —opinó—, y ambos fallamos en lo más importante de una relación.

—La confianza —completó ella por él.

Mark asintió y propuso:

—Por eso quiero hacerte una firme promesa. —Se miró en sus ojos—. Nunca volveré a desconfiar de ti, dulzura, jamás, pase lo que pase.

—Y yo te prometo lo mismo —le regaló una preciosa sonrisa—, aunque igual voy a querer

que me compenses de alguna forma… dos años de sequía emocional y física…

Mark rio.

—Encantado, me emplearé a fondo —la miró con tal sensualidad que a Maddie se le escapó un gemido—, y que conste que yo también he vivido en dique seco.

Ella lo observó con atención.

—¿Tú tampoco has…?

—No.

—¿Con nadie?

—No.

—¿Ni para desahogarte?

Mark sonrió.

—Sabes que no.

—Pues deja de mirarme así —lo regañó—, o voy a provocar que se te salten los puntos.

La carcajada de Mark le arrancó otra a su vez.

—Suena tentador —admitió el chico.

—Finge que no lo he dicho —bromeó Maddie—, por tentador que suene, creo que tendremos que conformarnos con una dosis de besos castos —recortó la distancia hasta su boca y apenas rozó sus labios.

Mark la miró ahora con los ojos turbios.

—Dosis de besos sí, pero castos… —Para completar la frase, arrasó con la lengua dentro de su boca y ambos soltaron un gemido. Ardieron con intensidad durante unos largos minutos, disfrutando del fuego que se encendía entre ellos con solo rozarse.

—Mark…, por favor… —sonó Maddie desesperada —, estoy a punto de perder el control…

—Bien —siguió besándola.

—No —se quejó en un tono preocupado—, voy a terminar haciéndote daño y me sentiré fatal.

El chico la miró embelesado, permitiéndole apartarse un poco.

—Vale, vamos a bajar la intensidad —aceptó a regañadientes, y pidió—. Ven, túmbate aquí conmigo.

La chica lo miró con una expresión suspicaz, y él se vio obligado a añadir:

—Prometo controlarme —izó su mano.

—Ah, bueno, si lo prometes, vale —sonrió Maddie—, tus juramentos son un poco menos de fiar…

—¡Qué cabrita! —se quejó.

Maddie rio con ganas y tiró de la sábana. Con ojos brillantes, lo observó con detenimiento antes de moverse, conteniendo un suspiro

—Oye…, ¿cuál es el secreto para estar sexi hasta con una bata de hospital?

Mark soltó otra carcajada.

—El secreto… está en los ojos que te miran —opinó.

Con una sonrisa, Maddie se recostó a su lado, con mucho cuidado, y se arropó.

—Esto de no poder abrazarte es frustrante —suspiró Mark—. Cuéntame más cosas antes de que intente… lo que no debo —Sonrió feliz y pidió—. Háblame de Leo.

—Uy, mi tema favorito —bromeó con una sonrisa—. ¿Qué quieres saber?

—¡Todo! —admitió—. ¿Siempre ha sido un niño tan listo, tan guapo y tan absolutamente adorable y maravilloso?

—Sí —afirmó Maddie con contundencia.

Ambos rieron. El amor y el orgullo de padres era algo innato e inevitable, venía con el cargo.

—Así que ¿quieres que te hable de nuestro pequeño arquitecto?

—Sí —rio—, ¿siempre le han gustado tanto las *tostusiones*?

Ambos rieron con ganas.

—Creo que le gusta más tirarlas.

—¿A la *e tes*?

—En realidad, jamás aguanta al tres… —suspiró—, es digno hijo de su padre…

Entre risas, Maddie le contó decenas de anécdotas acerca de su hijo mientras Mark escuchaba embelesado, deseoso de poder crear junto a ambos un sinfín de recuerdos maravillosos como aquellos, de los que formar parte.

Cuando a las once de la noche Devon Stiles entró en la habitación, se topó con una escena de lo más conmovedora. La pareja dormía profundamente, con una dulce sonrisa de felicidad en el rostro. Apagó la luz, cerró la puerta… y los dejó disfrutar de su apacible y merecido sueño.

Capítulo 53

Aquella soleada tarde de sábado, todos en la casa andaban de cabeza ultimando los preparativos de la fiesta de cumpleaños de Leo y Lindsay, para la que los invitados apenas tardarían una hora en comenzar a llegar.

Habían decidido hacerla en la mansión para que el niño viviera la experiencia en el entorno que conocía. A priori, debería haber sido algo pequeño, puesto que solo era para la familia y los conocidos más cercanos, pero Lindsay había convertido el jardín en un pequeño parque de atracciones, con temática de Lego, por el que se paseaba junto a Leo en aquel momento, supervisando que todo estuviera en orden.

Maddie, apoyada en la puerta de acceso al jardín, reía contagiada de las carcajadas de su hijo, que se meaba de la risa mientras su tía fingía tropezarse a cada rato con las piezas de construcciones gigantes que había por todas partes.

—Te estaba buscando —llegó Mark hasta ella, abrazándola por la espalda.

—¿Para algo importante? —interrogó Maddie, inclinando el cuello para darle acceso.

—Tenía un poco de mono —reconoció, y la besó con apremio—. Quizá podríamos escaquearnos un rato y… —miró hacia el jardín—, ¡ay, Dios!

Maddie soltó una carcajada.

—¿Cómo se nos ha ocurrido poner a mi hermana a cargo de la organización de la fiesta? —murmuró Mark, observando con perplejidad la cama elástica que estaban terminando de montar… junto a un castillo hinchable.

—Se ha pasado un poco —concedió Maddie, divertida—, pero es que es el primer cumpleaños que pueden celebrar juntos, y Leo parece encantado.

Mark miró a su hijo, que cargaba a todas partes con el enorme peluche de una mariquita que su abuela le había regalado, y suspiró.

—¿Qué te pasa? —Se giró Maddie a mirarlo.

—Que soy el hombre más feliz de planeta —canturreó, atrayéndola hacia él.

—Guau, ese es el tope entonces —bromeó—, no hay nada que yo pueda hacer para mejorar eso.

El chico sonrió y se la comió con la mirada.

—Mantener la moral en alto requiere de combustible —le susurró mientras jugaba con la lengua sobre el lóbulo de su oreja.

—Pues tu… moral —se apretó contra su dureza— siempre está por las nubes, al parecer.

Mark rio.

—Sí, es el efecto que tienes sobre mí —rozó la nariz contra la suya—, ¿nos hacemos una excursión a la alacena?

La carcajada de Maddie lo contagió.

—Creo que Hattie la tiene cerrada con llave —bromeó la chica, que aún se sentía rara llamando a la señora Danvers por su nombre de pila, pero la propia mujer se lo había pedido unos días atrás y no podía negarse a tal honor.

—Una pena, me gusta esa alacena.

—Sí, a mi padre y a Karen también —declaró con un gesto de fingido horror.

Mark no pudo evitar reír y bromear.

—Tiene mucho mérito —opinó divertido—. Tu padre aún no ha recuperado del todo la fuerza en la pierna, ¿cómo crees que hacen para sujetarse y…?

—¡Basta! —se quejó, tapándose los oídos—, no quiero saberlo.

Ambos rieron durante unos largos segundos, y después se entregaron a uno de sus besos sensuales e interminables.

—Mira, Leo, ya mismo te estarán provocando vergüenza ajena —escucharon decir a Lindsay junto a ellos.

La pareja no pudo evitar romper a reír y se giraron a mirarlos. Mark tomó a su hijo en brazos.

—No estás en posición de meterte conmigo —declaró Mark observando a su hermana—. Te pedimos que montaras algo pequeño y has convertido la casa en un parque temático.

—Dijo el que ha encargado una cama desde la que bajarse por un tobogán —se defendió Lindsay.

Maddie rio con ganas. Sí, estaba claro que ambos tenían por donde callar.

—Y si esto te parece pasarse… —insistió Lindsay—, espera a que llegue el poni. —Sonrió y se alejó de allí para atender a las personas que montaban ahora el puesto de algodón de azúcar, que le hacían señas desde lejos.

Mark miró a su hijo y después a Maddie, a la que le susurró.

—Lo del poni era una broma, ¿no?

La chica se encogió de hombros.

—Con Lindsay nunca se sabe.

—Dios, alguien tiene que ponerle freno —suspiró con teatralidad—. Creo que se la voy a encargar a Chris durante una temporada, es al único al que parece hacerle un poco de caso.

Sí, y algo le decía a Maddie que Lindsay iba a estar más que encantada de quedar en manos del publicista. No pudo evitar preguntarse qué pensaría Chris al respecto…

Bromearon y jugaron con el niño unos minutos. Aún tenían que subir a cambiarse y arreglarse para la fiesta, pero no podían resistirse a las risas de su pequeño, que era el niño más feliz del planeta en ese instante.

Se hicieron unas cuantas fotos aprovechando toda la decoración. Montones de ellas adornarían las estanterías a partir de aquel día.

—Nosotros también queremos salir en las fotos con este niño tan guapo —afirmó Karen desde la puerta, apareciendo en ese momento junto con Anthony.

El pequeño corrió a abrazarlos.

—Hay un *tastillo* —les gritó, feliz, como si alguien pudiera pasar por alto el enorme hinchable—. Y una *tama lastica*.

—¿Dónde? —interrogó Anthony fingiendo mirar hacia todos lados.

El niño rio y señaló, divertido frente a la ceguera momentánea de su abuelo.

—Anda, ¡es verdad! —canturreó—, ¿vas a dejarme subir?

—*A pinchas co e faston*.

—Ya no uso bastón —izó las manos—, ¿lo ves?

Con aquel comentario se ganó la atención de todos. Anthony se había sometido a una dura terapia en las últimas tres semanas. Mark se había encargado de conseguirle al mejor fisioterapeuta de la ciudad, con unos resultados increíbles.

—¡Es verdad, papá! —exclamó Maddie con una sonrisa feliz—. ¿Ya no lo necesitas?

—Aún estoy probando, pero voy muy bien —admitió, y miró a Mark—. Y en parte te lo

debo a ti, esta terapia es mejor que la anterior.

—El trabajo lo estás haciendo tú —opinó Mark—. No tardarás en estar al cien por cien.

—¿Ya has hablado con Taylor? —interrogó Maddie con cierto nerviosismo.

Anthony la miró con una sonrisa de felicidad.

—Sí, señorita…, y han aceptado la revocación de mi excedencia —contó, risueño—. Voy a regresar al cuerpo, a mi antiguo puesto, a trabajar con Taylor de nuevo. —Miró a Karen con una sonrisa ilusionada—. Y esta increíble mujer y yo alquilaremos una casita no muy lejos, que nos permita veros a menudo.

Eufórica de felicidad, Maddie se lanzó a sus brazos. El que su padre y Karen tuvieran que regresar a Chicago era el único nubarrón que había acechado en su cabeza aquellos últimos días. Que el hombre hubiera tenido que renunciar a su prometedora carrera por ella era una espinita que tenía clavada y que acababa de sacarse, y poder tenerlos en su día a día le hacía muy feliz.

—Tengo varias casas en Boston —les confió Mark ahora—, escoged la que más os guste.

Anthony y Karen lo miraron asombrados.

—No queremos abusar —repuso el hombre.

—Las casas están cerradas —insistió Mark—, y estaré encantado de que alguien pueda disfrutar de alguna. Y si necesitáis más justificación, tomarlo como un regalo de Navidad anticipado.

—Yo pensaba comprarte calcetines —bromeó Karen, haciendo reír a todo el mundo.

Maddie recortó la distancia hasta Mark y le arreó un besazo frente a todos que arrancó incluso vítores por parte de Lindsay, que se incorporaba a la conversación en ese instante.

—Le vas a terminar saltando un empaste, nena —repuso Karen, arrancando de nuevo sendas carcajadas.

Maddie se volvió a mirarla con una expresión de felicidad imposible de ocultar.

—Tendréis que ayudarme a escoger la vajilla —proclamó Karen ahora, dando muestras también de su propia felicidad.

—Solo si me prometes no romperla —comentó Maddie con picardía.

La mujer soltó una carcajada. Miró de reojo a los dos hombres que charlaban ahora con tranquilidad ajenos a su conversación y declaró:

—Pues no te garantizo nada, no había roto tantos platos desde… —dudó un segundo—, desde nunca, para qué esconderlo, qué alegría para el cuerpo, nena.

Tanto Maddie como Lindsay rieron a carcajadas.

—No sé si esta conversación es para oídos tiernos —miró Karen a Lindsay—. Recuérdame cuántos años haces hoy…

—Veintitrés.

—Uy, con esa edad eres apta incluso para bromear sobre la vida sexual de aquí… tu cuñada.

Maddie rio para esconder su azoramiento.

—No seas exagerada.

—¿Exagerada? Vosotros no rompéis platos, nena, vais a vajilla completa diaria —bromeó—. ¿Cuántas lleváis? Así… a grosso modo.

La chica miró a Mark de reojo y sintió un inevitable cosquilleo en la pelvis.

—¿Cuántas caben en un tráiler? —bromeó.

—Oh, mírala ella cómo se pavonea —rio Karen, e ironizó—, pero ¿solo un mísero tráiler?

Maddie las miró a ambas, sonrió y dijo con un gesto pícaro:

—Bueno, aún se está recuperando de un balazo…

Las tres rieron. Quién iba a decirle hacía apenas un par de meses que su felicidad podía ser

tan total y absolutamente maravillosa.

Karen la abrazó ahora con fuerza y un cariño inmenso.

—Ay, mi preciosa niña —musitó—, cuánto me emociona ver tanta felicidad en tus preciosos ojos, te la mereces tanto…

Aquellas palabras conmovieron mucho a Maddie.

—Gracias, Karen, por haber estado siempre ahí —suspiró enternecida—, no sé si habría podido enfrentar estos dos últimos años sin ti.

—Lo habrías hecho, porque eres la mujer más increíble y fuerte que conozco —hizo una pausa y bromeó—, claro que igual no te habrías divertido tanto…

Entre risas miraron hacia Lindsay, que las observaba con lágrimas en los ojos.

—¡Eh!, ¿qué pasa contigo?

—Soy de lágrima fácil. —Rio la chica.

Maddie y Karen le abrieron los brazos y las tres se fundieron en un abrazo sincero, hasta que escucharon a Mark comentar:

—Cuanta muestra de amor, ¿qué me he perdido?

Entre risas y lágrimas, Lindsay soltó a las chicas para abrazar a su hermano.

—Me alegro tanto de que rompas vajillas cada cinco minutos, Mark… —suspiró.

—¿Qué?

—Ay, Dios —se le escapó a Karen.

Maddie soltó una carcajada que resonó en todo el jardín.

Chris hizo su aparición justo en aquel instante y caminó hasta ellos.

—Hablando de vajillas… —susurró Lindsay con sus ojos puestos sobre el recién llegado.

Maddie la miró en silencio con una sonrisa divertida.

—¿Lo… he dicho en alto? —interrogó, azorada.

No le dio tiempo a contestar, Chris llegó directo hasta ella con una sonrisa enorme y la tomó entre sus brazos para felicitarla.

—¿Cómo está la cumpleañera más bonita de la historia?

Por algún extraño motivo, Lindsay no pudo pronunciar una sola palabra, se limitó a sonreír y a excusarse para ir a ver si ya estaba lista la máquina de algodón de azúcar. Maddie la entendía muy bien, sus sentimientos estaban a flor de piel y demasiado expuestos en ese momento.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Chris a Maddie, con un gesto de extrañeza.

—La máquina del algodón no quiere funcionar —le dijo, encogiéndose de hombros, pero observando con atención la mirada preocupada que Chris tenía puesta sobre Lindsay.

—Una pena, porque me encanta el algodón de azúcar… —murmuró el chico casi para sí.

—Sí, ya lo veo ya. —Sonrió Maddie.

Chris le devolvió un gesto confuso.

—¿Qué?

—¿Eh?

Chris frunció el ceño, y Maddie no pudo evitar sonreír.

Mark llegó ahora hasta ellos y le puso a la chica una mano en la cintura, atrayéndola hacia su costado.

—¿Ha quedado todo listo? —se interesó ahora, mirando a su amigo.

—Sí, Violet ha firmado sin poner trabas —informó el publicista—. Está fuera de la empresa.

Mark miró a la chica con una sonrisa radiante.

—Un problema menos.

Violet Collins se había visto entre la espada y la pared, y no había tenido más remedio que

acceder a venderle a Mark su paquete de acciones de ZenithCorp y salir de su vida. A cambio, tanto él como Maddie accedían a no hacer ruido con la prensa sobre la implicación de Pamela en todo lo sucedido en el pasado. De forma un tanto paradójica, ni Maddie ni Mark tenían ninguna intención de hacerlo, porque ambos consideraban que era la policía quien debía zanjar aquel asunto, pero habían aprovechado la mente malintencionada de Violet para sacarlas de su vida. Aquello de «piensa el ladrón que todos son de su condición», había jugado en aquel asunto muy a su favor.

—Y, ¿qué sabemos de Harold? —se interesó Chris ahora.

El hombre había intentado un acercamiento con Mark en dos ocasiones, pero el chico aún estaba demasiado dolido, y la salud de Harold muy delicada como para arriesgarse a un enfrentamiento.

—Según nos ha contado mi madre, Ava y él se han retirado una temporada al campo —contó Mark—. Harold precisa tranquilidad para recuperarse y… al parecer su matrimonio también necesita algo de atención.

—Todo lo sucedido ha estado a punto de separarlos —explicó Maddie—, pero al final van a darse una oportunidad para intentar salvarlo.

Chris soltó un suspiro

—Es una locura todo lo que ha pasado.

La pareja se miró entre sí con una sonrisa enamorada.

—Hemos decidido quedarnos solo con lo bueno —susurró Mark, robándole un beso a la chica sin cortarse.

El publicista los miraba con una sonrisa sincera.

—Espero haber correspondido de forma adecuada a tu voto de confianza, Chris —recordó Maddie ahora—. Me pediste que no te defraudara, ¿lo recuerdas?

Chris asintió con un gesto risueño, y Mark miró a su amigo, sorprendido.

—¿A qué se refiere?

—Ser tu confidente no fue nada fácil —admitió—, callar tanto y arriesgarme a que ella… te destrozara de nuevo —la miró—, no te ofendas —Maddie sonrió—, fue una decisión difícil, pero me fie de mi instinto, por suerte.

—¿Y tu instinto decía…? —insistió Mark.

A Chris le costó confesar.

—Que había algo muy raro en todo lo sucedido en el pasado.

Mark lo miró sorprendido.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Porque ella estaba muerta y… creí que para ti todo sería más fácil si la odiabas —confesó —. Quizá me equivoqué —se encogió de hombros—, pero… en fin, siempre actué pensando en lo que creía mejor para ti.

Mark recortó ahora la distancia y abrazó a su amigo con sinceridad, sin esconder sus emociones. A Maddie se le humedecieron los ojos de nuevo.

—Cuando te decidas a sentar la cabeza, vas a hacer muy feliz a la mujer que elijas —opinó Mark.

Chris frunció el ceño con un divertido gesto.

—Eso no va a pasar.

—¿Nunca? —intervino Maddie ahora con incredulidad.

—¿Por qué hacer feliz solo a una? —rio—, no me parece justo para el resto.

Mark lo observó con cierta curiosidad.

—¿Tan complicada es… esa mujer que deseas, hombre?

El repentino azoramiento de Chris sorprendió mucho a Maddie, que estaba muy intrigada con la conversación. ¿Así que había alguien que traía de cabeza a aquel mujeriego encantador?

—Te pedí que lo olvidaras —intentó sonreír.

Maddie lo observó con interés. El tipo tenía su mirada fija en el suelo, como si realmente evitara mirar hacía ninguna otra parte, y ella había pasado demasiado tiempo fiándose solo de su instinto, ya no sabía vivir de otra manera.

—A veces hay que arriesgarse un poco, Chris —le dijo con una sonrisa franca—, pero, mientras decides hacerlo, podrías empezar… comiéndote un algodón de azúcar.

Chris miró hacia el puesto, donde Lindsay luchaba aún con la persona que debía hacerlo funcionar. Con un gesto incómodo, miró de nuevo a Maddie.

—Soy diabético —afirmó en un tono neutro—, ni puedo ni debo acercarme al azúcar.

Sin mediar una palabra más, se excusó para hacer una llamada.

—¿Por qué estás todavía sin arreglar? —llegó Rachel hasta ella con uno de sus gestos amables.

—Quería saltar un rato en la cama elástica antes de ponerme el vestido —bromeó.

La mujer rio con ganas.

—Tengo una técnica estupenda para que no te estorbe —aseguró Rachel—. Un montón de cumpleaños locos de Lindsay la avalan. —Rieron y después la mujer miró a su hijo—. ¿Ya le has hablado de la Fundación? —interrogó, señalando a Maddie.

Mark negó con un gesto.

—Ha sido idea tuya, así que prefiero cederte el honor.

Rachel se veía impaciente, y Maddie muy intrigada.

—Hace dos años hicimos un intento y no salió muy bien —empezó diciendo la mujer—, pero creo que no debemos tirar la toalla.

—¿De qué hablas?

—Ha llegado el momento de que ZenithCorp retome sus proyectos solidarios.

La chica la miró con curiosidad. Recordaba bien cuánta ilusión le hacía tiempo atrás llevar a cabo el trabajo para el que se suponía que había sido contratada. De verdad hubiera sido muy satisfactorio poder ayudar todo lo posible.

—Esta vez creo que deberíamos hacerlo a través de una Fundación —siguió contando Rachel —, que ZenithCorp financiará con el dinero que hemos recuperado, pero que esperamos pueda conseguir más inversores para poder desarrollar varios proyectos paralelos.

—Eso es genial —sonrió Maddie emocionada—, si en algún momento necesitas ayuda…

—Ayuda solo no —interrumpió la mujer con una sonrisa—, esperaba que aceptaras dirigirla conmigo.

La chica la miró estupefacta.

—¿Yo?

—Tú, sí.

—Yo… no sé nada de números —admitió un tanto avergonzada—, de lo poco que aprendí en aquel curso de contabilidad, casi ni me acuerdo.

—Para hacer números tenemos contables —le recordó Rachel—, ese no será nuestro trabajo. A groso modo…, nosotras tendremos que centrarnos en decidir cómo gestionar ese dinero, qué causas apoyar y cómo, conseguir más inversores que nos ayuden a llegar a más gente…

A cada palabra que escuchaba, Maddie se emocionaba más. Miró a Mark buscando consejo, con un brillo especial en los ojos. Antes de que tuviera que preguntarle, él se adelantó.

—Eres la persona con mayor capacidad para empatizar que he conocido nunca —aseguró con sinceridad—, y te metes a la gente en el bolsillo con una facilidad envidiable, porque tienes un encanto natural que te hace irresistible. Yo diría que estás hecha para un trabajo así.

A la chica casi se le saltaron las lágrimas de pura emoción. Los últimos días habían sido muy intensos junto a Mark, pero ya en un par de ocasiones se había encontrado preguntándose qué podría hacer a partir de aquel momento con su vida. Ella no estaba hecha para pasar ociosa todo el día. De repente sintió una ilusión tremenda.

—Si quieres pensarlo… —ofreció Rachel.

—No hay nada que pensar, ¡acepto! —exclamó con una sonrisa nerviosa—, y prometo esforzarme al máximo para agradeceros la confianza.

Rachel la abrazó con fuerza, feliz de la vida, y después Mark la atrajo hacia sí buscando su propia dosis de abrazos.

—Voy a subir a cambiarme —declaró Maddie al sentir el contacto con su cuerpo.

—Y yo…

—Tú no. —Le apuntó su madre con un dedo.

—¿Y eso por qué? —sonó indignado.

—Porque me la vas a entretener demasiado —opinó Rachel.

Mark sonrió y miró a Maddie con una sonrisa que la desarmó.

—Demasiado no, solo… un ratito.

Incluso su madre tuvo que reír frente al gesto encantador de su hijo.

—Me rindo —concedió la mujer—. Esto es como predicar en el desierto.

Mark le guiñó un ojo a su madre, tomó a Maddie de la mano y tiró de ella con cierta urgencia.

—¿Adónde van? —interrogó Hattie, llegando ahora hasta Rachel.

—A cambiarse.

El ama de llaves soltó un suspiro de resignación.

—Llegarán tarde a la fiesta.

—Sí.

Ambas se miraron entre sí y rompieron a reír, colmadas de felicidad.

Epílogo

La fiesta había sido un auténtico éxito. Todos se habían divertido y reído hasta el agotamiento. No había duda de que Lindsay era toda una experta organizando eventos.

Leo había caído rendido al sueño en los brazos de su padre mientras lo subían a su habitación. Juntos, lo habían acostado y observado durante largo rato, sintiéndose muy afortunados y agradecidos con la vida por aquel regalo tan increíble, fruto del amor más intenso y maravilloso.

En aquel momento, cerca de las doce de la noche, la casa había quedado al fin en silencio, y la pareja había decidido salir un rato al jardín para acurrucarse en el balancín.

La noche era perfecta. Había sido un día caluroso, y ahora una brisa fresca mecía las hojas de las plantas, impregnando el jardín de deliciosas fragancias florales.

Maddie se apoyó en el lateral del balancín y observó la preciosa luna que iluminaba el cielo. Mark le había pedido, algo misterioso, que se fuera adelantando y lo esperara allí, y ya ansiaba que se uniera a ella como si llevara días sin verlo.

Suspiró y sonrió, sin duda la noche se prestaba al romanticismo… Y, al parecer, Mark estaba de acuerdo, porque llegó hasta ella con una botella de champán, metida en una cubitera con hielo, y dos copas.

La sonrisa de Maddie iluminó su rostro, y Mark no pudo contenerse. Soltó las copas y el champán a un lado, la tomó entre sus brazos y la besó con intensidad.

—Hace una noche perfecta —murmuró sobre sus labios.

—Todo el día ha sido perfecto —declaró Maddie, y miró al chico algo más seria—. O casi, ¿no?

Mark sonrió a medias.

—Has echado de menos a Harold y Ava —adivinó. Mark asintió, un tanto pesaroso—. Es normal, y no tienes que sentirte mal por eso.

Aquella era la primera conversación que él se permitía sobre el tema.

—¿Sabes? Le habría dado el dinero sin condiciones, de habérmelo pedido —murmuró.

—A veces nos cuesta mucho pedir ayuda —opinó la chica.

Mark guardó un largo silenció hasta que susurró:

—Hace un tiempo, leí en alguna parte algo que en su momento no entendí del todo —murmuró, y agregó—: Perdonar es como liberar a un prisionero… y descubrir que el prisionero eras tú.

Con una sonrisa, Maddie entrelazó las manos alrededor de su cuello.

—Una gran frase.

Mark la miró y se perdió en sus ojos.

—Quiero ser libre, Maddie, del todo —susurró—, sin brumas ni resentimientos del pasado acechando entre las sombras. —Le dio un tierno beso—. Así que quiero y puedo perdonar a Harold, por ti, por mí…

La chica asintió, mirándolo con admiración, y lo amó más que nunca.

—No permitiré que nada más enturbie la felicidad que te mereces, dulzura.

—Que nos merecemos —recalcó Maddie.

Mark asintió y recortó de nuevo la distancia hasta sus labios, que besó con una entrega absoluta.

—Pues nada de tristeza a partir de ahora, solo risas… —sonrió—, como las de Leo durante toda la tarde.

La chica rio con ganas. Aquello había llamado la atención de todo el mundo.

—Te juro que no recuerdo haberlo visto tan feliz jamás —afirmó Maddie.

—Sí, escucharlo reír es como… un soplo de aire fresco que te insufla vida —opinó Mark—, ¿a ti también te pasa?

Maddie asintió y agregó:

—Nada es comparable a escucharlo reír a carcajadas —reconoció—, y hoy desde luego ha sido algo increíble. Claro que ver a Karen y a tu madre saltando en el castillo hinchable también es una imagen para el recuerdo.

Ambos soltaron una carcajada.

—Por favor, dime que has echado fotos —insistió Maddie.

—¿Es que crees poder olvidarlo?

—No, tengo la imagen clavada en la retina —admitió con un gesto extraño, que llamó la atención de Mark.

—¿Qué te pasa?

—Me habría encantado conservar alguna foto de dos años atrás —confesó—, pero no hay nada en el duplicado de mi tarjeta, debían estar guardadas en el teléfono que se quemó en el avión.

Mark le apartó un mechón de cabello del rostro con suma delicadeza.

—Era yo quien hacía las fotos —le recordó—, montones de ellas…

—Pues me habría encantado que conservaras alguna —sonó algo melancólica—, aunque entiendo por qué las borraste, sé que sería duro verlas.

Con una sonrisa enamorada, Mark le acarició el rostro con la yema de los dedos.

—¿De verdad crees… que habría sido capaz de borrar una sola?

La chica lo miró confusa.

—¿Qué?

Mark amplió su sonrisa.

—¡Las tienes! —exclamó ella—, eso era lo que escondías en el móvil, por eso no querías que lo tocara.

Con un gesto divertido, él sacó el teléfono, ahora nuevecito e impecable, puso su huella y se lo tendió a la chica, que se fue directa a la galería.

—¡Oh! —Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando montones de fotos de dos años atrás se mostraron ante ella. Fotos que reflejaban toda la felicidad que habían vivido juntos.

Durante un rato, se sentaron en el balancín y rememoraron algunos momentos. Maddie no podía evitar las lágrimas, incluso Mark tenía los ojos húmedos. Entre ellas, había algunas de una excursión que hicieron un fin de semana a una casa rural, y Maddie las miró con especial emoción.

—Por mis cuentas… —le sorprendió diciendo—, concebimos a Leo este fin de semana.

—Fue increíble —suspiró—, hicimos el amor… —sonrió— ¿cada cinco minutos?

Soltando una carcajada, Maddie asintió.

—Algo así.

Mark la miró ahora con una fascinación absoluta.

—¿Qué? —interrogó un poco azorada.

—¿Ya te he dicho hoy lo preciosa que estás? —susurró Mark en un tono risueño.

Maddie rio.

—Como unas diez veces —lo miró coqueta y frunció el ceño—, supongo que quieres compensarme por lo mal que te portaste la última vez que me puse este vestido.

La risa de Mark inundó el ambiente. Ella llevaba el mismo vestido que el día del aniversario de la compañía, porque Mark le había rogado que se lo pusiera para él.

—Estabas igual de maravillosa aquel día —recordó—, me quedé fascinado cuando puse los ojos sobre ti mientras bajabas aquellas escaleras… —contó con una ligera ronquera—. Aquel beso fue inevitable, no pude contenerme —la besó de nuevo—, dios, dulzura, te deseé con locura aquella noche. Moría de ganas de ser yo quien te quitara este vestido.

Maddie sintió su piel arder.

—¿Por eso me has pedido que me lo ponga? —flirteó—, ¿para poder quitármelo por fin?

Él sonrió con una sensualidad que a Maddie le arrancó un gemido de anticipación.

—Sí —afirmó con una mirada brillante—, y no tardaré en hacerlo.

—Bien, no voy a impedírtelo… —ronroneó—. ¿Subimos a nuestra habitación?

—Aún no.

—¿No querrás desnudarme en mitad del jardín?

—Sí, quiero —afirmó.

—Hay demasiada gente en la casa, Mark. —repuso divertida.

—Gente a la que le he pedido que cierre las persianas y no asome ni la nariz por el jardín.

Parecía decirlo tan en serio que Maddie lo miró con las cejas arqueadas, perpleja.

—Dime que no es verdad —se quejó con un gesto de azoramiento, él asintió—. ¡Mark! ¿Cómo se te ocurre? ¿Qué van a pensar?

El chico rio.

—Pues espero… que estén deseosos de conocer tu respuesta…

Maddie lo miró un tanto desconcertada. Mark sonrió con cierta timidez, de repente parecía nervioso. La instó a ponerse en pie, y en cuanto lo hizo…, él hincó una rodilla en el suelo frente a ella.

—¡Oh! —exclamó Maddie, con el corazón ahora a mil.

Emocionada, observó la caja que Mark tenía entre sus manos y contuvo el aliento cuando la abrió frente a ella. En su interior había dos anillos, un precioso diamante engarzado en oro y… el maravilloso anillo familiar que había pertenecido a su abuela.

—Maddie Middelton… —declaró en un susurro con la voz empañada de emoción—, ¿me concederías el enorme honor de convertirte en mi esposa?

Con la voz estrangulada y lágrimas en los ojos, incapaz de hablar, lo instó a ponerse en pie y se arrojó en sus brazos para besarlo con intensidad.

—Espero que esto sea un sí —murmuró Mark, entusiasmado.

—Sí, sí —suspiró sobre sus labios— y mil veces sí.

Con el amor más puro brillando en sus ojos, él le tendió la caja.

—No sabía si te apetecería llevar el anillo de mi abuela después de todo lo que ha pasado. Dijiste que jamás te lo pondrías cuando intenté dártelo, y luego… ocurrió lo de esa foto… —murmuró, un poco abatido—, y quería que la petición de mano fuera perfecta…, así que compré este otro para que pudieras escoger con total libertad.

Maddie sentía su corazón palpitar de amor más fuerte que nunca mientras él aguardaba su respuesta, una respuesta que no necesitó ni siquiera plantearse.

—Me enamoré de este anillo en cuanto lo vi, Mark —confesó, acariciando la alianza familiar —. No sabes cuánto me costó rechazarlo…

—Y no sabes cuánto me dolió a mí que lo hicieras —admitió.

—Lo siento, pero sabía que se lo habías pedido a tu madre para… la que yo creía otra mujer —sonrió—, pero te juro que ese día llegué a escucharlo susurrar mi nombre. Y que esa arpía se lo pusiera medio segundo, no va a robarme lo que siempre he sentido mío, al fin estará en la mano correcta.

—¿Sí? ¿De verdad te hace ilusión llevarlo? —interrogó con ansiedad. Por su gesto se adivinaba cuánto le emocionaba aquella elección—. ¿Estás segura?

—Por completo. —afirmó, risueña, y le tendió la mano.

Mark sacó el anillo de la caja y, con sumo cuidado, lo puso en su dedo anular, para el que parecía hecho a medida.

—Te amo, Maddie —declaró con la voz entrecortada—, intensamente y desde el mismo instante en el que puse mis ojos sobre ti.

Con lágrimas inevitables, Maddie susurró.

—Y yo te amo a ti, Mark —enredó los brazos alrededor de su cuello—, incluso cuando no podía recordarte, mi corazón latía por ti, siempre ha sido tuyo.

Mark sonrió con una absoluta y visible felicidad en su rostro, la atrajo del trasero hacia él y susurró:

—Creo que… deberíamos dejar el brindis para después… —recorrió su cuerpo con las manos—, me muero por hacerle el amor a mi flamante prometida…

Maddie rio.

—¿Crees que ese título lo hará diferente?

—Siempre es diferente, dulzura, cada vez —le besó el cuello—, pero igual de intenso y maravilloso.

—Recuerdo la primera vez que hicimos el amor —suspiró con un calor sofocante quemando ya sus venas—, en este mismo balancín.

—Fue mágico —murmuró, subiéndole el vestido con suavidad.

—E inolvidable —confesó la chica—. Incluso sin poder recordarlo, mi cuerpo ardió de la cabeza a los pies en cuanto me senté aquí la primera noche que llegué a la casa.

Mark la miró a los ojos con los suyos echando fuego.

—Y lo sentí —admitió—, desprendías sensualidad y excitación por cada poro de tu piel, dulzura, y entre lo que proyectabas tú y mis propios recuerdos… Dios, no sé cómo logré contenerme, porque te juro que me moría por arrancarte la ropa…

La chica soltó un gemido de anticipación.

—Define… arrancarme la ropa…

Mark tardó apenas un segundo en tirar de su vestido con fuerza y sacárselo por la cabeza.

—Ah…, ya… —rio Maddie cuyo grado de excitación había pasado de cien a mil en un instante.

Mark contempló su desnudez, con ojos ávidos y brillantes, y soltó un gemido cuando descubrió la liga que Maddie llevaba en el muslo.

—Oh, joder… —sonó ronco—, esto es nuevo.

—Tus deseos son órdenes —sonrió, recordando la noche de la fiesta, y musitó—. ¿Qué más deseas?

Mark esbozó una sonrisa sensual, la besó con ardor y después le susurró al oído todo lo que esperaba de los próximos minutos, arrancándole sendos suspiros de anticipación.

Con la luna como único testigo, se amaron muy despacio, disfrutando de cada beso, cada caricia, como si fuera la primera vez, desnudando sus corazones y abriéndolos de par en par sin una sola sombra de miedo, como solo puede hacerse cuando amas con intensidad y tienes la absoluta certeza de ser correspondido.

Cuando Maddie se sentó a horcajadas sobre él y lo acogió en su interior muy despacio y por completo, soltaron un gemido intenso y se detuvieron unos segundos para mirarse en los ojos del otro, sintiendo que eran sus corazones y sus almas las que conectaban mientras comenzaban su ascenso a las alturas.

Mark acarició el corazón que pendía del cuello de Maddie, sonrió con dulzura y recortó la distancia hasta su oído para recordarle que a partir de aquel momento eran uno solo y se amarían con intensidad durante toda su vida, sin condiciones, hasta el último de sus días; aunque él resumió todo aquello con una única frase…

—Un corazón, un amor, una llave.

Nota de la autora:

Gracias por leerme y espero que hayas disfrutado de la historia.

Si te ha gustado la novela, te agradecería mucho un breve comentario en su página de Amazon. Los autores nos nutrimos de ellos para llevar nuestro trabajo a otros lectores, así que tu opinión en muy importante y valiosa para poder seguir creciendo y creando historias

¡Gracias de todo corazón!

Otros de mis títulos







También puedes seguirme en Facebook e Instagram si te apetece comentarme algo o estar al día de las próximas publicaciones.

@keilyfoxescritora

Descubre todas mis novelas en la siguiente página...

Libros de este autor

Suéñame hasta que me ames

Selena y Joss
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero solo a ratos

Kirsty y Mike
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero dame un beso

Jess y Alek
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero dime que me amas

Alyssa y Scott
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Tentados por el Deseo

Nick y Pat
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

Tentados por el Destino

James y Jennifer
Serie Custom
Bilogía Volumen 1

Tentados por el Destino 2: Desafiando al Destino

James y Jennifer
Serie Custom
Bilogía Volumen 2

Tentados por el Amor

Rob y Sarah
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

¿Quién Eres? Un solo segundo, un tablero Ouija y una mala decisión

Thriller Romántico Sobrenatural
Novela Independiente y Autoconclusiva

Acerca del autor

Keily Fox



Mi nombre es Keily Fox. Nací en Madrid hace… "cuaitantos" años, ciudad en la que sigo viviendo en la actualidad.

Estudié arte dramático, locución y doblaje, y pasé muchos años dedicándome en cuerpo y alma a todo ello.

Comencé mi incursión en el mundo de las letras escribiendo poesía cuando tenía tan solo diez años, y apenas con trece me enfrasqué en mi primera novela, la cual crecía en hojas al mismo tiempo que yo en años, convirtiéndose en un espejo de mi propia evolución personal.

Durante los primeros años en los que decidí dedicarme profesionalmente a la escritura, mi profesión me hizo decantarme por comenzar a hacerlo para teatro y audiovisuales, pero pronto todas aquellas obras y guiones comenzaron a quedarse muy cortos, puesto que no me permitían ahondar en los sentimientos de los personajes, en todo ese mundo interior que los atormenta y los

impulsa a seguir al mismo tiempo, en sus dudas, sus miedos, sus frustraciones y, por supuesto, sus deseos más profundos… Cuando me planteé qué era lo que necesitaban mis historias para hacerme sentir plena y satisfecha, no tardé en dar con la respuesta… ¡un narrador! Y así tomé la decisión de darle un giro a mi carrera y concentrarme en escribir mi segunda novela, que sería la primera en publicarse. Paradójicamente, escogí uno de mis guiones de cine para hacerlo: "¿Quién eres? Un solo segundo, un tablero Ouija y una mala decisión", fue la elegida para dar el gran salto a la narrativa, un thriller romántico sobrenatural que publiqué en el año 2018.

Tras esta historia me volqué por completo en la novela romántica, género que más disfruto leyendo y sobre el que me apasiona escribir.

La bilogía "Tentados por el Destino" fue de las primeras en darme montones de alegrías y ahí comenzó realmente a materializarse el gran sueño de dedicarme cien por cien a crear historias. Después llegaron "Tentados por el Deseo", "Te odio, pero solo a ratos", "Tentados por el Amor", "Te Odio, pero dame un beso", "Te Odio, pero dime que me amas", "Suéñame… hasta que me ames" y esta última recién publicada: "Enemigo Íntimo".

Diez novelas después, estoy feliz y agradecida con la vida y con cada uno de mis lector@s por soñar conmigo y ayudarme a vivir de lo que me apasiona hacer. Esto me recuerda una frase que hace muchos años tomé como filosofía de vida y que jamás pierdo de vista…: "Tanto si crees que puedes hacerlo, como si no, en los dos casos ¡tienes razón!" (Henry Ford)